

El coro de los maestros carniceros

LOUISE ERDRICH

Nuevos Tiempos Siruela



LOUISE ERDRICH

**El coro de los maestros
carniceros**



Ediciones Siruela

Louise Erdrich

El coro de los maestros carniceros

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynn-Jones

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Portada	
Portadilla	
EL CORO DE LOS MAESTROS CARNICEROS	
Dedicatoria	
Poema	
La última ristra	
El equilibrista	
Los huesos	
El sótano	
La mujer del carnicero	
El jardín nocturno	
El corazón de papel	
La hoguera de los perros callejeros	
La habitación excavada en la tierra	
El mal de la tierra	
El sol de Navidad	
<i>Traumfeuer</i>	
La gente serpiente	
El ejército de los abetos blancos	
El coro de los maestros carniceros	
Paso-y-Medio	
Agradecimientos	
Notas	
Créditos	

EL CORO DE LOS MAESTROS CARNICEROS

A mi padre,
que me cantaba

*Die Gedanken sind frei
Wer kann sie erraten
Sie fliehen vorbei
Wie nächtliche Schatten
Kein Mensch kann sie wissen
Kein Jäger erschiessen
Es bleibt dabei
Die Gedanken sind frei*

Los pensamientos son libres
¿Quién puede adivinarlos?
Pasan volando
Como sombras en la noche
Nadie puede conocerlos
Ni el cazador capturarlos
No se puede cambiar
Los pensamientos son libres

«Los pensamientos son libres»
(canción tradicional alemana)

La última ristra

Fidelis regresó de la Gran Guerra caminando durante doce días y, al llegar a casa, se desplomó en su cama de niño y durmió treinta y ocho horas seguidas. Al despertar en Alemania a finales de noviembre de 1918, se encontraba tan sólo a pocos centímetros de convertirse en ciudadano francés en el nuevo mapa rediseñado por Clemenceau y Wilson, un hecho que poco importaba comparado con lo que pudiera haber para comer. Apartó el edredón blanco que su madre oreaba y rellenaba cada primavera desde que tenía seis años. A pesar de todos sus esfuerzos y de frotar la funda una y otra vez para borrar las manchas de sangre causadas por una hemorragia nasal que había padecido a los trece años, un leve cerco permanecía con un desleído tono claro de té y con la forma de un nido irregular. Percibió un aroma a comida, tan sólo un mísero vapor, pero lo suficiente como para levantarle el ánimo. Tal vez patatas. Un trozo de queso blando. ¿Un huevo? Anhelaba un huevo. La cama era amplia y mullida, y, después de todos los extraños y lamentables camastros que había conocido a lo largo de los últimos tres años, resultaba de una comodidad tan perfecta que se estremeció cuando se tumbó en ella. Fidelis se quedó dormido con el sonido del llanto tranquilo, intenso y alegre de su madre. Le parecía oírla aún, pero era el resplandor del sol. La luz que entraba a raudales por las cortinas emitía un ruido líquido, pensó, un sonido emotivo y femenino mientras recorría la pared de un color marfil.

Al cabo de un rato pensó que si oía la luz era porque él estaba limpio. Una extraña higiene que lo confundía. Dos noches atrás, justo antes de entrar en casa, había suplicado para que le dejaran asearse en una palangana que había fuera, en el diminuto patio cubierto por una parra. Su familia encendió un fuego para calentar el agua. Maria Theresa, su hermana, le quitó los piojos de la cabeza y su padre le trajo ropa limpia. Para poder soportar todas las atrocidades de la guerra, incluida su propia mugre, Fidelis había sellado sus sentidos. A medida que volvía a abrirse al mundo de nuevo, todo cuanto le rodeaba le resultaba angustiosamente vívido y cada objeto latía con vida, dotado de sentimiento, como en un sueño intenso y brutal.

El silencio retumbaba en su cabeza. Los sonidos cotidianos de la gente por la calle resultaban tan maravillosos como el parloteo de monos exóticos. Se estremeció de placer. El simple hecho de ponerse la camisa limpia y libre de alimañas era una tarea tan llena de significado que abrocharse los gemelos de oro en forma de cabeza de jabalí de su abuelo estuvo a punto de hacerle llorar. Respiró despacio, se recompuso y acalló sus lágrimas con la fuerza de su calma. Incluso de niño, cuando le sobrevénía una oleada de tristeza,

conseguía respirar despacio y quedarse inmóvil. El día que se convirtió en un joven soldado, enseguida supo que su capacidad de quedarse inmóvil era la clave para su supervivencia. Le había conducido hasta el final de la guerra como un pobre recluta verde, del que pronto se descubrió que, apostado en un punto aislado, era capaz de alcanzar el ojo de un hombre a cien metros de distancia y acertar tres de cada cinco disparos. Ahora que había vuelto a casa, comprendió que debía seguir alerta. Los recuerdos le atacarían por sorpresa, las emociones sabotearían su mente consciente. Volver a la vida después de estar muerto era peligroso. Se podían sentir demasiadas cosas, por lo cual pensó que lo mejor sería buscar únicamente sensaciones superficiales. Ahora intentaba adaptarse. Debía despertar poco a poco, incluso en su habitación de niño que conocía tan bien.

Se sentó en el borde de la cama. En una gruesa repisa colgada en la pared, sus libros aparecían bien alineados o amontonados tal y como los había dejado, señalados con pequeñas tiras de papel. Durante un tiempo, aunque tenía asegurado el sustento, le había gustado imaginarse poeta. Por ello, sus estanterías rebosaban de los libros de sus héroes: Goethe, Heine, Rilke e incluso Trakl, escondidos detrás de los demás volúmenes. Ahora los observaba con una curiosidad indiferente. ¿Cómo pudo interesarle lo que habían dicho aquellos hombres? ¿Qué importaban sus palabras? La historia de su infancia también sobrevolaba aquella habitación; sus soldaditos de juguete permanecían ordenados en el alféizar. Y el orgullo de su juventud: sus diplomas y títulos del gremio enmarcados en la pared. Estas cosas sí que eran importantes. Esos papeles representaban su futuro. Su supervivencia. En el armario, sus camisas blancas, lavadas, almidonadas y planchadas, colgaban dispuestas a abrazarle. Sus lustrados zapatos aguardaban debajo en una balda a que el viejo Fidelis los calzara. Con sumo cuidado, Fidelis intentó deslizar un pie dentro del agujero abierto de los rígidos zapatos, pero sin éxito. Sus pies estaban hinchados, irritados por los sabañones, lacerados y doloridos. Sólo le servían sus botas con tachuelas, pero estaban verdes por dentro y apestaban a putrefacción.

Se volvió despacio para contemplar la mañana. La ventana de su habitación era un rectángulo alargado y dorado. Se levantó y abrió la ventana girando el adorno con forma de cuerno de carnero del pomo. Miró afuera, más allá del parsimonioso y parduzco río Ludwigsruhe, por encima de los tejados y los jardines muertos de finales de otoño en la otra orilla, más allá de un mosaico de campos grises y delicados, y de un abigarrado conjunto de tejados y chimeneas. En algún lugar de ese laberinto que vertebraba el pueblo vecino vivía la mujer a la que no había visto nunca pero que había prometido ir a visitar. Se sorprendió pensando en ella con una compleja intensidad. Sus pensamientos formaban preguntas. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Tendría un jardín? ¿Estaría recogiendo las últimas y polvorientas patatas de una pequeña y elevada franja de tierra cubierta de paja? ¿Estaría tendiendo la colada limpia y blanca en una cuerda helada? ¿Estaría conversando con su hermana o con su madre mientras tomaba el té? ¿Estaría canturreando? Y su propia presencia, lo que había prometido contarle. ¿Cómo podía llevarlo a cabo?, pero también, ¿cómo podía no hacerlo?

Eva Kalb, 17 Eulenstrasse. Fidelis esperó delante del camino de ladrillos ocre, con el ceño fruncido ante la delicada pérgola de hierro forjado que señalaba la entrada. La forja estaba trenzada con una fuerte enredadera de rosas trepadoras, sin hojas y casi negras, con enormes espinas de puntas blancas. No habían limpiado el camino y varios papeles cubrían la entrada principal. El resto del edificio mostraba un cuidado impoluto, incluso fanático, a pesar del caos de la derrota. A Fidelis el estado de abandono de la casa de Eva Kalb le resultó inquietante; quizá preludiara el fallecimiento de algún familiar. Sus ojos se humedecieron y se apretó el puente de la nariz con los dedos: que sus emociones afloraran, incluso en público, le horrorizaba. Advirtió un movimiento detrás del visillo de la ventana delantera de la casa. Fidelis comprendió que le habían visto y respiró hondo, se encogió en un cascarón más duro y dio un paso adelante por el camino enladrillado.

La mujer abrió la puerta nada más llamar, por lo que Fidelis supo que había sido ella la persona entrevista tras la ventana, espiándole. Supo que se trataba de Eva por la fotografía del medallón de su mejor amigo, que él conservaba. Incluso ahora, en el diminuto bolsillo de la pechera de su chaqueta, el recuerdo de sencilla plata dorada producía un caliente bulto ovalado. En el interior del marco en miniatura aparecía el retrato coloreado a mano de una mujer con aspecto voluntarioso y a la vez frágil; su boca dibujaba una línea sensible, hundida en la comisura de los labios por la sensualidad y la perspicacia. De un profundo tono verde, sus ojos húngaros, rasgados e indescifrables, sobrecogieron ahora a Fidelis con su mirada franca e inquisitiva. El inmovilismo tan ensayado, que le había ayudado a sobrevivir en los últimos años, se resquebrajó en cuanto ella le miró a los ojos.

—*Schnell, die Wahrheit* —espetó con una hostilidad preventiva que le llevó a obedecerla en el acto y a comunicarle lo que había ido a decirle: su enamorado, su prometido, su futuro esposo, Johannes, con quien Fidelis había soportado lo indecible, había fallecido.

Inmediatamente después, Fidelis no estuvo seguro de si había pensado o pronunciado realmente aquellas palabras; sin embargo, tenía la impresión de que algunos sonidos habían salido de su boca. Aunque él no los oyera, Eva comprendió. Asimiló el significado de esos sonidos con una profunda y vacilante respiración. Un aire atroz pareció marearla, su inteligente rostro se descompuso y su mirada se evaporó de golpe, de tal manera que Fidelis la vio, durante un instante, en el estado de un ser desnudo sufriendo un amago de dolor. A continuación, Eva Kalb se derrumbó hacia él, con las manos entrelazadas, el semblante sereno, en un gesto parecido al de una oración. Mientras la atrapaba y la abrazaba suavemente, se dio cuenta con una sorpresa visceral de que estaba embarazada. Posteriormente, en su fuero interno, Fidelis llegaría a pensar que el bebé había golpeado en realidad el vientre de su madre en ese instante para poder tocar la palma de su mano amiga.

Fidelis cogió en brazos a la novia de su mejor amigo y permaneció en el marco de la puerta de la casa, sujetando a la mujer sin el menor esfuerzo, como habría sujetado a un niño dormido. Habría podido permanecer así durante horas. La fuerza que le requería sostenerla era una fracción mínima de la que poseía, pues se trataba de uno de esos seres que habían nacido con una fuerza descomunal. Siempre la había tenido, desde el

principio, y cada año aumentaba.

Se dice que algunas personas absorben la esencia celular de un gemelo mientras están en el útero; quizá Fidelis era uno de ellos. Tal vez descendía de esa vieja cepa germana que recorría los bosques y colgaba a su dios del árbol de la vida. También existe en otras regiones de Alemania la creencia de que quien mata se impregna, en el instante mismo de la muerte, de la esencia de su víctima. Si así fuera, aquello explicaría tanto la liviandad como la gravedad de Fidelis. Había vislumbrado el fogonazo de la sonrisa de un hombre a través de la mira telescópica en el instante previo a que su bala de francotirador destrozara ese rostro lejano. Había visto la sangre manando a borbotones a través de los dedos de un hombre que se sujetaba la garganta que él había rasgado pulcramente. Había repartido la muerte con tanta precisión desde su torreta reforzada con sacos terreros que tanto los franceses como los británicos intentaron cronometrar sus guardias. Le odiaban y a punto estuvieron de capturarlo, ya que habían planificado la muerte lenta que le tenían reservada. Entre ellos y él, la guerra se había tornado algo muy personal. Él lo aceptó. Y no se apartó de su cometido. Sencillamente, con la perseverante facilidad de un depredador, continuó arrancando a hombres y más hombres de ese foso poco profundo excavado en la tierra.

Cavaron más hondo para salvarse de su puntería letal; sin embargo, consiguió cazarlos de todas maneras en un momento de imprudente descuido, de puro agotamiento o de fatídica confianza. Quizá fuera cierto que esas almas volaban con suma precisión por encima del fango empapado hasta alojarse en él, pues el mutismo de Fidelis se había intensificado hasta convertirse en una violencia serena que no se dejaba perturbar por los ruidos nocturnos de la artillería. Sus compañeros de armas empezaron a temerle y después a odiarle a medida que su sufrimiento aumentaba. Atraía el fuego enemigo, por lo que le evitaban. Dormía, dormía sin cesar. Los obuses caían a su lado, los hombres gritaban en sus oídos. Fidelis apenas fruncía el ceño, suspiraba con una irritación infantil y seguía durmiendo. Tenía sueños sombríos que no recordaba al despertar. Engrasaba y limpiaba meticulosamente los mecanismos de su fusil. Comía el *Brot* y la *Wurst*, los pequeños paquetes de orejones y manzanas secas que había traído de casa, y mojaba cada mañana el dedo que utilizaría para apretar el gatillo en un pequeño tarro de miel que le había dado su madre. Se lamía el dedo y saboreaba el néctar de abeja, de un oscuro y amargo sabor silvestre. Un sabor de su infancia, obtenido directamente de los ocultos capullos de los bosques más densos de abetos plateados. Nunca se lamía la miel del todo, así, cuando sujetaba el fusil, no le resbalaba el dedo.

De pie en el umbral de la puerta, Fidelis esperó a que la madre de Eva viniese a ver qué pasaba. Cuando llevó a Eva dentro de la casa y la depositó sobre un descolorido sofá rosa, tomó la decisión que ya conocía, lo que había prometido a su amigo Johannes, que había fallecido de camino a casa de vuelta de la guerra en el trémulo resplandor de fracturadas notas musicales. Fidelis desposaría a Eva. Posteriormente, cuando la joven aceptó su proposición de matrimonio y le besó, Fidelis percibió en su lengua y en la piel de su cuello varias capas de significado. Había probado el sabor de Johannes, cuya frente había besado al morir como quien da un beso de buenas noches a un hermano pequeño.

Aquel beso sabía a la sal del duelo. Eva tenía un sabor diferente, y conocido. Era la pizca de amargor en la dulzura que contiene la miel del bosque, y su aroma, mientras apartaba su rostro del de ella, poseía la fuerte y evanescente persistencia de las flores secretas de los pinos más negros.

La boda resultó una celebración apresurada y sencilla; ella estaba enorme con el niño que había concebido durante la última, loca y desesperada fase de la guerra. Pero el sacerdote, que los conocía a todos, les dio la bendición, y pasaron su primera noche juntos en el minúsculo dormitorio de Fidelis, donde había dejado a sus soldaditos de plomo patrullando las estanterías. Esa noche, la mujer se recostó desnuda bajo la trémula luz de una vela mientras su cuerpo cubría las manchas infantiles de su edredón. Su cabello dorado, con los mismos reflejos rojizos que tenía él, se esparcía por la almohada. Sus pechos estaban surcados por finas venas de fuego azul y sus pezones aparecían agrietados y oscuros. Fidelis se arrodilló ante ella, entre sus piernas, puso sus manos en ella y percibió el cálido movimiento del niño. Las violentas emociones que le habían acompañado desde que había vuelto se desvanecieron poco a poco, al fin, hasta convertirse en una sensación de bochorno por haber sobrevivido. Ahora no tenía una idea clara de lo que iba a hacer con su vida; sin embargo, al penetrar el cuerpo de Eva, mientras le sujetaba con fuerza las caderas y le juntaba las piernas en su espalda, abandonó la peligrosa quietud donde vivía para abrazar la inaceptable convicción de que, a pesar del peso muerto de las almas aniquiladas y de lo que había aprendido en los últimos tres años sobre el monstruoso terreno de la existencia y su propia eficacia homicida, estaba destinado a amar.

Fidelis pronto descubrió que también estaba destinado a viajar. Tomó la decisión de ir a América al ver una rebanada de pan de ese lugar. Tuvo esa visión en la plaza pública de Ludwigsruhe. Al cruzarla un día, al poco tiempo de casarse con Eva, advirtió a un grupo de personas congregadas en torno a un vecino, un conocido de sus padres. El hombre sujetaba algo blanco y cuadrado en la mano, que Fidelis interpretó en un primer momento como una fotografía; sin embargo, estaba en blanco. Cuando se dio cuenta de que era pan, con una forma tan exacta que sólo podía ser fruto del trabajo de unos fanáticos, Fidelis se incorporó al círculo de curiosos para examinarlo. El objeto había sido enviado en un paquete por unos parientes lejanos, desde una remota ciudad costera, como ejemplo de lo que podía pasar con algo tan corriente como una hogaza de pan en manos de personas imaginativas. Unas máquinas la habían amasado, horneado y luego cortado en rebanadas. ¿O eran panaderos americanos corrientes y molientes? Ése era el objeto de la discusión. Fidelis examinó el pan cuando llegó a él después de haber pasado de mano en mano. Notó la textura fina y se preguntó qué tratamiento habrían dado a la levadura; observó el corte limpio de la rebanada y sacudió la cabeza ante el tono marrón dorado extrañamente uniforme de la corteza. Le parecía algo imposible, un objeto procedente de un lugar gobernado por un orden increíblemente rígido. Ese mismo día, al visitar a su vecino, consiguió el nombre del lugar de donde lo habían enviado, lo deletreó

en un trozo de papel y lo llevó encima durante los meses siguientes, hasta que pasó de ser el origen de un pequeño milagro a convertirse en un verdadero destino.

Cuando desembarcó del *RMS Mauretania* en el puerto de la ciudad de Nueva York con una maleta llena de las milagrosas salchichas ahumadas de su padre, Fidelis se vio conducido por la fuerza de su calma directamente a través del torbellino de las llegadas masivas. Era 1922 y el bebé de Eva tenía tres años. Gracias a su habilidad para mantenerse inmóvil, Fidelis había podido sobrellevar la escasez de la posguerra que le había obligado a tomar parte en un peligroso mercado negro. Ahora, en la maleta que llevaba Fidelis, se reunía la riqueza de toda su familia. Sus últimas baratijas, incluidos los gemelos y sus mejores ropas de lana, habían pagado el pasaje, evitando así tener que vender los cuchillos. Sus propias balas, atesoradas con cuidado, y su rifle, oculto en un escondrijo, habían cazado furtivamente el jabalí con el que había elaborado las salchichas que le harían cruzar el océano hasta ese nuevo país. Sólo sabía el inglés que había aprendido a bordo, pocas palabras específicas para su propósito: *tren, estación de tren, oeste, mejor salchicha, maestro carnicero, trabajo, dinero, tierra*. La suerte de su familia dependía ahora enteramente de él y, a su parecer, de su habilidad para guardar un vigilante silencio.

Su serena quietud desprendía, es cierto, una fuerza. Pero ésta se veía agudizada por el incesante movimiento de sus ojos, de un azul tan transparente que parecía iluminarle el cráneo desde el interior. Su espesa cabellera rubia rojiza, aplastada bajo el sombrero de domingo de su padre, de antes de la guerra, necesitaba un buen corte. No obstante, se había afeitado y llevaba una muda limpia. Los bolsillos interiores del traje de su padre guardaban todo cuanto pudiera necesitar. El traje era de la misma factura bávara tan fina como la del sombrero. Su familia, que obviamente no era bávara, desconfiaba, de hecho, de la gente del sur del país y consideraba sus lanas de peor calidad.

Aunque eran comerciantes y maestros carniceros, los miembros de su familia se enorgullecían de poseer cierto nivel de educación y un talento natural para aportar voces masculinas de singular belleza que le tocaba un hijo de cada dos. Su hermano mayor, por ejemplo, apenas tenía voz; sin embargo, Fidelis poseía la tesitura de un tenor con una claridad y una pureza tan naturales que su apellido, Waldvogel, podría haber sido inventado sólo para él. Waldvogel era un apellido tan común en su pueblo que nunca pensó en ello, pero en este nuevo país, donde los alemanes eran alemanes sin que importara la procedencia regional, más de uno se fijaría en ese detalle, así como en el hecho de que «Pájaros del Bosque» resultaba un nombre muy delicado para alguien cuyo oficio consistía en matar.

No era, por supuesto, la opinión de su familia; matar correctamente era todo un arte. El oficio, que sólo se aprendía mediante una atención y una observación muy concienzudas desde la más tierna infancia, requería una precisión y una coordinación prodigiosas. El título de *Metzgermeister* exigía un conocimiento práctico de todas las especies conocidas por la humanidad, la arcana preparación de cientos de variedades de *wurst*, así como la capacidad de llevar el filo del cuchillo a la masa y a la fibra de la

criatura animal con la intuición de un sueño. Su padre, al llevar toda la vida practicando, apenas parecía mover las manos mientras el animal iba cayendo en rodajas más y más civilizadas y en formas más y más predecibles. En el tajo situado ante él, perdía su condición de animal y alcanzaba, en opinión de Fidelis, una forma de existencia superior y más noble.

Fidelis pensó en la elegancia profesional de su padre mientras esperaba en largas filas durante horas, sometido a controles, matasellos, papeleo, aglomeraciones de seres impacientes y su propia hambre, que conseguía controlar con la misma disciplina interior de silencio que había aprendido junto a la mira de su fusil. Pues las salchichas ahumadas que llevaba en la maleta no estaban destinadas a su estómago: eran su pasaje hacia el oeste.

Mientras avanzaba hacia la estación de ferrocarril entre la bulliciosa multitud que había tomado posiciones en aquel lugar, Fidelis se abandonó a una extravagante soledad. Aquellos que pasaban delante de él veían a un hombre erguido y bien plantado, con marcados pómulos, tez clara, nariz recta y prominente, y una boca tan bien dibujada como la voz que manaba de ella —aunque ¿quién podía saberlo a su alrededor?—. Que padeciera las turbulencias de un amor reciente e inesperado pasaba inadvertido, por supuesto, a los ojos de quienes se fijaban en él entre el gentío. Se golpeaba el corazón, que de vez en cuando latía con demasiada ansia bajo las solapas de su chaqueta. El medallón que Eva había regalado a Johannes y que Fidelis había guardado en secreto se encontraba ahí, pues Fidelis se sentía exultante y a la vez aterrorizado al descubrir que, si bien se había casado con Eva en cumplimiento de una promesa hecha a su amigo en el lecho de muerte, había caído por una trampa hacia la oscuridad más absoluta: unas tinieblas de amor que habían crecido como una enredadera de brotes negros como la tinta sobre la belleza indefensa del bebé, sobre el electrizante encanto de Eva, su elegante fuerza moral, su gracia directa y obstinada, impetuosa como un toro.

Las enormes puertas con ribetes de latón de la estación engulleron a Fidelis junto con todos los demás. Sin dificultad, la marea humana le arrastró hasta la ventanilla de venta de billetes. Volvió a esperar en una larga cola hasta que se encontró ante una joven de labios afilados, cuyas mandíbulas se movían de una forma particular típica en las personas de esta ciudad. Fidelis no conocía el chicle y el movimiento continuo de cientos de mandíbulas le ponía nervioso. En sus ojos brillaba, sin embargo, una gula inconsciente, y la mujer dejó de masticar cuando se encontró ante ella.

—Deseo a Seattle —dijo reuniendo las palabras en la boca.

La mujer le informó del precio del billete. No logró entender el chasquido de los números en su boca y gesticuló para que le escribiera la cifra. La mujer obedeció y, después, tras una rápida mirada a un lado, añadió su nombre y las palabras «Ven a verme si pasas por la ciudad». La punta de sus dedos con las uñas pintadas le presentó el trozo de papel. Le obligó a tirar levemente del papel para cogerlo. Fidelis le dio las gracias en alemán, y ella le contestó con un mohín trágico y artificial que su extremado cansancio le impidió percibir. Al menos la cantidad era legible. La entendió y comprendió cuánto dinero tenía que añadir a la exigua cantidad que le quedaba. Guardó el trozo de papel en

el bolsillo y, a continuación, buscó una columna donde apoyarse.

Tomó posiciones, el ala trasera del sombrero de su padre rozando la piedra llena de surcos detrás de él; Fidelis cogió la maleta en sus brazos y levantó la tapa lo suficiente como para poder ver por encima. Esperó allí de pie durante las horas que quedaban del día y las primeras del atardecer, en las que el brumoso resplandor que se filtraba por los altos ventanales se hizo más intenso antes de reducirse a un mortecino gris. Inmóvil, parecía más en suspenso que con los pies en la tierra, como si lo hubieran bajado con unos hilos que todavía le mantuvieran en equilibrio. Tal vez fuese el efecto visual del hambre que padecía. Pues se insinuaba dentro de él para aligerarlo, lo abría desde el interior. Sus entrañas bostezaban. Aun así, permaneció impasible y, de algún modo, a flote en la oscuridad. Había ensayado durante la travesía en el barco el precio que pediría por las salchichas, y vendió siete de una vez, quizá no tanto porque fueran irresistibles sino porque, incluso en esa ciudad donde era posible ver de todo, la visión de un hombre sujetando en sus infatigables brazos la maleta abierta y llena de salchichas, que por cierto parecía pesada, atrajera a más de uno. De vez en cuando, un rayo de luz evanescente perfilaba en la oscuridad rasgos tranquilos e idealizados. De modo que, tal y como sabía que haría, vendió mucho gracias tanto a la profundidad de su silencio como a la calidad de su mercancía, aunque estaba convencido, con un sólido sentido teatral, de que las salchichas de su padre eran sin lugar a dudas las mejores del mundo.

Y tal vez lo fueran. A la mañana siguiente, algunas de las personas que le habían comprado una la víspera volvieron a por dos. Y más gente ese mismo día. Fidelis no había abandonado su puesto, salvo para dormir en el banco de una vía con la maleta cerrada sobre el regazo, para ir al aseo o beber un poco de la sorprendentemente fría agua de la ciudad. Quienes se fijaran en él, y eran unos cuantos en medio del torbellino de gente, se asombraban ante su resistencia. ¿Cómo lograban sujetar esos brazos aquella pesada maleta hora tras hora? La maleta, que contenía además sus valiosos cuchillos, pesaba más de lo que aparentaba, y aun así la sujetaba como si no pesara nada. Conforme avanzaba el día, su quietud semejava una forma incuestionable de torturarse a sí mismo. Pero no lo era para Fidelis, como podía pensar quien lo observara. Permanecer allí de pie no resultaba tan difícil. Era casi un alivio después del constante vaivén del barco. Y la fuerza necesaria para sostener la maleta en una misma posición durante tanto tiempo no le suponía ningún esfuerzo, aunque se encontraba más débil por no haber comido.

El hambre le había acompañado desde siempre y ahora el hambre también habitaba en él. Había aprendido sus costumbres y supo, al segundo día, tras no haber probado bocado desde una última y exigua comida a bordo del barco, que necesitaba alimentarse. Por muy reacio que se sintiera a gastar dinero, había llegado el momento. Fidelis cerró la maleta, de la que habían desaparecido un considerable número de salchichas, y cruzó la estación en línea recta, con el conocido zumbido del hambre retumbando en los oídos, hacia un pequeño y económico restaurante incrustado en una pared. Sentado en un taburete y con la maleta apretada entre los pies, pidió tres cuencos del estofado más barato: carne de ternera dura, patatas, zanahorias y salsa. Y comió con la atenta

paciencia que había desarrollado cuando ponía fin a un periodo de inanición. La camarera le trajo más pan y, cuando Fidelis le indicó que no podría pagarlo y ella insistió en que se quedara con el pan, le dio las gracias con un nudo de estupor en la garganta. La buena voluntad de la mayoría de las personas de aquí le asombraba, pero claro – reflexionaba –, por lo general ni pasaban hambre ni habían sufrido una total derrota ni eran odiados fuera de sus mermadas fronteras. De modo que podían permitirse, concluyó, las bondades cotidianas, como el obsequio del pan.

Pagó, calculando de nuevo el leve retroceso hacia su objetivo, y se dirigió a los aseos públicos para su afeitado matutino. Desenvolvió un trozo de jabón robado que se había vuelto casi totalmente traslúcido, y se lavó furtivamente con uno de los dos pañuelos que llevaba en el bolsillo. Si hubiera podido, habría dado un agua a la muda que guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón, pero había más hombres en los servicios y se sentía incómodo. Sacó del bolsillo de la pechera un cepillo de dientes de marfil tallado, cuyas cerdas se habían ablandado y aplastado con el uso. Le había acompañado durante toda la guerra. La hoja de afeitar también había menguado tras años de afilados en cuero; llevaba además un peine y un ingenioso limpiador de oídos de plata. Cuando hubo terminado, todo volvió a su preciso lugar. Cogió la maleta y regresó a su puesto.

Para cuando el crepúsculo empezó a deslizarse de nuevo con determinación por los ventanales, había conseguido ya más de la mitad del dinero que necesitaba. Ahora, mientras contaba las monedas, se le ocurrió una idea. ¿Por qué no subirse al tren con lo que tenía, viajar lo más lejos que le llevara esa suma y vender las salchichas a los demás pasajeros atrapados en los vagones? Volvió a la taquilla, se encontró esta vez con un impaciente y anciano caballero, y compró un billete que le llevaría hasta algún lugar al principio del Medio Oeste. Después, regresó a su puesto, vendió una salchicha más, cerró la maleta y caminó hasta la vía correspondiente con el pasaje en el bolsillo interior de la chaqueta. Subió al tren, en medio de los demás pasajeros, algunos sumidos en larguísimas despedidas y otros que viajaban acompañados, se instaló y esperó pacientemente hasta que el tren empezó a traquetear, alejándose del odioso océano, lejos de Nueva York.

Las salchichas le llevaron a través de Minneapolis y de un paisaje de onduladas praderas, hasta alcanzar la repentina extensión de llanuras, el vasto cielo, en Dakota del Norte, donde vendió la última ristra. Se bajó del tren y comenzó a caminar por el borde de la vía de la pequeña estación. El pueblo consistía en unos alegres, macizos y abigarrados edificios, algunos enmarcados con medias fachadas sobre marquesinas y escaparates, un par de ellos de piedra caliza y al menos tres de ladrillos macizos. Pensó que, comparado con la total falta de relieve, el lugar parecía indefenso y ridículo, completamente expuesto a un ataque y, al estar bordeada por el río, sin la menor vía de escape. Le pareció un lugar provisional, casi un campamento, que una fuerte tormenta o una guerra serían capaces de barrer del mapa. Leyó en voz alta el cartel que indicaba «Argus» y memorizó el sonido. Dio una vuelta entera sobre sí mismo para orientarse, limpió el traje de su padre con la mano, y calculó que había llegado con treinta y cinco

centavos y una maleta, ahora vacía de salchichas, que contenía seis cuchillos, un afilador de hierro y unas piedras de afilar graduadas. El horizonte se extendía al oeste y al sur. Había calles con árboles a medio crecer y casas de aspecto sólido hacia el norte. En la calle principal, el edificio nuevo de un banco de piedra caliza y una manzana de comercios de ladrillos muy adornados se extendían hacia el este. El viento tronaba alrededor de Fidelis con una amplia indiferencia que le resultaba a la vez insoportable y tranquilizadora.

No sabía que nunca abandonaría aquel pueblo. Fidelis simplemente pensó que tendría que quedarse allí, y trabajar, utilizando las herramientas de su oficio, hasta que ganara suficiente dinero para poder proseguir su viaje hasta el destino que había elegido por la exquisitez de su pan. Ahora se preguntaba dónde fabricaban el pan en ese pueblo, de dónde vendría la cerveza, dónde mantenían fresca la leche y la mantequilla, dónde se rellenaban las salchichas, dónde se cortaban y partían las chuletas de cerdo y dónde se sacrificaba el ganado. No vio nada que le diera la menor pista. Todas las direcciones parecían idénticas. Así que se ajustó el sombrero de su padre, de una sacudida soltó los bajos de sus pantalones y cogió la maleta.

El equilibrista

En una pequeña población en el nacimiento del río Misisipi, en una habitación alquilada con el único fin de hacer el amor, un hombre y una mujer, desnudos en la cama, tomaron un descanso, presos de la angustia. Durante varios meses antes de ese momento, mantenían una relación muy cordial, incluso eran amigos. Se habían conocido haciendo teatro en el pueblo de Argus, en Dakota del Norte. De manera inevitable, ambos se preguntaron si había algo más y decidieron marcharse juntos. ¿Serían capaces de ganarse la vida con un espectáculo ambulante? ¿Estaban enamorados? El hombre extendió la mano y Delphine Watzka, la mujer, enarcó sus cejas perfiladas con lápiz como si quisiera evaluarlo. El hombre desvió la mano bruscamente.

–Tienes –observó el hombre– unos abdominales muy fuertes.

Le acarició el vientre suavemente con los nudillos y después con la punta de los dedos. Delphine giró hasta colocarse boca arriba, se destapó y se golpeó el estómago.

–Mis brazos son fuertes, mis piernas son fuertes. Mis abdominales son fuertes. ¿Por qué no habrían de serlo? No me avergüenzo de haberme criado en una maldita granja. Soy fuerte me mires por donde me mires. Aunque no sé muy bien qué hacer con ello...

–Tengo una idea –dijo el hombre.

La mujer pensó por un momento que ese hombre, que respondía al nombre de Cyprian Lazarre y que poseía una fuerza y una flexibilidad increíbles, iba a poner su idea en práctica inmediatamente. La mujer deseó que su propósito venciera su falta de coraje. Pero no resultó exactamente así. El entusiasmo por el plan que tenía en mente se adueñó de él y, en lugar de lanzarse sobre Delphine con pasión, se arrodilló con el cuerpo erguido sobre el hundido colchón y la contempló, pensativo. Unas ronchas de piel soldadas entre sí le cruzaban el hombro en forma de abanico. Tenía treinta y dos años, y su cuerpo era duro como una piedra de sílex, con una musculatura perfecta gracias a la práctica habitual de muchos ejercicios de gimnasia. A la mujer se le antojó que se parecía a una de esas estatuas encontradas en las ruinas de la antigua ciudad de Troya, incluso en los daños causados por la guerra y el tiempo.

Junto con un primo y un amigo, Cyprian se había alistado en el cuerpo de Marines de Estados Unidos, había sobrevivido al periodo de instrucción y tal vez al capítulo más peligroso de la guerra, la exposición a la gripe española, para terminar tirándose de cabeza en la cuarta oleada en el bosque de Belleau, donde acabó quemado en medio de los grandes trigales. Durante ese último año de la Gran Guerra, el cloro le había cegado, el cañón agrietado de una ametralladora estuvo a punto de arrancarle la mano, la

disentería le arrebató su hombría, le abandonó el sentido del humor, y lamentó amargamente su excesivo entusiasmo. Volvió a casa antes siquiera de caer en la cuenta de que, como indio ojibwe, aún no era ciudadano de Estados Unidos. Durante toda su lenta convalecencia, no pudo votar.

Con un impulso se incorporó, y luego saltó de la cama. Había una silla en la diminuta habitación. Con los ojos encendidos por su actuación, agarró el respaldo curvo, giró sobre la parte anterior de la punta de los pies para afianzarse en el suelo de tarima y entonces se lanzó a hacer el pino. La silla se tambaleó un poco, pero enseguida se estabilizó.

—¡Bravo! —susurró para sí.

De espaldas a la mujer, con la cabeza abajo, las nalgas esculturales y los pies puntiagudos, era la imagen misma de la virilidad. Delphine se alegraba de no poder ver la parte delantera. También esperaba que nadie en la calle, delante de esta pensión, tuviera la ocurrencia de levantar la mirada hacia la ventana sin cortinas de la segunda planta, justo cuando oyó un grito fuera. Cyprian no le hizo el menor caso.

—Éste será el final —anunció—. Estaré a tres metros del suelo y ¡tú me sujetarás en el aire con tus abdominales!

Un nuevo grito retumbó abajo en la calle, seguido de un vocerío.

—¿Ah, sí?

La voz de Delphine sonaba apagada por el cuello de su blusa. Uno de los talentos de Delphine era saber vestirse a toda velocidad. Lo había aprendido al tener que cambiarse de vestuario cuando trabajaba en el teatro de repertorio y todos los actores representaban dos o tres papeles en una misma obra. Estaba vestida, medias y zapatos incluidos, y la colcha ya cubría la cama antes incluso de que Cyprian comprendiera lo que sucedía abajo en la calle. De hecho, seguía hablando y planificando la actuación sin dejar de hacer el pino, cuando Delphine salió de la habitación y bajó rápidamente las escaleras. Se detuvo en la planta baja y se serenó. Con un ademán tranquilo, salió por la puerta principal y se dirigió directamente a la casera, que ya se mostraba absolutamente sofocada.

—¡Señora Watzka!

—Lo sé —suspiró Delphine, con un gesto de tranquila resignación—. En la guerra, sabe, lo *gasearon*.

Con el dedo se dio golpecitos en la sien mientras la boca de la casera dibujaba una «O» de asombro. Después, Delphine se acercó directamente a las personas que se habían agrupado en la calle.

—¡Por favor! ¡Por favor! ¿Es que no tienen el menor respeto por un hombre que ha luchado contra los boches?

Dispersó a la gente con grandes aspavientos y palmadas, como solía hacer para espantar a las gallinas. Las personas que miraban hacia arriba agacharon de pronto la cabeza, fingiendo que examinaban sus compras. Una de las señoras, con las mejillas levemente arrugadas, los ojos muy redondos y la boca semejante a un pico de carne, se inclinó hacia el oído de Delphine.

—Debería usted convencerle para que descansara, querida. ¡Está en estado de «indiscreción viril»!

El hecho de que Delphine no diera media vuelta enseguida para levantar la vista hacia la ventana demostraba que era a la vez una mujer con una mente muy sagaz y con gran autodisciplina, aunque, en cambio, decidió regresar rápidamente a la habitación.

—Ay, querida —dijo con el tono de una esposa resignada—, y pensar que hacer el pino es la única manera que tiene para mantenerse firme. ¡Y aun así hemos conseguido tener dos encantadores hijos!

Se giró y se dirigió suavemente a la multitud, como si no pasara nada fuera de lo normal, como si no acabara de arrojarlos a un estado de asombro y conjeturas.

—¡No lo olviden, el espectáculo empezará hoy a las cinco de la tarde! ¡En el segundo escenario del recinto ferial!

Por la intensidad del silencio que percibió a su espalda supo que estaría lleno a reventar.

Esa noche, Cyprian hizo girar platos sobre la punta de unos palos en equilibrio: dos en cada brazo, uno en cada hombro, uno en la frente y otro entre los dientes. Colocó una larga fila de platos que hacía girar mientras iba y venía corriendo, a la vez que Delphine tomaba apuestas del público sobre cuánto tiempo lograría mantener los platos en equilibrio. Ese número era el que le reportaba más dinero. Cyprian apilaba objetos en la cabeza, cualquier cosa que el público le proporcionara: cajas de gallinas y más platos. Rechazó una lavadora. Mientras la pila iba creciendo, él bailaba. Montaba en una bicicleta sobre unos cables tendidos de un lado a otro del recinto. Para el número final, dado que era una noche sin viento, subió hasta lo más alto del poste central y se mantuvo en equilibrio, realizó un pino perfecto sujetándose en la bola de arriba. Al verlo —diminuto, perfecto, un alfiler humano contra el cielo oscuro y salvaje de Minnesota— Delphine sintió un escalofrío de compasión. Fue entonces cuando le perdonó su falta de ardor sexual y decidió que le bastaba la desesperada necesidad que sentía por ella.

No es habitual que una joven y recia polaca, procedente de una granja muy pequeña, atraiga a los hombres con tanta facilidad, pero Delphine resultaba fascinante. Poseía una mente muy ágil, demasiado tal vez. De su boca salían palabras que a veces le sorprendían, pero ciertamente había tenido que lidiar a lo largo de su vida con muchos borrachos impredecibles y eso le había agudizado los reflejos. Tenía unos dientes pequeños, regulares y muy blancos, y un hoyuelo encantador a un lado de la boca. Los ojos de un color castaño asombrosamente claro, de un tono miel dorado bajo los rayos del sol, rasgados y expresivos en un rostro curtido. Tenía la nariz prominente y recta, pero sus orejas de soplillo le daban cierto aire de estulticia. A menudo llevaba el cabello en un peinado que se le antojaba del estilo de una condesa española: una caracola en la frente, dos delante de cada descentrada oreja, y el resto recogido en un sofisticado moño. Si miraba fijamente a un hombre a los ojos, enseguida éste se ponía nervioso y apartaba

la mirada, pero no podía resistirse a mirarla de nuevo. Sin embargo, poseer ese magnetismo no le hacía la vida más fácil.

A los tres o cuatro meses de edad perdió a su madre. Su desmesurado cariño por un padre dipsomaniaco fue incomprendido, incluso considerado inapropiado, y sin embargo estuvo indefensa ante el zarpazo de su autocompasión. Habrían perdido incluso sus escasas tierras y su hogar muchos años antes si no fuera porque el granjero a quien su padre arrendaba la tierra se negó en redondo a comprarla y lo dejó por escrito en un contrato. Gracias a ello, percibían un pequeño ingreso cada mes, que se diluía en alcohol, a no ser que ella consiguiera agenciárselo. Para escapar de una vida doméstica tan deprimente, Delphine cosió rutilantes trajes, reprodujo los fabulosos monólogos de heroínas trágicas y se lanzó de lleno a participar en las producciones teatrales locales. Conoció a Cyprian mientras éste perfeccionaba su actuación con la simpática compañía teatral del pueblo. Abandonó Dakota del Norte con él, volvió a las colinas y a los bosques de Minnesota, donde las poblaciones se hallaban más cerca unas de otras y eran menos dependientes de la suerte de granjeros empobrecidos. Él le prometió emociones fuertes, y eso empezaba con hacer ese pino que dejaba sus vergüenzas al aire delante de la ventana. También le había prometido dinero, pero de eso había visto poco hasta el momento. Delphine se había unido a la compañía porque creía haberse enamorado de Cyprian, que era la única otra persona en la compañía y, además, aunque eso terminara por ser casi secundario, era apuesto.

Cyprian se llamaba a sí mismo un experto equilibrista. Delphine descubrió muy pronto que mantenerse en equilibrio era realmente lo único que sabía hacer. Literalmente la *única cosa que sabía hacer*: no sabía lavarse los calcetines, mantener un empleo estable, remendar un descosido, liar un cigarrillo, cantar, ni siquiera beber. No era capaz de quedarse sentado el tiempo suficiente como para leer entero un artículo de periódico. Era incapaz de mantener una mínima conversación ni contar una historia que fuera más allá que un par de frases de un chiste. Parecía incluso demasiado vago para meterse en una pelea. Tampoco sabía jugar largas partidas de cartas, como el *cribbage* o el pináculo. ¡Aunque se quedaran en un mismo lugar mucho tiempo sería incapaz de hacer crecer la menor planta! Aun así, empezó a enamorarse de él por tres razones: primero, él afirmaba que estaba loco por ella; segundo, aunque todavía no habían hecho el amor con verdadero deseo, se mostraba muy cariñoso y atento; y, por último, era muy vulnerable. Delphine no soportaba herir los sentimientos de un hombre debido al inmenso cariño que sentía por su propio padre. A pesar de la destructiva necedad de su padre cuando llevaba una copa de más, Delphine sentía una eterna devoción por Roy Watzka, que se convirtió, por desgracia, en una especie de paradigma.

Por ejemplo, no esperaba gran cosa de Cyprian, salvo que no se cayera de la silla. Por su parte, al cabo de tan sólo una semana, a Cyprian ya le gustaba pertenecer a Delphine. Se arrebujaba en la cama de las pensiones baratas bajo las sábanas que Delphine había mandado lavar de nuevo, ya que detestaba las chinches. Mientras él cuidaba sus doloridos músculos, Delphine se afanaba en asegurar la supervivencia de ambos. Remendaba lo que había roto durante la actuación, planificaba cuánto tiempo

permanecerían en cada pueblo y adónde se encaminarían después, contaba el dinero, si es que lo había, escribía cartas y redactaba anuncios para los periódicos y decidía lo que iban a comer.

A la mañana siguiente del pino en lo alto del poste, anunció que tenían recursos suficientes para permitirse una salchicha con huevos y gachas. Además necesitaban fortalecerse para la larga sesión de ensayos que habían previsto realizar en un prado de vacas. Comieron despacio, voluptuosamente, en unos gruesos y agrietados platos. El dueño de la cafetería ya los conocía ahora y les llevó más azúcar y una tortita que había sobrado. Cyprian dibujó un diagrama. El esquema de un hombre haciendo el pino sobre una silla, un montón de sillas aparentemente apiladas de cualquier manera, pero en realidad dispuestas en un meticuloso equilibrio, y la silla de abajo apoyada en el estómago de una mujer cuyos brazos y piernas, representados por cuatro palos, servían de apoyo, y cuyo rostro con forma de globo sonreía en el fragmento roto de un cartel.

—Esto nos hará ricos —declaró Cyprian con solemnidad.

Delphine observó la torre de sillas, la línea que representaba sus entrañas debajo y pinchó otra salchicha.

No había vacas en el prado, y las boñigas en el suelo eran redondas y estaban resacas. Delphine las lanzó lejos como si fueran platos y realizó unos estiramientos, tocándose la punta de los pies una docena de veces. Calentó los músculos. Aunque ya eran duros, sus abdominales pronto serían impresionantes. Cyprian le enseñó a desarrollarlos con una serie de ejercicios científicos. Ahora, dado que él tenía que caerse cientos de veces antes de tener su número a punto, Delphine bostezaba tranquilamente cuando el peso desaparecía de su estómago. Un segundo después, se estrellaba a su lado. Ella no se movía hasta que todas las sillas hubieran caído sobre él. Cyprian colocaba las sillas de modo que a Delphine no le pasara nada, siempre y cuando mantuviese esa posición sin moverse. Una y otra vez, mientras él memorizaba en su cuerpo cada fase del número de equilibrio sin dejar de caer, ella sentía cómo se venía abajo el edificio, precipitándose al suelo a su lado. No se movía. En un par de ocasiones, la pata de una silla le rozó lo bastante cerca como para despeinarla un poco, pero, aparte de eso, nunca recibió un golpe.

Hacía un día imponente y Delphine lucía una elegante falda larga y roja que se arremolinaba mientras caminaba delante del público. Realizó cuatro volteretas laterales y acabó sentada en una mesa ancha y baja. Con las piernas cruzadas, cerró los ojos, entrelazó los dedos y se puso a meditar para prolongar el suspense. Justo en el momento en que el público empezaba a impacientarse, dio media vuelta para convertirse en una mesa humana. Entonces apareció Cyprian, sujetando una enorme bandeja de madera con un juego de té. Sobre la cabeza y los hombros portaba un conjunto de seis sillas, que fue quitando una a una. Se sentó en la última y depositó la bandeja sobre el abdomen de Delphine, a quien saludó amablemente con la cabeza. Se sacó de la manga un tenedor,

un cuchillo, una servilleta y un arenque, y a continuación se dispuso a servir el plato y a comer el arenque, que cortó en minúsculos trocitos masticando con presteza. Una vez que hubo terminado, se limpió suavemente la boca y se estiró hasta dar la impresión de estar listo para relajarse con un cigarrillo y un buen libro.

En ese momento, frunció el ceño. No parecía estar cómodo. Se fue sentando en una silla tras otra, arrugando el gesto con un disgusto aún mayor, hasta que probó la última silla.

—¿Me permite? —preguntó educadamente a Delphine.

—Adelante —respondió la mujer.

Entonces el hombre apartó el juego de té y colocó la primera silla sobre la bandeja apoyada en el abdomen de la mujer. Ahora necesitaba la colaboración de algún amable miembro del público para que le fuera pasando las sillas. Una a una, con las patas sobre el asiento de madera, Cyprian fue poniendo las sillas en equilibrio. Se elevaban más y más. Al fin consiguió colocar la sexta silla, se sentó en ella y sacó un cigarrillo del bolsillo.

Siempre en ese momento se percataba de que había dejado las cerillas en la mesa, o más bien sobre Delphine. (Siempre había alguien entre el público que le informaba de ello a gritos, orgulloso de tal descubrimiento.) Siempre había alguien que se ofrecía a lanzarle las cerillas, pero Cyprian declinaba educadamente su ayuda y se sacaba del cuello de la camisa una pequeña caña de pescar plegable y soltaba el sedal. El extremo estaba equipado con un flotador, un ostentoso anzuelo y un plomo que en realidad era un imán para poder atraer con facilidad la manipulada caja de cerillas.

Una vez que Cyprian se hizo con las cerillas, encendió el cigarrillo muy despacio, con voluptuosidad. Después, de modo muy teatral, sacó un libro y fingió disponerse a obsequiar al público allí congregado con el contenido del volumen: bromas más o menos subidas de tono, que además le hacían gracia e incluso partirse de risa, lo que provocaba un peligroso tambaleo de las sillas y a la vez satisfactorios gritos de angustia entre el público. Por supuesto, Cyprian no cayó al suelo. En cuanto concluyó la lectura del libro, lo desechó e hizo el pino en la silla más alta. El público rompió en aplausos hasta que, de una forma asombrosa —y ése era el momento en que Delphine desearía contar con un acólito que tocara un redoble de tambor—, bajó de las sillas, de cabeza, desmontando la torre mientras apilaba cada silla en un pie, enganchándolas una tras otra, hasta que acabó debajo de ellas, haciendo el pino sobre el estómago de Delphine.

¡No olvidemos que ella había permanecido debajo durante todo este tiempo, con las muñecas rígidas, el cuello sujeto en un tornillo de banco, el vientre apretado, las piernas afianzadas con fuerza debajo de la femenina falda roja!

En equilibrio sobre el abdomen de Delphine y con las sillas colgando de sus pies, Cyprian estiró el cuello hasta rozar sus labios. El beso fingía ser apasionado, lo cual provocó un gran clamor en el público y empezó a despertar en Delphine la lenta desazón del resentimiento. Las sillas seguían en equilibrio sobre sus cabezas. Se miraron a los ojos y aquello le resultó fascinante en un primer momento. Pero ¿qué se puede ver de verdad en los ojos de un hombre haciendo el pino con seis sillas en equilibrio colgadas de los pies? Se puede ver que tiene miedo a que se caigan las sillas.

Se unieron a una compañía de variedades y circo ambulante de Illinois en el pueblo de Shotwell, cerca del límite con Dakota del Norte.

—Esto es más lo mío —confesó Delphine a Cyprian, animada por el horizonte que los rodeaba.

El cielo surgía al final de cada calle. Antes había demasiados árboles alrededor de los pueblos. El cielo abierto resultaba acogedor. Además confraternizaron con otros compañeros de juergas. Cyprian ya conocía a algunos de ferias y otros espectáculos, y la primera noche la llevó con él al bar del pueblo. Era un pequeño tugurio frío y húmedo. Se sentaron a una mesa en una esquina, donde ya se apretujaban otras tres parejas, y enseguida les sirvieron un trago de aguardiente. Hasta ese momento, Delphine no había visto nunca beber a Cyprian, aunque a veces le había notado cierto olorillo en el aliento. Frente a un vaso de aguardiente y una cerveza, intentó apurar el primero de un solo trago y se atragantó. Delphine no dijo nada, simplemente procuró hacer durar su cerveza y vació discretamente su vaso de aguardiente en el suelo. Casi se avergonzaba del absoluto desprecio que sentía por el alcohol.

Después de la primera ronda, dos de las otras parejas se levantaron y salieron a bailar. Quedaron entonces Delphine y Cyprian y los otros dos. Los hombres se habían enfrascado en una discusión muy seria; sin embargo, y dado que las mujeres estaban sentadas a la izquierda de sus parejas, no podían intervenir en el debate ni tampoco entablar conversación una con otra. Delphine fingió observar a los demás bailarines por un tiempo. Cansada, se dirigió al tocador, que era cualquier cosa menos un lugar donde empolvarse la nariz; después, salió afuera para contemplar el atardecer. El cielo estaba encapotado, las nubes mostraban un ribete de un verde alarmante y la luz que asomaba detrás tenía un amenazante tono amarillo. Un hombre que caminaba por la calle anunció que se avecinaba una maldita tormenta.

—¿Y a usted qué más le da? —repuso Delphine sonriendo, algo que siempre hacía con los hombres, porque se sentía feliz de ver un cielo que le recordase a su tierra natal.

—Es que soy granjero.

—Pues debería venir a ver nuestro espectáculo —respondió Delphine—. Lleve a toda su familia.

—¿Acaso alguien se quita la ropa?

—¡Desde luego! —dijo Delphine— ¡Lo hacemos todos!

—¡Madre mía! —farfulló el hombre.

Cuando Delphine regresó al bar, la otra mujer fumaba malhumorada, sentada a la mesa, y los hombres habían desaparecido.

—¿Dónde están? —preguntó Delphine.

—¿Y yo qué coño sé? —respondió la joven.

Sus labios se movían nerviosamente mientras bebía y fumaba, como dos cuerdas flácidas. Esos labios pintados de un brillante color rojo violáceo provocaron un escalofrío a Delphine. La muchacha era fea, concluyó Delphine, y eso la volvía mezquina. Además, había pedido dos tragos más, y Delphine pensó, en un primer momento, que uno sería para ella. Pero la joven apuró los dos vasos, uno tras otro, delante de sus narices.

–¿A ti qué te pasa? –preguntó Delphine

–¿Y yo qué coño sé? –repuso la mujer.

Delphine abandonó el bar y volvió a la carretera, donde el cielo cambiaba de tonalidad a la misma velocidad que Delphine solía cambiarse de vestuario en sus tiempos de actriz. Se sintió sola y descorazonada, pero no era la primera vez desde que había dejado a su padre. Quizá tanto espacio la volvía nostálgica. Tal vez fuese la cerveza, pero, desde luego, la ausencia de Cyprian tenía también parte de culpa. Sabía mostrarse muy atento a sus estados de ánimo, y ella, cuando se sentía triste, se lo decía. Solía encontrar alguna manera de animarla. Por ejemplo, la última vez que se había sentido alicaída, él le había robado dinero de la chaqueta, porque siempre guardaba unas monedas en un bolsillo, fácil de abrir, y le había comprado un ramo de doce rosas rojas de invernadero. Eso era algo que nunca había tenido: rosas. Las secó y guardó de recuerdo los pétalos en un pañuelo. También hubo otra ocasión en que le compró un pequeño tarro de mantequilla de cacahuete para tomar con cuchara. Eso había sido un auténtico capricho. Le compró un polo, y también había tenido pequeños detalles con ella que no precisaban dinero. Le cogía unas piedras bonitas junto al lago, y una vez le regaló la punta pequeña y negra de una flecha que, según decía, había utilizado un antiguo ojibwe para cazar un pájaro. La había atado a un cordón y Delphine todavía la llevaba en el cuello. En ese momento, ella pensó que seguramente habría ido a comprarle un regalo. Se alegró al descubrir que faltaban dos dólares en el escondrijo.

En esa ocasión se alojaban en una carpa. Se encaminó hacia su catre de campaña, se acurrucó en la manta y despertó antes del amanecer porque la tormenta había terminado por estallar y había calado las paredes de lona permeable de la carpa. Delphine estaba empapada. Por suerte, sus pertenencias apenas se habían mojado en el centro y pudo tender una cuerda entre dos árboles para que se secaran. Cyprian no había pasado la noche en la carpa. Notó un pinzamiento de malestar detrás de la nuca. Pero, cuando por fin apareció, se mostró tan cariñoso y atento con ella, tan zalamero y necesitado de su afecto que su enfado se desvaneció. Además le regaló una margarita tallada con gran ingenio en chocolate negro. Delphine le dedicó una amplia sonrisa y él la abrazó contra su pecho, tan duro como una armadura.

–Te quiero –dijo Delphine.

No era la primera vez que se lo decía, pero había en ella un enorme nudo de emoción inundado en lágrimas que esas palabras liberaron y desencadenaron. Las lágrimas le escocieron y la mujer retrocedió, mientras reaccionaba.

–¿Dónde demonios te habías metido?

–En ninguna parte –respondió.

No pronunció esas palabras con voz suave o zalamera, sino con dolor, como si realmente hubiera estado en ninguna parte. Le apartó cariñosamente el pelo de la cara y la besó en la frente, justo debajo de la raya del medio. Delphine tenía trenzas a ambos lados del rostro. Parecía y se sentía como una niña. La voz de Cyprian rezumaba una tristeza tan sobrecogedora que se olvidó de la necesidad que tenía de conocer la verdad y se derritió presa de la compasión. El abrazo se hizo más fuerte hasta el punto de que a

Delphine se le entrecortó la respiración. No tenía importancia. Estaban sentados debajo de un árbol. Delphine siempre lo recordaría. A pesar de no saber lo que había sucedido, estaban cerca el uno del otro, muy cerca, y ella podía notar cómo cada fibra del indudable amor que sentía por ella cantaba a través de su piel y sus pensamientos. Delphine se encontró muy segura. No quería moverse. Cyprian se durmió bajo el árbol, pero sus miembros no aflojaron el abrazo. Delphine se sentía feliz de ver el mundo despertar a su alrededor, la tierra cobrar vida, campos y campos de trigo verde renacer bajo un poderoso espejo.

Viajaron hasta Gorefield, en Manitoba, antes de que descubriera el significado de «ninguna parte» y por qué le dolía tanto tener que confesarle la verdad. En esta ocasión, se alojaron en la suite nupcial de un lujoso hotel. El mobiliario estaba formado por elaboradas piezas ahusadas y torneadas y las tapicerías parecían extraídas de un museo. Las alfombras eran tupidas y seguramente persas, pero qué iba a saber Delphine. Había derrochado el dinero en esa habitación porque necesitaba averiguar de una vez por todas si eran capaces de enamorarse. De alguna manera, ocurrió. No al principio. Cyprian mantuvo los ojos cerrados mientras retozaban y parecía en estado de profunda concentración. A pesar de tener la sensación de que todo era mecánico, Delphine no quería molestarle. Se mantenía alerta, y un poco aburrida. Las manos de Cyprian abandonaban sus pechos o le pellizcaban los pezones de una forma distraída, incluso dolorosa. Ella deseaba asestarle un golpe en la cabeza y a punto estuvo de rendirse, cuando, con un gruñido de placer, Cyprian alcanzó el orgasmo, o al menos fingió alcanzarlo.

Inmediatamente después, buscó su aprobación con la mirada, igual que un perrito faldero.

Delphine le dio unas palmaditas en la cabeza. Al cabo de un rato, le obligó a girarse para que estuviera frente a ella. Fue en ese momento cuando se miraron a los ojos y se establecieron entre ellos unos misteriosos lazos afectivos, algo que Delphine no había sentido nunca antes con nadie en el mundo. Abandonaron el tiempo y el espacio y sólo existieron en el sereno poder de sus ojos. No despegaron la mirada. Delphine notó cómo la iba invadiendo una energía erótica y, sin el menor esfuerzo, Cyprian tuvo una erección. Delphine se deslizó sobre él y empezaron a moverse de nuevo. Cuanto más hondo se miraron a los ojos, más desearon disfrutar del cuerpo del otro y más se amaron. Todo aquello duró y duró hasta que terminaron exhaustos. Aun así, cada vez que se miraban a los ojos, volvían a moverse y se sorprendían haciendo algo diferente, descubriendo algo nuevo. Fue una experiencia extraña, de la que no hablaron después y que, por desgracia, no fueron capaces de repetir.

Dos días más tarde, Delphine fue a dar un paseo cerca del río. Cyprian se había escabullido después de la función sin decirle adónde iba. Por lo tanto, se había quedado sola para divertirse y, como eso se le daba bien, no se enfurruñó ni lloriqueó, sino que se

dirigió al único lugar de interés del pueblo. Delphine se sentó en un banco frente al río y contempló el curso del agua. Fluía hacia el norte a gran velocidad, y podía oír el rumor del agua rompiendo en la orilla, arrastrando palos y llevando a su paso tierra, hojas y peces.

Era una noche apacible y sólo brillaban unas pocas luces al otro lado del río, lo suficiente para ver a unos pocos metros de distancia. Molesta al oír unas voces y unos pasos, Delphine se escondió detrás de un gran arbusto junto al banco. Quería volver a sentarse en el banco y no tener que hablar con nadie. Pronto aparecieron dos hombres en el claro. En cuanto alcanzaron el banco, se callaron y entonces uno se sentó y el otro se arrodilló delante de él. Delphine se ocultaba un poco más atrás del banco, a un lado. Aunque aquello la intrigó enseguida, no alcanzaba a ver lo que estaba ocurriendo. Más tarde, cuando encajó todas las piezas mentalmente, comprendió que seguramente era mejor no haberlo visto todo. Habría sido un golpe demasiado duro. No sabía que los hombres pudieran unirse de esa manera.

—¡Me cago en Dios! —gimió el hombre sentado en el banco, haciendo una pausa entre cada palabra y profiriendo la última con un gemido. Dejó caer las manos y entreabrió las piernas. El hombre de rodillas estaba totalmente callado. Se produjo un movimiento. Delphine pudo ver que el hombre que había hablado llevaba un traje, porque ahora se daba la vuelta y sujetaba el respaldo del banco mientras se agachaba. El hombre arrodillado se incorporó detrás de él y su camisa blanca refulgió en la oscuridad. Había algo en ese fulgor blanco. Delphine asomó la cabeza en el aire turbio. La camisa desapareció de pronto, los hombres estaban medio desnudos y uno embestía al otro con una fluida ansia.

Los hombres se intercambiaban y se fundían sin cesar. Se revolcaban como peces. A veces se movían con frenesí, con la celeridad de un animal pequeño; otras, aminoraban el ritmo hasta seguir una cadencia más suave. A Delphine ya le resultaba imposible abandonar su escondrijo, aunque tampoco lo deseaba. No lograba ver exactamente cómo hacían el amor, pero sentía curiosidad. Reconstituía el proceso y asentía a cada nuevo descubrimiento. De pronto se dio cuenta de que el hombre que se había quitado la camisa refulgente era Cyprian, y entonces hizo una de esas cosas que a menudo hacía y que le sorprendían. Salió de detrás del arbusto y saludó a los hombres como si tal cosa.

Aterrados, los hombres se apartaron el uno del otro. Sobrecogida por la conmoción, Delphine se volvió malvada. Se sentó en el banco y empezó a hablar.

—Te andaba buscando, cariño —dijo.

—Delphine, no sé qué...

—¡Dios mío! —farfulló el otro hombre, buscando su ropa a tientas.

Delphine se cruzó de piernas, encendió un cigarrillo y exhaló el humo lentamente. Mientras seguía hablando, para suscitar respuestas educadas y alimentar la conversación con asépticas trivialidades, le invadió una hilaridad como en un sueño. Contó un pequeño chiste y, cuando los dos hombres se echaron a reír, la realidad quedó distorsionada. Ninguna pregunta tenía sentido, su mente funcionaba en demasiados niveles. Capas y capas de turbia curiosidad. Aun así, no hizo mención a lo que acababa de interrumpir y,

en cambio, ejerciendo un poder que le divertía, continuó conversando sobre banalidades de forma irresistible. Los tres gastaron bromas sin cesar mientras se alejaban de la ribera del río. Los hombres se despidieron con un apretón de manos y cada uno se fue por su lado. Caminando muy pensativos el uno junto al otro, Delphine y Cyprian regresaron a su habitación.

«Me preguntó qué pasará cuando estemos en la alcoba», pensó Delphine. Tenía la terca ingenuidad de imaginarse que, ahora que aquello había salido a la luz, Cyprian y ella al fin podrían ser amantes de verdad. También era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que eso era una simpleza. No ocurrió absolutamente nada cuando regresaron a la habitación. Todo el asunto parecía demasiado agotador para abordarlo. Se desvistieron hasta quedarse en paños menores, se metieron en la cama y se agarraron de la mano como dos dolientes seres, despiertos y perdidos, incapaces de hablar.

En la profunda oscuridad de la noche, la mente de Delphine se encendió y sus cavilaciones la despertaron. Dejó que la zozobra de sus sentimientos la arrollara y después sacudió a Cyprian hasta que gimoteó. Tenía la intención de decirle algo hiriente por su traición, preguntarle si había olvidado cómo se habían mirado a los ojos. Pensaba preguntarle por qué demonios nunca le había contado que era «de esa manera», gritarle a la cara o sencillamente lloriquear tristemente. Pero en el segundo antes de que la voz saliera de su boca, se formaron otras palabras.

—¿Cómo te mantienes en equilibrio?

Su voz sonaba serena y curiosa y, en cuanto planteó la pregunta, descubrió que realmente quería saber la respuesta. Cyprian también estaba totalmente despierto. No se había dormido del todo. Se tapó el rostro con las palmas de las manos y respiró a través de los dedos.

No era una pregunta fácil de responder. Cuando se mantenía en equilibrio, todo su cuerpo era un pensamiento. Nunca había plasmado el equilibrio en palabras, pero, quizá por la penumbra, porque ella ahora conocía la verdad y porque su voz no transmitía ira, habló con cierto titubeo.

—Algunas personas piensan que es un punto, pero no es un punto. No existe un punto de equilibrio.

Delphine encendió un cigarrillo y exhaló el humo hasta formar una pequeña nube blanca sobre ellos.

—¿Y entonces?

Cyprian era tan torpe con las palabras como ágil en otros ámbitos. Intentar describir lo que sucedía cuando mantenía el equilibrio le causó casi un dolor físico. Aun así, ahondó en sus pensamientos y realizó un desesperado esfuerzo.

—Imagina que tienes un sueño —empezó con gran solemnidad—. En ese sueño, sabes que estás soñando. Si te vuelves demasiado consciente de que estás soñando, te despiertas. Pero si eres sólo lo suficientemente consciente, entonces puedes influir en tu sueño.

—¿Así que eso es el equilibrio?

—Más o menos.

Suspiró, aliviado y exhausto. Delphine reflexionó un instante.

—Y cuando te caes —preguntó al fin—, ¿qué ocurre?

Cyprian recobró el aliento, casi a la desesperada, pero de nuevo —porque, a pesar de lo que era, amaba a Delphine— se devanó los sesos buscando una respuesta. Tardó tanto que Delphine estuvo a punto de quedarse dormida, pero su mente trabajaba con tal furia que despedía chispas azules.

—Cuando caes —explicó, haciéndola sobresaltarse—, debes olvidarte de que existes. Debes golpear el suelo como una sombra. Liviano como el aire.

—Creo que voy a dejarte —dijo Delphine.

—Por favor, no me dejes —suplicó Cyprian.

Y permanecieron tumbados en equilibrio en esa enorme y ancha cama.

Los huesos

El pueblo de Argus era una creación del ferrocarril, aunque éste no tenía ningún derecho a pasar por allí. Sin embargo, una vez que cruzó el río, no hubo manera de detenerlo y de impedir que prosiguiera su camino hacia la nada. Lo que los montacargas de Argus dejaban a bordo de los trenes rumbo al este o al oeste y lo que se quedaba se fue convirtiendo en el pueblo. Al principio, fueron los comercios para abastecer a los granjeros con equipamiento y provisiones; después, llegaron los bancos para guardar el dinero y, posteriormente, más tiendas donde podían comprar también los banqueros y los comerciantes. Se construyeron casas para proporcionar un techo a los habitantes del pueblo. Se levantó una iglesia, y después otra. Una escuela. Más viviendas para los maestros y los trabajadores del ferrocarril y para la gente que construía las casas. Tabernas para sus vicios. Una farmacia para sus dolencias, y así hasta que Argus se convirtió en la capital del condado. Tras la construcción del juzgado, Argus daba la impresión de ser un lugar tan prometedor como cualquier otro de Dakota del Norte.

Fidelis encontró trabajo enseguida con Kozka, el carnicero del pueblo, y también prestó sus servicios en los pueblos vecinos. Y no sólo eso: mataba el ganado por encargo directamente en las granjas de particulares, siempre y cuando fueran a recogerle. Al principio no tenía coche, aunque más tarde llegó a poseer una serie de furgonetas. Cuando empezó a trabajar para los Kozka, prosperó el negocio, pues Fidelis tenía el talento de su padre para hacer salchichas y había aprendido sus secretos. En realidad, éste se los había confiado la víspera de su partida. «El secreto es extremadamente sencillo –le había contado su padre–. Ningún ingrediente es demasiado modesto. Utiliza la mejor calidad en todo. Incluso el grosor de la sal es importante. El ajo ha de ser completamente fresco y nunca seco. La carne, por supuesto, y las tripas, procedentes de los intestinos más transparentes de las ovejas. Limpias. Y también de la máxima frescura.» Cuando Fidelis elaboró su primera ristra de salchichas suecas para la clientela escandinava, siguiendo el dictamen de su padre, no empleó cualquier tipo de patata para el embutido, sino que buscó la de mejor calidad de toda la zona. Y triunfó. Los jueves, el día que fabricaba las salchichas, los clientes empezaban a hacer cola para comprar ristras calientes recién salidas del caldero, antes incluso de ahumarlas, lo que hacía muy feliz a Kozka porque así sus salchichas pesaban más. En cuanto a Fidelis, se alimentaba a base de puntas de salchichas, frutas estropeadas, galletas rancias y peladuras sospechosas. Elaboraba su propia cerveza, lavaba sus propias camisas y delantales, y vivía con frugalidad hasta que hubo ahorrado suficiente dinero para alquilarse una habitación más

grande. Con el resto de sus ahorros, más la suma providencial de sus padres, pagó a Eva la travesía del océano infinito hasta la vacuidad de cielo y tierra.

Llegó una salvaje tarde de primavera, acompañada de su hijo Franz, que bajó del tren orgulloso de llevar el bolso de su madre. Desde aquella semana en que Fidelis había regresado de la guerra y había oído la sedosa música del sol, no había sentido tal desconcierto de los sentidos. Y sin embargo, fruto del trabajo tan duro en dos empleos o incluso tres a la vez, Fidelis padecía los efectos de la falta de sueño y se sorprendió hablando en voz alta cuando estaba convencido de que sólo estaba pensando. Emocionado por el reencuentro, Fidelis susurró en el cabello revuelto de Eva.

–*Alles, alles* –masculló sin pensar.

Eva entendió lo que quería decir pero, horrorizada por todo lo que la rodeaba, no pudo reprimir un pensamiento. «¿Cómo que *todo*? ¿Qué había aquí?» Incluso a pesar de las casas y los comercios, la tierra parecía tan desértica como un paisaje lunar. De camino a Argus, mientras el tren atravesaba el país, había observado cómo las huellas de presencia humana iban disminuyendo y había sentido una mezcla de espanto y tristeza. Al atardecer, llegó a pensar que había vislumbrado desde la ventanilla del tren unos lobos fundiéndose con las trémulas sombras de unos árboles pequeños. No podía asegurarlo. Pero aun así la oferta de su marido de *alles*, todo, le resultaba grotesca. Incluso en ese momento que debería haber sido sublime –su reencuentro, al menos–, frunció los labios con incredulidad. No comprendía todavía a qué se refería con eso.

Una vez más en su presencia, Fidelis notó cómo la emoción del amor recorría su cuerpo como una enorme, virulenta y sorprendente fiera. Brotó fuera de él y entonces esa energía los envolvió a ambos. Bajo su abrazo, se rindió y entregó todo lo que era o podría ser a la mujer que tenía entre sus brazos. Cuando un hombre de tal fuerza se deja dominar, tiembla la tierra de todo su ser. Se siente inmensamente solo. Eva habría podido entender a Fidelis en ese momento si éste hubiera tenido el valor de explicarse, pero, dado que no lo hizo, la mujer sólo le sonrió a los ojos, le besó y tomó la determinación, con cierta bravuconería, de que, aunque no hubiese a la vista nada de interés ni de valor, lo habría. Ella, Eva Waldvogel, haría que así fuera.

El primer hombre que contrató a Fidelis Waldvogel se convirtió en su jefe y, posteriormente, en su único competidor en Argus. Pete Kozka era un hombre bueno y de una pieza, pero sin el menor sentido del humor y que siempre necesitaba ayuda porque pagaba mal y sus trabajadores acababan marchándose. Un tornado había golpeado su negocio en una ocasión. Los centavos habían volado de la caja y se habían incrustado en el yeso de la pared. La gente acudía a la tienda sólo para ver aquello. Sin embargo, la rivalidad entre ambos competidores era bastante amistosa, basada sobre todo en bromas y fanfarronerías. De vez en cuando, no obstante, las cosas se ponían feas. Una broma pesada que se salió de madre, de hecho, contribuyó en gran medida al deterioro de la relación entre ambos hombres. Sucedió después de que Fidelis abandonara el comercio de Kozka para establecerse por su cuenta en la otra punta del pueblo. Ya que Fidelis nunca había ocultado sus intenciones, Kozka encajó el golpe con un estoico

encogimiento de hombros. En aquel momento, además, existía la sensación de que Argus crecería sin cesar, hasta convertirse incluso en una metrópoli más importante si las ventas de tierras en el condado seguían prosperando. Aunque al final las cosas no sucedieron así, cuando Fidelis se instaló por su cuenta, no faltaba trabajo.

Gracias a un préstamo bancario y al dinero generado por la venta de su parte de un edificio que poseía la familia Waldvogel en Ludwigsruhe, Fidelis adquirió una vieja granja al otro lado del pueblo, lo más lejos posible de los Kozka sin superar los límites de Argus. Este gesto de consideración también contribuyó a mitigar en un primer momento cualquier potencial resentimiento. Por supuesto, Fidelis no podía prever que, cuando la carretera principal se desviara para aligerar el tráfico de la congestionada calle principal del pueblo, ésta pasaría directamente por delante del flamante escaparate que había añadido al sólido edificio de su granja. Sin embargo, no fueron los celos por el éxito comercial cosechado, aunque obtenido de manera involuntaria, los que empeoraron las cosas. Fue una envidia totalmente diferente y todavía más primaria que el dinero.

El amor de un perro es algo más o menos complicado según el dueño del animal. Fidelis, por ejemplo, mostraba cierto desprecio por la adoración canina y creía que ésta se basaba ante todo en el estómago del perro más que en su corazón. Pete Kozka, en cambio, opinaba que los perros en general y el suyo en particular eran criaturas de una lealtad sin igual que se basaba en un amor personal. Pete y Fritzie, su mujer, criaban perros chow chow de pura sangre con lenguas negras como el carbón y un carácter violento. El fundador de su linaje, el padre de todos ellos, era un campeón de color tabaco de mascar llamado Hottentot. Se reprodujo alternativamente con Nancy, su primera pareja canina, y con su segunda compañera, Zig, diminutivo de Ziguenerin por su afición a la música; dormía junto al piano de Fritzie y tenía un aullido musical que cualquier niño era capaz de provocar canturreando canciones infantiles en clave menor.

Después de que Fidelis se mudara, lo que debería haber sido una simple diferencia de opinión se convirtió en algo más cuando Hottentot empezó a rondar por la rampa de carga que había en la parte trasera de la carnicería Waldvogel, donde a veces quedaba algún que otro despojo. Además de sus diferencias sobre cuestiones como las motivaciones de los perros, Pete y Fidelis mantenían también una discrepancia fundamental sobre la eliminación de los residuos, desperdicios, despojos y vísceras que siempre forman parte inherente al oficio de carnicero. Mientras Pete conservaba el menor trocito, hasta la punta de las colas, en una barrica que encerraba en una cámara frigorífica para venderla posteriormente a un comerciante de vísceras cada mes, Fidelis tenía por costumbre repartir los restos, y contaba para ello con un buen número de seguidores entre los menesterosos de la tierra —desde perros a vagabundos, pasando por los desheredados de Argus—. Y entre los que visitaban la parte trasera del negocio, tal y como se ha mencionado, se encontraba Hottentot.

El perro era un macho codicioso, desconfiado y malintencionado, cuyo carácter divertía a Fidelis puesto que ratificaba su opinión sobre el oportunismo despiadado de los canes. Hottentot adulaba a quienquiera que sujetara un hueso o la esperanza de una golosina y trataba al resto de los hombres, aquellos que no le daban comida, con un

desprecio infinito. Era propenso a enseñar los dientes e incluso a morder, y todo aquel que había padecido el esplendor de su dentellada le odiaba. Habría muerto envenenado, como solía sucederles a los perros agresivos en Argus, de no ser por la bondad de Pete y Fidelis. A pesar de no fiar ni una moneda y cobrar por los huesos para caldo, ambos gozaban de aprecio en el pueblo y carecían de enemigos.

Fidelis sentía cierta satisfacción de que el animal, adorado por los Kozka, atravesara todo el pueblo para ir a verle. Un día se presentó en la rampa que conducía al matadero de la carnicería Waldvogel, con los negros y astutos ojos en una bola de pelo erizado de color pardo rojizo y una mueca de desdén en el hocico de terciopelo. Hottentot fue agasajado con todos los desechos que era capaz de engullir y, después, Fidelis le regaló un enorme hueso de vaca y lo envió de vuelta a la casa de Pete. No habría pasado nada si Fidelis no hubiera ido más lejos, pero el hombre tenía una vena bromista y no sabía cuándo convenía parar. Día tras día, el perro acudía a su carnicería y a Fidelis le divertía mucho proporcionarle huesos cada vez más horripilantes: cráneos, fémures y costillas. La columna vertebral de una ternera, limpiada meticulosamente para que los ligamentos siguieran reteniendo las articulaciones, fue la gota que colmó la paciencia de los Kozka. Cuando Hottentot la paseó con orgullo por las calles de Argus, deteniéndose aquí y allá para mordisquearla un poco o para agarrarla mejor, se aireó –literalmente– por todo el pueblo lo que estaba pasando. Los huesos estaban en su punto y la cálida y soleada entrada del comercio, a donde Hottentot los llevó para morderlos a gusto durante media mañana,apestaba ya para cuando Pete lo descubrió.

Jurando en arameo, se agachó sobre el perro para quitarle el premio. Cuando Hottentot gruñó amenazante, Pete lo cogió por las orejas y le giró la cabeza con fuerza.

–Inténtalo y verás –le advirtió–. Y acabarás como un sucio pellejo colgado en la pared.

–Guarda eso –dijo Fritzie desde el umbral con los brazos cruzados–. Se me ha ocurrido qué hacer con eso. Y ata a ese chucho.

Ató al perro con una cuerda al plato del tendedero, pero Hottentot poseía un elaborado ingenio que lo hacía imposible de controlar. Para cuando llegó la tarde, había roído la cuerda y regresado a la tienda de Fidelis a por la cena. Volvió a casa de noche con dos pares de pezuñas colgados de un sabroso tendón. Pete lo encadenó esta vez, pero Hottentot enrolló la cadena hasta que los eslabones se soltaron y estuvo de vuelta en la carnicería de Waldvogel al amanecer. Cuando Pete descubrió a su perro en el porche, babeando delante del chorreante cráneo de un jabalí, se enfureció hasta perder el juicio. Agarró el cráneo, colocando el brazo en la trayectoria de las fauces de Hottentot. Su brazo quedó tan destrozado que el doctor Heech tuvo que coserle la brecha sin demora con no menos de diez puntos. Heech también le aconsejó que sacrificara al perro inmediatamente. La mayoría de los hombres habría vuelto a casa y habría hecho eso mismo, pero Pete Kozka no le echó la culpa a Hottentot. Estaba convencido de que la lealtad de su perro había sido corrompida por Fidelis.

–Ya veremos, ya nos haremos cargo –masculló entre dientes esa noche mientras planeaba qué hacer para desquitarse del hombre al que había recogido de la nada y

contratado, y que ahora –tal y como había decidido verlo– se había vuelto en su contra hasta arrebatarse el afecto de su perro.

Fidelis no era un hombre religioso, salvo cuando se trataba de sus cuchillos. Lo primero que hacía todas las mañanas, después de tomarse el intenso café que le preparaba Eva y el desayuno, que consistía en queso, pan y compota de ciruelas, era dirigirse al tajo de madera en cuya ranura guardaba los cuchillos. Los sacaba uno a uno y los depositaba en estricto orden sobre un paño de franela. Eran los mismos cuchillos que había traído con las salchichas en la maleta desde Alemania: de la mejor calidad, forjados en un molde desde la hoja hasta la espiga y luego trabajados desde el dorso hasta el filo con el fin de obtener una herramienta perfectamente equilibrada. Fidelis los mantenía con una férrea limpieza. Examinaba cada pieza en busca de la menor señal de óxido. Después, tomaba lo que para él era la decisión más importante del día: qué hojas necesitaban solamente pasar por el afilador de acero y cuáles requerían los cuidados más serios de las piedras. La mayoría de las veces bastaba con el acero.

El largo afilador de acero de Fidelis, colgado ahora de un gancho de hierro en la pared, era el mismo que aparecía pendiendo de su cinturón en el retrato que sus padres habían encargado al mejor fotógrafo de Ludwigsruhe cuando llegó a dominar el oficio familiar. Con diligencia musical, pasaba por el afilador los cuchillos cuyas hojas necesitaban un cuidado mínimo y a continuación volvía a guardarlos en el tajo. Fidelis era conservador. Nunca los afilaba demasiado, nunca malgastaba un buen acero rebajándolo sin necesidad. Pero un cuchillo mal afilado aplastaba las fibras de la carne y resbalaba peligrosamente en la mano, por lo que, si un cuchillo requería un nuevo filo, estaba preparado. Sacaba el juego de piedras de un cajón situado debajo del tajo de madera y las colocaba en orden junto al cuchillo que aguardaba en el paño. Primero era el turno de la piedra negra y rugosa, para lograr un buen corte, y luego venían las piedras más finas. Sumaban seis en total. La última era tan delgada como una hoja de papel. Para cuando Fidelis terminaba, la hoja era capaz de seccionar una pestaña.

Todas las mañanas, después de que los chicos marcharan al colegio y él cumpliera con el ritual de los cuchillos, Eva abría la tienda y repasaba la agenda del día. Mientras lo hacía, Fidelis se retiraba al aseo que había en la parte trasera de la casa, donde dividía su cabellera con una precisión quirúrgica, peinándola hacia atrás, se afeitaba a conciencia, obedecía el dictado de la compota de ciruelas y tomaba otra taza de café caliente. Había ampliado el aseo, o cuarto de baño, hasta acomodarlo al estilo alemán. Su familia siempre había colocado mullidas alfombras y alegres plantas al lado de los sanitarios, así como ceniceros y tabaco, libros y revistas en una balda de fácil acceso. Encima de la bañera colgaba una serie de utensilios de aseo: un cepillo con un largo mango de madera de arce pulida para frotarse la espalda, un cepillo más pequeño y áspero para las uñas, una gran piedra pómez para las callosidades de los pies y un diminuto cepillo azul, suave como el cabello, para el rostro. También había una provisión de jabones, desde la sosa cáustica hasta las pastillas ovaladas de lila de fabricación francesa que utilizaba Eva. Estas últimas se guardaban en unas pequeñas cajas cuadradas de cedro con el fondo

ranurado para escurrir el exceso de agua y así hacer durar más las pastillas de jabón. Junto a la bañera y en otra balda de madera, detrás de las cortinas fabricadas con tela de terliz, se apilaban las toallas, desgastadas hasta la trama, pero de un blanco resplandeciente, fruto de numerosos lavados con lejía. La habitación había sido pintada por completo de un agradable tono amarillo y, gracias a su amplio ventanal de bloques de vidrio orientado al sureste, captaba la luz de la mañana. Se trataba del tipo de habitación cómoda y generosa que podía hacer pensar en los Waldvogel como una familia acaudalada. En absoluto. Todo era obra de Eva. Tenía un don para ahorrar y sacar provecho de cualquier cosa por insignificante que fuera.

Una mañana de verano, después de que cumpliera todos estos pequeños pero esenciales rituales, Fidelis emprendió la principal tarea de ese día: debía matar una cerda premiada perteneciente a los Mecklenberg y descuartizarla hasta convertirla en chuletas, filetes, jamones, jarretes, manitas en salmuera, chicharrones, panceta y salchichas. La cerda había pasado la noche en el corral y ahora estaba rabiosa de hambre. Por primera vez en su vida, sus gruñidos matutinos no le proporcionaban un cubo de desperdicios. En cambio, por supuesto, iba a morir. La puerca era más lista que el perro Hottentot, que aguardaba al otro lado de la valla para pillar lo que quedase de ella después de que los humanos la hubiesen descuartizado. La cerda sin duda habría aprendido mucho de ese próximo encuentro, pero por desgracia los verracos sólo tienen una oportunidad para experimentar la perfidia humana. Y la traición que se cierne sobre ellos es rápida y definitiva, como si fueran los primeros en padecer tan sorprendente destino. Aun así, como esta cerda quizá era más lista que la mayoría de sus congéneres, tuvo el presentimiento de que algo no iba bien. Posiblemente otros verracos y puerkas anteriores habían dejado escritos olorosos mensajes finales. Tal vez descifró el gesto ávido de Hottentot. O quizá le perturbaba toda esta situación sin precedentes para ella y, por ende, se volvió más beligerante de lo habitual en estos casos, porque, cuando Fidelis entró en el corral con un rifle del calibre 32-20, con el que pretendía dispararle directamente a la cabeza, el animal se alejó al otro extremo del corral, enorme sobre sus diminutas pero todavía sorprendentemente ágiles patas.

Desde allí, estudió con sombrío recelo al hombre que no traía comida. Fidelis blasfemó, exasperado, y llamó a Franz para que le ayudara a conducir a la cerda hasta la rampa donde la confinaría, la mataría y la levantaría con un gancho hasta una tina para escaldarla, rascarla, enfriarla, abrirla en canal y extirparle las vísceras. Sabiendo lo que se avecinaba, Hottentot soltó un enloquecido y frenético ladrido que provocó la rabia y el espanto de la cerda, que sólo pensaba en escapar. Pinchada a través de la valla por el palo de Franz, la cerda avanzó unos pasos nerviosos. Fidelis se colocó detrás de ella de un salto y soltó un espantoso bramido que debía conducirla al estrecho confinamiento del conducto. No se dirigió hacia allí, sino que dio la vuelta, muy hábilmente, a todo el corral hasta situarse en un lugar donde, esta vez, no podría alcanzarla ningún palo por detrás. Allí se mantuvo firme, temblorosa, segura ahora de que algo no iba nada bien. La cómoda vida que había llevado hasta ese momento no la había preparado para la extrañeza de la situación, pero su premiada herencia la volvía astuta. Fidelis la empujó

por un costado y luego por el otro, pero el animal encajó los golpes con un violento bramido y esquivó las patadas. La persiguió por el barro hasta quedarse sin aliento. Resbaló, se cubrió de fango, blasfemó ferozmente y se incorporó de nuevo. Fidelis se abalanzó sobre la cerda, blandiendo el delantal. Sobresaltada, la puerca se escapó hacia un lateral. Fidelis llevaba la delantera gracias al trapo que no cesaba de agitar y que la confundía y llevaba a donde él quería. De pronto, el animal entró en el conducto y Fidelis cerró la portezuela de un golpe.

Fidelis cometió entonces el error de trepar y saltar dentro del conducto, con el rifle, para encontrarse con la cerda. Aterrizó despacio en el otro extremo. Cuando se dio la vuelta para encarar al animal, con la intención de acercarse tranquilamente y matarla tal y como lo había hecho con tantos otros cerdos, la cerda cargó contra él. Con un agudo gruñido, se abalanzó por la rampa, le partió la rótula con su frente torcida e hincó los dientes en la carne justo encima. Mientras le destrozaba la pierna, despedazando el pantalón de lona de Fidelis y desgarrándole la carne hasta el hueso, Fidelis soltó un angustioso chillido que, añadido a los estridentes, agresivos e impacientes bramidos del animal, llevó a Franz a saltar dentro del conducto. Durante un interminable instante, pensó que la cerda, cuyas fauces se habían separado cuando Fidelis le apuntó a la cabeza con el rifle, volvería a arremeter y devoraría a su padre. Desde luego el animal iba ganando la partida. Mientras Fidelis retrocedía, tambaleante, intentando girar el rifle para disparar, la cerda le embistió de nuevo, destruyendo lo que quedaba de su rodilla con otro sañudo mordisco. Después, regresó a su rincón, con los ojos enrojecidos y vidriosos de odio, sollozando. Y durante todo ese tiempo, los ansiosos ladridos de Hottentot, que empezaba a estar hambriento, la aguijoneaban, como si el perro fuera capaz de transmitir a la cerda un retorcido fatalismo. Intentó embestirle de nuevo, pero esta vez Franz consiguió interponer una tabla de madera entre Fidelis y ella. Frustrada momentáneamente en su intento, retrocedió y Fidelis aprovechó su instante de vacilación para encañonarla entre los ojos y apretar el gatillo.

Sonó una enorme detonación, que llenó de júbilo a Hottentot y deslumbró a Franz. La cerda se derrumbó con un susurro desesperado y enseguida Fidelis, renqueante, se acercó para encadenarla al gancho y auparla hasta la tina de hierro. Al hacerlo, le invadió una repentina y extraña sensación, un cúmulo de indescriptibles emociones sin relación con el dolor físico. Era algo mental: una inmensa pena. Quería tumbarse en el barro y llorar. Unas ardientes lágrimas caían de sus ojos en un surco atroz, inundándole el rostro. Con tono brusco, ordenó a Franz que se marchara. Estaba apabullado, puesto que no había llorado desde que era niño; ni siquiera durante la guerra se había derrumbado como ahora. Pero, a pesar de su intento por controlarse, lloró, furioso ante esa aflicción impotente, y se horrorizó aún más al darse cuenta de que lloraba por la cerda. ¿Cómo era posible? Había matado a hombres. Los había visto morir. Su mejor amigo había fallecido a su lado. No había vertido la menor lágrima. ¿Qué clase de hombre era ahora llorando por un cerdo? Furioso, permaneció junto al animal después de aquello, atendiendo a cada detalle de la carnicería. Aunque su rodilla era un desgarró atroz y revelador –sabía que no volvería a ser el mismo–, no dejó de moverse. Pensaba que si se detenía y dejaba que

la rodilla se anquilosara, acabaría siendo un tullido, de modo que sólo a última hora de la tarde se rindió y sólo porque Eva le obligó a hacerlo. Su último gesto antes de dirigirse a la consulta del doctor Heech fue darle a Hottentot el estómago del cerdo y una larga tira de intestinos, que el perro, incapaz de comerse de una vez, arrastró hasta su casa.

Sentado sobre la sábana blanca de la camilla de la consulta, Fidelis canturreó ensimismado una canción socarrona para no pensar en el dolor atroz de la rodilla.

–*Ich bin der Doktor Eisenbart.*

Heech enarcó sus pulcras cejas, luego frunció el ceño y dijo:

–Conozco esa canción. *Ich mache dass die Blinden gehen und dass die Lahmen wieder sehen.*

Fidelis intentó reír pero el sonido que salió de su boca no fue más que un suspiro. «El cojo verá, el ciego caminará.» Se había vendado la rodilla con fuerza con un delantal y había usado unas cuerdas para fijar la improvisada venda.

–Vamos a ver qué se ha hecho –masculló Heech, cortando el nudo de las cuerdas.

Fidelis estuvo a punto de pedirle que salvara el delantal, pero se dio cuenta de que Heech le habría ignorado o incluso lo habría tomado como un insulto. Con pulso seguro, el médico desenrolló el mutilado tejido y suspiró cuando un jirón de carne de Fidelis se quedó pegado al último pliegue.

–Un milagro de ingeniería –sacudió la cabeza. Le gustaba sentar cátedra–. *Kaput.*

Era una de sus palabras favoritas. Concentrado, Heech entrecerró los ojos y empezó un examen más concienzudo de la herida. El médico tenía un cabello precioso, del que solía presumir. Unos gruesos y lustrosos rizos le caían por la frente. Era un apasionado de la anatomía y las paredes de la consulta estaban cubiertas con meticulosas acuarelas de músculos y huesos, así como de los sistemas digestivo y reproductivo, que él mismo había pintado. Mientras examinaba la maltrecha rodilla de Fidelis y la desgarrada musculatura que mantenía la rótula en su sitio, meditaba sobre cómo arreglar las fracturas y las rasgaduras de la misma manera que hace una mujer para remendar el pantalón hecho jirones de un muchacho. Fidelis también observaba la rodilla. Sus pensamientos eran otros: observaciones de un carnicero. Aquí trincharía. Allí despellejaría, utilizando el filo del cuchillo y la punta. En un santiamén, obtendría un modesto trozo de carne para guisar con el tocino suficiente para lardear la carne. Fidelis se golpeó la cabeza con la mano para despabilarse y casi perdió el conocimiento. La canción que había estado entonando tronaba en su cabeza. Heech le ayudó a recostarse en la camilla.

–Respire –ordenó Heech–, pero no vaya a desmayarse.

Colocó una copa de goma india sobre el rostro del carnicero.

Fidelis se sumió en un remolino lejano, seco, lleno de chispas, desde el que sabía, oía e incluso percibía todo lo que Heech hacía con la aguja. Nada le inquietaba, aunque sabía en teoría que cada movimiento de Heech suponía sufrimiento. Que el médico tarareara de forma bastante molesta mientras cosía empeoró las cosas, pero se sabía perfectamente en el pueblo que su comportamiento con los pacientes era imprevisible. A

veces los regañaba, a veces lloraba y a veces, como ahora, Heech parecía disfrutar con su trabajo de un modo poco apropiado en un médico. Mientras le aplicaba los puntos, entonó a voz en grito la sensiblera canción *Aura Lee*. La melodía despertó la curiosidad de Fidelis, que empezó a canturrearla poco a poco. Cantó el estribillo con Heech; después Heech volvió a empezar para que Fidelis pudiera aprender toda la letra. En cuanto comenzó a cantar, ya nada le importó a Fidelis, aunque era patente, por la envergadura del daño causado, que podría quedarse lisiado. Nada le enfurecía tampoco, porque había descargado su avergonzada y apenada rabia en la cerda al cortarla en rodajas con feroz precisión. La canción le gustaba tanto como al doctor Heech, de modo que, cuando llegaron a la última nota y a la última sutura, se habían hecho amigos, y Heech le mantuvo quince minutos más, el tiempo necesario para diseñarle una férula que permitiera a Fidelis cierta libertad de movimientos a la vez que mantenía la rodilla inmóvil hasta su completa cicatrización.

—¡Basta! —gritó Fritzie cuando advirtió la porquería que Hottentot acumulaba en la puerta del negocio: una visión repugnante que espantaba a los potenciales clientes y convertía a los Kozka, sin duda alguna, en el hazmerreír del pueblo.

Empujó a su marido hacia el montón de huesos verduzcos, arrojó los huesos en un saco de yute y le lanzó el saco al tiempo que le decía lo que tenía que hacer. A su vez, Pete cogió los huesos, los ató a la parte trasera de su coche y condujo hasta la carnicería de Waldvogel. Sólo tenía la intención de verter los huesos delante del comercio y largarse pero, cuando llegó, le sorprendió descubrir el cartel de «cerrado» y encontrar el lugar desierto. Enseguida se convenció de que el negocio de su rival era tan próspero que podía permitirse unas vacaciones. Esa idea lo enfureció. La rabiosa envidia que sentía, junto con la farisaica mortificación por su traición, le llevó a cometer un acto de venganza impropio de él. Cogió los huesos, putrefactos y sucios, con el tuétano nauseabundo y los infectos extremos gibosos o rotos, y rodeó la tienda hasta entrar en la casa. Argus no era un lugar donde la gente cerrara las puertas con llave (aunque, a raíz de esto y durante un tiempo, Eva echaría el cerrojo con un rabioso chasquido todas las noches e incluso compraría un juego de pestillos que cerraban desde el interior). Pete Kozka diseminó los huesos donde le vino en gana: por supuesto, eligió mal, aumentó la apuesta y otorgó a la broma un cariz vengativo. Entró en el dormitorio de Fidelis y Eva. Apartó de la cama brutalmente el impoluto edredón blanco, las delicadas, almidonadas y bordadas sábanas que formaban parte de la dote de Eva del Viejo Mundo y vació el saco de huesos. A continuación, los cubrió por completo. Algunas sustancias de los huesos penetraron en el colchón y se mezclaron con la tela y el tejido interno del edredón.

Después de aquello, Eva no tuvo piedad nunca más con los Kozka. Sostuvo que, si pudiera arruinarles el negocio por completo, lo haría. O les destrozaría la vida. No era de las que perdonaban. Lo que habían hecho los Kozka la enfurecía más allá de la ridícula rivalidad de su marido y el otro carnicero, y tendría tiempo de rumiarlo en el futuro. Su hogar, que Eva mantenía estrictamente separado de la carnicería, se basaba en el orden, intensos aromas de repostería, higiene y vida. Ahora habían introducido en la casa la

corrupción y el hedor de la muerte, y no resultaba fácil eliminarlos, a pesar de probar todos los trucos que conocía: lejía, sosa cáustica, vinagre, luz directa del sol y lavanda. Esencia de naranja. Zumo de limón. A pesar de todos sus esfuerzos, era imposible erradicarlo; un leve olor a hueso subsistía en las sábanas.

Aunque la broma que había gastado a los Kozka acabara mal, Fidelis no tiró la toalla. La lealtad que sentía por esa chanza era implacable, como si se tratara de una obra de arte o una historia que debía acabar a toda costa. Además, culpaba a la histeria del perro del comportamiento enajenado de la cerda y quería presionar a los Kozka para que construyeran un corral de donde el perro no pudiera escapar. La siguiente vez que Hottentot se soltó de la correa y se presentó en la parte trasera de la carnicería, Fidelis dio al perro una trenza de patas de pollo que había estado guardando y acumulando durante todo el mes. El perro, por supuesto, llevó las patas directamente a su casa. Hottentot trotó orgulloso delante del establecimiento de Sal Birdy, donde los parroquianos sentados a las mesas de madera o en el mostrador fueron testigos del obsequio y se preguntaron en qué parte del domicilio de los Waldvogel acabaría ese escamoso y apestoso artículo. Después de haber profanado el rincón más íntimo del hogar de los Waldvogel, Pete Kozka estaba desconcertado por el cariz que habían tomado los acontecimientos. Había actuado con la intención de aniquilar la broma y zanjar la situación y, sin embargo, al tratar la chanza como si no se hubiese producido una escalada, Fidelis había logrado sumir a los Kozka en la frustración y la resignación. Terminaron por construir un corral cercado por una alambrada, al final, del que el perro pocas veces conseguía escapar.

Aun así, cada vez que Hottentot se escabullía y llevaba a casa algún despojo de la carnicería de los Waldvogel, Pete Kozka juraba que se desquitaría de algún modo. El perro suponía tal incordio que Eva Waldvogel amenazaba con acudir a la justicia. Según le manifestó por lo menos a una docena de mujeres, culpaba al perro de que su marido tuviera que llevar una férula y padecer dolorosas molestias en la rodilla. Durante un tiempo, las dos carnicerías dividieron al pueblo en dos bandos, al igual que lo hacían la iglesia católica y la luterana.

Durante esa época de desavenencias, Fidelis empezó lo que se convertiría en una institución en el pueblo. Echaba de menos el viejo coro al que pertenecía en Ludwigsruhe. Aunque ese coro había estado formado exclusivamente por maestros carniceros, cayó en la cuenta, al poco tiempo de cantar con el doctor Heech, de que en América no era necesario segregar los coros por gremios.

La primera reunión se celebró en el matadero de Fidelis, que tenía un techo alto y unos muros que hacían reverberar el sonido con un efecto gratificante. El responsable de préstamos del banco y uno de sus empleados, el contrabandista de bebidas alcohólicas, el sheriff del pueblo, de vez en cuando el médico, y el borracho del pueblo, todos estaban allí, una mezcla perfecta. Portland Chavers, el empleado del banco, y Zumbrugge, el banquero, compraban la cerveza a Newhall, el contrabandista, y Hock, el sheriff, hacía la vista gorda y exoneraba a todos. Por mucho que Heech lo desaprobaba, se resignaba a

vigilar de cerca el consumo de alcohol, aunque su aguda mirada vacilaba si lograban convencerle para que se tomara algún trago también. Roy, el borrachín del pueblo, que resultaba ser el padre de Delphine Watzka, bebió hasta saciarse en más de una ocasión. Y Fidelis les ofrecía a todos galletas saladas, queso, salchichas secas, y un suministro constante de buen humor, pues cuando cantaba era un hombre feliz. No había nada sombrío en él, nada grave. Era ligero como la luz, sólo música en estado puro. Esa primera velada, con semblantes de exquisita revelación, los hombres bebieron cerveza y cantaron hasta el alba. Entonaron sus canciones preferidas, enseñándose la letra unos a otros. Las voces se alzaban de una en una y, ya en el segundo estribillo, se entremezclaron con fervor durante toda la noche. Con las melodías más conocidas, armonizaron sus voces instintivamente. El sheriff Hock poseía una desgarradora voz de falsete. La voz de barítono de Zumbrugge tenía la profundidad de un violonchelo y una calidez inesperada en un despiadado ejecutor de tantas hipotecas. Mientras sostenía en la mano un vaso de aguardiente, Roy Watzka era capaz de cantar todas las partes con la misma convicción, pero su voz le parecía tan similar a la de Chavers que a veces acababan enfrentados en un duelo en lugar de empastar con armonía. Eva se quedó dormida, como le sucedería de esa noche en adelante un día por semana, mecida por el sonido de las voces masculinas. El coro se convirtió en la reunión social más concurrida del pueblo y comenzó a tener oyentes, con voces desafinadas o roncadas, que se sentaban alrededor de los hombres para escucharlos.

Por desgracia, de todos los habitantes masculinos de Argus, a quien más atraía el coro era a Pete Kozka, un apasionado del canto. Se sentía excluido y abatido, y se quejaba a Fritzie de que formaría gustoso su propio coro si no fuera porque todos los hombres del pueblo con buena voz ya se habían ido con Fidelis. El coro fue uno de los motivos que llevaron a los dos carniceros a reanudar su maltrecha amistad. Al cabo de un tiempo, Pete ya no pudo soportar no formar parte del coro y se presentó una noche como si nada hubiera pasado. Fidelis no se inmutó. Una vez que los dos carniceros cantaron juntos, el incidente casi estuvo olvidado.

La gente siguió hablando, con la esperanza de mantener viva la chispeante rivalidad, pero poco a poco el rencor entre ambos carniceros quedó relegado a una cuestión antigua, y los vecinos pasaron a nuevos temas de conversación sobre despropósitos y aflicciones. Pues, naturalmente, el pueblo sufría cada cierto tiempo alguna gran conmoción. Daba la sensación de que, en cuanto los habitantes empezaban a instalarse en una falsa seguridad y a creer, por ejemplo, que sus oraciones surtían efecto manteniendo el mal a distancia, o a festejar a la ligera la paz de la comunidad con una verbena, un desfile o cualquier muestra de rotunda autocomplacencia, sucedía algo. Alguien aparecía muerto. Un niño se asfixió en un cargamento de cereales. Hubo una mujer embarazada que al día siguiente ya no lo estaba. La gente sabía que había matado a su hijo, pero no podía probarlo. Un joven, tal vez en estado de embriaguez, murió de un disparo en un ataque de celos. Se produjo una violación horrible, y la chica fue enviada a un centro psiquiátrico mientras que el agresor paseaba libremente por las calles. Después el hombre se esfumó. Un robo en el banco. El choque de un automóvil. Un

muchacho hecho picadillo en un accidente con la trilladora. El maestro preferido de los niños se voló los sesos. Una vez más, se recordaba al pueblo de Argus que, si bien estaba habitado por un ejército de personas decentes, si bien la mayoría se consideraban devotos practicantes, si bien Argus se enorgullecía de su gran participación cívica, no era inmune. La funeraria de Strub no dejaba de ser un negocio muy boyante, lo cual daba fe de que a la muerte le gustaba Argus tanto como cualquier otro lugar. Y el mal, aunque el consejo municipal no lo aprobara, prosperaba no obstante, aquí y allá, en inesperados y secretos bolsillos.

El sótano

Después de llevar tres meses en la carretera, Delphine y Cyprian habían obtenido una asombrosa suma de dinero de los arruinados y polvorientos pueblos que visitaban con su espectáculo. Lo cual demostraba, según afirmaba Delphine, que incluso durante el verano de 1934, cuando la gente pasaba realmente grandes estrecheces, prefería rascarse el bolsillo con tal de distraerse de sus miserias. Aun así, aunque el negocio les iba bien, Delphine tomó la decisión de volver a casa. Primero, no obstante, se dirigió a una joyería barata y compró un par de alianzas de oropel para Cyprian y para ella. Era impensable presentarse en Argus sin fingir al menos estar casados.

—Esto no es ninguna broma —dijo Delphine, poniéndose la alianza con una mirada recelosa hacia Cyprian. Meneó el dedo.

—Para ti —replicó Cyprian.

—Para ti tampoco —advirtió la mujer.

La alianza ya parecía apretada y, aunque era lisa, Delphine había oído historias de anillos atrapados en máquinas o puertas de coches, arrancando o rompiendo dedos. Nunca antes había llevado un anillo.

—No te hagas ilusiones —le aclaró Delphine—. No hago el desayuno. No estoy preparada para ser ama de casa, aún no.

—Perfecto —respondió Cyprian—. Cocinaré yo.

Delphine soltó una risotada burlona. Ni siquiera le había visto nunca untar mantequilla en un trozo de pan. En las cafeterías, lo hacía ella como un leve gesto elegante y femenino hacia él, pero quizá ahora, pensaba, debería dejar de cuidar tanto de él. Podría llegar a pensar que ella estaba dispuesta a cuidarle toda la vida. Hizo girar la alianza en el dedo una y otra vez, una pequeña armadura para protegerla de las señoras luteranas que no quitarían ojo a cada uno de sus movimientos. La alianza sería una ayuda, pero la gente cuchichearía de todas maneras a sus espaldas. Su padre siempre les daba la razón. Obviamente no sabían ni la mitad de lo que sucedía en la aislada granja en medio de una maraña de arces americanos en las afueras del pueblo, donde se había criado. La única cosa buena era que las desgracias de su padre, y por ende las suyas, solían discurrir fuera del punto de mira del pueblo.

Temía que esa apremiante necesidad de regresar a casa fuera un error. No sólo el falso matrimonio. ¿Convertiría su padre a Cyprian en su compañero de borracheras? No sería capaz de aguantar el aguardiente. El alcohol destrozaría su sentido del equilibrio. No obstante, no tenía elección, porque lo cierto es que echaba de menos a Roy Watzka y la

atormentaba un desagradable presentimiento. Una serie de imágenes melodramáticas la acosaba: el hombre se moría, suspirando por ella como el padre del cuento de la Bella y la Bestia. Se tiraba de cabeza, ebrio, en la fuerte corriente del río que discurría detrás de la granja. Se ahogaba.

Delphine y Cyprian se encaminaron hacia el sur, en dirección a Argus. Las impresionantes hierbas altas, que una vez habían cubierto todo lo que se extendía bajo el cielo, seguían ondeando con fuerza en las lindes de algunos campos, en los márgenes de los cenagales que dejaban atrás a su paso y en las riberas del agradable riachuelo que de vez en cuando se desbordaba por completo inundando medio pueblo. Los campos de trigo raquítrico, con algunas zonas peladas ese año, se arremolinaban con un frenesí infinito. Por doquier se veían orugas militares, cuyos nidos semejaban redecillas grises en los árboles. De vez en cuando pasaban delante de una casa con las ventanas rotas o de otra con una triste y valiente mancha de pintura dejada al albur en la puerta de entrada que aparecía cerrada con candado. Dejaron atrás estaciones de servicio, surtidores situados delante de pequeñas y desvencijadas tiendas, un puñado de casas aquí y allá, y algún álamo fulminado por un rayo. Y siempre acompañaba una acogedora monotonía, el cielo paciente, gris y sin lluvia, como una lona impermeabilizada.

Cuando pasaron por delante de la carnicería de Waldvogel en la linde del pueblo, una robusta y encalada construcción delimitada por dos campos, repararon en dos personas que corrían. Una era una mujer con un vestido florido de tono pastel, un delantal y altos tacones muy femeninos. La otra era un muchacho de unos quince o dieciséis años, con cuerpo de atleta y una mata de lustroso cabello negro. Ambos regresaban del campo corriendo hacia una imaginaria línea de meta situada un poco más allá de la polvorienta zona de aparcamiento que se extendía delante del comercio. Iban a la par sin dejar de reír mientras movían los brazos. De pronto la mujer pareció tomar la delantera aunque sus zancadas eran en realidad más cortas. Se había puesto de puntillas, rumbo a la meta. Cuando el coche los sobrepasó, Delphine volvió la cabeza para mirar. El cabello de la mujer se soltó ondeando hacia atrás, como un repentino estandarte rojo y dorado que anunciaba su triunfo, pues fue la primera en alcanzar la valla al final del terreno y ganó al muchacho. Delphine se enderezó para dar instrucciones a Cyprian.

—¡Tendrías que haber visto a esa mujer! ¡Hay que ver cómo corre! Gira ahí.

Enfilaron un camino corto y medio invadido por las malas hierbas.

—Ve más despacio —ordenó Delphine.

El camino era una pista llena de baches que el agua se había llevado por delante en varios puntos; la tierra estaba removida y se había secado formando hoyos y marañas. El coche avanzó hasta la pequeña y desvencijada casa —tres sombrías habitaciones y un porche en voladizo— donde siempre había vivido con Roy.

Justo cuando llegaban, el padre de Delphine salía casualmente por la puerta. Era un hombre encorvado y enjuto, con una piel blanquecina y la gruesa nariz de un siniestro payaso. Cuando divisó a Delphine, se quitó el sombrero de ala ancha, se cubrió el rostro con él y empezó a sollozar en la copa con el cuerpo tembloroso. De vez en cuando, apartaba el sombrero para enseñarles la boca torcida y volvía a taparse rápidamente con

él. Era una actuación brillante. Cyprian nunca había visto a un hombre llorar de esa forma, ni siquiera durante la guerra, y estaba horrorizado. Le ofreció su pañuelo, forzándolo en la mano de Roy; se sentó junto al anciano en el porche. Delphine se enderezó, respiró hondo para coger fuerzas y entró en la casa.

Salió corriendo al instante, resollando e inspirando grandes bocanadas de aire, pero no pronunció palabra. Los dos hombres estaban sumidos en una lacrimógena conversación. Entró de nuevo rápidamente en la casa y abrió las ventanas de par en par. Después, salió y se dirigió al coche. Sacó un pañuelo de la maleta, lo empapó del perfume *Noche en París* y se lo ató, cubriéndose la boca y la nariz. La intensidad de aquel espantoso hedor le hizo pensar, por primera vez, que su padre no era sólo un borracho común y corriente, sino que era un verdadero depravado. Cuando pasó por delante de los dos hombres, dio una patada en la pata de la silla de su padre.

—¡No hagas eso! —exclamó Cyprian.

—¡Cierra el pico! —respondió Delphine detrás del pañuelo, mientras entraba, corajuda, de nuevo en la casa.

Los malos olores la ponían furiosa, eran una afrenta personal. Ya se había encargado de las porquerías de su padre antes, pero ésta era de otra índole. Delphine estaba convencida de que la había creado a propósito, para demostrarle lo inútil e indefenso que estaba sin ella. En el suelo se extendía una capa de moho, quebradiza y negruzca, pues la ropa y la comida, el vómito y la orina se habían descompuesto junto con las pezuñas de los pies de cerdo y los frágiles huesos de pollo. Era posible que algún perro se hubiera dejado morir allí mismo también. Había capas y capas de diminutos cadáveres de insectos, montoncitos de nauseabundos excrementos de ratas y un celemin de patatas podridas y germinadas que algún vecino sin duda había traído para que Roy Watzka no muriera de hambre. Sobre todo aquello habían crecido unos arcanos garabatos de un alegre y apestoso moho. Desfallecida y mareada, Delphine salió de nuevo al porche, dando tumbos.

—Necesito una pala —dijo.

Hundió el rostro entre las manos y rompió a llorar. Sollozó incluso más que su padre. Cyprian estaba totalmente aturdido, pues hasta ese momento Delphine siempre se había comportado con una dulzura tranquila y cínica, y él no se imaginaba que ella fuese siquiera capaz de sentir una congoja tan profunda. Nada del comportamiento de Cyprian, ni siquiera cuando le sorprendió con el dueño de la tienda en Gorefield, Manitoba, había hecho más que empañarle un poco los ojos. Ahora el llanto la desgarraba, zarandeándola como una tormenta. Las lágrimas brotaban y disminuían, una y otra vez. Su padre se quedó sentado escuchando las olas, casi con reverente veneración, con la cabeza gacha como si estuviera escuchando un sermón. Cyprian no pudo soportar semejante muestra de una emoción tan intensa. Se sentó en los escalones del porche al lado de Delphine y, despacio, con infinita ternura, le rodeó los hombros con el brazo. Hasta ese momento no se había dado cuenta del inmenso respeto que sentía por Delphine, y verla derrumbarse de semejante manera le sobrecogió. Había visto ya eso en algunas ocasiones durante la guerra: el momento en que los tipos más duros se vienen abajo siempre eran los más

difíciles. Empezó a mecer a Delphine de delante hacia atrás mientras le susurraba.

—No llores, hermanita —le dijo, y Delphine lloró con más fuerza porque la había llamado por ese nombre tan cariñoso y, aunque sabía que eso significaba que sus sentimientos hacia ella eran fraternales y no amorosos, sintió de pronto tanta felicidad como antes repulsión.

—Estoy bien —se oyó decir. No podía evitar repetirlo, aunque no estaba nada bien y deseaba seguir disfrutando de esa deliciosa y desconocida compasión masculina.

—Sé que estarás bien —dijo Cyprian—, pero necesitas ayuda.

No podía haber encontrado una frase más idónea y, sin embargo, la experiencia que ella tenía de él era que no sabía hacer una mierda salvo sus acrobacias. Si fuera a depender de él, pensó, le esperaba una decepción segura y, no obstante, la idea de eliminar el hedor ella sola la hizo llorar con más fuerza.

—Sí que necesito ayuda —gimió.

Cyprian se sintió complacido y, en ese arrebató, la besó dulce y apasionadamente en la sien izquierda, que latió, ardiente y carmesí. Había regresado de la guerra convertido en un hombre solitario y había seguido así, concentrándose en mantener el equilibrio. Todos sus hermanos se habían mudado al norte, a tierras de los crees. Sus padres bebían. Decepcionados, sus abuelos se marcharon lejos rumbo a algún lugar donde morir en paz. Si existían tíos y tías, vivían sus propias vidas, el tipo de vida de la que él no quería saber nada. Estaba realmente solo o lo había estado hasta ahora. Ya no era un simple idilio. En estos momentos, la relación era más profunda. Ahora tenía a Delphine Watzka y al padre de Delphine, y también un espantoso hedor.

El olor manaba de la casa como una sólida presencia. Vivía ahí, una entidad, un genio maligno. Por algún motivo, no impregnaba a Roy Watzka. El hombre desprendía un olor normal. Delphine y Cyprian lo subieron al coche y regresaron al pueblo. Alquilieron una habitación en el hotel en la calle principal y dejaron a Roy allí, acurrucado y feliz junto a una pinta de su aguardiente preferido. Era inútil intentar mantenerle alejado de la bebida, le explicó Delphine a Cyprian. Sólo iría a buscar el licor, y la búsqueda le dejaría en peor estado aún, le haría correr peligros de los que resultaba complicado salvarle. Juntos, compraron un par de palas y cinco litros de queroseno, y regresaron a la casa. Con el rostro cubierto por pañuelos perfumados, se dispusieron a sacar la repugnante porquería.

—Nunca me ha gustado este perfume —confesó Cyprian, jadeante, tras sacar la tercera pala llena de basura no identificable.

—No volveré a ponérmelo, mi amor —respondió Delphine.

Podía emplear esas expresiones tiernas, porque ahora ambos sabían que la gran pasión que los unía no era más que una broma cariñosa. Se trataba de otra cosa. Eran no-del-todo-pero-algo-más que una familia. Y, juntos, apestaban. Como si estuviera furioso por haber sido molestado, el hedor se les echaba encima. Los golpeaba en el estómago. Cada tanto, uno de los dos no podía reprimir una arcada, provocando otra en el compañero. Delphine era una mujer extremadamente decidida y Cyprian había pasado por las entrañas del infierno, pero en un momento dado, tras penetrar una capa eminentemente repulsiva, ambos salieron corriendo con la misma idea.

–¿Sería posible quemar toda la casa? –preguntó Cyprian, mirando con ansia el bidón de queroseno.

–Tal vez sí –respondió Delphine.

Arrastraron un par de cajas de cerveza al otro lado del patio y fumaron durante un buen rato. Al final, decidieron preservar la casa. A pesar del ambiente asfixiante que la aturdió, Delphine estaba impresionada por la capacidad de Cyprian para sacar palas y palas de porquería. Hicieron un gran montón en el patio con toda la mugre y le prendieron fuego. La pira desprendió un humo acre y dejó unas cenizas apestosas; no obstante, el fuego tuvo un efecto purificador en su estado de ánimo. Ahora iban al tajo con más alegría, llenando palas enteras, vaciándolas y quemándolas sin tener que detenerse para vomitar. Para cuando cayó la noche, habían acabado con un desafiante estrato de catálogos y periódicos impregnados de orina. Por lo visto, Roy Watzka había invitado a sus compinches a casa y había utilizado la despensa junto a la cocina como meadero. Era imposible que fuese obra de un solo hombre –sostenía Cyprian–, pero Delphine no se mostraba de acuerdo con él.

–Mi padre sí –aseguró, cuando descansaron junto a la hoguera.

Por fortuna, el olor parecía haber aniquilado al final su sentido del olfato. Ya nada les molestaba. No tenían ni hambre ni sed. No sentían ni padecían. Se sentían invencibles. La casa estaba casi vacía, lo que suponía un primer paso.

El siguiente era más complicado. Estaban convencidos de que la fuente del hedor había ardido hasta quedar reducida a escamas de alquitrán negro, pero el olor persistiría seguramente en la tarima, el papel de las paredes y los muebles. ¿Qué sustancia eliminaría, sin entremezclarse, semejante cosa? Se tuvieron que dar por vencidos. Cuando el fuego se apagó, volvieron al hotel y entraron a hurtadillas porque sabían que llevaban consigo esa repugnante pestilencia. En la habitación, Roy ya dormía la mona.

Con gran previsión, y cierto derroche, habían alquilado una habitación con baño privado. Ahora Cyprian sugirió, muy galante:

–Tú primero.

–No puedo –contestó Delphine.

–¿Quieres que compartamos un baño caliente? –propuso Cyprian.

Ambos sentían mucho cariño el uno por el otro. De modo que Delphine preparó el baño y vació en la bañera un pequeño frasco de champú perfumado. Se bañaron juntos, se enjabonaron uno al otro y se lavaron el pelo. Con un suspiro, Cyprian se recostó en el respaldo con Delphine entre sus piernas. Juntos se remojaron. Delphine echaba agua fuera de vez en cuando con el dedo gordo del pie. Añadía más agua caliente. Era un juego erótico, pero no sexual, una especie de reconocimiento animal. Ambos encontraban consuelo en el bienestar que sentían cuando estaban desnudos el uno frente al otro. Además, se sentían agradecidos de estar limpios, aunque el hedor subsistía en su memoria. Podían percibir el olor y ambos tuvieron miedo de haber perdido su sentido del olfato. Tal vez había penetrado en ellos de alguna manera. Quizá los echarían a patadas de la cafetería donde pensaban desayunar al día siguiente. Tal vez les harían el vacío en la calle. Se olvidaron por completo de Roy hasta que estuvieron secos, y entonces a

Cyprian le sorprendió el sordo rebuzno procedente de la habitación vecina.

—Ronca —explicó Delphine.

—¿Eso también?

—Oh —dijo Delphine.

Le miró con gesto preocupado, y Cyprian se volvió hacia ella, desnuda ante él y sin complejos. Su cuerpo era compacto, grácil y firme. Sus pechos eran realmente hermosos. Como si fuera medio zorra, igual que el personaje de uno de los viejos cuentos de su abuela, pensó Cyprian. Sus pechos semejaban unos conos dorados y perfectos con unos preciosos pezones color miel. No quería hacer nada, sin embargo; simplemente disfrutaba contemplándola.

—Ojalá fuese un artista —suspiró Cyprian—. Te dibujaría —empezó a secarla con una toalla áspera—. Dios mío, vaya ruido hace tu padre. Puede que me vaya a dormir detrás de la puerta.

—Te acostumbrarás —dijo Delphine—. Te sorprenderás. Sólo piensa en ello como algo propio de la naturaleza.

—¿Sus ronquidos?

—Como una tormenta, un gran lago. Árboles.

Los resoplidos y el ruidoso alboroto que Cyprian oía ahora no se parecía en nada a algo natural, y dudó que pudiera seguir el consejo de Delphine. Pero en cuanto se recostó y se acurrucó junto a ella, se sumió enseguida en un profundo sueño repleto de una actividad onírica prodigiosa. Soñó con árboles cuyas ramas se partían y crujían bajo el viento; soñó que saltaba de un témpano de hielo a otro en medio de los rugidos del río; soñó con una pérfida bomba trampa que explotaba cada vez que intentaba hablar.

En el sueño, se dirigía a Delphine con total sinceridad en medio de las detonaciones.

«¿Qué habré dicho?», se preguntaba al entreabrir los ojos antes de que la oscura corriente del inconsciente volviera a engullirlo. «¿Qué le habré contado? ¿Qué es lo que sabe?» Pues todavía no se había atrevido a sacar el tema de lo que había visto, o no, cerca del río en Manitoba. Y había ocurrido tan rápidamente después de aquella noche —no habían hablado de ello tampoco— en que se habían mirado a los ojos y sus cuerpos se habían acompasado de una manera que superaba todo cuanto podían haber deseado. ¿Estaban ahora enamorados o habían cambiado las cosas drásticamente? ¿Era de verdad su hermanita y el ruidoso borracho de la cama de al lado, su nuevo padre? Pensó, emergiendo a la superficie mucho antes del amanecer, que posiblemente el hedor los había confundido a todos. Tal vez les habían afectado su alcance y su poder. Ya lo verían. Lidiarían con ello por la mañana.

La peste los alcanzó mientras se acercaban por el camino. Parecía haberse instalado en una carpa cerca de la casa. Entraron para combatirla, pero tuvieron que salir corriendo enseguida. Era como si no hubieran rozado siquiera el lugar todavía o, peor aún, como si sólo hubieran conseguido levantar la tapa de la fuente del hedor, que —creía Cyprian— seguía manando del despejado suelo.

—O tal vez del sótano —se aventuró Delphine con un escalofrío infantil.

El sótano no era más que un amplio pozo cavado en el suelo debajo de la despensa. Había un agujero en la tarima y una trampilla con bisagras y una anilla que había que girar para cerrar con llave, pero Delphine procuraba no abrirla nunca, si podía evitarlo. Roy y ella nunca habían acumulado suficientes provisiones como para guardar allí, aunque bastante a menudo Roy había escondido su alijo de alcohol en las bastas estanterías recortadas en las paredes de tierra. En una ocasión, recordaba, hubo patatas en un gran cubo o tal vez nabos. Por lo demás, era un lugar asqueroso lleno de arañas. Era probablemente el origen de los bichos y de los excrementos de ratas.

—No quiero mirar ahí —dijo Delphine.

—Yo tampoco —admitió Cyprian.

—Ha llegado el momento de quemar la casa —decidió Delphine.

—Vamos a fumarnos un cigarrillo.

Volieron junto a las cajas de cervezas y encendieron un cigarrillo. Detrás de ellos, la casa tenía un aspecto tan nimio y lamentable que parecía imposible que pudiera esconder una animosidad nauseabunda de tal fiereza. Tiempo atrás, Delphine había pintado las puertas y los marcos de las ventanas de azul, porque había oído decir que algunas tribus creían que el azul ahuyentaba a los fantasmas. Lo que de verdad quería era un color que espantara a los borrachos. Pero no existía tal color. Vinieron de todas formas, a lo largo de su infancia y de su ingeniosa adolescencia, en la que ganó un concurso estatal de ortografía. La palabra que le supuso la victoria fue «sizigia». La escribió por instinto y tuvo que buscar su significado más tarde.

A decir verdad, Delphine era inteligente; de hecho, en el colegio no había chica más lista que ella. Podía haber conseguido una beca para estudiar en una universidad católica, pero abandonó los estudios muy pronto. Se debió a los planetas, alineados como en la palabra deletreada, que proyectaban sus sombras con indiferencia aquí y allá. Una influencia malévola. Poco a poco se convenció, debido a su trato con los compinches de su padre, de que en el centro del Universo no reinaba Dios sino un tremendo letargo. La quietud de un dios borracho, durmiendo la mona.

Lo había aprendido en aquella casa de puertas y ventanas azules, donde se colaban los borrachines, haciendo caso omiso de los amuletos protectores y del vertiginoso índigo. Le habían sucedido cosas allí. No la violaron ni le robaron nada, tampoco padeció la ausencia de Dios más que cualquier otra persona. No la habían amenazado ni obligado a causar daño a alguien en contra de su voluntad. No la habían pegado tampoco, ni privado de su palabra o su voz. Se trataba más bien de las tristes y lastimosas historias que oía en la casa. Delphine fue testigo de sucesos espantosos que les ocurrían a otros seres humanos. Peor que eso, era impotente ante su suerte. Sería así toda su vida: catástrofes, golpeando a su alrededor como sillas, cayendo tan cerca que la despeinaban, pero sin llegar nunca a rozarla.

Es posible que la temprana muerte de su madre la llevara a experimentar un periodo de insoportable sensibilidad. Aunque los verdaderos percances golpeaban a visitas, amigos, conocidos y extraños, Delphine padecía los sentimientos que acompañaban a sus terribles desgracias. Un niño al final de la calle se quedó ciego. Durante semanas, Delphine se

sorprendió moviéndose a tientas por la pesadilla en la que le informaron de que también ella se había quedado ciega. O abandonada por su marido, como le había sucedido a la alegre y repelente señora Vashon, que intentó matarse sin lograrlo ante la perspectiva de criar sola a nueve hijos, pero que conservó siempre en el cuello la marca siniestra de la soga. O Clarisse Strub, su mejor amiga del instituto, víctima de una enfermedad desconocida. Todas estas cosas ocurrían con tal regularidad que Delphine desarrolló un tic nervioso en su cerebro. Una respuesta reflejo que rechazaba la esperanza y la luz.

No es que increpara nunca a Dios. Desde el día en que comprendió que Dios no le devolvería a su madre, supo que era una pérdida de tiempo. Dado que le ofendía tener que tragarse tanto como veinte o treinta mentiras al día, abandonó la escuela en el último curso. Dios era pura bondad. ¡Mentira! Dios era todopoderoso. Vale, quizá. Pero de ser así, evidentemente no era enteramente bueno, dado que había permitido que su madre muriera. ¿Misericordioso? Mentira. ¿Justo? Mentira. ¿El que todo lo ve? ¿Acaso tenía realmente tiempo para ver lo que hacían sus manos debajo de las sábanas por las noches? ¿Penetraba Dios realmente en su mente y lloraba por sus pensamientos impuros? Y en ese caso, ¿por qué había centrado sus esfuerzos en semejante trivialidad en lugar de curar la enfermedad de su madre? ¿Qué clase de elección era ésa? Delphine contó e incluso anotó las mentiras en el margen de los libros de texto y de la biblioteca. ¡Mentiras y más mentiras! Escribió con tal virulencia que, durante los siguientes cinco años, las monjas amonestaron a sus alumnas para que ignorasen y a la vez les entregaran cualquier libro con anotaciones manuscritas.

Su padre se mostró muy satisfecho. En cuanto se enteró de que su hija había dejado la escuela, se despidió de la vida y se entregó a fondo a la bebida mientras Delphine acudía a trabajar. La joven admitió que tal vez habría sido mejor no ser tan espabilada. Quizá habría debido soportar la tiranía de las mentiras que la sucesión de empleos encadenados en poco tiempo durante aquella época. Había empaquetado mantequilla en la lechería Ogg. Había trabajado rompiendo huevos, jadeando con el lacerante azufre que desprendían aquellos que estaban podridos. Durante una temporada, había clasificado galletas en comederos metálicos, sobreviviendo a base de las migajas. Cosió ojales a máquina en una tienda de confección. Planchó. Se llenó las manos de ampollas lavando sábanas con lejía. Todos ellos habían sido trabajos duros y mal remunerados. Además, dado que vivía en casa, su padre intentaba quedarse con la mitad de su sueldo.

La primera vez que compartió la paga, Roy empleó el dinero para irse a beber tranquilamente a otro lugar. La siguiente ocasión, trajo amigos a casa. Cuando Delphine llegó –renqueando, cubierta de polvo y exhausta tras clasificar ladrillos en la fábrica–, los encontró bebiendo una caja de tónicos para la piel. Por mucho que se esforzara en ignorarlos, armaron un gran jaleo, se comieron todo, hasta la última pizca de jamón, y, medio embrutecidos, entraron dando tumbos en su habitación, que era su único refugio. Los amenazó con una escoba y partió el palo contra sus piernas. Cuando estallaron en carcajadas y se negaron a salir, una tormenta de puntitos blancos le nubló la vista. Al final, decidió deshacerse de todos ellos. Se dirigió al montón de leña que había fuera, arrancó el hacha de un tronco y regresó a la cocina con grandes zancadas.

–Oye, nenita de Roy... –se burló uno de los hombres.

Delphine alzó el hacha por encima de su cabeza y la dejó caer, cortando el as de diamante que acababan de repartir; después, arrancó el hacha de la mesa y volvió a levantarla. Su padre chilló. Delphine blandió el hacha y le gritó a la cara, lo que llevó a su padre a retroceder con una consternación de borrachín, dispersando la baraja de póquer, y a afirmar que había perdido el juicio. Despavorido, salió corriendo, jadeando y acompañado de sus compinches. En algún lugar durante la noche, cayó a través de una fina capa de hielo, y de la mojadura contrajo una neumonía que a punto estuvo de matarle. Delphine tuvo que dejar la fábrica de ladrillos para cuidarle. Aquel episodio del hacha había sido la primera vez que Delphine le había atacado y el hombre no conseguía sobreponerse. Todas sus bravuconerías se desvanecieron al verla entrar a grandes zancadas por la puerta en su andrajoso camisón blanco, «chillando como una posesa», tal y como él lo contaba, débil y febril. Aquello había constituido lo esencial de la vida de Delphine, aquello y más de lo mismo. A pesar de todo, era incapaz de prender fuego a la casa. Era el lugar donde se había criado y donde, al menos según la versión de los hechos de Roy, su madre la había traído al mundo. Le contó que ocurrió en la cocina, junto al fogón, donde hacía calor.

–Supongo que será mejor que limpiemos el sótano –suspiró Delphine.

–Estaba deseando que no lo dijeras –respondió Cyprian, pero con voz animada.

Apagó el cigarrillo, se golpeó los pantalones y se echó a reír al ver las nubes de polvo que engullían sus manos. Delphine quería decirle que admiraba su capacidad para los trabajos pesados. Era algo que la gente del pueblo valoraba, y ella misma se enorgullecía de su propia resistencia. Pero si se lo confesaba, ¿no estaría reconociendo que en algún momento le había considerado como un inútil patán incapaz siquiera de hacer crecer una planta? Cabía la posibilidad –reflexionaba mientras se dirigían hacia la casa– de que se hubiera equivocado por completo con él desde el principio. Era un artista. Un artista del equilibrio. Quizá, mientras actuaba, todo su ser se concentraba en ese único propósito. Y quizá, ahora que no estaba haciendo sus acrobacias, podía desplegar sus talentos más cotidianos.

Para alcanzar la anilla clavada en el suelo tuvieron que rascar el sello de tarros rotos de melocotones en conserva, zurullos de algún perro callejero encerrado allí mismo y extraños puñados de desparramadas perlas rojas cimentadas en el zumo de melocotón. Una vez que lograron levantar esa capa, tuvieron que dar pequeños golpes en la anilla para desatascarla. Poco a poco, el cielo se fue oscureciendo y tuvieron que parar y buscar un quinqué. Se eternizaron y tardaron un buen rato en llenarlo de queroseno. Con exagerado esmero, Cyprian recortó la mecha y por fin la encendió. Ahora estaban decididos a acabar lo que habían empezado. Se ayudaron de una palanca y un abrelatas para forzar la trampilla del suelo.

Cuando volvió a pensar en ello más tarde, Delphine tuvo la impresión de que la trampilla había explotado, pero por supuesto no pudo ser eso. Sólo que se habían equivocado con el fuerte hedor que habían combatido. Ese olor no era más que una

sombra olfativa. Ahora surgía el verdadero olor, el primigenio, la fuente. Ambos se tiraron por la puerta trasera y rodaron, aturdidos, por la hierba desgastada del patio trasero.

—¿Qué demonios era eso? —preguntó Cyprian, en cuanto se arrastraron hasta las cajas de cerveza y encendieron un cigarrillo con los dedos temblorosos. Era como si hubiesen sido expulsados de la casa por un *poltergeist*. Ni siquiera podían recordar si habían conseguido abrir la trampilla.

—Creo que sí —declaró Delphine.

—Yo también —asintió Cyprian.

—Hay alguien allá abajo.

Delphine exhaló un largo suspiro.

—¿Quién?

—Un muerto.

Tenía razón. Había una persona, y otra y tal vez otra más también. Era difícil de decir. Estaban como entremezclados unos con otros, dijo Cyprian más tarde. Temerosos de las consecuencias que traería avisar al sheriff —¿qué había hecho Roy?—, recobraron hasta el último átomo de frágil fortaleza y se aventuraron de nuevo dentro de la casa. Corrieron aguantando la respiración, cogieron el quinqué, se agacharon sobre la trampilla abierta, miraron hacia abajo y volvieron a salir disparados, todo ello sin respirar. Ya lejos de la casa, se detuvieron para recobrar el aliento.

—¿Has podido ver algo?

—Sí.

—Era una persona, ¿verdad?

—Monstruos.

Era exactamente en lo que se habían convertido esos desdichados cuerpos: lengua enorme, ojos saltones, cerebro reventado, verde, hinchado, irisado de energía fúngica, habitado, de modo inolvidable, por un amplio surtido de atareados bichos. Los cuerpos estaban firmemente erguidos en el sótano, rodeados de un montón de botellas vacías.

¿Qué había hecho Roy?

—¿Ha llegado ahora el momento de quemar la casa? —preguntó Delphine, aterrorizada.

—No podemos. Si lo hacemos, significa que sospechamos que se ha cometido un acto criminal. Como quememos la casa, será imposible evitar que el sheriff abra una investigación, o el jefe de bomberos. Imposible prender fuego al sótano; quiero decir, ¿qué pasará si ni siquiera las llamas logran destruir lo que hay allí abajo? Entonces sí que estaremos metidos en un buen lío.

Incluso en un momento como ése, Delphine se sintió conmovida por el uso natural que hacía de «nosotros». Podía dejarla tirada allí mismo, abandonarla para que se las arreglara sola con su padre, la apestosa casa y los cuerpos que generaban seres extraños en el sótano. Pero permanecía a su lado, sin proferir una sola palabra de exasperación por semejante embrollo. «Además de sus nuevas habilidades, es *leal* —pensó Delphine—. Me casaría con él si no hiciera eso con otros hombres.» Era un momento extraño para evaluarle como marido potencial, tal vez, pero, mientras Cyprian se enfrentaba a su lado

a este terrible desafío, ensimismado en una profunda reflexión con el ceño fruncido, Delphine advirtió que nunca lo había visto tan guapo. Los carrillos de sus esculpidas mejillas estaban tersos y sus ojos sombríos. Le gustaba esa cualidad adusta, seria, pensativa de la que ahora hacía gala. Le gustaba la paciencia que mostraba con el problema.

—Tendremos que volver y contarle a Roy lo de los cuerpos —declaró—. Necesitamos más información, Delphine.

Roy les gritó a la cara con una rabia impotente cuando regresaron. Se enredó sin querer en las sábanas de la cama y estuvo convencido de que le habían metido en una camisa de fuerza rudimentaria. Había sufrido un episodio de delirium trémens en un sanatorio una vez, y parte del tratamiento consistía en que el personal le atara en una sábana fría y húmeda. Habían juntado los bordes con alfileres fuertemente, costura contra costura. Le dejaron allí para que experimentara esas sensaciones. Se había sentido solo, moviéndose como una serpiente en una habitación insonorizada y acolchada. Varias arañas habían brotado de las paredes y unos piojos gigantes se habían deslizado bajo su piel. La experiencia en sí le había llevado de nuevo a empujar el codo, explicó, y nunca consideró dejar la bebida otra vez. Su mente era incapaz de soportar su propio poder.

—¿Puedes soportar esto? —espetó Delphine mientras le soltaba—. Hay cadáveres en tu sótano.

—¡Soltadme! ¡Os lo ruego! —suplicó Roy. Como siempre, su comportamiento era una mezcla de pantomima, vil necesidad y melodrama—. Necesito un trago. ¿Puedes traerme un buen trago?

Con gesto resignado, Delphine indicó a Cyprian que le diera un sorbo de la botella de whisky que habían comprado para él de camino.

—Vamos a soltarte despacio, papá —dijo—. Vas a tener que hablar con nosotros. Hay cadáveres en tu sótano —repitió.

—¿Y quiénes pueden ser? —preguntó malhumorado.

—Pues nosotros no lo sabemos.

—Tal vez me los puedas describir —los ojos de Roy ansiaban la pinta de whisky con un destello de locura. Se volvió astutamente dócil—. ¿Puedo preguntar qué aspecto tenían?

—Difícil de describir —respondió Cyprian, mirando impotente a Delphine—. Uno llevaba un sombrero chato, creo. Tenía una pajarita, o quizá era otra cosa... bueno, ahora que lo pienso, uno llevaba un traje.

—¿Un traje negro? —Roy de pronto se puso alerta.

—Delphine, ¿te parece a ti que uno de ellos llevaba un traje negro?

Delphine se puso a andar de un lado para otro, cerró los ojos para visualizar mentalmente el espantoso lugar.

—Creo que sí. Un traje negro —afirmó con voz débil.

Poseído por un repentino fogonazo de energía, Roy se levantó de un salto. Le quitó el whisky de las manos a Cyprian antes de que éste pudiera reaccionar y apuró todo cuanto pudo hasta que, tras un forcejeo, Delphine y Cyprian consiguieron arrebatarse la botella.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! –Roy se limpió la boca con la manga y dio dos vueltas a la habitación dando tumbos antes de detenerse delante de ellos con las manos abiertas–. ¡Son Doris y Porky, y su retoño también!

–¿Qué? ¿Qué? –Delphine agarró a su padre por los hombros y le sacudió, zarandeándole de delante hacia atrás con tal fuerza que su cabeza dio un chasquido.

–¡Espera!

Roy se desplomó sobre la cama y alargó la mano buscando la botella de whisky, que Cyprian se había llevado a los labios. Con un movimiento brusco y salvaje, Roy intentó agarrar la botella, pero Cyprian la apartó fuera de su alcance y la blandió en alto.

–¿Quiénes son Doris y Porky?

–Y su... ¿qué era?... ¿niño? –añadió Delphine. Conocía a la familia, pero no tanto. Su amiga Clarisse era pariente de ellos. De hecho, Clarisse le había contado cosas acerca de *Portland Porky Chavers, que Delphine recordaba ahora. Historias tan espantosas que al menos no pudo sentir pena por él.*

–*Eran invitados –empezó Roy con voz histérica–. A la fiesta del funeral.*

–*¿Del funeral de quién?*

–*Del padre de tu amiga Clarisse. También amigo mío, por supuesto. Él quería una fiesta, no un funeral, porque era un Strub. Yo era el único capaz de organizarle una fiesta en vez de vuestras típicas ceremonias funerarias, a las que él había asistido toda su vida. Yo era el único capaz de hacerlo –Roy hizo una pausa y después habló con un tono un tanto pomposo–. Podría llamarse un acto de misericordia corporal.*

–*Sólo a ti se te pueden ocurrir estas cosas –dijo Delphine.*

–*Fui un anfitrión de lo más cortés. Había barricas enteras de cerveza –confesó Roy con un nostálgico suspiro.*

–*Compradas con el dinero del alquiler–espetó Delphine con rabia.*

–*No importa la cerveza –intervino Cyprian–. Háblanos de Doris y de Porky.*

Roy tragó saliva como un niño obediente y asustado, asintió con la cabeza y prosiguió.

–*Semanas más tarde, nos dimos cuenta de que no estaban.*

–*¿Nos? ¿Quiénes? ¿Los pestilentes vagabundos de tus amigos?*

Roy dirigió a Delphine una falsa mirada de tierno reproche, pero estaba demasiado conmovido para llevar a cabo una actuación más elaborada.

–*Kozka y Waldvogel, Mannheim y Zumbrugge, todos ellos. Claro que nos preguntamos dónde se habían metido. Porky no acudió al coro. Dejaron todas sus cosas. Abandonaron la casa. Todo. Incluso al perro... Volvió aquí a buscarlos. No había manera de alejarlo de la despensa. ¡Dios mío! Ahora lo entiendo.*

Roy se encorvó y empezó a sollozar, pero con una intensidad moderada que no requería público.

–*Y nosotros que pensamos que se habían marchado a Arizona –repitió despacio, una y otra vez.*

Delphine y Cyprian cayeron noqueados en la cama como dos muñecos de madera mientras sentían que se quedaban sin aliento. Intentaron recobrar el sentido, pero era

demasiado pronto. Tenían los nervios destrozados. Cyprian se dirigió al cuarto de baño del hotel, abrió los grifos de la bañera e invitó a Delphine a que le acompañara. Lanzó la botella de whisky a Roy y después echó el pestillo detrás de él.

—No pensemos en nada —aconsejó Delphine.

Cyprian ni siquiera contestó. Preparó un baño muy, muy caliente y añadió unas gotas de espuma de baño de fresa que había comprado en la tienda de baratijas. A medida que el agua subía y llegaba a su punto, desnudó a Delphine y luego se quitó la ropa. Mientras hacía un ovillo con las prendas y las dejaba en una esquina, afirmó:

—Vamos a quemarlas.

Se metieron en la bañera y con sumo cuidado y ternura, y sin mediar palabra, se frotaron el uno al otro, y después se relajaron en el agua, apoyado cada uno en el cuerpo del otro para estar cómodos. Dejaron que el agua entrara y saliera. Su piel se volvió muy suave al principio y luego de un blanco esponjoso y arrugada como la de un sapo. Roy llamó una vez a la puerta, pero luego farfulló una disculpa entre dientes y se alejó.

—No quiero abandonar esta bañera nunca —dijo Delphine.

Cyprian añadió más espuma de fresa y agua caliente, y permanecieron allí un largo tiempo hasta que el agua desapareció por el desagüe. Después, continuaron en el baño todavía un largo rato más.

Ahora se enfrentaban al problema de saber a quién informar y qué hacer: habría parientes, seguramente Doris y Porky, y —un pensamiento insoportable— su hijo también, tendrían parientes. Y quedaba la exasperante perspectiva de sonsacar a Roy toda la verdad. Le interrogaron a la mañana siguiente. Algo sí confesó. Descubrieron, por ejemplo, que se había ido por ahí durante el velatorio y había pasado la noche en el gallinero abandonado que había albergado antaño la cría de gallinas enanas negras bántam de Delphine. En su dolor por la pérdida de Cornelius Strub, padre de Clarisse, se había ido a vivir a la selva de vagabundos junto a las vías del ferrocarril. Había permanecido allí semanas enteras, según recordaba, y cuando regresó se encontraba en un estado tan deplorable que padeció alucinaciones. Así que es posible que oyera de verdad golpes, incluso ruidos espantosos, procedentes de las paredes y del suelo de su casa. Pero a pesar de ello, como al mismo tiempo le asaltaban las habituales visiones de serpientes deslizándose por las lámparas y emergiendo de las paredes, no prestó atención a los sonidos.

—Los ruidos acabaron por desaparecer —reconoció con un hilo de voz que se fue apagando—. Como suelen hacer todos los ruidos... y yo me dije a mí mismo que debía de estar saliendo del delirium.

—Pues ya está, será mejor que vayamos a ver al sheriff —dijo Cyprian con gesto sombrío.

—¿Y no detendrán a papá?

—Siempre y cuando no fuera él quien los encerrara en... No los encerraste tú en el sótano, ¿verdad?

Roy se enderezó muy erguido, sobresaltado. Abrió la boca de par en par, con una mirada tan vacía que por un momento Delphine estuvo convencida de que le había dado un ataque. Después, cerró la boca de golpe y afirmó con total seguridad que él no lo había hecho.

—No creo que le lleven a juicio. A mí me parece, además, que toda la historia no fue más que un accidente. Tal vez Doris y Porky quisieron curiosar un poco y bajaron para enseñar el viejo sótano a su... —Cyprian cerró los ojos al decirlo— hijo. Alguien tiró esos frascos de las estanterías que golpearon la anilla al caer. Y quedaron encerrados en algún momento del velatorio.

—No tenía ni una sola gota allí abajo —sostuvo Roy—. Ni una sola gota.

—Pues entonces, vete tú a saber.

Los tres tomaron un desayuno tenso y taciturno antes de dirigirse a pie a la oficina del sheriff.

El sheriff Albert Hock era una sorprendente mezcla de fragilidad y corpulencia. Sus rasgos delicados aparecían envueltos en enormes y mullidos anillos de carne inflados en mejillas y papada. El cabello castaño claro de su coronilla era esponjoso, al contrario que el pelo hirsuto de su rostro. La barba le brotaba con fuerza nada más afeitarse. Tenía la boca sucia como la de un niño pequeño y a menudo manchada de zumo o chocolate, pero poseía una manera muy clara de ver las cosas. La histeria fuera de control de Roy Watzka le obligó a echarse hacia atrás, apartándose del escritorio, y a quedarse quieto en la silla con ruedas. Impasible, su semblante era una máscara de paciente desprecio, aunque cuando le guiñó un ojo a Delphine, su mirada se tornó cariñosa como la de un perro viejo.

—¡Quiero que me saquen esos cuerpos de allí! —gritó Roy, fuera de sí.

De su actitud, cualquiera pensaría que los lamentables despojos de su sótano habían invadido el lugar y muerto a propósito para fastidiarle. Dirigió al sheriff una mirada feroz, como si Hock mismo fuese el culpable, lo cual —pensó Cyprian— era una táctica muy desafortunada.

—Venga, siéntate —le aconsejó a Roy, mientras le susurraba también al oído que más le valdría callarse—. Será mejor que empecemos por el principio.

—Os lo ruego —dijo el sheriff Hock, aproximándose de nuevo al pequeño escritorio de madera. Acercó una hoja de papel secante marrón y cerró sus hermosos dedos sobre una estilográfica. Con la mano izquierda alisó un libro de registro encuadernado en una tela verde musgo en el que consignaba la información que le traía la gente del pueblo—. Adelante —dijo, a la vez que asentía y abría el registro.

Delphine retomó el hilo del relato. Después, Cyprian y ella iban alternándose para exponer los hechos con todos los detalles que eran capaces de recordar, haciendo breves y educadas pausas mientras el sheriff anotaba sus testimonios. Parecía dispuesto a consignar hasta el más mínimo matiz y aguardaba pacientemente mientras buscaban la manera más correcta y precisa de describir cada paso de lo que habían vivido. Con la mano inmóvil y detenida en el aire y con las exuberantes cejas como dos orugas de color

arena, escuchaba muy pensativo. La esmerada atención que les prestó hizo que las cosas fueran saliendo a relucir: la hora exacta del día, las fuentes de luz, el singular poder del hedor, sus propias teorías, su preocupación por Roy. Para cuando llevaron al sheriff al momento presente, Delphine y Cyprian tenían la sensación de haber tomado parte en una monumental tarea. Estaban exhaustos y, sin embargo, todavía les quedaba tanto por hacer.

Cuando el sheriff Hock se levantó con un tedioso histrionismo, Delphine recordó que antes de lograr el puesto de sheriff había triunfado en el papel del rey Enrique VIII y también había interpretado a Falstaff en una obra memorable en el pueblo. Sentía por él una mezcla de complejo respeto y lástima. Estaba enamorado de forma feroz y desesperada de Clarisse Strub, y todos los que lo sabían también sabían que la mujer lo despreciaba sin contemplaciones. La había perseguido durante años y había escrito numerosos poemas autocompasivos. Su amor por ella se había convertido en una broma trasnochada, pero, como era el sheriff, nadie se lo decía.

—Abriremos ahora mismo una investigación —declaró mientras se dirigía a la parte trasera de la oficina. Una pequeña habitación contenía las herramientas inherentes a su cargo. Una pistola, cintas métricas, banderas rojas para cortar el tráfico, más libretas y carpetas y un armero con varios rifles. Con cuidado hizo acopio de los distintos elementos que necesitaría y, a continuación, tras dejar una larga nota a su ayudante, los echó fuera a todos.

—Roy vendrá conmigo —declaró. Debatiéndose entre una mezcla de miedo y sensación de privilegio, Roy se subió al asiento del copiloto. Cyprian y Delphine los siguieron a una respetable distancia. Cuando llegaron a la casa y se bajaron del coche, Delphine se quedó impresionada al constatar que el sheriff había incluido en el equipo una mascarilla de cuarentena, que se colocó al entrar en la casa. No malgastó su energía hablando con ellos. Su corpulencia recorrió con prontitud y ligereza las pequeñas estancias y muy pronto dio con la puerta de la despensa. El sheriff Hock levantó la trampilla del suelo. Tomó unos someros apuntes, abrió la trampilla de par en par y luego salió al patio por la puerta trasera.

Permaneció allí un buen rato, para luchar contra las náuseas o bien para recobrar el sentido. Los demás aguardaron en silencio a una corta distancia.

—Antes de que te autorice a volver a tu casa —dijo al fin el sheriff a Roy—, tendré que entrevistarme con los demás invitados que acudieron a tu casa en esa fatídica noche. Puesto que, en vuestro comprensible celo —se dirigía ahora a Delphine y Cyprian—, ambos habréis visto y destruido sin duda cualquier prueba de acto criminal, me veo en la obligación de pedirlos que permanezcáis en el pueblo como posibles testigos.

Ambos asintieron, y el sheriff se marchó. Roy informó a la pareja de que necesitaba un poco de soledad y se alejó hasta la ribera del río. Delphine se llevó el pulgar a la boca para indicar que siempre tenía una botella escondida entre las raíces de los árboles cerca del río. Cyprian y ella comenzaron a descargar el DeSoto y a montar la tienda de campaña a contraviento y lo más alejada posible de la casa. Después, Delphine pidió a

Cyprian que se quedara con Roy para asegurarse de que no se le ocurriera tirarse al agua en medio de una buena cogerza. Mientras tanto, ella iría al pueblo a buscar provisiones.

He aquí una extraña y paradójica verdad: la experiencia de felicidad que ha vivido un hombre es capaz de matarlo posteriormente. Si bien no había mostrado el menor indicio de no ser más que un borracho cualquiera, Roy Watzka era más que eso. Era un peligroso romántico. Durante toda su vida, había amado apasionadamente, incluso de forma desinteresada, con toda la profunda gratitud de un sorprendido polaco. La mujer a la que amó era aquélla a la que todo el mundo suponía madre de Delphine: Minnie. Nadie la había visto nunca, salvo en las fotografías de Roy, ni sabía mucho sobre ella, excepto por las historias que contaba Roy. Esas historias, sin embargo, la convirtieron en un vívido recuerdo para el pueblo. Quizá tenía un yo secreto que le correspondía a Roy con una singular pasión, ya que había pocos indicios en las fotografías borrosas de Minnie que indicaran que tuviese un espíritu romántico. En una de esas imágenes, apartaba la mirada de la cámara, con la boca apretada en una mueca que podía ser de recelo o simplemente la sombra proyectada por el sol. Otra fotografía la capturó en un movimiento repentino y salió movida, por lo que se veía su rostro atrapado en una borrosa nube de luz grisácea. Sin embargo, en otra, una gallina había echado a volar y Minnie se estiraba para atraparla de modo que sus rasgos quedaban oscurecidos por las alas y el cabello.

No obstante, cuando la mujer se marchó, Roy se entregó al culto de esas imágenes. Algunas noches, encendía una hilera de cirios en el tocador y bebía sin cesar, y le hablaba, hasta que desde lo más hondo de su ebriedad ella le respondía. Entonces, mientras las velas se alargaban sobre las viejas fotografías que Roy veneraba y veía el rostro de Minnie con toda nitidez, recordaba sus ojos transformados y dulcificados por palabras que le había dicho. Pero ¿qué podía hacer Roy con la felicidad que recordaba? ¿Dónde podía guardar algo así cuando ya no experimentaba su poder? Durante el primer año tras la marcha de Minnie, con un dolor del que Roy nunca hablaría y en una época en la que Delphine no era más que un bebé, Roy entraba y salía de la bebida con la capacidad de recuperación de un hombre con un hígado sano. Se mantuvo sorprendentemente ebrio, incluso durante la Prohibición, tomando de todo: tónico para el pelo, agua de azahar, jarabes para la tos de cualquier tipo, incluso los elixires mensuales de las mujeres, alimentaron sus rituales de duelo. Progresivamente fue destruyendo el órgano que había confundido con el corazón.

Cuando su padre empezó a beber para satisfacer una necesidad causada cada vez más por el alcohol y menos por el recuerdo de su madre, Delphine cumplió diez años. Después de aquello, conoció a su padre principalmente como un guiñapo alcoholizado, mientras su madre permanecía joven y misteriosa en las fotografías del tocador. Tanto la imagen borrosa como la gallina que la ocultaba le daban un aspecto lleno de vida. Lo que la había matado exactamente, no lo mencionaba Roy jamás. Delphine se asombraba de que nadie en el pueblo la llamara nunca a un lado para darse el gusto de susurrarle al oído el secreto. Y como nadie lo hacía, llegó a la conclusión de que nadie lo sabía. Y en

esa ausencia de conocimiento, la mente de Delphine se había lanzado como una flecha a elucubrar fantasías, moldeando la historia de su madre con objetos cotidianos, soñando despierta y viendo sus rasgos en las sombras de las hojas y las formas de las nubes.

Delphine estaba segura, por ejemplo, aunque Roy nunca había corroborado su teoría, de que los objetos del diminuto armario de su habitación habían pertenecido antaño a Minnie. La cómoda lacada y la lámina de una ola rompiendo en una roca. El objeto máspreciado de todos era una caja de madera. En su interior guardaba una pequeña piedra blanca envuelta en la punta de un pañuelo de gasa desgarrada. De vez en cuando, cuando la asolaba la nostalgia, abría la caja de puros, que todavía desprendía un dulce y efímero aroma a tabaco y cedro. Con gran ceremonia, a menudo a última hora de la tarde, cuando el sol se filtraba por la ventana oriental de su habitación, Delphine se enrollaba el pañuelo en la muñeca y se metía la piedra en la boca. Se quedaba tumbada chupando la piedra, memorizando los cantos pulidos con la lengua, enrollando y desenrollando el pañuelo de la muñeca en una liviana y blanca bruma de consuelo.

Cuando cumplió doce años, guardó de nuevo la piedra en la caja y abandonó sencillamente ese hábito. Lo sustituyó por una conciencia más adulta de lo que le había faltado. Cuando observaba a otras muchachas con sus madres, a veces le daba vueltas la cabeza y le dolía el cuello, pero lo soportaba. Siempre había sido demasiado terca y tímida como para confesar su necesidad a una mujer mayor —una profesora, la madre de una amiga—. Pero siempre había estado ahí, a veces enterrada, otras apremiante, sobre todo en los momentos difíciles. Ahora, mientras Delphine se dirigía en coche al pueblo, se alegraba de que, en su desesperada lucha contra el hedor, Cyprian y ella no hubiesen quemado la casa, porque echaba de menos las fotografías de su madre, que Roy atesoraba en el cajón superior de la negra y lacada cómoda. Quería contemplarlas, sentarse junto al misterio familiar. Fue presa además de una repentina y casi física necesidad de abrir la caja de puros y sacar la piedra blanca. Fijó la mirada en la carretera y pidió un viejo, ingenuo e inútil deseo: que por una sola vez, por un único instante, le fuese dado el regalo de poder contemplar una imagen nítida del rostro de su madre. En ese estado de nostalgia por ver el rostro de su madre se hallaba Delphine cuando entró en la carnicería Waldvogel y conoció a Eva.

La mujer del carnicero

El primer encuentro espiritual que mantuvieron fue acerca del tocino. Delphine era una clienta anónima, de pie en la entrada de la carnicería Waldvogel, aspirando el olor a serrín de pino, cilantro, pimienta y carne de cerdo ahumado con madera de manzano, un aroma poderoso, limpio, sangriento y delicioso. Avanzó con entusiasmo y apoyó sus fuertes dedos en el mostrador.

—Un cuarto de libra de panceta. Voy a freír un poco de pescado en su grasa.

—¿Qué tipo de pescado? —preguntó Eva amablemente. Tenía un fuerte acento, pero no se trastabillaba con las palabras. Siempre entablaba conversación con los nuevos clientes, y esa joven, aunque le resultaba familiar, no era ni una clienta habitual ni una conocida. Se quedó detrás del expositor refrigerado repleto de todos los matices de rojo: veinte o treinta trozos de carne, salchichas secas, salchichas de hígado, salchichas escaldadas, salchichas de ternera, morcilla, salchichas suecas, italianas, ahumadas a la pimienta, lustrosos corazones, hígados, pálidas mollejas de ternera, lechecillas, así como una caja enorme de salchichas vienesas delicadamente condimentadas, hervidas y sin ahumar, por las que la gente hacía largas colas el día en que Fidelis las elaboraba.

—Todavía no lo sé —respondió Delphine—. Aún están nadando en el río.

Enseguida reconoció a la mujer al otro lado del mostrador como la misma joven que había ganado la carrera en la tierra polvorienta dos días antes. Se sintió en confianza con ella y le habló con más seguridad de la que hubiera mostrado normalmente.

—Una tira es para el cebo. Así que me figuro que si no pescamos el pez, al menos podremos comernos el resto de la panceta.

—Un plan muy sabio —asintió Eva, pesando los mejores trozos de tocino magro. Con cada nuevo cliente se cuidaba mucho de ofrecer la mejor calidad y siempre regalaba un pequeño obsequio como señuelo para que volviese.

—Pruebe este tocino —insistió—. Al pescado le va muy bien. Es muy económico y, para ahorrar, deje que los chicharrones se posen y retire la grasa de arriba. Le quedará la panceta para mañana. Es que hay tocino y tocino.

Eva metió la mano en la vitrina de cristal, refrigerada con un ventilador eléctrico.

—Mi marido era maestro carnicero allá en Alemania, no como Kozka, que no era más que un cocinero del ejército. Mi Fidelis aprendió una manera secreta para separar la grasa del tocino. Pruebe esto —le ordenó—. *Schmeckt gut!*

Eva le tendió una pequeña sartén con la manteca de cerdo y Delphine pasó la punta del dedo.

—¡Tan pura como la mantequilla!

—Apenas salada —susurró Eva, como si no destinara esas palabras a todo el mundo—. Pero necesita un frigorífico para mantenerlo fresco.

—No tengo —reconoció Delphine—. Bueno, tuve uno, pero, mientras estaba fuera, mi padre lo vendió.

—La he visto varias veces —dijo Eva—, pero sigo sin poder ubicarla. Por favor, ¿cuál es el nombre de su padre?

A Delphine le gustaron las maneras directas pero educadas de Eva y admiró su enorme moño de pelo rojizo y dorado, recogido con dos lápices amarillos. Los ojos de Eva eran de un cálido color verde con estrías plateadas. En uno de sus ojos brillaba una extraña y reluciente veta que se convertiría en una raya negra cuando la vida abandonara su cuerpo, como una luz que se apaga detrás del resquicio de una puerta. En ese momento, frunció los ojos a medida que el tocino, el frigorífico y el padre que había vendido el frigorífico iban conformando una imagen en la cabeza de Eva. Esperaba más información.

—Roy Watzka —dijo Delphine despacio.

Eva asintió mientras envolvía y ataba el paquete con un gesto experimentado, y le cobraba a Delphine. Contó el cambio en la mano de Delphine. El nombre le dijo todo cuanto necesitaba saber.

—Acompáñeme —Eva hizo un gran gesto circular con el brazo detrás del mostrador—. Voy a enseñarle a preparar la mejor tarta de carne picada que haya comido jamás. El secreto está en ese condenado sebo.

—¿Dónde ha aprendido a hablar inglés? —preguntó Delphine.

—Escuchando de cerca a los carniceros —contestó Eva.

Mientras Delphine pasaba al otro lado del mostrador y acompañaba a Eva por el pasillo, echó un vistazo a la oficina abarrotada de papeles y facturas, a las pequeñas taquillas que guardaban la ropa de los hombres y quién sabe qué más, a la estantería empotrada en la pared repleta de figuritas hechas de porcelana alemana. Eran figuritas de niños: uno recogiendo rosas, otro conduciendo una pequeña cabra blanca. Entraron en la cocina, que aparecía inundada de luz que se filtraba por enormes ventanales en medio de gruesos muros, encima del fregadero. El tiempo se detuvo para Delphine. Recorrió la habitación con la mirada.

Había una balda con grandes cuencos de barro cocido para la masa del pan y un recipiente extraíble para la harina. Unos armarios de madera pintados de un sorprendente color verde hacían juego con el linóleo del suelo. Una pesada picadora de carne estaba atornillada a la encimera. La mesa, redonda, estaba cubierta con un hule de cuadros. En cada cuadrado bordado de rojo se podía ver el dibujo de un racimo de uvas, un melocotón jugoso y rosado, una manzana o una pera verde y delicada. No había visillos en las ventanas, sino macetas de geranios que florecían rojos y terriblemente exuberantes. Toda la habitación desprendía un generoso aroma a panecillos recién horneados.

Nada más entrar en la cocina de Eva, algo profundo le sucedió a Delphine.

Experimentó una increíble expansión de todo su ser. Presa del vértigo, tuvo la sensación de caer en picado y después despacio, como si fuera un pájaro posándose. Se sentó en el tipo de silla con respaldo cuadrado y robusto que le gustaba a Cyprian para hacer el pino, mientras Eva sacaba con una cuchara granos de café de un bote de barro para verterlos en un molinillo y empezaba a girar la pequeña manivela de hierro que movía un engranaje que a su vez molía los granos torrefactos. El molinillo hacía mucho ruido, de modo que, sin dejar de darle a la manivela, Eva sólo enarcó las cejas a Delphine por encima de la pequeña caja de caoba. Manó un maravilloso aroma. Delphine inspiró profundamente. Con manos ágiles y seguras, Eva vació el estrecho cajón de madera lleno de café recién molido en una cafetera de esmalte gris con manchas blancas y negras. Abrió un grifo del fregadero y obtuvo agua de allí, no de una bomba de agua, y a continuación puso la cafetera en el fogón y encendió el quemador de una cocina de gas de un blanco impoluto, adornada con unas volutas cromadas que formaban el nombre de *Magic Chef*.

—Dios mío —suspiró Delphine.

Se había quedado sin palabras. Pero eso no importaba, porque Eva ya había sacado un lápiz de su cabellera y una libreta para anotar la receta de la tarta de carne picada. La caligrafía de Eva tenía el viejo y recargado estilo alemán, y su ortografía era pésima, al menos en inglés. Delphine se sintió agradecida por este último y pequeño defecto; de hecho, fue para ella un gran alivio, porque Eva parecía una mujer tan habilidosa, tan segura de sí misma, así como la madre de cuatro (como descubrió muy pronto) robustos e inteligentes varones y la esposa de un maestro carnicero, que habría sido en caso contrario un modelo inalcanzable para Delphine. Ella —una mujer que no había tenido una madre y había limpiado cosas vergonzantes en casa de su padre; que se había endurecido a fuerza de pasar hambre y frío y tenía un amante que se mantenía en equilibrio haciendo el pino sobre seis sillas apoyadas en su estómago; a la que la flor y nata de Argus consideraba menos que nada, pero que, sin embargo, sabía escribir correctamente— ganó confianza gracias a la receta con mala ortografía. En ese instante, Delphine tomó una estratégica decisión.

Ya que tarde o temprano Eva, a la que ya deseaba fervientemente tener por amiga, se enteraría de lo que había sucedido en la casa de Roy Watzka, decidió contarle la verdad. Es cierto que Eva la asociaría enseguida con un suceso muy sórdido, pero la mujer, que la superaba en edad, terminaría por enterarse de todas maneras. Delphine comprendió además que tenía en sus manos algo muy valioso. Una historia, una fuente de chismorreos, incluso tal vez la génesis de un mito local, eran suyas. Suyas para ofrecérselas a Eva, que siempre podría decir: «La muchacha vino directamente a mí, medio deshecha, la pobrecita, y me contó...». Y así, por muy exhausta y desanimada que se encontrara, Delphine contó a Eva todo lo que acababa de vivir. Consciente de que se trataba de un chisme de primer orden, se limitó a decir sin ambages:

—Usted es la primera en saberlo.

Eva escuchó el relato con la impávida mirada de un prelado y, aunque Delphine no le había pedido la absolución, se la concedió bajo la forma de una taza de café recién hecho

y un panecillo de canela salpicado deliciosamente de uvas pasas, azúcar y mantequilla. Dado que el horror sólo empezaba ahora a deslizarse en la propia mente de Delphine, le llenó de gratitud ser tratada de una manera tan sencilla y humana. No fue hasta que uno de los hijos más pequeños de Eva, un vigoroso niño de unos cinco u ocho años con la cara redonda y enmarcada en unos rizos castaños, entró corriendo en la cocina, pidió y consiguió un panecillo y volvió a salir corriendo, cuando Delphine rompió a llorar. Durante todo ese tiempo, había resguardado su mente de la existencia de aquel niño en el sótano. Esperaba que le hubieran emborrachado hasta el final o que hubiera encontrado consuelo en la presencia de sus padres en sus últimos momentos. Enfrentada a esa muerte inconcebible, Delphine sintió de nuevo un antiguo y poderoso sentimiento de impotencia. La casita en la que se había criado parecía decidida a demostrarle lo cruel que era la vida y a permitirle que pudiera meditar sobre ello.

«Es vergonzoso –pensó con el rostro hundido entre las manos mientras sollozaba–, venir a casa de esta señora y ¡echarme a llorar!» Pero Eva parecía acostumbrada a que la gente llorase en su mesa. O eso o estaba reflexionando sobre los acontecimientos que Delphine le había relatado. Eva susurró:

–Tranquila.

De vez en cuando, ponía la mano en el hombro de Delphine y le rellenaba la taza de café.

–Usted llora pocas veces –dijo, por lo que Delphine tuvo la sensación de ser, por algún motivo, increíblemente fuerte y heroica.

–Es cierto –reconoció Delphine, aunque era ya la segunda vez que lloraba desde su regreso a su pueblo natal, donde su padre siempre sería conocido, de ahora en adelante, como el hombre demasiado borracho para oír a tres personas muriéndose en el sótano.

Al abandonar la carnicería con un trozo de tocino envuelto en un papel, la panceta, tres naranjas, seis cebollas, pan y una salchicha seca, Delphine pensó que quizá sería capaz de enfrentarse a su padre otra vez. Se dirigió en coche a la granja, dando botes con torpeza y esquivando baches y agujeros. El encuentro con Eva la había sumido en un estado de ensoñación; se parecía mucho al enamoramiento pero al mismo tiempo era muy diferente. El que Eva se hubiese fijado en ella, que la hubiese llevado incluso a la cocina, que Eva diera muestras de querer conocer a Delphine, todo ello suponía una alegría demasiado repentina. Para cuando Delphine dobló la larga y triste curva y divisó la pequeña casa, llegó a la conclusión de que seguramente había sido flor de un día tanta amabilidad por parte de Eva. O que sus sollozos sin duda la habían espantado. Aun así, estaba muy agradecida a Eva por haberla invitado a su cocina.

–Algún día tendré una cocina como la suya –declaró en voz alta.

La vista del coche del sheriff y de su desgarrado ayudante, del coche fúnebre y de un par de vecinos curiosos, así como la de Cyprian, desconsolado, ensayando acrobacias en una esquina del campo del fondo, le recordaron que ese día tardaría mucho en llegar.

Aurelius Strub, director y responsable de la funeraria municipal, se encargaba de retirar los cuerpos, junto con su esposa Benta y su joven sobrina Clarisse, ayudante y aprendiz en la funeraria y amiga de Delphine. Clarisse tenía grandes probabilidades de heredar el negocio, la Funeraria Strub, la empresa de pompas fúnebres más moderna y respetada de toda esa parte del estado. Su porvenir había dificultado sus relaciones en el instituto, ya que sus compañeros cayeron en la cuenta uno tras otro de que, de vivir toda la vida en Argus, acabarían al final en las decididas y enguantadas manos de Clarisse Strub. La bella Clarisse, que había sacado sobresaliente en la disección de un platelminto. La seductora Clarisse, que ya dominaba el arte del maquillaje en la otra vida tanto como en ésta. Clarisse, cuya mirada chispeante y burlona se había apagado por un tiempo, cuando padeció una secreta y vergonzante enfermedad, cuya causa nunca llegó a determinarse. Para curar la dolencia, que pudo haber tenido su origen en un cuerpo cuya condición sifilítica se desconocía, ya que incluso entonces ayudaba de vez en cuando en la sala de embalsamar bajo la supervisión de su tía, se sometió a un largo y complejo tratamiento. El doctor Heech, que propició su curación, sostenía que era imposible que un cadáver transmitiera el mal y contemplaba su contagio con sabio recelo. El tratamiento consistió en inyecciones intravenosas de salvarsán e inyecciones intradérmicas de mercurio, ambas igual de desagradables. Clarisse se hizo más fuerte con ello, pero Delphine sintió pavor al ver que la pinchaban. A pesar de ello, sujetó la mano de su amiga hasta el final. El único día que no lo hicieron fue el día en que las inyecciones hicieron sangrar las encías a Clarisse y Heech las curó con una friega de cocaína. Delphine fue la única, aparte del doctor Heech, en saber lo sucedido, y la única también, además de los miembros de la familia, en ser admitida en el sanctasanctórum del sótano de la Funeraria Strub.

Clarisse vestía una bata blanca con forma de saco, una mascarilla verde, gomas de caucho y gafas oscuras, pero su cabello negro y rizado la delató, y ni siquiera las duras realidades de su oficio habían podido apagar la particular luz de su rostro. Al descubrir a Delphine, se arrancó la mascarilla y los guantes, y entonces, debatiéndose entre la alegría de ver a su amiga y la gravedad de la situación, extendió los brazos y se acercó a ella. Miró a su alrededor para comprobar si alguien las estaba observando, pues la familia Strub mostraba siempre un estricto autocontrol y profundo respeto en presencia de los muertos, y no debía ser vista bromeando con una amiga. Tras asegurarse de que estaban solas, Clarisse torció el gesto hasta hacer una mueca de intenso espanto. Habían interpretado juntas en el teatro municipal los papeles de primera y segunda bruja de *Macbeth*.

—«¿Cuándo volvemos a vernos? —declamó entre dientes—. ¿Bajo lluvia, rayo y trueno?»

—«Cuando acaben brega y bronca y haya derrota o victoria», prosiguió Delphine.

Las dos podían haber continuado así, porque se conocían prácticamente toda la obra, pues ambas habían sido suplentes de Lady Macbeth y de los demás personajes, pero Aurelius apareció con un bulto de aspecto macabro y Clarisse le hizo señas de que hablarían más tarde. Delphine puso cara de compasión. Eran capaces de comunicarse a la perfección mediante gestos faciales. Clarisse torció el gesto y por la comisura de la

boca dijo con voz ronca:

—«Y como rata sin rabo, gozaré y gozaré».

Antes de regresar al trabajo, con una mirada inquisitiva, le señaló la carpa de Delphine, al otro lado del campo, y a Cyprian que, con el pecho descubierto, ensayaba sus ejercicios de gimnasia y sus acrobacias de equilibrismo en una silla de la cocina. Clarisse guiñó un ojo por encima de la mascarilla higiénica verde y se dio la vuelta para regresar a sus arduas tareas. Iban a tener que poner los cuerpos en una cuba allí mismo, en el patio, comprendió Delphine. Acababan de levantar un biombo de lona de tres hojas delante de la puerta y desde detrás salía un olor a formol y a alcohol de noventa grados. Jarras de agua destilada se alineaban en la hierba. Ahora la escena desprendía una sensación de eficacia y seriedad. Cuando los Strub se presentaban para hacerse cargo de los finados, siempre se producía una sensación de alivio. Clarisse todavía era considerada un tanto extrovertida, pero, por regla general, los Strub daban muestras de poseer el carácter adecuado para este trabajo: una aséptica compasión en absoluto afectada, empalagosa o meliflua. El pueblo confiaba en ellos. Los difuntos, consumidos en su impotencia, volvían impotentes a su vez a todo su entorno, salvo a los Strub.

Mientras Delphine descargaba las compras del coche y las llevaba a la carpa, advirtió que Cyprian había fabricado una pequeña chimenea con unas piedras. Cyprian resultaba ser realmente mañoso, pensó, de una manera extraña y maravillosa. Por ejemplo, el hogar no era sólo un basto círculo de rocas, sino que las piedras encajaban unas con otras, cementadas con argamasa. Había una chimenea y un pequeño estante. Y un gancho clavado en el mortero. Estaba reparando el gallinero. Y encima era guapo.

Cuando Cyprian se volvió hacia ella con una dulce mirada de soslayo, su perfil le cortó la respiración. Tenía los ojos muy hundidos, negros como el carbón de resina, y su nariz dibujaba una línea clásica con dos perfectas lágrimas por fosas nasales. Sus labios trazaban una leve curva y, cuando sonreía, descubría la perfección sobrenatural de su dentadura. Era esto último, la uniforme blancura de los dientes —llegaba ahora a la conclusión—, lo que tal vez hacía que su rostro fuera demasiado hermoso para ser hermoso. «Sí —pensó al escrutarle con un ojo más crítico—, hay algo de eso. Una imperfección da a una cara mucha más fuerza, destaca puntos de interés. ¿O será que sólo estoy celosa? ¿Protegiéndome el corazón?»

Le tendió los paquetes. Se los cogió y los añadió a su número de malabarismo, atrapándolos y lanzándolos alegremente por el aire, adelante y atrás, más alto, debajo de una pierna levantada en alto y con el pie en punta, como una bailarina, y después doblada hacia un lado como un perro orinando.

¿Cómo no enamorarse de un hombre que hacía unos juegos malabares con tanta destreza? ¿Cómo no enamorarse de un hombre que permanecía a tu lado mientras el sheriff y sus ayudantes y los trabajadores de la funeraria sacaban tres cuerpos del sótano de la casa de tu padre? Olvidó el momento en que tuvo pensamientos negativos y decidió querer a Cyprian sin más. Era indiscutible que se había esforzado todo cuanto podía para que estuviera cómoda. No sólo había levantado su propia carpa privada, sino que había erigido otra para su padre, un bonito cobertizo fabricado con una lona impermeabilizada

y además cerca del río. Cerca del inevitable alijo de Roy Watzka, escondido entre las raíces de los árboles. Y alejado de ellos para no oír sus ronquidos.

Después de que se llevaran los tres cadáveres, la conmoción dio paso al agotamiento para Delphine y Cyprian. Permanecieron sentados durante mucho tiempo, con la mirada perdida en el fuego, en estado de aletargado trance, hasta que no quedaron más que rescoldos. Un suave manto de oscuridad cayó sobre ellos. No se veía la luna. Hasta bien entrada la noche, bebieron agua fresca y comieron salchicha seca, pan con tocino y naranjas de postre, ya que, después de todo, Cyprian no había logrado pescar nada. La noche sin luna resaltaba el destello de las estrellas. El cielo reflejaba un delicado derroche de luz. Reinaba un silencio tan intenso que podían oír el murmullo del río y, en ese rumor, Delphine derramó al fin un poco del horror que había experimentado y sintió un extraño bienestar.

La invadió una apremiante necesidad de hablar. La oscuridad le cubría el rostro; su padre bebía entre los matorrales; Cyprian estaba sentado a su lado. Decidió preguntarle.

—Ese hombre junto al río... Ya sabes a qué me refiero.

Cyprian sintió un vuelco en el corazón, y una explosión de adrenalina le estalló en la cabeza. Había estado esperando ese momento, tanto como deseando que nunca llegara. Hacía ya mucho tiempo que había decidido cuál sería su respuesta.

—Eres todo cuanto yo deseo en la vida —dijo.

Delphine reflexionó sobre ello. En cierto modo, aquello era exactamente lo que había pedido en sus oraciones cuando era mucho más joven, encerrada en su habitación mientras unos borrachos montaban una algarada en el patio y la cocina. Tenía delante a un hombre atractivo, muy fuerte y con una fuente de ingresos extraña pero sorprendentemente efectiva, que consistía en mantenerse en equilibrio. Un hombre con talento. Un hombre que declaraba que ella era todo cuanto él deseaba en la vida —es decir, que presumiblemente querría casarse con ella—. Y, sin embargo, este hombre tenía, ahora lo comprendía, lo que había oído llamar «un desarreglo». Era la forma educada que se había empleado. Más allá de esa mención, todo el asunto era un total misterio para ella.

—¿Por qué lo haces? —preguntó.

—No lo sé.

—Necesito saberlo.

Como de costumbre, y Cyprian podría habérselo imaginado, no estaba dispuesta a aceptar una respuesta evasiva ni una que le permitiera salvaguardar su dignidad. Ni siquiera una mentira que pudiera preservar la felicidad de ambos sería aceptable. Nada de lo que él había oído acerca de su deseo se correspondía con lo que él sentía cuando experimentaba esa forma de amor. Entonces, en esos momentos, era sencillamente el mayor y más elemental placer que jamás sentía. Siempre había albergado la esperanza de no tener que explicarlo jamás, y menos aún a una mujer. Pero, pensó mientras observaba el fuego carmesí que desprendía el rostro de Delphine, de tener que contárselo a una mujer, se alegraba de que fuese a ella. Los sentimientos que atesoraba hacia Delphine Watzka eran una absoluta sorpresa para él, algo que nunca había sospechado en la vida.

Le encantaban las cosas que decía, su divertida franqueza, la fuerza que poseía y que había ignorado hasta que él le enseñó a desarrollarla, y ahora la ternura que manifestaba hacia el cabronazo zarrapastrero de su padre. Incluso la insistencia que mostraba para que él le confesara la verdad sobre su lado oscuro formaba parte de su arrollador encanto.

Aun así, no sabía cómo expresarlo, y ella estaba decidida a sonsacarle toda la verdad y no se conformaría con menos.

—Con un apellido como Lazarre, tú no eres polaco —comentó, desviándose de la cuestión.

—No, no lo soy.

—Entonces ¿qué eres?

—Soy francés.

—¿Y qué más?

Cyprian se calló.

—Bueno —dijo al fin—. Soy chipewa. Ojibwe. La palabra que empleaba mi abuelo era *Anishinaabeg*, los humanos. Significa lo mismo.

—Eso te convierte en un indio.

No era una nimiedad reconocer esto en el pueblo donde ambos vivían ahora juntos ante los ojos de todo el mundo como un matrimonio de verdad, pero terminó por hacerlo.

—Tienes la piel clara.

—Mi padre era medio francés y mi madre también tenía sangre francesa. ¿Has oído hablar de los michifs o métis? —Cyprian escrutó el rostro de Delphine, luego se encogió de hombros y apartó la mirada—. Me figuro que no, pero, si fuera el caso, habrías oído hablar de mi célebre antepasado Louis Riel: murió convertido en un mártir visionario que imaginó una nación de sangre mestiza, y no una banda desorganizada o un grupo de cazadores. Un lugar con fronteras y un verdadero gobierno que ocupara gran parte de Manitoba. ¡Somos muchos los que todavía soñamos con ello! Desciendo de un hombre famoso, Delphine, para tu información. Riel. Puedes encontrarlo en los libros de Historia.

—¿Era un buen equilibrista?

Cyprian ladeó la cabeza y sonrió.

—Fue un equilibrista extraordinario, pero le ahorcaron igual. Supongo que ha salido en mí el lado más liviano de mis antepasados, y no el heroico, aunque he luchado en una guerra decente. Todos mis primos y dos de mis hermanos tienen la tez morena.

—Ahora puedo verlo —dijo Delphine, con un tono de voz más suave hacia él, su fantasía de gloria perdida y su heroica herencia— en tus ojos y en todo esto, o tal vez en tu pelo —no obstante, el repentino brote de información de Cyprian no la haría desistir de su propósito—. Háblame del hombre junto al río.

Habló con tono paciente, y Cyprian perdió toda esperanza de poder desviar su atención. Con la respiración entrecortada, trató de hallar las palabras adecuadas para describir lo que le había sucedido cuando comprendió que aquello iba a pasar con

otro hombre. No pudo hacerlo, y se sintió aliviado cuando ella terminó por hacerle una pregunta.

—¿Empezó en la guerra?

—¡Empezó en la guerra!

Afirmó aquello con un atisbo de esperanza, pues era una explicación que no se le había ocurrido hasta ese momento. Sí, su mente funcionaba a toda velocidad. Podría tratarse de otra extraña consecuencia de la vida en tiempos de guerra, el resultado de tal grado de promiscuidad con otros hombres, un efecto secundario de los ataques con gas, o de todo lo demás, las heridas infectadas, una enfermedad de las trincheras o un microbio propagado por el miedo. Mientras daba vueltas a estas explicaciones mentalmente, supo que no eran suficientes. Durante la guerra, en realidad, se había enamorado apasionadamente de otro hombre, cuya muerte todavía lloraba. Y el amor en sí no le había sorprendido. Pues siempre lo había sabido. Tenía perfectamente claro que sentía por los hombres los mismos sentimientos que éstos solían albergar hacia las chicas, y después las mujeres. ¿Qué podía ser más evidente? No, la guerra había hecho cosas mucho peores que decidir a quién podía o no amar.

Sólo pensar en ello le agotaba.

—Mira —empezó al fin, de manera cansina—, hazte la misma pregunta. ¿Por qué te gusta hacerlo con hombres? Tu respuesta será la misma que la mía.

Delphine mordisqueó un poco de pan, atizó el fuego para reanimar las llamas y reflexionó. Tras meditarlo un buen rato, decidió que por él sentía más una afinidad femenina que masculina. Tenía la sensación de que podía contarle cualquier cosa que pasara en su corazón de mujer, y él la comprendía, entendía esa verdad, puesto que la había experimentado en el suyo. De modo que se quedó satisfecha con su respuesta, aunque eso significara que definitivamente no serían amantes. Ni siquiera sabía si volverían a viajar con el espectáculo. Al fin y al cabo, estaban atrapados allí mismo por un tiempo, conforme a la promesa que habían hecho al sheriff. En lo que necesitaban pensar era en trabajar, sobre todo debido al dinero que habían tenido que desembolsar en el hotel, el aguardiente para Roy, material de limpieza y mantas nuevas. Tenían que pensar en la forma de conseguir trabajo.

Esta vez, Delphine se dirigió a la carnicería a pie, una distancia de unos seis kilómetros. Cyprian y ella habían decidido no malgastar gasolina. Además, necesitaba ejercitar los músculos de las piernas por si acaso retomaban el espectáculo —quizá podían ofrecerlo allí un fin de semana o dos, sólo para conseguir el dinero suficiente para comprar un nuevo colchón a Roy, sin hablar de algún producto capaz de quitar el todavía insoportable hedor del suelo y las paredes de la casa. Cuando Delphine entró en la carnicería Waldvogel, reparó en el alegre tintineo de la campanita de la tienda y pensó en lo agradable que debía de ser escucharlo desde el interior de la casa.

Al igual que la vez anterior, Delphine enunció lo que quería comprar y, al igual que la vez anterior, Eva la invitó a tomar café. En la estantería de productos de limpieza del hogar de Eva, no había un solo detergente lo suficientemente fuerte para la tarea

que debía acometer Delphine, así que Eva quiso elaborarle un preparado de su invención.

—Créame, tengo mucha experiencia —dijo—. Ese tipo de hedor es un tremendo problema. Dificilísimo de erradicar. Primero, un buen lavado con vinagre y agua. Después tendría que encargarse para usted amoníaco de uso industrial; pero tenga cuidado con las emanaciones. Y tal vez, si eso no fuera suficiente, sosa cáustica. Para empezar, Delphine, le sugiero que rellene el sótano, no sólo salpicarlo con cal sino colmatarlo con una buena mezcla de tierra y cenizas de madera. No pensará utilizarlo, ¿verdad?

Delphine negó con la cabeza rotundamente.

—Muy bien. Pues llénelo hasta arriba.

Eva tomó un sorbo de café. Llevaba el pelo recogido en un curioso moño con unos suaves tirabuzones que le caían a los lados. El moño tenía la forma de un ocho, que Delphine sabía que era el antiguo signo de la eternidad. Eva se levantó y se alejó. Cruzó las baldosas de linóleo verde para aplastar con el puño una masa de pan que se había levantado y cubrirla con unos paños. Mientras Delphine la observaba, le vino a la cabeza un pensamiento peregrino: la idea de que tal vez los momentos vividos con gran intensidad, como cuando Eva se giró y el sol iluminó su cabello y durante ese instante el símbolo refulgió, eran eternos. Esos momentos iban a alguna parte. A un archivo de momentos que existían fuera del alcance del tiempo y que Dios no podía hurtarnos.

Bueno, era Dios, ¿no? —los pensamientos de Delphine seguían su curso con obstinación—, quien creaba el tiempo y el fin de todo. «Respóndeme a esto —deseaba preguntar Delphine a su nueva amiga—. ¿Por qué nos es dada la maldición de poder imaginar la eternidad cuando sabemos que jamás podremos conocerla, cuando nosotros mismos somos seres limitados?» Quería preguntárselo, pero de pronto se volvió muy tímida, y fue en ese estado de introspectiva inhibición cuando conoció al marido de Eva: Fidelis Waldvogel, maestro carnicero.

Antes de verle, percibió su presencia, como una descarga eléctrica en el aire cuando las nubes están bajas y los rayos golpean la tierra. Después, sintió una gravidez. Un campo de gravedad le recorrió el cuerpo. Intentó ponerse de pie, para sacudirse esa sensación, cuando el hombre ocupó de pronto todo el marco de la puerta. Después, entró y llenó la habitación.

No se trataba de su estatura. No era extremadamente alto, ni ancho. Pero emanaba de él una gran fuerza, como si hubiese otro hombre mucho más poderoso en su interior. ¿O acaso estaba habitado por todos los gritos de los animales? Tal vez fuera por sus musculosos hombros, o su acechante silencio. Una mano roja, gruesa y maltrecha, colgaba a un lado como un garfio; la otra sujetaba en equilibrio sobre el hombro una pieza de carne. El cuarto de ternera debía de pesar cincuenta kilos o el doble. Lo llevaba sin esfuerzo apenas, aunque las venas de su cuello palpitaban, llenas de sangre espesa, como un toro. Miró a Delphine con sus ojos azules casi blancos. Sus miradas se cruzaron. Las mejillas de Delphine se encendieron y fue la primera en apartar los ojos.

Unas nubes pasaron delante del sol y la luz parpadeó en la habitación; las bocas rojas de los geranios en el alféizar bostezaron. El fognazo de su mirada impulsó a Delphine a coger uno de los cigarrillos de Eva. Para encenderlo. Él apartó la mirada y habló con su mujer.

Después se marchó sin pedirle que se la presentara.

Aquella brusquedad, si bien de mala educación, le vino muy bien a Delphine. Desde ese momento no deseaba conocerle. Esperaba poder evitarle. No importaba, siempre y cuando pudiera seguir siendo amiga de Eva, e incluso desempeñar el trabajo que pronto le iba a ofrecer para atender a los clientes.

—¿Cuándo?

Delphine se entusiasmó enseguida ante la idea de trabajar en la carnicería y poder sentarse todos los días en la cocina de Eva durante los descansos.

—A partir de mañana.

—Estaré aquí cuando abra —dijo Delphine.

—A las seis.

A partir de ese día, Delphine utilizó la puerta trasera que daba a la caldera y al lavadero, a las estanterías de herramientas y a los delantales blanqueados con lejía que secaban despacio en tendederos o perchas. Tras abandonar el cuarto de servicio, atravesó el pasillo atestado de papeles y material diverso. Cogió de una percha junto a la puerta de la tienda el propio delantal de Eva, azul con minúsculas florecitas blancas. De ahora en adelante, oiría la campana de los clientes desde el otro lado del mostrador. Descubriría el matadero, la cuba de escaldado, los rieles y ganchos que sujetaban los cuartos de ternera enteros y los medios de cerdo. Había una cámara frigorífica. Al bajar la palanca de acero, el cierre hermético se abría y la gruesa puerta cedía con un suspiro. Delphine aspiró el aroma a especias y queso. El congelador desprendía un olor más macabro. Ambos contenían rieles, ganchos, cubos y baldas. Entre el matadero y la tienda había un pequeño cuarto de ahumado y, amontonados en un lado, leños de nogal americano o manzano y cubos de salmuera. Lindando con ese pequeño cuarto de ahumado se encontraba la animada sala de despiece, equipada con los tajos del carnicero, mesas pequeñas donde se descuartizaban los animales. Había encimeras revestidas de acero alrededor de la sierra donde se cortaban los filetes y los asados. El suelo de esa sala se cubría de serrín todas las mañanas para que absorbiera la sangre, el polvo procedente de los huesos que las sierras de carne escupían y los pequeños trozos de cartílago y grasa que caían de los tajos al limpiarlos con pesados y rectangulares cepillos de acero. Delantales ensangrentados colgaban junto a las puertas. Delphine tenía la tarea de ayudar a lavar la ropa sucia. Todos los días, recogía los delantales y trapos sucios y los llevaba a la sala del lavadero de suelo de cemento. Eva le dejaba hacer allí su propia colada también. No es que Eva lo insinuara nunca, pero, por mucho que Delphine frotara, tenía la impresión de que el olor de la casa de Roy persistía, tal vez en las costuras de su vestido, en los cuadros verdes y grises, en el entramado del estampado o en los puntos del dobladillo. Sólo poco a poco ese hedor fue sustituido por el olor de la tienda. Sangre cruda, grasa congelada, pimienta picante y serrín. Delphine se ponía un vestido limpio

casi a diario y se lavaba el pelo en el río por la noche. Aun así, el olor a carne se le quedaba impregnado y le molestaba hasta que terminó por acostumbrarse y dejó de percibirlo.

En su segundo día de trabajo, Delphine estaba colocando ristras de salchichas de Viena en la cámara frigorífica cuando oyó el tintineo de la campana, y luego otra vez, y otra más con un tremendo estruendo. ¿Quién demonios era que no podía esperar unos segundos? ¿Quién entraba así con tanta rabia? Molesta, Delphine salió y se encontró ante la presencia de una mujer conocida en el pueblo como Paso-y-Medio. Era un perro errante de mujer, larguirucha y delgada, probablemente todavía joven –aparentaba tener entre treinta y cuarenta años–, y, sin embargo, se movía con ademanes de vieja amargada. Paso-y-Medio vivía sola, cuando residía en Argus, y se ganaba la vida vendiendo trapos. Roy hablaba a veces con ella, y Delphine recordaba ocasiones, cuando era niña, en las que Paso-y-Medio le había deslizado en las manos un caramelo o una moneda. Ocasiones en que la mujer había surgido de ninguna parte y los borrachos de su casa se habían desvanecido como si los hubiera tragado la tierra. Resultaba intimidante. Paso-y-Medio debía tal apodo a la impresionante longitud de sus zancadas. Le encantaba la noche y se dejaba ver, con su espigada silueta llevada por el impulso de un movimiento hacia delante, recorriendo las calles del pueblo y hurgando en los porches traseros en busca de alguna falda usada, un surtido de camisas y blusas desordenadas, o incluso algún abrigo que la gente se hubiera dejado olvidado por allí. Ahora, puesto que comía las sobras del pueblo igual que recogía sus desechos, había venido a por callos. O morros, aunque Eva solía utilizarlos en una ensalada que consideraba particularmente nutritiva para sus hijos. Aquel día, también había huesos para Paso-y-Medio. Delphine lo sabía porque Eva ya los había apartado.

Los huesos, cortados generosamente y de los que colgaban trocitos de carne, aguardaban en una olla debajo de un paño. Delphine los puso en una hoja de papel encerado blanco, los envolvió y ató el paquete con un cordel que bajó de una bobina que colgaba del techo. Con gesto impaciente empujó el paquete en el mostrador, esperando a que Paso-y-Medio se lo llevara. Pero la mujer echó sus huesudos hombros hacia atrás, se mantuvo muy erguida y observó el paquete con una mirada hostil y un silencio inquisitivo. Lo desenvolvió con cuidado. Sin mediar palabra, alisó el papel blanco que las separaba y dejó expuestos los huesos pálidos y manchados de grasa. Paso-y-Medio examinó los huesos como si fueran a predecir el futuro.

–Éste no vale un pimiento –apartó una nudosa tibia–. Y no cojo cogotes.

Paso-y-Medio inspeccionó el resto, sonrió con aprobación a un rabo de buey y analizó los trocitos de carne con el mismo meticuloso discernimiento de la mujer de un banquero que comprobara con ojo crítico las vetas de los filetes más caros. Cuando hubo terminado, rechazó los huesos con la mano. Delphine volvió a atar el paquete con gran solemnidad y lo entregó a la mujer con un respetuoso y teatral aspaviento. Sabía que ésa era la manera en que Eva hacía las cosas. Ya satisfecha del tratamiento que recibía, Paso-y-Medio metió la mano en el bolsillo interior de su holgado impermeable de hombre

y sacó una pila cuidadosamente ordenada de trapos para el polvo.

—Dáselos a Eva —ordenó, como si pensara que Delphine fuera a quedarse con ellos. Sus ojos eran de un color negro, brillantes e incisivos. Su mirada había parecido en un primer momento animada por un odio feroz y enigmático, pero ahora la mujer cambió de repente y miró a Delphine con una indescifrable expresión de melancolía.

—¿Puedo ayudarla en algo más? —preguntó Delphine, insegura.

Pero Paso-y-Medio siguió observándola, asimilando cada detalle de Delphine. Por su parte, Delphine le devolvió la mirada. Fue en ese momento cuando advirtió algo nuevo en Paso-y-Medio. A pesar de poseer un rostro con trazos toscos, sus rasgos, casi aristocráticos en su fuerza bruta, podrían haber sido hermosos si el recelo no hubiera arrastrado hacia abajo la comisura de sus labios con tal fuerza que unas profundas arrugas se anudaban debajo de la barbilla. Sus ojos, de ese color tan sorprendente, se entrecerraban sin cesar. La mujer dio de pronto un golpe seco en el mostrador con una mano. Agarró el paquete con la otra y, sin una palabra de agradecimiento ni el menor gesto de buena educación, dio media vuelta y desapareció. La puerta se cerró con el mismo tintineo estridente con que se había abierto.

Ésa era una de las clientas, pero había más. Algunas pagaban con dinero y otras, como Paso-y-Medio, vivían de los despojos. Pues la carnicería y los animales muertos alimentaban a un complejo abanico de seres vivos: desde el banquero, que gozaba de un filete cocinado a la perfección en su plato cada noche, hasta los que compraban las salchichas, y luego los cortes más económicos; desde la familia de sioux de Dakota, que tenía la piel más oscura que Cyprian, vestía anticuados tejidos estampados, llevaba collares de abalorios rosas, azules, corales y amarillos e intercambiaba piezas de caza mayor y bayas por harina y té, hasta aquellos que no pagaban nada en absoluto como Paso-y-Medio, Simpy Benson, los Shimek, y los padres de familia que no tenían trabajo y habían sido arrojados a los caminos de la Gran Depresión; e incluso hasta los perros que roían los huesos que Paso-y-Medio rechazaba, y, más aún, hasta las plantas que florecían con el polvo de huesos molidos que ni siquiera los perros podían morder.

También había un número de clientes que no compraban siempre, pero que entraban con cierta frecuencia para charlar u organizar las reuniones del coro: el gordo contrabandista, Gus Newhall, así como el elegante y arruinado pero impecable Tensid Bien, que siempre llevaba corbata y gabán. Tardaba una eternidad en examinar la bandeja de galletas de la Sunshine Baking Company, que apenas probaba humildemente, y sólo compraba una o dos lonchas de salchicha de jamón a la vez y, puntualmente, alguna naranja, unas pocas galletas, un trozo magro de la carne más dura, un nabo y una diminuta corteza de queso. Estaba Pouty Mannheim, de los hermanos Mannheim, regordete y con ínfulas de niño rico, y Myrna, su eterna y confusa novia. Estaba Chester Zumbrugge, que intentó seducirla. Estaban Scat Wilcomb y Mercedes Fox, el viejo doctor Heech y su hijo, el joven doctor Heech, que no era médico en absoluto sino dentista y vegetariano, lo cual resultaba bastante escandaloso, por lo que se sospechaba que era comunista. La única persona a la que Delphine tenía pavor, no obstante, era la caprichosa cuñada de Eva. Todo el mundo se limitaba a llamarla Tante, porque, en caso

contrario, insistía en que se dirigieran a ella por su nombre de pila, Maria Theresa, y nadie quería contribuir a su arrogancia con un nombre tan majestuoso.

Delphine no la llamaba Tante; no la llamaba nada. Se cuidaba mucho de no dirigirse a la mujer que entraba altivamente con un único tintineo, como si la mismísima campana estuviera subyugada por el sentido que tenía esa mujer de su propia elegancia e importancia. El primer día de trabajo de Delphine, Tante se dirigió directamente al otro lado del mostrador, al panel corredizo de la vitrina donde se guardaban las salchichas, y lo abrió con gran estruendo. Sacó una loncha de mortadela y la guardó en el bolso. Delphine se apartó y observó a Maria Theresa –en realidad, dio un paso atrás y miró con envidia el calzado de la mujer–. Aquellos zapatos estaban hechos de cuero italiano, fino y flexible, y abotonados con habilidad. Se ajustaban a su largo y estrecho pie con una elegante precisión. Tante no poseía tal vez un rostro seductor, pues en eso se parecía a Fidelis y reproducía sus rasgos más agresivos –el fuerte cuello y el porte glacial y descarado, una mandíbula demasiado severa, unos labios delgados y ojos de un azul tan fantasmagórico que ponía los pelos de punta a Delphine. Aun así, los pies de Tante eran finos y bonitos. Presumía de ellos, y todos sus zapatos eran de la factura y el cuero más caros.

–¿Quién eres? –preguntó Tante, alzando la cabeza antes de salir como un torbellino, sin dignarse a aceptar una respuesta. La pregunta, insultante para empezar, dado que Delphine ya había sido presentada a la hermana del carnicero, quedó flotando en el aire. «¿Quién eres?» es una pregunta que tiene una respuesta larga o una respuesta corta. Cuando Tante la dejó caer entre ellas, y rebotar sin recogerla, Delphine se quedó reflexionando sobre el sentido más amplio mientras restregaba los mostradores de la carne y se disponía a fregar el suelo.

«¿Quién eres, Delphine Watzka, hija de un borracho y puta de un marica, vagabunda, criatura sin madre, con vientre de acero y corazón lascivo? ¿Quién eres, quién eres, tú que naciste polaca mugrienta en la mugre polaca? ¡Tú que tienes el sótano de tu casa repleto de podredumbre humana y un hombre en tu carpa que ha hecho lo indecible con otros hombres! ¿Quién eres, tú que tienes un padre que se ha dejado ver chupando de la botella como un bebé en su propio excremento? ¿Quién eres y qué te hace pensar que perteneces a algún lugar que se halle cerca de esta casa, de esta tienda y, sobre todo, de mi hermano Fidelis, que es el amo de todo cuanto hace?»

Delphine no era capaz de permitirse ese tipo de dudas sin guardar rencor a la persona que se las había inoculado en el corazón. Odió a Tante desde el primer momento e imaginó su derrota. Se mostraría implacable para conseguir al menos una última y pequeña victoria de la que Tante jamás se repondría. Tante incluso intentaba tratar a Eva con prepotencia, por lo que Delphine, en su laberíntico y leal corazón, la odiaba todavía más. Cuando Tante se marchó altivamente con una hogaza de pan recién horneado de su cuñada bajo el brazo y, sin pedir permiso, se llevó además una botella de leche, Delphine lo anotó en un papel. «Tante se ha llevado una botella de leche, una loncha de mortadela y una hogaza de pan.» Y no hizo nada más. No pensó que un informe tan escueto

tuviera consecuencias, pero las hubo, pues no se trataba de que Tante cogiera las cosas. A su parecer, se las debían. Del dinero que le había dejado su abuela, de quien era la favorita, Tante había dado a su hermano en una ocasión quinientos dólares para comprar material. Aunque se los había devuelto, la mujer continuaba cobrando los intereses en diversas formas para recordarles así a todos su abnegada generosidad.

Los muchachos, Markus y Franz en particular, no querían a Tante. Delphine se daba cuenta de ello. No es que supiera mucho de niños. Le eran desconocidos. No había estado con niños muy a menudo, pero ahora las cosas habían cambiado. Como estos muchachos eran hijos de Eva, quería conocerlos y se fijaba en ellos, empezando por Franz, el mayor.

Con quince años, era un joven muy fuerte y atlético, con un temperamento americano, orgulloso y afable, perfectamente transparente y opaco al mismo tiempo. Sus pensamientos y sentimientos más profundos eran inexistentes o estaban ocultos, Delphine no sabría precisarlo. Siempre le sonreía y la saludaba con sólo un levísimo acento alemán. Siempre se mostraba alegre e indefectiblemente educado. Con el tiempo, ella se daría cuenta de que el chico era fruto de la insuperable paciencia de Fidelis y su contenida rabia. La fuerza de Franz, unida a la tenacidad a prueba de bombas de su madre, hacía de él un atleta extraordinario. Jugaba al fútbol, al baloncesto y al béisbol, y siempre con una exquisita elegancia, y de hecho era algo parecido a un héroe en el pueblo.

El siguiente hijo era más retraído. Markus tenía apenas nueve años, pero ya evindenciaba cierta querencia hacia la filosofía y una naturaleza monacal, aunque jugaba con total desenfreno a la menor ocasión. Sus notas eran sobresalientes un año y catastróficas al siguiente, según sus propios intereses. Había heredado las largas manos de su madre, su sedoso cabello rojizo y dorado, sus finas mejillas y sus ojos que miraban a veces divertidos y con triste curiosidad, como si dijeran: «Vaya espectáculo más estúpido». Markus también era educado, aunque de una manera más mesurada. Realizaba con desgana los recados de su padre, pero sentía verdadera adoración por su madre. Le habían puesto ese nombre por su querido padre. Su madre le acariciaba a menudo el pelo, tan parecido al suyo, con los rizos cortados. Con frecuencia lo abrazaba para darle un beso. El chico se apartaba, como correspondía a un varón, pero con una suavidad que demostraba que no quería herir sus sentimientos.

Erich y Emil, los dos hijos más pequeños, gemelos y de cinco años, eran fuertes como un toro, taciturnos cuando tenían hambre, totalmente felices en cuanto comían hasta saciarse, de corazón sencillo y muy apegados a sus fusiles de madera y a sus ejércitos caseros de arcilla y palitos, que luchaban sin cesar en el suelo de su habitación, que se encontraba en la parte trasera de la casa. Aquellos ejércitos, que incluían los que habían pertenecido antaño a Fidelis más algunos soldados más modernos, comprados con valiosas moneditas, eran más o menos los únicos juguetes que podían verse por la casa. Una vez, cuando Delphine preguntó a qué jugaban los chicos, Eva le explicó que jugaban con todo lo que tenían a su alrededor, convirtiéndolo en cualquier cosa gracias a su imaginación.

—Un palo se convierte en un fusil. Con las bandejas para la carne se deslizan por las colinas. De vez en cuando, un bate y una pelota. Nunca se sabe, Delphine. Me despreocupo de ellos para ver lo que construyen.

Delphine se puso a observarlos y ciertamente construyeron cosas asombrosas. Con muelles abandonados, ruedas y cajas de madera fabricaron un pequeño cochecito del que tiraban los perros. De un árbol colgaron un columpio casi letal, que los balanceaba en una rama junto a la carretera, formando un arco sobre la calzada donde podría golpearlos un coche al pasar. Junto al río construyeron balsas a partir de viejos restos de vigas de madera. Espadas con tornos, fuertes con la madera de cajas de embalar, pistolas que disparaban gravilla y bombas con vejigas de vacas rellenas de agua. Sin embargo, a pesar del gran alboroto que armaban cuando jugaban en la calle, se mostraban tímidos y callados en la carnicería y sobre todo cerca de su padre. Los días de matanza trabajaban muy duro. Cuando se requerían todas las manos disponibles, incluso los dos benjamines tenían que dar la vuelta a las mollejas para vaciarles la arenilla. En cuanto tuvieron edad suficiente, los chicos aprendieron a manejar los cuchillos sin cortarse las manos. Fidelis estaba decidido a enseñarles a todos el oficio.

Y estaba el oficio... A Delphine no le importaba vender ultramarinos, ni cortar chicharrones, pero la matanza de animales no era trabajo para ella. No sólo odiaba la brutal excitación de la matanza sino también sus largas y meticulosas consecuencias. Había que lavar una y otra vez las tripas para elaborar las salchichas, y dar la vuelta a las mollejas hasta devolverles su forma con gran esmero. Cada producto requería un proceso interminable, y algunos pasos parecían innecesarios a los ojos de Delphine, aunque Eva insistía en que no. Quizá, pensaba Delphine, no le importara demasiado mezclar los condimentos con la carne picada y elaborar las salchichas, pero ésa era tarea de Fidelis, y el hombre era un celoso guardián de cada paso que daba. Algunos eran secretos. Se concentraba en cada lote como un alquimista.

Delphine habría preferido pasar el tiempo sobre un escenario, o incluso detrás de las bambalinas, diseñando y cosiendo el vestuario. Le gustaba construir decorados. Se le daba muy bien todo lo relacionado con el teatro, y lo que más le gustaba era ponerse cualquier cosa que formara parte del vestuario: plumas, coronas, vestidos de gala o blusas victorianas. A Delphine siempre le había entusiasmado preparar espectáculos. De hecho, fue esa mutua pasión por disfrazarse lo que había unido a Clarisse y Delphine mientras estaban todavía en el colegio. Habían representado complejas obras de teatro en el patio trasero de la casa de Clarisse, colgando una sábana sobre la cuerda del tendedero a modo de telón e interpretando todos los papeles con complicados cambios de vestuario y dirección de escena, e incluso la iluminación con un viejo quinqué cuyo resplandor, al caer la noche, podía dirigirse hacia la hierba como una especie de foco. Sus creaciones, y la mezcla de escarnio e intimidación que despertaban en los demás niños, las habían unido de una manera tal como sólo están los niños a los que se mantiene separados. Su recíproca lealtad las había salvado. Con el tiempo, se volvieron invulnerables ante las burlas y lograron una compleja forma de respeto. Cuando los pueblos pequeños descubren que no pueden hacer daño a los habitantes más extravagantes, cuando los

excéntricos hacen gala de resistencia, éstos acaban por ser aceptados e incluso queridos. Aquello mismo fue lo que empezó a pasar con «esas dos chicas»: la aceptación de sus singulares atuendos y el reconocimiento de sus dotes artísticas.

Aun así, en sus compartidos sueños, Clarisse y Delphine siempre se habían imaginado abandonando Argus para viajar al difuso y salvaje mundo de las ciudades, donde había otro tipo de gente e incluso teatros de verdad. Si bien Delphine había cumplido por un breve tiempo una variante parecida de su fantasía, se sentía decepcionada de que sólo fuera como mesa humana, un mero atrezo, la base del insólito número de equilibrista de Cyprian. En cuanto a Clarisse, nunca había salido del pueblo, dado que su padre y su tío necesitaron su presencia en el negocio en cuanto acabó el instituto. Era su sino: quedarse para ayudar a los muertos del pueblo en su breve viaje hacia el fondo de la tierra. Le contó a Delphine que no le importaba, que lo tenía asumido. Siempre había sabido que seguiría los pasos de sus padres, pero cuando los perdió, el lujo de ir al colegio o representar obras de teatro se terminó. Además, su tía Benta afirmaba que tenía aptitudes naturales para embalsamar cuerpos, un arte que se remontaba a los antiguos egipcios pero que sólo empezaba a ponerse en práctica ahora en Dakota del Norte. Aurelius Strub había seguido las enseñanzas de uno de los primeros embalsamadores ambulantes en llegar al estado, quien le otorgó el título. Desde entonces, había mejorado las técnicas de manera constante. Strub era el primero en recibir llamadas de gente que vivía en poblaciones bastante alejadas, de personas que habían hallado consuelo en la serenidad de los cuerpos que Strub había preparado y expuesto.

Clarisse dejó de hacer sus compras en la carnicería de los Kozka para acudir a la de los Waldvogel en cuanto Delphine empezó a trabajar allí. Había heredado la casa de sus padres y a menudo se relajaba, después de un duro día de trabajo, cocinando para sí misma elaborados platos en la cocina de su madre. Era muy maniática con su dieta, y Delphine le reservaba ahora las carnes más magras. Una tarde se hallaban solas en la carnicería, contemplando una chuleta de cerdo de color rosa lavanda que Delphine acababa de colocar en una hoja de papel encerado.

—Quítale el gordo, ¿quieres? —dijo Clarisse.

—No tiene gordo —respondió Delphine.

—Esa esquinita de ahí —insistió Clarisse, señalando con el dedo.

Delphine cortó un trozo de carne transparente no mayor que una uña.

Con un gesto, Clarisse indicó a su amiga que envolviera el resto de la chuleta. Su ceñido traje de fina lana marrón, su reluciente blusa blanca y sus escaupines de cuero con ribetes blancos mostraban una elegancia digna de una gran ciudad. Su filosofía, según reveló a Delphine, consistía no sólo en preparar a los muertos como si fueran los invitados de honor de una fiesta, sino también en vestir con una elegancia acorde a tan prestigiosa despedida. Acababa de regresar del funeral de un ahogado, un hombre de treinta y cuatro años, y estaba contenta, aunque apenas lo mencionaba y sólo susurró el desagradable término «flotador», porque había logrado eliminar pulcramente las espantosas manchas rojas y moradas de su cara así como detener la característica y rápida descomposición.

—Jamás habría consentido que se presentara ante la gente como aquel muchacho que murió ahogado y regurgitó en medio de la iglesia, allá en Fargo —explicó—. Una chapuza. Pobres padres. La esposa del mío —no los conoces, acaban de llegar al pueblo—, en fin, su esposa me dijo que no podía creer el trabajo que habíamos hecho. Me lo agradeció. La familia intentó darle más dinero a Benta. Pero no lo aceptamos. ¿Qué te parece mi chaqueta?

Ambas tenían la misma estatura y Clarisse sabía ser generosa con su ropa, por lo que Delphine siempre mostraba un interés de propietaria en el armario de su amiga. Incluso ahora, Clarisse comentó en tono afable:

—Te sentaría muy bien.

—No se me ocurre dónde ponérmela —observó Delphine.

—Cyprian y tú salís alguna vez, ¿no?

—Estamos viviendo en una *carpa*, Clarisse —puntualizó Delphine, y se echó a reír.

Clarisse la imitó. Su dulce y lozana voz chispeó por encima del zumbido de los generadores y el fragor metálico de las trituradoras de carne en la trastienda. Mientras reían, Eva entró en la tienda con una nueva bobina de hilo para el carrete que colgaba encima de la caja registradora. Dirigió a Clarisse la sonrisa que Delphine conocía como su sonrisa formal, aquella que empleaba con clientes que no conocía o no le agradaban en especial. Delphine no estaba segura de la categoría a la que pertenecía su amiga, y sintió una repentina angustia, un dilema de lealtades, dado que deseaba contentar a ambas. Pero Eva se marchó enseguida con altivez, y Clarisse, que no había reparado en la frialdad de Eva y sin duda pensaba que sencillamente estaría muy atareada, se miró las uñas con el ceño fruncido y el semblante serio, lo que significaba —lo sabía Delphine— que estaba considerando si comunicarle o no alguna dudosa información.

—Venga —animó Delphine a su amiga, aunque ahora se sentía culpable de conversar durante el trabajo—, la tienda está tranquila. Tengo un minuto. Cuenta.

—Por un lado no es nada que no hayas escuchado antes —aseguró Clarisse, con un mohín de fastidio.

—Desembucha —insistió Delphine con firmeza.

Clarisse agachó la cabeza y miró a su amiga desde abajo casi con ira.

—Hock vino a casa anoche, muy tarde. Se quedó en el porche hablando de muchas cosas, intentando fingir que compartíamos algún secreto, hasta que me entraron ganas de gritar. Le cerré la puerta en las narices y me quedé detrás. Debió de acercarse a la puerta porque le oí susurrar como si lo tuviese pegado a la oreja: «Pues soplaré y soplaré y tu casa derribaré».

Clarisse tenía el don de poner cara de auténtica pena. Su rostro adoptaba los rasgos hundidos de una mujer mucho más mayor, y se mordía nerviosamente la pintura de labios de la boca, de modo que el carmín se le corría por los dientes. Levantó la mano enguantada que sujetaba la chuleta de cerdo envuelta, cerró los ojos con fuerza y se llevó la chuleta a la frente.

—Nada de lo que diga o haga cambia nada al respecto, maldita sea —se quejó con vehemencia—. Le da la vuelta a todo con tal de oír lo que quiere oír.

—¿Qué se supone que eres? ¿Su dulce cerdita?

—¡Ja! —Clarisse sujetó la chuleta con el brazo tendido y se dirigió a ella—. Supongo que estarás harta de que siempre me esté quejando de Hock. Pues yo también lo estoy. Me mudaría de lugar si fuera posible, para que veas lo cansada que me tiene. Pero mi deber está aquí, y más que eso. Soy buena en mi oficio. Heech dice que sé tanto como él de anatomía, y he estado probando con una nueva bomba que... bueno, te ahorraré los detalles. Me siento orgullosa de mi trabajo, y no permitiré que él me estropee la vida.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo Delphine—. Nos vamos a conjurar y eliminaremos a ese grandullón. Lo mataremos.

—Oh —suspiró Clarisse, melancólica—, ¡eso sería maravilloso!

Dakota del Norte se marchitaba bajo un calor abrasador. Para Delphine, el clima veraniego, caluroso, ardiente e insoportablemente sofocante ya en la segunda semana en su nuevo empleo, iba a convertir ese verano en el de los espantosos y persistentes olores. El matadero, por supuesto, empezó a desprender un hedor a matanza. La pila de despojos se tornó verde y la peste a carne podrida flotaba por todas partes. Evidentemente, no podía escapar de los malos olores al salir del trabajo. En cuanto colmataron el sótano de su casa, restregaron el suelo, instalaron nuevos colchones, nuevas sábanas y mantas, rociaron las paredes con vinagre para luego fregarlas a conciencia, en cuanto la casa estuvo lista para entrar a vivir, el calor abrasó el aire. Cyprian y ella decidieron permanecer en la carpa por otros motivos, mientras intentaban conciliar el sueño en el húmedo averno de la noche.

Una suave brisa se levantó del menguante curso del río alrededor de las tres de la madrugada, y Cyprian abrió las portezuelas para aprovecharla. Pero esa brisa también volvía el fango agrio y llegaba cargada de susurrantes frondas de mosquitos. Los insectos golpeaban la lona de la carpa con un deseo frenético y diminuto. Durante toda la noche, el silbido iba y venía, a veces tronaba con tal fuerza que recordaba las sirenas de los ataques aéreos, a veces suave y apremiante, pero siempre continuo, sin conceder la menor tregua.

Cyprian compró mosquiteros para los dos. Anudados alrededor de sus camastros, les permitieron descansar lo suficiente como para al menos mantener los ojos abiertos al día siguiente. Al principio creyeron que se volverían locos escuchando cómo los bichos se amontonaban en un grosor de dos centímetros contra los diminutos agujeros a través de los que el olor a la sangre caliente de sus cuerpos debía de manar, irresistiblemente tentador. La semana siguiente compraron cera de algodón en la farmacia y se taparon los oídos. En cuanto resolvieron el problema de los mosquitos, padecieron una plaga de gusanos soldado. Si miraban sólo a una, no resultaba tan malo... de un color marrón oliva con una compleja franja de puntos azules. Era el número de ellos lo que lo convertía en algo espantoso. Las orugas subían y bajaban de los árboles en manadas tan densas que la misma corteza parecía moverse. Se arrastraban centímetro a centímetro, por millares, avanzando por el techo de la carpa, y resultaba imposible mantenerlas alejadas de la alfombra o incluso de las mantas, por muy fuerte que clavarán Cyprian y Delphine el

suelo de la carpa. Delphine se acostumbró a pisarlas, una alfombra repugnante, y a dejar huellas de babas al entrar en la tienda. En cuanto a Roy, dormía a ratos en el río, algunas noches, o en las riberas estrelladas sobre la hierba, y todos los bichos le dejaban en paz, tal vez porque su sangre rozaba los ochenta grados de alcohol, decía Delphine.

—Uno podría pensar que los mosquitos le picarían, al menos para emborracharse, quiero decir. Roy es una barra libre andante —se quejó una noche, molesta de que su padre pudiera dormir tranquilamente en ese calor infestado de insectos.

Cyprian y ella sudaban de forma segura bajo los mosquiteros. Acostados uno junto al otro, antes de convenir perder la conciencia, cogieron la cera de algodón entre sus dedos para hacer una bola y discutieron sobre si Cyprian debía utilizar el DeSoto para sacar bebidas alcohólicas de Canadá. Evitar el sablazo de los impuestos no sólo era una práctica habitual, sino además algo patriótico si eras alemán o proporcionabas el alcohol a alemanes. Nadie había odiado tanto la ley seca como los germanos, convencidos de que la norma había sido adoptada como reprimenda directa por sus costumbres del *Zechkunst*, el arte de beber entre amigos. Desde el fin de la Prohibición, los altos impuestos sobre las bebidas alcohólicas se habían convertido en un nuevo motivo de resentimiento, y nadie disfrutaba tanto como los alemanes en llevar la contraria al Gobierno. Durante un reciente viaje al norte, incluso Tante había llenado de whisky dos bolsas de agua caliente, que había llevado como si fueran pechos bajo el vestido, y luego había pasado la frontera alegremente dedicando al aduanero su mejor sonrisa.

—Preferiría no hacer nada ilegal —dijo Cyprian—, pero es una buena oferta.

—Eso significa que tendré que ir a trabajar andando durante toda una semana.

—No es eso lo que te molesta.

—Tienes razón.

—No dejaré, y hablo en serio —dijo Cyprian, apoyándose en un codo y mirándola a los ojos—, que me pillen.

—Me da pavor pensar que eso pudiera ocurrir —respondió Delphine.

—¿En serio?

—Para lo que eso importa.

Incluso entonces, Cyprian no sintió ganas de besarla, pero la quiso tanto en ese instante que a punto estuvo de superar su reticencia. Tenía la impresión de que, desde que habían puesto fin al espectáculo ambulante y desde que habían limpiado y fumigado la casa, las cosas habían vuelto tranquilamente a la normalidad. Echaba de menos sus números de equilibrista, y viajar, pero no la inseguridad de no saber dónde actuar y cómo montar los espectáculos. Quería que su vida fuese predecible, pero al mismo tiempo deseaba algo más. Ése era el problema de los hombres que habían regresado de la guerra —había oído decir—: no les bastaba la normalidad. Tenían que poner el listón cada vez más alto, en busca del peligro. Tal vez él era así. O podía ser que el trabajo de Delphine le pusiera celoso. No sólo porque ahora ella se encargaba de comprarlo todo: comida, ropa, whisky para Roy. Él creía que ganar dinero era cosa de hombres.

—Voy a hacerlo.

—¡Dios mío! —suspiró Delphine.

—No se me dan mal los motores —Cyprian intentó apaciguarla—. Aprendí mucho en la guerra. Cuando acabe, ¿sabes qué?, me buscaré un empleo. Tal vez me ponga por mi cuenta a reparar coches.

—¿Y qué le digo al sheriff?

—Estaré de vuelta antes de que se entere siquiera...

Sus palabras para tranquilizarla fueron interrumpidas por los gritos desenfrenados de Roy, y ambos apartaron los mosquiteros y saltaron de la cama. Abriéndose paso con cautela por un sendero lleno de surcos, se dirigieron hacia el campamento donde Roy solía beber junto al río. Delphine llevaba una pequeña lámpara de queroseno en la mano que proyectaba un foco de luz delante de ellos, de modo que ella fue la primera en descubrir, cuando alcanzó el origen de los gritos de terror, por qué Roy estaba histérico. Al fin había sido descubierto. Los gusanos soldado le habían cubierto por completo mientras dormía la mona profundamente y se habían instalado allí, tal vez para alimentarse de sus prendas, o tal vez simplemente para descansar de camino a un festín de hojas. Tenía el pelo atestado. Le caían de las orejas. No quedaba a la vista ni un centímetro de Roy sin un gusano y, desde luego, era una visión extremadamente horripilante. De modo que fue muy sorprendente que se calmara, pusilánime, al oír la voz de Delphine.

—Necesito un trago para quitarme la borrachera, por favor —dijo, parpadeando entre un velo de orugas que caían formando cordeles—. Tengo temblores, hijita mía, estoy delirando. Necesito un trago de whisky. Sé que no es real, pero juraría que estoy cubierto de orugas.

—Te pondrás bien, papá, no te muevas —dijo Delphine, mientras apartaba montones de gusanos de sus brazos y hombros antes de tirar de él hacia delante. Cyprian los arrancó a puñados, intentó eliminar las hordas encaramadas a la cabeza de Roy, sacudirlas de sus pantalones y quitarlas con delicadeza de sus orejas.

—No te muevas y tendrás el whisky —prometió repitiendo las palabras de Delphine.

—Están en tu cabeza —le dijo ella—. No te muevas. Están todas en tu mente.

Era cierto que a Cyprian se le daban bien los motores. A estas alturas, Delphine había revisado por completo la opinión que tenía de él y alababa ante Eva sus extraordinarias aptitudes prácticas. Arreglar coches no le producía tanto placer como hacer sus números de equilibrismo, pero tenía un don para la mecánica. Mimó el DeSoto, que funcionaba tan bien que ronroneaba —como decía él—, como un gatito en un plato de mantequilla. Antes de marcharse al día siguiente y para tranquilizar a Delphine, realizó una revisión gratuita de la reluciente furgoneta de reparto de la que Eva se sentía tan orgullosa. En los laterales se podía leer: «Carnes Waldvogel. Las más frescas. Las mejores. Calidad del Viejo Mundo».

Calidad del Viejo Mundo. Eva presumía de ello, pues era verdad que en este país era imposible encontrar salchichas elaboradas con la sencillez y perfección habituales en las calles alemanas. Y lo echaba de menos. Otras cosas también eran imposibles de encontrar, afirmaba, y al decirlo sonaba un poco como Tante. Mazapán. Arenques.

Encurtidos con la cantidad justa de condimentos. Panecillos tan tiernos. Camas de plumones tan mullidos. Pielés tan lustrosas. Nata tan espesa.

Bueno –admitía a menudo–, ellos no podían hacerlo todo. Sólo podían preparar salchichas. Una lástima lo del pan, solía bromear con Fidelis. El hombre había viajado a América convencido por el pan, fabricado a máquina, una rebanada enviada en un paquete como ejemplo de las maravillas cotidianas americanas. Nunca llegó a probar esa rebanada en conserva, por supuesto. Eva despreciaba ese pan; era fino y salado. Se deshacía en migajas. No se podía conseguir fresco y, si por casualidad se obtenía, ya estaba duro al mediodía. No era pan de verdad. La corteza estaba blanda y la miga dura. Todo en ese pan estaba al revés, sostenía Eva, y por ello elaboraba su propio pan. Vendía hogazas cuando hacía más de lo necesario, y a veces pasteles, que exponía en una vitrina alta que frotaba con papel de periódico empapado en vinagre para que estuviera muy transparente.

Eva se enorgullecía de salir airosa ante cualquier escollo que se cruzara en su camino; sin embargo, no lograba hacer funcionar la carnicería bajo las altas temperaturas con la eficiencia que siempre exigía. A medida que la ola de calor y la sequía se prolongaban, el cristal de la vitrina se empañaba de vaho y los mostradores y el suelo se volvían resbaladizos por la grasa derretida. Todo resultaba más difícil para Delphine también. Las noches en la carpa sola, sin Cyprian, resultaban desagradables. Era más doloroso ver cómo Roy se autodestruía junto al río con dos comparsas que dormían ahora con él en triste consuelo. Delphine se sentía vulnerable al aire libre, y tenía miedo de taparse los oídos por si acaso uno de los borrachos decidía acercarse a ella a hurtadillas. Así que soportaba el zumbido enloquecedor de los insectos hasta que el sueño la vencía y, aun dormida, se despertaba sobresaltada de vez en cuando. Se le ocurrió pensar que Cyprian había decidido marcharse para que ella le echara de menos. Si así fuera, ya era suficiente. Lo había conseguido. Parecían un viejo matrimonio, salvo que, en su caso, el amor romántico de la juventud había durado aproximadamente seis horas. Para poder descansar un poco y ayudar en esta crisis, Delphine empezó a quedarse a dormir en el sofá de Eva cada dos o tres noches. Al madrugar, Delphine conseguía hacer un par de horas de limpieza antes de que empezara a apretar el calor sofocante.

Ahora que se hallaba cerca de su amiga desde primeras horas de la mañana, Delphine era testigo del sufrimiento de Eva, la cual tenía el rostro muy pálido del esfuerzo diario, y a veces le anunciaba que necesitaba acostarse un minuto para descansar. Cuando Delphine iba a echarle un ojo, encontraba a Eva sumida en un sueño tan profundo que no tenía corazón para despertarla.

Al cabo de una o dos horas, Eva se despertaba de todos modos con una energía frenética y volvía al trabajo.

Fregaban los suelos del matadero con lejía todos los días. Las vitrinas de la carne se refrigeraban al máximo y aun así estaban tibias, y había que comprobar constantemente que la carne no se estropeará. Colgaron un ruidoso generador para suministrar electricidad a la cámara frigorífica, y esa despensa de gruesas paredes estaba abarrotada de todo lo que temían perder. Sólo compraban una ínfima cantidad de leche para vender,

porque a menudo se agriaba simplemente en el trayecto de camino a la tienda. La nata también se cortaba, pero Eva intentaba fermentarla y utilizarla para cocinar. Casi no almacenaban mantequilla ni tocino. El calor aumentó y se volvió de una intensidad atroz. Los muchachos dormían al raso en el tejado en ropa interior. Eva también subió allí a rastras un colchón y unas sábanas, y durmió con ellos mientras Fidelis permanecía abajo.

Como gesto de reconciliación tal vez, los Kozka regalaron a Fidelis una perra. No era una chow chow, puesto que esa raza les había dado demasiados disgustos: Hottentot había enloquecido, sus vástagos no mostraban el menor respeto por sus amos y todos los cachorros clavaban los dientes en los clientes. Los Kozka habían optado por una raza de perros más fiable. Regalaron a Fidelis un pastor alemán hembra, de pelo blanco y de una energía desbordante. El animal se pasaba las noches deambulando por los pasillos de la planta baja y los días mordisqueando, feliz, enormes huesos verdosos. La perra se encariñó enseguida con Eva y la quiso como a una hermana, y, aunque permanecía atada delante de la puerta la mayor parte del tiempo, levantaba las orejas cuando ella iba y venía por delante de la casa. Cuando Eva soltaba a la perra, ésta brincaba de alegría, corría y saltaba describiendo asombrosos arcos. Después de dar rienda suelta a su naturaleza de cachorro, se acercaba con solemnidad a Eva y permanecía a su lado. No mendigaba ni le dirigía suplicantes miradas para conseguir despojos. La perra se comportaba con gran dignidad y trataba a Eva como a su igual. Saltaba a la vista que el animal consideraba a Eva como a una compañera, una amiga en la tarea de proteger a las estúpidas ovejas y a los hombres de los peligros que corrían. Eva no acariciaba a la perra de manera distraída, sino que le rascaba en los lugares donde ésta no podía alcanzar. Incluso se servía de un viejo cepillo para desenredarle el pelo cuando lo tenía enmarañado. Delphine observaba a Eva cuando ésta miraba al animal a los ojos, escuchaba cómo le canturreaba, y pensó que el comportamiento de su amiga era excepcional. Nunca había conocido a nadie que hiciera tanto caso a los perros. La sensibilidad de Eva hacia este animal, así como la manera en que trataba a los marginados y a los bichos raros que se presentaban en la tienda, incluida Paso-y-Medio, convenció a Delphine de que Eva era una mujer de unas cualidades excepcionales, y la quiso por ello todavía más.

Todos los días, el cielo oscurecía, el calor seco absorbía las hojas hasta volverlas pardas, y no pasaba nada. La lluvia flotaba dolorosamente cerca en la capa gris plomiza que se extendía por el cielo, pero no se movía nada. Ni la menor brisa. Ni una pizca de aire. Las mañanas que acudía después de ver a Roy, Delphine llegaba empapada a la puerta trasera, entraba, se lavaba la cara y se ponía el delantal mustio que colgaba junto a la puerta. El aire ya se presentaba cargado y metálico. El rocío se evaporaba en cuestión de segundos. Lo único que flotaba en el aire era la promesa de más calor. Si se disipara, sería de forma violenta, pensó Delphine mientras llenaba un cubo. Le daba igual cómo se desvaneciera el calor: que se desencadenara un tornado, que despertara un volcán o que se desataran los fortísimos vientos de un huracán, pero que se acabara de una vez.

Empezó a quitar la cera del linóleo del suelo para aplicar una nueva capa. Terminó con eso y ya se disponía a abrir la tienda cuando, del sofocante aire caliente y húmedo,

apareció el sheriff Hock.

«O trae novedades de los muertos –pensó Delphine, mientras escurría una bayeta empapada en amoníaco y la extendía en el borde del cubo– o quiere hablarme de Clarisse.»

–¿Sería mejor que fuera a visitarte a tu casa?

De momento el lugar estaba en silencio.

–No hay nadie –respondió Delphine–. Adelante.

Dio la casualidad de que Delphine se había olvidado por completo de Markus, el hijo de Eva, que también madrugaba con tanto calor. Estaba comprobando los libros de contabilidad al otro lado del mostrador. Era un muchacho extremadamente silencioso y su lápiz se deslizaba por las columnas del debe y el haber. A pesar de su juventud, Eva le pedía que comprobara las cuentas y él se sentía orgulloso de hacerlo. La presencia del sheriff había puesto nerviosa a Delphine; de no ser así, seguramente habría recordado que Markus podía oír todo lo que se decía. Quizá el calor, o una leve sensación de pánico, le nubló la mente. Quería acabar con esa conversación cuanto antes.

El sheriff Hock asintió con brusquedad; frunció el rostro enmarcado en una capa de grasa espesa y tersa. Sacó un afilado lápiz de un estuche que guardaba en el bolsillo y pasó una hoja de la superficie dura de su libreta. Tenía los exquisitos labios de pitiminí de una cortesana y, cuando habló, era muy difícil no fijarse en sus movimientos, semejantes a los de una rosa que fuese capaz de hablar. Indicó a Delphine que quería hacerle unas preguntas y, dado que estaba dispuesta a contestarlas, enumeró una lista un tanto previsible. No eran preguntas especialmente indiscretas y tenían que ver sobre todo con su vida con Roy y Cyprian. Por lo visto, sus respuestas coincidían con las de él, porque el sheriff no parecía tener nada que objetar a lo que decía. No hasta el momento en que abordó la cuestión de las perlas rojas pegadas en el suelo de la despensa.

–¿Las recuerdas, allí, en la despensa?

–Por supuesto que sí.

Era imposible olvidar la textura de las quebradizas sustancias que sellaban la trampilla del sótano, y a Delphine le había llamado la atención ese particular ingrediente.

–Era tan duro de romper que me pregunté si no se trataba de una especie de pegamento.

–Yo también me hice la misma pregunta –admitió Hock con solemnidad–. En estos momentos lo están analizando en el laboratorio del estado.

«¿Qué laboratorio?», se preguntó Delphine, pero intentó complacerle.

–¿Perlas rojas caídas de un vestido? ¿Perlas rojas en un funeral? –comentó con un gesto deliberadamente perplejo.

–Exactamente.

–¿Se lo has preguntado a mi padre?

–Ha sido muy impreciso al respecto.

–Él... no está bien –contestó Delphine, tosiendo discretamente.

El sheriff Hock cerró la libreta, la guardó debajo del brazo y cogió uno de los buñuelos de Eva de la vitrina acristalada. El calor pesaba sobre su corpulencia. Se movía con

evidente cansancio, y su camisa mostraba manchas de sudor por la espalda y las axilas. Comió el buñuelo a pequeños bocados, ensimismado entre un sufrimiento físico y una reflexión abstracta. Después, preguntó:

–¿Dónde consigue tu padre el whisky?

–Yo se lo compro –respondió Delphine.

–No me refiero al que le compras –puntualizó el sheriff–. Me refiero a las reservas que guardaba en el sótano.

–No lo sé.

–Delphine, ahora lo estás protegiendo –dijo el sheriff Hock, ladeando la cabeza–. Sospecho que la respuesta a la tragedia se halla en el hecho de que el sótano estaba lleno de botellas vacías.

–Supongo –argumentó Delphine, al ver que su ardid resultaba inútil– que es posible que guardara esas botellas para Paso-y-Medio. Ella las revendería a cambio de brebajes caseros.

El sheriff asintió con sabiduría.

–¿Tu padre era amigo de los Chavers?

–Tú sabes tan bien como yo que sí –respondió Delphine.

–Para que conste –precisó el sheriff.

–De acuerdo, sí, lo era.

–¿Se quedó horrorizado? ¿Conmocionado?

La pregunta animó a Delphine, quizá porque tenía la respuesta apropiada.

–¿Tú qué crees? En cuanto supo la identidad de los Chavers, mi padre se volvió loco. Tenías que haberle visto. Se arrancó de la cabeza sus últimos y escasos mechones de pelo y se revolcó por el suelo como un niño pequeño. Bueno, ya conoces a Roy. No dejaba de bramar no sé qué de si creía que la familia se había marchado a Arizona. Yo pensé, ya sabes, para pasar el invierno –Delphine concluyó en voz baja–: el invierno casi había terminado cuando se quedaron encerrados.

La voz de Fidelis retumbó de pronto al fondo del pasillo y desvió de Delphine la atención del sheriff Hock. Para su absoluto alivio. Pues la había invadido una súbita y enorme ansiedad por su padre, y el miedo de que hubiera hecho algo que desencadenara las muertes en el sótano de su casa. Sin embargo, dado que ya le había interrogado acerca de las perlas rojas y preguntado, un tanto desesperada, todo lo que él sabía o recordaba de los tres fallecidos, se hallaba confundida. Roy Watzka había parecido tan conmocionado por esas muertes como cualquiera, y fue totalmente incapaz de proporcionar la menor información de utilidad.

Fidelis y el sheriff salieron de la tienda, entonando la melodía de una canción que complicaban con armonías en contrapunto, seguramente ante una jarra de la oscura y fría cerveza casera de Fidelis. La garganta de Delphine se moría por un trago. En el momento en que se agachaba para escurrir otra vez la bayeta, Delphine oyó un suave crujido de papel, el chirrido de la silla junto a la mesa de la esquina, y se enderezó a tiempo de descubrir a Markus que abandonaba los libros de contabilidad sin hacer ruido.

–¿Nos has oído?

Markus se volvió para mirar a Delphine. Sus delgadas mejillas mostraban recientes quemaduras de sol y todavía brillaban con un intenso color escarlata. En el largo silencio en que se quedó mirando a Delphine, ésta le devolvió la mirada y advirtió en su rostro la expresión de acero de Eva. No hablaría. Por alguna razón, pensaría posteriormente Delphine, el muchacho sabía todo lo que terminaría por acontecer. Comprendía el futuro, sabía por qué ella estaba allí, entendía el motivo por el que su papel en la vida del chico cambiaría de manera tan drástica. Y sabiendo todo eso, se cerró ante ella a cal y canto.

—Debes de ser muy listo —dijo Delphine—. Sólo tienes ocho años y tu madre confía en ti para que revises las cuentas.

—Tengo nueve años. Ella es la que hace las cuentas —respondió Markus con cara de póquer.

—Pero eres listo —insistió Delphine. Su indiferencia era un desafío, y ella quería que admitiera al menos lo que acababa de oír, aunque sólo fuese para preparar a Eva ante cualquier pregunta que pudiera hacer—. Eres un chico listo, así que sabes que el sheriff me estaba preguntando cosas simplemente para averiguar la verdad.

Markus bajó ahora la mirada al suelo.

—¡Yo no he hecho nada! —dejó escapar Delphine, para su propia sorpresa.

Cuando Markus se dio la vuelta para mirarla y la observó con la perfecta mezcla de verdes y azules de los ojos de su madre y de su padre, Delphine cayó en la cuenta de pronto de que el muchacho del sótano tenía su misma edad y que evidentemente Markus debía de haberle conocido.

—El nombre de tu amigo —empezó Delphine, ahora con voz suave y acercándose a él—, ¿cuál era?

Bajo la viva quemadura de sol, el muchacho palideció. Lo que esa pregunta provocó en él la desconcertó. Su rostro se volvió como una hoja de papel y sus ojos se encendieron. Parpadeó. Abrió la boca, con ardiente tristeza.

—Ruthie —susurró con voz ronca—. Ruthie Chavers.

Dio media vuelta rápidamente y desapareció corriendo por el largo pasillo, antes de salir con gran estrépito al blanco calor del patio. Delphine permaneció allí un momento, estupefacta. ¡Ruthie! El nombre de la niña y la nueva información, que había evitado poseer hasta ese momento, la golpearon de lleno. Para escapar de sus pensamientos, se puso a rascar el suelo con una espátula, para insistir con cuidado en las zonas donde la vieja cera se había puesto amarilla o se había amontonado. Blanquear las baldosas blancas le procuró una entumecida satisfacción. Las baldosas de color perdieron sus estrías y recobraron su inocente color verde original. Mientras se afanaba cada vez con más ahínco, el nombre de la niña entraba y salía de su mente con leves sacudidas. Ruthie. Ruth. Delphine sabía que Ruth significaba «misericordia». Sin embargo, no se le había concedido la menor misericordia. Descubrir que el niño aparecido en el sótano en realidad era una niña podría haber supuesto para Delphine un mazazo añadido a la insoportable imagen mental de ese sufrimiento. Pero finalmente no fue así, y eso dejaba perpleja a Delphine. El suelo se estaba secando cuando encontró el porqué en lo más hondo de su corazón.

Su razonamiento interior la sorprendió, desconcertó y deprimió. Descubrió que albergaba la creencia de que las chicas eran más fuertes y más resistentes que los varones. Por lo tanto, más estoicas, incluso ante un destino de una crueldad tan inesperada. Necesitarían menos compasión. Una niña manifestaría cierto fatalismo ante el acontecimiento. Aceptaría el final de su vida y simplemente dormiría todo lo que pudiese hasta quedarse dormida para siempre. Curiosamente, cuanto más se identificaba Delphine con el sufrimiento de la muchacha y más pensaba en ello, menos lástima sentía por Ruthie Chavers. Era, de hecho, como si ella misma fuera la que hubiera estado en el sótano, padeciendo hambre y luego sed, debilitándose hasta el delirio, antes de quedarse inmóvil, todo ello en un largo sueño.

«Y murió en los brazos de su madre –pensó–, los brazos de su madre.» En ese momento, comenzaron a llegar los clientes y Delphine se puso un delantal limpio.

Al final del día, Delphine dio la vuelta al cartel que colgaba en el cristal de la entrada para cambiarlo de «Abierto» a «Cerrado». Fregó de nuevo el suelo para borrar las pisadas del día. Lo dejó secar y después, en un cubo especial, mezcló cera para suelos y lo aplicó en el pavimento con una larga brocha; pintó de atrás hacia delante con perfectas pinceladas. Pintó hasta encontrarse pegada al mostrador y colocó una caja de cartón en la entrada para que los muchachos no ensuciaran la superficie húmeda. Se retiró. Colgó el delantal, se despidió rápidamente y volvió a casa, donde se deritió de calor en la carpa, sola. Volvería a primera hora de la mañana del día siguiente, antes de que abriera la carnicería, y aplicaría otra capa más. Dejaría que se secara mientras tomaba su café matutino con Eva. Después, entre cliente y cliente, frotaría ese linóleo con un trapo y mucho esfuerzo hasta sacarle brillo. Eso era lo que había planeado, al menos, y todo lo que ella había planeado terminó por suceder, pero a lo largo de varias semanas y bajo unas circunstancias radicalmente diferentes.

A la mañana siguiente, mientras Delphine esperaba sentada en la cocina a que se secara la segunda capa de cera, el calor ya azotaba las paredes. Estaba contenta porque Eva había mirado el suelo y afirmado que estaba como nuevo. El intenso café turco hizo sudar a Delphine. Bebió agua de una jarra que Eva había dejado encima de la mesa y se secó el cuello y las sienes con un paño de cocina.

–*Kuchmal hier* –Eva había pasado en vela gran parte de la noche para preparar el pan de toda la semana aprovechando el relente nocturno–. No me siento muy bien.

Lo dijo de una forma tal, sin darle importancia, que Delphine apenas se fijó en sus palabras y sólo contestó con un gruñido de compasión que la incluía a ella también, de algún modo, ya que encerraba el suelo bajo ese calor. Pero entonces Eva repitió las mismas palabras y en el mismo tono, como si no recordara lo que acababa de decir.

–No me siento muy bien –susurró de nuevo.

Apoyó los codos en la mesa y cogió la taza de porcelana china con las dos manos. Su silencio, como si permaneciera a la espera de una palabra o un tono más profundo en medio de los sonidos cotidianos que las rodeaban, inquietó a Delphine, que la observó con detenimiento mientras Eva hundía la mirada en las aceitosas profundidades del

líquido.

—¿Qué quieres decir con que no te sientes muy bien?

—Es la tripa, estoy como abultada —unas gotas de sudor perlaban el labio superior de Eva—. Tengo dolores que vienen y van.

—¿Son los calambres del periodo? —preguntó Delphine.

—No es eso, o tal vez sí —Eva respiró hondo y aguantó la respiración antes de soltar el aire. Cogió el paño de cocina de Delphine y se lo apretó en la cara, como si quisiera borrar el gesto. Respiraba fuerte—. Es como un calambre del periodo, pero yo no soy muy regular... también va y viene.

—Quizá simplemente se te está retirando pronto.

—Sí, creo que sí —dijo Eva—. Mi madre... —pero entonces sacudió la cabeza y, con una amplia sonrisa, habló con una voz aguda y extraña—. Llorar y quejarse está totalmente prohibido para mí aquí.

Eva se levantó de un salto. Se golpeó con torpeza contra la encimera antes de precipitarse hacia el horno y moverse con rapidez por toda la cocina, como si un movimiento sin fin fuera capaz de conjurar lo que la atenazaba. En cuestión de segundos, parecía haber vuelto a ser la eficiente y resuelta Eva. Levantó dos enormes bandejas de pan del horno. Blandió una espátula y vació rápidamente los moldes. Después, apretó un poco de masa con la yema del pulgar y el dedo índice, rellenó dos moldes más y los metió en el horno para cocer. Delphine la observó con preocupación, pero después se tranquilizó. No había signos de debilidad en esa serie de movimientos rápidos y comedidos.

—Voy a la tienda a lustrar el suelo —anunció Delphine—. Con este calor ya debe de estar seco.

—Muy bien —respondió Eva. Pero cuando Delphine pasó delante de ella para dejar la taza de café en el fregadero de esteatita gris, la mujer del carnicero tocó una mano de Delphine. Sin asomo de gravedad, con una voz extrañamente indolente, pronunció las palabras que, a pesar del intenso calor, dejaron helada a su amiga.

—Llévame al médico.

Después, Eva sonrió como si se tratara de una enorme mascarada, se tumbó en el suelo, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Fidelis ya se había marchado a ver ganado con un granjero y no aparecía por ninguna parte cuando Delphine regresó de la consulta del doctor Heech. Para entonces, Eva estaba bajo los efectos de la morfina en el asiento trasero de la furgoneta de reparto y tenía en la mano un fajo de prescripciones médicas, que indicaban a quién buscar y qué se podía hacer. Furioso y triste, el doctor Heech había llamado por teléfono a la clínica y habló con un cirujano que conocía para que atendiera a una paciente llamada Eva Waldvogel, quien tenía un tumor que le oprimía los órganos vitales y que le causaría la muerte en cuestión de días si no se le extirpaba con urgencia.

Fidelis había salido, Franz y los benjamines habían ido a jugar un partido de béisbol y sólo Markus se hallaba en casa para tomar el recado.

—Escribiré una nota —le dijo Delphine con la maleta de su madre a sus pies—. Asegúrate de que tu padre la lea. Llevo a tu madre al médico.

Markus le tendió una hoja de papel, la dejó caer y la recogió; sus ágiles dedos infantiles estaban, por una vez, torpes por el susto. Salió corriendo hacia el coche y se deslizó en el asiento trasero, donde lo encontró Delphine acariciando el pelo de Eva mientras ella suspiraba bajo el efervescente alivio de la droga. Estaba tan agradablemente serena que Markus se quedó tranquilo y Delphine pudo alejarlo sin dificultad, temiendo que Eva despertara de pronto, ante el niño, y volvieran sus dolores. Por lo que Delphine había podido deducir hasta el momento, Eva debió de haber estado ocultando unos dolores considerables durante muchos meses. Su enfermedad se hallaba en un estado grave y avanzado, y Heech, mostrándose preocupado y cariñoso con Eva, a quien quería mucho, la había reprendido con la desesperación de un médico airado ante su impotencia.

«Deberías haber tenido la sensatez de venir a verme antes —había repetido una y otra vez—. Deberías haber venido a verme.»

Mientras acompañaba al hijo de Eva a casa, Delphine intentó acariciar el cabello de Markus, quien se apartó bruscamente, aterrorizado por tan inusual gesto de cariño. A sus ojos era, por supuesto, la clara señal de que algo real e irreversiblemente malo le pasaba a su madre. Delphine retiró la mano rápidamente y habló con el tono más desenfadado que pudo. Markus, con el rostro y el cuello enrojecidos, no la miró, farfulló algo que Delphine no alcanzó a entender y desapareció.

Delphine acabó la nota para Fidelis:

He llevado a Eva a la clínica Mayo, al sur de Minneapolis, donde Heech dice que podremos encontrar asistencia de urgencia. Eva ha perdido el conocimiento esta mañana. Es cáncer. Puede hablar con Heech y venir en cuanto haya dejado organizada la tienda. Si puede, busque a Cyprian Lazarre. Tal vez se encuentre en la carpa en las tierras de mi padre. Lazarre es un buen hombre y puede hacerse cargo de la situación.

De camino a la clínica Mayo, Delphine empezó a oír cantar al carnicero, pero sólo ocurría en su cabeza. Lo escuchó de nuevo como si fuese un disco tranquilizador en un gramófono, mientras no soltaba el pie del acelerador de la furgoneta, lo que llevaba la aguja del contador a marcar casi ciento sesenta kilómetros por hora. El mundo se tornó borroso. Los campos giraban como los radios de las ruedas. Divisó fogonazos de casas, vacas, caballos y establos. Luego llegó el intenso tráfico intermitente de la gran ciudad. Y durante todo el trayecto, escuchó una y otra vez la canción que no había oído cantar realmente a Fidelis la víspera misma en el manchado suelo de cemento del matadero. Se había sentido demasiado aplastada por el calor para admirar el dulce optimismo de su voz de tenor. En ese momento no había prestado atención a su canto. Ahora lo oía. «*Die Gedanken sind Frei*», entonaba, y las paredes hacían reverberar cada nota más alta que la anterior como si estuviera bajo la bóveda de una hermosa iglesia. ¿Quién podría imaginarse que un matadero tuviese la acústica sagrada de una catedral? Fidelis ensayaba sus canciones para el coro masculino, aquellas que había aprendido en Alemania cuando formaba parte del Gesangverein.

La canción no paraba de darle vueltas en la cabeza y, gracias a los escasos conocimientos de alemán que poseía, Delphine tradujo la letra: *Die Gedanken sind frei, wer kann sie erraten, Sie fliehen vorbei wie nächtliche Schatten*. La mente es libre... pensamientos como las sombras de la noche... Los cultivos resecos giraban surco tras surco en los campos, por el conducto de ventilación soplaba un aire caliente todavía más caliente y el viento tronaba por las ventanillas bajadas. Incluso cuando por fin empezó a llover, Delphine no subió las ventanillas. Avanzaban tan veloces que las gotas de agua le impactaban en la sien y la mejilla como pequeños balines. La virulencia de las gotas la mantenía despierta. Sabía que de vez en cuando, a su espalda, Eva emitía algún ruido. Tal vez la morfina, al tiempo que aliviaba el dolor, entumecía su autocontrol, pues, en el crepitar húmedo del viento, Delphine advirtió un gemido agudo y helado que parecía brotar de Eva. Un alarido semejante al chirrido de unos neumáticos. Un rugido tal, como si su dolor fuese un animal con el que forcejeara hasta vencerlo.

El jardín nocturno

Cada insecto fulminado por la sequía del verano anterior había depositado sacos y sacos de huevos destinados a nacer en este mes de junio. Sentadas juntas en unas sillas rotas en el jardín de Eva, Delphine y Eva sujetaban entre los pies una botella de la tostada cerveza casera de Fidelis. Delphine llevaba un vestido sencillo y un delantal; Eva se había puesto un camisón con un ligero chal de lana encima. Las babosas estaban desnudas. Como gruesos rizos gelatinosos con cornamenta y gran número de vástagos, las babosas vivían en medio de la espesura de heno y de periódicos hechos jirones, que Eva había extendido en el suelo como un mantillo. Ya habían devorado muchos de los nuevos brotes desde las hojas más tiernas de arriba hasta el suelo, y Eva había jurado destruirlas.

—Su último festín —anunció Eva, señalando la planta de judías mientras vertía unas gotas de cerveza en el molde para tartas—. Ya están condenadas.

La cerveza estaba fresca, recién sacada de la vitrina frigorífica que acababan de instalar en la tienda, pues Fidelis fue uno de los primeros comerciantes de Argus en obtener una licencia para vender alcohol. De vez en cuando sonaba a lo lejos la campana de la puerta, a medida que los clientes entraban con cuentagotas para comprar uno o dos artículos. Era la hora de la cena y no acudían compradores de verdad. Franz podía hacerse cargo de ellos. Eva apuró una cuarta parte de la siguiente botella directamente en la boca antes de verter otro chorrito en el molde para tartas que había semienterrado en el suelo. Parecía un desperdicio malgastar la frescura de la cerveza en una plaga.

Sin prisa, las dos mujeres fueron sorbiendo la intensa y amarga bebida, mientras los rayos del sol se filtraban, oblicuos, por las vallas del corral. El revestimiento metálico del frigorífico irradiaba calor y podían oler las vides abrasadas y pardas con las uvas tintas del último año.

—Tal vez deberíamos haber aplastado estos bichos simplemente con sal —observó Delphine.

Pero entonces pensó súbitamente: «La muerte de Eva está próxima, y podemos permitirnos ayudar a que los indefensos tengan una muerte dulce». No dijo nada, pero acarició la mano de Eva. Desde que la enfermedad de su mujer había adoptado este cariz, Fidelis realizaba dos matanzas por semana y trabajaba día y noche para pagar las facturas de los médicos. La tierra diáfana del corral, enriquecida con los excrementos y el miedo, hervía con una fuerza creciente. En los márgenes proliferaban las malas hierbas, tan gruesas y vigorosas que daba la impresión de que terminarían por levantar las raíces

como si fueran una falda y por saltar las vallas. «Aquí, sin embargo –pensó Delphine mientras bebía otro sorbo de la botella–, no tendrían mucho espacio para vivir.»

Delphine había llegado a la conclusión de que el jardín de Eva reflejaba el lado oscuro de su genio organizador. El jardín poseía toda la rudeza y sensación de caos que no tenía la casa de Eva. Había prosperado a base de desechos. Restos de los pucheros, hojas de té y peladuras de pepino, todo ello acababa en la tierra, enterrado al azar o a veces simplemente amontonado. Todo se pudría bajo el sol abrasador de Dakota del Norte. Las semillas de los pepinos tiradas a la basura, las peladuras de calabaza e incluso los tomates viejos ofrecían sus servicios voluntariamente como diseminadas florituras. Su método consistía en no tener ninguno. Dejar que la Naturaleza siguiera su curso. Tenía manzanos que habían crecido del corazón de las frutas. Los rosales, que se erizaban junto a los canales de desagüe donde se recogía la sangre del ganado, lucían tal manto de flores enormes y exuberantes que resultaban siniestras. La flor preferida de Eva era la caléndula y, llegado el otoño, retiraba las flores marchitas y esparcía las semillas por todas partes. El perfume acre y penetrante de su follaje flotaba en el aire. Lo mismo que los pájaros, a los que daba de comer copos de avena.

Hasta entonces, Delphine nunca en su vida había cuidado un jardín, nunca se había molestado por atraer a los pájaros, nunca había sabido preocuparse por aquellas cosas que su amiga había convertido en un rito. Desde que conocía a Eva Waldvogel, y también viajaba aquí y allá con Cyprian, había empezado a entender cómo el cuidado de una mujer era capaz de dar sentido al ciego caos de un hombre, y que, a pesar de ello, las mujeres necesitaban tener su propio espacio salvaje. Aquí estaba. Todo crecía sin control. El jardín y el patio invadido por las malas hierbas seguirían creciendo sin cesar hasta convertirse en una selva de desvencijados y oxidados baños para pájaros fabricados con latas de jamón. Schatzie, la perra de Eva, un pastor alemán blanco, desenterraba viejos huesos que el antiguo perro había enterrado, y se negaba a volver a enterrarlos. «Será espantoso –pensaba Delphine–, cuando se marchiten las hojas en otoño, ver la inmundicia de fémures y clavículas, con las cabezas de los huesos y las articulaciones. Como si los diseminados muertos, al levantarse en el día del Juicio Final, tuviesen que intercambiar las partes de su cuerpo hasta que encajaran. Hasta ese momento, las espesas hojas ocultarían los huesos que el perro había esparcido a través de toda la Creación.»

La propensión de Delphine a obsesionarse con el destino se veía potenciada constantemente por la enfermedad de Eva. La condición de ser mortal latía siempre ante sus ojos, y se maravillaba de que se pudiese vivir siquiera, fuese el tiempo que fuese. La vida era una excelente proeza de tremenda osadía –se dio cuenta–, tan improbable como los números de equilibrista de Cyprian, tan inaudita como un festín de babosas.

Eva se inclinó hacia delante, hizo saltar un pequeño terrón con el desplantador y apisonó en el hueco su botella de cerveza llena en tres cuartas partes a modo de trampa.

–Morid felices –animó.

Delphine le entregó también su propia botella, vacía en tres cuartas partes. Eva plantó esta última junto a un montículo de calabacines que, llegado el otoño, dominarían todo el

jardín, aunque ella no llegaría a verlo. Las híbridas calabazas Hubbard, enormes y cubiertas de bultos, se extenderían desde debajo de las espesas capas de hojas verdes. Delphine las cosecharía y acumularía los irregulares y verrugosos globos junto a la puerta trasera antes de envolverlas en paja. Eva se recostó contra la lona entrecruzada del respaldo de la silla y abrió otra botella con un tenedor. Era un buen día, un día muy bueno para ella.

Los últimos rayos del sol eran cálidos y la brisa lo suficientemente fuerte como para mantener alejados tábanos y mosquitos. La cabeza de Delphine empezó a parecerle pesada y tambaleante en el cuello. Pero ligera. Tenía la sensación de que flotaba como un globo sobre el resto de su cuerpo. Las plantas parecían frescas. El jardín verdecía, exuberante. El continuo regadío de Delphine había hecho florecer las malvarrosas, cuyos capullos golpeaban suavemente los muros de la casa de Eva. Las aguilénas se desplegaban como matorrales, arrastrando detrás complicadas espinas. Las intensas y amarillas flores de caléndula perfumaban el aire. ¿Por qué la vida no habría de resurgir, avanzar e ir a mejor?, se preguntó Delphine.

—No hay ninguna esperanza —dijo Eva, como si su amiga hubiese expresado su pensamiento en voz alta—, porque son demasiado numerosas, diablos, y son demasiado estúpidas para encontrar las botellas además.

Invisibles, misteriosas y casi translúcidas, las jóvenes babosas se habían deslizado hasta las hojas. No parecían seres vivos, sino trozos de líquido gelificado. Eran voraces. En algunas hojas, sólo quedaban los nervios más gruesos, como los contornos de una obra de encaje. La exuberancia del jardín de Eva era lo que le había salvado de su total destrucción. Sencillamente no podían devorarlo todo. Y ahora, abriéndose paso entre la hierba, surgiendo de debajo de las piedras, de los tubos de desagüe y de las tejas de los canalones, se deslizaban serpientes. Las jarreteras negras mostraban unas rayas de un intenso naranja y verde líquido, y sus flancos eran de un color dorado claro como mantequilla derretida. Delphine tenía la impresión de oírlas deslizándose entre las costuras de la tierra hirviente y sabía que salían desenroscándose de debajo de las pacas ardientes de paja y heno. Había serpientes por doquier, alimentándose de las diminutas babosas; un sapo saltó en la luz menguante y parpadeó con sus arrugados ojos de anciana.

—Me marchó —anunció Delphine, pero permaneció sentada al lado de Eva durante la puesta de sol hasta que se hizo de noche. Era como si ambas supieran que no habría paz en sus vidas en las semanas venideras y que recordarían estas horas durante noches espantosas. El aire que se tornaba azul a su alrededor mientras salían las mariposas nocturnas, invisibles y ciegas, revoloteando en torno al farolillo con postigos al otro extremo del patio. Se protegían quemando un poco de citronela en un cubo y con unas ramas de albahaca, que Eva había cortado y esparcido en el cabello de ambas. Los pies de Eva estaban fríos, envueltos en unas delgadas sandalias de cuero. Las de Delphine se agarraban a la tierra húmeda y fétida.

En una noche tranquila, una vez concluido el trabajo y tras acostar a Eva, normalmente Delphine habría regresado a la casa que compartía con Cyprian y Roy. Se

habría ensimismado en la lectura de un libro o habría cocinado algo para relajarse o habría reparado lo que pudiera necesitar arreglo en la casa. Pero esa noche no se hallaba en su estado normal y no se movió. Dejó que la cerveza perdiera su efecto conforme la noche se hacía más profunda y densa, envolviéndolas en la oscuridad. Estaban calladas. No se les ocurría nada de que hablar, y al fin habían plantado todas las botellas de cerveza. No estaban esperando a que pasara nada en particular. El tiempo pasaba y seguían sin moverse. No pensaban en nada, salvo Delphine que se imaginaba que todos los huesos se removían en el suelo. La perra gruñó en sueños a los pies de Eva, y Delphine cerró los ojos.

Nada más cerrarlos, su mente se espabiló y sus sentidos se despertaron. Percibió lo rápido que se formaban y se consumían las cosas, todo lo que había a su alrededor. Existían muchas sensaciones ciegas. Todo ocurría más allá de su campo de visión, fuera de su control. Sin dejarse oír, de manera inadvertida, la sangre de Delphine le descendía por las manos y los pies, hasta quedarse anclada en el sitio. De lo cual se alegraba, porque la luz era tan tenue y la oscuridad tan intensa que tuvo la sensación de que podría flotar a la deriva como una barca de piel, para no regresar más, dejando atrás tan sólo su vestido arrugado.

—Ojalá sea cierto lo que he leído, que la mente permanece en su sitio. Los ojos. El cerebro con el que leer.

Oyó la voz de Eva.

A veces Delphine creía que a su amiga no le importaba convertirse en un animal o una planta, que su corazón acabara reciclado en el reino de los nutrientes, que todo este tiempo dedicado a pensar, comprender y vender carne de cerdo y harina de sangre fuese un esfuerzo vano. Eva había tratado su propia muerte con un despreocupado desdén, pero esa declaración revelaba un cierto temor que no había mostrado anteriormente. O un deseo. Sus palabras llenaron de tristeza a Delphine.

—Tu mente permanecerá intacta —aseguró Delphine, con el tono más desenfadado que podía—, así que vas a estar contemplando desde allí arriba, mientras rasguebas el arpa, todas las estupideces que cometen las personas.

—Jamás sabré tocar el arpa —respondió Eva—. Creo que me darán un maldito mirlitón.

—Guarda una nube para mí y tocaré una canción contigo —dijo Delphine.

—Trato hecho —asintió Eva—, y trae a tu guapo marido. ¿Crees que podrás convencerle?

Rieron con demasiado alboroto, rieron hasta que se les humedecieron los ojos, y entonces suspiraron y se quedaron sumidas en un profundo silencio. Desde hacía mucho tiempo, ambas habían fingido creer en un ridículo paraíso y habían prometido encontrarse en sus verdes colinas.

A pesar de ser un borrachín insoportable, nadie en el pueblo sentía aversión por Roy Watzka. Había varios motivos. Primero, su notable caída hacia la desidia vino causada por una pérdida. El hecho de que manifestara repetidamente que había amado hasta la autodestrucción alimentó cierto acto reflejo en el corazón de muchas mujeres, y le conseguía dádivas con facilidad cuando andaba escaso de dinero. Las mujeres incluso le

preparaban comidas –bocadillos de carne de cerdo o alubias frías–, que envolvían cuidadosamente para que pudiera comerlas tras una buena curda. La siguiente razón era que Roy Watzka tenía la capacidad de trabajar duro y sin descanso en esas raras y esporádicas ocasiones en que se encontraba sobrio. Era capaz de realizar un esfuerzo descomunal en las tareas agrícolas, las que mejor sabía hacer, y disfrutaba con ello. Ordeñaba las vacas, vaciaba los establos o amontonaba el heno en pacas por un puro sentimiento de culpa espiritual, y a veces prefería no cobrar nada con la esperanza de asegurar así su próxima fuente de alcohol y también dar la sensación de que era un hombre generoso a su manera. Estuviese en el estado en que estuviese, siempre contaba buenas historias, y eso atraía a la gente. Tampoco era un borracho mezquino ni un alborotador, y nadie dudaba de que, si bien Delphine aguantaba mucho más de lo que le correspondería a una hija, el hombre la quería.

Eva sentía aprecio por él, o al menos lástima, y era una de las personas que siempre le habían dado de comer cuando merodeaba por su cocina. Ahora que tenía problemas, Roy se presentaba en la carnicería por un motivo bien distinto. Acudía casi todas las tardes, a veces sudoroso y apestando a alcohol, pero, una vez allí, estaba dispuesto a hacer lo que fuese. Trabajar como una bestia. Mover el retrete sobre el nuevo agujero que había cavado con ese fin. Recoger las vísceras con una pala. Antes de marcharse, se sentaba junto a Eva y le contaba historias delirantes de aventuras que le habían sucedido en su juventud en las minas de oro, o sobre el cerdo domesticado al que enseñó a leer, o sobre otras cosas: cómo extraer el veneno de una serpiente de cascabel, la historia del verdadero hombre lobo al que conoció y palabras en la lengua de los licántropos, o el nombre en latín de las flores y su origen, recetas para conseguir exquisitos vinos y lo que los franceses hacían con la melaza de remolacha. Delphine, que escuchaba a veces, se alegraba por la habilidad de Roy para distraerla y al mismo tiempo estaba resentida. Sabía que era una fuente de curiosos y extraños conocimientos. ¿Dónde había aprendido todas esas cosas? Él sostenía que en los bares y en el desgastado diccionario, el único libro que había en la casa hasta que Delphine tuvo la edad suficiente para comprar los suyos. Sin embargo, ella se había pasado la vida limpiando tras sus pasos, y su padre nunca se había sentado con ella ni hablado así, con tanta gravedad y ternura, en un sincero intento de buena voluntad para distraer y entretener. Y lo peor de todo era que sus esfuerzos casi lograron convencer a Delphine de que había alguna esperanza para él.

Pouty Mannheim había desarrollado una gran afición por volar y había comprado un Jenny, un aparato excedente de guerra, y se pasaba el tiempo haciendo arreglos en el motor o ensayando toneles y picados, y diversas y extravagantes acrobacias. Le gustaba sobrevolar la tienda a ras y saludar a los chicos. Fidelis le había dado permiso para aterrizar en el prado llano que había detrás de la casa y, cada vez que lo hacía, Franz se quitaba rápidamente el delantal y salía corriendo. En cuanto Pouty emergía de la avioneta y se dirigía a la casa para hacerles una visita, Franz trepaba a la cabina de mando. No hacía nada mientras Mannheim conversaba con su padre, salvo acariciar los mandos con las manos y examinar el diario de vuelo de aspecto oficial donde Mannheim registraba los

datos, la carga de combustible y las horas de vuelo. Y cuando Pouty Mannheim regresaba, Franz se comportaba, orgulloso y diligente, como lo que se imaginaba que era el personal de tierra, lanzando la hélice y despejando el terreno para el despegue. Cuando el aeroplano avanzaba, ganando velocidad, el balanceo del aparato provocaba en él una emoción que Franz no alcanzaba a comprender. Era un muchacho reservado, pero, cuando la avioneta comenzaba a moverse, siempre echaba a correr, persiguiéndola, gritando, arrojando la gorra tras el aeroplano cuando despegaba del suelo. Había algo en ese preciso instante en que las ruedas de aspecto frágil abandonaban la tierra; él observaba cómo aumentaba el espacio entre el suelo y el aparato que lo deslumbraba y le llenaba de una sensación que era incapaz de describir, no en la lengua de sus padres ni en la de sus compañeros de clase; era un relajamiento de la tensión, un desahogo mudo, salvaje, terrible e insufriblemente físico, que le dejaba al borde de las lágrimas.

Después de que Pouty se desvaneciera en el cielo, Franz permanecía inmóvil durante unos minutos, recomponiéndose despacio, antes de atreverse a enfrentarse a los demás. Tenía la impresión de que su madre era la única persona que comprendía, aunque sólo remotamente, lo que sentía cuando la avioneta despegaba. Con la enfermedad, se había convertido en una oyente agradecida, y el chico se sorprendía a veces, después de las visitas de Mannheim, permaneciendo sentado a su lado para hablar con ella sin cesar, como no lo hacía con nadie más, sobre las distintas clases de aeronaves, sus ventajas respectivas, sus diferencias y todas las curiosidades y detalles que recopilaba de los periódicos y las revistas. Tenía una pila de recortes de prensa y fotografías que había recortado con cuidado y pegado en la pared alrededor de su cama. Había un elegante Fokker Eindekker, representado con todo lujo de detalles, incluida una cruz negra en las alas y la cola, y una fotografía borrosa de Immelmann, el Águila de Lille, de Rickenbacker y del «As de Ases», un retrato de prensa reciente de Charles Lindbergh, así como las insignias y los emblemas de la RAF. Un estandarte casero donde podía leerse «Cuidado con el boche al acecho» y un poema copiado con esmero, titulado *El joven aviador*. Franz había dibujado un caza francés Nieuport 11 de moda, con la ametralladora situada encima del piloto y un jefe indio gritando pintado en el fuselaje. Su avión favorito era el Albatros, un caza alemán con una enorme nariz roja, un corazón, una esvástica blanca y la típica cruz negra. Había fabricado una miniatura de un Sopwith Camel con cartón y alfileres, y había dibujado laboriosamente los círculos rojo, blanco y azul de la diana con los lápices de colores que había robado del colegio. Eva le había dado un gran cuaderno para sus recortes y el muchacho había pegado en él noticias sobre exhibiciones de aviones de acrobacia con fotografías que recortaba con cuidado del periódico o recuperaba de los carteles. Leía las descripciones de sus números en voz alta cuando su madre se encontraba agitada. Una de esas tardes, mientras estaba sentado junto a ella, su madre le preguntó:

—¿Cómo serán las cosas allá arriba por encima de las nubes?

—Ah, eso puedo decírtelo —respondió Franz—. Tienes la impresión de que vas a poder pisarlas con los pies y botar sobre ellas.

La mujer le dirigió una mirada escéptica, pero orgullosa de que fuese capaz de

inventarse algo semejante. Fue entonces cuando Franz comprendió que tenía que subir al cielo con su madre.

—Vamos a volar —le anunció de buenas a primeras, y la expresión de asombro y felicidad que se dibujó en su rostro ante la idea le convenció de que debía llevarla a cabo.

Decidió que Pouty los llevara, aunque Fidelis le había prohibido llevar a Franz con él en sus vuelos. Esto era diferente; sería un vuelo con un noble propósito. El impulso de llevar a su madre entre las nubes se convirtió enseguida en un importante y apremiante compromiso. Cuando observaba a Eva, pensaba que había cosas que debían ocurrir sin más. Su madre tenía que subir al cielo. Él tenía que estar con ella cuando lo hiciese, aunque no llegaran a ver por encima de las nubes. Se fue a la cama con esa convicción y, al día siguiente, mientras trabajaba con su padre, no dejaba de pensar en cómo convencer a Pouty Mannheim para que los llevara en su aeroplano.

Pouty guardaba la avioneta en un establo al norte del pueblo, a una buena distancia andando desde casa, y Franz tenía que encontrar un buen pretexto para ir a ver a Pouty sin demora, porque no sabía cuándo volvería a visitarlos. Franz tenía además el presentimiento de que debían hacerlo sin esperar más, aunque no se trataba de que tuviese un palpito sobre el brusco deterioro de la salud que sufriría Eva poco después. Tomó prestada la bicicleta de Mazarine Shimek, aunque era una bicicleta de chica, y recorrió los kilómetros pedaleando a toda velocidad. Sentía una urgencia tan imperiosa por el proyecto que, cuando habló con Pouty, no pudo contener la voz ni impedir que sus manos se agitaran, ni tampoco evitar suplicar y atosigar a Pouty cuando éste se alejó con paso ruidoso y pesado para buscar en el establo una herramienta que necesitaba.

—Está enferma —objetó Pouty al final, mientras se frotaba la barbilla redonda y brillante como una manzana.

—Por eso mismo —insistió Franz.

—Fidelis no lo consentirá —continuó Pouty.

—Por eso no se lo puedes decir —precisó Franz.

Aunque Pouty Mannheim no era un hombre particularmente atento ni volcado en los demás salvo en sí mismo y había tenido muy poca relación afectiva con su propia madre, algo en el comportamiento de Franz le conmovió. Lo meditó mientras comprobaba los mandos, ajustaba el equipo y sustituía un poco de pintura en el fuselaje del avión. Y luego dijo que sí.

A primera hora del día en que Fidelis hacía los repartos, Pouty aterrizó en el prado detrás de la carnicería. El aire ya era cálido y el cielo lucía muy azul, pero sin la intensidad metálica y opresiva que anunciaba una tormenta de arena. Era el día más suave que habían tenido en mucho tiempo, y una frescura fugaz se demoraba todavía en la hierba y las hojas: el sabor del rocío de la madrugada. Franz se precipitó en la habitación de su madre, se tranquilizó y le rozó el brazo. Ya estaba despierta y preparada para el paseo aéreo con un sencillo vestido blanco y vaporoso, que tenía un estampado

de rosas abiertas, algunas de color rosa y otras con los pliegues de los pétalos de un rojo más intenso. Pequeñas y delicadas hojas de un verde suave flotaban por todas partes en los pliegues del tejido. Su pelo, dañado por la medicación, se asomaba corto y fino en la cabeza como rizados de pelusa. Con mano temblorosa se había pintado los labios de un color claro y se había enjuagado la boca, advirtió Franz, con un agua de lila de agradable perfume. Algunos días su aliento desprendía el olor pútrido de un sótano triste, por culpa de lo que sucedía en su interior, decía, y lo odiaba. Le gustaba estar siempre muy limpia. Sus ojos eran hermosos, pensó Franz, verdes y rasgados en un rostro delgado y pálido como el papel.

—Mamá —dijo, tímido y orgulloso—. Tu avioneta está aquí.

—*Hilf mir* —le pidió, volviéndose hacia él con entusiasmo.

El chico la ayudó a estirar las piernas y a sentarse en su lado de la cama. Eva se peinó el cabello hacia atrás, se levantó, muy débil, y puso un pie y luego el otro en sus zapatos de cordones de cuero marrón. Respiraba profundamente para recobrar fuerzas y también para contener la emoción. Los demás hijos se hallaban en la parte delantera de la tienda con Delphine, que había sido incluida en el plan y que había prometido entretener a los chicos el tiempo suficiente como para que los dos alcanzaran el aeroplano de Pouty. Eva intentó caminar sin arrastrar los pies mientras avanzaba junto a Franz, pero, cuando llegaron al patio lateral, el chico la detuvo.

Con un gran movimiento de brazos, la levantó y la llevó en volandas hasta el prado. Sorprendida, la mujer se echó a reír y luego se aferró a su cuello, pensando para sí: «Hijo mío, hijito mío». Cuando llegaron al avión y Franz la depositó en el interior con gran delicadeza, en el asiento detrás del piloto, Eva pensó en el padre del niño y cayó en la cuenta de que, cuando conoció a Johannes, éste no era mucho mayor que su hijo ahora. Ese pensamiento la traspasó de tristeza por ese muchacho que había conocido y de asombro ante todo lo que había sucedido desde su muerte, cosas que le habrían dejado pasmado, y no pudo evitar pensar en el cielo y preguntarse cómo sería si todas las promesas del sacerdote fuesen ciertas. ¿Estaría allí Johannes, esperándola de pie al otro lado y con todos los fallecidos de su propia familia, para recibirla? ¿Cuántos años tendría? Y, entonces, ¿qué le diría ella y qué ocurriría el día de mañana cuando Fidelis entrara a su vez en el Reino de los Cielos? ¿Con cuál de los dos se quedaría?

El padre Clarence se aturullaba por completo con esta cuestión, y Eva disfrutaba haciendo tambalear su seguridad. Eva sonrió y dejó que el sol le iluminara la cara cuando Pouty subió delante. Franz hizo girar la hélice con fuerza y, después, cuando el motor arrancó y el avión se sacudió como un perro empapado, Franz saltó al hueco que había justo detrás del asiento de Eva y la agarró por la cintura.

—¿La estás sujetando? —preguntó Pouty.

—¡La tengo!

El aparato se impulsó hacia delante. Dando botes cada vez más rápidos, acelerando y cobrando velocidad, se levantaron por los aires. Franz se llenó la boca de viento. Dejó que el momento creciera en su interior. Y luego voló, por primera vez, agarrado a la cintura de su madre. Acometieron lo que parecía un ascenso increíblemente abrupto y se

olvidaron de respirar; entonces, Pouty se tranquilizó y enderezó el vuelo poniendo rumbo al oeste con el sol a sus espaldas. Quería seguir el curso del río y asustar a las garzas y tal vez a algunos quebrantahuesos para mostrárselos a Eva. Durante toda la noche, mientras estudiaba el viaje para Eva, llegó a la conclusión de que conceder el placer de volar a esta mujer moribunda le convertía en una especie de héroe. Se lo explicaría más adelante a Fidelis como una especie de deber –todavía no había pensado en ello–, pero en todo caso estaba seguro de que, cuando Eva aterrizase con las mejillas sonrosadas y sintiéndose mucho mejor, Fidelis se alegraría. De hecho, Pouty iba aún más lejos, hasta imaginarse que el vuelo podría suponer su sanación completa y absoluta. Historias semejantes habían sucedido, y su fe en el poder de volar era infinita.

Franz poseía quizás una fe parecida, porque, mientras sujetaba a su madre en el asiento y sobrevolaban en un zumbido el serpenteante curso plateado del río, se imaginaba que el viento, azotando la piel de sus rostros hasta alisarla, la restregaba hasta dejarla tersa y suave. Ganaron altura mientras el agua semejaba un cordón de mercurio; los árboles polvorientos y verdosos, pelusillas a su lado; las carreteras, hilos negros en medio de campos castigados por la sequía. Botaron sobre las corrientes de aire caliente, giraron despacio donde el curso del río cambiaba, rodearon un meandro y descendieron en picado sobre una granja donde Mannheim conocía a los habitantes. Vieron todo lo que se podía ver y volaron hasta que Pouty gritó que se estaba quedando sin combustible, por lo que debían volver al campo. Durante todo el tiempo que había estado aguardando el momento de volar, Eva había esperado que, debido a la emoción, el dolor desapareciera durante el vuelo. No sucedió así exactamente: de alguna manera el dolor se intensificó, pero eso respondía a que el placer también había aumentado, no sólo el placer físico de estar en el cielo –le contaría más tarde a Delphine–, sino también el placer mental.

Después de que ambos regresaran a tierra y Franz llevara en brazos a su madre a la cama, Eva tuvo una de sus últimas visiones. Apoyada sobre unas almohadas, bebía pequeños sorbos de agua mientras se estremecía de felicidad y dolor.

–Allí arriba en el cielo, mi mente engullía bocanadas de aire nuevo –explicó a Delphine–. Pienso a una velocidad vertiginosa. Veo cosas.

–¿Qué cosas?

–*Zum beispiel* –respondió Eva–, Argus no era más que un punto insignificante. Somos puntitos. Puntitos en medio de otros puntitos. No importa. Nosotros, como tales puntitos, volamos con nuestra propia energía. ¡No nos lleva el viento allá arriba! ¿Qué te enseña eso?

Agarró el brazo de Delphine, y su mano todavía apretaba con fuerza. Delphine sacudió la cabeza.

–¿Qué?

–Hay un plan, *eine grosse Idee*, más grande que todas las malditas reglas. Y yo siempre lo he sabido. Más grande que los cirios de la iglesia. Más grande que los confesionarios, más grande que la Sagrada Forma –se santiguó–. No sé cuál es. Pero es

grande. Mucho más grande.

Después, pidió a Delphine que llamara a todos sus hijos para que acudieran a la habitación y les habló a ellos también, y les dijo que había visto algo muy tranquilizador y que no tenía que ver con la Iglesia, ni siquiera con la Única Iglesia Verdadera. No tenía que ver con recibir la comunión o la confirmación por el obispo.

—No tiene importancia que hagáis esas cosas ahora —continuó, impaciente—. Si las necesitáis, hacedlas. Pero el plan es mucho mayor, os lo aseguro. El plan conoce la cosa inmensa y explica la uña del dedo meñique —Eva levantó el dedo meñique y lo sostuvo en el aire entre ellos. Sus ojos estaban levemente vidriosos y brillaban con inquietantes destellos esmeraldas—. Si yo muero, no os pongáis demasiado tristes —les aconsejó—, la muerte sólo es parte de algo mayor que no somos capaces de imaginar. Nuestras mentes están empezando a rozar lo que es grande de verdad, a aprender a hacer cosas como volar. ¿Qué será lo siguiente? Ya lo veréis, y veréis que vuestra madre forma parte del gran diseño. Y siempre estaré formada por cosas y las cosas siempre estarán formadas por mí. Nada puede deshacerse de mí porque yo ya formo parte del modelo.

Sus mejillas se tornaron entonces de ese tono sonrosado que Pouty había imaginado que conseguiría gracias a su paseo aéreo. Tomó un largo sorbo de agua, tosió y cerró los ojos bruscamente. Franz se inclinó hacia ella al cabo de un momento, aterrorizado y curioso, y le palpó el rostro.

—Está durmiendo —anunció Franz rozando los labios de su madre con los dedos.

Despacio, hizo salir a sus hermanos pequeños. Si hubiese fallecido en ese momento, habría sido una escena de teatro perfecta, pensó Delphine desde el umbral. Incluso era posible que Eva lo deseara, pero se contuvo, a sabiendas de que morir justo después del paseo aéreo acarrearía problemas a Franz.

—Los niños están jugando en el huerto. Los hombres ya están medio achispados —informó Delphine a Eva, que sonrió levemente y se incorporó sobre los codos con dificultad.

Delphine la ayudó a sentarse y a mirar por la ventana. Se recostó, agotada y asintiendo a lo que veía. Las dos mujeres oían cantar a los hombres, que entonaban una serie de canciones patrióticas, una tras otra. El sheriff Hock era particularmente bueno en las partes agudas de *The Star-Spangled Banner*, el himno nacional. *Su voz hendía el aire luminoso y cálido de un modo extraño, lo que provocó escalofríos a Delphine.*

—Los hombres son tan necios —susurró Eva—. *Se creen muy listos al esconder el everclear*¹

Aunque los últimos días habían supuesto una pesadilla, Eva se negaba a morir de una manera morbosa e incluso prefería sufrir de un modo extrañamente hilarante. A veces se reía del dolor con una carcajada macabra y se burlaba de su estado, y más ahora que su final estaba cerca. Delphine pensaría más tarde que la adquisición de las chinchillas fue una señal de ese brusco deterioro; la forma en que Eva se levantó en uno de sus últimos días buenos para sacar a hurtadillas la furgoneta de reparto y conducir hasta la granja de una peculiar anciana y volver con los animales. Ahora, más allá del lugar donde los

hombres bebían bajo el tendedero, las criaturas peludas jadeaban, apestando suavemente en el débil entramado de jaulas.

Delphine estaba sentada junto a su amiga en la pequeña habitación aneja a la cocina, un cuarto lleno de tarros, justo donde Eva había pedido a Fidelis que le instalara la cama. Un hermoso ventanal se abría al patio trasero y ésa era la razón por la que quería morir en ese diminuto habitáculo. Desde allí podía contemplar a sus hijos que daban los últimos retoques a su plan para ganar dinero con las chinchillas. Habían construido unas jaulas con la malla metálica recuperada de gallineros abandonados y ensamblado cajas para hacer nidos con restos de madera. En un repentino fogonazo de lucidez, Delphine cayó en la cuenta de que se trataba de una distracción. Mientras observaba cómo su amiga se sumía en un liviano sueño, advirtió de pronto que las extrañas criaturas con aspecto de conejos eran una manera muy astuta de desviar la atención de los muchachos de su madre moribunda.

Cerraron la tienda para festejar el 4 de julio. Ahora todo el pueblo lo celebraba. Fidelis sacó las viejas sillas y la antigua mesa en la que dispuso un poco de mortadela y salchicha seca, una sandía y cuencos con galletas saladas. Debajo de un tomatero, las botellas de cerveza se enfriaban en una cuba con hielo, cerveza para rebajar el alcohol que Eva ya sabía que escondían. Era divertido observar cómo, disimuladamente, deslizaban el brazo en la mata de grosellas para sacar la botella. Con un furtivo vistazo hacia la casa, se la llevaban a la boca. Incluso Fidelis, siempre tan fuerte y decidido, se comportaba como un niño culpable.

Delphine observó a Cyprian que se aproximaba por la desvencijada cancela trasera. Entre risas, depositó su propia ofrenda al lado de las salchichas. Un whisky añejo, seguramente de un viaje reciente al otro lado de la frontera. Cyprian pasaba a visitarlos de vez en cuando desde que se había encargado del negocio durante aquella primera semana, cuando Delphine y Fidelis se fueron a consultar a los médicos de la clínica Mayo. Se las arregló muy bien en la tienda y no desapareció nada, así que Fidelis quiso contratarle, pero Cyprian dijo que la carnicería no era lo suyo. Ya había visto suficiente sangre y vísceras en la guerra. Además, se le daba mucho mejor pasar alcohol de contrabando y ganaba más, explicó a Delphine, a quien no le gustaba el negocio; pero ¿qué podía hacer ella, dado que la mitad del coche era suyo y se trataba de un hombre adulto, al fin y al cabo?

Se había unido al coro, a pesar de tener una voz corriente. De barítono algo chamuscado. Se había dado aires de representante de comercio. Incluso llevaba muestras de sus supuestos productos: cepillos para el pelo, cepillos para el suelo, cepillos para perros, cepillos para caballos, cepillos para escobas, cepillos para patatas. Los amontonaba en el coche para engañar a los agentes de aduanas en la frontera y responder a las preguntas de los vecinos. A veces ellos también le llegaban a comprar cepillos. Pero, por regla general, le pagaban delincuentes. Hombres peligrosos de Minneapolis. A Delphine no sólo le disgustaba que corriera esos riesgos, sino que además odiaba que se dedicara a vender la despreciable sustancia. Aun así, puesto que apenas bebía él mismo por miedo a perder sus habilidades de equilibrista, que seguía practicando entre viaje y

viaje, la mujer lo pasaba por alto. Además, estaba totalmente volcada en ayudar a morir a Eva.

No había salvación posible, ya nadie lo dudaba. El primer tratamiento después de la operación consistió en introducirle en el útero unas bombas metálicas y huecas, fundidas en plata alemana, que contenían radio. Durante las semanas que Eva pasó en el hospital, le extraían los tubos, los rellenaban y se los volvían a introducir. Cuando la mandaron a casa, desprendía un cierto olor a asado carbonizado.

—Huelo a quemado —dijo—, como un plato mal cocinado. Ve a comprar un poco de agua de lilas a la farmacia.

Delphine compró una enorme botella violeta de agua de flores para lavarla con ella, pero tampoco cambió gran cosa. Durante días, evacuó carbón y sangre, y el olor a quemado seguía persistiendo. Y encima el tratamiento no había dado resultado. El cáncer se extendía. El doctor Heech le aplicó entonces el tratamiento de radio mensual mediante el uso de largas agujas de oro de veinticuatro quilates, mojadas en radio, que clavaba en el nuevo tumor con unos fórceps para no quemarse los dedos. Eva recibía ese tratamiento en su consulta los domingos, atada a la camilla con correas y con una dosis de éter para aguantar la inserción, y después, cuando despertaba, con una hipodérmica de morfina. El doctor Heech sentía una rabia consigo mismo tan intensa cuando le administraba un tratamiento que temía que resultara inútil, que abandonaba la sala maldiciendo entre dientes. Delphine se quedaba a su lado, pues las agujas debían permanecer en el mismo sitio durante seis horas seguidas. Unidas mediante un hilo encerado negro, formaban una rueda puntiaguda en su vientre.

—Parezco un maldito alfiletero —dijo Eva en una ocasión, incorporándose levemente.

Después se dejó caer y volvió a sumirse en un agitado sueño. Delphine leía, dormitaba o hacía punto, pues no siempre conseguía leer. Era la vieja historia de siempre, como con los borrachos y los vecinos de su infancia. De nuevo era testigo de un enorme sufrimiento que no podía detener. Esta vez, su cuerpo intentaba compartir el espantoso calvario: punzadas de dolor en su propio estómago conforme entraban las agujas, incluso un solidario sudor debido a la morfina. Una lúgubre tristeza que acompañaba las deposiciones de carne carbonizada de Eva. Dolores sordos que le sobrevenían de vez en cuando, haciendo que deseara tumbarse en el suelo para siempre y acabar con todo. Pero siguió adelante, sin rendirse, sin mostrar nunca su desamparo. Mientras se dirigía a la casa de Eva todos los días, mascullaba a Dios la oración que consideraba más adecuada en esas circunstancias.

—Te escupo a la cara.

No suponía una gran ofensa, no reflejaba la profundidad de sus sentimientos, pero al menos no era una hipócrita. ¿Por qué habría de fingir rezar siquiera? Ése era el terreno de Tante, que había reunido a una multitud de piadosas damas luteranas, las cuales acudían varias tardes por semana para intentar obrar en una católica. Cuando Eva estuvo demasiado débil para echarlas, lo intentó Delphine, pero, como su posición era inferior a la de Tante, tuvo grandes dificultades en lograrlo y se vio obligada a emplear otras estrategias, las que se le ocurriesen, con tal de impedir que se aglutinaran alrededor de la

cama como una bandada de buitres y juntaran sus huesudas garras en un jubiloso y absorbente círculo de oraciones. Incluso hoy, decidió Delphine, prepararía un bizcocho mientras Eva dormía, por si acaso se presentaban las hipócritas. De hecho, darles de comer era su mejor táctica, pues se alejaban rápidamente en cuanto sabían que había comida en la cocina. Tante, con la boca llena de migas, las acompañaba fuera después de que se hubieran atiborrado del dolor de Eva y de su tarta *linzertorte*, cuya receta había legado a Delphine, paso a paso.

Afuera hacía un día perfecto, soleado con una suave y fresca brisa. Una garantía para sacar a Tante de su casa, aunque Delphine habría deseado que su cohorte de beatas estuviese ocupada sirviendo ensalada de patata y cortando rajas de sandía en algún acto oficial. Las voces de los hombres se elevaban y disminuían, entre sonoras risas provocadas por grandes chanzas, discusiones de enjundia ante los escándalos perpetrados por el Gobierno, y a veces incluso callaban o permanecían aletargadas, dirigiendo una mirada vacía e interrogante al enrevesado follaje del jardín de Eva. Como siempre, Fidelis era el centro de estas reuniones, sonsacando a los hombres historias cada vez más atrevidas o retándolos a pruebas de fuerza.

En la cocina, bajo un tranquilo sol en la ventana, Delphine troceaba un poco de mantequilla para añadir a la harina y preparar una masa. Había decidido cocinar unos pasteles para la cena del 4 de julio, que les vendrían bien a los hombres para cortarles la borrachera. Había puesto patatas a cocer. Tenía un bote de barro cocido con alubias bañadas en mostaza fuerte, azúcar moreno y melaza residual. Por supuesto, había más salchichas. Delphine añadió una pizca de sal, envolvió la masa en una muselina engrasada y la guardó en el frigorífico. Después, atacó la fruta, cortando finas medialunas de ruibarbo de un verde amarillento y quitando la piel a los trozos rosados más duros. «Es casi la hora –pensó–, casi la hora.» Pensaba en el dolor de Eva. Su propio sentido del paso del tiempo estaba ligado a la duración de una dosis de vino de opio, una taza de una bebida aromatizada con clavos y canela, o una fuerte dosis de morfina que el doctor Heech le había enseñado a administrar, pero sin abusar. «Salvo al final –había dicho–, porque incluso la morfina deja de hacer efecto.»

Le enseñó a preparar una solución de Magendie para eliminar el crecimiento de cualquier tipo de hongo, y ahora, al oír a Eva moviéndose en la cama, Delphine abandonó de inmediato la preparación de los pasteles. Puso a hervir un poco de agua para esterilizar las agujas hipodérmicas. Había preparado una ampolla la víspera y la había guardado en el frigorífico: la solución a un treintavo, que el doctor Heech había asegurado que Delphine lo inyectaba a Eva mejor que cualquier enfermera. Delphine se sentía orgullosa de ello, sobre todo porque odiaba las agujas, las aborrecía y percibía un doloroso vacío cuando llenaba las jeringuillas y notaba cómo penetraban en su propia piel en el momento en que inyectaba la dosis a Eva. Sin que se lo pidiera, sabía cuándo su amiga necesitaba una nueva dosis. No se guiaba por el reloj sino por la lúcida virulencia del sufrimiento que reflejaba la mirada de Eva. Tenía la boca entreabierta y el ceño fruncido. Iba a necesitar un alivio muy pronto, en cuanto el agua llegara a hervir. Delphine pensó en distraer a su amiga dándole un masaje en sus manos llagadas.

—Ah —gimió Eva despacio cuando Delphine masajéo el hueco entre los nudillos. La frente de Eva se relajó, sus párpados traslúcidos se cerraron, empezó a respirar más tranquila y preguntó con un hilo de voz—: ¿cómo están esos malditos idotas?

Delphine echó un vistazo por la ventana y observó que los hombres estaban en plena efervescencia. El sheriff Hock parloteaba sin cesar y Fidelis gesticulaba de pie mientras se mofaba de la enorme panza del hombre. «¡Menuda curda tenemos!», le oyó exclamar con alegría. Y enseguida se pusieron a compararse las barrigas. Cyprian tenía el vientre más plano de todos. Delphine sabía que su abdomen, al igual que el de ella, estaba dividido en firmes y duras crestas de músculos, que era capaz de ejercitar como si fuera un teclado. En la alargada luz del atardecer, el rostro de Cyprian resultaba un tanto macilento por el consumo de alcohol y la compañía de los otros hombres, a la que no estaba acostumbrado, ya que solía vivir aislado en la granja con Roy o solo en la carretera. Había una sábana colgada en el tendedero y, en su sombra, las panzas semejaban pálidos colgajos de carne.

—Están enseñándose sus enormes barrigas —explicó Delphine.

—¡Al menos no enseñan lo que tienen más abajo! —exclamó Eva con voz ronca.

—¡Ay, qué vergüenza! —se rio Delphine—. No, no se la han sacado. Pero aquí está pasando algo. Mira, voy a ayudarte a que te incorpores. Están más que graciosos.

Cogió más almohadas y edredones de la estantería, acercó la cama a la ventana y colocó a Eva de modo que pudiera ver lo que sucedía en el patio. Volvió a la cocina y puso una jeringuilla en el agua, terminó los pasteles y los metió en el horno; después, llevó a Eva una taza de agua tibia. Se la bebió, lo que le sentó bien, y recuperó un poco de color. Sus ojos se animaron.

—Ven —dijo Eva—, siéntate aquí —dio unas palmadas en la cama—. ¡Creo que están tramando algo!

Ahora daba la impresión de que estaban haciendo apuestas. Blandían billetes entre risas. Estaban ebrios pero no tanto como para no poder mantenerse en pie, aunque sí lo bastante como para hablar a voz en grito. No paraban de bromear. Los muchachos llegaron y treparon a la valla del corral para ver lo que hacían los adultos.

—Eva, ¿has visto eso? —Delphine los señaló.

Eva asintió con la cabeza y torció el gesto. ¡Menudo ejemplo! ¡Qué gente! De repente, los hombres limpiaron con gran estrépito la mesa de vasos y botellas, galletas saladas y salchichas, trozos de queso cheddar y platos. Una vez que la mesa quedó despejada, el sheriff Heech se tumbó encima en medio de un estallido de carcajadas. La mesa no era tan larga como él, de modo que tenía el aspecto del casco de un barco en equilibrio en el dique seco, con los pies enfundados en unas botas que apuntaban hacia el cielo y la cabeza colgando del otro extremo. Su estómago formaba un montículo y Fidelis se encontraba al otro lado de la mesa, justo ante la ventana de Eva. Se había desabrochado los botones superiores de la camisa blanca y arremangado sobre sus poderosos antebrazos. Sus tirantes colgaban, y lucía una amplia sonrisa, mientras devolvía una chanza.

De pronto, Fidelis se agachó sobre el sheriff Hock, adoptando la posición en cuclillas

de un levantador de pesas, y estiró los brazos con furia a ambos lados, al estilo de un artista de feria. Despacio y con firmeza, agarró un aro con la boca que, según las mujeres pudieron advertir, había sido fabricado con ese único fin, en el grueso cinturón del sheriff Hock.

Se produjo un momento de silencio. No pasó nada, hasta que ocurrió algo increíble. Fidelis reunió todas sus fuerza. Era como si el mismo suelo traspasara su poder a Fidelis y flexionara. La cara y el cuello se le hincharon de sangre roja y en ebullición. Sus mandíbulas se tornaron blancas como el hueso sobre el aro del cinturón; los brazos se tensaron en el aire y el cuello y los hombros se ensancharon de forma asombrosa hasta que logró levantar al sheriff Hock de la mesa. Sujetando el aro con los dientes, movió al Falstaff del pueblo apenas un centímetro. Después, bajo la atenta mirada de las mujeres, Fidelis descansó. Una repentina marejada de ciego bienestar recorrió todo su ser. Tras incorporarse a medias y mientras mantenía el equilibrio, alzó un poco más al sheriff.

En ese instante de colosal esfuerzo, Delphine vio la verdadera faz del carnicero: el rostro animal, con las orejas ardiendo, los tendones del cuello a punto de estallar, y por último los ojos enloquecidos y desorbitados que se deslizaron hasta la ventana para comprobar si Eva estaba mirando. A Delphine la azotó un sentimiento de atroz compasión. Hacía todo esto por Eva. Intentaba distraerla, y Delphine comprendió que Fidelis la amaba con la impotente y feroz devoción canina que le llevaba a hacer cosas que parecían estúpidas, como levantar a un hombre adulto con los dientes agarrándole por el cinturón. Una necedad. Para mostrar claramente que toda su fuerza no significaba nada. Ante la enfermedad de Eva, era tan débil como un niño.

Después de que Fidelis diera dos pasos de gigante y soltara al sheriff en el suelo, en medio de enormes carcajadas, los hombres volvieron a cantar. Ahora se atrevían con canciones más toscas, que iban a tono con un creciente grado de embriaguez y diversión. Se volvieron más ruidosos, tremendamente estridentes y desafiantes. La muerte los observaba, a través de los ojos de Eva, desde la ventana de la despensa. *Jimmy Crack Corn. The Wabash Cannonball. I'm forever Blowing Bubbles.* Canciones alemanas de borrachos. Una balada triste y lúgubre sobre la añoranza de la mujer de un marinero. Delphine volvió a la cocina para buscar la solución para Eva. Abrió la puerta del frigorífico. Echó un vistazo y buscó con mano inquisitiva. La morfina, por la que Fidelis había trabajado con total abnegación para poder pagarla y que Delphine guardaba celosamente, había desaparecido. El frasco, el polvo y la otra jeringuilla. No podía creerlo. Buscó otra vez, y otra más. No estaba, y Eva ya se agitaba en la habitación contigua.

Delphine salió corriendo e hizo señas a Fidelis para que se apartara de los hombres. Se estaba limpiando la cara y el cuello del sudor que seguía chorreando.

—La medicina de Eva ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

No estaba tan borracho como ella se imaginaba, o tal vez el esfuerzo realizado para levantar al sheriff le había devuelto a un estado de sobriedad.

–Desaparecido. No está en ninguna parte. He buscado. Alguien la ha robado.

–*Heiligeskreuz...*

Dio media vuelta. Era sólo el principio de lo que se disponía a decir y Delphine se marchó antes de que prosiguiera. Volvió junto a Eva y le dio lo que quedaba del vino de opio, que le provocaba dolores estomacales. El brebaje fue bajando cucharada a cucharada, y en un relámpago todo subió de nuevo.

–Qué horror –masculló Eva–, soy peor que un bebé que vomita.

Intentó reír, pero lo que surgió fue un gemido sorprendido y ahogado. Entonces Eva empezó a respirar con dificultad, con pequeñas inspiraciones entrecortadas que le servían para no gritar.

–*Bitte...*

Puso los ojos en blanco y su cuerpo se arqueó en la cama. Soltó un grito ronco, y pidió con el gesto que le pusiera un paño enrollado entre los dientes. Subía, subía en ella como una violenta tempestad. Nadie podía impedir que estallara. Delphine tardaría horas en conseguir otro lote del doctor Heech, dondequiera que estuviese celebrando el 4 de julio, y luego habría que encontrar al farmacéutico. Delphine llamó a voz en cuello a Fidelis por la puerta que daba al jardín y gritó a Cyprian que sacara los pasteles del horno. Salió corriendo en la otra dirección. Mientras corría, le empezó a dar vueltas en la cabeza un pensamiento. Decidió seguir su intuición. En vez de dirigirse directamente a casa de Heech, aceleró el coche hasta detenerse junto a la pequeña casa de Tante, a dos manzanas de la iglesia luterana donde ésta rezaba todos los domingos para que la deplorable mujer católica con la que su hermano se había casado renunciara a toda idolatría y culto de santos, y que sus hijos volviesen al rito luterano.

–*Was wollen Sie?*

Tante abrió la puerta. Su rostro revelaba señales de saberlo todo y Delphine comprendió que había acertado. Delphine recordó cómo la mujer había cloqueado con sus compañeras meapilas acerca de la dosis de medicina, mientras discutían en voz baja al tiempo que aplastaban con la yema de los dedos migas de tarta de limón.

–*Wo ist die medicin?* –preguntó Delphine, primero en un tono normal, levemente aterrorizada. Cuando Tante torció el gesto en una sonrisa helada, gritó:– ¿Dónde está la medicina de Eva?

–*Ich weiss nicht.*

Tante mostraba cierta predilección por el áspero alto alemán ante Delphine y fingió tener grandes dificultades para entenderla. Delphine dio un paso adelante por la puerta y apartó a Tante para dirigirse directamente al frigorífico. Mientras avanzaba, seguida de una Tante indignada que arrastraba los pies, pasó delante de una mesa donde había un largo y estrecho objeto envuelto en un pañuelo. Delphine lo cogió instintivamente, lo desenvolvió y a punto estuvo de dejar caer la aguja hipodérmica que faltaba.

–¿Dónde está?

La voz de Delphine era implacable. Se volvió, blandiendo la aguja, hasta encontrarse como en una obra de teatro, avanzando con aire amenazador. Esa sensación de estar en plena representación dramática le otorgó el derecho a pronunciar unas palabras que

habría deseado que alguien hubiese escrito para esa circunstancia.

—Vamos, vieja zorra, a mí no me engañas. ¡Conque siempre te has drogado en secreto!

Delphine no lo pensaba en serio, por supuesto, pero quería indignar a Tante hasta tal punto que confesara dónde guardaba la morfina; su objetivo no era otro que conseguir la medicina para llevársela a Eva. El sufrimiento en carne viva reflejado en los ojos de Eva le había quemado las entrañas. Tante la miró boquiabierta, sin poder recobrarse lo suficiente para responder. Delphine se precipitó de nuevo al pequeño frigorífico de Tante y hurgó en el interior. Sin ningún reparo, echó fuera todos los alimentos, rompiendo huevos y todo lo que se encontraba, hasta que se giró para encarar a Tante. La cabeza le daba vueltas con desesperación.

—Por favor, tienes que decírmelo. ¿Dónde está?

Tante ya había recuperado el control de sí misma. Incluso habló en inglés.

—Tendrás que pagarme esos huevos.

—De acuerdo —aceptó Delphine—, sólo dime dónde está.

Pero Tante, que ahora tenía la sartén por el mango, disfrutaba del momento.

—Dicen por ahí que es una adicta. Eso no puede ser. ¿La mujer de mi hermano? Es una vergüenza para todos nosotros.

Delphine comprendió que había sido muy tonta al enfrentarse con la única persona capaz de proporcionarle morfina rápidamente, con tan sólo entregársela. Se había desmascarado y ya no lograría la colaboración de Tante. Se arrepintió de su falta de medida, se volvió más humilde e intentó disimular su miedo y orgullo. Pensó que tal vez, si se humillara, Tante se apaciguaría y bajaría la guardia.

—Te lo ruego —masculló con un gemido—. Vamos, conoces la verdad. Nuestra Eva está sufriendo. Tú sólo la has visto cuando está tranquila, así que, claro, ¿cómo puedes saber cómo va creciendo ese dolor atroz? Tante, ten piedad de la mujer de tu hermano. No tiene nada de vergonzoso aliviarla, Tante, lo ha dicho el doctor.

—Creo —dijo Tante, una silueta negra y bien perfilada— que el doctor no conoce a Eva tan bien como yo. Siente lástima por ella, y es una drogadicta, no cabe la menor duda. Mi buena amiga la señora Orlen Soven puede atestiguarlo.

—Tante, por el amor de Dios...

En ese momento, Delphine le suplicaba de verdad desde lo más hondo del corazón. Pensó en dejarse caer de rodillas. La diminuta y helada boca de Tante se tensó y sus severos ojos brillaron, triunfales.

—Además, eso ya no importa. Lo he tirado todo por el desagüe.

Delphine se giró y descubrió en el borde del fregadero de porcelana de Tante la ampolla y el frasco que habían contenido la morfina, secándose bajo unos rayos de sol. Ante esa visión, perdió todo control sobre su fuerza. Era fuerte, por supuesto, increíblemente fuerte, y agarró firmemente a Tante por el corpiño hasta empujarla hacia delante para espetarle a la cara:

—De acuerdo, ahora vendrás conmigo y la cuidarás durante este trance. Te vas a enterar.

Tante fue incapaz de oponerse, mostrando una resistencia muy endeble frente a la

fuerza cada vez mayor de Delphine, cuando ésta la arrastró hasta el coche y la empujó en el interior antes de arrancar a toda velocidad. Después, la dejó sin miramientos delante de la casa.

—No tengo tiempo para entrar. Ayúdala tú. Quédate tú a su lado. ¡Tú! —vociferó Delphine, mientras hacía rugir el motor.

Después desapareció, y Tante, con el gesto adusto y petulante de una mujer al fin autorizada a tomar las riendas, entró en la casa por la puerta trasera.

Tardó horas, en efecto, y en ese tiempo, Delphine rezó y maldijo, imploró al demonio, hizo tratos con él, rompió a llorar en las frustradas ocasiones en que le indicaban una dirección y terminaba en otro lugar. Resultó imposible encontrar a Heech, ni tampoco a Sal Birdy, el farmacéutico. Sabía que Fidelis también había salido a buscarlos, pero no se topó con él. Regresaba a la casa con las manos vacías, dando puñetazos en el salpicadero, convertida en un mar de lágrimas, cuando de pronto divisó a su padre que caminaba por la carretera, dando tumbos.

Llevaba los pantalones caídos, y la camisa desabrochada le colgaba de sus diminutos y encorvados hombros. Conforme se acercaba hacia él, una rabia sagaz fue apoderándose de Delphine. Miró en derredor para comprobar si alguien más estaba mirando, pues la invadió un repentino y violento deseo de atropellarle. Redujo la marcha para aproximarse despacio a su padre, pensando en lo fácil que resultaría. Allí estaba, borracho una vez más. ¡No se daría ni cuenta! Después, su vida sería mucho más fácil. Pero a medida que se aproximaba, en lugar de aplastarle, le sorprendió cruzarse con su mirada y descubrir lo lúcida que era. Se dio cuenta de que no estaba ebrio, todavía, o al menos no mucho. Intentaba correr en su misma dirección, hacia la carnicería. Mientras, su padre arrastraba, nervioso, los pies hasta la puerta lateral, Delphine pensó que acudía con el mismo propósito que de costumbre y lo despreció por ello: vagabundear por ahí en busca de algún trago en un momento como éste... Pero la botella que llevaba en la mano no era del aguardiente habitual o de algún licor casero. Roy sujetaba el frasco con las dos manos con sumo cuidado y se lo entregó. Era un frasco de medicina rectangular de vidrio marrón en el que podía leerse «sulfato de morfina». Para conseguirlo, había forzado la entrada de la farmacia y serrado los barrotes del armario donde Sal guardaba los remedios que por ley debía poner bajo llave.

Mientras frenaba en seco, bajaba de la furgoneta de un salto y corría hacia la casa con el frasco, alcanzó a oírlos desde la calle: los agudos y fúnebres alaridos del sufrimiento de Eva en un estado avanzado, un gemido estridente de una blancura plateada. Se precipitó dentro de la casa, resbaló sobre un montón de latas de conserva tiradas por el suelo, que se habían caído de las estanterías, y entró en la cocina. Allí se hallaba Tante, lívida y conmovida, hundida e impotente en la esquina de la cocina, en el suelo. Markus y Franz lloraban aferrados a su madre, que hurgaba en un cajón buscando un cuchillo. Todo su ser estaba concentrado en esa necesidad. Ni siquiera Franz con todas sus fuerzas era capaz de sujetarla.

—Sí, sí —dijo Delphine, apareciendo en el lugar del drama. Había aparecido en tantos

lugares de devastación que ahora, como siempre, supo desenvolverse enseguida con eficacia. Con paso raudo se acercó a Eva—. Amiga mía —le arrebató el cuchillo y continuó—: ahora no. Ya llegará el momento. Tengo la medicina. No dejes a tus hijos en este estado.

Entonces Eva, que seguía desvaneciéndose y gimiendo con cada embestida de dolor en su interior, dejó que la tumbaran en el suelo.

—Trae una manta y una almohada —ordenó con dulzura Delphine a Franz. Sus lágrimas se secaron aliviado al tener algo que hacer—. Y tú —dijo a Markus—, sujétale la mano mientras preparo esto y repítele sin cesar: «Mamá, te está preparando la medicina. Ya viene. Ya viene».

El corazón de papel

Markus sacó de un agujero de su almohada las diminutas notas enrolladas, la moneda de diez centavos convertida en un disco reluciente tras ser aplastada por un tren, el pequeño corazón de papel rojo y quebradizo comprado en una tienda y el mecanismo metálico pintado como un grillo. Todos estos objetos habían sido regalos de Ruthie Chavers. Había tomado la decisión de no pensar en ella como si estuviera muerta. Estaba en otro lugar, sana y salva, y simplemente fuera de su alcance. Unas plumas de pato salieron de la almohada junto con los objetos, volvió a introducirlas por el agujero y apretó la tela para cerrarlo. Unos dorados rayos de sol penetraban por la ventana orientada a poniente e iluminaban su cama. Con sumo cuidado, desenrolló la primera nota, que había sido envuelta alrededor de un lápiz y que había conservado con su forma original. En ella podía leerse: «Hola, Markus, recibí tu carta. Firmado, Ruthie». Después de aquella nota, hubo otra, en la que explicaba qué hacía después de clase y que había terminado con «besos»; y una tercera, que le parecía la más apasionada de todas, en la que decía lo mucho que le había gustado la carta que él le había escrito. Y después estaba la tarjeta de San Valentín. Alisó con mimo el lustroso papel rojizo y contempló la superficie brillante. Llevaba un revestimiento de una sustancia que producía ligeros destellos bajo la luz del sol; nunca lo había advertido antes. Era algo nuevo, e inclinó el corazón de un lado a otro para conseguir el efecto deseado. Dio la vuelta a la tarjeta. De nuevo aparecía esa palabra: «besos». Después de examinarlo todo otra vez, hacer chasquear el grillo seis veces, como siempre hacía, y frotar la moneda de diez centavos, guardó los objetos de Ruthie dentro de la almohada y cerró el agujero con un imperdible. Ahuecó la almohada, la colocó a la cabeza de la cama y salió de la habitación.

A veces, durante la noche, cuando se giraba de una forma particular, hacía chasquear el juguete y se despertaba. El ruido siempre le parecía muy sonoro, pero nunca molestaba a sus hermanos, que tenían un sueño muy profundo. Después del chasquido, siempre tardaba en volver a dormirse lo que a él le parecía mucho tiempo, aunque nunca pasaba de media hora. Mientras esperaba a que le viniera el sueño, escuchaba la respiración ligera de la perra delante de la puerta de su habitación. A veces, Schatzie gemía levemente en sueños u olisqueaba como si algo le intrigara. Otras veces, sus hermanos hablaban y, en algunas ocasiones, incluso se incorporaban y discutían con otro ser invisible o le daban órdenes. En una ocasión, Franz señaló a Markus y le recriminó en un susurro histérico: «Te has olvidado de arreglar el indicador de la gasolina». Y dado que el chasquido le despertaba, descubrió algo que sus hermanos ignoraban. Comprendió

que su padre permanecía levantado a veces hasta altas horas de la noche para cantar a su madre.

La primera vez que advirtió luz al fondo del pasillo y oyó el suave murmullo, tuvo miedo de investigar. La siguiente, observó que Schatzie dormía profundamente, sin moverse un ápice, y dedujo que, si se hubiera tratado de ladrones o asesinos, la perra los habría atacado. Además, le protegería en el caso de que se levantara para ver qué eran esa luz y ese sonido. Ahora se sentía obligado a averiguarlo. Schatzie hizo exactamente lo que él había imaginado que haría; se levantó en cuanto pasó delante de ella y le siguió en silencio, con el tableteo de sus garras sobre las baldosas de linóleo verde. Markus se estremeció un poco en su desgastado pijama de rayas y avanzó con infinita lentitud. No quería ser descubierto ni enfadar a su padre, cuya voz había reconocido y que enmudeció cuando Markus alcanzó la puerta de la diminuta despensa donde dormía su madre.

Markus aguantó la respiración. Indicó a Schatzie que se sentara detrás de él. Escondido en la penumbra, fuera del resquicio de serena luz de la puerta, echó un vistazo a la habitación y lo que vio le tranquilizó. Su padre estaba allí, arrodillado junto a la cama de su madre, y le sujetaba un pie; era delgado, blanco como la cera, y casi brillaba bajo la fría luz de la lámpara. Fidelis apoyaba la frente en el punto donde el pie, en una suave curva, se unía al tobillo. La espalda de su padre temblaba. Tras un instante de aturdimiento, Markus comprendió que su padre estaba llorando de un modo atroz y silencioso, tanto más desolador por la ausencia de sollozos y lágrimas. Jamás había visto llorar a su padre antes. Lo más terrible de todo era ver cómo el estremecimiento de los hombros de su padre se asemejaba al movimiento de una risa convulsiva. Markus pensó entonces que tal vez se estuviese riendo. Quizá su madre, que podía ser muy divertida, acababa de contarle un chiste. Pero su rostro parecía estar inmóvil. La oía respirar, pues eran profundos y ruidosos resuellos. Siguió observando la escena durante un tiempo, hasta que Fidelis alzó la cabeza y pareció mirarle a los ojos. Markus se sobrecogió, asustado. Se quedó petrificado. Pero su padre tenía la mirada perdida, clavada en la pared sumida en sombras, y no reparó en él.

Su padre se enderezó muy despacio, todavía de rodillas, y después remitió la sábana debajo del colchón sobre los pies de Eva. Cuando terminó, Markus quiso marcharse, por miedo a ser descubierto, pero era incapaz de mover un músculo. Los ojos de su madre se abrieron y Eva miró a Fidelis detenidamente y le sonrió; una sonrisa magnífica, serena y llena de alegría, con una expresión de dulzura que Markus jamás olvidaría. Fidelis se sentó en la silla pegada a la estrecha cama y le cogió la mano. Sin que ella se lo pidiera, empezó a entonar la canción que más le gustaba, una canción que Markus conocía, aquella que hablaba de las doncellas del agua en el río en Alemania. Su voz sonaba cálida y pura. Markus cerró los ojos. La voz de su padre le evocó el sabor a caramelo, dulce y marrón. Al abrigo del canto de su padre, Markus regresó deprisa a su habitación. Se metió en la cama y hundió los dedos por el rasgón de la tela donde el imperdible no cerraba del todo el agujero. Se quedó dormido enseguida, mecido por las inflexiones

crecientes y decrecientes de la voz de su padre, mientras acariciaba con los dedos el corazón de papel.

Delphine lavaba con lejía los delantales ensangrentados. Frotaba los calcetines mugrientos, los calzones manchados y los petos de un solo tirante. Sacó sus mejores trajes de la naftalina y los ventiló y planchó. Almidonaba los gruesos cuellos blancos de las camisas de Fidelis, que enrollaba y colocaba en el frigorífico. Todas las mañanas le planchaba una, tal y como había hecho Eva. Se llevaba las sábanas, el sudor irremediable, la mierda y la sangre, siempre la sangre omnipresente. Las toallas y los manteles. Encargarse de la colada era un trabajo a tiempo completo, y Delphine no entendía cómo había podido hacerlo Eva, además de tantas otras cosas. Pero hacerse cargo de la colada era una especie de regalo de despedida. En cuanto Eva se marchara, Delphine también se iría. Ya había llegado a la conclusión de que permanecer allí, en su antiguo empleo, sin Eva, era imposible. No era por las habladurías de la gente, pues ya las había. Era por algo más, cosas que no se atrevía a confesarse ni a sí misma. No, no podría hacerlo. Además, había otra persona que se irritaba e impacientaba por tomarle el relevo. Hacerse cargo del cuidado de los muchachos y su hermano sería un escaparate perfecto para las beaterías de Tante.

En el último cumpleaños que Eva llegaría a celebrar, Tante se presentó justo a tiempo para probar la tarta. Tras la profusión nebulosa de regalos inútiles y brindis demasiado entusiastas, y mientras las invitadas estiraban el cuello sobre la alargada y enrollada tarta, Tante se materializó en su habitual ropa negra y se dirigió a Delphine con su voz helada y gangosa.

—Es una buena tarta. ¿Qué suplemento te paga mi hermano por cuidar de Eva?

Sin que Tante se diera cuenta, Fidelis se acercó a su hermana por detrás, por lo que oyó la respuesta de Delphine.

—Ni un solo centavo, cerda hipócrita.

Las mejillas de Tante se ruborizaron, como si la hubiesen abofeteado. En cuanto a Fidelis, habría jurado que una sonrisa súbita se había dibujado en su rostro. Delphine no le había contado todavía que Tante había robado la morfina de Eva. Parte de su experiencia en su trato con borrachines consistía en recabar información y nunca soltar una valiosa pepita hasta que le pagasen el doble por ella. «Ya llegará el momento —pensó Delphine—, llegará el momento, ya lo creo. Tante pagará de alguna manera por el sufrimiento de Eva.»

Un pequeño riachuelo, que arrastraba sobre todo las filtraciones primaverales y corría por detrás de la casa y a través del prado, se había quedado seco y convertido en un estrecho sendero que los muchachos seguían para adentrarse en el bosque. Pasaban allí la mayor parte de su tiempo después de terminar las tareas, buscando puntas de flechas, fragmentos grises y picados de vasijas y pequeñas conchas blancas que databan del tiempo en que el gran océano había cubierto todo lo que se extendía ante sus ojos.

Markus pensaba a veces en ese océano, que había estudiado en la escuela. El hecho de caminar sobre lo que un día había sido un fondo marino le intrigaba. A veces se imaginaba que el agua subía hasta cubrirle por completo, como lo hacía el aire en ese momento. Y con todo a su alrededor, criaturas marinas flotando y nadando. Markus y sus dos hermanos pequeños se detuvieron, sacaron de sus bolsillos unas pastillas de marrubio cubiertas de pelusa, que Tante siempre les regalaba, y fueron escupiendo las pelusillas a medida que las chupaban. Se concentraron hasta que llegaron al caramelo, que tenía un sabor medicinal y sombrío, pero dulce. Sus rostros se iluminaron.

—Esto era el fondo de un océano —explicó Markus, mientras mostraba a Emil una diminuta y frágil vieira blanca que había encontrado en el prado. La concha tenía el tamaño de la uña de su dedo meñique. Su hermano miró la concha sin mucho interés.

—Dámela —pidió Erich y examinó la diminuta concha antes de devolvérsela a Markus—. ¿Se está muriendo? —preguntó.

—Creo que sí —respondió Markus.

Durante toda aquella semana, cuando se despertaban, Delphine les daba de comer de cualquier manera, pan rancio o copos de avena duros, y después se olvidaba de comprobar si habían terminado sus tareas o no. Les dejaba jugar donde quisieran. Estaba en el otro de esos dos mundos que existían juntos: uno pertenecía a los que seguirían vivos; el otro se centraba en la persona que iba a morir. Normalmente los muchachos permanecían fuera de casa todo el día, entraban para ver a su madre antes de irse a la cama y darle un beso de buenas noches. La mujer tenía el rostro gris y hundido, semejante al ajado y macilento trofeo de un cazador de cabezas. Su semblante se inundó repentinamente de surcos y pliegues. Se le habían formado arrugas alrededor de la boca. Su respiración era tan lenta que parecía suspenderse entre dos inspiraciones. Sus ojos se veían enormes y fijos, pero sus hijos no le tenían miedo. Se habían acostumbrado. Markus descubrió que no sentía absolutamente nada al besarla, salvo que tenía un sabor extraño, a tierra y moho, ya no a ser humano. En cuanto se alejaba del lecho de su madre para arrebujarse entre las sábanas y apoyar la cabeza en la almohada, sentía un zumbido en la cabeza y se dormía enseguida. Nunca se despertaba cuando Emil se deslizaba en la cama junto a él algunas noches. Por la mañana, estaba aturdido y confuso, y le costaba sacar a su hermano de la cama.

—Tengo el pie dormido otra vez —señaló Emil bostezando.

A ellos también les sucedía lo mismo, había advertido Markus. Sus hermanos se quejaban de que, en cuanto permanecían quietos mucho tiempo, sentían hormigueos y cosas raras en las extremidades. Notaba que tenían los ojos pesados. Incluso en esos momentos, ahora que era pleno día y disponían de un valioso tiempo para jugar, estaban adormilados. Markus señaló la ondulación del bosque que tenían delante.

—Vayamos allí —sugirió.

Se imaginó el mullido lecho de hojarasca bajo las marañas de abedules y arces y lo cómodo que resultaría descansar allí un rato. Cada uno cogió otra pastilla de marrubio y caminaron hasta el bosque mientras escupían la pelusa. Se sentaron en un montón de hojas quebradizas que olían a tierra. Después, se recostaron y contemplaron las hojas

verdes que se movían y oscilaban en las ramas. Le empezaron a pesar los párpados y Erich comenzó a roncar, con un suave quejido. El aire era cálido y propicio a la ensoñación. Las hormigas reptaron por la mano de Markus y el chico las apartó de un manotazo. Era como estar debajo del agua, con la luz verdosa y cambiante que se filtraba entre las ramas y caía sobre ellos. ¿Y si estuvieran tumbados en el fondo del océano? Markus se imaginó fuertes tempestades y grandes oleajes que les pasaban por encima, muy arriba en el cielo. En aquel lecho tranquilo, allí abajo, sin que nada les molestara, permanecieron tumbados en medio de un total sosiego.

Emil estaba acostado a su lado, medio dormido. Markus notó cómo su hermano se acercaba un poco más a él. Lo apartó una vez, y después dejó que volviese a acercarse. Pronto, con el suspiro de indulgencia irritada de un adulto, dejó que Emil se cogiera la parte inferior de la camisa, se llevara el dedo pulgar a la boca y se durmiera. Markus permaneció despierto un poco más e incluso acarició el cabello de su hermano una vez, del mismo modo distraído con que acariciaba la cabeza de su perra. Echaba de menos al animal. Pero estos días no los acompañaba en sus paseos diarios, ni al campo ni al bosque. Schatzie prefería quedarse cerca de Eva, delante de su puerta. Custodiaba a Eva y esperaba pacientemente para arrastrarla al otro lado de las grandes profundidades de la noche, los abismos tenebrosos, hasta la otra orilla.

No había un antes ni un después. Los días se fundían unos con otros. La larga agonía de Eva era la tierra y el aire. En la última semana, sólo había tomado pequeños sorbos de agua tibia. Su cabello se erizaba en una cresta hirsuta a pesar de los esfuerzos de Delphine por peinarlo. Sus codos y rodillas se habían convertido en pequeñas protuberancias y sus huesos sobresalían de la carne. Absorbía la morfina como si fuera agua. Pero no cambiaba nada. Su cuerpo se negaba a morir y se negaba a vivir. Sus ojos desprendían un halo sobrenatural. Su mirada lo atravesaba todo y no veía nada. Le había enseñado a Delphine a mirarla a los ojos y, cuando lo hacía, el mundo se desvanecía ante ellas. Una extraña y escalofriante corriente eléctrica fluía entre ambas. Esa mirada tenía un poder, reconfortante y terrorífico. Delphine se veía arrastrada a alguna parte a toda velocidad, arrancada de cuajo de su piel. Cuando sus ojos se encontraban, flotaban a través del aire, extasiadas y con el corazón en zozobra.

La noche en que Eva murió al fin, Delphine se despertó al oír unos golpes y lo supo. Apartó al instante el edredón en que se había envuelto a los pies de la cama de Eva. La mujer agitaba los brazos violentamente como un bañista que nadara de espaldas y sus puños golpeaban el cabecero de la cama. Delphine agarró firmemente los barrotes de la cama y consiguió ponerse de rodillas; después, se acercó a Eva, titubeante y con la mirada cansada. Desde hacía muchos días, Delphine no dormía más de dos horas seguidas, y ahora no sabía si estaba despierta o dormida mientras intentaba sujetar los brazos de Eva. Pero ahora Eva corría sin moverse, sus esqueléticas piernas pataleaban y sus brazos subían y bajaban junto a su costado. Corría con sus zapatos de tacón. De nuevo, le echaba una carrera a Franz y su respiración se aceleraba, ronca y áspera, como si estuviese llegando a la meta. Apretó los dientes y pareció hacer el último esfuerzo para

cruzar la línea. Los tendones del cuello se tensaron, torció el gesto y respiró hondo. Un tableteo semejante a palitos quebrados surgió del interior de su pecho. Sus brazos se desplomaron a ambos lados. Se quedó sin aliento y no recobró la respiración.

—¿Me oyes? —preguntó Delphine—. ¿Sigues ahí?

Eva abrió los ojos y tomó una pequeña inspiración. No dijo nada, pero miró fijamente a Delphine. Su rostro recobró su hermosura y austeridad, la piel tersa sobre su descarnada osamenta, sobre las finas arrugas en las cuencas de sus ojos y su cráneo. Al cabo de un momento, Eva susurró a Delphine que encendiera la luz.

Delphine encendió la lámpara y atrapó el puño de Eva; lo sujetó con firmeza. Presa de una vertiginosa gravedad, la cabeza de Delphine cayó hacia delante y sus ojos se cerraron. Se despertó con un sobresalto y cogió un pequeño frasco redondo y ámbar de aceite de almendras de una estantería que había junto a la cama. Vertió unas gotas en la palma de la mano y extendió el aceite en la piel de Eva con un suave masaje hasta que su puño se fue relajando.

—Franz... no sabe nada de esto —susurró Eva de pronto—. Su padre no es Fidelis. Su padre se llamaba Johannes Grunberg, era judío. Un buen estudiante, y muy guapo, alto y rubio. Murió en la guerra —sus labios se relajaron. Tomó al fin una nueva inspiración y prosiguió—: Fidelis lo sabe, pero nunca ha hablado de ello.

Delphine vertió un poco más de aceite y masajeó la piel seca y flácida del antebrazo de Eva. Era el cuarto intento de Eva por contarle esta historia. Normalmente, tras esta revelación, daba instrucciones a Delphine sobre cuándo casarse con Fidelis y cómo cuidar de sus hijos. Pero esta vez dijo algo diferente, algo que no había dicho nunca. Y lo dijo con una diáfana sencillez.

—Quiero que tú, y solamente tú, te ocupes de mi cuerpo. Y por favor, escribe a mi *Mutti*. Dile que me has cuidado bien. Dile esto: «Te quise mucho».

Delphine clavó su mirada en los ojos de Eva, esperando ser hipnotizada, pero esta vez, pudo advertirlo, algo fallaba. Sus pensamientos habían traspasado una barrera invisible, un campo magnético, y una repentina liviandad los arrastró de forma vertiginosa en una tormenta de paz. Más tarde, Delphine pensaría que debería haber avisado a Fidelis o a los hijos. Pero en ese momento no se le ocurrió. Delphine no apartó la mirada del rostro de Eva, ni por un segundo, porque sabía que Eva tenía miedo. No soltó su mano, porque sabía que Eva quería que se la sujetara, al igual que un niño cuando entra en un lugar nuevo y desconocido. Delphine no se movió para acomodar a su amiga cuando los palos volvieron a traquetear en su pecho, con más fuerza, tres veces. Tampoco golpeó el pecho de Eva cuando dejó de respirar. Eva seguía mirando a Delphine a los ojos, por lo que, durante el tiempo en que Eva podría haber tomado otra inspiración, Delphine vio cómo la luz se apagaba detrás de ese surco plateado, como una rendija detrás de la puerta.

—Servicios Fúnebres Strub, ¿en qué puedo ayudarle?

La voz de Benta sonaba somnolienta, pero Delphine sabía que seguían de cerca los avances de la enfermedad de Eva y aguardaban esta llamada.

—Debería haber llamado a Clarisse, pero sé que me habría venido abajo —explicó Delphine.

—Al principio crees que es difícil por ser tu amiga —dijo Benta, con una voz que sonaba fuerte y realista—. Ya verás como Clarisse puede serte de gran consuelo. ¿Podemos ir las dos?

—Sí —accedió Delphine.

Después, fue a sentarse a la cocina de Eva mientras oía a Fidelis y a los muchachos reunidos en la habitación contigua y su murmullo de dolor. Había uno que consolaba a los demás, que lograba dominarse, hasta que otro se derrumbaba. Delphine necesitaba oírlos, pues se sentía terriblemente sola. No podía estar con ellos, ya no sería correcto que ella entrara ahora en ese dormitorio. Había lavado a Eva con su jabón de lila, le había prendido con alfileres una toallita entre las piernas, había acariciado su rostro hasta dibujarle una expresión más serena y le había cerrado los ojos antes de avisar a Fidelis. Pensó que tal vez también pudiera acompañar el cuerpo hasta la funeraria Strub, ya que se trataba de la última voluntad de Eva. Pero ahora todo parecía demasiado para ella, fuera de su control y, de algún modo, extraño, como si ya no fuese correcto que permaneciese allí ahora que Eva ya no estaba. El tiempo se hizo eterno hasta que llegaron los Strub y detuvieron el largo coche fúnebre gris perla delante de la puerta trasera. Delphine les abrió la puerta cuando llamaron, y Clarisse entró y la estrechó entre sus brazos con un cariño sincero. Los Strub la condujeron sin esfuerzo a la habitación donde Fidelis y sus hijos velaban a Eva. Cuando entraron, Fidelis se agachó y cogió a Eva en brazos. Parecía tan desconcertado con su mujer en el aire sin saber adónde llevarla que nadie se movió hasta que Aurelius le puso una mano en el hombro.

—Déjela en la cama, Fidelis, la cuidaremos bien.

Despacio, Fidelis depositó a Eva en el colchón. Con un grito sordo y desconsolado, Markus se apartó de los demás y se acercó a su madre, un tanto titubeante. Se inclinó y, con un gesto apasionado, besó el tobillo de su madre, exactamente como lo había visto hacer a su padre. Tomó delicadamente el pie con las dos manos, cerró los ojos y apoyó la frente en el punto donde la había besado. Franz se acercó detrás de él, incómodo, y estuvo a punto de alejar a Markus cuando Delphine le detuvo. En el instante en que rozó a Franz, se oyó un ruido. Era un grito de dolor, un desgarró sonoro y fúnebre que parecía estallar por toda la habitación. Parecía manar de todos ellos, o de ninguno en particular, o de las mismísimas paredes. Delphine nunca llegaría a saberlo. El sonido los liberó a todos, como si surgiera de un hechizo, y se apartaron de Eva y la dejaron.

Roy Watzka atravesaba ahora un periodo de sobriedad sin precedentes. Los días de abstinencia se transformaron en semanas. Un logro que había sido posible gracias a la dureza de la muerte de Eva. Y además volvía a atormentarle también lo que había sucedido en el sótano. Al fin algo le había perturbado. En sus regulares brotes de delirio alcohólico, se le habían aparecido los muertos. Los Chavers salían a buscarlo, cubiertos de crepitantes insectos y brotes de musgo de tumba. Extendían las manos con movimientos enloquecidos, como si quisieran acariciarle, y le arrastraban hasta su

acogedor agujero de gusanos bajo tierra. Esa visión le había atormentado desde que encontraron a los Chavers y, finalmente, con la muerte de Eva, la sensación se tornó insoportable. Por primera vez, descubrió en su mente tal horror que incluso los terrores del síndrome de abstinencia resultaban preferibles.

Además, por una vez no hizo trabajar sus decrepitos músculos para otras personas, sino que se concentró en su propia casa. Al regresar de un viaje al norte, Cyprian se quedó estupefacto al no encontrar a Roy alegremente ebrio junto al río, sino al descubrir a un Roy anciano, apagado y silencioso, que pintaba los muros exteriores de la casa de un intenso color amarillo. La casa ganó en alegría, y puertas y ventanas recobraron su color azul. Incluso lijó y barnizó los suelos. Rellenó el sótano un poco mejor y aplicó negro de horno en la estufa. Delphine, que estaba muy atareada con los hijos Waldvogel tras la muerte de Eva, se quedó conmovida de que Roy fuera capaz de cuidar de ella de algún modo. A veces, por la mañana, preparaba el desayuno con gran habilidad. Ella salía de la habitación que compartía con Cyprian y ahí estaba, casi un milagro, la vida doméstica que jamás había conocido. Un humeante tazón de gachas, con mantequilla deritiéndose en un pequeño charco junto a un par de terrones de azúcar moreno. Nata. A veces huevos o tostadas, que preparaba pinchando las rebanadas de pan y pasándolas por encima de la llama del fogón de gas, pues Delphine había comprado a plazos y con su dinero una cocina de gas. Cyprian organizó la entrega de un pequeño frigorífico. El desayuno emergía como una sorpresa para compensar todo lo que habían padecido. Los alimentos aparecían sobre una mesa lustrosa, con una mermelada trémula en el minúsculo cuenco de cristal tallado de su madre, que Delphine habría jurado que había sido empeñado o roto hacía tiempo. El desayuno la había ayudado a atravesar la tormenta de la agonía de Eva y la ayudaba ahora a soportar sus consecuencias. Sospechaba que Roy recaería en cuanto abandonara el trabajo en la carnicería, pero no, continuó portándose bien. Desplegó todo el encanto que había trasladado a la habitación de Eva durante su enfermedad. Cantó melodías aprendidas en la selva de vagabundos junto al río. *Blue Tail Fly. Joe Hill. Big Rock Candy Mountain.* Al poco tiempo, ya había gallinas en el gallinero detrás de la casa, enormes gallinas Rhode Island naranjas, y clavaron las tablas de los escalones del porche trasero de nuevo en su sitio, en vez de dejarlas esparcidas por todo el patio.

—Los muertos tienen más poder de lo que pensamos —aseveró Delphine a Cyprian, sentada en esos mismos escalones negros un atardecer a finales de verano.

Cyprian asintió con la cabeza. ¿Se refería su comentario a Eva o a los cambios que producían en Roy sus sueños con los ojos abiertos? Fuese lo que fuese, Cyprian también se alegraba del cambio, e incluso había considerado la posibilidad de abandonar su propia dudosa actividad para dedicarse a algo más honrado. Roy estaba colocando trampas para comadrejas alrededor de la valla exterior del gallinero. La víspera había instalado una fina malla metálica en lo alto de la valla para alejar a los gavilanes. Roy no era el único que había mejorado el lugar. En las últimas dos semanas, Delphine había convertido el interior de la casa en un remanso dorado. Pintó todas las paredes de un suave amarillo huevo y pegó otra vez los viejos muebles con cola para cascos de caballos, cuerdas y

abrazaderas en forma de C. Rellenó un par de butacas y aceptó una lámpara con elegantes borlas de Paso-y-Medio, que se la había regalado en un aparente momento de confusión tras la muerte de Eva. En su dormitorio, engrasó la cómoda lacada y compraron un colchón nuevo, aunque no disfrutaban de la elasticidad de sus muelles. Se dijo que la vida había resultado demasiado triste para todo, salvo para hallar un poco de consuelo, pero no era cierto. Habría gozado de un gran consuelo si Cyprian se hubiera lanzado sobre ella con un deseo febril. Pero, por regla general, se quedaban dormidos tocándose la mano. No estaba tan mal. La trataba como a su hermana pequeña y a menudo conversaban hasta altas horas de la noche.

Ahora, mientras Roy dejaba las trampas y caminaba hacia ellos, Delphine decidió preparar un *goulash* al estilo húngaro, como le había enseñado Eva, un espeso estofado de carne guisada a fuego muy lento en una salsa de pimentón, servido con cazo sobre unos *spaetzle*. Todo ello recubierto por una capa de crema agria. Mientras se daba la vuelta para dirigirse a la cocina, la invadió el sentimiento de la efímera dulzura de la escena. Parecía un regalo de Eva al morir: todas las cosas buenas que estaban por venir. Su padre comportándose como tal, Cyprian tan atento, jugando a las damas o a las cartas con el anciano para ayudarle a mantenerse alejado de la bebida. Aunque echaba tremendamente de menos a Eva, sentía cierto alivio por haber puesto fin al enorme horror y sinsentido de la muerte, al ordenado hastío, a la espera y a la interminable pena. No tenía que aguantar a los hombres emborrachándose debajo del tendedero ni el filo acerado del desprecio de Tante. Podía oler el aroma de los arces, los pinos y el relente del río en lugar del hedor crudo, primitivo y cavernícola del ganado cuando es descuartizado. Resultaba agradable poder cocinar con la última y fresca luz del día y tener en su nuevo frigorífico tanto carne como mantequilla. Manzanas en la cesta de manzanas. Cebollas en la caja de cebollas. Entonces ¿por qué, cuando le embargaba esa placidez, le sobrevénía una oleada de miedo y tristeza? ¿Por qué el súbito recuerdo del momento en que miró dentro del sótano y vio a los muertos moviendo los labios, cuyas palabras se alzaban hacia ella como relámpagos de fuego verde?

Sin duda porque ya intuyó en ese momento que no todo había terminado. Debió de saber que nunca se acabaría. Nunca habría paz. Pues incluso en ese preciso momento, mientras avanzaba ensimismada hacia los fogones, el muchacho, magullado y dolorido, se escabullía por la puerta trasera. Había tomado la decisión de buscar refugio cerca de ella. Echó un poco más de harina y otro huevo en el *spaetzle* y removiò la masa; añadió dos cebollas picadas al *goulash*. Puso toda la carne. Por alguna razón, preparó más cantidad de lo habitual. Era como si supiera que, cuando el muchacho se abriera paso por los caminos, atajando a través de los maizales, las malas hierbas, las zanjas y los prados, llegaría agotado. A punto de derrumbarse. Tendría hambre ese Markus.

Al día siguiente, mientras escrutaba detenidamente el rostro de Tante, que se quejaba del comportamiento de Markus, Delphine reconoció todos y cada uno de los rasgos de Fidelis. En el semblante de él, estaban dibujados con precisión, con un nivel y un tiralíneas. En el rostro de ella, los ángeles habían sido más descuidados con su obra.

Cada rasgo aparecía mal colocado: los gélidos ojos azules demasiado separados; la nariz, más gruesa y achatada; y la boca tan pequeña que Delphine se preguntaba cómo podían salir de allí tantas palabras o cómo podía comer más de un guisante a la vez. Delphine decidió examinar el rostro que hablaba para distanciarse de las palabras que decía. «Como preste atención al significado, le pego a Tante un puñetazo en todas las costillas», pensó. De modo que observó serenamente la extraña mezcla de carne y huesos, se encogió de hombros y señaló:

—No le he visto.

—¡Mentirosa! —espetó Tante, sin abandonar el pequeño porche delantero.

En el umbral de la puerta, Delphine se cruzó de brazos. Tante comprendió con cierta decepción que no la invitaría a pasar a tomar un trozo de esa deliciosa tarta de canela que estaba oliendo. Y deglutió con dificultad cuando Delphine se sacudió un poco de harina de la blusa. O tal vez fuese azúcar en polvo. Tante apretó los dientes y tuvo que contener las ganas de comer.

Delphine había logrado no escuchar todos los detalles de la diatriba, pero comprendió que se trataba de un sermón interesado, que podía explicar las magulladuras del muchacho. Un esfuerzo calculado para socavar la inocencia del chico, pues Tante aludía constantemente al contraste que existía entre su aspecto frágil y sus maneras toscas y endemoniadas. Había tenido que fustigarle con una vara y darle una paliza después, y entonces, por alguna razón, el muchacho se escapó. Delphine repitió de nuevo con un bostezo:

—No le he visto.

—Si Fidelis estuviera aquí... —masculló Tante.

Pero Fidelis había salido con la furgoneta repleta de salchichas para encadenar una larga ronda de repartos por varias tiendas de ultramarinos.

—El chico no es ningún tonto —dijo Delphine—. Se habrá buscado un escondrijo donde quedarse algún tiempo. Al menos hasta que vuelva su padre. No te preocupes por él.

—Oh, yo no me preocupo por *él* —respondió Tante—. Pero ¿qué hará su padre cuando regrese y descubra que su hijo se ha escapado?

—¿Cómo? —dijo Delphine—. ¿Tienes miedo de que Fidelis coja una verga de toro y te dé una buena tunda?

Tante retrocedió, sin estar muy segura de si debía sentirse tremendamente ofendida por la chanza de Delphine o echarse a reír. Optó por reír, pero, como siempre, de su minúscula boca sólo salieron pequeñas risitas sofocadas. La verga de toro era una vara casera, el pene seco de un toro, que colgaba detrás de la puerta que comunicaba con la tienda. Empleada con fines disciplinarios, resultaba dolorosa y no dejaba huellas. Eva había explicado una vez a Delphine que Fidelis no la utilizaba casi nunca con sus hijos: dos veces con Franz por haber metido la mano en la caja y una con los benjamines por haber prendido fuego al retrete exterior, pero nunca con Markus. La mera existencia de la verga y la amenaza disuasoria que suponía eran suficientes.

—Entonces me voy —anunció Tante—. Tengo que darles de comer a Erich y a Emil. Esos dos comen como puercos.

Dio media vuelta en su traje negro herrumbroso y se alejó. Como si su marcha fuese un insulto en vez de una bendición, pensó Delphine. Satisfecha, entró en la casa y observó el coche tomando la curva mientras daba unos cuantos botes.

—Ya puedes salir —dijo dirigiéndose a la puerta del dormitorio.

Markus salió y corrió hacia la ventana.

—¿Va a volver?

—Lo dudo.

Por alguna razón, se había vestido con sus mejores galas para acudir a su casa la víspera. Por la mañana, era todo lo que tenía para ponerse. Eran las mismas prendas que había llevado en el entierro: la camisa con bolsillos pecheros y un cuello sastre comprada en una tienda; unos pantalones cortos, marrones y ásperos, que odiaba; buenos calcetines de lana sin el menor agujero y los elegantes zapatos de cordones heredados de Franz que todavía le quedaban grandes, pero que brillaban lustrosos.

—Deberíamos vestirme con un peto —sugirió Delphine, y envió a Cyprian al pueblo a comprar uno.

—Y ahora —dijo señalando la cocina—, vamos a prepararte algo de desayuno.

Le preparó lo mismo que a los demás: unas cuantas tortitas adornadas con las últimas bayas silvestres de guillomo, azules y dulces. Añadió un poco de mantequilla por encima. Vertió un pequeño chorro de sirope de arce que Cyprian había intercambiado con un chippewa allá en el norte durante su última expedición. Guardó con cuidado el frasco metálico en el frigorífico. Después, se sirvió una taza de café caliente y se sentó mientras Markus comía. Habló mientras el muchacho tenía la boca llena, sin esperar a que le contestara. La víspera, había llegado sin más y había cenado cayéndose de sueño mientras masticaba. Su cuerpo se relajó y dejó que le acostaran. Delphine no había tenido valor para preguntarle nada.

—Vas a quedarte aquí con nosotros, hasta que tu padre regrese —dictaminó.

El chico abrió los ojos como platos y, aliviado, asintió rápidamente. Delphine prosiguió:

—No necesito saber por qué te marchaste, aunque puedes decírmelo si lo deseas. O puedes contárselo a Cyprian. Pero no se lo digas a Roy, a mi padre. Se va de la lengua. Lo que sí quiero saber es: ¿por qué has acudido a mí?

El muchacho dejó de masticar bruscamente, tragó y la miró sujetando el cuchillo y el tenedor en el aire. Las pecas pelirrojas destacaban en su pálido rostro. Se mordió la lengua, inseguro, y sus ojos... «Hay toda la tristeza del mundo en sus ojos», pensó Delphine. Toda la tristeza posible. Y, como si se tratara de los ojos de Eva, Delphine se hundió en ellos durante un momento; entonces el muchacho habló y sus palabras fueron claras aunque pronunciadas con un hilo de voz.

—Tú la cuidaste.

Volvió a comer, su rostro se ensombreció, encendido y acalorado, mientras Delphine parpadeaba y removía el café en la taza. ¿Acaso las palabras del chico significaban que Delphine podía hacerse cargo de Markus también? ¿O se trataba de su manera de decir que, puesto que Delphine había querido a la madre, querría y defendería al hijo? Le observó mientras comía con cierta satisfacción. Se llenaba la boca con voracidad, como

si llevase sin probar bocado más de una semana, y de pronto Delphine se levantó para prepararle más tortitas.

Markus se quedó y ayudó a Roy a cortar el césped, desenraizar jóvenes árboles y arrancar campanillas silvestres de una parcela que querían desbrozar para convertir en un prado. Roy anhelaba ahora tener una vaca. Poco a poco, a medida que Markus se unía a las partidas de damas o estudiaba brevemente las estrategias de Roy para ganar a las cartas, algunas cosas comenzaron a salir a la luz. Primero, Markus empezó a preocuparse por las chinchillas. Se preguntaba si Franz les cambiaría el agua o se limitaría a añadir un poco a la que quedaba en el plato, en contra de lo que les había indicado Eva. Temía además que los gemelos torturasen a los bichos metiendo palos en las jaulas y persiguiéndolos de acá para allá, lo que les dañaría la piel. Al cabo de un rato, sacudió la cabeza angustiado porque Tante no tenía la más remota idea de cómo prepararles la comida. Era incapaz de cocinar.

—¿Qué comíais? —preguntó Delphine en tono desenfadado, disimulando el regocijo inquisitivo de su voz.

—Sabe preparar galletas saladas —dijo Markus.

—Vaya, ¿sacadas directamente de la caja?

Asintió solemnemente, con un brillo en los ojos.

—¿También sabe preparar queso?

—¡Directamente de la cera! —alardeó—. Se dedica sobre todo a limpiar —se tranquilizó—. Limpia mucho, luego chilla, y luego limpia otro poco. Teníamos hambre, así que comimos un montón de manzanas verdes.

—¿Emil y Erich tuvieron caglera?

—¡Desde luego que sí!

—Así que tuvo que hacer más coladas.

—Yo también la obligué a hacer más coladas.

Delphine asintió sin decir nada. Sabía perfectamente lo que había sucedido, desde que Markus había insistido en dormir en el suelo sólo con una manta para cubrirse. Cada mañana, se levantaba antes que los demás y Delphine descubría el paño que había utilizado para limpiarse secándose en el tendedero, después de haberlo enjuagado en el río; también volvía a ponerse los calzones recién lavados y todavía húmedos. Esto nunca había ocurrido antes de que muriera Eva, por lo que Delphine adivinó la causa de las palizas, y más que nunca deseó retorcer el cuello a Tante como si fuera el de una gallina o mandarla por los aires de una patada. Pero ¿qué podía hacer sino dejar a Markus con ella?

—Por cierto —dijo—, no te dejes ver si se presenta por aquí el sheriff. Mejor aún, si te encuentras fuera, ocúltate entre los matorrales y luego escabúllete hasta el río. Mientras tanto, si eso te hace sentir mejor —dijo acariciándole un mechón de pelo rubio cobrizo; era la segunda vez que tocaba al muchacho—, echaré un vistazo a tu abrigo de piel andante.

No quería que el chico olvidara que acabarían matando a esos bichos. Sin embargo, él

se le adelantó. Se le iluminó la cara.

—Habrán unas seis crías más o menos, y las hembras necesitan polvos de hueso mezclados con su comida. Calculo que sacaremos más de trescientos dólares cuando los vendamos en otoño. Después, guardaremos a las crías en el cobertizo con calefacción durante el invierno, ¡y ganaremos dos mil pavos el año que viene!

—¿Quién los va a comprar? —preguntó Delphine.

—Hay un comerciante. Es peletero.

—Bueno —bromeó Delphine, distraída—, ahora ya lo sé todo.

Pero, obviamente, no era cierto, y por supuesto los animales no tenían agua cuando llegó allí, de modo que tuvo que dar de beber a un par de ellos con un cuentagotas para reanimarlos. Y encima Tante se preguntó por qué Delphine no se ocupaba de sus asuntos.

—Eran los conejos de Eva —protestó Tante—. No son tuyos.

—No son conejos —puntualizó Delphine—. Son roedores. ¿Y dónde está Franz?

—Donde siempre se mete últimamente —respondió Tante—. Con los aviones.

Desde el momento en que Tante empezó a hacerles la comida, Franz tomó la decisión de irse a comer con los aviadores al nuevo aeródromo. En cuanto terminaba su trabajo en la carnicería, se pasaba todo el tiempo allí, pegado a sus héroes locales. Se había aficionado todavía más a la aviación y admiraba tanto a Lindbergh que intentaba vestir como él. Seguía todos los movimientos de «Slim» y departía en largos discursos sobre cualquier mínimo detalle acerca del *Espíritu de San Luis*. El espacio de los depósitos de carburante en la parte delantera, las alas y la parte trasera. El asiento de mimbre del piloto. Los mandos extremadamente sensibles que habían ayudado a Lindbergh a mantenerse despierto. Uno de sus álbumes estaba dedicado enteramente al aviador, repleto de recortes de prensa y fotografías. La pasión de Franz también tenía una naturaleza práctica. Era capaz de cualquier cosa con tal de construir un aeroplano. Hacía pequeños ajustes a los motores, del mismo modo que había trabajado en la carcasa vacía de un viejo Ford Model T en los corrales.

—Tienes que pedir a los gemelos que mezclen la comida de esta manera —explicó Delphine a Tante, que entró en la casa resoplando y ordenando a Emil y a Erich que salieran a aprender el método.

Aparecieron, recios como dos terneros, con pantalones cortos y camisas rotas, descalzos, durante las últimas semanas previas al inicio del colegio. Delphine alisó sus greñas hacia cada lado de la cara y se agachó para ponerse a su altura.

—Podéis ganar dinero con estos animales —les explicó.

Los muchachos asintieron, aburridos con la idea.

—¿Qué vais a hacer con el dinero? —preguntó Delphine.

Los chicos intercambiaron una mirada enigmática y divertida, como si Delphine hubiera dicho algo misteriosamente cómico.

—Podrían alcanzar los cien dólares cada uno, según Markus, incluso más. ¿Cuánto cuesta cada uno de vuestros soldaditos?

Eso lo sabían muy bien, hasta el último centavo, y ambos sabían cuánto costaba

también cada pieza del campo de batalla, en caso de poder conseguirlas, y cada caballo y cada cañón. Cada rango de los oficiales tenía un precio distinto, y se los recitaron todos a Delphine. Sus ejércitos combatían en guerras del siglo pasado. Los oficiales que habían comprado todavía se encabritaban heroicamente a lomos de caballos bardados, en lugar de reptar bocabajo por el barro. Cuando Delphine logró hacerles entender que las chinchillas equivalían a dinero, que equivalía a soldados, caramelos de limón, palitos de regaliz y helados de la tienda de Birdy en el centro del pueblo, y que compartirían también los beneficios con Markus, siempre y cuando no permitieran que Tante se hiciera cargo del cuidado y la alimentación de los animales, los chicos se mostraron muy responsables, decididos y ávidos de codicia especuladora.

Delphine sacudió a Cyprian en plena noche para despertarle porque los perros salvajes estaban aullando otra vez. Una jauría de perros callejeros y abandonados, procedentes de los ricos patios del pueblo, las chabolas y los comercios ni pobres ni ricos de la calle principal, se había congregado allí. Delphine los había visto rondando a menudo al fondo del patio del carnicero. Eva se los había señalado, sombras grises de cada forma perruna, algunos fuertes, delgados y de patas largas, y otros pequeños como galgos enanos, una amenaza errante sin raza ni pedigrí, dirigida por el granuja de Hottentot. Pululaban a menudo cerca de la carnicería y se alimentaban sigilosamente de las bolas de vísceras que Fidelis les arrojaba de vez en cuando, o del revoltijo de cabezas de gallinas olvidadas que nadie se molestaba en limpiar entre las altas hierbas. Nunca habían ladrado cerca de la carnicería. Dado que siempre encontraban apetitosos despojos, nunca delataban su presencia.

Fuera del pueblo, en las noches salvajes, aullaban a la luna hasta convertirse en lobos otra vez. Su cántico sonaba como un gorjeo siniestro, pero sin la fusión de impetuosa alegría y sabio pensamiento que había percibido en la voz de los lobos de verdad allá en el norte, cuando Cyprian y ella acamparon sin un centavo a las afueras de una diminuta población de tres al cuarto, justo antes del espectáculo. Le sacudió para despertarle de todas maneras, porque ese ruido la hizo sentirse triste y sola, y un poco romántica también, pues le recordaba su pasado común, cuando había tenido lugar ese profundo y único interludio sexual entre los dos. El hombre se despertó, como siempre, totalmente espabilado y dispuesto a hablar si ella lo deseaba, o a comer, o a jugar a las cartas. Ésa era una de las cosas agradables y reconfortantes de Cyprian. Tenía buen despertar y siempre se mostraba solícito desde el principio, aunque no en todos los sentidos. Aun así, como lo necesitaba y los perros rondaban allí fuera aullando, le rogó con voz apremiante:

—Hazme el amor.

Cyprian respiró hondo. Desde hacía mucho tiempo, aquello le atormentaba y se preguntaba cuándo se hartaría de permanecer acostado a su lado como el perro del carnicero; había oído esa expresión para definir lo que hacía, dormir junto a su mujer sin obtener provecho de su cariño y su sexo. Del mismo modo que el perro del carnicero nunca toca lo que desea sino que se coloca con amaestrada indiferencia junto a un jugoso trozo de carne. Sabía que ese momento terminaría por llegar y por ello había tomado la

determinación de hacer algo por lo que sentía una repugnancia moral: imaginarse a hombres. Había identificado incluso aquellos que resultaran más eficaces. Reunió toda la colección. Los convocó. Visualizó una garganta palpitante, un torso, todos los atributos, y continuó evocando esas imágenes fluctuantes, aunque se entrometiera a veces un pecho o los jadeos de Delphine o cualquier otra cosa. Copuló con desesperación y sin destreza, y lo hizo demasiado rápido, para asegurarse de que llegaría hasta el final, pero después se esforzó por compensarla, por no quedarse dormido, y movió las manos y la boca sin descanso, hasta que la mujer se arqueó bajo su cuerpo, soltó un chillido y se sumió en un mortecino silencio.

—Delphine —susurró, al cabo de un rato—, ¿tienes hambre?

No respondió y Cyprian estaba seguro de que fingía dormir. Pero él no conseguía conciliar el sueño. Todo el asunto le había vuelto muy consciente de su desastre personal: así llamaba lo que constituía el deseo más sincero de su vida. Sin embargo, era un desastre, porque ¿qué iba a hacer con ello y adónde lo conduciría? Evidentemente no había futuro en la convivencia con otro hombre. Crear un hogar. Nunca había oído hablar de algo así, salvo en las grandes ciudades, y se imaginaba que serían muy diferentes a él. Pensó que no se llevarían bien con hombres sencillos. Además de todo ello, estaba Delphine. Nunca hablaba con los hombres como lo hacía con Delphine, ni compartía tan buenos ratos, ni sentía ese tierno impulso de protegerla. Sin embargo, en sus sueños, sus manos abrazaban la fuerte espalda de los hombres y acariciaban sus rostros, y ¡Dios!, el olor de sus cuerpos y el sonido de sus voces... Y tantas otras cosas en el mundo apasionado y profundo que acababa de evocar. No podía dejar de pensar en ellas otra vez y, sintiéndose culpable por excitarse hasta tener una erección, le dio la vuelta a Delphine y se entregó con un ciego abandono hasta hacer que se estremeciera, que le blasfemara al oído en un murmullo, que sintiera los latidos de su propio corazón, hasta hacerla callar, hasta matar al hombrecillo de su interior, furioso de que ella fuese una mujer, y entonces, cuando Delphine contraatacó, le mordió los labios y le inmovilizó en la cama tras un silencioso forcejeo, Cyprian se abandonó a una impávida placidez.

Los perros se acercaron a la casa. Parecía que aullaban justo debajo de la ventana. Cyprian se olvidó de quién era ella, hombre o mujer, y por un instante experimentó la desnuda oscuridad del deseo, la felicidad y el placer de llegar al éxtasis lentamente en su boca. Le acarició el pelo y le rozó los labios, cerrados sobre él, y después se dejó ir; cuando Delphine hubo terminado, Cyprian tomó su rostro entre sus manos y le acarició los pómulos, le limpió la boca, y le susurró por alguna razón «Pobrecita, pobrecita», hasta que Delphine se echó a reír.

Estaban allí, en plena noche, friendo una sola chuleta de cerdo y discutiendo cómo repartirla, cuando Markus apareció dando tumbos con sus pantalones cortos de niño.

—Ahora tendremos que partir la maldita chuleta en tres —exclamó Cyprian entre risas.

Lo que había sucedido en el dormitorio le había exaltado y se sentía embriagado y desconocido. ¿Cómo había conseguido Delphine hacerle olvidar durante un segundo lo que ella era? Podría haber sido una loba. Ahora el chico se mostraba incómodo hasta que Cyprian le dijo:

—Anda, siéntate a la mesa.

Markus se sentó, sonriente. Delphine llevaba un salto de cama chino, vaporoso y de un color rojo brillante con flores de manzanos en un largo tallo bordadas por la espalda, e iba descalza. Primero lo cerró y después se lo ató para poder cortar patatas con las dos manos.

—Ya puestos, será mejor que comamos —dijo Delphine, y sofrió una cebolla. Puso agua a hervir para preparar una manzanilla—. Después, me tomaré esta infusión para dormir. Es una hierba. Mañana tengo que ir a buscar trabajo y necesito estar como una rosa.

Los perros habían desaparecido y los aullidos cesaron en cuanto encendieron las luces. Roy se fabricó una cama en un pequeño cobertizo de verano junto al gallinero. Lo hizo con un armazón de madera que encastró en la pared; incluso había rellenado un colchón y llevado allí una vieja colcha y una almohada que Eva había regalado a Delphine cuando ésta le contó, tiempo atrás, cómo tuvieron que quemar todos los enseres de la casa. El hombre había dormido allí desde entonces; según él, para no molestar a la pareja. Y ellos le habían dejado.

—Escuchad —dijo Markus, con los ojos muy abiertos—. Hay algo allí fuera.

Por encima del chisporroteo de la sartén, oyeron los cadenciosos gruñidos, los repentinos resoplidos y los agudos gemidos.

—Es Roy, que está roncando.

Se oía al anciano con meridiana claridad, incluso al otro extremo del patio y encerrado en su minúsculo habitáculo. Delphine agitó la sartén. ¿Qué harían cuando llegaran el frío y el invierno? Al haberse criado con ello, se había acostumbrado al sonido como quien se acostumbra a vivir junto a las vías del ferrocarril. Pero el pobre Cyprian pasaría las noches en vela, dando vueltas y más vueltas. Ese pensamiento, que le sobrevino mientras removía las patatas doradas y curruscantes, era el primero en mucho tiempo en que se imaginaba el futuro al lado de Cyprian. ¡Y todo porque había existido esa noche! ¡Vaya estupidez! Sabía lo que pasaba cuando Cyprian cerraba los ojos. ¿Qué veía en su cabeza? Removió otra vez las patatas y con la ayuda de la espátula sirvió una ración a cada uno. Dejó el plato delante de él, le acarició la sien con el dorso de la mano, deseando saber las respuestas, pero ya comenzando a protegerse. Puede que no vuelva a ocurrir, después de todo, hasta dentro de ocho meses o un año, y además, ¿qué creía ella que pasaba realmente durante sus expediciones al norte?

Delphine se hallaba en el patio trasero cubriendo con paja fresca los arriates de patatas cuando Fidelis apareció con la furgoneta de reparto. Se incorporó, se apartó los sudorosos mechones de pelo castaño de la frente y entrecerró los ojos, aunque no pensaba que fueran a tener una discusión. Imaginaba que vendría en busca de Markus cuando éste volviera. La escuela empezaría pronto. Fidelis se dirigió hacia ella, con los brazos inmóviles como dos ganchos a cada lado y el rostro impasible. Llevaba una camisa de cuadros arrugada: nunca había visto algo así en él. Y sus pantalones tenían manchas en los muslos donde se había limpiado la sangre de las manos. Fidelis solía vestir de manera impecable, pero aquello había sido mérito de Eva primero, y luego de

ella misma. Mientras se acercó a él, añadió a su colección otro motivo más para regodearse en secreto. Tante no daba abasto con la colada. Se detuvieron cuando los separaba un metro y permanecieron allí sin hablar. Delphine ladeó la cabeza. El sol, a sus espaldas, golpeaba de lleno la cara de Fidelis, un sol blanquecino y devastador que ocultaba sus rasgos.

—¿Dónde has estado? —preguntó Delphine.

—Corriendo de acá para allá como alma que lleva el diablo —respondió—. He venido a buscar a Markus. ¿Dónde está?

—Como alma que lleva el diablo, ¿eh? —repitió Delphine—. ¡Ésa no es ninguna excusa!

Montó en cólera y se le encogió el corazón. De pronto echó de menos a Eva y esa punzada de añoranza se convirtió en ira.

—¡Claro que está aquí! ¿Acaso crees que iba a dejar que la zorra de tu hermana le siguiera dando palizas?

El rostro de Fidelis se tornó muy serio, aunque no parecía sorprendido. Bajó la mirada a sus duras botas de carnicero con las puntas de acero y frunció el ceño tan fuerte que Delphine también bajó la vista. No había nada que ver salvo el cuero cuarteado clavado en la tierra.

—He venido a llevármelo —anunció Fidelis en voz baja.

Delphine esperó a que dijera algo más. Un «gracias» no estaría de más, pensó. Pero permaneció callado, lo que la irritó tanto que le preguntó bruscamente:

—¿Vas a fustigarle?

—¿Por qué habría de hacerlo? —contestó Fidelis, y levantó los ojos hasta clavarlos en Delphine.

A pesar del sol deslumbrante, Delphine pudo percibir la fuerza de su pálida mirada. Al igual que el día en que le había conocido, le estremeció un sentimiento extraño. No era miedo, sino el instinto de que estaba pasando algo más, mucho más, de lo que era capaz de entender. El hombre retenía una energía compuesta de amenazas y promesas. Toneladas de poder se escondían detrás del más mínimo gesto suyo y eso hizo que ella pensara en el terso muro de un enorme dique.

—Pasa y relájate, te serviré un poco de té helado. Roy y Markus han ido al río, pero creo que hace demasiado calor para que pique ningún pez. Estarán de vuelta de un momento a otro.

Intentaba ganar tiempo hasta encontrar una manera diplomática de no enviar a Markus de vuelta con él. Fidelis entró en la casa, todavía oscura y fresca porque Delphine había mantenido las ventanas cerradas para resguardarla del calor creciente. Abrió las ventanas, percibiendo ese difuso olor a putrefacción procedente del sótano que se insinuaba de forma sutil y la llenaba de desesperación. Alrededor de la casa crecían seis fresnos verdes que cambiaban el aire del ambiente al atardecer. Las habitaciones se refrescarían. La casa estaba limpia, fregada a conciencia. Un poco antes, Delphine había troceado un limón en una jarra de té helado y tostado al que le había añadido azúcar. Después, lo había dejado junto al bloque de hielo. Ahora servía el té en las jarras de cerveza. El cristal se empañó y comenzaron a aparecer gotas de agua. Fidelis observó el té con tristeza.

–No tengo cerveza –aclaró Delphine.

Fidelis bebió un largo trago y Delphine le rellenó el vaso. Después, dejó la jarra en la mesa y oyó la pregunta:

–¿Cuándo vas a volver?

Delphine meditó sobre el asunto y llegó a la conclusión de que estaba en posición de negociar.

–¡Menuda pregunta! –respondió.

Fidelis se inclinó hacia delante y se encorvó como si se dispusiera a decir algo muy difícil, pero simplemente dijo:

–Tante no puede hacerse cargo de la casa ella sola.

Delphine comprendió que para él se trataba de una forma de traición sugerir tan siquiera la más leve crítica contra su hermana. Era la costumbre en las viejas familias alemanas. Tante era la única pariente que tenía aquí. Relataba detalladamente todo lo que él hacía en infinitas cartas escritas a mano. Tante siempre estaba despachando un montón de correo al extranjero. Se decía que Tante anhelaba volver a Ludwigsruhe, su bonito pueblo alemán, y sólo se quedaba en América por Fidelis. No podía abandonarle en este país, sobre todo ahora que se había quedado solo con los muchachos. Aun así, su gesto fruncido y evidente malestar irritaron a Delphine.

–Supongo que podría plantearme volver para ayudar... eso sí, si le dices que recoja sus cosas y se largue.

Fidelis parecía haber recibido un golpe en la cabeza con un mazo para ovejas. Sin duda nunca se le había ocurrido semejante idea. Y Delphine no pudo más que reírse.

–No sabe cocinar. Estás echando a perder el negocio porque es arrogante con los clientes. Tu ropa tiene un aspecto espantoso. Tus hijos están salvajes. ¡Y no pienso volver mientras ella siga allí, de eso puedes estar seguro!

Fidelis asintió fríamente y se volvió a encerrar en sí mismo. Delphine comprendió que no ahondaría en esa cuestión. Quizá podría sorprenderla que un hombre tan corpulento como él se mostrara tan cobarde con su propia hermana, pero a estas alturas comprendía muchas más cosas sobre él.

–Mira –empezó, fingiendo suavizarse–. Me imagino que debe de ser duro. Quiero a tus hijos, así que me lo pensaré. Pero deja que Markus se quede con nosotros un par de semanas más. Cuando empiece el colegio puede ir desde aquí. Cyprian lo llevaría en coche. Le da demasiada guerra a Tante y a nosotros nos viene bien su ayuda.

Fidelis accedió y, cuando Markus regresó, Delphine le observó detenidamente para ver cómo se comportaba con su padre y si estaba ansioso por volver a casa. Pero Markus sintió cierto recelo al divisar la furgoneta de su padre aparcada en el patio y se mostró aliviado al poder quedarse con Delphine. La mujer llevó un bizcocho de limón a la mesa y el ambiente se distendió rápidamente. Fidelis comió la tarta con mucha concentración. Sabía que era la receta de Eva. Le embargó una gran emoción cuando juntó las últimas migas y dejó el tenedor con gran solemnidad, depositándolo muy despacio sobre la mesa. Delphine percibió su tristeza como una corriente de energía. Cuando se marchó, Fidelis asintió y dirigió una mirada de aprobación al pez de buen tamaño que su hijo había

pescado a pesar del calor, y se lo llevó de regalo. Markus echó los hombros hacia atrás y se pavoneó un poco, por lo que Delphine rompió a reír, puesto que era un muchacho escuchimizado y modesto. Sí, tenía que quedarse. No cabía la menor duda. Ella debía enseñarle un par de cosas antes de dejar que se enfrentara a Tante, y ya tenía planeado cómo hacerlo.

Delphine todavía soñaba de vez en cuando con preparar una función, una obra dramática a gran escala, o con incluir el número de equilibrista en alguna parte de la trama. Para ello, tendrían que volver a la carretera, porque el pueblo no tenía la capacidad de mantener un elenco de actores profesionales. Pero Delphine ya no deseaba marcharse. No con Roy comportándose de esa manera y Markus en casa. La muerte de Eva también le había arrebatado algo y empezó a pasar más tiempo con Clarisse. Otro motivo más para quedarse en Argus. Además, permanecía la duda de si Cyprian y ella seguían siendo fundamentales para la investigación. No se había filtrado nada del plan del sheriff para resolver el caso de la muerte de los Chavers, nada que ella supiera al menos. Delphine pensó que le gustaría saber a qué atenerse. Sentía curiosidad. Decidió que debía hacerle una visita al sheriff. Así que una tarde dejó a Roy adormilado a la sombra y, dado que Cyprian se había llevado el coche al norte, emprendió a pie el camino hasta el pueblo.

Cuando llegó, estaba empapada en sudor bajo un calor fuera de temporada. Por regla general, en esta época el tiempo mejoraba. Este año no. Tenía manchas de sudor en las axilas, el cuello estaba húmedo, y el cabello despuntaba de las horquillas con las que se había sujetado los mechones rebeldes y mojados. En el pueblo, con las calles anchas que hacían reverberar el calor y con los árboles esmirriados, el sol abrasaba con más ahínco. La poco iluminada oficina del sheriff supuso un pequeño alivio. Tenía encendido un ventilador en el techo, y encima de la mesa también ronroneaba otro pequeño ventilador negro con aspecto formal. Las paredes de ladrillos aislaban del bochorno y se respiraba un aire fresco y agradable en el interior. El sheriff Hock estaba atareado con mucho papeleo cuando Delphine entró, y pareció contento de poder distraerse.

—Y bien —comenzó Delphine, después de que se quejaron ambos del calor—, ¿qué has descubierto sobre los Chavers? Roy y yo nos lo estábamos preguntando.

No mencionó a Cyprian, pues cayó en la cuenta de que el sheriff Hock podría preguntar adónde viajaba Cyprian de tanto en tanto, y quería evitar contarle que era un representante de cepillos. Pero Hock no parecía tener el menor interés en las expediciones de Cyprian; deseaba hablar con ella. Quería preguntarle sobre el vestuario.

—¿Vestuario?

—Sobre lo que Cyprian y tú hacíais en vuestro espectáculo, en vuestros números de equilibrista. ¿Qué ropa llevabais?

—Llevábamos ropa corriente. Cyprian sostenía que parte de la sorpresa de lo que hacíamos residía en el hecho de que teníamos un aspecto normal, y por ello nuestro número resultaba tanto más llamativo. Además, al principio no podíamos pagarnos nada extravagante ni lentejuelas.

—¿O perlas rojas? —apuntó Hock.

Delphine comprendió que se refería al suelo de la despensa.

—Ah, ya veo adónde quieres llegar. ¿Me estás diciendo que podríamos ser sospechosos?

—Bueno —dijo Hock—, sabes lo de las perlas. Siguen siendo el elemento más extraño. Tu padre afirma que no había nadie en el funeral que llevara nada parecido a lentejuelas o abalorios, que él recuerde.

—No se habría dado cuenta de nada, con la cogerza que llevaba.

—Es probable —admitió el sheriff—. Así que he revisado todos los accesorios de la compañía de teatro local. ¡No irás a creer que me iba a acordar! —la señaló con el dedo índice y un brillo en los ojos que a Delphine no le gustó nada ver en el rostro de un sheriff—. Sé muy bien que Clarisse y tú os divertisteis de lo lindo con esa escena de brujas. Tengo la sensación de que cualquiera de la dos habríais hecho una Lady Macbeth excelente.

—Sólo éramos suplentes —respondió Delphine con cautela. No sabía si Hock había lanzado una acusación velada. Intentó quitarle hierro a la situación—. ¿Por qué no volvemos a representar —dijo con cuidado de no tentar la mala suerte al pronunciar el verdadero título— la obra escocesa?

—Por desgracia me debo a mi profesión. Ya no tengo tiempo y, además, ¿crees que los vecinos del pueblo quieren ver a su sheriff interpretando, digamos, al asesino epónimo? Perdería su confianza.

—La gente no pensaría... Además, siempre podrías hacer de Banquo.

—No, no, no. Para muchos, arte y vida son lo mismo. Yo soy el sheriff y debo interpretar ese papel las veinticuatro horas del día. Aceptar cualquier otro papel mientras lleve la insignia no haría más que confundir a la gente —el sheriff Hock se sujetó la barbilla con la mano y frunció el ceño. Preguntó con un hilo de voz—: ¿Cómo está Clarisse?

—Muy ocupada —respondió rápidamente Delphine para ocultar su repentino malestar.

—¿De veras? —insistió Hock con voz suave y amenazante—. ¿Ocupada? ¿O será que intenta rehuir su destino? Me gusta pensar que soy inevitable.

La artera seguridad en sí mismo que manifestaba hizo estallar a Delphine.

—¡Inevitable! —vociferó—. Estás mal de la cabeza. Te aborrece. No me importa que seas el sheriff, deberías dejarla en paz.

—¿Un caramelo?

Hock le tendió un plato que se hallaba bajo una pila de papeles. Sacó uno de su envoltorio y lo deslizó despacio entre los labios.

Delphine negó con la cabeza y se giró para marcharse. Ya se arrepentía de haber perdido los estribos. Insultar a Hock era una mala idea.

Se paró en la tienda y se compró un refresco de soda que bebió de un tirón para tranquilizarse. Después, caminó directamente hasta la funeraria.

Todo en el establecimiento de los Strub —pintado de gris con ribetes granates oscuros—

reflejaba buen gusto; incluso los toldos de las ventanas estaban confeccionados con una lona de rayas a juego. El porche tenía una baranda de hierro fundido torneado. El césped conformaba una perfecta alfombra verde mate, y en el jardín de verano florecían suaves lilas, pálidas malvarrosas, blancas petunias y delicados acianos celestes. Nada demasiado colorido. La puerta trasera, también pintada de un apacible gris, contaba con un moderno timbre eléctrico. Delphine lo pulsó y oyó una agradable melodía en el interior de la casa. Miró nerviosa a su alrededor para comprobar si alguien la había seguido. Cuando Clarisse abrió la puerta, Delphine le indicó con un gesto que la dejara pasar enseguida.

—¿Es Roy? —preguntó Clarisse con voz angustiada y de sabionda, que momentáneamente molestó a Delphine.

—¡No! —exclamó.

—Lo siento —se disculpó Clarisse—. ¿En qué estaría pensando? Venga, pasa. Soy una tonta.

Rodeó los hombros de Delphine y la acompañó hasta la parte de atrás de la casa, a un pequeño y acogedor cuarto.

—Tenemos que hablar ahora mismo. ¿Dónde podemos hacerlo? —apremió Delphine.

—Puedo llevarte al sótano —propuso Clarisse—. Estoy trabajando con el señor Pletherton.

Delphine asintió. El sótano era un espacio diseñado meticulosamente: fresco en verano, levemente caldeado en invierno, siempre con la temperatura adecuada para el trabajo. Allí, Clarisse, su tío y Benta centraban sus cuidados en los muertos del pueblo. Delphine sabía que era una privilegiada al permitírsele bajar. Nadie más, salvo el doctor Heech y, en caso de sospechar la existencia de un crimen, el sheriff, estaba autorizado a bajar al sótano. Delphine nunca se había sentido especialmente incómoda, y ahora encontraba la sala preparatoria de los Strub menos perturbadora que la cámara frigorífica al fondo del matadero. Y, desde luego, nada de lo que hablaran saldría de allí. De modo que siguió escaleras abajo a su amiga, que vestía un impoluto abrigo blanco y se quitó los guantes con un chasquido.

—Tenía una cita con un tipo de Dakota del Sur, pero me ha dado plantón —la voz de Clarisse flotó hacia Delphine. Por lo visto, su oficio seguía ahuyentando a posibles novios, como le ocurría en el instituto. El joven le había dejado muy claro enseguida que, si ella deseaba salir con él, tendría que renunciar a su trabajo. Durante un rato, Clarisse y Delphine conversaron como solían hacerlo, intercambiando información sobre el estado de sus emociones. Clarisse dijo que se preguntaba cómo podría respetar a alguien que tuviese miedo a su oficio.

—Me llamó «enterradora», Delphine. ¡Sabes cuánto lo odio! Es igual que todos. Ninguno se atrevería a venir aquí abajo, ni aunque se lo pidiese. Son todos unos gallinas —su gesto se transformó en una máscara alarmante. Se encorvó y empezó a hablar con voz ronca—: tienen miedo de que los deje secos como el heno.

Delphine se echó a reír, aunque la brusca transformación de Clarisse en el ambiente del sótano la puso un tanto nerviosa. En una esquina, un fonógrafo emitía una hermosa aria de ópera que iba *in crescendo*. Clarisse no ponía música sólo para ella, sino que, según

afirmaba, las notas tenían un efecto relajante en los músculos de los cadáveres en que trabajaba y conseguían, por tanto, que absorbieran mejor los fluidos que les inyectaba. Juró que era cierto, pero tal vez su cliente actual no era aficionado a la ópera. La habitación estaba iluminada con una fuerte luz y el señor Pletherton, a quien Clarisse dedicó una mirada crítica antes de empujarlo en la camilla con ruedas a la cámara frigorífica, tenía un aspecto gris y realmente fiambre. Quizá Clarisse todavía intentaba conseguir el tono de piel adecuado. Experimentaba constantemente, procurando encontrar la mezcla perfecta de solución arterial según las particularidades de cada cadáver.

—Son todos tan diferentes.

Clarisse acarició el brazo del hombre con un gesto clínico cuando lo guardó y se oyó un pequeño crujido. Frunció el ceño y masculló:

—Enfisema post mórtem. Me está dando mucho trabajo, Delphine. Murió de una intoxicación alimentaria. En un restaurante de Fargo —tenía una brizna de angustia en la voz—. Gas en los tejidos.

El muro norte estaba equipado con vitrinas acristaladas, cuyas baldas superiores contenían un pulcro surtido de pequeños botes con pinzas para labios, cemento para ojos y boca, vendas y pegamento. En una pequeña caja se amontonaban tarjetas de visita abandonadas allí después de algún velatorio. Benta las guardaba para mojarlas en parafina y después usarlas en lugar del algodón para formar una barrera persistente entre las encías y los labios. Había almidón Bon Ami para sacar brillo a los dientes, una crema para masajes y zumo de limón, vinagre y jabón. Una pila de toallas limpias. Cepillos de todo tipo y de pelo, limas de uñas y laca transparente. Las anchas baldas de abajo estaban surtidas de funcionales bidones de cuatro litros de metanol o alcohol de madera, etanol, solución de arsénico o formol, y botellas más pequeñas de aceite de clavo, safrán, gaulteria, benzaldehído, aceite de flor de azahar, lavanda y romero. El diploma de embalsamador de Aurelius Strub, el primero otorgado al oeste de Minneapolis y al este de Spokane, colgaba en la pared en un elaborado marco. Si bien el sótano siempre mantenía una temperatura fresca, el calor que asolaba por todas partes causaba estragos en los entierros. En medio de todo ello, Clarisse no perdía su alegre y curva sonrisa ni su belleza llena de gracia. De pronto hizo recordar a Delphine la frase de Malcolm: «La maldad puede disfrazarse de virtud, mas la virtud no lleva máscara». Apartó la cita de su cabeza.

Había dos bonitas y elegantes butacas en una esquina, e incluso una diminuta estufa eléctrica y un recipiente para hacer café.

—Está bien —dijo Clarisse—. Soy toda oídos. A ver, ¿de qué se trata realmente?

Evidentemente, una visita en plena tarde apuntaba a un asunto urgente, interno o externo, y Delphine fue directamente al grano.

—¿Qué traje llevabas cuando interpretaste el papel de la dama en *La dama y el tigre*? —preguntó Delphine.

—Era un atuendo precioso, todo...

—Rojo, rosa, con perlas de color melocotón del estilo charleston de moda en los años

veinte, las cilíndricas irisadas.

—Cosí millones de ellas en ese vestido, ¿te acuerdas? La verdad, era una obra de arte.

Clarisse era ciertamente una costurera muy mañosa y empleaba una variación de zurcidos para crear puntos de sutura totalmente invisibles en sus clientes, utilizando incluso a veces dos agujas que se entrecruzaban y ocultando los nudos. Incluso debajo de la ropa, donde nadie podía ver, su labor era perfecta, y la mujer no sentía más que desprecio por las costuras cerradas o las suturas entrecortadas. «Tan sólo es coser», afirmaba.

—¿Dónde está?

—Creo que está en mi armario en alguna parte —respondió Clarisse con naturalidad—. ¿Por qué?

—Deshazte de él —ordenó Delphine.

—¿Después de todo el trabajo que me costó? —Clarisse abrió la boca, con gesto de falsa indignación.

—Escucha, me he enterado de lo que está pensando el sheriff Hock. Sabes que la trampilla del sótano de mi casa estaba atascada por un horrible pegote viscoso y duro en el que había perlas idénticas a las tuyas.

Clarisse abrió la boca, pero enseguida una expresión de dolor y terror cubrió su rostro y se llevó las manos a sus bonitas mejillas. Sus pequeñas uñas ovaladas palidecieron con la presión de los dedos.

—¡Dios mío, Delphine! Te conté cómo el sheriff Hock prácticamente me arrancó el vestido esa noche...

—Tengo el presentimiento de que Hock está tramando algo en esa cabeza gorda y calenturienta.

—Hock me está acosando —dijo Clarisse—. Está... imposible. Es imposible hacerle entrar en razón. Utilizará esa coincidencia, el vestido, las pobres Ruthie y Doris... ¿Cómo puede hacer eso? ¡Había una niña allí abajo! —rompió a llorar, rápidas lágrimas de frustración, pero, al cabo de un momento, bajó las manos y dijo—: No, no, no voy a dejar que se salga con la suya. Hock tendrá que desistir. Soy una profesional y tengo que acabar con el señor Pletherton antes de las cinco, y es un caso particularmente complicado —se vino abajo de pronto, extremadamente cansada; miró a Delphine con el ceño fruncido y, después, se sacudió los rizos—. Oye, ¿serías una verdadera amiga y cogerías ese vestido de mi armario? Vete a casa y tira ese maldito vestido al fuego.

Delphine accedió, bajo el ambiente de conspiración del momento, y salió por la puerta en un santiamén. Cuando llegó a la casa de su amiga y abrió la puerta trasera, se dio cuenta de que estaba cometiendo una tontería. Quedaría en entredicho si el sheriff Hock la sorprendiese llevándose el vestido del armario de su amiga o la encontrase mínimamente cerca de la prenda. Y, además, ¿qué se suponía que debía hacer con él? Era posible que las perlas se derritieran, pero no parecía que fueran a arder hasta desintegrarse por completo. Con paso rápido y preocupado, subió las

escaleras hasta el dormitorio donde se había quedado a menudo a dormir con su amiga. Atesoraba aquellas noches de cenas familiares corrientes, una agradable vida de familia: todo lo que ella no tenía. No era de extrañar que a los Strub les gustara tanto su oficio: los muertos no deparaban sorpresas emocionales, aunque Delphine sabía muy bien que a veces presentaban complicaciones. La única ocurrencia que Aurelius Strub se había permitido en su vida, y podría tratarse simplemente de un error causado por el agotamiento, había sido referirse al muchacho que había fallecido bajo la cosechadora de maíz como un «reto de muerte».

Delphine entró en la habitación de Clarisse, donde reinaba un desorden infantil. Su amiga necesitaba un lugar donde soltarse la melena, después de todo. ¿Qué hacer con el vestido, que ella sabía, por una sensación de vacío en el pecho, que estaría compuesto por las mismas perlas de color melocotón, rosa claro y rojo que recordaba haber visto pegadas en el suelo de la despensa? Delphine lo discutió consigo misma, pero al final salió de la casa sin prisas con el vestido guardado en una bolsa y se dirigió detrás de la vivienda. Prefirió no cumplir al dedillo la promesa que le había hecho a Clarisse. Si se llevaba a su casa el vestido, la prueba, pues siendo realista debía llamarse así, quedaría en su poder. No podría haber explicación convincente alguna. Ya se imaginaba cómo brillarían las perlas en las cenizas de la hoguera. Delphine buscó una pala en el cobertizo junto a la casa y empezó a trabajar en el jardín. Se empleó a fondo durante media hora. Por si acaso alguien la veía, pensó que sería mejor que estuviera entrecortando el arriate de lirios y desenterrando algunas plantas perennes que había de más para llevarse a casa. Mientras lo hacía, cavó un profundo agujero y, a continuación, arrojó el vestido al fondo. Sacó la bolsa y comprobó que todas las perlas quedaban enterradas. Depositó en la bolsa raíces de lirios y unas azucenas amarillas atestadas de flores, guardó la pala en su lugar y se marchó a casa.

En cuanto llegó a la granja, Delphine encendió rápidamente un fuego para cocinar en el hogar exterior y dejó que ardiera hasta obtener un perfecto lecho de brasas. Hizo rodar unas patatas en las pavesas rojizas, después colocó la rejilla sobre las ascuas y preparó un pequeño fuego sobre las cenizas para freír algo de pescado en un poco de manteca de cerdo. Sacó del frigorífico unas judías de la segunda cosecha, donde las había dejado macerar todo el día. Estaban frías, dulces y avinagradas. Afuera, en el ambiente fresco del atardecer, los mosquitos se asfixiaban con el humo, y Roy, Markus y ella se pusieron a comer. Delphine sacó la nata que había comprado en el pueblo y las frambuesas que Markus había recolectado. Esa nata era un lujo. Tenía que admitir que le gustaba el dinero que Cyprian aportaba –le entregaba la mayor parte de lo que ganaba–, porque les permitía comer como reyes y ella había podido arreglar la casa. Aun así, la sacudió una oleada de alivio y rabia cuando él llegó en el momento en que estaban terminando de cenar, porque, aunque lo mantenía en un segundo plano en sus pensamientos, su ausencia había sido una preocupación constante. Odiaba tener que reconocer lo mucho que se alegraba de verlo sano y salvo, y lo agarró, abrazó y

zarandeó, todo al mismo tiempo.

–Te quedas aquí –dijo Delphine.

Cyprian le besó la mano y levantó sus ardientes ojos negros hasta los de ella. Era capaz de seducir con enorme eficacia, incluso estando exhausto. ¿Lo había aprendido como un modo de proteger su secreto o sencillamente lo llevaba en la sangre?

Sobraba mucho pescado frito y Delphine calentó las judías verdes en un poco más de manteca de cerdo. Pinchó una patata del borde de las brasas y la lanzó de una mano a otra antes de abrirla con el tenedor en el plato de Cyprian. Una voluta de vapor manó de la patata y Delphine vertió una cucharada de manteca de cerdo en el plato. Cyprian gruñó de placer.

–Mañana –le dijo Delphine– voy a intentar conseguir un empleo de telefonista. ¿Crees que tengo buena voz?

–Todo en ti es bueno –respondió Cyprian, suspirando con la tripa llena y una sensación de bienestar por poder remolonear junto a un fuego al atardecer. Era sincero. Se alegraba de estar de vuelta en casa. Más allá del crepitar de las llamas, las palomas torcaces entonaban su delicado y alegre canto nocturno. Un pájaro gato cantó todo su complejo repertorio, canción tras canción, y pinceladas de nubes se disgregaron por el cielo verde. Al cabo de un breve descanso, Roy, que tenía la energía y el ritmo de un simple mortal ahora que permanecía sobrio, se arrastró hasta su pequeño cobertizo para dormir. Markus se encorvó y cayó al suelo, profundamente dormido. Cyprian lo llevó dentro de casa. Cuando regresó, Delphine le hizo una pregunta.

–Del mismo modo que te gustan los hombres –inquirió–, ¿también te gustan los chicos?

Cyprian la miró boquiabierto a la luz de la lumbre y torció el gesto.

–¡No!

–No te escandalices –explicó Delphine–. Tenía que preguntártelo. Me pillaste desprevenida con lo otro. ¿Cómo iba a saberlo? Además tengo una idea y necesito tu ayuda. Tienes que enseñar a mear a Markus.

Cyprian acababa de conducir doce horas seguidas y pensó que tal vez había oído mal.

–Hablo en serio –insistió Delphine–. No sabe mear.

–¡Cómo no va a saber! –respondió Cyprian.

–No lo bastante bien –dijo Delphine con tono firme–. Debes enseñarle a controlarse, y también esas cosas divertidas que se hacen con el pene, como escribir el nombre en la arena. Tienes que enseñarle a cortar el chorro sin tocar el grifo. Ese tipo de cosas. Si no, no podré mandarlo de vuelta con su tía.

Ahora Cyprian lo entendía. Estaba al tanto de lo que sucedía en el suelo y de la rutina cotidiana del muchacho al levantarse. Asintió despacio a medida que las intenciones de Delphine iban quedando más claras, y la miró con cierto respeto. ¿Cuántas mujeres habrían pensado en eso? Ni una sola en toda la Creación, y por ello la quería. Lo suyo podría funcionar. Así que accedió a ello y después, a la mañana

siguiente, Delphine preparó dos jarras de limonada. Una para cada uno. Los mandó detrás del gallinero con la limonada, y después de aquello repitió la misma operación cada mañana. Ensayaron y ensayaron y, cuando terminó la semana, Markus amaneció seco. Pero aquello no era más que el principio de lo que se había propuesto enseñarle sobre la supervivencia.

Delphine no tuvo la oportunidad de acometer la siguiente fase de su programa pedagógico: cómo manejar a una Tante Maria Theresa desquiciada. Tenía pensado enseñar a Markus a fingir espantosos y convincentes ataques de epilepsia. Podía aprender a poner los ojos en blanco y a regurgitar espumosas babas blancas por la boca. Eso sería suficiente para detener a Tante. Antes de que pudiera empezar con sus clases, la furgoneta de reparto de la carnicería se detuvo en el patio y de nuevo Fidelis bajó con su camisa arrugada. Esta vez, sus pantalones habían encogido de una forma extraña y no llevaba calcetines. Tenía el gesto cansado; la piel bajo sus ojos mostraba un aspecto frágil y amoratado, y había enmudecido. Una parte de su fuerza se había desvanecido. Eso era. Daba la impresión de estar desinflado, y Delphine se dio cuenta de que había adelgazado mucho. Sus huesos descarnados asomaban en las muñecas y los nudillos, y sus mejillas se habían hundido. En esta ocasión, permaneció delante de la puerta y se negó a entrar ni siquiera para tomar un vaso de agua. Era evidente que necesitaba decir algo.

—Por favor.

No era el tipo de persona que dice esa palabra. Nunca se la dirigía a nadie, ni a una mujer ni a un hombre, y desde luego no era el tipo de persona que la pronunciara con el doloroso matiz que Delphine percibió en su voz. La mujer se preguntó entonces si volvería a oír alguna vez esa palabra en boca de Fidelis y dejó que se erigiera entre ellos como si fuera un pequeño monolito.

—He pedido a mi hermana que se marche.

Delphine ahuecó la mano y se la llevó al cuello. Le miró fijamente. Después apartó la mano y la apoyó en la cadera. Miró más allá del campo, más allá del gallinero. Se trataba de algo enorme. Fidelis la había elegido a ella por encima de su propia hermana. Respiró hondo y comprendió que tenía ahora en Tante una enemiga todavía más implacable. Si bien antes se había mostrado simplemente hostil, autoritaria y de convicciones rígidas, ahora Tante tendría una enorme sed de venganza. Deshacerse de su propia hermana era el sacrificio que había realizado Fidelis con tal de recuperar a Delphine. Y por ello, sin duda Tante pondría a toda la familia en su contra. Además, pensó Delphine con recelo, Fidelis podría comportarse como si ella le debiese algo. Pero tenía aspecto fatigado, nada más.

—No va a volver —puntualizó Delphine para asegurarse.

Fidelis agachó un poco la cabeza con los ojos de un azul apagado ligeramente inyectados en sangre.

—Mira, Fidelis —dijo, indecisa, porque no estaba segura de querer volver—. Yo no me las apañaré mucho mejor que tu hermana.

Fidelis puso cara de dudar mucho de que eso fuera cierto. Delphine se apartó para reflexionar. Su mundo ahora mismo estaba ordenado y era apacible, por primera vez en su vida. Como telefonista, podría conectar líneas, decir la hora, proporcionar números, y volver a casa todos los días a la misma hora. Más paz y rutina. Seguramente más dinero también. Pero entonces pensó en los muchachos y en cómo Eva le había enseñado a hacer las cosas, y en cómo podría llevar la casa correctamente al mismo tiempo que atendía la tienda. Eva le había enseñado todos los trucos, los atajos, la paciencia por los pequeños detalles, todas las habilidades que había adquirido a través de concienzudas pruebas y errores. Eva le había dado una vida entera de conocimientos, la había formado, y ella había aceptado, porque la quería. Así de simple, había querido a Eva. Recordaba muy bien todas las veces que Eva le había dado instrucciones acerca de Fidelis y los chicos y cómo, al final, se había mostrado firmemente decidida a que Delphine ocupara su lugar. La había ayudado a concentrarse en listas, hábitos y pequeñas excentricidades de la dieta para que Delphine tomara nota. ¿Qué le habría dicho Eva a Fidelis? ¿Qué le habría prometido él? ¿Qué pensaría? Delphine abrió la boca para preguntarle, pero las palabras no salieron.

Así que sólo dijo:

—Está bien, pero estas son mis condiciones. Llegaré a las ocho de la mañana todos los días. Trabajaré durante las horas laborables, prepararé la comida y luego la cena. Me quedaré hasta las seis todos los días.

Así dispuso sus condiciones. Enumeró las reglas con voz rotunda y distante. Esperó a que él asintiera y, cuando lo hizo, al igual que habría hecho un hombre, extendió el brazo para sellar el trato con un apretón de manos.

La hoguera de los perros callejeros

Una familia sumida en el duelo no sufre más que desgracias y no deja de dar traspiés. Hay dedos de los pies llenos de costras y ojos aterrorizados, casi arrancados. Caídas de tejados, de bicicletas y resbalones en el serrín del suelo de la carnicería. La pena también abre camino a todas las enfermedades. Misteriosos males y altas fiebres. Cualquier tipo de viruela local. Incluso los más recios pueden contraer difteria, tos ferina, sin hablar de la gripe intestinal o las diarreas corrientes, plagas de mocos, ojos legañosos o infecciones de oídos, y piojos. Cuando llegó el frío, parecía que cualquier enfermedad, por leve que fuese, se cruzaba en el camino de los muchachos, y Delphine no encontraba la manera de cumplir el horario que había acordado con Fidelis. A veces, sólo tenía que cuidarlos durante una noche. Otras, tenía que dormir al pie de las camas. Se convirtió en una experta en convertir un pollo en una sopa caliente. Tomó la costumbre de comprobar detrás de sus orejas todas las mañanas en busca de huevos o liendres. E incluso cuando todos estaban sanos y respiraban profundamente mientras dormían a pierna suelta, aguardaba en el umbral, preocupada. Ellos lo habían provocado. Habían activado algún interruptor primitivo en su cerebro y ella no podía apagarlo. A veces, antes de marcharse y con una vehemencia supersticiosa, Delphine contaba las inspiraciones de los chicos hasta asegurarse de que respiraban con normalidad. Contaba diez inspiraciones en cada uno; después, alcanzado ese número preciso, ni uno más ni uno menos, se obligaba a dar media vuelta y marcharse.

Las preocupaciones daban paso a más preocupaciones y Delphine se volvió muy nerviosa. A veces, se despertaba durante la noche, junto a Cyprian, y descubría que, contra su voluntad, su cerebro rememoraba viejas escenas de un pasado muy lejano, donde amigas o novios la habían hecho sentir vergüenza o la habían traicionado. O las calamidades que las borracheras de su padre llevaban a su casa. Las revivía. A menudo despertaba a Cyprian para obligarle a hablar con ella, pero nunca le contó que había mantenido la esperanza, con curiosidad y osadía durante todo el mes siguiente después de haber hecho el amor, temiendo y deseando, imaginándose lo que sería tener un hijo. Y él nunca le contó que había sentido lo mismo, pues con Markus cerca no lograba pensar en otra cosa, y siempre había creído que tendría hijos. Se imaginó con un niño, o una niña, enseñándole a sumar, a mantener el equilibrio, contándole de dónde venía y todo lo que sabía. De modo que, cuando hablaba con Delphine durante la noche, pensó en preguntarle si estaba embarazada, pero no lo hizo porque habría planteado la cuestión de las relaciones sexuales, cuya complejidad emocional no quería afrontar. Debía prepararse

y suponía un esfuerzo. Resultaba mucho más fácil permanecer neutral, y cariñoso, acariciarle la cara y sujetarle la mano, contarle historias sobre sus hermanos y el viejo y testarudo caballo que compartían hasta que se quedaba dormida otra vez. Era más fácil ser su hermano, pero deseaba tener hijos, y quería seguir al lado de Delphine. Conforme los meses avanzaron, supo que no esperaba un hijo suyo, así que una noche, en la oscuridad sin luna, con los ojos clavados en unas tinieblas semejantes a un pozo que conducía al espacio exterior, le pidió que se casara con él de verdad, con una alianza de oro.

La oscuridad era tan intensa esa noche que los envolvió en unas volutas verdes. Durante un largo tiempo, Delphine no contestó. Pero no estaba reflexionando sobre ello, estaba pensando en cómo decirle que no. Sólo cabía una manera.

—No.

La alargada vocal flotó sobre ellos.

Había cosas buenas. Delphine dirigía la tienda con una diligencia casi entusiasta. No se había imaginado que le gustaría tanto el trabajo hasta que se encontró casi al frente del negocio. No le importaban las duras tareas de limpieza, y además tenía a los chicos para barrer, esparcir serrín, restregar las vitrinas y los suelos, y a Franz para despachar a los clientes después del colegio los días que acudía mucha gente. Comenzó a sentir un inmenso placer, casi embarazoso, cada vez que vendía algo: una ristra de la mejor salchicha de hígado a este lado del Atlántico, o un trozo de queso colby, que no se conseguía en cualquier sitio, o arenque ahumado de una caja que acababan de abrir y que desprendía salmuera y humo. Eva había transmitido a Delphine la mágica creencia de que todo lo que elaboraba Fidelis era inmejorable y de que cada bocado que la tienda vendía era de una calidad superior que sólo se merecían sus propios clientes.

Esa convicción resultaba provechosa para el negocio y Delphine poseía además buen ojo para lo que podía venderse y para saber cuándo rebajar un precio. Organizó una rifa semanal de productos por valor de un dólar, y aquello atrajo a más clientela. Con excepción del banquero y el resto de los y escasos ricachones, que vivían en mansiones rodeadas de césped y pintadas con exuberantes colores en un promontorio que el imprevisible río no había anegado todavía, la demás población se hallaba sin dinero la mitad del tiempo. Muchos eran aún más desdichados: tan devastados e indigentes que no podían pagarse nada de carne. Delphine tenía talento para sonsacar dinero de los pudientes y también para vender con mesura a los pobres. Almacenaba barricas de alubias y guisantes, cerraba buenos tratos con los granjeros y negociaba como un vendedor de caballos para productos que estaba segura de poder vender. Comenzó a comerciar con un ambicioso mayorista de Minneapolis, y almacenaba todo tipo de nuevos artículos que atraían la curiosidad del público, que se acercaba para echar un vistazo. Jabones que ella misma había probado y podía recomendar, remedios en polvo, paquetes de copos de avena de primera calidad, vinagre de sidra, aceite de nuez y tarros de mostaza. Había mandado colocar en la pared una vitrina para productos lácteos. Antes sacaba la leche de una lata situada en la cámara frigorífica; ahora almacenaba nata,

leche fresca, tres tipos de mantequilla y huevos frescos de las gallinas de Roy.

Roy seguía sin beber. Paradójicamente, aquello había empezado a preocupar a Delphine. Sin embargo, ¿qué podía objetar al trabajo eficiente que realizaba por toda la casa? Se mantenía ocupado, incluso viajaba al norte con Cyprian de vez en cuando y no metía mano a la mercancía que traían de contrabando por la frontera para revender. A veces, Roy mentía a Delphine con gesto sincero y atento, y le contaba las mismas historias que había relatado anteriormente a Eva. Cómo una vez interpretó un papel en una ópera italiana o mató a un oso, que un indio navajo le había enseñado a tejer y que sabía recitar largas oraciones en hebreo. Delphine pensó que no le conocía en absoluto. ¿Quién era, sobrio, en resumidas cuentas? Su padre era un extraño, un hombre del que no conocía nada y a quien no sabía cómo abordar. Antes era fácil. Su relación estaba compuesta de momentos en los que él se arrastraba hasta ella suplicándole por dinero y ella le decía que no. Al menos todavía se relacionaba con los demás hombres del coro. Roy acudía a la carnicería, después de echar el cierre, para sentarse alrededor de la mesa con los hombres y cortar lonchas de las salchichas de Fidelis en galletas saladas cuadradas. Cyprian también asistía. Después de que ella terminara en la cocina, la llevaban a casa en coche. Era una rutina, pensaría Delphine más tarde, que no había sabido valorar lo suficiente. Una vida tranquila sin sustos ni sobresaltos. Sin dilaciones tampoco. El tipo de vida que no se sabe, cuando se está viviendo, que es una vida feliz.

Ahora Markus comprobaba las chinchillas a diario, pues el peletero llegaría cualquier día y el chico quería que las pieles estuvieran en las mejores condiciones. Delphine no entendía cómo Markus era capaz de dar un nombre a cada animal y tratarlos con tanto mimo para no asustarlos, o cómo incluso parecía tenerles cariño y, sin embargo, no mostraba el más mínimo escrúpulo por su muerte inminente. Delphine supuso que estaba aprendiendo algo sobre la naturaleza del hijo de un carnicero, que ve desfilar animales ante sus ojos. El único ser exento de este fatalismo era Schatzie, que había yacido al pie de la cama de Eva y montaba ahora guardia ante la puerta de la habitación de los chicos todas las noches. La perra blanca era apacible e inteligente, pero se sobresaltaba, inquisitiva, al menor ruido. Delphine había visto cómo la perra se ponía muy tiesa, gruñendo con autoridad, ante la intrusión de cualquier desconocido que viniese a entregar alguna mercancía. A veces, la perra la miraba con sus ojos de color miel tan alertas y vigilantes que se estremecía al ser consciente de ello. No cabía duda alguna, no había que tratar a esta perra como a los demás animales, cuyos destinos se resolvían rápidamente en cuanto salían del corral, o como a aquellos sólo criados por su piel.

Markus se recreaba con las cifras que dejarían las chinchillas y calculó una y otra vez los beneficios con sus hermanos pequeños, con un lápiz entre los cortos y gruesos dedos, y mordiéndose los labios. Franz había dejado claro desde el principio que era demasiado mayor para ese tipo de proyecto, y los tres más jóvenes, por tanto, debían encargarse solos de reunir el dinero, y se concentraban en el reparto de innumerables maneras, avanzando tal o cual argumento para decidir si debían juntar el dinero para algún propósito más ambicioso o bien dividirlo, o si alcanzaría para comprar una nueva bicicleta a cada uno de ellos. Mientras tanto, los valiosos y diminutos animales grises

correteaban de un lado para otro, sin sospechar nada, en sus cestas de frágil malla metálica, entrando y saliendo de las toscas jaulas donde anidaban, cubriéndose poco a poco de un suave pelaje, hasta un viernes por la noche.

Tras un breve aperitivo de asaduras de oveja, los perros callejeros saltaron y se deslizaron por la valla trasera. Schatzie comenzó a ladrar delante de la carnicería. Mientras Fidelis salía en busca de ladrones y comprobaba todas las cerraduras, los perros callejeros se daban un buen homenaje. Derribaron la larga hilera de jaulas y fueron sacando las chichillas una por una. Se las tragaron de golpe o las despedazaron, y después desaparecieron, sigilosamente, como siempre hacían cerca de la casa del carnicero, pero dejando sus enmarañadas huellas.

—¡Delphine!

Era Markus, y pensó más tarde con un poco de vergüenza que era todo un cumplido que acudiera primero a ella a la mañana siguiente, en cuanto llegó a la tienda. El muchacho tenía el rostro desencajado y los sollozos le ahogaban el pecho: un trozo de piel inerte colgaba de su mano.

—¡Las han cogido! ¡Las han matado!

Delphine salió corriendo con los otros dos muchachos y comprobó que era cierto. Las jaulas estaban esparcidas por el suelo, destrozadas y abiertas como bolsas de la compra, y no se podía ver ni una sola chinchilla. El trozo de piel hecho jirones de Markus era la única prueba que los perros habían dejado, y el chico lo sujetaba ahora con incredulidad. Dio unos pasos hacia delante y se tambaleó, sobrecogido por la pérdida. Se trataba de castillos en el aire y del cuento de la lechera, pero también —lo comprendía ahora Delphine— eran de algún modo el extraño legado que Eva había dejado a sus hijos, el proyecto que ella había comenzado, y, aunque los chicos no lo supieran o no lo admitieran, esos animales habían sido obra suya. Los perros callejeros jamás debieron matarlos. Y Delphine se dio cuenta, cuando Fidelis examinó los daños, que crecía en él un sentimiento parecido, una ira oscura que nacía desde lo más profundo e iba aumentando hasta dominarle como un grueso manto, hasta hacerle inclinar la cabeza levemente, levantar la mirada y tomar una decisión.

—*Sei ruhig* —dijo a sus hijos y, con un gesto poco usual en él, puso la mano en el hombro de cada uno de ellos. Después, dio media vuelta sin mediar palabra con Delphine y se dirigió al matadero con indignación. Reunió viejos trozos de carne que se habían quemado en el congelador, otros que se habían estropeado en la cámara frigorífica, despojos con moho de un cuarto de ternera que curaba para el banquero, y llevó las ollas repletas hasta la linde del campo y vertió allí todo el contenido. Los muchachos le observaron y Delphine también; enseguida le siguieron y le vieron entrar en la pequeña habitación contigua al matadero donde guardaba los dos fusiles. Cargó ambos y después se llenó un bolsillo con más municiones. Se colgó al hombro una silla que llevó fuera y colocó debajo de un árbol. Se acordó de algo y volvió al frigorífico. Sacó tres cervezas de sus ronroneantes entrañas. Cogió una hogaza de pan, mortadela, un poco de queso y varias manzanas. Regresó, después, a la sombra del árbol, sin perder de vista los

despojos de carne en la linde del campo. En el patio, los muchachos y Delphine contemplaban cómo dejaba ambos fusiles en el regazo. Finalmente abrió una botella oscura.

Delphine entró de nuevo en casa. El timbre de la puerta había sonado; era Paso-y-Medio, que acudía en busca de su habitual olla de despojos. Fidelis acababa de vaciar esa cacerola fuera para atraer a los perros. Delphine miró detenidamente a través del cristal los perfectos y caros trozos de carne entreverada y eligió un bonito filete de ternera. Lo envolvió en papel blanco, lo ató y se lo entregó sin la menor explicación.

Paso-y-Medio dirigió a Delphine una mirada extraña y vacía, examinó el paquete y lo sopesó con la mano.

—Cójalo —ordenó Delphine, con brusquedad.

Un gesto de recelo cubrió los rasgos de la mujer dibujados con elegancia. Preguntó:

—¿Cuánto es?

—Cójalo, sin más —insistió Delphine, molesta por los extraños escrúpulos de la mujer y tal vez con demasiada rudeza.

—Me parece que no —decidió Paso-y-Medio.

Aquello, comprendió Delphine, rozaba demasiado la caridad para su estómago y resultaba demasiado lujoso. Paso-y-Medio rebuscó toscamente en capas y capas de ropa y bolsillos hasta depositar una moneda de cinco centavos en el mostrador. Según la experiencia de Delphine, era la primera vez que pagaba con dinero. Delphine cogió la moneda en la palma de la mano, buscó tres centavos de cambio e intentó dar las monedas a Paso-y-Medio.

—¡Quédate con el maldito cambio! —refunfuñó con un bufido ofendido; después, se dio media vuelta para dirigirse a grandes zancadas hacia la puerta, quejándose entre dientes del espantoso precio de las cosas.

Afuera, los muchachos estaban en cuclillas bajo el sol en la viga más alta de la valla del corral. Delphine los observó desde la ventana de la cocina mientras masticaban las puntas de una hierba y miraban a su padre en silencio. Fue una sorpresa para ella percibir un estremecimiento de excitación en su corazón, y se sintió culpable mientras observaba a Schatzie sentada en la sombra, al acecho. En su estado de agitación, Delphine merodeó repetidas veces cerca de la ventana para ver si los perros se habían acercado. A medida que el sol de otoño se elevaba en el cielo, dominándolos, los chicos entraron en casa para comer y Delphine untó unos panecillos con mantequilla dulce y después añadió lonchas del pollo del viejo gallinero que había guisado la víspera. Llevaron bocadillos a su padre, así como su propio almuerzo, y se sentaron fuera a esperar. Pasaron más horas de las que nadie se imaginaba. Cuando no se les andaba buscando, los perros parecían estar siempre rondando por la linde del campo. Pero ahora que se les esperaba, no aparecían. Tal vez parte de la rabia que sentía Fidelis se debía a que en el pasado había sentido lástima por esa famélica jauría y les había dado de comer. Se habían aprovechado de él, algo que no podía consentir.

A última hora de la tarde, cuando los muchachos se habían adormilado a la sombra de

las parras, Delphine oyó la primera detonación. Fidelis había esperado y observado cómo se congregaban todos los perros, y ahora les disparaba con mano firme. Delphine salió corriendo por la puerta trasera, trepó por la valla del corral junto a los chicos y vio cómo los perros iban cayendo uno tras otro. Primero el fuerte pardo recibió una bala que lo hizo girar como una peonza. El gris recibió otra limpiamente en la cabeza, se tambaleó hasta detenerse y se derrumbó despacio. Dos animales de tamaño medio con pelo largo y enmarañado fueron alcanzados e intentaron escapar aullando, para caer muertos antes de llegar al bosque. Un perro rojizo gruñó y mordió el aire antes de que una bala le seccionara la yugular. Otro blanco mugriento se arrastraba por la hierba. Una bala le atravesó la espina dorsal. Se detuvo. Cayeron seis más. El último, un perro gris y veloz, huyó desesperado dando saltos y Fidelis apuntó con cuidado a la sinuosa espalda y lo ejecutó. El último disparo reverberó por todo el campo. Fidelis se giró e hizo señas a sus hijos.

—Amontonadlos.

No dijo nada más y los muchachos le obedecieron, salieron a buscarlos hasta arrastrar a cada perro y apilarlos como si fueran mantas. Uno de ellos, reparó incómoda Delphine, era el enorme perro chow chow castaño que había escapado de casa de los Kozka. Delphine pensó que sería mejor borrar cualquier prueba, pero no dijo nada. Fidelis salió de la carnicería con dos bidones de queroseno. Vació uno sobre los perros y luego añadió palos de madera, ramas desprendidas y desechos del jardín. Cuando la hoguera le llegaba a los hombros, vertió el resto del queroseno. Encendió una antorcha con un largo rollo de papel y la arrojó con cuidado sobre la madera empapada.

Sonó un sordo chasquido y todo se cubrió de llamas. La hoguera ardió y ardió hasta bien entrada la noche, y los muchachos fueron alimentando la pira con más leña. Durante un tiempo, olía como una hoguera corriente y después a carne a la brasa, y al cabo de un rato ya no olía a nada. El fuego abrasador lo consumió todo y, en la oscuridad de la noche, los muchachos y Delphine lo contemplaron ensimismados y con una intensidad que no alcanzaban a comprender. No podían apartar la mirada; era una visión fascinante. Los troncos se deshicieron en pavesas tan calientes que consumían hasta la madera más verde. Incluso los huesos de los perros terminaron siendo ceniza. No quedó nada. La hoguera siguió ardiendo, y siguieron avivando el fuego hasta que se hizo tan tarde que Delphine tuvo que mandar a los muchachos a la cama.

Fidelis dormía en un cuarto justo enfrente de la habitación de los chicos, pero tenía un sueño profundo y no se despertaba nunca. Así que, cada noche, Delphine daba el relevo de la vigilancia a la perra y no a Fidelis. Nunca se despedía de Fidelis, y de hecho siempre se las arreglaba para no estar nunca a solas con él. Esa noche, Fidelis trabajaba hasta muy tarde para compensar el día que había pasado debajo del arce americano con los fusiles. Mientras Delphine se alejaba de la habitación de los chicos, después de contar sus respiraciones entre sueños, acarició a Schatzie y la perra levantó los ojos hacia ella con complicidad, como solía hacer. Cansada, Delphine dejó la mirada clavada en los ojos de la perra demasiado tiempo y de pronto no pudo apartar la vista. Permaneció así sin poder moverse y se le llenaron los ojos de lágrimas, porque era Eva quien le devolvía la

mirada con una expresión de enorme compasión y serenidad.

Un escalofrío recorrió la espalda de Delphine.

—Estoy perdiendo el juicio —masculló en voz alta para romper el hechizo.

Pareció funcionar, aunque no se atrevió a volver a mirar a la perra. Dio la espalda a Schatzie y salió al patio, atravesando el enmarañado jardín donde había recogido varias calabazas llenas de protuberancias ese mismo día hasta la linde del campo. Se quedó allí de pie, sola. A su alrededor, la oscuridad hervía con los zumbidos de los insectos otoñales, una vida susurrante que se inflamaba y enmudecía, rodeándola con su música primitiva. Inspiró hondo el aroma picante de las malas hierbas que brotaba debajo del humo acre.

—¡Qué demonios, Eva! —se oyó exclamar a sí misma.

Entonces se puso a hablar sencillamente con su amiga, nada especial. Se reía de los muchachos, de los hombres y de los clientes. Especulaba sobre los motivos que llevaban a la gente a comportarse de una determinada manera. Desde la muerte de Eva, Delphine no había llorado y había apartado cualquier pensamiento sobre su amiga, prefiriendo que el duelo anidara en ella sin palabras. Esa noche, mientras hablaba en la oscuridad, la invadió una tristeza desconocida que le proporcionaba también un cierto y desesperado consuelo, y se abandonó a llorar con un llanto desconsolado, perdido y ronco, hasta que los últimos rescoldos se hundieron en una base roja y apagada y la oscuridad estuvo a punto de envolverlo todo.

«Así será —pensó Delphine en el coche mientras volvía a casa, sumida en pensamientos de abatimiento y exaltación—cuando yo también viva el fin de todas las cosas.» Esos últimos rescoldos de luz apagándose hasta extinguirse, y después la oscuridad deslizándose en los límites de su visión. Al girar en una curva, surgió en la carretera una silueta, con los ojos rojos que reflejaban las luces del coche, que se desvaneció dando saltos en un arco fantasmal. Un perro. Delphine se echó a reír bruscamente. Vaya, ni siquiera Fidelis era capaz de librar al mundo de los perros salvajes, y tal vez seguirían aullando en la oscuridad alrededor de su casa. Y quizás irían también a por las gallinas de Roy. Sin ningún motivo real, la idea de un perro escapando del fusilamiento tan certero de Fidelis la animó, y se sentía de un humor extrañamente alegre cuando llegó al patio de la casa. Al bajar del coche, percibió el ruido sordo y rítmico de los ronquidos de su padre. Había una luz encendida en la cocina; probablemente Cyprian hacía un solitario o leía alguna novela barata de misterio o policíaca, que le encantaban y que compraba en la tienda del pueblo, o incluso tal vez ensayaba, como hacía a diario, un pequeño número para el espectáculo que estaba preparando.

Delphine entró en casa. Ninguna de esas cosas. Cyprian estaba desplomado sobre la mesa; se había dormido mientras la esperaba bajo la tenue luz de una sola lámpara. Estaba en camiseta interior y Delphine pudo divisar los relámpagos de sus cicatrices de guerra, las recias hileras de músculos y la suave piel dorada. Así dormido, con el rostro semioculto en la penumbra, resultaba impresionante. Su cara mostraba una geometría tan perfecta que parecía el protagonista de una fabulosa pintura, un héroe caído en una

escena de la Antigüedad. Delphine le puso la mano en la espalda para despertarle y, al hacerlo, Cyprian tomó su mano y se la llevó a la mejilla. Durante un largo tiempo, la sostuvo así y, después, habló con ella y le dijo que, si se casaba con él, nunca más tendría que preocuparse por nada. No volvería a estar con ningún hombre, le sería fiel de la manera más absoluta. Renunciaría a esas emociones, a todo aquello que la movía y la llevaba a buscar la compañía de otros varones. Apartaría esos pensamientos de su mente. Sería diferente. Y era capaz de hacerlo porque la quería, explicó, y, si ella también le quería, serían felices.

Delphine se sentó a su lado; no enfrente, donde tendría que mirarle a los ojos, sino junto a él, donde podía abrazarle. No tenía nada que decir realmente ante aquella muestra de confianza; si no le hubiese visto con ese otro hombre, tal vez habría sido capaz de creer sus palabras. Pero le había visto, y lo que había hecho era —no podía nombrarlo exactamente, no sabía cómo expresarlo con palabras que no fueran torpes—, lo que había visto era *a él*. Al verdadero Cyprian. Si las personas tuviesen una esencia, la suya se hallaba en ese fulgurante estremecimiento entre los dos hombres, en la energía y el placer, la felicidad incluso que había percibido desde su escondrijo entre las hojas y que permanecía allí, volviéndose apremiante en el momento en que Delphine salió al descubierto.

En lugar de contestar a su pregunta, le contó lo que había sucedido ese día: el descubrimiento y la trampa tendida por Fidelis. Notó que prestaba más atención cuando le habló de los fusiles que descansaban tranquilamente en el regazo de Fidelis, y se sintió animada a proseguir con el relato, sólo para distraerle. Le contó la larga espera y después los disparos de una sola tanda. No se había desviado ni perdido ni una sola bala. Fue para ella una enorme sorpresa descubrir, más tarde, que Fidelis había matado a cada perro con una facilidad y una precisión pasmosas, que no había sido capaz de percibir en el mismo momento debido al fragor de la matanza. Sólo después, explicó a Cyprian, oyó los disparos tan regulares y continuos que le parecieron una sola detonación.

Cyprian asintió, asimiló con un interés silente todo lo que ella decía y, fascinado, escuchó el relato de la hoguera y de cómo la hicieron, y el silencio de los sorprendidos perros, y comprendió la fría cólera que había derivado en aquella matanza. Durante todo el tiempo que estaba escuchando, Delphine no podía adivinarlo, Cyprian pensaba en algo muy diferente a lo que ella podía imaginar.

«De modo que Fidelis era un francotirador —eso pensaba—. Un francotirador alemán. Me pregunto si alguna vez me tuvo en su punto de mira, sin casco y de espaldas. Me pregunto si fue él quien reventó los sesos de Syszinski, o la mano de Malaterre, o el corazón en el pecho del hombre al que yo amaba.»

Fidelis Waldvogel y Cyprian Lazarre no hablaban nunca de la guerra que los había enfrentado y que, sin embargo, se alzaba entre ellos como el barro de Bélgica, antaño terrorífico y ahora verde y frondoso. Las trincheras se taparon, los túneles se derrumbaron y los ejércitos de hombres desesperados por sobrevivir cubrían, en cambio, cada capa de tierra. A veces, cuando bebían juntos, a uno de ellos le surgía un

pensamiento sobre la guerra, porque ninguno de ellos permanecía un solo día, ni siquiera varias horas, sin recordar la guerra. Una imagen, un sonido o una palabra. Algo entraba en ellos, y uno de ellos se callaba y libraba una pequeña batalla interior, antes de poder continuar. Y su interlocutor percibía el impacto, semejante a la onda expansiva de una bomba caída a lo lejos, y se alegraba o se sentía aliviado de poder bromear o de tomarse un largo trago de cerveza.

Solamente en una ocasión, una noche cuando todo se hallaba tranquilo y Cyprian esperaba a que Delphine terminara alguna de sus tareas, mientras Fidelis y él estaban sentados a la mesa de la cocina, salió a la superficie un elemento de su soterrado conocimiento.

—Te dispararon —observó Fidelis, con una mirada escrutadora a las cicatrices que subían como finos surcos por el cuello de Cyprian; una sinuosa marca nacía detrás de la oreja y desaparecía en su mata de pelo azabache y sedoso.

—Y a ti te hirieron aquí —Cyprian señaló en su propia barbilla la zona castigada, un agujero de casi tres centímetros, donde una bala había rozado la mandíbula de Fidelis. Los dos hombres lo dejaron en ese punto, agotados. Podrían haber continuado. Fidelis podría haberle enseñado la bala, extraída de su hombro y que llevaba en la cadena del reloj. O las marcas de los sablazos en la espalda y el brazo. La atónita carne en la cadera donde el arcón de armas le aplastó cuando le dieron por muerto. Ambos habían padecido heridas mucho más graves que las que podían verse a simple vista, ocultas debajo de la ropa y ocultas también por los hombres en quienes se habían convertido ahora. Pero ninguna de sus experiencias era del tipo que los hombres transforman en historias que repiten hasta la saciedad con otros veteranos de guerra alrededor de unos tragos. Esas historias trataban de momentos vividos en la retaguardia, normalmente de mujeres y otros hombres y, si contenían algo de acción o implicaban haber matado a alguien, siempre eran breves y gloriosas. Ni Fidelis ni Cyprian habían conocido la gloria y, aunque ambos habían sufrido la magnitud del horror, no tenían nada que decir sobre ello.

Tante estaba que rabiaba. Delphine podía percibirlo como si fuera una bocanada del gas de alcantarilla que manaba al final de la calle. Su reputación en el pueblo y entre su grupo de fieles luteranas había disminuido desde que su hermano le había pedido que se marchara de su casa para sustituirla por Delphine, una mujer que —Tante recababa información con suma facilidad— era la hija del borracho del pueblo, sospechoso de asesinato, católica y, lo peor de todo, polaca; una mujer casada (si es que lo estaba, porque se rumoreaba lo contrario) con un hombre con aspecto extranjero y demasiado atractivo, que vivía bajo su techo; una antigua actriz de teatro y, ¿era necesario recalcarlo?, una cualquiera. Como si eso fuera poco, esa Delphine se había instalado cuando Eva enfermó y había entablado amistad con esta última porque sabía reconocer una buena oportunidad cuando se le presentaba: un buen partido, viudo con negocio propio y cuatro hijos espabilados. Sabía lo que quería, sostenía Tante moviendo la cabeza con aire sombrío, desde luego que sí, esa fulana de Delphine sabía muy bien lo que quería.

Tante envió un sinfín de cartas a Alemania, repletas de oscuros llamamientos, y enseguida recibió las respuestas, que colocaba en la caja registradora, desafiando a Fidelis a ignorarlas. El hombre las leyó, tensó el gesto, pero no dijo una sola palabra. Estaba distraído. En el cajón donde guardaba la ropa había una caja de puros que contenía una maraña de medallas, incluida la Cruz de Hierro. Había arribado al país con tan sólo una maleta llena de salchichas que vendió y de cuchillos que conservó, y había trabajado sin descanso. Sólo para ver cómo todo a su alrededor se derrumbaba con un efecto tan devastador como la inflación en Alemania, que había llevado a su madre, según le había contado en una carta, a empujar carretillas de *reichsmarks* hasta la panadería para comprar el pan. Había dejado una depresión para encontrar otra. Y entonces, a pesar de todo, sus padres habían tenido un golpe de suerte. En el peor año de todos, consiguieron recuperar una pequeña propiedad que les había pertenecido antes de la guerra, un edificio con comercios, y por la parte que le correspondía a él le habían enviado dinero.

Con esa suma había comprado la granja en Dakota del Norte y abierto la carnicería. Había trabajado desollando reses y despedazando cerdos dieciocho horas al día para traer a Eva, a Franz y después a Tante a vivir con él. Echaba de menos a su indulgente y cariñosa madre y a su estricto y distante padre. Y a su hermano, que compartía ahora el negocio familiar. Pero había más y más trabajo, siempre más, y siempre iba con retraso en todo lo que había que hacer. Ahora era impensable plantearse siquiera ir a visitar a su familia. Leyó sus cartas y las dejó a un lado antes de que penetraran en la silenciosa médula de su ser, donde podía sentir alguna emoción como la soledad.

Tante cogió las cartas y las guardó en el bolso con una mueca de contrariedad. Se dedicó con más ahínco todavía a que tomara conciencia de su lista de escandalosas verdades sobre Delphine. Fidelis descartaba sus argumentos haciendo un gesto con la mano. Tante se mordía los labios por la enardecida defensa que hacía su hermano de esa mujer polaca. Estaba tan furiosa que echaba humo. Ante los demás, no podía sobrepasarse con las críticas ni incluir a su hermano en ellas, para no dañar el negocio ni ahuyentar a los clientes y que éstos fueran a comprar al carnicero del otro extremo del pueblo. Algunos de sus ataques de ira, llenos de resentimiento, debían cocerse a fuego lento; después, al igual que un buen guiso, se volvían más contundentes. Rumiaba la terrible injusticia que le había infligido su hermano y fantaseaba con regresar a Ludwigsruhe. Esos sueños también se tornaban densos con tantos detalles y rebosaban de episodios improbables. Se imaginó, por ejemplo, que regresaba con los muchachos – bueno, tal vez con Markus no, pero con los otros tres–. O sólo con los gemelos. Era una posibilidad.

Tal y como ella lo veía, no podía regresar a Alemania sola, sin haber sido capaz de encontrar esposo en esta nueva tierra de promisión donde la guerra no había reducido el número de hombres vivos. No podía volver con las manos vacías. Unos hijos sin madre servirían. En su condición de heroica protectora de los hijos de su hermano, podría integrarse en la vida social del pueblo como su tía, y no como una tía solterona sino como una tía con personas a su cargo. Tendría una posición social. Si no, ¿qué le quedaba?

A veces, en su pequeña y austera casa, en la sala de estar dominada por el barato escritorio de maestra, comprado de segunda mano además, su mente saltaba como una rata enjaulada. No podía continuar llevando las cuentas de esa manera, secándose cada día un poco más, volviéndose tan quebradiza como las páginas donde escribía y tan tiesa como los números que sumaba o restaba. Y, sin embargo, la verdad sea dicha, ¿qué había de atractivo e importante en tener marido? Todas sus amigas estaban casadas y no hacían más que quejarse de los comentarios soeces de los hombres, de sus costumbres vulgares o de sus ausencias, o alardeaban del tipo de comida o de las cantidades que eran capaces de ingerir. Tante no encontraba ninguna verdadera utilidad a tener marido, a no ser que fuese rico. Y, sin un esposo rico, sólo le quedaba hacer el balance de los libros de contabilidad de tres precarios negocios –la ferretería Krohn, el café Olson y la carnicería–, que a duras penas podían pagarle la miseria que cobraba. Llegó a la conclusión, por tanto, de que la única forma de abandonar su triste habitación era buscarse un marido pudiente, o deshacerse de Delphine y alejar de algún modo a Emil y Erich de su padre mientras fueran todavía lo bastante jóvenes como para encandilar a los demás y no tan mayores como para crearle problemas a ella.

Por supuesto, había otro modo. Podía ganar dinero por sí misma. Pensó en ello. Ganar dinero. No se le ocurría ninguna idea. Siguió dándole vueltas y concluyó que era su única esperanza. El deseo de ganar dinero comenzó a girar en su cabeza con una virulencia frenética. Soñó con dólares, soñó con océanos, soñó con bajar de un transatlántico en Alemania vestida con un abrigo de piel. Por la noche, el dinero bailaba detrás de unos barrotes de hierro, fuera de su alcance. Una tarde, mientras comía una pálida rebanada de pan con una salchicha de ternera blanca, le vino a la cabeza una idea que le pareció tan descabellada y estrafularia que la descartó de inmediato. Pero volvió. Y Tante acabó siendo incapaz de pensar en otra cosa.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, Tante había tomado la decisión de vender la última joya que le quedaba de su familia, un camafeo que le había legado su abuela: un amplio y espectacular perfil esculpido de una mujer a la vez recatada y sensual. La talla era de exquisita factura y el rostro, sensible y, sin embargo, algo arisco. El pelo de color crema se fundía con el rosa de la concha. Tante había admirado el camafeo cuando era niña y, al sacarlo de su escondrijo, una diminuta grieta en la pared detrás del tocador, recordó cómo lo había acariciado suavemente, prendido en el encaje que rodeaba el cuello de su abuela, en una tarde soleada durante una merienda campestre. Tiempos ya remotos. Representaba para ella seguridad y bienestar, todo lo irreprochable y sólido en su vida en Alemania antes de la guerra. Lo llevaba a menudo, demasiado a menudo, para recordarlo. Renunciar a él no era baladí. Pero estaba decidida. Guardó el camafeo en un calcetín y metió éste en el bolso. Lo vendería, y con el dinero se compraría un vestido elegante. Con ese traje, acudiría al banco y no se marcharía de allí hasta conseguir un empleo que al fin la hiciese rica, puesto que de algún modo se encontraba cerca de una gran cantidad de billetes –todo el dinero del pueblo.

Delphine casi se cayó de espaldas cuando vio a Tante esa misma semana luciendo no

el vestido negro que había habitado como una segunda piel, sino un conjunto con una falda entallada elaborada en un tejido de una rigidez y un brillo metálicos poco habituales. Daba la impresión de que el traje había sido cortado y soldado como una armadura. Tante parecía invencible, lo cual era su intención. Mientras se dirigía al banco, propiedad del único hombre en el pueblo que ella sabía que podía permitirse un filete cada noche de la semana, tuvo el presentimiento de que las tornas iban a cambiar para ella. Estaba segura de que su nueva indumentaria surtiría efecto. Mientras esperaba sentada ante el despacho del director, e incluso mientras observaba a todos los cajeros y empleados, más jóvenes que ella, todos hombres jóvenes, seguía teniendo fe en el material del conjunto que vestía. El tejido espejeante del vestido la sostenía. E incluso cuando le denegaron cualquier tipo de puesto en el banco, su nuevo atuendo la ayudó a no perder la confianza. Decidió recorrer la calle, de arriba abajo, por todo el pueblo, y no desistir hasta conseguir un empleo que le proporcionara dinero, fuese el que fuese. Sin importar quién la contratase. El traje hallaría el lugar. El traje la conduciría hasta allí.

«Así que es posible que el vestido fuese magnético», comentó más tarde Delphine a Cyprian. Esa impresión daba. ¿Cómo explicar, si no, que a Tante la atropellara un coche que parecía fabricado con la misma sustancia que su atuendo? Arrastrando los pies y preocupada por la única moneda de diez centavos que le quedaba en el monedero, Tante cruzó la calle sin mirar y fue golpeada por el coche de Gus Newhall, el antiguo contrabandista que se dedicaba ahora a la venta de medicamentos patentados y que venía del banco donde había depositado una sustanciosa cantidad de dinero. El vehículo arrojó a Tante al suelo y la mujer fue rodando de costado hasta golpear el tronco de un árbol; pero no causó verdaderos ni graves daños a su persona, al menos a la vista. El traje ni siquiera estaba polvoriento y, al alisarlo, desprendía el mismo resplandor que antes. Tante se incorporó, apartó los brazos de algunos testigos asustados, y le habría espetado a Gus Newhall que era un idiota imprudente, un cerdo, un miserable canalla, si no hubiera sido porque se trataba de un buen cliente de Fidelis. De modo que cerró la boca y se marchó, dolorida y tambaleante. Volvió a casa. En el salón, se tumbó en una gruesa y ovalada alfombra trenzada con retales. Sin pausa para recobrar el aliento y con una efectividad y una eficacia alemanas que la sorprendieron incluso a ella, maldijo a cada persona que había visto ese día, desde el joyero que le había comprado su tan querido camafeo, y se negaría —de eso estaba segura— a devolvérselo a cambio del traje que la había traicionado.

Franz pedaleaba en la bicicleta de Mazarine Shimek mientras la chica se mantenía en equilibrio. Su trasero ocupaba la forma en U del curvo manillar, y Franz agarraba con fuerza las empuñaduras de caucho en las extremidades. Intentó mirar por encima del hombro de la muchacha, por debajo de su brazo cubierto por un fino jersey, hacia la carretera que se extendía delante de ellos. Trataba de no fijarse en la manera en que el estampado de lilas del vestido de Mazarine se tensaba sobre lo que descansaba en el manillar. Sus pies, con las rodillas apretadas, tobilleras blancas y gruesos zapatos de cordones de chico, se apoyaban en el guardabarros delantero. Tenía el pelo castaño claro

y largo, que escapaba del desgastado y deshilachado lazo que utilizaba para sujetarse la cabellera. Largos mechones hacían cosquillas en la punta de la nariz de Franz, le acariciaban el labio superior o le rozaban la mejilla, mientras avanzaban bajo una suave brisa de camino al campo de aviación.

A Mazarine también le gustaban los aviones, o al menos eso decía, y recortaba fotografías de pilotos y carreras de aviones para el álbum de Franz. También le acompañaba a contemplar los aeroplanos y se sentaba a la sombra del establo, cuando alguno de los pilotos que guardaban en ese lugar sus aparatos o que habían aterrizado allí para pasar el día autorizaba a Franz a ocuparse del motor. Mientras Franz trabajaba junto a los hombres, la muchacha sacaba un libro sujeto por una correa a la parte trasera de la bicicleta y se entregaba a sus ejercicios de sumas y restas. A veces, sí se aburría, también hacía los deberes de Franz. Cuando los había terminado, se levantaba y daba vueltas por el establo, examinando con ojo crítico los aeroplanos hasta que Franz estaba listo para volver a casa. Pero no regresaban directamente. Eran una pareja de enamorados desde hacía varios meses. Se detenían justo antes del desvío a la carnicería. Franz escondía la bicicleta de Mazarine detrás de unos matorrales. Cogidos de la mano, se dirigían a un rincón debajo de un pino donde las ramas descendían y los rodeaba por completo.

—Pronto hará frío aquí debajo —comentó Mazarine mientras se acomodaba en el suave manto rojizo de agujas—. Y después, ¿qué?

Apartó la mano de Franz de su rodilla. El chico se enderezó un poco y aguardó. En una ocasión, la joven le había tomado la mano con delicadeza y la había depositado en uno de sus pechos, el izquierdo, diciéndole: «Haz pequeños círculos». Lo intentó, pero la joven arrugó el ceño enseguida, le apartó la mano y comentó: «Esto ni siquiera es agradable». Franz dejó la mano quieta, por si acaso Mazarine le pedía que lo intentara de nuevo. La muchacha tenía el labio superior muy fino, pero lo fruncía de manera provocativa. A él le gustaba que una de las curvas, de nuevo la izquierda, estuviera un poco más alta que la otra y cubriera levemente los dientes. Su labio inferior era carnoso, de un intenso color baya. Franz conocía muy bien esos labios, y sus orejas también. La chica siempre dejaba que él le besara las orejas y recorriera el cuello hasta la delicada cresta formada por la clavícula. Sus pestañas eran tan largas que proyectaban sombras, y la muchacha sostenía que las demás chicas las envidiaban. Eran de un suntuoso color castaño, como sus ojos, y de un tono mucho más oscuro que su espeso cabello lleno de mechas rubias, aclaradas por el sol, que le caía sobre los hombros.

Franz le acarició el pelo, se atrevió incluso a tirar de él para acercarse más. La muchacha se pegó a él y se arrebujó en el hueco de su brazo. Descansaban los dos apoyados contra el tronco del pino y tenían mucho cuidado en marcharse antes de que oscureciera, para poder quitarse el uno al otro toda la resina y las agujas de la espalda. Franz volvió el rostro hacia Mazarine. La joven cerró los ojos como una niña obediente y los abrió cuando Franz apartó sus labios de los suyos por fin. Mazarine se lamió la boca y lo miró con ojos burlones; después, clavó los dedos entre los botones de la camisa de Franz y le recorrió el pecho mientras le arañaba cada costilla suavemente con las uñas. Mazarine tenía unas normas muy simples: Franz sólo estaba autorizado a hacer las cosas

que ella le permitía. Ella, en cambio, podía hacerle todo lo que se le antojara, siempre y cuando él no se moviera y no la agarrara. Y eso, según Franz, era sumamente difícil cuando las caricias de Mazarine se volvían deliciosamente insoportables.

El sheriff Hock trabajaba hasta última hora de la tarde bajo la intensa luz de una lámpara de banquero con una pantalla verde para poner orden en los casos que llevaba. La mayoría de los delitos de los que se ocupaba eran robos de poca monta o casos de alteración del orden público, reyertas en bares o peleas conyugales, o bien asuntos lo suficientemente graves como para exceder su competencia. En esta última categoría, que incluía los desastres naturales y los accidentes de coche, lo que más detestaba era presidir las subastas de granjas y las ejecuciones hipotecarias. Aunque el gobernador Langer había ordenado a los bancos que suspendieran esas prácticas, Zumbrugge llevaba a cabo una o dos todos los años, y era trabajo del sheriff asegurar la paz durante el proceso. El sheriff Hock había sido encargado en varias ocasiones de supervisar alguna subasta que habría despojado a Roy Watzka de su granja. Sin embargo, cada vez que el banco se aproximaba a ejecutar la hipoteca, Roy se presentaba en el último momento con el dinero para pagar el crédito. Nadie tenía la menor idea de dónde obtenía los fondos. Pero abonaba la letra y bebía hasta que vencía el siguiente plazo, cuando se repetía de nuevo el mismo proceso.

Por primera vez en muchos años, Roy había pagado al banco a tiempo. El sheriff Hock observó fijamente la carpeta marrón de cartón duro bajo el haz de luz. Pensó que sin duda la repentina responsabilidad financiera de Roy se debía al regreso de Delphine. Sólo deseaba cerrar el caso y calificar el incidente de terrible error; después de todo, el velatorio había sido caótico y ocurría a veces que alguna persona se quedaba encerrada en un sótano. Pero había que tener en cuenta lo extraño del suceso y el horror de la muerte. El insólito pegamento de zumo de melocotón, perlas decorativas y excrementos caninos. Las dichas perlas. ¡Clarisse! Se pasó la mano por el rostro, recordando la antigua humillación y el desprecio de Delphine por su sufrimiento. Impotente ante ese recuerdo, se encogió en la butaca y apartó ese pensamiento. Pero todo le conducía a Clarisse. Pensaba en ella sin cesar, incluso cuando no pensaba en ella. La mujer era el telón de fondo de cada uno de sus minutos y de todo cuanto hacía. El mejor método que había encontrado para eludirla consistía en imaginar que la encerraba en un armario. Empujándola dentro. Besándola suavemente. Echando la llave. La mujer siempre tardaba varias horas en salir y, mientras pugnaba por escapar, él podía concentrarse en otros asuntos.

Otro hecho extraño era que Roy hubiera permanecido sordo a los ruidos procedentes de debajo de la casa. El sheriff Hock deseaba poder compartir la misma certeza que otros vecinos del pueblo, al menos, sobre la culpabilidad de Roy Watzka. Pero tenía el convencimiento de que Roy era sincero, aunque estuviese borracho la mitad del tiempo, y de que en el fondo era tan inofensivo como aseguraba su hija. El sheriff Hock era, tal y como le gustaba proclamar, un hombre que se guiaba por sus instintos y sus entrañas le decían que faltaba algo, una pieza del puzle. No estaba seguro en absoluto de que esa

pieza tuviese algo que ver con Roy, aunque vislumbró en otro caso no cerrado que tenía ante él la oportunidad de poner en marcha una cierta maniobra que podría desencadenar un par de movimientos. Sacó de ese expediente un documento que alisó con la mano y leyó despacio hasta el final, asintiendo a cada palabra. Tras tomar una decisión, golpeó el papel con la palma de la mano. Después, dobló la hoja con cuidado y la levantó hasta el bolsillo de la pechera. El papel crujió cuando apagó la luz.

Hacía una tarde fresca y dorada y las hojas revoloteaban por el aire cuando el sheriff Hock arrestó a Roy Watzka por el robo de la morfina. Aunque el hurto se remontaba a mucho tiempo atrás y Fidelis había acudido al sheriff inmediatamente después para explicar todo el asunto, Hock se comportó como si acabara de empezar la investigación. Fidelis había estado pagando a Sal Birdy una pequeña cantidad cada mes por la medicina y Sal lo había aceptado. No obstante, el sheriff Hock procedió a la detención. Roy lo acompañó sin rechistar, resignado a su encarcelamiento. Fue confinado a la celda que había ocupado tantas veces antes, sólo que entonces, borracho y roncando, era inmune a lo que le rodeaba y no le habían importado la manta hecha jirones ni las paredes cubiertas de manchas ni el cubo que apestaba a orina. Entró como de costumbre y cerró la puerta detrás de él. Esta vez, las cosas eran diferentes. Como hombre sobrio, Roy se había vuelto muy tiquismiquis. Para asombro del sheriff, lo primero que hizo fue solicitar un específico producto de amoniaco con perfume a pino, que había empleado para hacer habitable el gallinero, así como una fregona, un cubo, agua, cepillo y trapos. Arrojó la vieja manta por los barrotes y aporreó el colchón para expulsar las chinches, y lo hizo todo sin preguntar siquiera si su hija había sido informada de su difícil situación. El sheriff Hock se encargó personalmente de ir a la carnicería Waldvogel a informarla, pero antes llevó a cabo algunos preparativos para asegurarse de poder espiar todos sus movimientos tras darle la noticia.

En cuanto el sheriff Hock entró en la carnicería, Delphine supo con angustiosa claridad que Roy tenía problemas. Siempre temió que la felicidad de los últimos tiempos no durara mucho y, en efecto, no duró. Se acabó. La noticia sería humillante, porque, por supuesto, Tante estaba en la carnicería, charlando con Fidelis a la vuelta de la esquina. Delphine rogó a Dios que la conversación que mantenían acabara en una larga y enrevesada discusión y que no entraran en la tienda. Por supuesto, si se callaban, podían oírlo todo desde el lugar donde se encontraban.

Lo que el sheriff Hock tenía que anunciar no era nada halagüeño porque hacía gala de su conocido histrionismo. No podía evitar interpretar el papel de Portador de Malas Noticias. La tragedia cubría su rostro como una gruesa capa de maquillaje teatral. Delphine tuvo la misma sensación de distanciamiento que había experimentado cuando se enfrentó a Tante con la jeringuilla: que interpretaba un papel ella también y que sabía todo lo que el sheriff iba a decir y todo lo que ella iba a responder, y que ese momento había sido ensayado desde el principio de los tiempos.

Justo cuando Hock se disponía a abrir la boca, las voces al otro lado de la puerta enmudecieron, de modo que Tante oyó con claridad lo que dijo el sheriff. En cuestión de

minutos propagaría por todo el pueblo.

–He detenido a tu padre.

–Quiero verle –dijo Delphine con voz serena.

Con gesto cansado, pugnó por no imaginar la sorpresa y el regocijo que acababan de perfilarse en el rostro de Tante. Preguntó a cuánto ascendía la fianza y el sheriff Hock le respondió que lo determinaría Roland Zumbrugge, juez del pueblo y hermano de Chester, y que era libre de pagarla y sacarlo de allí, aunque –añadió también– Roy se había adaptado muy bien.

–Ya, estoy segura de que se encuentra como en casa –replicó Delphine, con una voz que vibraba con todo el sarcasmo del que era capaz. Después, su papel exigió sinceridad y clavó la mirada en el rostro de mullidas mejillas y nariz afilada del sheriff–. Sabes que él no lo hizo –espetó de pronto–. Es un hombre inofensivo.

El semblante del sheriff se puso de pronto mucho más alerta. Tal y como había esperado, Delphine había dado por hecho que la acusación estaba relacionada con los tres muertos del sótano de su padre, y ahora Hock andaba con calculados ambages por si acaso, basándose en esa falsa suposición, Delphine cometía algún desliz, algún pequeño error que le proporcionara más información.

–Nadie, que yo sepa –comenzó el sheriff–, es del todo inofensivo cuando está borracho. Será mejor que le busquéis un buen abogado.

–¿Y de dónde saco yo el dinero para pagar a un buen abogado? –preguntó Delphine con tono agrio.

La sonrisa femenina del sheriff se convirtió en un mohín y después en una mueca hasta que sus ojos mostraron ese destello que, en opinión de Delphine, resultaba muy amenazador en un agente de la ley.

–Nuestro buen amigo Cyprian podrá recaudar sin duda un poco más de dinero en sus expediciones al norte –sugirió el sheriff.

Delphine deseó que una repentina sordera cayera sobre los oídos al acecho de Tante y mantuvo con gran dificultad un semblante impassible. En su fuero interno, se le atenazó el corazón; volvió el rostro como si hubiese quedado desconcertada por la indirecta de Hock.

–No sé de qué me estás hablando –dijo fríamente. Después, ya no había ningún texto que seguir, ningún guión. De modo que volvió a pisar terreno conocido–. ¿Cuándo podré ver a mi padre?

–Cuando quieras.

Se contuvo para no darle las gracias automáticamente, dio media vuelta y dejó el delantal en el mostrador con un sonoro chasquido para avisar a Tante y a Fidelis, los oídos indiscretos.

–Ya lo has oído –soltó a Tante al pasar delante de ella–, ahora cierra el pico.

Tante cambió su gesto de exultante indignación por una mueca de falsa consternación. Fidelis ya se había apartado y seguía al sheriff Hock. «Tal vez él pueda averiguar algo», pensó Delphine. Tras salir por la puerta trasera y bajo el gélido y resplandeciente sol, Delphine respiró hondo y repasó la conversación. Su mente se detenía una y otra vez en

la parte que atañía a la prueba. ¿Qué tipo de prueba era? ¿De dónde había salido? ¿De quién? Si tenían algo con que encarcelar a Roy, debía de haber algún testigo, o al menos una serie de indicios circunstanciales que expondrían ante el juez. Atemorizada, fue a buscar a Clarisse.

Delphine entró en el sótano de la funeraria y, en el lavabo, Clarisse se giró con una mirada radiante y exclamó:

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

Cuando su trabajo le salía bien, Clarisse estaba pletórica de satisfacción, radiante, fresca y llena de vida. Tenía la piel satinada, de un blanco impoluto, sin una sola peca. Sus labios, sin necesidad de carmín, eran de un rojo intenso, y sus ojos, transparentes del placer que le causaba la visita de su amiga.

—Tengo que hablar contigo otra vez —dijo Delphine.

Con un ademán de bailarina, Clarisse le indicó la zona de trabajo.

—¡Tengo que enseñarte a alguien!

—Ahora no, Clarisse. A veces, te embalas —interrumpió Delphine.

—¡Ésta es la última imagen que los padres tendrán de su hijo! —respondió Clarisse con gesto serio—. ¿Eso es embalarse? Tal vez. En fin, voy a moderarme, claro. Sólo estaba...

—No pasa nada, tranquila. Estoy muy alterada, Clarisse. Roy está en la cárcel.

—El maldito Hock de las narices —soltó Clarisse. Sacudió su rizada melena levemente y tendió a Delphine una taza de café humeante—. Aunque, si lo piensas bien, hay que reconocer que el sótano era suyo. Y él estaba muy borracho aquella noche, en fin... —se soltó el pelo detrás de las orejas y sacudió la cabeza, para expresar su compasión pero sin implicarse personalmente—. Yo no vi nada. Ojalá hubiese visto algo. Ay, mírate. ¡Tienes que descansar más! Tienes ojeras —tomó la mano de Delphine, como solían hacer cuando eran niñas y hablaban en confianza junto al río—. No te preocupes —dijo—, encontraremos la forma de sacar a Roy de allí.

Delphine estuvo a punto de retirar la mano.

—¡Tú crees que ha sido él! Es un borrachín, pero jamás haría nada cruel de forma deliberada. Sabes que ha dejado la bebida...

—¿Y cuántas veces ha logrado no recaer y no defraudarte? —preguntó Clarisse cariñosamente.

—Ninguna —contestó Delphine.

Clarisse la miró con gesto circunspecto, levantó la mano y se apretó los labios con los dedos.

—Ya sé lo que intentas no decir —dijo Delphine.

Clarisse asintió. Después se soltó los labios.

—Te diré una cosa, Delphine, deberías largarte de aquí. Déjale y apúntate a una escuela de secretariado. Hazte actriz. Lo que sea. Coge un tren a Minneapolis.

Delphine se echó a reír.

—¿Con qué dinero? Y por cierto —bajó la voz—, enterré el vestido en el arriate de iris.

El gesto de Clarisse se tornó muy serio y le dio las gracias por ocultarlo.

–Estás de mi lado –dijo–, siempre lo has estado.
–Claro que sí –respondió Delphine–. Sólo que me gustaría saberlo.
–¿El qué?
–Quién los encerró allá abajo.
–Tienes que creer que Roy es inocente, ¿verdad? –observó Clarisse.
Delphine asintió.
–Entonces no ha sido él –sentenció Clarisse.

Se inclinó, abrazó a Delphine por la cintura y la sujetó así, con la cabeza apoyada en su hombro. Delphine respiró hondo hasta que soltó el aire en un suspiro. Se hundió junto a su amiga. Clarisse olía a formol y sales de baño. Su aliento desprendía aroma a café y su zapato tenía una mancha de sangre. De vez en cuando, pensó Delphine, la vida la engañaba haciéndole creer que existía en la Tierra alguien a quien se sentía tan unida como a Clarisse. Entonces esa persona se veía arrastrada lejos de ella, o moría, o se retiraba, y volvían a estar ellas dos solas otra vez. Las chicas diferentes. Únicas. Raras.

Disimular la presencia de un hombre de su corpulencia resultaba extremadamente difícil, pero el sheriff Hock estaba acostumbrado a enfundarse el vestuario de teatro. Su coche habría llamado demasiado la atención en las calles vacías del pueblo, de modo que tomó prestada una desvencijada carreta del establo de su ayudante y requisó un viejo y cansado caballo para tirar de ella. Al poco tiempo de abandonar la carnicería, se puso un sombrero de granjero y un raído sobretodo de lona. Después, llevó la carreta a una distancia prudencial para vigilar la zona, aparcó a un lado de la carretera para dejar que el caballo comiera hierba y agachó la cabeza sobre el pecho. Desde allí, todo era muy sencillo. Seguir a Delphine resultó fácil: en un pueblo de diseño tan regular no le costó imaginar el destino de la mujer y pudo seguir sus pasos por las amplias y polvorientas avenidas y calles. Que fuese a la funeraria no le sorprendió. Se imaginó a Clarisse con el ajustado, rojo y extremadamente brillante atuendo teatral. ¿Existía alguna manera de situarla de nuevo en el escenario? ¿Acercarla más a él, para que viera qué tipo de hombre era en realidad? Se llevó la mano a la mejilla como si todavía sintiera la hinchazón que le había provocado la bofetada que ella le había propinado en el escandaloso velatorio de su padre. Era una mujer demasiado fiera para cualquier otro hombre del pueblo, pensó. Él era el único que no le tenía miedo. La merecía. Y se estaba cansando de la forma en que ella le evitaba y le rechazaba. De sus excusas y protestas. ¡Si solamente, solamente, su pequeño corazón, duro como una nuez, aceptara rendirse! ¡Si se resquebrajara la cáscara! ¡Si mostrara su amor! Estaba seguro de que allí estaba. Y eso le hacía ponerse furioso con ella. Era tozuda y malgastaba un tiempo valioso. La juventud se marchitaba. Deberían estar paseando por la ribera cubierta de maleza y preparando el futuro juntos. El sheriff Hock apretó los dientes y notó cómo se tensaba su rostro. Siempre que le invadía esa oleada de frustración, deseaba sacudir a Clarisse hasta que despertara, gritarle a la cara hasta que perdiera la compostura, aplastarla hasta que chillara su nombre en medio de un dolor que se pareciera a la pasión.

Delphine fue autorizada a sentarse en una pequeña y desgastada silla de mimbre delante de los barrotes de la celda de su padre. El hombre estaba taciturno.

—Al menos ahora está limpio —declaró, señalando con la cabeza desaliñada las paredes y los suelos recién fregados, y la cama que mostraba las sábanas que acababa de traer Delphine.

Apple Newhall se encargaba de las comidas de los presos, y los contenidos variaban según lo que sintiera por cada recluso. Roy era uno de sus preferidos, y le daba para cenar un plato de alubias con salsa de tomate, una gran salchicha escaldada y media cebolleta. Delphine le observó mientras comía. Las ásperas garras de Roy rebañaban la oscura salsa de las alubias. Masticaba vacilante debido a su vieja y frágil dentadura. De vez en cuando, se paraba y suspiraba, sobrecogido por el drama de la trampa que le habían tendido. Echaba de menos la fotografía de Minnie, su pequeño santuario privado, y anhelaba la pequeña colcha de ganchillo que, según contaba, ella había tejido y que Delphine había rescatado del enorme hedor y había dejado en remojo en el río hasta que quedó limpia. Desde que Roy había dejado de beber, la colcha se había convertido en una especie de fetiche tranquilizador. ¿Por qué ahora?, se preguntaba Delphine. ¿Por qué justo ahora, que se había vuelto sobrio y considerado y vivía como un hombre decente, se metía en el peor lío de toda su vida? Tal vez lo perdonaba con demasiada indulgencia, o tal vez era incapaz de recordar realmente, por autoprotección, cómo él la había fallado como padre a lo largo de toda su vida. Odiaba la lástima que a ella la abrumaba y que a él le protegía. El frágil estado de salud de su padre le encogía el corazón: no quería ver cómo le temblaban las manos, cómo arrastraba los pies en vez de levantarlos y cómo el alcohol le había deteriorado a lo largo de los años.

Le cogió una de sus maltrechas manos.

—Papá, no lo hiciste, lo sé. Pronto saldrás de aquí. Voy a buscar un abogado.

—¿Qué abogado? —Roy la miró con ojos incrédulos—. Claro que lo hice... Todo el mundo lo sabe, me vieron hacerlo. Tenía que hacerlo.

Durante un momento de pánico, Delphine le mandó callar. El sheriff Hock se encontraba cerca y, al haber oído cada palabra, se había acercado por detrás de Delphine con una ligereza sorprendente para un hombre de su peso. Estaba escuchando, comprendió entonces Delphine, para ver si su trampa funcionaba, atento a sus próximas palabras, que ella pronunció con cautela en un registro neutral.

—Así que Fidelis se ha ofrecido a pagarte la fianza, si es que la hay.

—¡Fidelis vino aquí enseguida a contarle a Albert lo que había pasado! Eva necesitaba el remedio y te juro que yo se lo iba a conseguir. Yo quería a esa mujer, era una buena persona, muy cariñosa —explicó Roy emocionado—. Me preparaba un buen bocadillo y comprendía que tenía sed.

Al oír el nombre de Eva, la imagen que Delphine se había formado en su cabeza se desdibujó por completo, así que respondió con alguna dificultad al cambio de escenario. Se trastabilló un poco, no obstante, mientras su mente se centraba en la morfina robada, antes de volverse hacia el sheriff.

—¿Por qué ahora? —preguntó, disimulando su alivio con indignación—. Si pensabas

acusarle, ¿por qué no le detuviste enseguida?

El sheriff, discretamente decepcionado, basculó sobre los talones y mintió declarando que, antes de que pudiera hablar con Sal Birdy, el dueño del comercio había denunciado el robo a la Comisión Estatal. El señor Birdy lamentaba mucho haberlo hecho, pero ahora, para descontento de todos, la comisión había solicitado una investigación a fondo de los hechos. La detención de Roy se había llevado a cabo para cubrir el expediente, y se le pondría en libertad en cuanto hubiera acabado todo el papeleo.

—Es una simple formalidad —concluyó el sheriff, y se alejó con un aire un tanto incómodo.

—¡Una formalidad!

La voz de Delphine se relajó. Se esforzó por no parecer demasiado aliviada y buscó el tono de indignación adecuado. Pero deseaba hundir el rostro entre sus manos y respirar muy hondo. Deseaba alejar la pequeña histeria que había sentido ante las perspectivas y los planes que le habían dado vueltas por la cabeza: el abogado, el juicio, el jurado, el juez... todas las implicaciones que acarrearía una acusación de asesinato. Ahora, sólo tenía que quedarse quieta. Delphine permaneció, por tanto, junto a Roy durante un tiempo y escuchó las instrucciones acerca de las distintas personalidades y querencias de las gallinas.

—Tengo un Romeo y una Julieta en el montón —explicó Roy—. Gallinas enanas predestinadas a la tragedia. No molestes a los dos gallos Rosecomb que descansan en el mismo aseladero. En cuanto a la ruidosa Dominique, puedes guisarla, me da exactamente igual. Deja que el chiquitín se haga cargo de las grandes pelirrojas. Puede hacerlo.

Roy siguió hablando, era evidente que no quería parar, no quería enfrentarse al momento en que Delphine tuviera que levantarse y dejarle solo en el lugar donde tantas veces había dormido la mona pero que ocupaba ahora, en pleno uso de sus facultades, con un sentimiento de vergüenza recién estrenado.

Durante aquellos años de persistente sequía, el ganado resultaba cada vez menos apto para la matanza; las vacas estaban tan descarnadas, alimentadas tan sólo con cardos verdes o los peores restos de pasto cenagoso e incluso con la corteza de álamos jóvenes. Pero, durante las últimas semanas, Fidelis tenía de pronto mucho trabajo. Trabajaba hasta altas horas de la noche, hasta que la rodilla cedía y tenía que ponerse la rodillera de cuero que Heech había diseñado para él y encargado a un fabricante de arneses. Aunque la rodilla crujía y le dolía, Fidelis estaba convencido de que la férula y el talento costurero de Heech habían impedido que quedara totalmente tullido. Desde luego le permitía trabajar en extraños horarios. A veces, los granjeros guardaban el ganado al caer la noche. Y ellos tenían que matar a la luz de las antorchas, peleando con las reses para que entraran en el matadero, desollándolas y despedazándolas casi hasta la madrugada. Aquella mañana, Fidelis había dormido dos horas; después, se despertó sobresaltado para sacar a los muchachos de la cama y enviarlos a la escuela. Durante un momento, fijó la mirada en el aire gris, hipnotizado por un sueño inconcluso en el que había seguido a Eva por una calle particular que ambos conocían en Ludwigsruhe, y había entrado tras ella en

un comercio desconocido.

Era un espacio minúsculo, atiborrado de todo tipo de mercancías, desde alfileres hasta telas o tarros de mermelada. Era interminable y se internaba en la ladera de una colina, una catacumba de pasillos grises de madera apenas iluminados con bombillas desnudas. Eva llevaba un ligero vestido de algodón de color ciruela que flotaba detrás de ella cuando doblaba una esquina. De repente, al final de un estrecho pasillo, Eva se dio la vuelta al oír su nombre y caminó hacia él con una sonrisa estupefacta, como si quisiera decirle: «¿Qué haces aquí?». Y entonces se despertó, por supuesto, y aunque cada célula de su cuerpo deseaba permanecer allí sin moverse, prolongar el sueño durante semanas, tenía que levantarse y despertar a sus hijos.

Salió de su habitación dando tumbos y entró en el cuarto de los chicos, sacudió a Franz sin mediar palabra hasta que se despertó, y después tocó a Markus. Sólo necesitaba rozar a Markus, o tocar el poste de la cama. Emil y Erich requerían que se les despertara con más cuidado. Volvían a adormilarse enseguida si los dejaba un momento. Se dirigió al cuarto de baño y llenó una taza de agua del grifo, se enjuagó la boca, orinó y cogió el pantalón de un gancho colgado de la puerta. Después, entró en la cocina y puso a hervir en el fogón de gas el agua para el chocolate aguado de cada mañana que añadía a la leche de los chicos. Calentó la leche en una cazuela. En otro cazo de agua, vertió unos copos de avena y bajó el fuego para que no hirvieran. Se le cerraban los párpados. Llenó la cafetera de agua, un puñado de café molido y trozos de cáscaras de huevo que guardaba en un recipiente. Después, se sentó a la mesa con la cabeza entre las manos y se quedó dormido. Le despertó Emil al entrar en la cocina, calzado con una sola bota.

—¿Dónde está la otra bota?

—Schatzie ha debido de esconderla durante la noche.

La única horrible costumbre de la perra.

—Búscala —ordenó Fidelis, levantándose para atender el fogón.

El siguiente en aparecer fue Markus, quien anunció que se había arrancado media manga al ponerse la chaqueta. ¿Cómo había podido ocurrir? Fidelis examinó la prenda.

—¿Te peleaste ayer?

Markus agachó la cabeza sin atreverse a mirarle. Fidelis le lanzó la chaqueta.

—Esta noche trabajarás. En la vida, un mentiroso trabaja dos veces más duro que un hombre honrado.

Por su propia experiencia, Fidelis estaba seguro de que aquello no era cierto, pero la frase le salió tal cual y sonó adecuada. Empujó a Markus hacia el cuarto de baño.

—Aséate.

Después llegó Franz, sin problemas; pero con él, el momento de la higiene siempre revestía cierta intensidad: nadie debía interferir en su rutina.

—He encontrado la bota de Emil —anunció, pero era patente que deseaba pegar a su hermano pequeño y no podía porque después de todo era un hombre joven y tenía su dignidad, así que se centró en su pelo.

—Essen.

Fidelis llevó a la mesa la cazuela con las gachas, unos cuencos, azúcar moreno, leche y

su valioso café. Ahora le tocaba el turno a Erich. Entró tan tranquilo en la cocina, todavía en pijama.

—¿Dónde está todo el mundo?

Se había metido en la bañera y había conseguido dormirse sin que nadie le descubriera.

—¡Vuelve allí dentro y vístete!

Por supuesto no sabía dónde tenía la ropa ni dónde estaba nada, y Fidelis notó cómo le hervía la sangre de ira y también de compasión. Se moría de sueño él también. Ojalá pudieran meterse los dos de nuevo en la cama, arrebujarse bajo las mantas y roncar como osos hasta que Eva sacudiera el cabecero de la cama y gritara a los perezosos que debían levantarse a desayunar. Fidelis recorrió el pasillo con dificultad hasta la habitación. La ropa de la víspera seguía hecha un ovillo y tenía un olor agrio, pero obligó a Erich a ponérsela. Y no faltaban sus botas. Cuando regresó a la cocina, el café empezaba a surtir efecto en las células de su cerebro.

El gesto abotargado por el sueño abandonó su rostro. Se estiró y gruñó mientras los chicos ataban los libros con correas y cogían las tarteras con el almuerzo que Delphine había preparado la tarde anterior: una patata fría con un trozo de carne. Una manzana o una zanahoria. A veces freía unos grandes aros de buñuelos o preparaba un grueso pan de jengibre. Se enfundaron sus abrigo y salieron disparados. Cuando se marcharon, Fidelis ya iba por su segunda taza de café. Había aprendido a prepararlo bien. Llevó la taza al cuarto de baño, la dejó en el alféizar y añadió un buen chorro de tónico *Fornie's Alpenkrauter*. Después, mezcló la espuma en el cuenco de afeitarse y se enjabonó la cara con la brocha de afeitarse con pelos de jabalí y mango de plata que le había regalado Eva, junto con un cepillo y una maquinilla de afeitarse a juego, como regalo de boda. Tras afeitarse, se limpió el rostro dándose pequeños toques con una toalla, se friccionó la barbilla y las mejillas con una loción, y al fin entró en la tienda.

El sol entraba a raudales por los enormes ventanales y caía sobre los tajos y los mostradores. La madera estaba llena de cortes y estrías, y ennegrecida en las grietas y los surcos, pero la superficie de las mesas estaba blanca de tanto restregarla. El resplandor hacía refulgir el taco de los cuchillos. Los examinó con los ojos adormecidos, ateniéndose estrictamente a la cuidadosa selección de aquellos que requerían ser afilados. Después, sacó de la trastienda refrigerada medios de cerdo, escaldados, destripados y colgados la víspera. Mientras trabajaba, reduciendo el cerdo con sobria precisión y rapidez de movimientos a chuletas y medallones, notó cómo iba disminuyendo el plumizo entumecimiento que le recorría los dedos. Los músculos de los brazos se volvieron más ágiles y manejó el cuchillo con gran destreza. Durante todo el tiempo que su cuerpo se movía por voluntad propia, su mente se volvió pesada, con una gran necesidad de olvidar, hasta aproximadamente las once de la mañana, cuando tuvo que parar después de haber trabajado y troceado la carne sin cesar, salvo por un breve descanso. El sueño presionaba detrás de sus ojos con tal fuerza que sólo una pequeña y vigorizante vuelta por el patio habría sido capaz de arreglar las cosas. De nuevo, consiguió despejarse y volvió al trabajo hasta bien entrada la tarde, cuando Delphine le mandó a la cama. Dijo que tenía los ojos inyectados en sangre. Y lo dijo sin miramientos.

—Fuera de aquí —le ordenó—. Ya me encargo yo.

Durante la primera mitad de su vida, Fidelis sólo había aprendido a descifrar las señales rudimentarias de las mujeres, pero Eva le había enseñado a buscar en ellas indicios más sutiles. Por lo tanto, sabía que Delphine se cuidaba mucho de no mostrar la menor muestra de compasión, ni siquiera permitía que saliera de su boca una sola palabra amable, porque no quería comenzar algo entre ellos que consideraba imposible. Y él también se mostraba absolutamente impersonal en su trato con ella. Cada palabra intercambiada entre ambos se refería al negocio o a los muchachos. Delphine y Fidelis eran dos extraños que llevaban vidas paralelas y que trabajaban juntos cada día. Entre ellos se había alzado un muro invisible. Fidelis sabía que debía permanecer entero o algo se derrumbaría a su alrededor y alrededor de todos ellos. Presentía la fuerza que contenían sus estrictas normas y procuraba no pensar en la naturaleza de esa fuerza, en su forma, en su nombre. Simplemente era algo que debía dejar estar. Regresó a su habitación, cerró la puerta y se quitó los zapatos. Se tumbó en la cama y, al echarse, notó a través de la carne y los músculos cómo los huesos se relajaban y se sumió inmediatamente en un sueño tan profundo como si estuviera muerto.

Durmió durante horas, y después se despertó con el mismo sobresalto que por la mañana, mirando el techo fijamente. Sólo que esta vez, con el cuerpo medio incorporado en la cama y la zumbante y placentera sensación de haber descansado de verdad, se demoró entre las tibias sábanas por la infrecuente sensualidad que le producía ese alivio. En el pasado, algunos días se volvía hacia Eva y empezaba a hacerle el amor despacio, de la manera que se habían enseñado el uno al otro. Con los años habían logrado enriquecer su amor íntimo, al contrario de otros, quienes, sospechaba, hacían lo que hacían con tal de satisfacer su necesidad rápidamente. Otros hombres bromeaban o se quejaban de la duración que les permitían sus esposas: un poco más si ese día se habían portado bien. Fidelis nunca decía una palabra cuando los hombres se enfrascaban en ese tipo de conversación. Sabía que las cosas eran diferentes entre Eva y él, que había algo más profundo de lo que comentaban los otros hombres. Esa diferencia tenía su propia grandeza mezclada inevitablemente con el duelo. Cuando Eva falleció y los dejó para siempre, el día en que él primero y después cada uno de sus hijos arrojaron puñados de tierra sobre el ataúd tras entregarlo a la tierra, experimentó la sensación de una hermosa inmensidad que sobrevolaba su cabeza por el cielo, alejándose de él para siempre, y se había quedado muy quieto. Intentó no moverse. Los demás asistentes al entierro vieron a un hombre anclado al suelo como una roca y mudo como una estatua. Acabó por sentirse incómodo con la imagen que mostraba y se obligó a alejarse. Sin embargo, una parte de su ser no se marchó, pensaba ahora; seguía allí de pie en el borde de la tumba. Todavía podía sentir el flujo de la sangre en el corazón, el zumbido de su mente, sus dedos agarrotados y la tierra secándose en los surcos de la palma de sus manos. Estaba desesperadamente vivo, enteramente dividido en el curso de la vida, profundamente diferente de Eva. Todavía se asombraba de ello a veces.

Delphine hacía todo cuanto podía para no pensar en que debía dar las gracias a Fidelis

y hablar con él por haber pagado la fianza de su padre. Trasladó toda la carne de una vitrina a la siguiente y, a continuación, restregó el primer cristal con una mezcla ácida de agua y vinagre. Después, volvió a guardar toda la carne en la vitrina, colocando entre cada bandeja cuidados adornos, recortados en papel encerado verde, que separaban las chuletas de cerdo, las salchichas y los filetes. Cuando ya terminaba, pensó en todas las demás tareas que podía hacer, pero, incluso mientras preparaba la lista, su propia actitud la irritó. ¿Por qué no hablar con él en ese preciso instante? Cuando empapaba una bayeta dispuesta a dar otro repaso al cristal y al esmalte, la escurrió y la dejó encima del mostrador. Cerró las puertas correderas.

—Fidelis... —se hallaba de pie detrás de él y el hombre apartó la cabeza de su tarea—. Has pagado la fianza de mi padre.

El hombre asintió mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Sí.

Fidelis asimiló la presencia de Delphine y después intentó volver a la carne que estaba picando y condimentando, pero no había terminado.

—Recuperarás el dinero.

—Claro —respondió Fidelis.

—Te lo devolveré —dijo Delphine—, si él...

—Pero no se marchará.

Aquello iba a obligarle a hablar más y él lo sabía, y se había pasado la mañana pensando en ello. Pero aun así le costaba decir lo que le tenía que decir a esta mujer. Respiró hondo e hizo un intento.

—Todo lo que hiciste por Eva, y después lo que hizo Roy...

Pero no pudo seguir.

—Era mi amiga, y fue buena con mi padre. No lo hice por ti.

Delphine había decidido hablar sin tapujos. Fidelis se encogió de hombros, dispuesto a decirle que no importaba, pero Delphine se adelantó.

—Mira —dijo—, no quiero que la gente empiece a murmurar. Y Tante menos que nadie.

—Ella no sabe que he pagado la fianza.

—Pero lo sabrá. Lleva tus cuentas. Y entonces se enterará todo el pueblo.

Fidelis arrugó el ceño, meditando aquello, pero se mantuvo en sus trece.

—Pues entonces pensarán en lo que Roy y tú hicisteis por Eva.

—No quiero que la gente piense en ello —Delphine intentaba controlar el tono, pero su voz se elevó, cortante, por encima de ella—. Ya sé lo que piensan, los he oído, y sé que tu hermana alimenta las habladurías con su chismorreó. Quiero que eso se acabe. Pero me alegro... —en ese punto, vaciló, pues le costaba mucho decir aquello, y habló con un hilo de voz avergonzado—. Gracias por sacarle de allí. Nunca había conocido a mi padre sobrio antes. Ha sido duro para él verse encerrado y con problemas graves, después de que al fin jurara no probar una sola gota de alcohol.

Aquello era mucho más de lo que había dicho jamás a Fidelis, o confesado, aquí en la tienda y en la casa de Eva. Había resultado más fácil hablarle con franqueza en su propio terreno en la granja. Se apartaron el uno del otro, aliviados y exhaustos. Delphine

deseaba irse a casa y dormir. Fidelis sentía un peso que le oprimía el pecho. Durante un largo tiempo ese día, todo lo que hicieron parecía el doble de difícil, pero progresivamente, a medida que se iban ignorando mutuamente o hablaban lo imprescindible con monosílabos, las cosas volvieron a su cauce. Cualquier desconocido que entrara en la carnicería pensaría que se odiaban, pero la verdad era que ninguno de los dos podía soportar el riesgo de dejar al descubierto el menor indicio de la fuerte tensión que existía entre ambos. Por tanto, sus intercambios secos y cortantes conformaban un terreno seguro en el que podían coexistir tranquilamente.

Tras ese intercambio sin precedentes de palabras e incluso de frases enteras, vendrían tiempos en que la misma situación podría repetirse con facilidad. Poco después de esa conversación, Delphine tuvo el convencimiento de que los hijos de Eva acabarían por matarse. Se lo dijo a Fidelis, pero el hombre se encogió de hombros y dijo:

—Son muchachos.

Ya había tenido que enfrentarse a sus drásticos cambios veraniegos y a salvarlos de morir ahogados o con la cabeza aplastada contra el tronco de un árbol por culpa de ese maldito columpio si no saltaban a tiempo. Ahora las hojas habían caído de los árboles y la nieve no había llegado todavía para que pudieran deslizarse por ella e idearan, sin duda alguna, astutas formas de partirse el cuello precipitándose colina abajo, así que pensó que no hallarían otra cosa que no fuera aplastarse el dedo pulgar a martillazos o estrellar el coche de fabricación casera tras bajar la colina a toda velocidad. Gracias a Dios, Fidelis no tenía dinero para comprarles fusiles. Delphine no habría podido prever lo que inventaron, aquello que llegó a obsesionarles y que comenzó a regir sus vidas después de la escuela a última hora de la tarde. Sólo pudo presentirlo, una suerte de tensión y excitación en su ajeteo. Se oían discusiones y susurros de conspiración que cesaban de golpe cuando ella entraba en la habitación. Las herramientas desaparecían misteriosamente. Y Delphine encontraba mucha tierra en los pliegues y los bolsillos de sus ropas.

La habitación excavada en la tierra

Había transcurrido un año desde la muerte de su madre, cuando Markus descubrió la fascinación por las excavaciones. Las construcciones rudimentarias o abandonadas atraen como imanes a los niños de cierta edad. Había un lugar justo al otro lado del bosque de pinos y robles, a dos o tres kilómetros detrás de la carnicería, donde se había proyectado la construcción de una gran mansión; se había excavado el sótano y acumulado la tierra en un enorme montículo tras un talud de árboles. El futuro propietario del lugar se había quedado rápidamente sin dinero. Ni siquiera habían llegado a colocar una tabla de madera, como tampoco habían desmantelado ni trasladado el cobertizo que se estaba pudriendo en el patio. Markus encontró ese sitio por casualidad un día que había salido a cazar, así llamaba al hecho de vagar por allí con un tirachinas y un bolsillo repleto de piedras. Naturalmente, lo primero que hizo fue saltar dentro del hoyo y recorrer el pegajoso suelo de barro, y luego tuvo grandes dificultades para salir trepando por las paredes. Celebró después las posibilidades que ofrecía el cobertizo con el techo hundido para fisgar en él. Se deslizó en el interior, apartó a patadas la manada de ratones y pinchó los nidos de golondrinas para comprobar si podía espantar a los pájaros, pero ya habían volado hacia el sur. Encontró latas oxidadas en el suelo y, con un escalofrío de excitación, la cabeza de un hacha con el mango roto, que sopesó y guardó. Tras seguir un estrecho sendero lleno de baches, descubrió el montículo de tierra procedente del hoyo del sótano. Era tan alto y reciente que aún no estaba cubierto de hierba y sólo asomaban pequeñas matas de las malas hierbas más bastas, como en una calva. Trepó por la ladera del montículo. En la cima dejó la valiosa hacha junto con el tirachinas y se tumbó para contemplar el cielo.

Mientras observaba el pálido reguero de nubes, tuvo la sensación de que algo se movía bajo su cuerpo, como si la tierra se encogiera de hombros levemente. Tal vez el cúmulo de tierra se reajustaba, tal vez no fuese nada, pero la sensación de la naturaleza viva de la tierra resultaba muy agradable y esperó para experimentarla de nuevo. No sucedió nada, salvo que, como le ocurría a menudo ese primer año, se encontró llorando sin motivo y sin haber sido consciente siquiera de que había roto a llorar. Le desazonaban esas lágrimas, resultaban muy angustiosas, y tenía que controlarse mucho en el colegio por miedo a que alguno de los otros chicos lo descubriera sollozando. Se había visto obligado en varias ocasiones a salir corriendo al excusado exterior, como si tuviera cagalera, sólo para recomponerse. Era un alivio, por ello, estar a solas, sin testigos, y dejar que las lágrimas fluyeran con naturalidad, brotando de sus ojos y cayéndole por las sienes, hasta

que se agotaran, lo que terminó por ocurrir. Cuando dejaron de fluir, se incorporó, cogió la cabeza del hacha y el tirachinas, e intentó deslizarse colina abajo sobre las resbaladizas malas hierbas. No funcionó demasiado bien, aunque arrancó un buen número de plantas y abrió un gran boquete en la tierra.

Abajo, apoyado en el suelo contra la ladera del montículo, tuvo otra vez la sensación de que se movía y se retorció contra su espalda como si, en su interior, un gigante se hubiera dado la vuelta mientras dormía. Se preguntó de pronto si estaría hueco, como las colinas de las que hablaban en los cuentos de hadas. Se giró, pegó la oreja contra el suelo que se elevaba detrás de él y oyó el latido de su propio corazón reverberando en la sólida y compacta ladera. La colina, sin embargo, parecía requerir algo más de él. Así que permaneció allí sentado un buen rato más, hasta que, casi por aburrimiento y sin un propósito claro, empezó a cavar en la ladera con la cabeza del hacha.

Cuanto más cavaba y más tierra extraía, más exquisita se volvía la imagen que había desarrollado en su cabeza. Al principio, no sabía siquiera lo que se imaginaba, ni lo que había comenzado, pero, a medida que el hoyo iba aumentando hasta ser lo suficientemente grande como para introducir un hombro, y luego la cabeza, y conforme se abría paso hasta lograr al final una hendidura poco profunda con forma de cuenco, comprendió que estaba cavando algo donde podría haber. El suelo era pesado, oscuro y quebradizo, y contenía diminutas y frágiles conchas de caracoles y almejas del tamaño de una uña; la tierra se mostraba apelmazada formando un muro compacto, pero Markus alcanzaba a veces un punto donde el terreno resultaba más blando y fácil de cavar. Diversos terrones se desprendían de vez en cuando de la parte superior del hoyo, y el chico los apartaba impaciente con el pie. Cuando hubo cavado más hondo y abierto un hueco profundo en la tierra, retrocedió debajo del saliente del terreno y se sentó. La tierra bajo sus posaderas era blanda y Markus se encontraba muy cómodo; cayó en la cuenta de que no quería moverse de allí pero le rugían las tripas: sabía que tenía hambre. Y eso le hizo pensar que, la próxima vez que acudiera, llevaría algo de comer, lo cual a su vez le hizo darse cuenta de que habría una siguiente vez. No había hecho más que empezar.

Ese día permaneció sentado allí durante mucho tiempo. Envuelto por el aroma a tierra, esas incontables lágrimas que le atormentaban surgieron de nuevo sin previo aviso. Y, al caer, dejó que fluyeran, indiferente; de hecho las agradeció. Le vino a la cabeza la imagen de su mano, y en ella estaba el puñado de tierra que acababa de coger, como su padre, para arrojarlo sobre la tapa del ataúd de su madre. Se había mirado la mano y la tierra que contenía, y después se había quedado petrificado en el borde de la tumba. Como sumido en un trance, había contemplado los ramilletes de flores blancas. En vez de abrir la mano, apretó el puño con fuerza. Franz se había vuelto hacia él. Franz le había sujetado el puño sobre el hoyo, le había separado los dedos y esparcido la tierra. Franz le había limpiado la palma de la mano. Le había agarrado del brazo para alejarle, titubeante, de esa enigmática imagen. Y cuando ya estuvo lo bastante lejos, Franz le soltó el brazo sin mediar palabra.

Nadie había mencionado nada durante el trayecto de vuelta del cementerio y, después

de aquello, Markus tuvo la sensación de que el silencio se había hecho más denso y que rodeaba todo lo que tenía que ver con su madre. Su padre nunca hablaba de ella, ni aludía a nada que ella hiciera, ni mencionaba siquiera objetos que pudieran evocar su recuerdo. Todo lo que había sido suyo parecía desvanecerse: sus estampados vestidos de diario, sus zapatos, su abrigo de tela con cuello de piel. No era como si su madre hubiera desaparecido, porque entonces permanecerían sus pertenencias para poder abrazarlas, sino más bien como si jamás hubiera existido.

No para Markus. En su cabeza, la mujer era más fuerte que nunca, y el chico atesoraba en su interior, con obstinación, palabras e imágenes, y hablaba con ella. Otros podían dejar que se marchara tal vez, pero él no tenía por qué hacerlo; era su elección.

La tierra suspiró levemente y se escurrió por su espalda. La colina seguía moviéndose para acoplarse, colocándose grano a grano en su forma más compacta. Markus cerró los ojos y se dejó llevar. En realidad, se durmió. Cuando despertó en la poco profunda guarida y volvió en sí sin abrir los ojos, se dio cuenta, antes de recordar dónde estaba, de que se sentía maravillosamente bien, de que le embargaba la misma emoción que solía experimentar durante el verano o cuando esperaba a que llegara la Navidad o su cumpleaños, antes de que su madre enfermara. No tenía ni idea de qué era esa cosa buena que anticipaba, pero, conforme emergía a la superficie de sus pensamientos, supo que la hallaría si cavaba.

En cuanto llegó a casa, no pudo contenerse y les contó todo a Emil y a Erich, pues la excitación del hallazgo era demasiado fuerte. Reflexionaba a medida que hablaba e inventaba mientras se deshacía en comentarios grandilocuentes: el fuerte, el túnel, la fortaleza, la cueva que iban a cavar podrían apuntalarse, al igual que una verdadera mina, con tablas de madera procedentes del cobertizo abandonado y ramas cortadas del bosque. Fue Markus quien tuvo la idea de hacerles prestar juramento y no permitir que se apuntara cualquiera para tomar parte en la construcción. Tras jurar que guardarían el secreto, mediante gotas de cera caliente vertidas solemnemente en la muñeca, los muchachos robaron unas palas y arrancaron varias sábanas tendidas para poder arrastrar la tierra fuera de los túneles, escondieron hogazas de pan, manzanas duras, nueces, patatas para asar, puntas de salchichas para alimentar a la hambrienta pandilla. Después de la escuela, se reunieron en el solar donde se hallaba la casa inacabada, trabajaron hasta al anochecer y más allá, a la luz de antorchas robadas en varias granjas, de velas sacadas de la cómoda de su madre y también, gracias a Roman Shimek, el peor gamberro del pueblo, de cirios del altar de la iglesia católica, cuya desaparición provocó el indignado y furioso sermón del padre Clarence Marek.

Los hermanos Waldvogel, puesto que ya no acudían a la iglesia –ni a la católica, desde la muerte de su madre, ni a la luterana, a pesar de la campaña llevada a cabo por Tante respecto a Fidelis–, nunca llegaron a oír los sermones por los desaparecidos cirios. Oyeron hablar de los sermones, sin embargo, por los demás muchachos. En el pasado, aquello podía haberles preocupado, incluso haber hecho que sintieran la necesidad de confesarse. Ahora estaban henchidos de orgullo. Sentían cómo la maldad crecía en ellos.

Se pavoneaban. Sin la presencia de su madre, se sentían totalmente desamparados y, por lo tanto, impíos. ¿Por qué habrían de creer en un Dios capaz de llevarse con tanta facilidad a su madre y con total indiferencia ante sus oraciones? Se mofaban de Dios, se dibujaban con cera signos en la muñeca, tomaban juramentos de sangre y lamían la oxidada cabeza del hacha. Fidelis ignoraba todo esto, y Delphine apenas lo sospechaba.

Un sábado, Franz llevó a Mazarine a casa en bicicleta. La muchacha saltó del manillar cuando la bicicleta aminoró la marcha, caminó junto a Franz y esperó mientras él la apoyaba en el muro de la casa. Levantó la mirada hacia él con una sonrisa firme, para disimular su nerviosismo. El padre de Franz era un hombre adusto y Mazarine estaba segura de que no le caía nada bien. En su visita anterior, Fidelis no había abierto la boca, no le había gastado ni una broma, ni siquiera le había dirigido el tipo de mirada neutral pero llena de admiración que los hombres adultos le lanzaban ahora. A veces los gestos resultaban mucho más elocuentes, pero ella no pedía eso. El hecho de que el señor Waldvogel no le prestara la menor atención la ponía nerviosa. Dudó un momento y siguió a Franz dentro de la tienda, y le observó mientras se ponía el delantal. Oyó la voz de Fidelis al fondo del matadero, pero el sonido llegaba en sordina, y se alegró de que apareciera en la tienda para saludarlos.

—Ella es Mazarine —anunció Franz cuando llegó Delphine secándose las manos con una toalla.

—Los dos tenéis una «z» en vuestros nombres —comentó Delphine.

Mazarine miró a Franz con un pequeño sobresalto de alegría. A pesar de todos los juegucitos que hacía con sus nombres en la cubierta de los cuadernos del colegio, no había reparado nunca en la «z» que tenían en común. Y ahora esta mujer acababa de proporcionarle un nuevo elemento de una vieja información. «Z». Delphine soltó una pequeña risa al notar la ilusión en los ojos de la joven. Se alejó, pero ya se había suavizado, porque podía ver que Mazarine, que calzaba zapatos de chico y no tenía más que un único vestido, cuya familia extremadamente pobre poseía aquella única bicicleta por toda riqueza y tenía una cuenta en la carnicería que jamás pagaría, cuyo hermano Roman era un verdadero bribón, estaba enamorada de Franz. ¿Y por qué no? Cualquier muchacha lo estaría, ésa era la verdad. Franz era el tipo de chico que volvía locas a las chicas. Las niñas ricas corrían detrás de él, venían a la tienda a hacer recados para sus madres y estiraban el cuello para intentar ver si el joven trabajaba en la trastienda. Delphine sabía que Franz no era capaz de albergar esos mismos sentimientos superficiales. Cuando había llevado en brazos a su madre a la habitación después del paseo aéreo, se dio cuenta de lo mucho que quería a Eva. Y comprendió entonces que el sentimiento que tendría por su primer amor sería profundo, incluso peligroso tal vez.

Delphine pensaba que tendría que estrangular a cualquier chica que hiciese sufrir a uno de los chicos. Porque los veía desamparados y perdidos después de la muerte de Eva. Ya entonces, había creído que cualquier cosa que hiciera una mujer influiría en la tristeza y el amor que sentían por su madre. Después de ese primer examen a Mazarine, pidió que la ayudara con unas tareas, para asegurarse de que la muchacha era seria. Había que

envolver un pedido y guardarlo en el congelador. Delphine mostró a la chica cómo cortar la cantidad justa de papel, conseguir unos pliegues limpios y luego desenrollar el hilo de la bobina que colgaba del gancho en el techo para atar el paquete con gran efecto. Mazarine realizó la tarea con sumo cuidado y eficacia, y después preguntó si había algo más que pudiera hacer. Delphine le mandó limpiar entonces las estanterías en la parte delantera de la tienda y quitar el polvo de las conservas. La joven obedeció. Y volvió por más tareas.

—Mazarine, ¿tienes hambre? —preguntó Delphine.

—Oh, no.

La muchacha agitó la mano, pero tragó saliva. Vaciló un momento y Delphine comprendió que no debería haber preguntado. Comer era probablemente para ella un asunto de orgullo.

—Acompáñame aquí atrás —sugirió Delphine.

La acompañó a la cocina y notó cómo a Mazarine se le cortaba la respiración cuando se detuvo en el umbral. La luz de la tarde se filtraba oblicua por las ventanas, iluminaba intensamente las paneras azules y resaltaba el brillo de los lustrosos ribetes de cobre de los botes de harina. El mantel recién lavado, con las frutas enmarcadas en los cuadros, estaba extendido sobre la mesa, con colores tranquilos y alegres. Había manzanas en una cesta de mimbre. Delphine recordó lo que había sentido la primera vez que entró en la cocina de Eva y le invadió un fogonazo de cariño hacia Mazarine. Preparó un bocadillo de carne, puso un buñuelo en un plato con una manzana al lado y sirvió a la joven un enorme vaso de leche.

—Come de todas formas —dijo.

Diez minutos más tarde, cuando Mazarine volvió a la tienda, preguntó si podía hacer algo más.

—Tú no te rindes nunca —dijo Delphine con una sonrisa.

—No —respondió Mazarine, con voz tímida pero segura.

Delphine recordó cosas que había oído contar acerca del padre de la muchacha, un vagabundo conocido por su mal talante. Y de la madre, entrada en carnes a pesar de la falta de comida y aquejada de dolores de cabeza que, según aseguraba la gente, no eran más que pereza nerviosa. La joven sabía sin duda que su madre tenía una cuenta pendiente en la tienda y ésa era tal vez su manera de saldarla lo mejor que podía. O quizá simplemente intentaba impresionar a Franz. O estar cerca de él los días en que debía trabajar. Tal vez, pensó Delphine, algunas de las prendas de Eva guardadas arriba en los baúles podían servirle a Mazarine. Pero, por otro lado, aquello podría incomodar a Franz. A última hora de la tarde, entregó a la muchacha un paquete con muslos de pavo ahumados y un poco de panceta, envuelto todo junto, y le anunció, a solas y sin darle mucha importancia, que había reducido la deuda de su familia. Mazarine se sonrojó, pero levantó enseguida la cabeza y asintió con firmeza.

Quizá también pudieran servirle a la muchacha algunas de sus prendas. Tenía un par de zapatos que no le quedaban bien pero que tal vez le sentaran como un guante a Mazarine. Mientras la joven salía por la puerta con Franz, Delphine cayó en la cuenta de que había empezado a salvar a Mazarine. Vislumbraba quizás en la joven una capacidad

de sacrificio muy parecida a la suya y deseaba advertirla. «Será mejor que me detenga», se dijo Delphine. La joven no se lo había pedido. Además ya tenía una madre, aunque ésta tuviese pocas luces.

De camino a la casa de los Shimek, se pararon y escondieron la bicicleta de Mazarine; atravesaron los altos matorrales hasta los árboles, subieron por una pequeña elevación hasta llegar a su pino.

—Deberíamos traer una manta —sugirió Franz.

—Me imagino a los dos con una manta en el guardabarros trasero de la bici. ¡A ver cómo explicas eso!

Franz comenzó a besarla. Percibió el aroma a manzana en su aliento. Unos granos de azúcar permanecían pegados en el hueco de su cuello, justo encima del cuello lavanda del vestido. Cuando le lamió el azúcar de la piel, Mazarine alzó la mirada hacia las ramas del árbol e intentó controlarse. No quería ser ella la primera en decirle lo mucho que le quería, de manera que se mordió los labios. Cuando notó que estaba a punto de estallar, apartó a Franz con determinación y le miró fijamente a los ojos. Muy despacio, bajó la cabeza lo suficiente como para que sus labios rozaran los suyos. Entonces le pellizcó y dejó que él la abrazara. Cuando cayó al suelo, dejó que él se tumbara encima, pero sólo hasta que su respiración se tornó ronca y agitada. Mientras el chico tenía los ojos cerrados, Mazarine se escabulló corriendo hacia la carretera con gesto burlón y el cabello al viento.

Durante el año que siguió a la puesta en libertad de su padre, Delphine tuvo la sensación de que Roy se iba desdibujando poco a poco. Adelgazó de los pies a la cabeza. Su piel adquirió la flacidez de los melocotones maduros y sus ojos se volvieron turbios. Su cabello se erizaba en su cabeza como un pálido algodón de azúcar. Roy se fue consumiendo hasta tener casi el aspecto de una niña de la calle de las de antaño. Aquellos raros y desenfocados ojos contemplaban el mundo con una mirada demasiado silenciosa y afable. Antes el alcohol le volvía descarado y locuaz. Ahora se había vuelto distraído, lento, olvidadizo y a menudo de una serenidad inquietante.

Sin embargo, seguía siendo bastante trabajador. Se pasaba las mañanas en la tienda, ayudando en cualquier cosa. Tras cobrar una paga de diez centavos y una rodaja de salchicha, se dirigía a su empleo vespertino. Comenzó a ayudar a Paso-y-Medio a organizar y transportar su mercancía, tras seleccionarla entre los desechos del pueblo. Recorrían las calles juntos recogiendo la chatarra de los porches traseros. Paso-y-Medio y él ya habían trabajado juntos en alguna ocasión entre dos borracheras suyas. Ahora se veían a diario. Formaban una pareja realmente extraña: ella era alta y orgullosa como una garza, con pico afilado, magnífica en su cúmulo de pieles y harapos; él era encorvado y pálido, con pequeñas rosas de venas reventadas, con el viejo whisky en las mejillas y la piel cada vez más fina y translúcida, salvo por la protuberancia morada de la nariz. Roy se propuso mejorar el equipamiento de Paso-y-Medio. Construyó una ingeniosa y ligera

carretilla con restos de cajas de madera, chatarra retorcida y ruedas de bicicleta. Uno empujaba y el otro voceaba mientras recorrían las calles de arriba abajo recogiendo todo lo que encontraban, que en esos tiempos no era gran cosa a no ser que conocieras, como era el caso de Paso-y-Medio, a la cocinera del banquero y te aceptaran en las puertas de servicio de los más adinerados y los no tan pudientes: las antiguas y aún prósperas granjas engullidas en los límites del pueblo y los dueños de los comercios que lograban mantenerse a flote con unos márgenes muy exigüos. Por la fidelidad a su oficio de muchos años, era bien recibida en aquellos lugares, y por ello también lo era ahora Roy Watzka.

La colaboración entre Paso-y-Medio y Roy irritaba a Delphine. Sabía que debería alegrarse de que su padre se uniera a ella en el ejercicio de un oficio honesto. Pero que se mostrara en público con una persona tan peculiar, dando pie así a más habladurías, resultaba difícil de soportar con normalidad, aunque lo fingió con gran maestría. Delphine estaba segura, además, de que Paso-y-Medio no la quería por la simple razón de que a todas luces había ocupado el lugar de Eva detrás del mostrador.

No obstante, llegó un día en que Paso-y-Medio decidió hablar con ella. Acudió a la tienda una mañana para recoger sus despojos y no se marchó hasta después del pequeño ritual en que Delphine le entregaba las sobras de las salchichas y la guarnición. Las seleccionó con su habitual criterio y Delphine separó los trozos que había elegido y los envolvió con cuidado. Había cierto esnobismo en la mujer, pensó Delphine, una insistencia en elegir lo mejor de lo peor. ¿Y por qué seguía allí con el paquete en la mano, mirándola fijamente y aclarándose la voz con un carraspeo oxidado? Paso-y-Medio desprendía un olor fuerte y feroz, cargado de alcanfor, pero no del todo desagradable. Ese día llevaba un magnífico pañuelo, una tira ancha de terciopelo turquesa, a modo de turbante en la cabeza.

—He encontrado un gato —dijo Paso-y-Medio.

—Me lo ha dicho Roy.

Por lo visto, daba cobijo a un gatito en su atiborrada cabaña, una bolita diminuta con minúsculos y afilados dientes. «Tal vez quiera un poco de leche», pensó Delphine. Dijo a Paso-y-Medio que esperara, se dirigió al frigorífico y vertió un poco de leche en una botella de nata.

Al volver le tendió la botella por encima del mostrador. Pero Paso-y-Medio la cogió con una levísima inclinación de la cabeza, un incrédulo agradecimiento, como si se sintiera ofendida por la extravagancia de Delphine. No se volvió para marcharse. Durante un instante, observó fijamente el vistoso título alemán de Fidelis, como si lo estuviese leyendo. El diploma colgaba en un pesado y tallado marco de madera en la pared detrás del mostrador, pero las palabras estaban escritas con caligrafía alemana y eran demasiado pequeñas para resultar legibles. Paso-y-Medio terminó por agachar su cabeza regia, coronada con el trapo de terciopelo, y declaró sin ambages a Delphine:

—Están cavando un túnel hasta China.

Sorprendida, Delphine comprendió que Paso-y-Medio mantenía una conversación sin sentido.

–Están cavando sus propias tumbas. Será mejor que los detengas.

–De acuerdo –respondió Delphine con cautela–. Los detendré. No quiero que haya problemas.

Paso-y-Medio asintió con gesto serio. De repente se inclinó por encima del mostrador y clavó los ojos en los de Delphine.

–Conozco a su familia, los Lazarre. Una panda de inútiles. Cuídate mucho de ese Cyprian y vigila tu dinero.

–¿Quién le ha preguntado nada? –contestó Delphine, desconcertada–. Y soy yo la que coge su dinero, para su información –añadió el último comentario para callarle la boca a la mujer, pero no funcionó.

–Eso es lo que tú te crees –replicó Paso-y-Medio dando media vuelta.

Con el frufrú del vestido y el repiqueteo de sus botas de hombre, salió dando un portazo.

Cuando los días comenzaron a hacerse más cortos, Cyprian se presentaba en la tienda todas las noches y solía tomarse una cerveza con Fidelis cerca de la hora de la cena, mientras Delphine terminaba sus tareas. Los tres cenaban juntos a veces después de que los muchachos llegasen a casa con las caras ateridas y congestionadas, frotándose las manos agrietadas, y sudorosos tras haber corrido. Mientras los muchachos se daban un baño, Delphine recogía los platos y los sustituía por otros limpios. Los adultos comían entonces lo que Delphine hubiese tenido tiempo de preparar ese día: patatas con arroz, *goulash* y tal vez una tarta si tenía huevos suficientes. También cocinaba la carne que no habían vendido y que no se conservaría. Tante se unía a ellos a menudo, y a veces acudía Clarisse, o Roy, o un buen número de amigos de Fidelis y compañeros del coro. Cyprian y Delphine se marchaban habitualmente dejando a Fidelis alrededor de la mesa en compañía de una variopinta paleta de personajes, a no ser que estuvieran ensayando, lo cual significaba que todos permanecían allí hasta altas horas de la madrugada. Una noche cualquiera, mientras se hallaba en medio del inventario de la tienda con un centenar de artículos que había que reponer dándole vueltas en la cabeza, Delphine dejó a los dos hombre solos, Fidelis y Cyprian, sentados ante los restos de un pastel de riñones y puré de patata, sin nada más para distraerse que las botellas que sujetaban.

Cuando Delphine abandonó la habitación para dirigirse al despacho, los dos hombres notaron una repentina tensión. Tras un silencio, Fidelis comentó que le gustaría probar a volar en un aeroplano, como Franz, y Cyprian contestó que él tenía suficiente con el coche. Después, ambos bebieron un trago y no dijeron nada más durante un buen rato.

–No me gustaría pasar por un tornado otra vez –manifestó Cyprian.

Fidelis asintió, pero deliberadamente no preguntó cuándo había estado Cyprian en un tornado, lo que parecía de pronto un tema de conversación de demasiada enjundia, así como los méritos de distintas marcas de coches, la visita de Roosevelt a Grand Forks, la *Civil Works Administration*², el precio de la leche, si quedaría algún animal que matar en la carnicería en caso de que se prolongara la sequía, el impuesto sobre el alcohol o el incendio del teatro de la ópera del pueblo vecino. El único tema de conversación que

parecía seguro era la comida, o lo que quedaba de ella, así que Fidelis señaló que los riñones no estaban nada mal.

—¿Nada mal? —dijo Cyprian—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que los ha preparado muy bien.

—Y tanto —asintió Cyprian, como si hubiera vencido a Fidelis en un desafío y le hubiera doblegado, o al menos a su comentario. Fidelis no pudo reprimir que un escalofrío de ira le recorriera la espalda. Tomó un largo trago y Cyprian lo imitó; después los dos hombres soltaron una risotada incómoda para intentar aliviar la desagradable tensión que había surgido de repente entre ambos.

—¿Has leído lo que dicen sobre el maldito eclipse? —preguntó Cyprian, esperanzado, con la sensación de que el cielo era el único tema de conversación capaz de salvarlos.

—No —respondió Fidelis, procurando mantener un tono neutro.

—Dicen que va a ser total —farfulló Cyprian, que no sabía nada al respecto. Después, propuso lo que parecía un camino a seguir, uno que no se quedase corto—. Ahora que las hojas han caído de los árboles, ¿te traen mucha caza al matadero?

Fidelis no se hizo rogar y le tomó la palabra.

—Algún que otro ciervo. Y Gus Newhall mató un oso en un bosque del norte de Minnesota. Estuvo a punto, claro, de cargarse a un maldito indio al mismo tiempo; el guía estaba justo delante y, por lo que me han contado, Gus estaba tan excitado que disparó y por poco le vuela la cabeza al guía y...

Cyprian se quedó inmóvil, con la cerveza a medio camino de su boca, bajó lentamente la botella y clavó entonces sus ojos negros en los ojos claros de Fidelis, algo muy peligroso, porque ya no podían apartar la mirada el uno del otro. Ni podían pestañear, ya que, de una manera confusa, el primero en flaquear resultaría vencido. Fidelis no sabía lo que había hecho para aterrizar en ese punto muerto y petrificado, pero allí estaba. En la guerra había aprendido a no parpadear, con el ojo pegado a la mira del fusil para no perder el fugaz instante de descuido en que su objetivo quedara al descubierto o alterar la firme presión de su dedo índice sobre el gatillo. A su vez, Cyprian había aprendido a no pestañear cuando se entrenaba como boxeador, pues era la manera en que se medían dos contrincantes al inicio de un combate. Se miraban fijamente a los ojos. El mejor era capaz de asestar un golpe mortal al cuello del otro mientras éste bajaba los párpados. Sostuvieron por tanto la mirada y, al no moverse, se les aceleró la respiración. Los ojos se les secaron y les escocían, y les picaba la nariz. La tensión creció hasta volverse terrible, ridícula primero y después insoportable. Delphine entró en el momento en que, con un estrepitoso estallido, la mano de Fidelis rompió la botella de cerveza que sujetaba. Atónitos, los tres bajaron la mirada hacia la sangre brillante que brotaba a borbotones. Fidelis preguntó:

—Dime, Cyprian, ¿en qué tornado estuviste?

Y con una voz suave como la seda, Cyprian le respondió.

—En el bosque de Belleau, donde habían quemado los trigales, y aun así los cabrones de los alemanes encaramados a los árboles no impidieron que avanzáramos. Seguimos avanzando, no podían detenernos. Cuando esos francotiradores cayeron de los árboles,

pudimos utilizar al fin las bayonetas.

Delphine quiso salir de la habitación enseguida, pero, en lugar de hacerlo, cogió un frasco de alcohol de noventa grados y curó la mano de Fidelis mientras se dirigía a Cyprian. Con voz desenfadada, arregló la situación.

—Pensé que se había declarado el armisticio hace mucho tiempo, así que ¿a qué viene todo esto?

Cyprian se encogió de hombros y Fidelis, aunque luchaba por reprimir un violento brote de ira, se echó a reír y torció el gesto ante el escozor del alcohol en la herida.

—Claro —admitió fácilmente, sintiéndose de pronto ridículo ante el inexplicable arrebatado de odio hacia Cyprian, que siempre le había caído bien hasta esa misma noche—. Yo no estaba en el bosque de Belleau. La guerra, eso terminó ya, es agua pasada.

—Sí —asintió Cyprian, recobrando su templanza habitual—. Se acabó del todo; sólo quedan las marcas de belleza.

Se tocó el cuello, la carne blanca y lacerada.

Más tarde, cuando ambos habían regresado a la granja y se habían acostado, Delphine estiró el cuerpo con cansancio, extendió las piernas debajo de la colcha enguatada, con diminutos sellos multicolor, que Eva había ido haciendo para ella durante los días en que se encontraba bien. Estaba inquieta y desconcertada por la palpable tensión vivida en la cocina; la había percibido entre los dos hombres incluso antes de entrar en la habitación, por el silencio, y después por el violento estallido de la botella y la herida en la mano de Fidelis. Y Cyprian firme e inmóvil en la silla, como en posición militar, listo para disparar. Ahora respiraba tranquilamente a su lado, totalmente desvelado.

—¿De qué discutíais? —preguntó.

—De ti —respondió sin vacilar.

—Pues vaya tontería —dijo Delphine, sintiéndose ridícula a su vez.

—Es posible.

Delphine soltó una risotada estridente, sorprendida de que Cyprian pudiera sentir celos cuando la trataba como a su hermana, y después extrañamente irritada de que pensara que tenía cualquier derecho sobre ella. Se carcomió de rabia durante unos minutos, le escocían los pensamientos.

—Creo —anunció al fin, aunque no lo había meditado en absoluto— que deberíamos dejar de dormir juntos si no vas a amarme como a una mujer. ¿Qué opinas?

En cuanto Cyprian se levantó y abandonó la cama, echó de menos el peso de su cuerpo a su lado y deseó acurrucarse pegada a su espalda y abrazarle. Siempre se dormía en cuestión de segundos si acompañaba su respiración a la de él. Sin poder conciliar el sueño, permaneció tumbada en la silenciosa oscuridad, y después suspiró, se levantó y se envolvió en un salto de cama rojo. Lo encontró sentado a la mesa de la cocina.

—¡Qué demonios! Por favor —rogó—. Vuelve.

Cyprian la acompañó entonces de vuelta a la cama y yacieron en la quietud de la casa, y en la oscuridad, con los ronquidos de Roy junto a la estufa. Pero, aunque se arrebujaban el uno junto al otro como dos niños, existía entre ellos una desoladora

certeza. Cyprian sabía que no tenía derecho alguno a sentir esa ira, y también que Delphine se compadecía de él por ello. ¿Qué debía hacer? Y a su lado, en lugar de quedarse dormida enseguida como esperaba, Delphine estaba de nuevo nerviosa. El barniz en el interior de la falsa alianza que llevaba en el dedo se desconchaba y la base metálica le irritaba el dedo. No conseguía ponerse cómoda. Daba vueltas y más vueltas, y permaneció despierta durante mucho tiempo después de que él se durmiera, y escuchó el apacible traqueteo de su respiración.

Fidelis tampoco pudo conciliar el sueño durante mucho tiempo esa noche. Tuvo que gritar tres veces a los muchachos desde la cocina para que se callaran y se durmieran: estaban sobreexcitados por algo. En el pasado, Eva habría averiguado de qué se trataba y se lo habría contado. Fidelis no era hombre dado a hacer preguntas. Los muchachos tenían su propia vida y él no se entrometía en sus asuntos ni ellos se acercaban a él para contarle las cosas que hacían. Entre Fidelis y sus hijos se alzaba un muro de hielo, una frialdad que se debía en parte al agotamiento y también a la norma que siempre había regido las relaciones en su familia. Nunca había hablado con su padre de cuestiones personales, ni siquiera cuando alcanzó la edad adulta.

A pesar de lo tarde que era, Fidelis tenía que repasar la pila de facturas de sus proveedores, para decidir cuáles rechazar, cuáles retrasar con falsas esperanzas y cuáles necesitaban ser abonadas de inmediato. Se puso a dividir la pequeña suma de dinero en efectivo de la que disponía para ver si conseguía encontrar una cantidad capaz de satisfacer a todos ellos. Tras hacer esos cálculos, volvía a coger el montón de facturas, restaba el importe de cada una de ellas y devolvía alguna debajo de la pila. De vez en cuando, se llevaba los puños a la sien y observaba fijamente el cúmulo de recibos. Después, realizaba unos cálculos mentales y colocaba las facturas en otro misterioso orden. En cuanto al dinero que le debían a él, había cedido los cobros a Tante. Se le daba mucho mejor a ella sacar agua de las piedras, y en eso consistía cobrar y pagar facturas en esos años acuciantes.

La animosidad que había sentido contra el hombre que resultó ser un potente y notable barítono y al que además consideraba como el marido de Delphine le desasosegaba todavía. En un momento dado, cansado de sus pequeños y mezquinos cálculos, se levantó y anduvo de un lado a otro por la cocina. Cuatro pasos hacia un lado y cuatro hacia el otro. Frustrado por la estrechez de la habitación, pensó en caminar por el pasillo, pero no quería despertar a los chicos ahora que por fin se habían calmado. Así que continuó su corto vaivén por las baldosas de la cocina. De pronto, Fidelis se detuvo en el centro de la habitación. Se llevó la mano a la frente y se echó a reír.

¡Eso era! ¡Eso era lo que tenía Cyprian! Había algo en él. Siempre había sentido que había algo en ese hombre. Y no lo había captado hasta ahora. Hasta que estuvieron sentados frente a frente, desafiándose con la mirada, sin pestañear. Y también por la manera en que había relatado la caza del oso de Gus Newhall. Fidelis rememoró el desafío de las miradas. Los ojos del hombre, azabaches con la pupila fundiéndose con el iris y la mirada tan oscura como el sílex. El guía ensordecido. Cayó en la cuenta. Un

indio. Cyprian era indio. No era más que eso, todo ese tiempo, esa sensación incómoda. De algún modo lo había sabido sin saberlo, el hombre era diferente. Pensar en Cyprian como un indio ponía las cosas en su sitio. O casi, porque Fidelis también comprendió que la repentina antipatía entre ellos se fundaba también y de una manera extraña en la ausencia de Delphine, o en su presencia, o tal vez en su mera existencia.

La entrada a la fortaleza de tierra de los muchachos se había convertido en algo majestuoso, apuntalado con el fondo de una vieja carreta y adornado incluso con una herradura clavada al dintel, construido con una corta viga que habían encontrado bajo los escombros del cobertizo. La primera parte del túnel también estaba reforzada con tablas arrancadas de las paredes y arrastradas a través de la corta espesura. Había una banda de muchachos duros de pelar que habían continuado con la construcción: Markus, los gemelos Emil y Erich, Grizzy Morris y Roman Shimek. Los demás habían desertado, pero eso no molestaba a la cuadrilla principal. Habían llegado al mejor momento. Habían alcanzado el centro de la colina y atacaban ahora la ambiciosa tarea que consistía en excavar su guarida, la sede de su club, su cámara acorazada, su habitación secreta.

La galería requería retorcerse la cintura durante unos seis metros hasta alcanzar la entrada a la cámara. El interior secreto de la fortaleza era al principio muy estrecho. Markus se sirvió de la herramienta de primer ataque, la hoja de una azada, para rascar y conseguir un hueco redondo un poco más amplio que el túnel. Roman Shimek había robado un gran cuadrado de lona y los chicos lo utilizaron para echar en él la tierra y arrastrarla fuera. Markus trabajaba más duro que ninguno, cavaba y arrastraba la tierra él mismo incluso cuando los demás se sentaban a descansar en la hierba o intentaban descubrir cómo fumar las falsas plantas de tabaco de un color pardo rojizo que liaban en papel de periódico. No los reprendía ni les reprochaba nada, ni se molestaba si permanecían sentados en el exterior. Lo que él hacía le absorbía tanto que no importaba si los demás participaban o no. Agacharse, franquear la imponente entrada, reptar hasta el lóbrego corazón de la tierra y penetrar en una cámara tan silenciosa que podía oír los suspiros de la sangre en sus pulmones, los latidos acelerados y encogidos de su corazón, el zumbido y el silencio eléctrico de sus oídos, producía a Markus una profunda y casi virulenta satisfacción. Cuando regresaban a casa, se sentía sosegado y un poco tonto, y dormía toda la noche de un tirón por primera vez desde que había perdido a su madre.

Nadie averiguó lo que hacían exactamente. Era sorprendente, desde luego, que los chicos no llegaran a casa mucho más sucios, pero era un principio de noviembre muy seco y la mayor parte de la tierra que se introducía en sus ropas y su pelo podía cepillarse con facilidad, o limpiarse de un manotazo o camuflarse de alguna manera. Además, lo primero que hacían al llegar a casa era pasar sigilosamente delante de sus padres o, en el caso de Markus y sus hermanos, de Delphine. Algunos días ella ni siquiera estaba allí, ya que a menudo se marchaba a su hora por la noche. Volvía en coche con Cyprian y dejaba la cena de los muchachos en el horno para mantenerla caliente. Fidelis trabajaba en la carnicería o detrás de su mesa atestada de papeles, o tomaba una cerveza o dos con otros hombres en la cocina y no se fijaba en ellos hasta

que estaban ya aseados para irse a dormir. Y aun así reparaba en ellos de un modo que no suponía realmente observarlos. Los chicos aguardaban de pie, respiraban y no mostraban ningún síntoma visible de padecer nada. En su estado de agotamiento, aquello era más que suficiente.

Aunque el cielo oscurecía antes y la tierra estaba más fría cada día, los muchachos se dirigían a la colina y se refugiaban en su interior con la impaciencia de las taltuzas ansiosas por hibernar. Poco a poco y progresivamente, fueron ensanchando la sala interior hasta que un chico pudo arrodillarse primero y, después, ponerse de pie. Muy pronto pudieron apretujarse dos muchachos. Luego fueron tres. Y entonces llovió.

Fue un aguacero de noviembre, frío y gris; duró tres días, extenuó el cielo, inundó las zanjás y luego las alcantarillas del pueblo, hizo crecer el río, llenó las ciénagas, convirtió las calles en torrentes y el fondo arcilloso del inacabado sótano de la casa abandonada, detrás de la que los muchachos construían su fortaleza en el corazón de la colina, en una enorme charca cuadrada. Y de pronto, con la misma virulencia con que había llovido, el cielo se despejó, el sol brilló débilmente y una brisa fresca secó la superficie de los campos, que pasaron de ser negros a grises. Después de las clases, los chicos se reunieron como habían acordado y fueron corriendo a la colina, ansiosos por averiguar si su obra había sufrido algún desperfecto, lo cual, por supuesto, era el caso, pero no tanto como habían temido. Unas cuantas tablas se habían hundido y el montículo mismo se había erosionado donde les gustaba trepar para vigilar; pero como habían cavado el túnel con una leve pendiente, el interior e incluso la habitación secreta en el corazón de la colina se hallaban sorprendente y engañosamente secos. Pues la tierra de arriba estaba saturada de agua y mucho más pesada que cuando habían empezado.

Los muchachos emprendieron con entusiasmo las tareas de reparación.

—Arrastrad las tablas hasta aquí —ordenó Markus—. Tenemos que reforzar.

Le gustaba la sonoridad adulta de esa última palabra y la repitió varias veces; era un término que parecía adecuado para la tarea, una palabra que rozaba lo profesional. Había robado una barra de hierro de las herramientas de su padre —nadie se había percatado de ello todavía— y, con ella, los chicos arrancaron varias tablas más del viejo cobertizo. El sol se filtraba por los laterales de la cabaña desprendiendo centelleantes vetas. El aire, límpido después de la lluvia, olía a fresco y los muchachos trabajaron con eficiencia a sabiendas de que sólo les quedaba poco más de una hora de luz del sol en ese día de finales de otoño. La tierra que se había desprendido en el interior, allí donde se habían hundido las tablas, estaba mojada y apelmazada, lo cual debería haberlos puesto sobre aviso, ya que resultaba mucho más difícil arrastrar fuera la tierra mojada que la seca. Pero hacía un día muy ventoso y el aire atraía la humedad al interior. Despejaron la entrada hasta la sala secreta, que tan sólo se sostenía por un endeble entramado de tablas.

—Va a anochecer —apuntó Roman, nervioso, mientras Markus arrastraba una tabla tras de sí—. Tengo que irme.

—Espera un minuto. Ayúdame a empujar esta tabla allí dentro.

Roman empujó la tabla dentro del túnel todo lo que pudo, pero sólo cabía un chico a la vez por la estrecha apertura. Markus se abrió paso entre la galería medio hundida, pasó la cabeza por el hueco y se retorció hasta introducir un hombro y luego el otro. Si los hombros pasaban, el resto del cuerpo era pan comido. Avanzó a tientas por la oscuridad, extendió los pies y agarró la tabla. Sabía que Roman se había quedado atrás y respiró una repentina humedad del aire dentro del corazón de la colina. Gritó a los demás que le siguieran y trajeran la azada y el trozo de lona, pero en el fondo le daba igual. Llevaba en el bolsillo el cabo de una vela y cerillas, pues pretendía iluminar la zona para poder colocar la tabla que había arrastrado hasta allí. Sin embargo, no encendió la vela enseguida. La oscuridad parecía amistosa y acogedora. El silencio impregnaba el aire a su alrededor, reconfortante y puro. Palpó las paredes de la sala, de una sequedad tranquilizadora. Decidió que no necesitaba luz para colocar la tabla donde él quería, la apoyó a presión y a tientas sobre las otras dos tablas que había colocado de pie a lo largo de las paredes. Había enterrado los extremos de esas tablas unos treinta centímetros para afianzarlas, por lo que pudo fijar muy bien la primera tabla y la siguiente también. Salió reptando a por otra tabla y la tomó de la punta de los dedos de Roman, que esperaba a medio camino en el túnel.

—Me voy a casa —dijo Roman—. Es casi de noche ahí fuera. ¡Venga, vámonos!

—Sí —respondió Markus—, en cuanto haya reforzado esta última parte.

Había vuelto a decirlo y, con la tabla en la mano, retrocedió retorciendo el cuerpo por la zona derrumbada de la galería hasta la sala. Acababa de lograr encajar también esa tabla en el techo, cuando los chicos que esperaban fuera en la colina fueron testigos de algo extraño. Se habían alejado todos de la entrada y caminaban con dificultad hasta el cobertizo derruido para sacar alguna tabla más antes de volver a casa, cuando un fenómeno silencioso pero palpable, como una especie de energía telúrica, los hizo volverse y mirar hacia la colina con curiosidad. En ese momento, con un ruido que no se parecía a nada conocido, un «umf» interior y apagado, la colina se vino abajo. Justo antes había tenido la forma de una enorme bóveda. Ahora la cima se había hundido. Anonadados, los muchachos tardaron varios minutos en recordar que Markus permanecía en el interior.

El lecho de agujas de pino estaba seco en la superficie, pero permanecía húmedo en las capas inferiores y, por un tiempo, Mazarine y Franz no hicieron más que conversar, sentados en una piedra baja junto a su árbol. Como jugaba al fútbol, Franz era objeto últimamente del creciente interés de Betty Zumbrugge, y eso molestaba a Mazarine de un modo que le costaba admitir. Betty iba al colegio al volante del coche de su padre y llevaba un vestido diferente cada día de la semana y medias de seda. Tenía el pelo muy rubio, tal vez demasiado rubio, según algunas chicas, y lucía un pintalabios escarlata que compraba, decían, en Minneapolis. Betty paraba a Franz en los pasillos y se ofrecía a llevarle a casa en coche después de clase. Lo intentaba todo, hasta el punto de ponerse en ridículo, en opinión de las amigas de Mazarine. Franz no le había hecho caso hasta el momento, y Mazarine era demasiado orgullosa para mencionarle una sola palabra al

respecto. En cuanto a él, no era consciente de que cualquier cosa que hiciera Betty podía lastimar a Mazarine. La observó en las vetas de luz que se filtraban entre las ramas.

–Ven aquí –dijo Franz, sentándose en las mullidas aguas.

–Está húmedo –Mazarine negó con la cabeza.

–Estaremos secos antes de volver a casa –respondió Franz–. No te preocupes.

Mazarine se deslizó por la roca hasta arrebujarse junto a él y recorrió con la mirada la copa puntiaguda del pino desde el poderoso tronco hasta el cielo. Franz se inclinó y le acarició el pelo hacia atrás. La línea de su cabello podía haber sido perfilada con un fino lápiz, tal era la regularidad con la que le enmarcaba el rostro. Le besó las cejas –morenas y rectas, muy parecidas a las suyas–, y después tomó su cara entre las manos y la besó en los labios, largamente, sintiendo los fuertes latidos de su corazón en el pecho. La lluvia había hecho manar el aroma a pino y el olor silvestre a moho procedente de las hojas muertas. Mazarine olía al áspero jabón de la escuela, a papel y a la sal de su propio cuerpo. Franz se recostó y sujetó su mano con suavidad, deseando fervientemente que la joven dejara su mano otra vez en su pecho. Esta vez no lo acariciaría trazando bruscos círculos. Pero la chica no lo hizo.

Con un movimiento eléctrico, rápido como una anguila, con una contorsión sonora y decidida que le dejó paralizado, Mazarine se liberó de su abrazo y se arrodilló a su lado. Extendió las manos y, despacio, firme y pausadamente, deslizó el extremo del cinturón de Franz por la primera trabilla, le sonrió y lo desabrochó, tirando hacia ella. El chico se tumbó, confundido. Mazarine apartó los dos extremos del cinturón y frotó el botón superior del pantalón. Franz se mordió los labios mientras todo su cerebro rogaba: «Por favor». Mazarine desabrochó el botón. Después, con una mueca burlona casi maternal, deshizo el siguiente botón del ojal, y el siguiente, hasta el final. Abrió el pantalón y se recostó junto a Franz. Apoyó la mejilla en el fino algodón de los calzoncillos y el chico se tensó, dolorido. La muchacha se abrazó a sus caderas. El chico cabía en el hueco de su cuello. Extendió los brazos y la cogió por los hombros, deslizó las manos detrás de su nuca y le susurró unas palabras íntimas. El rostro de Mazarine estaba sofocado junto a él y su cabello, que parecía haberse derretido, le remontaba por los brazos. Una suave brisa soplaba entre los pinos con un murmullo.

La lluvia había resultado extremadamente beneficiosa para el comercio; los granjeros se sirvieron de la lluvia como pretexto para acudir al pueblo y, durante sus negociaciones con Fidelis, más de uno decidió sacrificar una docena de viejas gallinas ponedoras, alguna vaca que ya no daba leche, incluso algún cerdo lo bastante cebado o algún buey para evitar alimentarlo durante el invierno. Fidelis tenía ante sí unas cuantas semanas atareadas y fructíferas y, en su cabeza, la pila de facturas en su escritorio se vería reducida considerablemente. Quién sabe si alcanzaría a ver el grano de la madera debajo tal vez, o incluso si podría comprarles a sus hijos unos zapatos nuevos este invierno. Las cosas pintaban mucho mejor. Había vendido un poco más de lo habitual durante sus visitas a la tienda de ultramarinos y demás comercios del pueblo vecino, y Zumbrugge había saldado su importante cuenta con él. La eterna y persistente preocupación por el

dinero, como un imán que tiraba de sus fuerzas, disminuyó y Fidelis experimentó una inusual sensación de bienestar ante la vida. Cuando saludó a Cyprian, que descansaba en el patio tumbado en el capó del DeSoto mientras esperaba a Delphine, le ofreció una cerveza y lo invitó a pasar a descansar, como si no hubiera sucedido nada raro durante su último encuentro. Cyprian le dio las gracias bastante educadamente, con un tono neutro, y dijo que esperaría en el coche. Fidelis debería haberlo dejado estar.

Era su naturaleza, sin embargo, sacar a relucir todo lo que no estaba bien. Por regla general conseguía lo que se proponía echando mano de la ironía. Esta vez, Fidelis no quería bromear en absoluto y sus motivos eran otros: sencillamente estaba de buen humor. Además, sin ser consciente de ello, quería compensarle por la historia de Gus Newhall y el indio ensordecido del que se había mofado al contarla. Quería que Cyprian supiera que no lo despreciaba por ser indio y que además, para ser sincero, ese aspecto de su vida le interesaba. Fidelis sentía curiosidad por la forma de vida de los indios. Había oído hablar de ello allá, en Alemania, y no había conocido a muchos por estas tierras. De modo que, en lugar de dejar a Cyprian solo y permitir que la tensión soterrada de su último encuentro fuera amainando poco a poco con los días o las semanas, Fidelis sacó dos cervezas del frigorífico de la tienda. Quitó las chapas de las altas botellas de color ámbar y, cuando salió de nuevo, una voluta de humo helado escapó de ellas.

—Toma —dijo, tendiendo la cerveza a Cyprian—. No te matará.

Cyprian cogió la botella, la inclinó hacia atrás y dio un sorbo sin decir nada. Se descubrió a sí mismo mirando hacia el suelo, en silencio, fijando el barro removido del patio, examinando con falso interés cómo la tierra se había solidificado formando canales. Se preguntó, sorprendido, por qué no podía sencillamente darle las gracias y llevarse bien con Fidelis. No le salía. Sentía un enorme peso en el pecho. No parecía capaz de respirar por encima. Ni siquiera ayudaba la cerveza que bajaba por su garganta; le encontraba un sabor agrio. Después, se sorprendió a sí mismo al observar cómo su mano inclinaba la botella y derramaba la cerveza formando un riachuelo en la tierra endurecida. Durante unos segundos, el perfume de los lúpulos en flor colmó el aire entre los dos hombres y luego se desvaneció. Fidelis se quedó quieto y dejó la botella en el capó del coche. Ya era demasiado tarde. Un ataque de ultrajada cólera se apoderó de él y se movió para colocarse en el campo de visión de Cyprian. Mientras lo hacía, dio un paso atrás para estar fuera del alcance de algún puñetazo imprevisto y se desató el delantal con sumo cuidado. Dejó caer la prenda manchada y se arremangó.

Cyprian seguía con los ojos clavados en el suelo, en la delicada filigrana de la cerveza abriéndose camino entre las grietas de la tierra. Arrugó el ceño como si algo de lo que veía captara toda su atención. Sabía que en cuanto levantara la mirada empezaría la pelea, y no tenía ninguna prisa. Se sentía perezoso. El carácter inevitable de ese momento le llenaba de un oscuro y alegre sentimiento, hasta el punto de que masculló con satisfacción:

—Tenía que pasar.

—Tú lo has buscado, y así será —declaró Fidelis con voz sobria.

Al oír esas palabras, Cyprian se alejó en diagonal del coche y levantó la cabeza

despacio hasta fijar los ojos azules y blanquecinos de Fidelis. Se quitó el sombrero sin apartar la mirada, se deshizo de la chaqueta con un movimiento de hombros y se arremangó a su vez. Los hombres aguardaron allí con los brazos colgando a ambos lados, prestos al combate; uno oscuro y tenso, con el cuerpo fibroso impregnado de una fuerza impetuosa, el otro macizo y musculoso. Sus fuerzas eran muy dispares, y discurrían de acuerdo con ello, cada uno reflexionando sobre cómo maniobrar frente al otro para poder sacar el mejor provecho de sus respectivos talentos, pero todo ello acabó en nada. Por segunda vez ese día, Fidelis rompió su pacto con la disciplina. Una rabia ciega e inesperada le invadió al pensar en la cerveza derramada y se abalanzó hacia delante, agachado, con la intención de agarrar a Cyprian y aplastarle contra el lateral del coche. Pero Cyprian ya había decidido que no permitiría que el carnicero se le acercara tanto. Se agachó también y, con un gancho seco, golpeó a Fidelis debajo de la mandíbula, dándole un efecto para doblarle el cuello; después, Cyprian retrocedió bailando para evaluar los daños.

Poca cosa. Pero el golpe sacó a Fidelis de su rabia enloquecida, le devolvió el control de sí mismo y le llevó a dar un paso atrás para calcular su próximo ataque con los ojos entrecerrados. Los dos hombres giraron describiendo círculos con una fija intensidad, no tanto de furia como de fría y meditada vigilancia –por todo, por nada, por algo que eran incapaces de admitir hasta que acabara, por la vergüenza y la estupidez de pegarse por una mujer sobre la que ninguno de los dos tenía derecho alguno, una mujer por la que jamás reconocerían que luchaban en primer lugar–. Y entonces, entre ese puñetazo y el siguiente golpe de Fidelis, entre la intención y su impulso medio materializado, los apagados gritos de pánico de los muchachos llegaron a los oídos de los dos hombres por encima de la hierba seca de los campos con la claridad del graznido de los pájaros. Al ver a los hombres en el patio, los gritos de los chicos se volvieron más agudos y desesperados.

Fidelis bajó los puños con una mirada amenazante y de soslayo hacia Cyprian y, con la atención centrada en los evidentes sonidos de alguna catástrofe, ambos se dirigieron hacia los niños. Roman jadeaba con voz ronca. Emil berreaba algo acerca de la colina. Erich, lívido y tieso como un muñeco de papel recortado, corría detrás sobre sus cortas y rollizas piernas, engordadas a base de salchichas. Cuando los hombres se encontraron cerca, a Fidelis le invadió una repentina y nauseabunda intuición y echó a correr. Se arrodilló junto a Emil mientras los chicos intentaban explicarle todo: la fortaleza, la colina, el hundimiento de la tierra, la sala en el interior; y no entendió nada al principio. Fue Cyprian quien comprendió el alcance del accidente y dijo:

–Palas... Tenemos que coger palas.

Fue Cyprian quien encargó a Delphine, que había salido corriendo, que reuniera a todos los hombres que pudiera encontrar. Y también fue Cyprian quien la apremió, sin que le oyera Fidelis, para que se diera prisa y llevara también al médico, porque pensaba que Markus estaba enterrado vivo.

Pero ésa no era la sensación que existía en el corazón de la tierra. Cuando el estruendo

del hundimiento de la colina no lo mató, sino que lo atrapó en un reducido espacio debajo de dos tablas combadas, Markus se quedó semiinconsciente. La tierra lo había encerrado en su puño. No estaba herido, aunque no podía moverse, y no se estaba muriendo. El aire se filtraba en sus pulmones, pero era un gas soporífero, pensó, mientras se iba sumiendo en el letargo sin sueños del cansancio infantil. Como cuando era muy pequeño y tuvo aquella fiebre tan alta y su madre se había arrebujado junto a él entre las sábanas frescas. Con la mano en su frente, le había acunado. Le parecía sentir su mano ahora. Y en su espalda, el consuelo de su cuerpo grande y oscuro. Se estaba durmiendo. Se encontraban en el casco de un barco de silencio y tinieblas, dejándose mecer hasta el fin del mundo.

Apenas había luz suficiente para que los hombres alcanzaran a atisbar la orografía de la colina, distinguir la entrada en la tierra y comprobar que estaba tapada. Fidelis se precipitó hacia delante y enseguida comenzó a cavar con una fuerza frenética; pero Cyprian puso entonces las manos en sus brazos para detenerle. Necesitó toda su fuerza para contener al carnicero y sujetarle los brazos. Los dos hombres se miraron fijamente en la penumbra; Fidelis puso los ojos en blanco y Cyprian aseguró con voz clara y apremiante:

—No lo hagas o se hundirá el resto de la colina. Debemos actuar con mucho cuidado.

Le señaló las herramientas que los chicos utilizaban y puso la azada rota en la mano de Fidelis. Después, Fidelis y él se arrodillaron y empezaron a ensanchar la galería arañando la tierra con movimientos suaves y frenéticos. Con la misma velocidad con que Fidelis picaba la tierra, Cyprian la amontonaba y arrastraba en la lona hasta sacarla fuera. Y los muchachos, en su terror enmudecido, la echaban en alguna parte y llevaban la lona de vuelta. Resultaba fácil remover la tierra que se había derrumbado, pero los hombres tenían que ampliar la abertura para permitir el paso de sus corpulentos cuerpos, por lo que, para cuando Delphine, las antorchas y el equipo de rescate se presentaron, los dos hombres apenas acababan de desaparecer por el hueco de la colina, empapados con el sudor de su esfuerzo. Mientras Fidelis avanzaba despacio dentro de la colina, trabajando bocabajo con sus enormes brazos extendidos que usaban todas sus fuerzas para abrir las cerradas grietas del suelo, llamaba a Markus.

Los gritos de Fidelis reverberaban en la tierra y golpeaban a Cyprian, pero éste no los asimiló. Había oído los estertores de los moribundos en el campo de batalla, los alaridos infernales, desmesurados y colectivos, que desprendía el barro tras unos enfrentamientos sangrientos, y por lo tanto no reaccionó. Los que aguardaban en el exterior de la colina no eran tan disciplinados. El coro al completo se había congregado allí en una reunión terrible e inútil. Los hombres no podían hacer otra cosa salvo mascullar estrategias y tocar la colina por todas partes, preguntándose si no habría mejor manera de rescatar al chico. Se pusieron histéricos en un primer momento y después se sintieron abatidos por los constantes y roncós gritos del carnicero, hasta tal punto que algunos se echaban a llorar abiertamente o se apartaban y apoyaban la cabeza en el tronco de los árboles mientras esperaban, pues no podían hacer otra cosa: sólo esperar y mantener encendidas

las antorchas, y desesperarse y especular. Los hombres dentro de la colina no se rendirían nunca ni aceptarían la menor ayuda.

Las tablas empleadas por los chicos les servían de guía y, a medida que se abrían paso tortuosamente, Cyprian enderezaba las tablas y las afianzaba con la esperanza de que soportaran de nuevo el peso de la tierra. El techo del túnel les arañaba la espalda y, si terminaba por ceder, no morirían en el acto, lo sabía, sino que notarían cómo la vida y el aire abandonarían lentamente sus cuerpos aplastados. Aun así, continuó avanzando detrás del carnicero hacia el corazón de la tierra, hasta que llegaron a un pequeño conducto que había sobrevivido al derrumbe. Una vez alcanzado el centro de la colina, se abrieron paso a la fuerza y Fidelis farfulló:

–*Gott Verdienst*.

Alargó los brazos, estiró todo su cuerpo hacia delante y rozó la suela del zapato de Markus.

Cyprian percibió cómo el impacto tensaba el cuerpo del carnicero y le agarró el tobillo.

–Espera –dijo–, espera.

La tierra caía en pequeños terrones alrededor de ellos, amenazando con un nuevo desprendimiento, y, si el carnicero tiraba con demasiada fuerza del muchacho, que posiblemente ya estaría muerto y cuyo cuerpo podría estar totalmente enterrado, corría el riesgo de desplazar todo el frágil entramado de madera. Y suponiendo que el muchacho estuviese vivo, en tal caso, acabarían todos enterrados vivos.

–Espera –repitió Cyprian–. Busca a tientas para conocer su posición.

El carnicero avanzó entonces despacio, apartó un poco de tierra y cavó un estrecho boquete donde poder extender su brazo tembloroso. Se estiró hasta tocar el costado de su hijo, palpó con cuidado hasta asegurarse, con un furioso grito ahogado, de que Markus respiraba. Y también de que el muchacho estaba medio enterrado y de que el margen de espacio en que sobrevivía sólo estaba siendo sostenido por los medios más endebles, una tabla sobre otra, un azar del derrumbe. Cuando el carnicero se dio cuenta de lo poco que faltaba para que las tablas se vinieran abajo, Cyprian percibió la conmoción y el miedo a través del cuerpo de Fidelis.

Trémulo y sudoroso, empapado en el corazón de la tierra y con el techo de la galería oprimiéndole la columna vertebral, Cyprian respiró hondo para alejar el terror que le transmitía el cuerpo de Fidelis con una violenta sacudida eléctrica.

–Despacio –aconsejó Cyprian. Le sorprendió la suavidad y firmeza de su voz–. Despacio y con calma.

Fidelis empleaba toda su fuerza para mover las manos y solamente las manos.

–*Ich weiss nicht* –oyó mascullar Cyprian al carnicero.

Después, se oyó a sí mismo diciendo a Fidelis, con la misma voz serena y convincente, que él podía hacerlo, que debían salir del agujero y dejar que Cyprian volviese a entrar, pero solo.

–He hecho este tipo de cosas antes –explicó Cyprian.

Su voz contó una tranquila y razonable mentira piadosa. Como si sacar a un muchacho de una profunda grieta en el fondo de un montículo de tierra fuese algo que él hiciera

todos los días. Ignoraba cómo podía conseguir una voz tan persuasiva, pero sabía que Fidelis no atendería a razones a no ser que fuese absolutamente convincente. No había que darle opción a discutir.

—Eres demasiado corpulento... Podrías matarle si intentas arrastrarle fuera. Yo tengo experiencia. Puedo sacar al chico. Por el bien de tu hijo, sal conmigo ahora. Vamos.

A semejanza de una persona en trance y sumisa, Fidelis hizo lo que se le ordenaba en ese momento. Su antagonismo se había convertido bruscamente en una lealtad hipnótica. Los dos hombres retrocedieron poco a poco, reptando despacio por el conducto hasta vislumbrar el resplandor de las antorchas. Cuando las botas de Cyprian asomaron, los hombres se precipitaron para ayudarlo y éste los apartó con un grito.

Al oír ese terrible alarido, los hombres retrocedieron y se agacharon en círculo alrededor de la entrada que parecía demasiado estrecha para que dos hombres adultos cupieran por ella, desaparecieran en el interior como si les hubiera tragado la colina y conducido hasta el centro en algún acto de peristalsis. Cyprian salió con precaución y después, poco a poco, fue emergiendo el carnicero. Arrodillados bajo la luz blanquecina y ennegrecidos por la tierra húmeda, los dos hombres se llenaron los pulmones de aire, resollando. Cyprian pidió una cuerda.

—Tengo que volver —anunció el carnicero, lanzándose hacia la colina.

La idea de haber dejado allí al chico se le hacía insoportable. Cyprian tiró a Fidelis al suelo, le sujetó por la cintura, le apartó con fuerza y vociferó:

—Delphine, Delphine, explícaselo.

La luz brillaba a su alrededor con un resbaladizo fulgor. El aire era frío y húmedo, cargado con las primeras gotas de una lluvia tormentosa.

—Cyprian puede hacerlo —aseguró Delphine con voz serena, al ver el cariz que tomaban los acontecimientos. Sostuvo la mirada del carnicero—. Deja que vaya.

Aquellos que observaban la escena se refirieron más tarde al arrojamiento de Cyprian se tiró de cabeza dentro de la tierra, deslizándose por ella como si se hubiera convertido súbitamente en un invertebrado que se traga la tierra, un enorme reptil humano y nocturno. Se esfumó. Y Fidelis permaneció detrás, aturdido y agitando su enorme cabeza con los ojos blancos y desorbitados en su rostro cubierto por una costra de lodo. Cayó al suelo y apartó con la mano a los demás hombres con una ferocidad que comprendieron enseguida. Retrocedieron, lejos de él, retiraron las antorchas y le dejaron en la penumbra tal y como deseaba. Delphine era la única que no le temía y no se apartó ni un momento de su lado. Mientras Fidelis aguardaba allí con la respiración entrecortada, parecía pertenecer a la tierra. A pesar de estar demasiado ensimismada en su propia y asustada incertidumbre como para preocuparse por Fidelis, se preguntó, no obstante, si estaba rezando. Nunca le había visto rezar, y, si bien Delphine dejaba escapar de su mente unas palabras ridículas, implorantes y desesperadas, era consciente de que sus plegarias no eran oraciones en realidad. Debería haber escuchado a Paso-y-Medio. Ahora sus plegarias no eran, ante las misteriosas fuerzas telúricas, más eficaces que los mugidos de queja de las vacas arrastradas al matadero. Aun así, rogó desesperadamente para que no lloviera, para que la tierra se engranara y para que aguantara el endeble túnel. Quizá

murmurase algo en voz alta, pues el carnicero alargó el brazo y le cogió la mano como si quisiera calmarla, o calmarse a sí mismo, o tal vez no supiera en absoluto lo que hacía con la mano de Delphine, ni que la estuviera sujetando mientras ambos esperaban de rodillas ante la entrada como dos suplicantes.

En realidad era cuestión de encontrar el equilibrio, no sólo en el aire, sino también dentro de la tierra. Cuando Cyprian volvió a entrar, se deslizó por el cada vez más estrecho túnel con una clara intención que él esperaba poder llevar más allá del punto, a medio camino, donde surgía el pánico que le bloqueaba el cerebro y le aceleraba el corazón. Ese miedo era algo natural, como la quietud que experimentaba al aproximarse a la cima de un poste sobre el que se mantendría en pie. Divisó una pantalla amarilla sembrada de puntos luminosos, tomó aire e incluso silbó para controlar lo que conocía gracias a la guerra y a sus números más arriesgados. Su primer límite. Tenía un punto de referencia donde experimentaba el primer nivel de miedo, y sabía que podría superar ese desplome inicial y malsano de sus agallas concentrándose solamente en respirar una vez y luego otra, y otra más. Manteniendo el equilibrio en su cuerda interior. Se ayudó por tanto de la respiración y consiguió adentrarse por el centro más estrecho del conducto, y reptó más hondo todavía. Alcanzó al final el lugar donde Fidelis había asomado el brazo por la diminuta y vacía abertura.

El chico estaba allí, no había duda alguna. Avasallado por un alud de terrorífica decepción, Cyprian creyó al principio que el muchacho estaba muerto. Pero después palpó el cuerpo de Markus y con la punta de los dedos rozó sus labios y estuvo seguro de haber percibido un leve soplo de calor. Descubrió un poco más lejos, perpendicular al chico, un espacio pequeño donde podría dejar la tierra que iba retirando a pequeños puñados, pues no sacaba más. Un pequeño puñado, luego otro medido puñado, una fina capa de tierra por aquí, arañada, despejada y recogida, como si fuera un arqueólogo descubriendo algún antiguo y frágil tesoro. Aun así la tierra pareció vibrar sobre ellos en dos ocasiones. No sabía que eran los truenos de una tormenta que se acercaba, una tormenta que empaparía a los hombres que esperaban fuera y que obligaría a diez de ellos a sujetar a Fidelis en el suelo cuando soltó la mano de Delphine e intentó volver dentro de la tierra.

Cyprian se concentraba únicamente en cada pequeña cantidad de tierra que iba retirando y en nada más, hasta que consiguió desenterrar al muchacho lo suficiente como para liberarlo unos centímetros y pudo doblarle levemente por la cintura. A medida que trabajaba, había comprendido que tendría que doblar al chico para sacarle de donde estaba atrapado. Así que, en la más completa oscuridad, continuó apartando la tierra, primero de una pierna y luego de la otra, y después giró al chico y le dobló por la cintura. Pasó los brazos de Markus alrededor de su pecho y después, con pequeños y suaves tirones, muy despacio, a través de la diminuta abertura, sacó a Markus y lo tendió en el suelo del pasadizo.

Se produjo un pequeño derrumbe cuando el muchacho quedó liberado; una de las tablas cedió justo en el lugar donde había yacido el cuerpo de Markus, y Cyprian cubrió

el rostro del chico con las dos manos para protegerlo. Pero el túnel no se vino abajo por completo y la tierra a su alrededor volvió a aguantar.

Era mejor que el muchacho estuviese inconsciente, porque Cyprian notaba que tenía un hueso roto en un brazo y Dios sabía qué más, y tenía miedo de que el chico se retorciera de dolor si volvía en sí. Ató los miembros del chico, lo encordeló como un paquete y dejó una lazada por donde tirar. Se metió ese trozo de cuerda entre los dientes y retrocedió despacio, con los pies por delante, a través del túnel hasta que salió bajo la lluvia. Cuando las luces refulgieron a su alrededor y los hombres gritaron al verle, Markus volvió en sí tranquilamente por un instante. Cuando emergió por la estrecha abertura, parpadeando en la oscuridad, el primer rostro que vio fue el de Delphine, en un aura de luz, mientras la mujer desataba las cuerdas y le abrazaba.

Franz y Mazarine se habían quedado tumbados debajo del pino tanto tiempo que, al levantarse, se sintieron medio embriagados y mareados, llenos de una plácida felicidad. Franz notaba todavía el peso del rostro de Mazarine allí abajo y su aliento refrescando la tela de su ropa. El pelo de la muchacha seguía liso y vivo bajo sus manos cuando llegó a casa. Advirtió al instante que algo pasaba. Sabía que era la noche en que los hombres se reunían para cantar en la trastienda, pero allí reinaba un absoluto silencio salvo por el tamborileo constante de la lluvia. La puerta de la carnicería no estaba cerrada con llave, las luces se habían quedado encendidas, y no se veía a nadie por ninguna parte. Franz permaneció de pie en la cocina, descubrió la comida dispuesta sobre la mesa y los vasos de leche. Flexionó las manos, se sentó en la silla de la cocina y levantó un trozo de carne fría del plato, como si fuera a encontrar un mensaje debajo. El sobresalto inicial por no encontrar a nadie en la tienda ni en la casa se desvaneció. Ahora tenía la certeza de que había ocurrido una catástrofe. Pero no sabía adónde ir ni qué hacer, incluso la perra había desaparecido. La tormenta estalló y empezó a diluviar.

Impotente, Franz merodeó por la casa; después, salió y se empapó y se congeló, y volvió a entrar, con todas las luces encendidas. Mientras iba y venía despacio, reflexionando sobre lo que había estado haciendo mientras sucedía algo malo en casa, se restregaba las manos en la camisa para borrar la sensación del cabello de Mazarine. Tuvo un miedo atroz por su padre, por todos ellos, mezclado con un profundo malestar por haber perdido todo sentido del deber y del tiempo y por haberse quedado dormido con Mazarine abrazada a él. Fuese lo que fuese lo que hubiera ocurrido –se convenció a sí mismo–, era culpa suya. Esperó fuera, angustiado y tembloroso, y emprendió una nueva y desesperada ronda por la casa. Entonces, al divisar unas luces trémulas que avanzaban desde los campos, echó a correr hacia ellas mientras gritaba.

El mal de la tierra

Markus cayó enfermo después de salir de la colina. No sólo tenía el brazo roto, aunque se tratara de una fractura curiosamente compleja, según afirmaba Heech, sino que otro invasor sin nombre le arrastraba hacia el abismo, provocándole mucha fiebre y sueño. Delphine lo llamó «el mal de la tierra». A su parecer, la tierra le había enfriado y su influencia todavía le empujaba hacia las heladas tinieblas donde dormía su madre. Clavaba a veces los ojos en Delphine con una mirada tan serena e inmutable que la mujer era incapaz de sostenerla. Y un día comprendió al fin que esa mirada fija no era más que la mirada de un recién nacido y lo dejó tranquilo. Dejó de intentar distraerle con poemas o entretenerle con juegos. Pensó que el muchacho necesitaba reflexionar. Para regresar a la vida. Sus pupilas azules verdosas permanecían dilatadas. No obstante, si el chico se hallaba invadido por tinieblas interiores, después de todo no se debía a la impresión sepulcral de haber permanecido enterrado, sino a la de emerger de una extraña gestación.

Delphine advirtió un día que el chico había comenzado a parecerse más a Fidelis. En parte, se debía a ese silencio penetrante, un ámbito donde se sentía a gusto. Aunque parecía repuesto y más maduro, ella creyó conveniente tratarle de algún modo como a un niño pequeño. Le cuidó con todo mimo durante el día, dejando la tienda rápidamente cuando se marchaban los clientes para darle de comer la sustanciosa sopa con albóndigas que Eva le había enseñado a preparar para los chicos cuando enfermaban. Le obligaba a sentarse al sol cuando el día era despejado. Y cuando caía una polvareda de nieve temprana sobre los travesaños inferiores del corral y, detrás de la casa, el jardín se convertía en un decorado de escarcha azulada, le obligaba a permanecer junto a la ventana para que le diera el reflejo. Pensaba que necesitaba luz, una luz constante y muy viva. Pensaba que, en esa colina, el chico había engullido oscuridad.

Mazarine montaba en bicicleta cuando Betty Zumbrugge la adelantó, como había hecho en numerosas ocasiones, al volante del elegante coche de su padre. Sólo que esta vez, cuando Mazarine entrecerró los ojos para otear por las ventanillas del vehículo, divisó a Franz y él también la vio. La miró por encima de la espalda de Betty cuando ésta se inclinó hacia delante para girar el volante. Sus miradas se cruzaron durante ese breve segundo y después Franz se desvaneció. No había en sus ojos un mensaje que Mazarine fuese capaz de descifrar. El gesto aséptico y casi atontado del chico la hizo sobresaltarse: nunca lo había visto con cara de idiota.

Contrariado, Franz se dio la vuelta para mirar por la ventanilla. Al advertir su aturdimiento, Betty comentó, como si no supiera que el chico había salido con Mazarine:

–Esa Mazarine Shimek no tiene más que un solo vestido.

–Eso no es verdad –contestó Franz, con voz áspera y desconsolada.

No había vuelto a hablar con Mazarine desde aquel último día bajo el pino, ese momento que le había hecho sentirse confusamente culpable, y a ella también por extensión, del derrumbe de la colina. Sus pensamientos se alejaron de Mazarine y de la inmoralidad de tanta felicidad, que parecía haber sido advertida y juzgada tras la casi muerte de su hermano. Volvió los ojos hacia Betty. Alzaba el rostro para poder ver por encima del volante y, al hacerlo, otorgaba un aspecto puntiagudo y encantador a su barbilla. Sus mejillas redondas estaban empolvadas y coloradas, y sus labios rojos dibujaban una curva lisa. Franz se preguntó qué pasaría cuando besara a una chica con los labios pintados. ¿Se mancharía toda la cara? El carmín era tan brillante que parecía pintura fresca, tan oscura como la sangre. Se estremeció al imaginarse su cara manchada de rojo y sacudió la cabeza de golpe para aclararse las ideas.

–¿Qué te pasa? –preguntó Betty.

–Hay una abeja en el coche –respondió Franz, abriendo la ventanilla con la manivela.

–¿Tienes miedo de que te pique?

La voz de Betty sonaba burlona, tímida y coqueta. A Franz le entraron ganas de quitarle las manos del volante y pedirle que detuviese el coche. Y besarla. Al mismo tiempo, pensó que, si la chica detenía el coche, él saltaría por la puerta del copiloto y saldría corriendo como un loco. Betty tenía el pelo tan bien peinado que Franz se preguntó cómo dormía: ¿sentada? Cuando la chica levantó los brazos, desprendió un fuerte olor a sudor. No podía ocultarlo. El olor animal le hizo estremecerse, como si acabara de pasar delante de la madriguera de un zorro.

–Acompáñame a mi casa –dijo Betty–. Necesito que me eches una mano con las matemáticas.

Sonrió a la carretera, mientras el coche pasaba por un brusco bache. Franz se humedeció los labios, le explicó que no podía ir a su casa y farfulló que debía trabajar de inmediato. De hecho llegaba tarde. Su padre le estaría esperando. Se sintió aliviado de repente al pensar en todo lo que tenía que hacer. Betty se encogió de hombros y tomó el desvío que conducía a la carnicería. Cuando se detuvo delante de la tienda, Franz bajó de un salto. A salvo, rodeó el capó y se inclinó por la ventanilla abierta de Betty. Desde el exterior era capaz de reír y disculparse, todo a la vez, con una naturalidad de la que se sentiría orgulloso más tarde, por aguantar allí cuando ansiaba estar solo.

Después de que el coche la adelantara, Mazarine volvió a montar en la bicicleta y siguió camino hasta su casa por la tierra helada con la cabeza embotada, pero tranquila, sin llorar. Limpió lo que su madre, que estaba descansando, había ensuciado, y se puso a buscar algo con que preparar algo de cena. Quedaban un par de tazas de harina en el fondo del saco hundido, un trozo de manteca de cerdo en un viejo tarro marrón y tres gruesos nabos dorados con vetas moradas donde les había dado el sol. Puso los nabos a

hervir con la monda, los rascó y les echó un poco de sal. Preparó unas galletas con la harina y la manteca de cerdo. Dejó una galleta junto a la cama de su madre, y después se sentó en las escaleras de su pequeña y tosca casa a esperar a Roman. Se comió su parte de la cena, muy despacio, y guardó el resto en un paño limpio para su hermano. Mientras estaba allí sentada, cayó de pronto en la cuenta de que Betty Zumburke también tenía una «Z» en el nombre. Al reparar en ello, Mazarine se quedó petrificada con los ojos clavados en la maraña de árboles jóvenes a un lado del patio. Y entonces, sin previo aviso, las lágrimas brotaron de sus ojos, cayeron por sus mejillas y fluyeron hasta toparse con el dorso de sus manos.

Un primo de Gus Newhall estaba casado con una *Braucher*, una curandera. Esta mujer poseía ciertos poderosos secretos curativos que le habían sido transmitidos por su familia, según afirmaba Gus Newhall con el fin de convencer a Fidelis para que dejara que la mujer atendiera a Markus. Durante su propia enfermedad, había apremiado a Eva para que consultara con una persona así, pero, como ella no tenía tiempo para dedicar a los germano-rusos, se había negado. «Agotan a sus mujeres», había afirmado Eva, y recitó un refrán que había oído procedente de los asentamientos del oeste.

Weiberschterba, koi Verderba.

Pferdeverrecka, des bringt Shrecke.

«En otras palabras –había explicado–, cuando mueren las mujeres, no es una tragedia. En cambio, cuando mueren los caballos, ¡es una catástrofe!»

Ya nadie podía negar ahora que la clínica con más renombre de todo el Medio Oeste había fracasado por completo con Eva. Además, era sabido que la práctica de la *Brauche* era particularmente eficaz con los niños. La familia de otro cliente había consentido en que esa mujer atara un huevo a la tripa de su hijo, para trasladar la enfermedad al huevo, y echara el huevo crudo al fuego mientras pronunciaba las palabras exactas a fin de ligar la enfermedad a la yema ardiente. Además era una experta *Messerin*, una medidora, que leía en las mediciones la predisposición de las personas a padecer ciertas enfermedades y conocía la fórmula Brauche adecuada para ahuyentar el mal de cada parte del cuerpo. De modo que mandaron llamar a la mujer y se presentó un día en la puerta de la carnicería. No llevaba en la cabeza el pañuelo negro de las germano-rusas, tal y como esperaba Delphine, ni una falda fruncida como un delantal, ni tampoco era gorda. Era una mujer menuda, bien arreglada, robusta, con el pelo castaño oscuro y corto y la piel rojiza y cubierta de pecas.

–*Wo ist das Kind?* –preguntó, muy profesional.

Delphine la condujo hasta el dormitorio de los chicos, donde Markus dormía bajo una pila de colchas, y llamó a Fidelis, que llegó enseguida y se quedó esperando en el umbral de la puerta. La mujer sacó de su bolso un trozo de cuerda azul, que envolvió alrededor de su mano mientras destapaba a Markus y lo despertaba con suavidad. Le susurró unas palabras en alemán y, a continuación, le pidió en inglés que se tumbara en la cama boca arriba, sin moverse, mientras ella le medía. Todavía ensimismado en sus sueños, Markus estiró obediente los brazos, mientras la mujer colocaba la cuerda. Mientras trabajaba, el

chico abrió los ojos como platos y una expresión de incredulidad se dibujó en su rostro. La Braucher le estaba midiendo todo entero: el torso, los muslos, el cuello, las manos, los pies y la cabeza. Después, la mujer le observó fijamente para hacer una valoración y volvió a extender la cuerda sobre su cuerpo; le midió siguiendo el mismo orden, sólo que esta vez recitaba palabras en alemán con voz serena y firme cada vez que movía la cuerda. Llegado a ese punto, Markus se había puesto rígido, invadido por un miedo indignado, pero ni Delphine ni Fidelis repararon en él. Estaban fascinados con el espectáculo de las mediciones. Cuando acabó, la Braucher subió las mantas hasta el cuello de Markus, le dio unas suaves palmadas y se apartó. Cuando se disponía a marcharse, Fidelis entregó a la mujer un trozo de paletilla de cerdo ahumada a modo de pago. Delphine estaba entretenida con unos clientes y no pudo ir a comprobar cómo se encontraba Markus. Mientras yacía en la penumbra de su habitación, el muchacho meditaba.

—Hola —apareció de pronto bajo el dintel de la puerta que comunicaba con la tienda—. Tengo hambre —dijo por primera vez en muchas semanas.

Su voz sonaba apagada y recelosa, y miró de soslayo a Delphine de un modo que ésta no llegó a entender.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó, atónita ante el éxito de la Braucher.

Le acompañó hasta la cocina y le invitó a sentarse a la mesa. Markus asintió, huraño y vigilante. Despacio, fue tragando la sopa de patatas, cucharada a cucharada, y limpió el plato con pan enérgicamente.

—Me voy a la escuela —anunció, y cogió sus libros con el brazo bueno.

Delphine lo detuvo y le tocó la frente. Markus la fulminó con la mirada.

—Todavía tienes un poco de fiebre.

—Me da igual.

Apartó la mano de Delphine de un manotazo y pasó delante de ella con el cuerpo erguido y muy digno. Saltaba a la vista que se sentía extremadamente ofendido, pero Delphine no tenía ni idea del porqué, hasta que Franz preguntó unos días más tarde:

—¿Cómo es eso de que han medido a Markus para fabricarle un ataúd?

Delphine se le quedó mirando sin poder decir una palabra al principio.

—¿De qué estás hablando?

—Está diciendo a todos los chicos del colegio, más o menos sacando pecho, que ha estado al borde de la muerte. Y que la mujer del enterrador vino a tomarle medidas para el ataúd.

La primera intención de Delphine fue contar la verdad a Markus, pero entonces la asaltó un repentino miedo: ¿y si el chico decidía entonces volver a la cama? ¿Y si se negaba a levantarse nunca más? Aunque fuese sólo eso, la visita de la Braucher le había infundido el indignado horror necesario para su repentina mejoría. Markus pareció recuperarse, en efecto, aunque se movía con ademanes de hombre agraviado y altivo mientras se cuidaba el brazo. Delphine esperó varias semanas antes de confesar a Markus lo que había sucedido en realidad. Para entonces, su enfermedad sin nombre había desaparecido por completo y el chico se hallaba resuelta y definitivamente entre los

vivos.

El sol de Navidad

La nieve cayó como un maná glacial durante todo el mes de diciembre, espolvoreando la tierra dura como el hierro sin lograr ablandarla. El cielo estaba despejado. Día tras día, el sol salía, acompañado de dos feroces y centelleantes parhelios con collarines de arco iris y gélido fuego. Allí donde el viento había despejado la nieve, los viejos surcos dejados por el arado y las grietas en la tierra producían famélicos rastros de trigo y maíz. En algunos lugares, donde los cultivos habían fracasado del todo, la tierra se había amontonado contra algún árbol solitario o alguna valla ocasional. La tierra era tan profunda que no podía perderse, siempre estaría allí, pero ya era evidente que una gran parte de su vida se había esfumado. En las zonas más altas, la tierra deslavazada mostraba un color gris blanquecino, semejante a la palidez de la piel de un anciano. La arena se mezclaba con la nieve para formar una sustancia grumosa y dura que pulía la pintura de las casas de Argus y erosionaba dolorosamente las mejillas de los niños, que se dirigían al colegio caminando hacia atrás con los brazos metidos en las mangas en pequeños grupos y vigilando por turnos. La nieve es una bendición cuando suaviza los contornos del mundo, cuando cae como un manto que contiene bolsas de aire caliente. Pero esta nieve era todo lo contrario; subrayaba el perfil de las cosas y daba al pueblo un aspecto mezquino, desprovisto de todo y simplemente tedioso, como si se tratara de un error escrito sobre la tierra y sólo medio borrado.

Tante no desistió cuando el traje la traicionó, era imposible, ni siquiera ese primer día en que estuvieron a punto de atropellarla cuando llevaba esa prenda. Ni siquiera cuando le dirigieron una mueca de desprecio y la fulminaron con la mirada en las oficinas del condado. Hacía sus rondas. Volvió al banco tantas veces que los cajeros alzaban los ojos al cielo al verla acercarse. Incluso, durante un breve y enloquecido momento, consideró dirigirse al dueño de la sala de billar para preguntarle si necesitaba una mujer de la limpieza. Llegó hasta la puerta de servicio. Pero el olor a cerveza rancia, sudor, orín y cosas peores, así como la seguridad de lo que se iba a encontrar allí en términos de escoria humana, le resultó demasiado repulsivo. ¿Qué sustancias repugnantes podría tener que restregar y limpiar? No lo sabía, pero era incapaz de superar el fantasma de su asco. De modo que siguió buscando. Y en su favor, el traje la ayudó. Las fibras del tejido no se marchitaban ni se deshilachaban. El traje la envolvía como un escudo. Incluso cuando el fracaso había marcado algún día y se arrastraba hasta su casa donde le esperaba un magro sustento, el traje le daba fuerzas y fortalecía su determinación. En

lugar de pasar hambre esa noche, se encaminó hacia la casa de su hermano y enderezó la espalda antes de entrar con porte majestuoso como de costumbre, y se apoderó de la comida como si le fuese debida, con gran pompa, porque debía reclamarla sin humildad o no podría reclamarla en absoluto, al menos no delante de Delphine, de la que dependía y a la que aborrecía al mismo tiempo.

Desde el episodio de la colina, Tante se había dado cuenta de que Fidelis veía con mejores ojos su idea de llevar a los chicos de vuelta a Alemania para que fueran educados allí. Por ello, no dejaba de insistirle en que sus hijos habían corrido un enorme peligro. ¿Qué sería lo siguiente? ¡Podría ser mucho peor! Y eran muchachos tozudos, que rendían culto a los santos, furiosamente alegres y con cierta querencia al peligro, de eso no cabía la menor duda. Se volverían a meter en líos a la menor oportunidad. Tante creía que era su deber decir a Fidelis que dudaba, incluso con la presencia de Delphine durante buena parte del día, de que él fuese capaz de vigilar de cerca a los chicos. No estaban a salvo. Se habían vuelto indomables y se daban golpes en el pecho haciendo el signo de la cruz. Y con los salarios que debía pagar en la tienda, apenas conseguía calzarlos. Tenían que forrar el interior de sus viejas botas con papel de periódico. Tante reiteró ese discurso hasta que Fidelis abandonó el cuarto, pero se dio cuenta de que le había causado cierta impresión. Jugaba con su sentimiento de culpa por lo que podía haber ocurrido, lo que estuvo a punto de suceder: Markus enterrado en la colina.

Enfundada en su traje, en el que el sol reverberaba por las tardes, y con una gruesa capa de ropa interior de lana que la mantenía caliente, Tante recorría todo el pueblo, curtiéndose la piel ante los inevitables rechazos. Salía. Pedía trabajo. Hasta que un día por fin la contrataron.

El lugar acababa de abrir, fuese lo que fuese aquello. Al principio, resultaba difícil explicar qué vendían exactamente allí. Un batiburrillo de cestas y latas de tabaco se esparcían por la acera. Un gran escaparate albergaba rollos de telas nuevas y ordenadas pilas de retales cortados con cuidado, un gran tamiz de hojalata con dos asas esculpidas en cuernos, encajes hechos a mano, una trenza decorativa en zigzag, cintas y una flamante máquina de coser. Un cartel en la puerta anunciaba simplemente: «ARTÍCULOS PARA EL HOGAR». Tante se acercó y entró. Al otro lado de la puerta medio pintada y medio decapada, había un maltrecho maniquí de costurera y más rollos de telas –de todo tipo, desde lanas hasta tejidos de algodón estampados– y un surtido de resplandecientes adornos para sombreros. También había cestas de plumas secas, diez modelos de encaje a máquina, un cuello de piel que habría quedado muy bien cosido en su viejo abrigo negro. Se veían tarros de cristal de segunda mano, vajillas de plata desaparejadas, bobinas de alambre en una esquina y un rastrillo en perfecto estado colgando de la pared. Semillas de calabacín, pepino y calabaza. Papel usado. La variedad de artículos en venta era abrumadora y alentadora: un atrevido revoltijo. Tante dio una vuelta por la tienda y se dirigió después a una mujer con aspecto austero y metódico que se encontraba detrás del mostrador, y le hizo la misma pregunta de siempre. Si había trabajo. La mujer salió de detrás del mostrador, embarazadísima, y respondió:

–Yo tengo que parar por un tiempo. ¿Sabe usted vender?

—¡Sé vender! —aseguró Tante, con voz adusta y decidida.

—Entonces espere un minuto —dijo la mujer—. Llamaré a mi jefe.

La mujer desapareció tras una cortina de gasa, habló con alguien, y entonces apareció Paso-y-Medio.

Tante no calibró la situación en un primer momento y dirigió a Paso-y-Medio la mirada irritada y el mohín condescendiente que, en el mejor de los casos, le dedicaba en la carnicería Waldvogel cuando Paso-y-Medio acudía a por sus despojos. Aguardó, con la vista clavada más allá de la dependienta, a la espera de que apareciera el dueño. Después, volvió a mirar a la mujer detrás del mostrador y a Paso-y-Medio, que la observaba con un regocijo atroz.

—¿Y bien? —dijo Paso-y-Medio.

—He venido a ver al dueño —explicó Tante, recorriendo la tienda con los ojos.

—Lo tiene delante —anunció Paso-y-Medio.

Tante oyó esas palabras. Giró la cabeza y los complicados nudos de su peinado se retorcieron con el brusco movimiento. Pensó que no podía haber oído bien y soltó una pequeña y ronca risa.

—¿Cómo dice?

—Esta tienda es mía.

La mujer detrás del mostrador resopló con impaciencia.

—Bueno, usted *dijo que buscaba trabajo*, ¿no es así?

Tante seguía sin poder asimilarlo, pero asintió tontamente. Después se aclaró la voz y respondió, dócil y perpleja:

—Sí.

—¿Sabe vender? —preguntó esta vez Paso-y-Medio.

De algún modo, Tante dio una respuesta afirmativa.

—¿Y entiende algo de toda esta mercancía?

Paso-y-Medio señaló con un movimiento circular del brazo las paredes engalanadas. La majestuosidad altanera que siempre había parecido ridícula cuando no era más que una trapería resultaba ahora más adecuada para la propietaria de suntuosos rollos de tela, la inmensa variedad de restos y desechos que se amontonaban y colgaban de clavos en las paredes con el mayor cuidado o se exponían en las estanterías de forma festiva.

Aunque no se había recuperado todavía de la conmoción, Tante aceptó el desafío.

—¡Sé muchísimo!

—¿Y tiene que llevar puesta esa cosa?

Paso-y-Medio señaló con la cabeza el traje de botones metálicos, pero Tante retrocedió, cruzó los brazos y cerró su asombrada boca. Su necesidad de trabajar chocó de lleno con su orgullo y golpeó violentamente la imposible imagen de aquella flamante trapería vestida con harapos, convertida ahora, de forma misteriosa, en una comerciante respetable. Y en una posible jefa. Las cosas se habían puesto patas arriba en su cabeza. Su orgullo social se veía trastocado. Y, sin embargo, habría podido soportarlo. Fue la afrenta a su atuendo, al traje en particular, que todavía vestía con honor y ofendida lealtad, lo que no pudo aguantar.

–Es un buen traje, y me ha costado caro –informó.

Paso-y-Medio apartó con la mano sus estiradas palabras y dio una pequeña patada a una elegante y femenina máquina de coser Singer de esmalte negro, decorada con delicadas flores doradas y con un armario de madera accesorio que se ajustaba debajo a la perfección.

–Si puede servirse de ella, podrá vender.

–Aprenderé a manejarla –prometió Tante.

No podía apartar los ojos de la máquina rutilante, el último modelo, que le resultaba familiar a pesar de la línea aerodinámica. Toda la habitación pareció reducirse a esa máquina, como si acabaran de encender un foco de luz. Todo lo demás se diluyó en la oscuridad y la intrascendencia, incluso la idea de trabajar para Paso-y-Medio, una sorpresa de tal calibre que la potencial humillación no había surtido efecto todavía en Tante, que no terminaba de digerir la noticia. La pequeña, compacta y brillante máquina profesional con la centelleante aguja y el reluciente volante cromado eran suficientes, de momento, para fijar la imagen con más amplitud. Pues daba sentido a su dilema. Tante tocó la suave curva donde el brazo acomodaba la tela y pasó la mano con curiosidad sobre la madera tallada del mueble.

–Siéntese delante –ordenó Paso-y-Medio–. La señora Knutson la pondrá al día.

Encandilada y fascinada, Tante se acomodó delante de la máquina y aceptó las instrucciones. Incluso cuando el hombre que más despreciaba en el pueblo, Roy Watzka, pasó delante de ella con una bobina de fieltro violeta en los brazos para ponerla en las ventanas, apenas advirtió su presencia. Estaba aprendiendo a enhebrar.

El frío se intensificó, pero la nieve seguía siendo escasa para gran decepción de los aficionados al trineo y de los constructores de fortalezas de nieve, aunque hacía un tiempo perfecto para patinar. El hielo era oscuro y transparente. Podía verse a través de la superficie de un gris como el cuarzo en un abismo glacial donde revoloteaban hojas y burbujas de aire, atrapadas en grietas plateadas. Franz había aceptado salir con Betty Zumbrugge cuando la escuela cerrara para Navidad. En esa primera tarde de vacaciones, la joven se dirigió a la carnicería en el imponente coche negro, aparcó delante y dejó el motor encendido, pero no entró en la tienda. Franz se quitó el delantal y lo colgó. Dijo a su padre que se marchaba, pero no especificó con quién. Fidelis echó un vistazo por la ventana mientras afilaba distraídamente un cuchillo y dijo:

–Es Zumbrugge.

–Es Betty –respondió Franz.

–¿Por qué no entra?

–Ha venido a buscarme.

Fidelis escrutó a Franz y su hijo se sonrojó, pero aun así se enfundó la vieja chaqueta de su padre.

–No te emborraches –le advirtió Fidelis.

Franz se despidió con la mano. No era un bebedor. Salió fuera, donde estaban cayendo volutas de nieve, pequeños copos resplandecientes que le golpearon la cara. Subió al

coche de un salto, apoyó el codo en la ventanilla y se agarró a la correa de la puerta del copiloto. Betty dio media vuelta haciendo chirriar los neumáticos y salieron a toda velocidad hacia un pequeño bar de carretera, un antiguo antro clandestino en los tiempos de la Prohibición. Betty frenó en seco, riéndose, y encendió un cigarrillo. Se quedaron un tiempo dentro del coche mirando el local sin más.

—¿Has estado alguna vez en uno de éstos?

Franz se limitó a encogerse de hombros. No había estado nunca en uno. El bar de carretera era un edificio bajo de tablillas rodeado por un estrecho porche. Betty le habló de su familia, de sus planes para ingresar en la escuela de enfermería, de sus hermanas y sus novios, de su padre y sus problemas. Franz intentó escuchar con mucha atención, pero su mente no cesaba de divagar. Al fin bajaron del coche y se acercaron a la puerta del bar. Alguien tocaba un lento vals canadiense al acordeón. Dentro del local, el lugar estaba iluminado y era cálido, y las paredes aparecían cubiertas de anuncios. Las mesas y las sillas estaban fabricadas con madera tosca, desgastada y deteriorada. Eligieron una mesa próxima al fondo de la sala donde podían ver a cualquier persona que entrara por la puerta, sin ser descubiertos enseguida. Les sirvieron dos vasos de whisky seco con unas pintas de cerveza.

La cerveza no valía gran cosa, pero el whisky era otro cantar. El sabor era áspero y dorado, y el ardor, delicioso. La bebida cayó en el estómago de Franz y el calor ámbar se extendió por todo su cuerpo. Clavó la mirada en los ojos azules y brillantes de Betty y le sonrió con una indulgente amabilidad. A pesar de la ropa de adulta que llevaba, del maquillaje y del coche, Betty parecía más joven que Mazarine. Esperó un momento a que terminara de contarle algo evidentemente muy importante para ella —tenía la mirada apremiante y en una ocasión pasó los dedos entre sus cuidados rizos rubios, enredándolos un poco, de modo que su aspecto sedoso se dividió en espirales—. Tomaron otro whisky y las espirales se desdibujaron en un halo glacial. Franz rechazó un tercer whisky, pero Betty se lo tomó, y luego se dirigieron al coche.

El frío se había vuelto más intenso y tenían la piel de las manos y la cara entumecida por el viento, pero era un coche muy moderno y el interior se calentó enseguida cuando arrancaron. Betty dobló por un camino donde nadie los molestaría: moría en una granja que había sido embargada la primavera anterior. Su padre había ejecutado la hipoteca, recordó Franz. Betty detuvo el coche y apagó las luces. Sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco al resplandor de la nieve fuera del coche y el mundo se tornó de un nítido color azul con sombras negras asomando en las zanjas. Vislumbraban las titilantes luces del pueblo diseminadas a lo lejos detrás de la bruma de un cortaviento, pero todo a su alrededor rezumaba tranquilidad. Betty cogió unas mantas del asiento trasero y dijo:

—Hablemos.

—¿De qué? —preguntó Franz, extendiendo los brazos hacia ella. Sujetó dulcemente el rostro de la chica entre sus manos, como si hiciera la pregunta en serio, pero le estaba tomando el pelo. Betty hablaba muy en serio.

—De nosotros —contestó.

—¿Y qué pasa con nosotros?

—¿Es que no vas a besarme? —preguntó Betty—. Empiezo a preguntarme qué demonios te pasa.

—Está bien —respondió Franz.

Con el dedo alisó los labios de la muchacha y después empleó el dedo pulgar para borrar el carmín. No pretendía prolongar la espera de la chica, pero su gesto pareció hipnotizarla e inclinó la cabeza hacia atrás. Franz puso los labios en los suyos y enseguida supo que había cometido un terrible error. Esperaba que besara como Mazarine, pero todo resultó distinto. Sus labios eran carnosos y afrutados, y luego húmedos. Abrió tanto la boca que Franz a su vez tuvo que abrir la suya hasta tal punto que crujió y, cuando rozó su lengua, le sorprendió una cosita rígida que se movía a toda velocidad. No le gustó su lengua, ni sus dientes, ni su sabor a humo, ni su olor, aunque fuera sin duda un perfume muy caro. Era demasiado, demasiado ella, y se apartó de su lado del coche, aturdido. Pero la muchacha cayó junto a él en el asiento y las manos de Franz acabaron dentro de su abrigo. El chico descubrió sorprendido que el vestido estaba desabrochado y, sin previo aviso, sus manos aterrizaron en sus pechos. Su sostén estaba compuesto por un tejido suave, cálido y ajustado. Deslizó las manos por debajo y se lo quitó, y, cuando sus senos le llenaron la palma de las manos, se le entrecortó la respiración. Sus manos se quedaron petrificadas. Bajó de nuevo el sujetador, cerró el abrigo, se sentó y se apartó.

—Tengo que salir —anunció, mientras abría la puerta del coche—. Necesito caminar.

Dada la escasa nieve que había caído ese año, sabía que podría llegar a la casa de Mazarine atajando campo a través.

Cuando llegó a la casa de los Shimek, apenas una choza en realidad, con una chimenea de hojalata en forma de bota y un retrete exterior cerca de la callejuela de atrás, Franz estaba medio congelado. Esa parte del pueblo estaba dividida en bloques, separados por callejuelas de tierra, ahora heladas pero generalmente polvorientas o embarradas. Alrededor de la casa de Mazarine se alzaban extensiones de esquelético bosque, y la madre de la muchacha criaba gallinas y una vaca vieja que les proporcionaba un poco de leche. Durante todo el camino, perros guardianes, la mayor parte de las veces encadenados a sus casas, se fueron turnando para ladrar a Franz a su paso, por lo que estaba seguro de que la joven le había oído llegar y le abriría la puerta. Pero tan sólo se trataba, quizá, de los efectos prolongados del whisky, un error de perspectiva. Franz estaba tan imbuido de su misión y del drama de haber abandonado a Betty que se convenció de que Mazarine sabría y comprendería que él estaba a punto de llegar, aunque no le hubiera dirigido la palabra desde hacía semanas. Le estaría esperando. Adivinaría todo lo que había sucedido y al instante todo volvería a ser como antes. Cuando Franz alcanzó la puerta sin pintar, que estaba casi a nivel del suelo, llamó y esperó a que Mazarine contestara. En su fuero interno, hervía con la emoción de un hombre a punto de ser salvado.

La madre de Mazarine abrió la puerta y llenó todo el marco. Entrecerró los ojos para escrutar a Franz, apartó de su rostro unos hilos de pelo castaño grisáceo y gruñó algo al

reconocerle, pero no dijo nada. Cerró la puerta y le dejó plantado en el exterior. Al cabo de un momento, Franz llamó de nuevo a la puerta. Esta vez, abrió Mazarine. Su silueta se recortaba contra la débil luz del interior, delgada en su vestido de verano, con el pelo, como siempre, vivo y cayéndole en los hombros con suaves ondulaciones hasta topar con sus pechos. Su rostro estaba totalmente sumido en la sombra, pero Franz alcanzó a ver que tenía el gesto sereno y –pensó– triste.

–¿Qué quieres? –preguntó.

–Pasar –respondió, cayendo en la cuenta de que las cosas no sucederían como lo había imaginado, sino de un modo muy diferente–, sólo un minuto.

Mazarine volvió la cabeza para echar un vistazo y Franz descubrió en la penumbra los enormes pilares blancos y desnudos de las piernas de su madre. La señora Shimek se había levantado un poco el vestido para sentarse en una silla de cocina de madera y vigilar la puerta.

–Por favor, no entres –dijo Mazarine.

–Estoy medio congelado –insistió Franz–. He caminado hasta aquí campo a través. Tal vez unos diez kilómetros.

–¿Qué hacías allí? –preguntó Mazarine.

Se levantó un viento suave y extremadamente gélido y revolió el cabello alrededor de los hombros de la muchacha. Ajena al frío cortante, Mazarine le miró fijamente, a la espera. Olía el alcohol en su aliento, y pensar que había bebido la disgustó levemente y luego la hirió. Que ella supiera, él no bebía, aunque algunos de los chicos lo hacían. La señora Shimek gritó a su hija que cerrara la maldita puerta. Mazarine comenzó a cerrarla de nuevo en las narices de Franz, pero, desesperado, el chico dio un paso adelante, de modo que la joven tuvo que retroceder un poco y dejarle pasar. No era la primera vez que entraba en su casa, pero de algún modo las cosas parecían haber empeorado. Quizás su padre había saltado de verdad a un furgón de mercancías tal y como había amenazado con hacer. O quizá su madre había enfermado en serio. La señora Shimek se quedó sentada allí, extrañamente monumental en la diminuta silla, mirándole fijamente con una solemne opacidad de lechuza. Franz advirtió que no había más sillas, así que permaneció de pie mientras Mazarine se dirigía a la estufa de leña para atizar el fuego y echar dos trozos de leña.

–No los gastes todos –ordenó la madre.

Mazarine no le hizo caso y se dirigió a Franz.

–Ven aquí.

Le hizo señas para que se acercara a la estufa y Franz comprendió ahora que tenía frío, no sólo superficialmente sino hasta la médula, porque comenzó a tiritar con tal fuerza que sus huesos traqueteaban en su interior mientras su cuerpo iba entrando en calor. El whisky le había proporcionado un falso calor y una falsa energía durante la larga caminata campo a través. Había pisado los terrones duros como el hierro, había corrido incluso entre las ráfagas de nieve tan finas y duras que semejaban yeso en el suelo. Ahora tenía la sangre clara y helada; su bravuconería se había desvanecido y se sentía perdido y ridículo. Las llamas ardieron en la estufa de hierro y el calor al fin empezó a

penetrar su ropa y después su piel. Irradiaba en él hasta tal punto que casi pudo controlar sus temblores. Su cuerpo todavía se estremecía de vez en cuando. Se quedó allí de pie, aguardando en silencio lo que fuera a suceder ahora. Mazarine esperaba a su lado. Y su madre no les quitaba ojo desde la silla.

Mazarine no se movió en cuanto encontró un lugar tranquilo en su interior. ¿Qué debería sentir?, se preguntó, sabiendo que era extraño que la presencia de Franz en su casa la dejara tan indiferente. No lograba reunir la alegría que cabía esperar por volver con ella, si de eso se trataba. Él no había dicho nada de eso. No conseguía animarse, ni tampoco sentía la ira debida. Sus amigas habían exclamado: «¿Es que no le odias?»». Pero no. Se volvió paciente, incluso después de que su desconsuelo inicial se tornara en una lasitud desesperada, y había rechazado la ferviente compasión de ellas. Después de haber apoyado su mejilla en la entrepierna de Franz aquella tarde de noviembre, y de volver el rostro una vez y otra más, y de besarle allí larga, suave y lentamente, tuvo que borrarle de su mente. Había tapiado cualquier pensamiento sobre Franz en una pequeña y fría habitación. El chico no era nada. Porque enseguida se enteró de que tonteaba con Betty. Si pensaba en aquellas tardes bajo el pino, se moría de vergüenza por haber sido abandonada. Por ello, aunque Franz se encontraba allí en ese preciso instante, ella no le veía realmente. La situación había cambiado por completo, ¿no? ¿No era lo esperado? Atizó el fuego y esperó, buscando alguna señal que le indicara qué debía hacer.

No intercambiaron un sola palabra. Nada, tan sólo el crepitar del fuego. Conforme entraba en calor, Franz empezó a sentirse más y más violento por el absoluto silencio y, en cuanto se halló con fuerzas para marcharse, dijo «gracias» con voz ahogada. Mazarine le acompañó los pocos pasos que había hasta la puerta. Cuando Franz extendió la mano para abrirla, preguntó en voz baja:

—¿Quieres que vuelva?

El «no» brotó automáticamente. La voz de Mazarine semejaba un arañazo blanco en la diminuta sílaba.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en afirmar que la nieve empezó a caer justo a tiempo. Llegó en copos de tarjeta postal, que caían rectos en un día sin viento. Todo el mundo salió fuera con gritos de alegría. Los niños atrapaban los copos con la lengua y tramaban grandes proyectos, cavaron túneles en los ventisqueros y hacían batallas de bolas de nieve. Por fin podían sacar los trineos. Los árboles de Navidad tenían un telón de fondo. Los villancicos y el belén de la iglesia cobraban sentido. El viento amainaba en tan pocas ocasiones en las llanuras que el singular amontonamiento de los delicados copos era una maravilla. Los postes de los corrales se cubrieron de sombreros blancos. Las ramas de los árboles quedaban subrayadas y los pinos vestían unos mantos esponjosos. Los habitantes de Argus salieron a pasear tan sólo para maravillarse de las curiosas formas que la nieve recién caída dibujaba en los objetos cotidianos, según descendía suavemente y permanecía sobre coches, casetas de perros, contenedores de basura, inhóspitos emparrados, la estatua delante del juzgado, escaleras y barandillas. Argus tuvo de pronto un aspecto encantador y divertido, como un pueblo sacado de un

viejo cuento de hadas.

Clarisse, que salía por la puerta trasera de la funeraria para regresar a casa a pie, tuvo ese mismo pensamiento mientras hundía las manos en un manguito de lana tejido a mano. Pensó en la casa de pan de jengibre, en lo más hondo del bosque, con el techo de bizcochos de soletilla glaseados y decorados con gominolas. Pensó en la pintoresca cabaña suiza que aparecía en el bote de chocolate que se había comprado. Decidió que al llegar a casa se agasajaría con una rica taza de chocolate caliente. Calentaría la leche con un poco de azúcar; después, vertería los copos de cacao en el cazo y los removería hasta que se derritieran del todo. Era posible que le quedara nata suficiente en la botella que había comprado a Delphine en la tienda de los Waldvogel para añadir un poco de nata montada encima. La pregunta que ahora se planteaba era si debía invitar a Delphine a unirse a ella, y traer tal vez un poco más de nata. Llegó a su casa. Tuvo de pronto más cosas en que pensar. En la nieve fresca que se extendía ante ella hasta la puerta principal de su casa advirtió huellas, gruesas y fuertes: las pisadas de un hombre. Y allí estaba, esperándola en el porche.

Gracias a sus contactos y tras haberla solicitado reiterada y obstinadamente al juez Zumbrugge, el sheriff Hock había conseguido al fin una orden de registro para entrar en el domicilio de Clarisse Strub. Era un hombre muy ordenado, meticuloso y puntilloso en cuanto a lo que le rodeaba. Su casa estaba impecable; todas sus pertenencias aparecían perfectamente ordenadas y clasificadas, su ropa cuidadosamente doblada en la cómoda o colgada en el armario, libre de la más mínima mota de polvo. Guardaba la insignia, siempre bien lustrada, en un pequeño cuenco de madera en la mesilla de noche. Habría sido capaz de señalar a quien fuera si algo semejante a una brillante perla tubular roja se hubiera metido por una grieta del suelo de su armario. La habría visto. Clarisse, en cambio, guardaba su precisión para su oficio y descuidaba su hogar, dejando las habitaciones en un estado de femenino desorden. Después de que Delphine sacara el vestido del armario de Clarisse, hacía ya algún tiempo, había barrido el suelo. Pero no había examinado las rendijas entre las tablas de madera con una fuerte luz y un ojo sabio y perspicaz, tal y como hacía ahora el sheriff Hock.

—Esto no me llevará mucho tiempo —explicó a Clarisse con una formalidad firme e incluso amable—. Siento molestarte y vulnerar tu intimidad.

—Con el debido respeto a tu cargo —contestó Clarisse, desesperada—, vete al infierno.

—Ya he estado en él —respondió el sheriff Hock, levantando los ojos hacia ella con una sencillez tranquilizadora—. Tú me mandaste allí, Clarisse.

—No era mi intención —se le humedecieron los ojos. Contuvo las lágrimas, y luego dejó que fluyeran. Tal vez si le diera pena, se marcharía—. No quiero que te sientas mal...

—Entonces —concluyó el sheriff, dejando la lámpara con una repentina y descontrolada ilusión—, debes de sentir algo.

Clarisse le miró fijamente, petrificada, mientras en sus oídos retumbaban confusos zumbidos como si unos cables se hubieran cruzado en su cerebro.

—Por mí —prosiguió el sheriff.

–Siempre he pensado que podríamos ser amigos.

Clarisse notó que subía el tono de voz, más y más, hasta convertirse en un agudo chillido. Intentó tomar aire. Respiró un poco, pero un flujo rojizo la ahogaba. El sheriff Hock sacudió la cabeza con abatida gravedad y apuntó de nuevo el haz de luz hacia el suelo. Clarisse le observó mientras los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Encontraría una perla, por supuesto, o un hilo, un trozo de tela, cualquier cosa que la implicara. Entonces la tendría acorralada y a ella no le quedaría más remedio que elegir entre él y una acusación de asesinato, ¿no?

–Vete –apremió Clarisse–. Ésta es mi habitación. Sal de aquí.

Hock se incorporó y, aunque no se movió en su dirección, Clarisse percibió su energía, amenazante y maliciosa, que avanzaba hacia ella como una marea irrefrenable. Dio un paso atrás. Con una pequeña y fruncida sonrisa y un silbido grave y cautivador, Hock se dio la vuelta. Con los brazos cruzados y los labios apretados, Clarisse asomó la cabeza por la puerta del dormitorio y observó el horroroso, áspero y barato tejido de sarga que se tensaba en las posaderas del arrodillado sheriff. El cinturón le cortaba la cintura. Por encima sobresalía el pecho, que le llenaba la camisa de un modo tal que parecía el relleno de un grueso edredón en lugar de carne. Pero debajo había carne, y un cuerpo, ¿no había duda! Un cuerpo que había decidido que ella le pertenecía. Clarisse dejó que sus pensamientos divagaran. «¿Por qué no matarle sin más?» Sería tan fácil clavarle un cuchillo debajo de esas acolchadas costillas. Sus dedos se estremecieron en el marco de la puerta.

–Vete, por favor –susurró y, como él no contestaba, dijo algo que solía decir su madre–. No me hagas perder los estribos.

Hock levantó los ojos hacia ella.

–Ah, ¿y qué pasaría entonces? –su voz sonaba amable e indulgente.

–No lo sé –se giró hacia un lado–. Nunca he perdido los estribos hasta ahora.

¿Qué haría con él? ¿Encerrarlo en el armario? ¿Escapar? ¿Dejar que se pudriera allí mismo? Ella tendría que desaparecer. Eran las fiestas navideñas, la época del año que más le gustaba, y no era un buen momento en absoluto para abandonar Argus. Siempre le había gustado el áspero aire azulado de la misa del gallo, el paseo hasta la iglesia, y no le parecía justo tener que renunciar a un rito que la había acompañado desde la infancia. Sus dedos todavía temblaban, de modo que los dobló y se frotó las manos para tranquilizarse. Observó cómo el sheriff hurgaba en su ropa interior con delicadeza, y aquello la hizo sentirse más desnuda y violentada que si hubiera arrojado sus bragas a los cuatro vientos.

Tuvo que contenerse y controlar los sobresaltos de su corazón, pero la espantosa sensación de ultraje resultaba un terreno demasiado fértil. Insidiosas malas hierbas crecían al instante y a toda velocidad en su interior. Se retorció las manos, rindiéndose de pronto. Después, se recompuso y abandonó serenamente la visión del sheriff en su dormitorio, y bajó las escaleras. No soltó la barandilla para no tropezar. ¿Por qué habría de ser ella quien tropezara y cayera? Tal vez le correspondiese a él tropezar, al respetado sheriff Hock. Se imaginó el voluminoso cuerpo resbalando y rodando por el primer tramo

de las escaleras, partiéndose en dos sobre el rellano, y luego en cuatro abajo del todo, como un cerdo de porcelana. Esa estampa casi la hizo reír. La idea la animó. Tal vez saliera fuera a fumar excepcionalmente un cigarrillo para serenarse. Al fin y al cabo, ¿qué podía encontrar? El vestido ya no estaba —lo había desenterrado y se había desprendido de él con gran astucia—. Se felicitó por ello, y luego pensó en cómo la maldita prenda, después de que Hock se la arrancara, comenzó a perder todas sus perlas. Recordó los hilos rotos, los miles de hilos rotos, y de pronto notó un escalofrío en el pecho.

Clarisse bajó las escaleras muy tensa hasta el lugar donde escondía los cigarrillos —en una estantería de la cocina, en una pequeña lata encima de los cuchillos—. Cuchillos que mantenía a buen recaudo en un cajón donde siempre debían guardarse, a salvo de manos diminutas. Las suyas eran las únicas manos pequeñas de la casa. Descubrió de pronto que, en vez de sacar un cigarrillo del bote, estaba abriendo el cajón y examinando su cuchillo favorito: un largo y delgado cuchillo de trinchar. Tenía una preciosa hoja de acero templado, ligeramente curva. Clarisse comprobó el filo con el dedo pulgar; después sacó del cajón una pequeña piedra de afilar. Afilar el cuchillo era un gesto habitual en ella: mantenía los cuchillos muy afilados. Comprobó de nuevo la hoja, que seguía sin hacer brotar la sangre. Descansó un momento; después se aplicó a conciencia y consiguió un filo todavía más cortante. Mientras afilaba la hoja hasta dejarla como un estilete, pensó en que era una lástima que tanta gente, incluida Delphine, su mejor amiga, y desde luego el sheriff Hock, la subestimaran. No le mataría, por supuesto, pero podía darle un buen susto. No le quedaría más remedio que marcharse y, en cuanto se fuera, ella cerraría las puertas con llave. Se buscaría un abogado, pero uno que Zumbrugge no tuviese en el bolsillo. Un abogado de verdad. Quizás uno de Minneapolis. Le contaría toda la verdad a su tío, aunque le diera vergüenza. Juntos se asegurarían de que una Strub no volviese a ser amenazada, acosada y obligada a padecer la invasión de sus cajones de ropa interior. Tendría que quemar cada combinación, cada sujetador y cada braguita que el sheriff Hock hubiera tocado, y eran prendas bonitas. Había gastado mucho dinero sobre todo en las combinaciones, que eran de pura seda.

Deseaba tener el vestido rojo. Se había sentido invencible aquella vez que lo llevó al velatorio debajo de un sombrío abrigo negro. Ese vestido le había dado el valor necesario para aceptar la muerte de su padre. El susurro de las perlas de color sangre la había ayudado a despedirse de él. El cuchillo tembló. ¡El desvergonzado descaro de Hock de acorralarla en el velatorio de su propio padre! Si no le hubiese puesto los labios encima, tal vez ella no le habría abofeteado con tanta virulencia. El hombre había pretendido despojarla de la pureza de su duelo, y nadie mejor que ella sabía lo sagrada y valiosa que era una pena verdadera. Pretendía consolarla. Bueno, ¡tal vez lo creyese de verdad! Con cuidado enderezó la hoja y comprobó que no había hecho mella en el filo. Pero ahora estaba minuciosamente afilada. Pensó en Delphine y luego en la obra escocesa. «Una capa negra para mi corazón tembloroso.» Ya no tenía miedo. Dio al cuchillo el filo de una hoja de afeitar, imaginando que estaba ahora tan afilado que el sheriff tal vez no lo notara, al principio.

Cuando volvió a entrar en el dormitorio, le pidió de nuevo que se marchara y le dio un

aviso completamente honesto. Mientras ocultaba el cuchillo detrás de la espalda, simplemente dijo, con voz apenas trémula:

–Te lo advierto, sheriff Hock. Como no te vayas, me obligarás a hacerte daño.

El hombre se puso de pie. Tuvo la sangre fría de sonreírle y, después, de intentar cruzar con ella una larga mirada para romper sus defensas.

–Soplaré y soplaré, y tu casa derribaré –dijo suavemente–. Yo también te lo advierto.

Soltó una risita absurda y frunció los labios con pudor.

–¿Por qué yo no, Clarisse? No hay nada rechazable en mí. Tengo un buen trabajo, incluso cierto prestigio. No bebo. No me acuesto con otras mujeres y jamás lo haré. Mírate. Eres hermosa como un ángel, pero eres una enterradora. Tu oficio ahuyenta a los hombres. Pero a mí no.

Hock extendió los brazos y su sonrisa adquirió un tono animal, sus ojos se impregnaron de un ansia ignorante e inocente. Cuando Clarisse no dio un paso hacia él, el hombre dejó caer los brazos lentamente. Hurgó en el bolsillo y sacó un trozo de papel con una perla roja en el interior.

–La he encontrado aquí –anunció–. Una prueba que te incrimina.

–¿Una prueba que me incrimina? Oh, por el amor de Dios, no seas ridículo. Déjame ver eso.

Con su mano libre, Clarisse intentó arrancar el trozo de papel.

–Uy, uy, uy –canturreó el sheriff con voz pícaro y atroz.

Guardó la perla dentro del papel, dobló la hoja y la metió en el bolsillo de la pechera de su camisa. Abrió los brazos y se abalanzó sobre ella.

El brazo de Clarisse se alargó súbitamente delante de ella.

El sheriff Hock no supo qué le había pasado, por lo menos al principio. Se apartó aturdido y, al girar, hizo parte del trabajo de Clarisse. Dio media vuelta tan bruscamente que, en su imaginación, ella pudo ver cómo la afilada hoja se deslizaba por sus entrañas y le desgarraba las vísceras. Las sustancias que se esparcían por su interior acabarían matándole, pero demasiado lentamente. «Rápido es mejor», pensó Clarisse, y sólo reaccionó ante sus pensamientos, que permanecían serenos y racionales. Tenía que utilizar el cuchillo como si fuera una sierra. Lo más rápidamente que pudo, rajó a Hock por el vientre a la vez que el hombre levantaba la mano e intentaba oponer resistencia. Clarisse se movió de un lado a otro sin soltar el mango de madera. Necesitaba utilizar las dos manos y evitar los zarpazos del sheriff. Era más fuerte de lo que ella pensaba, pero gracias a su profesión Clarisse había desarrollado una enorme fuerza en las manos. ¡Con qué cara de estupor el sheriff Hock miraba el cuchillo que se deslizaba por sus entrañas con tanto desparpajo, partiendo los hilos de su camisa! En la cabeza de Clarisse se amontonaron frases absurdas. Sus pensamientos eran extraños y lejanos. «¡No está nada contento!» Pudo ver que el hombre estaba extremadamente desconcertado por ese repentino giro de los acontecimientos. Tenía el ceño fruncido y parecía incapaz de pronunciar una sola palabra. Sólo la miraba fijamente con total incredulidad. No se lo esperaba, al fin y al cabo, y la mujer sintió un poco de compasión: las sorpresas tampoco eran de su agrado, y ésta no dejaba de ser una y muy considerable.

–Siéntate –dijo, con voz tranquila e informativa–. Ya falta poco.

Cayó hacia atrás con un ruido sordo, sacudiendo la puerta del armario en las bisagras, empapando de sangre las combinaciones de seda y formando charcos rojos en los zapatos. Rápidamente Clarisse apartó del cuerpo de Hock sus prendas preferidas. Con una lúgubre satisfacción, descubrió que el sheriff también había utilizado la navaja para sacar de una grieta en el suelo otra perla roja. ¡Qué le íbamos a hacer! Recogió la perla, se la enseñó, abrió la boca y la tragó. El hombre parecía ahora muy abatido, incluso tenía un cierto aire estúpido. Al cabo de un momento, Clarisse comprobó su pulso y notó cómo se ralentizaba hasta el último latido, y después, con ojo clínico, observó cómo las pupilas de sus ojos se detenían y dejaban de reaccionar.

–No hay nadie en casa –dijo al fin.

Se dio cuenta de que apenas había respirado. De pie, se llevó una mano al pecho y la otra al abdomen, y tomó aire desde la parte más baja de su vientre, como en las clases de canto. Pensó en ocultar a Hock. Pero ¿de qué serviría, además, ocultarlo de pie en el armario? No funcionaría mucho tiempo. Tuvo una rabieta: rompió a llorar y soltó salvajes gruñidos y sollozos que alcanzó a oír desde un lugar fuera de ella. Los ruidos que hacía inundaron la habitación, alarmándola. «Cállate ya –se aconsejó–, o no pararás nunca.» Cruzó el pasillo para prepararse un baño.

Mientras dejaba correr el agua, sacó el cuchillo del cuerpo del sheriff y lo lavó a conciencia. Cubrió el cadáver con una vieja colcha y pasó por encima para alcanzar el armario. Sacó de debajo de la cama una gran maleta marrón. En cuanto se hubiera aseado, haría el equipaje.

El día siguiente era Nochebuena y, mientras Clarisse se relajaba en la bañera, ideó un plan. Lo importante ahora era actuar y no sentir nada. Tendría que acudir al banco durante el día, claro, y después cayó en la cuenta con una súbita alegría de que era buena época para sacar su dinero. La gente solía hacer grandes gastos en Navidad en insospechados o extravagantes regalos. El problema era que mucha gente también solía morir por Navidad, y podrían presentarse emergencias en el trabajo. Después de Navidad, sin embargo, la gente solía esperar hasta Nochevieja para pasar a mejor vida.

–Salvo tú –gritó al sheriff desde el final del pasillo–. No podías esperar.

Después de pasar por el banco, pensó, se organizaría, seguiría preparando el equipaje, que sería ligero pero cuidadosamente pensado, y elegiría un itinerario. Con cierta satisfacción, se dio cuenta de que, si lograba actuar con gran eficacia y todo salía bien, podría acudir a la misa del gallo como siempre había hecho y luego dormir un par de horas antes de coger el tren de la mañana.

Cyprian lo sabía, pero saberlo no le ayudaba. No iba a pasar nada con Delphine. Con la llegada de la Navidad, todo quedó al descubierto, lo cual no supuso ninguna sorpresa. Además, como ambos habían reconocido hacía ya mucho, la fiesta era una bomba trampa. Y el hecho de que Cyprian intentara convertirla en la mejor Navidad que hubiesen pasado jamás no hizo más que empeorar las cosas. Quería compensar la falta de celebraciones navideñas en la infancia de Delphine. Y tal vez en la suya también. Sus

fiestas de Navidad nunca habían sido mucho más que un pretexto para que sus respectivos padres se emborracharan. No había cenas especiales ni pequeños regalos ni guirnaldas ni estrellas de papel ni velas en las ventanas. Tan sólo la gélida estufa de hierro que los niños intentaban alimentar sin ayuda. No había colegio para entretenerlos ni maestra o maestro para darles de comer de su propio almuerzo, sino sólo adultos tambaleantes, que llegaban dando tumbos a todas horas y se caían de bruces en el suelo de la cocina.

Al recordarlo, Cyprian salió a comprar una oca a un granjero de Bohemia que la había engordado a base de maíz y trigo. Delphine fabricó guirnaldas de palomitas y cadenas de papel con los muchachos y mandó a Franz al bosque con un hacha para cortar dos pequeños abetos. Decoró uno para Fidelis y ató el otro al techo del coche y se lo llevó a casa. También puso velas en palmatorias de hojalata con pequeños reflectores detrás de las llamas. Cada uno de los muchachos recibiría un regalo, y también habría uno para Cyprian y otro para Roy. Aunque Cyprian procuraba no preguntarse si Delphine había comprado o elaborado también un regalo para Fidelis, no podía evitarlo. Se lo preguntaba. Unos días atrás, había llegado a fisgar en su cómoda en busca de algún paquete sospechoso, pero no encontró nada salvo su ropa, doblada de cualquier manera, y su propio regalo, que tenía aspecto de ser una bufanda. Su propia actitud le irritó. Había pensado que no era el tipo de hombre que husmeara en las pertenencias de una mujer, pero al final resultaba que sí lo era. Se dirigió al pueblo y le compró un lujoso anillo de rubí.

Cuando pasó a recogerla al trabajo el día de Nochebuena, Delphine rumiaba algo y no abrió la boca en todo el camino de vuelta a casa.

—¿Estás bien? —preguntó Cyprian.

—Cansada.

Le contó cómo todo el mundo había llegado en el último momento para recoger la oca o el pavo o el asado de cerdo o lo que fueran a comer ese día de fiesta, y además querían cortes especiales y guarniciones de todo tipo, y aparte había pedidos de último minuto, y encima ella había intentado preparar un *stollen*³ y *le había salido mal*. Y después quemó una bandeja de galletas para los muchachos. Cyprian intentaba no pensar en Fidelis. *¿Las galletas serían en realidad para él? De todas formas, el cansancio de Delphine era comprensible, y pensó, procurando ver la situación desde un prisma optimista, que todo eso haría que la cena sorpresa que le había preparado resultara tanto mejor. Acababa de dejar a Roy delante de la puerta de servicio de la tienda de Paso-y-Medio. La mujer poseía una habitación encima del establecimiento, que arrendaba con el botín que, según se rumoreaba, tenía enterrado en cajas de rapé de hojalata debajo de piedras, árboles, señales, postes de corrales a lo largo de los caminos que recorría hasta internarse en las llanuras. Casi nunca estaba en la tienda, así que Roy mantenía encendido el fuego cuando bajaban las temperaturas. Cyprian y Delphine estarían a solas.*

—Te va a gustar lo que he cocinado —anunció Cyprian.

—¿Has cocinado?

Su voz sonaba educada, pero apática. Cyprian la observó, hundida en el asiento de al lado. Parecía más pequeña esa noche, casi vulnerable, aunque sabía que era una mujer robusta y que su fragilidad no era más que un espejismo que recorría las superficies planas de su rostro y reflejaba el tono azul del cielo y de la tierra en invierno. Delphine parecía sentirse sola, pero Cyprian era incapaz de saber por qué, puesto que él estaba allí, dispuesto a cocinar para ella, a cantarle si quería y a darle el anillo por el que había suspirado el joyero, tras vendérselo a ese precio y asegurar que era su pieza preferida y que no debería hacerlo, pero que él también necesitaba dinero en Navidad.

—Vamos —dijo Cyprian, engatusándola—, he comprado para nosotros una botella de brandi especial, realmente añejo. Brindaremos por las fiestas venideras.

—Ah —dijo Delphine en un tono desabrido, según le pareció a Cyprian—. Por nuestro futuro.

Había un atisbo de desprecio o ironía en su voz que hendió la alegría de Cyprian como una puñalada. Pero se empecinó en ignorarlo y continuó pensando en sus proyectos mentales. En lugar de hablar, se puso a silbar una vieja melodía que, vagamente, recordaba a un villancico.

—¿Por qué silbas eso? —preguntó Delphine al cabo de un rato.

—¿Qué?

—«Mis ojos han visto la gloria.»

Visiblemente molesto, Cyprian no dijo nada.

—Ah —exclamó Delphine al cabo de un tiempo. Ella misma se sorprendía de su humor lúgubre. No era capaz de explicarlo. Había luchado todo el día por salir de ese abatimiento, sólo para recaer ahora en él. Hizo un nuevo esfuerzo y habló con dulzura—. Ya lo entiendo... La venida del Señor. «Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor.» El nacimiento de Jesús. Claro.

—Eso es —respondió secamente y se detuvo al final del camino que había despejado esa misma mañana.

Cyprian bajó del coche dando un portazo demasiado brusco y respiró hondo el aire azul, glacial y silencioso. La pureza del aire le hizo daño en los pulmones. Respiró hasta recobrar el equilibrio y, después, pensó en su intento de cocinar un pan de jengibre. Al menos aquello le causaría gracia, sin duda. Pero, cuando entró por la puerta, Delphine sólo dijo:

—Dios mío, ¡pan de jengibre quemado!

Dejó sus cosas en el suelo, se quitó las botas de una patada y gruñó cuando se arrellanó en el sillón frente al árbol de Navidad.

—Me siento vieja —dijo, más bien para sí—. Esta noche tengo la impresión de tener mil años.

—Es que estás acostumbrada a pasar unas Navidades infames —dijo Cyprian—. Toma.

Le tendió un trozo de pan de jengibre duro como una piedra, del que había raspado la parte quemada, envuelto en un paño de cocina limpio; después avivó el fuego en la estufa y le añadió un par de leños. Cerró bien la puerta y abrió el tiro completamente

para que el fuego rugiera en el interior con un acogedor crepitar. Sacó la caja de cerillas y encendió las velas en la ventana y el árbol. Durante todo ese tiempo, Delphine permaneció callada y, aunque él no volvió la cabeza para mirarla, estaba seguro de que era porque al fin apreciaba todos sus esfuerzos, disfrutaba de la paz de la noche e incluso tal vez saboreaba su pan de jengibre y se acostumbraba al hecho de que él la estuviera cuidando. Pero, cuando se dio la vuelta, descubrió que se había dormido con el pan de jengibre, todavía envuelto, en el regazo.

—A la mierda —farfulló lo suficientemente alto como para despertarla, pero ella no se inmutó.

Cyprian apagó todas las velas y se fue a la cocina, donde preparó lo que esperaba sería una sopa de ostras aceptable. Cuando estuvo caliente, vertió la lechosa sopa en un plato hondo y colocó galletas saladas alrededor; luego, añadió un poco de pimienta y una pizca de mantequilla para que se fuera derritiendo. Llevó el plato a Delphine y lo dejó en el suelo. Se arrodilló al lado del sillón, le dio un beso en la mejilla y la despertó suavemente. Cuando la mujer abrió los ojos, Cyprian se dio cuenta de que en realidad no había estado durmiendo sino llorando. Lo último que él necesitaba, precisamente esa noche. Le tendió el plato de sopa.

—Gracias, muy amable —tuvo la cortesía de preguntarle—: ¿Dónde está el tuyo?

—Voy a buscarlo.

Volvió a la cocina, se sirvió un plato de sopa y lo llevó al tiempo que arrastraba una silla para sentarse a su lado.

—Oye —dijo, aun a sabiendas de que pisaba arenas movedizas—, ya sabes lo que se dice de las ostras.

Se sintió aliviado de que Delphine no hiciese ningún comentario sarcástico, y esperanzado cuando dijo:

—Está rica.

Antes de empezar a comer, Cyprian dejó el plato en el suelo y rápidamente encendió de nuevo todas las velas. Las llamas crepitaron, trémulas, proyectando sombras en las paredes y convirtieron la habitación, a su parecer, en un lugar hermoso y lleno de misterio. Se sentó a su lado, sorbió un poco de la sopa caliente y salada y no dijo nada. La paz misma de la estancia conseguiría tal vez llevarla al estado de ánimo que él intentaba inspirarle.

—Oye —empezó Cyprian—, ¿qué dices del árbol? ¿Has visto que he conseguido espumillón?

Delphine no dijo nada. Cyprian se estaba enfadando ahora. Podía percibir esa gélida corriente recorriéndole las entrañas, ese escalofrío.

—Intento hacerte feliz.

Su voz era tensa, a punto de descontrolarse, pero parecía que a Delphine no le importaba sacarle de sus casillas. Se encogió de hombros y apartó la vista.

Cyprian se levantó, le arrebató el plato de sopa, desparramando un poco sobre su vestido, y llevó los platos a la cocina.

—Tranquilo —dijo para sí en voz baja, pero notaba una presión detrás de los ojos.

Tenía la sensación de que el cráneo le aplastaba el cerebro, como un sombrero demasiado apretado, y consideró por un momento salir fuera otra vez al frío de la noche, pero no lo hizo y cometió el error de regresar directamente a la habitación y dirigir una mirada furiosa a Delphine.

—¿Por qué no vuelves con ellos, maldita sea? —espetó.

—¿De qué estás hablando?

—Lo sabes muy bien. De él. De ellos.

Estaba tan fuera de sí que sabía que reventaría si pronunciaba el nombre del carnicero. Y, sin embargo, sentía impotencia porque sabía que no tenía ningún derecho a enfurecerse. Sacó la pequeña caja envuelta en papel verde y rojo del bolsillo del pantalón, exactamente del modo como no deseaba hacer, y se la arrojó a Delphine con una mueca de desprecio.

—Toma —dijo—. Te he comprado un regalo.

El pequeño estuche aterrizó en su regazo. Delphine no lo cogió. Pero lo contempló durante un tiempo. Cyprian respiraba con fuerza, de pie en el umbral de la puerta, y se mordió los labios para no gritarle que lo abriera. Al final, Delphine lo rechazó suavemente con el dedo.

—Es bonito —comentó—. ¿Qué es? ¿Un anillo?

—Sí —dijo, con voz resquebrajada, y su ira se transformó de repente en una desazón tan precisa y dolorosa que se le encogió el corazón ardiente en el pecho, como si tuviera marcadas a fuego las iniciales de Delphine. La piel del rostro le escocía y deseaba arrojarle a sus pies. Delphine levantó los ojos hacia él desde la silla donde estaba sentada, con el estuche en su regazo, y su rostro de ardilla resplandecía a la luz de las velas. Las llamas brillaban en sus ojos y su cabello manaba de sus sonrosadas y acaloradas mejillas formando un borroso halo. Le sonrió, pero no era la sonrisa que él deseaba, era una especie de mueca cansina. Cyprian se hundió contra el marco de la puerta y agachó la mirada.

Sentada allí en el resplandor de las esperanzadas velas de Cyprian con el estuche del anillo en el regazo, Delphine rememoró los números de equilibrismo que habían hecho juntos. La luz misteriosa la sumió en un estado de ánimo extraño, reflexivo y obstinado. Se vio a sí misma, otra vez, apareciendo ante el público con su larga falda roja. Allí estaba la bandeja de té, apoyada en su abdomen. Se convertía en la mesa humana. Sólo que en su cabeza, en lugar de sillas, esta vez eran hombres quienes aparecían de uno en uno y mantenían el equilibrio en su vientre duro como un sílex. Una pila de muchachos y hombres. Cyprian y Fidelis. Los gemelos Emil y Erich. Después, Franz y Markus, y por último su padre. Todos mantenían un equilibrio precario en su abdomen provisto de una fortaleza descomunal. Y ella se hallaba debajo, ¿con qué pensamientos?, ¿con qué sentimientos? ¿Qué podía decir? Una sola palabra bastaría para que todos se viniesen abajo. Una sola palabra bastaría para derrumbarlos a todos. De modo que no dijo nada, pero sus brazos y sus piernas comenzaron a temblar.

—Delphine —empezó Cyprian, ahora más sosegado, con voz neutra e impassible—, ¿por

qué no te vas a la cama?

Pero la mujer seguía con los ojos clavados en el pequeño paquete. Lo miraba fijamente como si fuese capaz de ver a través del envoltorio y dentro del estuche de terciopelo. Cyprian lo recuperó entonces de su regazo, lo guardó de nuevo en el bolsillo y se marchó.

Cyprian subió al coche, permaneció sentado allí un momento hasta que se recompuso y, después, arrancó el motor violentamente y se alejó a toda velocidad hacia el pueblo. Se sintió algo mejor cuando entró en la sala de billar, y mucho mejor cuando se emborrachó deliciosamente. Abandonó la sala de billar en la oscuridad previa al amanecer, sintiendo cómo los efectos del whisky se iban disipando. Se dirigió directamente a la casa de Clarisse, la amiga de Delphine. Llamó a la puerta demasiado fuerte, en realidad la aporreó con la exaltación de un borracho.

Clarisse se levantó de un salto del sofá en que dormitaba y corrió hasta la puerta para acallar el alboroto. Abrió la puerta con recelo, parpadeando para apartar el sueño de sus ojos. Llevaba un salto de cama muy fino en el que parecía congelada de frío. Su rostro habitualmente sonrosado estaba muy pálido y sus labios casi azules. Temblando, le dejó pasar. Una gran maleta cargada reposaba en un felpudo junto a la puerta, igual que una elegante sombrerera roja sobre una silla. Mientras Cyprian golpeaba el suelo con los pies y se frotaba las manos, Clarisse se tomó su tiempo y se alejó de él despacio, como si no supiera que podía verle el culo y las piernas a través del fino tejido rosa del salto de cama. Cogió una suave y esponjosa manta azul del sofá, pero no se envolvió en ella hasta que salió de su campo de visión.

—Pasa —dijo, señalándole la cocina.

Se sentó a la mesa. Clarisse parecía de pronto totalmente recuperada, como si ya hubiera entrado en calor. Sus mejillas resplandecían y sus rizos brillaban. Dio media vuelta sujetando la manta con una sola mano. Le dijo que le haría un poco de café. En cuanto preparó la cafetera y la puso a calentar, se sentó frente a él y se restregó los ojos con sus pequeños puños de gatita. Bostezó con un gesto pícaro y meneó la cabeza como si quisiera despejarse, pero en realidad sacudió los rizos con coquetería. Y dijo entonces con un mohín distraído:

—A ver, ¿de qué se trata?

—Feliz Navidad —respondió Cyprian mientras empujaba despacio sobre la mesa de la cocina el minúsculo estuche verde.

La caja llegada de Alemania, que los muchachos habían esperado para abrir hasta el día de Navidad, contenía regalos extraordinarios. Para Franz, había un abrigo de lana de primera calidad, cosido de maravilla y forrado con un grueso raso que Fidelis recordaba de su juventud. Cada uno de sus hijos recibió un par de botas de piel, que les servían gracias a Tante, la cual había mantenido informada a la abuela del número de calzado de los muchachos en sus cartas. Había pequeñas fruslerías: peonzas de

madera esculpida y pintadas con vivos colores, los libros Max und Moritz y Der Struwwelpeter, y pequeños caballos cuyas patas se movían. Para los gemelos, había inmensos regimientos de soldados en todas las poses y con todo su equipamiento. Para Markus, un grueso sombrero y un jersey de lana. Tante recibió un chal bordado, aunque ella hizo como si fuera una bufanda. Un chal era un regalo para ancianas. Fidelis, una pipa de espuma de mar y tabaco turco. Todo venía envuelto en grandes fajos de viejos reichsmarks que ya no tenían ningún valor: un billón por un dólar. Encima de todo, había unos pocos y anhelados periódicos, por los que Fidelis y Tante se pelearon con buen humor mientras comían las galletas quemadas y el pan de Navidad dulce y sorbían tazas de café bien cargado.

Después de abrir todos los paquetes, cantar todos los villancicos y apagar todas las velas, y mientras los chicos estaban absortos jugando con sus regalos, Tante y Fidelis permanecieron sentados juntos. Conversaron sobre lo bien que le iba a la familia, por fin, allá en el pueblo natal. Las imágenes florecían en sus cabezas y esbozaban media sonrisa en silencio con la mirada perdida. Recordaban la tienda de ladrillos que el padre de su padre había levantado, con escarapelas de piedra debajo del alero. Tenía tres plantas, nada menos.

Aquí, en Dakota del Norte, el *Deutsche Freie Presse* y el *Die Rundschau* reflejaban con gran cautela las noticias generales procedentes de Alemania. Por ello, resultaba agradable leer los sucesos locales en un periódico alemán de verdad, en el que ambos conocían a las personas que se nombraban. Nacimientos, decesos y enlaces matrimoniales. Empezaron a leerse el uno al otro las noticias en voz alta. Fidelis dio unas caladas de la pipa y se llenó la boca con la intensa y oscura dulzura del tabaco. Se preguntó si conseguiría juntar pronto el dinero suficiente para regresar de visita a su país. Tante disimuló su súbito estado de alerta y sólo comentó, como si nada, que, a su entender, a los muchachos les vendría bien visitar a sus abuelos y ver cómo hacían las cosas los verdaderos alemanes, quedarse unos meses, incluso, para poder hablar el idioma más adelante.

Fidelis volvió su enorme cabeza hacia ella, y la traspasó con su mirada vacía y azul. Sabía muy bien lo que ella estaba pergeñando, pero también sabía que tenía algo de razón. Los muchachos no se estaban educando como lo había hecho él: sin disciplina, muy poco estudio y un sentimiento salvaje de que tenían derecho a una libertad que él nunca había sabido que existía. E incluso ahora, no siempre le entendían cuando se expresaba con profusión en su idioma y él no era capaz de igualar la fluidez de sus hijos en inglés. Cuando superó su reticencia a conversar con ellos e intentó hablar, nada de lo que dijo salió bien. Nada de lo que respondieron tuvo sentido. Era incapaz de seguir el hilo de sus idas y venidas, de comprarles todo lo que necesitaban, de impedir que se metieran en líos o enfermaran. Todo sería mejor si tuviese una esposa, eso lo sabía. Pero no había ninguna para él. Al menos, ninguna disponible. A veces, cuando Delphine le miraba con descaro, sus ojos dorados poseían un significado que Fidelis no se atrevía a descifrar. Tampoco se permitía analizar el misterio de la atracción que la mujer ejercía

sobre él. Al fin y al cabo, no estaba disponible. Pertenecía a Cyprian, el hombre que había salvado la vida de su hijo.

«¿Qué demonios me pasa? –se preguntó Delphine la mañana de Navidad, avergonzada al recordar cómo había tratado a Cyprian la víspera–. Tal vez –corrigió mientras comía una galleta de avena al tiempo que se sentaba delante del árbol– no me pase nada tan terrible. Sólo estoy harta.»

La culpa era en parte del árbol de Navidad, decorado con largas lazadas de palomitas y arándanos, diminutas estrellas recortadas en hojalata y pintadas de verde y dorado, ángeles de papel con alas de suaves plumas, vainas de asclepias escarchadas y ramitas bañadas en pintura plateada. El abeto estaba precioso, repleto de esos diminutos adornos, e incluso sin el resplandor de las velas y a pesar de que la cruda luz matutina reflejaba el cielo blanco, los encantos del adornado árbol resultaban tan relajantes y tranquilizadores que se sumergió ante él, sorprendida, en una serena meditación. Lo había observado la víspera también, y había ofendido a Cyprian.

Mordisqueó la esquina de otra galleta, su desayuno. Se avergonzaba de la ira que la había embargado la noche anterior ahora que veía los minuciosos preparativos que Cyprian había realizado. Señaló el árbol con un trozo de galleta.

«Debería amarle, ¿verdad? Ése es el mensaje del árbol. Pero anoche estaba agotada. Agotada de intentarlo con todas mis fuerzas. Supongo que esto es lo que pasa cuando sencillamente no amas a alguien. ¿Acaso es culpa mía? –engulló el resto de la galleta y lo masticó–. Al final acabas hablando con un maldito árbol, eso es lo que pasa.»

Delphine se levantó de un salto, presa de una renovada energía, y se vistió rápidamente, abrigándose bien. Se enfundó el abrigo y las botas y se dispuso a caminar hasta el pueblo con el regalo que tenía para Clarisse: un costoso par de medias de seda. Delphine sabía lo mucho que a Clarisse le gustaba llevar medias elegantes y exhibir sus bonitas piernas. Pensó también que había sido lista al envolver las medias en un pañuelo para la cabeza con un estampado de flores y emplear una cinta del pelo para atar el paquete. No es que Clarisse llevara a menudo cintas infantiles en el pelo, pero tal vez podía utilizarla para adornar alguna prenda. Delphine apagó el fuego y se arregló para salir. Dejó la llave sobre el dintel de la puerta, para Cyprian o Roy. Uno de los dos seguramente llegaría a casa antes que ella –pensó–, dispuesto a disfrutar de una tardía comida de Navidad.

Clarisse no se encontraba en casa y la puerta estaba cerrada con llave, pero Delphine sabía que su amiga guardaba una llave de repuesto bajo un limpiabarros de hierro. En efecto, Delphine apartó el pesado objeto y sacó la llave de debajo. Entró en la casa de Clarisse por la chirriante y acristalada puerta trasera que daba a un minúsculo lavadero. El recibidor, que estaba lleno de botas y periódicos viejos, daba paso a la cocina, siempre mucho más ordenada que el resto de las habitaciones de la casa de Clarisse. Al entrar, a Delphine se le ocurrió que a su amiga se le habrían pegado las sábanas, así que la llamó

desde la cocina. Se dirigió después a las escaleras que conducían al dormitorio de su amiga y volvió a llamarla desde abajo. Sin respuesta. Pensó en subir las escaleras, pero le pareció impertinente por su parte, aunque hubo un tiempo en que tenía libre acceso a la casa de Clarisse. «Dejaré el regalo encima de la mesa –decidió Delphine– y quizá también le escriba una nota.»

Depositó el paquete sobre la superficie pintada de blanco de la mesa de la cocina y rebuscó en el bolso un lápiz y un trozo de papel, cuando advirtió algo que le llamó la atención. Encima de la mesa había una pequeña caja abierta, cuyo lazo multicolor se extendía al lado. Una pequeña bola de guata había caído de su interior y yacía junto al azucarero. Había algo en aquel estuche que enseguida le resultó desazonador. Delphine lo observó fijamente hasta que comprendió que se trataba del mismo estuche verde y rojo que Cyprian había intentado regalarle a ella. El mismo, hasta el mismo lazo multicolor. Fuese lo que fuese lo que contuviera –un anillo, se había imaginado–, había desaparecido. Sólo quedaba la caja vacía encima de la mesa. Delphine lo contempló un momento y sopesó, pensativa, el regalo que había traído para Clarisse, como si de pronto pesara mucho.

Al salir, Delphine cerró la endeble puerta y volvió a dejar la llave debajo del limpiabarros. Mientras caminaba por el terreno de atrás para llegar al callejón, divisó el coche que había compartido con Cyprian: el DeSoto. El vehículo estaba aparcado en un lado del callejón y cubierto de una fina capa de nieve recién caída. Todo estaba blanco y en silencio. De un extremo al otro de la manzana, no se movía nada. Un ambiente tranquilo, propio de las fiestas, y un plácido descanso se habían apoderado de las casas. Volutas de humo salían de las chimeneas y las ventanas estaban heladas y vacías. Delphine sacó de un rincón de su bolso unas llaves, que colgaban de una pequeña anilla de latón. Abrió la puerta del coche, subió al vehículo helado y pulsó el botón del motor de arranque con el pie. Después, salió del pueblo, dobló por el camino de la granja y aparcó el coche a la vista de cualquiera que pasara por allí.

De vuelta a casa, se sacudió la nieve del abrigo y lo extendió en una silla antes de dejar las botas ordenadamente junto a la puerta. Volvió a dejar el regalo de Clarisse debajo del árbol de Navidad. En la cocina, avivó el fuego de la estufa y se calentó las manos mientras esperaba a que hirviera el agua para tomarse una taza de té. Mientras se calentaba las manos de un lado y luego del otro encima de la estufa, intentó comprender lo que pasaba. Al final, sólo quedaba una explicación posible. Tras fracasar con ella, Cyprian había acudido a la casa de su mejor amiga para regalarle el anillo. Asintió con la cabeza al llegar a esa conclusión. Delphine se sirvió una taza de té, echó una cucharada de miel, la removió y añadió un pequeño chorro de nata líquida; después fue a sentarse en el sillón delante del árbol de Navidad. ¿Qué podía significar –se preguntó– que el coche siguiera aparcado en el callejón? Un momento más tarde, tenía el rostro sofocado de calor o de bochorno. Pensó que el coche permanecía allí porque, en el preciso momento en que Delphine había entrado en la casa, ambos, Cyprian y Clarisse, se encontraban en la planta de arriba en el desordenado dormitorio de su mejor amiga. Medio dormidos entre las sábanas rancias de Clarisse. Se habían despertado al oír la voz

de Delphine al pie de las escaleras. ¡Casi podía ver el gesto de sus caras! E imaginaba el alivio que sintieron cuando se marchó. Le tembló un labio. Delphine odiaba más que nada en el mundo sentirse una estúpida. Y de pronto, de forma súbita, se rio de sí misma. ¿No era ésa la solución perfecta, si lo analizaba de forma objetiva? ¿No era eso exactamente lo que habría deseado si hubiera sido capaz de resolver el punto muerto al que Cyprian y ella habían llegado la noche anterior? No amaba a Cyprian y, aunque su repentina deserción la dejaba atónita, desde luego era mucho mejor que hubiese encontrado a otra. Se había quitado un peso de encima. Ya se sentía más liviana. La escena con el hombre en el parque, Cyprian y él apareándose casi invisibles en la oscuridad, apareció fugazmente ante sus ojos. «Si eso pasa –pensó–, que así sea.» Ya no era problema suyo. La situación poseía incluso un elemento de su propia venganza. Delphine se conocía lo bastante bien como para comprender que, por muy contradictorio que fuese, necesitaría consolarse de vez en cuando imaginando el escollo con que se enfrentaba Clarisse al amar a Cyprian Lazarre. «Y viceversa», pensó también, al recordar el vestido de perlas rojas.

Clarisse siempre dejaba fuera objetos que todavía podían servir. Empaquetados con sumo cuidado en cajas y sacos, o envueltos en viejas faldas, formaban un cúmulo informe en el porche trasero. Paso-y-Medio hacía rápidas y asiduas visitas para recoger lo que dejaba Clarisse. La calidad de las prendas usadas y desechadas era tal que podía venderlas, como aquel vestido brillante cubierto de perlas rojas. Había encontrado el vestido hacía algún tiempo, envuelto en papel de periódico y atado con una cuerda. El vestido estaba manchado de barro, como si hubiera estado metido bajo tierra y luego lo hubieran desenterrado; sin embargo, la prenda quedó estupendamente después de que Paso-y-Medio la ventilara, le quitara los granos de tierra y limpiara el tejido con una esponja y un jabón delicado. Paso-y-Medio consiguió tres dólares por el vestido de una dama que estaba de paso con su marido chatarrero. Clarisse, que se desprendía de objetos de valor, había sido una fuente muy lucrativa, aunque Paso-y-Medio se preguntaba a veces si algunos de esos desechos –sombreros, zapatos e incluso algunas prendas que Paso-y-Medio acababa por utilizar ella misma– podrían haber pertenecido a los pobres difuntos que Clarisse acicalaba en el sótano de los Strub.

Justo después del amanecer, Paso-y-Medio encontró en el porche trasero un tesoro. Cazuelas, sartenes y una vajilla completa, así como un excelente cuchillo de trinchar. Paso-y-Medio recogió sus hallazgos y los llevó a la pequeña habitación detrás de la tienda que utilizaba para clasificar su botín. Restregó el cuchillo hasta dejarlo impoluto y lo guardó con sus propios utensilios de cocina. Luego, examinó el resto de los objetos, frunció el ceño con minuciosa atención para comprobar la solidez de las asas y los mangos y calcular con las manos el peso de los cacharros. Cuando ya había decidido qué hacer con cada objeto encontrado, Paso-y-Medio se regaló un desayuno a base de alitas de pollo, una pila de galletas marineras y una zanahoria arrugada. Mientras masticaba, ponderaba con la mirada los rollos de telas que la rodeaban: estampados de algodón, paños delicados, tejidos de lana fina y gruesa. Quería hacer un regalo a una persona que,

a su entender, lo merecía.

Cuando terminó de desayunar, Paso-y-Medio arrastró un pesado rollo de grueso algodón de rayas, pero enseguida sacudió la cabeza y lo dejó en su sitio. Tras unos momentos de reflexiva atención, se alejó de los estampados de flores. No, no eran adecuados. Los paños de lana, más calientes, convenían mucho más para hacer una falda. El lino quedaría muy bien para una blusa. De ese modo, la parte de arriba podría lavarse con facilidad, y además, según le habían dicho, los tejidos de lino duraban mucho. Palpó una tela de un intenso color mantequilla y sonrió ante la textura de un color celeste muy claro. Era el azul del cielo más límpido posible en un día de noviembre sin nubes, un celeste tornasolado tan sólo un tono más intenso que el gris. Y los delicados cuadros escoceses de la lana marrón, con un matiz dorado y amarillo en el tejido azul y verde, quedarían muy bien con el cabello de Mazarine. Asintió con la cabeza a la vez que colocaba las telas sobre una gran mesa equipada con un metro fijado firmemente en el borde más cercano.

El gélido sol navideño entraba por la ventana; apenas un par de rayos jugaban en las frondas de hielo cubiertas de escarcha. La pequeña salamandra de leña desprendía un calor constante desde la habitación donde Paso-y-Medio llevaba los libros de contabilidad y realizaba nuevos pedidos. Para ser alguien que recogía chatarra y los desechos y despojos del pueblo, Paso-y-Medio se mostraba extremadamente puntillosa en sus hábitos personales. Era ella, en realidad, quien había influido en Roy para que limpiara su celda el año anterior y experimentara un cambio tan sorprendente en sus criterios. Al lado de Paso-y-Medio, Roy tenía que sonarse la nariz con un pañuelo de verdad, limpiarse la boca en una servilleta de verdad y disculparse cada vez que hacía un ruido indecente. Afortunadamente, la mujer roncaba también y estaba acostumbrada a oír fuertes sonidos mientras dormía: el tableteo de las ventanas cuando dormían allí, él en el suelo y ella en el pequeño camastro. Pero ambos soñaban en una tenebrosa inconsciencia.

Paso-y-Medio agachó su rostro aguileño para dirigir una mirada enfurecida a la fina extensión de tela. Ajustó un poco el ángulo del paño, sacó unas tijeras muy afiladas con asas pintadas de negro y realizó un primer corte, que prolongó con pulso firme y gran concentración hasta que obtuvo el largo deseado. Dobló el suave tejido escocés de lana y luego midió y cortó los paños de lino pastel. Por último, con una especie de gesto temerario, blasfemó y, de una estantería lateral donde guardaba las telas más lujosas, bajó un raso labrado de color azul oscuro que encontraba irresistible. Todas las mujeres que pasaban algún tiempo en la tienda mientras examinaban minuciosamente las telas se detenían delante de ese maravilloso raso y –podía darse cuenta– se imaginaban luciendo un vestido manufacturado con ese tejido. Un vestido de noche, aunque ¿dónde podría llevarse aquí, en este pueblo? Un camisón, entonces. Algo tan cálido y fresco a la vez, tan sobrio y exquisito que los dedos no podrían evitar estirarse, acariciarlo e imaginárselo, y después, con un suspiro apenado, rechazarlo.

Paso-y-Medio cortó rápidamente el largo para el camisón, antes de que desistiera de hacerlo. Lo extendió en el mostrador con unos hilos de colores, apretó los labios, dispuso varios modelos de botones junto al tejido escocés y el lino, y los introdujo con los demás

en una pequeña bolsa. Por último, metió en el interior unos lazos para cabello femenino. Envolvió el paquete en un sencillo papel marrón y lo ató con una fina cuerda. Después, se puso el abrigo, un sombrero masculino de cuero forrado de piel y unos mitones, se calzó unas toscas botas y salió cerrando la puerta de golpe con el paquete bajo el brazo. Mascullaba algo, irritada por haber tenido esa idea demasiado tarde. Si tan sólo se le hubiese ocurrido la víspera, podría haberlo dejado cómodamente al amparo de su hora preferida de la noche.

El fugaz deshielo de diciembre dio paso a un frío implacable; el viento provocaba dolor de cabeza a quienquiera que se aventurase a caminar al raso. En su habitación, lejos de la estufa, Delphine dormía bajo todos los edredones que había en la casa y, cuando se levantaba, inmediatamente se ponía un par de calzoncillos largos de lana debajo de la falda. Llevaba puesto el abrigo dentro de casa. Ahora se hallaba muy abrigada junto a la estufa pelando patatas para preparar un pastel. Pensaba dorar un trozo de salchicha sin tripa que había traído de la carnicería. Tal vez una cebolla, si no habían germinado todas. De pronto, la puerta se abrió y se cerró con un portazo, dejando pasar una corriente de aire helado. Roy entró de sopetón mientras se quitaba el abrigo acolchado de lana y se desenrollaba dos bufandas del cuello.

—Asesinato y caos —anunció Roy con voz horrorizada—. Hechos espantosos. ¡Clarisse bajo sospecha! —asintió hacia Delphine, como si, al ser amiga de Clarisse, ya conociera todos los detalles. Después, continuó hablando a modo de titulares de periódico—. ¡El pueblo entero conmocionado! ¡Encuentran al sheriff apuñalado!

Roy se sentó a la mesa de la cocina, boquiabierto. Sacudió la cabeza en señal de desconcertada protesta.

—¡Hock! —declaró, como para convencerse a sí mismo. Después, repitió con asombro—: Hock. ¡Él entre todos los hombres!

Noqueada, Delphine blandió el pelador sin poder moverse. Clavó los ojos en su padre como si acabara de hablar un francés perfecto o le hubiera crecido una pezuña.

—Claro que, pensándolo bien —prosiguió Roy—, cuando decimos «entre todos los hombres», la mayoría de las veces, ésa es la persona destinada a convertirse en víctima después de todo. *Era el sheriff. Y estaba enamorado de Clarisse Strub. Lo encontraron con los pantalones bajados hasta los tobillos*, evidentemente dispuesto a violar algo más que la intimidad del dormitorio de la muchacha.

Delphine agitó el pelador, alterada, todavía incapaz de hablar.

—Hock —Roy volvió a intentar convencerse a sí mismo—. Hock. Sí, *Hock*. Murió en el tocador de la joven Strub. Dicen que las exigencias de su oficio la volvieron majara —el rostro de Roy se ensombreció—. Coincido con ellos. Pobrecita. Su tío no debería haber consentido que atendiera a los clientes. Serrar a los muertos. ¡Reemplazar la sangre con vinagre! Si no es más que una chiquilla adorable. ¿Dónde se ha oído hablar de una mujer enterradora? —las manos de Roy se retorcieron y anudaron como en una oración. Se mordió un nudillo y se sorprendió a sí mismo diciendo con voz suave—: Una dulce chiquilla, y, sin embargo, le destripó impecablemente como a un cerdo.

–No utiliza vinagre, y es tan dura como un gallo viejo –replicó Delphine, dando la espalda a su padre, mientras modificaba con rapidez el relato que había elaborado minuciosamente tras abandonar la casa de Clarisse la mañana de Navidad.

Roy levantó los ojos hacia su hija y sacudió la cabeza como si estuviese totalmente equivocada.

–Era una pobre chiquilla –insistió–, y Hock penetró en la inviolabilidad de su nido. No lo vi venir, nunca me lo había tomado muy en serio. Claro que Hock le escribía canciones que ensayaba con nosotros, pero todo era un romántico cuento de hadas. Y entonces, con el pretexto de una investigación, va y lleva a cabo un registro. Tenía una orden judicial y todo. Ahora creen que ella... –Royladeó la cabeza hacia la despensa y la trampilla del sótano condenada con tablas de madera– los mató a ellos también.

Había algo perturbador en el gesto de su padre, se le antojó a Delphine, cierta torpeza. Como si, preso de una repentina inspiración, interpretara un papel, y además sobreactuando. Pero atribuyó su torpe falta de sinceridad a la extrañeza de la situación en general, pues, en este embrollado misterio, todo estaba relacionado: los tres fallecidos en el sótano de Roy, Hock investigando sus muertes y Clarisse.

–No se ha escondido. ¿Por qué habría de hacerlo? –continuó Roy, dándose vigorosas palmadas en las rodillas–. Tenía que defender su inocencia, al fin y al cabo. El mundo es cruel. Los hombres son capaces de lo impensable. Hay gente que la ha visto. Cogió el tren de la mañana con su gran maleta marrón y una pequeña sombrerera redonda. Roja. Con billete a Minneapolis.

–Supongo que la pillarán allí –observó Delphine, mientras se sentaba frente a su padre, sintiéndose en trance y mareada–. La detendrán. Y después ¿qué?

–No cuentes con que la encuentren –aseguró Roy con una mirada penetrante y profética por encima de su abultada nariz–. Conocí a su abuelo y a dos tíos abuelos suyos. ¡Anda que no eran escurridizos! En cuanto llegue a Minneapolis, lo más probable es que se esconda en la ciudad y cambie de identidad. Tiene recursos, sabrá arreglárselas.

–Pensé que según tú era una pobre chiquilla –cortó Delphine, pero sin muchas ganas de discutir.

–Una tierna muchachita, pero de una especie venenosa, entonces –precisó Roy–. Qué delicadas y atractivas son las ocho finas patas de la viuda negra. ¡Qué frágil es la cola cubierta de púas del escorpión hembra! Y la hembra del mosquito, que se apoya en equilibrio en la cabeza para picar. Apenas es una mota de aire, tan sólo una cosita viva, que no pesa nada, y, sin embargo, puede matarte con la malaria.

Roy continuó con su reflexión sobre las contradicciones del género femenino, pero Delphine ya había dejado de escuchar y se dirigía a su habitación, donde amontonó encima de la cama todos los edredones y se deslizó debajo, para alejarse de Roy y estar lo bastante caliente como para poder pensar.

Tras unos primeros días de conmoción y extrañeza, en que los habitantes de Argus no hablaban de otra cosa y se esforzaban por conocer todos los detalles, las explicaciones alcanzaron un punto muerto. Tal y como Roy había predicho, Clarisse se esfumó. El

cuerpo del sheriff Hock fue retirado de la casa, envuelto en una lona, sellado y trasladado al forense de Fargo. La casa fue precintada. Nombraron a un sheriff suplente y la vida del pueblo empezó a fluir como el agua alrededor de los violentos acontecimientos. El horror de lo sucedido acabaría erosionado por la rutina cotidiana. Por las discusiones. Y más discusiones. Años de discusiones y especulaciones. Y con el tiempo, la escena sangrienta del tocador de Clarisse se convertiría en un colorido episodio de la historia del pueblo. Clarisse se desvaneció, pero con estilo, con su sombrerera roja y su maleta marrón. Desapareció a la vista de todos. Simplemente se subió a un tren y, por lo visto, se bajó en Minneapolis, cambió de tren, cambió de nombre y tal vez cambió de vida. Porque no volvió a saberse nada de ella. Nunca la detuvieron.

En cuanto a Cyprian, nadie le había visto abandonar el pueblo. Cuando Delphine fue interrogada acerca de su amiga, se ahorró los detalles de su visita la mañana de Navidad y nadie preguntó. La presencia del coche de Cyprian junto a la casa de Clarisse había pasado inadvertida. La nevada caída esa mañana había borrado todas las huellas de Delphine. Nadie la había visto conducir el coche de vuelta a su casa. Como lo aparcaba en un sitio donde podía verse parte del vehículo desde la carretera, nadie se percató siquiera, durante meses, de que Cyprian ya no vivía en la casa con ella. Incluso Roy pensó que Cyprian se encontraba atareado en alguna actividad clandestina de contrabando, y observó solamente lo largo que se hacía el invierno sin la presencia del joven. En una ocasión, Fidelis preguntó a Delphine, con estudiado desenfado, si Cyprian había abandonado el coro. Cuando Delphine se encogió de hombros y le respondió «Que yo sepa, no», se calló. Sólo Delphine conocía la conexión entre Cyprian y Clarisse. Durante un tiempo, le resultaba doloroso pensar en ello, como una llaga que le escocía, un extraño punto justo al lado del oscuro sumidero del asesinato del sheriff. Examinaba y repasaba, y examinaba otra vez y analizaba, se sumergía en todo lo que sabía acerca de su amiga Clarisse, y subía de nuevo a la superficie jadeando en busca de aire. Echaba de menos a Clarisse del mismo modo que echaría en falta una pierna o un brazo: siempre y en cada cosa que hacía. El trabajo resultaba más arduo. La soledad la distraía. Iba a visitar a Aurelius y a Benta. Se sentaban juntos y tomaban café, pero era inútil.

Delphine comenzó a leer con furiosa concentración cada vez que le entraban ganas de hablar con Clarisse. Cayó en la cuenta de que en su vida había un vacío con forma de mujer, un agujero que conducía a un lugar misterioso. Lo habían traspasado su madre, Eva y ahora Clarisse. Si tan sólo fuera posible hundir los brazos en él y traerlas de vuelta.

En la cocina del carnicero había un gran tarro de loza donde Delphine troceaba las últimas frutas conforme avanzaba la temporada: cerezas, melocotones duros, frambuesas, uvas pasas, plátanos y uvas. Sobre cada fruta que añadía vertía azúcar y una medida de brandi. La preparación, servida con cuchara sobre un bizcocho o un helado, si lo había, era un postre reservado para los fines de semana, cuando no importaba que los chicos se fueran a la cama un poco ebrios y se levantaran tarde al día siguiente. Quizás ése fuera el origen de su nombre, *Traumfeuer*, sueño de fuego, y la razón por la que les encantaba tomarlo antes de irse a dormir. Delphine, que nunca se quedaba en casa de Fidelis hasta tan tarde, no sabía adónde iba a parar el preparado y no tenía la menor idea de que Fidelis permitía que sus hijos lo tomaran. Un día antes de que viajaran a Chicago, Delphine estaba comiendo un enorme cuenco de la mezcla a media tarde. Vertió un poco de *Traumfeuer* sobre un trozo seco de pan dulce y añadió un poco de nata, agasajándose porque acababa de empaquetar la ropa de los muchachos en una maleta que acabaría atada en la baca del coche. Más bien se trataba, lo supo mientras se servía otra generosa ración, de una manera de borrar de su mente el programa del día siguiente.

Tante había convencido finalmente a Fidelis para que le dejara llevarse a los chicos a Alemania, salvo a Franz, dado que estaba a punto de terminar sus estudios. Tante los criaría con la ayuda de la abuela, que vivía sola. Provista de la máquina de coser que había comprado en lugar de adquirir un esposo, Tante ya no temía regresar. Además, se llevaba a los muchachos, aunque –insistía–no sería para siempre! Pasaría un año, o dos a lo sumo, hasta que Fidelis viajara para traerlos de vuelta. Sin el agotamiento que suponía cuidar de ellos, el negocio prosperaría. Y para entonces, los chicos serían más responsables. Y lo bastante mayores como para ayudar.

Tal vez fuera la pila de facturas lo que terminó por convencer a Fidelis, o que no podía pagar a Delphine todas las horas que trabajaba. Quizá el motivo residiera en lo que le había sucedido a Markus en la colina. O en la frente de Emil, acribillada de marcas causadas por el rifle de aire comprimido del hijo del vecino. Tal vez fuera la última caída desde el tejado de Erich, que lo dejó sin sentido durante media hora. O la balsa que habían construido con restos de madera y que los había transportado como un torbellino varios kilómetros río abajo durante la crecida de la pasada primavera. Quizá fuera toda la ropa que necesitaban y que Fidelis no podía comprar. Las muñecas les sobresalían de las mangas. Todavía llevaban pantalones cortos, algo que irritaba sobremanera a Markus.

El programa del día siguiente consistía en viajar todos juntos a Chicago en el DeSoto. Fidelis, Tante y Delphine irían delante. Los muchachos atrás. Franz se quedaría al frente del negocio durante tres días. Se marcharían en plena noche para llegar a primera hora de la mañana y cumplir con todos los trámites del pasaporte y el papeleo en el consulado durante los dos primeros días. El tercero, Tante, los muchachos y el equipaje subirían a bordo del tren con destino a Nueva York. Al día siguiente, el transatlántico embarcaría a los pasajeros. Habían reservado un camarote con un camastro supletorio y un minúsculo ventanuco, de lujo según el agente con el que habían hablado por teléfono, y a la vez toda una ganga.

Delphine puso más cucharadas de fruta sobre el pan empapado. El brandi le relajó los hombros, pero le ardía la cara y empezó a notar un zumbido en los oídos. Cerró herméticamente el tarro de loza y decidió marcharse a casa para descansar. Tenía la sensación de arrastrarse bajo el agua, como si de pronto pesara el doble. Con una gravidez añadida. Cuando se encontraba fregando el cuenco y el resto de los platos en el fregadero, notó que Markus entraba en la cocina. No se dio la vuelta. El chico se acercó a ella por detrás, como solían hacer todos cuando estaba atareada en los fogones. Como siempre, fingió no oírle para que se acercara más a ella.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Estoy fregando.

Se quedó a su lado, observando el vaivén de las manos bajo el agua y la espuma. Delphine se había dado cuenta de que había algo en una mujer atareada en la cocina o delante de los fogones que, de algún modo, daba seguridad a los chicos. Al darles la espalda, los muchachos tendían a confiarse a ella. Se quedaban a su lado mientras hacía la comida, y podían contarle cosas que jamás habrían confesado si estuvieran, digamos, sentados a la mesa frente a ella. Markus, en particular, solía hacerlo al volver a casa después del colegio. Delphine removía sopas sin cesar y alargaba tareas con tal de no interrumpirle. Sobre una sopa de patatas, el muchacho le había contado, por ejemplo, que había recibido una vez por San Valentín una tarjeta de Ruthie, la chica que había fallecido en el sótano. También le contó lo que se sentía al dormir en el interior de la colina. Le confesó algunos de sus sueños, y también, con un entusiasmo solitario, le hablaba de su madre. Y, cuando se refería a Eva, también le sentaba bien a Delphine. En una ocasión, ella le dijo mientras servía un cuenco de sopa de albóndigas:

—Tu madre me enseñó esta receta, pero nunca me saldrá como a ella.

—Ya —respondió Markus—, pero la tuya también está rica.

Cuando pronunció esas palabras, a Delphine se le hizo un nudo en la garganta y le puso la mano en la cabeza, acariciándole el pelo en realidad.

Ahora se suponía que debía despedirse.

—Voy a enviarle a tu abuela la receta de esta sopa. La sopa que tanto te gusta —le dijo.

—Ah —contestó Markus—. Qué bien. ¿Hacen buenas albóndigas en Alemania?

—Allí es donde seguramente se inventaron —declaró Delphine—. También los fideos, el *spaetzle*, y el pan, no hay nadie que lo haga como ellos. Me lo contó tu madre. Decía que tienen un chocolate tan oscuro que es casi negro y que sabe a naranja. Y tienen un

queso suave que untan en panecillos tostados por las mañanas, y mermeladas de todo tipo. Mermelada de naranja. ¿Has probado alguna vez la mermelada de naranja?

—Hay en la estantería de la tienda.

—A mí no me gusta, pero a ella le encantaba. Decía que la mermelada que elaboran allí se hace con naranjas españolas. No como las lamentables naranjas de aquí, decía, que no son más que piel, están llenas de pepitas y son demasiado dulces. Incluso en conserva con azúcar, esas naranjas españolas saben a sol amargo.

—Suenan bien —dijo Markus, con la voz entrecortada, como si estuviera a punto de romper a llorar.

—Sé que parezco insensible al hablar de mermeladas cuando te marchas tan lejos a Alemania —dijo Delphine, volviéndose hacia él—. Estoy hecha trizas por dentro, pero no quiero que lo veas.

Se apartó y, mientras se volvía, Markus apoyó la cabeza en el dorso de su brazo y permaneció así. Delphine no se movió. Hubo un largo suspiro silencioso en la cocina. La había elegido, una vez más. En ese momento, Delphine tomó una decisión. El chico era suyo. Se acabó, no se hable más. No permitiría que se marchara. Sólo era cuestión de hallar la forma idónea para quedarse con él, pero lo conseguiría. Tante no tenía la menor posibilidad.

Markus se sintió incómodo al final y se apartó, deseando decir algo pero incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Se puso a mordisquear un bocadillo de queso que la mujer acababa de deslizar en su mano. Fossilizado por la desesperación ante la intimidad que estaba a punto de perder, masticó demasiado rápido. Markus quería decirle que no podía marcharse. Incluso, tal vez, suplicarle para que le escondiera en cualquier sitio o le llevara de vuelta a casa con ella, o hiciera algo para convencer a su padre de que se trataba de un error. Pero su lengua era una masa pastosa en la boca, entumecida y estúpida. El bocadillo estaba seco y pegajoso a la vez, y costaba mucho comerlo. «No soy más que un bulto que mueven de acá para allá —pensó—, algo sin importancia. Un pantalón y una chaqueta rellenos.» No encontraba las palabras para explicar ese sentimiento a Delphine.

En la noche cerrada cargaron el coche, y los muchachos subieron adormilados al asiento de atrás antes de quedarse dormidos de nuevo. Fidelis se encargaba del primer turno para conducir y se sentó al volante. Tante se aseguró de ocupar el asiento central y empujó a Delphine hacia un lado en su prisa por ponerse junto a su hermano. Su máquina de coser estaba atada en el baúl, guardada en el estuche de viaje y metida además en una caja de madera para que no padeciera daño alguno durante el viaje. En el baúl también había una pequeña maleta con su ropa, y en el regazo sujetaba su gran bolso negro. Tante estaba preparada. Había ventilado y planchado recientemente su traje rígido y brillante. Llevaba cinco huevos duros en una pequeña bolsa —no se le había ocurrido traer uno para Delphine—. Pero de todas formas nadie se fijaría en los huevos. Delphine había preparado galletas dulces con forma de animales, especialmente para los chicos, y llevaba buñuelos, salchichas, pan, queso curado, manzanas y una pequeña

nevera que contenía botellas de cerveza.

Delphine llevaba un traje y un abrigo corrientes, pero en una maleta verde y redonda traía dos mudas y su único traje de lana, elegante y ceñido a la cintura. El conjunto iba a juego con un sombrero que tenía una pluma curva y verde en la cinta y que podía llevar ladeado para darse un aire desenfadado. Del interior del sombrero colgaba un pequeño velo de lunares que podía bajar si deseaba parecer más coqueta. Pero no lo hizo. Sólo quería acabar con toda esa confusión. Mientras Tante y Fidelis batallaran con el papeleo y resolvieran el asunto de los pasaportes, su trabajo consistiría en llevar a los chicos a visitar los monumentos de Chicago. Después de comer, intercambió su sitio con Fidelis. Mientras conducía, podía concentrarse en silencio en la carretera. En el coche reinaba un ambiente sombrío. Tante intentaba poner un poco de animación, pero a Delphine le resultaba macabro. Los chicos cabeceaban hasta dejarse vencer por el sueño. Cuanto más se acercaban a su destino, más le parecía a Delphine que su cometido –recorrer con ellos las calles visitando parques, emplazamientos históricos y museos de arte– era la tarea más deprimente y dolorosa que podía imaginarse. Decidió que, en cuanto se acomodaran, buscarían un circo.

«Nos pasamos dos días dando de comer cacahuets a los malditos elefantes», recordaría Delphine con Markus, más tarde. Porque, mientras Tante y Fidelis se encargaban de la compleja burocracia, allí estaban ellos. Nada más llegar, Delphine entró en una librería, consultó una guía y señaló mentalmente qué monumentos educativos se suponía que debían visitar. Después de obligar a los muchachos a memorizar datos sobre esos monumentos, se dirigieron directamente al circo y pasaron la mañana en la barraca de feria, dando de comer a los monos y a los elefantes y conversando con todos los feriantes que estaban en sus carromatos, o detrás de los barrotes de sus jaulas o en sus pequeños podios, ya que la ubicación dependía de su singularidad. Como era un gélido día de finales de invierno y no había muchos curiosos, y dado que los chicos estaban visiblemente encandilados y maravillados, pero sobre todo porque a Delphine le gustaba hablar con la gente, hicieron amigos.

Había una mujer apodada Aguja, tan delgada que, cuando se ponía de perfil, supuestamente desaparecía (pero no era cierto). Conocieron a la típica señora gorda, sentada en una piel de oso, cuya obesidad se desprendía formando charcos a su alrededor, como si estuviese medio derretida. Lobo Marino era un hombre joven que tenía aletas en lugar de manos y los pies totalmente girados hacia fuera. Era mezquino y se mofó de los raídos y encogidos pantalones de los chicos. Al ver a los muchachos tan avergonzados, Delphine le espetó:

–Mira quién habla. Tú deberías mantener en equilibrio una pelota de goma roja en tu maldita narizota.

El hombre se burló de ella con malicia y Delphine se llevó a los muchachos antes de que pudiera decir alguna maldad más. Hablaron con el señor Tigre, que tenía realmente una piel a rayas. Dejó que intentaran borrarle las rayas, pero no lo consiguieron. La Chica Calculadora Prodigio les puso la cabeza como un bombo.

—¿Cómo es que estás aquí y no en la universidad? —preguntó Delphine.

Había un aburrido hombre muy fuerte y un ser aterrador sin género definido con otro aterrador medio ser que le salía de la tripa. Había una exótica sirena de cuatro pechos, pero los muchachos no fueron autorizados a mirarla, aunque Delphine sí. Les contó más tarde que la parte de arriba era verdadera, pero que la de abajo estaba indudablemente hecha de goma. Y, por último, estaba el Adivinantes, un poco apartado del resto, en una carpa con suntuosas cortinas.

Los muchachos, como cabría esperar, no tenían el menor interés en que les leyera la mente. Delphine les compró algodón de azúcar enroscado en un cono de papel, les exhortó a que no se perdieran y pagó veinticinco centavos para poder pasar.

Claro, pensó Delphine, el Adivinantes era una mujer. Levantó los ojos de mal humor desde el lugar donde estaba sentada junto a una estufa de carbón que removía con un delgado atizador de hierro. Sin mediar palabra y con un gesto adusto, invitó a Delphine a que tomara asiento en la silla de madera frente a ella. La vidente se entretuvo en desenvolver y esparcir sobre las brasas una sustancia polvorienta, quizá algún tipo de incienso, que llenó el ambiente de un intenso y picante aroma. El olor era sumamente agradable y Delphine lo respiró y miró a la mujer con curiosidad.

Tenía el cabello blanco, pero el rostro todavía joven. Quizá no fuese mucho mayor que Delphine. Aunque era frágil y parecía helada a pesar de estar envuelta en varios pliegues de una tela vaporosa y azul, poseía una boca amplia y unas manos poderosas. Sus muñecas, al extender una baraja de naipes en cierto orden, se veían huesudas y delgadas. Pero Delphine pensó que esos dedos eran capaces de romper la cáscara de una nuez.

—Me observa usted muy detenidamente, señorita —dijo la vidente.

—Me estaba fijando en sus dedos. Son lo bastante fuertes como para partir una nuez. Eso estaba pensando —dijo Delphine riéndose.

—Partir nueces con los dedos. Eso mismo hace el hombre en cuestión. Puede escrutarme todo lo que quiera —continuó la mujer, mientras dejaba a un lado el resto de las cartas—, pero usted ha pagado para que yo le lea la mente a usted.

—Muy bien —respondió Delphine, turbada por la alusión a las nueces—, adelante.

—Ha venido a la ciudad en una misión desesperada —comenzó la vidente.

—Enhorabuena —asintió Delphine—. He venido para despedir a los hijos del hombre... del hombre para quien trabajo.

—Se marchan a Alemania.

—¿Qué?

—Trabaja en una carnicería —continuó la mujer—. Yo también he observado sus manos.

Llenas de cortes y grietas, ya sin un trozo de la punta de un dedo, cubiertas de pequeñas cicatrices blancas, ásperas de tanto restregar con sosa cáustica y endurecidas tras mezclar condimentos picantes al elaborar las salchichas italianas, las manos de Delphine habían cambiado. Las contempló, apoyadas en la pequeña mesa de cobre, como si fueran las manos de un ser extraterrestre.

—No me había fijado nunca —murmuró.

—No —asintió la mujer—, ni siquiera intentó esconderlas al entrar. Las mujeres de por

aquí llevan guantes. Eso también dice algo.

—¿Y qué dice?

—Que no va a ocultar nada —declaró la mujer—. Hay personas que se convencen a sí mismas de que son sinceras, y hay personas que realmente dicen la verdad. Usted todavía está entre las dos. Pero se encamina hacia la segunda categoría. Oigo música. Ese hombre, usted lo ama.

—No —aseguró Delphine, antes de añadir—: Canta.

—Ah, muy bien —dijo la vidente. Cerró los ojos y se apretó los dedos en la sien, como aquejada de un repentino dolor de cabeza—. Hay una especie de animal que le impide el paso. Oh, debo de estar equivocada —empezó a reírse de sí misma—. Veo en su mente la imagen de un enorme bicho negro... con el cuerpo delgado como una hormiga.

—Pues tiene razón —admitió Delphine, demasiado divertida para estar absolutamente estupefacta—. Es la tía de los muchachos.

—Usted no la soporta, y con toda la razón.

—Puede decirse así.

—Pero se marcha.

—Se... —en este punto la respiración de Delphine se cortó, llena de dolor—. Se lleva a los chicos.

—Y usted los quiere.

—Sí —dijo Delphine enseguida.

—El hombre es demasiado deslumbrante para mirarle y su interior es demasiado oscuro para descifrarle. Es viudo. Cásese con él.

—No puedo —contestó Delphine confusamente irritada.

—Usted no es ninguna cobarde —señaló la vidente—, de modo que el motivo se halla en otra parte —removió las brasas incandescentes y esparció encima un polvo diferente. Un aroma amargo y relajante las envolvió—. Está cansada de cargar con ellos, ¿no es así?

—Sí —reconoció Delphine.

—Entonces deje que se vayan aquellos de los que puede prescindir. Además, ella no consentirá que usted se los quede todos. No prevalecerá sobre ella, ni separará a la hermana del hermano, no si son de la misma sangre.

Delphine reunió a los muchachos y se alejó de la carpa de la Adivinamientos. Había dicho más cosas, afirmaciones que Delphine necesitaba esclarecer. El humo de los polvos que había respirado le había levantado un leve dolor de cabeza. Esa tarde, además, los chicos debían hacerse las fotografías para el pasaporte y tenían que encontrarse en el hotel un poco antes.

—Vamos a quitar esos hilos del algodón de azúcar de vuestras ropas —dijo Delphine mientras cepillaba la chaqueta de Emil, cuyas costuras había soltado todo cuanto podía.

Con dos dedos retiró unos trozos de golosina rosa semejante a una telaraña. Markus limpió a Erich y despegó de sus calcetines de lana unas briznas de paja del lecho del elefante. Erich sonrió y sus dos dientes incisivos parecieron enormes y cómicos. Le faltaban los otros dientes o sólo habían comenzado a crecer.

—Ahora ya tenéis buen aspecto —sentenció Delphine, pero se le agarrotó la voz en el pecho y salió medio estrangulada.

Conforme caminaban de vuelta al hotel, se impuso a ella, y contra su voluntad, la inapelable convicción de que tenía que hablar con Fidelis a solas. Y lo haría. No importaban las trabas que le pusiera Tante, se aseguraría de que Fidelis y ella tuviesen la oportunidad de hablar antes de que los cuatro subieran a ese tren —quién sabe, podría ser para siempre, tal y como iban las cosas—. Se mantenía informada de lo que ocurría allá desde la purga de 1934. Detalles de aquel horror seguían saliendo a la luz y Delphine los almacenaba en su cabeza, negándose a olvidar la matanza, tal y como Fidelis y Tante habían hecho convenientemente cuando el Sarre se había restituido y Renania había sido militarizada. Sólo eran capaces de hablar de la fortaleza, la prosperidad y las riquezas cada vez mayores de su familia. Del genio singular y fascinante del *führer*. Al final de la información internacional de un periódico de Minneapolis, una breve noticia sobre el odio desenfrenado contra los judíos y los cristales rotos provocó que Fidelis sacudiera la cabeza con desaprobación, pero, tras unos momentos, comentó que las cosas siempre habían sido así. «*Johannes, er war Judn*», dijo. Pero no lo tradujo ni lo explicó. Ahora, aunque Delphine estaba convencida de que podría hacerle cambiar de idea, aunque estaba segura de haber meditado más que Fidelis sobre la situación a la que iban a enfrentarse los chicos, tenía miedo de hablar con él. Sólo pensar en ello aceleraba desapaciblemente los latidos de su corazón y humedecía sus manos.

No era la discusión política, sino la otra, la que no había llegado a expresarse entre ellos. Todo lo referente al estado de su corazón, que temía y que no quería entrar a analizar. «Nada ocurre por accidente, nada sucede por azar —se dijo—. Entré a ver a la Adivinantes por una buena razón: para saber si era capaz o no de ver todo este embrollo en su totalidad. Quería aclararme las ideas. Necesitaba oírme a mí misma decir esas cosas, oírme decir en voz alta lo que ni siquiera sé que estoy pensando en mi fuero interno. Necesitaba sentarme con esa señora de cabello blanco y sacarlo todo fuera, hasta poder ver qué forma tiene.»

Entraron todos juntos en el gran edificio de piedra que contenía diminutos pasillos repletos de despachos donde se tramitaba el papeleo. La oficina se abría en balcones alrededor de un hueco central que llegaba hasta la planta baja. Una luz polvorienta descendía por una claraboya abovedada y decorada con siniestros luchadores. Los muchachos alzaron la mirada y Delphine les dio la mano, ayudándolos a subir la amplia escalera de piedra. Delante de la habitación donde se tomaban las fotografías para los pasaportes, la gente hacía cola a lo largo del pasillo, algunos sentados en el suelo y otros apoyados en la pared. Era una cola muy larga. Tante estaba cansada, pero no se vino abajo. Su traje tan tieso parecía sujetarla. Puso un gesto de profundo fastidio y dijo que los muchachos necesitaban comer algo.

Delphine aprovechó la oportunidad.

—Vamos a buscarles unos bocadillos —sugirió a Fidelis.

Tante respondió enseguida:

–No te molestes, no. No tenemos tanta hambre.

–Los chicos no han comido nada –insistió Delphine con serena firmeza.

–Sobrevivirán –dijo Tante alzando la voz con tono cortante.

Con gesto triunfal, sacó del bolso un puñado de caramelos de limón. El baño azucarado tenía el habitual polvo del bolso y se habían pegado hasta formar una sola masa. Tante los partió despacio contra la pared y repartió un caramelo a cada uno de los gemelos y un minúsculo trocito a Markus.

–Ya está –concluyó–, con esto aguantarán.

–Eso les va a picar los dientes –protestó Delphine–. Vamos a buscarles algo que los alimente –añadió, dirigiéndose a Fidelis. Después, le miró directamente a la cara, abrió los ojos como platos, dejó que la pálida luz de la enorme claraboya central cayera sobre ella a raudales y sonrió.

–Te vendrá bien tomar el aire a ti también –dijo–. Vamos.

Fidelis la siguió.

Afuera, en la calle, mientras caminaban hacia una tienda de comida preparada en la que ambos habían reparado, Delphine comenzó a hablar con un apremio sin rodeos.

–No tengo nada que perder –declaró a Fidelis–, de modo que voy a hablar. Escúchame. No permitas que Maria Theresa se los lleve a Alemania, Fidelis, es absurdo. Imposible. Tú sabes que no tiene ni idea de cómo cuidar a los muchachos.

–Mi madre se hará cargo de ellos en cuanto se hayan instalado –respondió Fidelis.

Llegaron a la puerta del establecimiento y se dispusieron a entrar, pero las ideas daban vueltas frenéticamente en la cabeza de Delphine. No quería apartar del problema la mente de Fidelis con la trivial elección de unos bocadillos.

–Demos otra vuelta a la manzana. Tengo más cosas que decirte.

–El tema está zanjado –dijo Fidelis.

–No, no lo está, y escúchame, me lo debes.

Aquello le arrinconó. No le gustaba deberle nada a nadie. Y sabía que tenía razón; que, desde la muerte de Eva, había cuidado de sus hijos en la medida de sus posibilidades y más allá de los límites de sus obligaciones laborales. No entraron en la tienda, sino que siguieron caminando.

–En Alemania –explicó Fidelis–, aprenderán la forma correcta de hacer las cosas.

–Es posible –Delphine respiró hondo y procuró mantener la calma para poder discutir en un tono razonable–. Y después, ¿qué? ¿De verdad crees que querrán regresar y ayudarte en la carnicería? ¿De verdad crees que Tante los dejará volver siquiera?

Fidelis bajó la mirada hacia ella, con el semblante claramente crispado. Era evidente que había pensado en ello en su fuero interno, pero había apartado sus miedos o se había convencido a sí mismo de que estaba equivocado. Hizo una pausa y luego habló con voz ligera y decidida:

–¡Entonces iré yo mismo a buscarlos!

–He leído en el periódico que el nuevo Gobierno no deja salir del país a los alemanes que están de visita –señaló Delphine. En ese momento no era más que un rumor, aunque podría resultar cierto, pero Delphine decidió utilizar el argumento–. Y los muchachos...

¿qué pasaría si se cerraran las fronteras? Tú sabes cómo es la guerra.

Pero eso era ir demasiado lejos. Fidelis se puso muy serio y habló con un fervor sincero.

—Yo he conocido la guerra... ¡No puede haber otra! *Es ist unmöglich!* Yo creo que este Hitler está fortaleciendo el país con vistas a lograr la paz. Por eso prospera mi familia... y pueden comprar cosas a los chicos. Tienen dinero.

—¡Dinero! —espetó Delphine, reprimiendo un ataque de ira—. Eso está muy bien, pero ¡son los hijos que has tenido con Eva!

El nombre de Eva cayó entre ellos como un yunque.

Delphine sacó a relucir entonces la carta que había estado guardando en la manga para una ocasión como ésta, cuando estuviera en juego algo realmente importante.

—Tante robó la morfina. Tienes que saberlo. ¿Cómo puedes enviar a tus hijos con la mujer que hizo sufrir a Eva? ¡Al menos deja a Markus aquí! ¡Yo le cuidaré!

Ambos se detuvieron a la vez. Allí, en esa ventosa calle, se miraron. El rostro de Fidelis palideció y se volvió sombrío. Delphine levantó la mirada hacia él, desafiante, con los ojos entrecerrados y atentos. Cuando le clavó la mirada, como si fuese un mineral magnético, Fidelis notó cómo avanzaba hacia ella, asintiendo con la cabeza y dejando que se hiciese con el control. Como si el viento lo hubiese desequilibrado levemente, dio un paso adelante para recomponerse. No se le ocurría nada que añadir, porque, por supuesto, tenía razón. Tante no se portaba bien con Markus. Y, sin embargo, apartó la mirada de Delphine. Tante tenía razón en ciertas cosas. Los benjamines estarían mejor en Ludwigsruhe, rodeados de la familia y no excavando pasadizos en las colinas o navegando río abajo con el riesgo de ahogarse.

—No puedo vigilarlos todo el día —explicó a Delphine, y hundió las manos en los bolsillos con los ojos clavados en la acera de cemento moteado que los separaba. Tenía algo más que decir y no quería decirlo—. Ya no tengo dinero para pagarte.

—Lo sé —respondió Delphine con impaciencia—. Eso no importa. Quiero...

Y entonces ella también bajó los ojos hacia la acera. Permanecieron allí los dos durante tanto tiempo, ambos con las palabras en los labios, que parecía como si fueran a pasar a través de la mampostería. Las palabras pesaban demasiado. Fidelis se llevó una mano a la barbilla y miró a Delphine, allí de pie, con el elegante sombrero marrón inclinado a un lado de su rostro, el pequeño velo y la pluma verde. Sin previo aviso y para su propia sorpresa, alargó la mano. Rozó la punta de la pluma verde. Los labios de Delphine tenían un color oscuro natural, y no rosa, sino un carmesí que tiraba a un pardo profundo. A Fidelis se le entrecortó la respiración.

—Cyprian —dijo.

Delphine le miró y esbozó una sonrisa, mostrando los hoyuelos con forma de coma y los poderosos dientes blancos. Se quedó deslumbrado por la frescura de su gesto, incluso antes de que hablara, sacudiendo la cabeza.

—Cyprian y yo nunca hemos estado casados.

Asimiló la noticia. Era algo y no era nada. Echaron de nuevo a andar, el uno junto al otro. Casi habían dado una vuelta completa a la manzana cuando Fidelis encontró las

palabras que quería decir. Le costaba encontrarlas, porque se avergonzaba de lo que había pensado justo después de que Cyprian rescatara a Markus. Junto con el sentimiento de alivio y gratitud, Fidelis comprendió de golpe que jamás y de ninguna manera podría intentar nada con Delphine. Estaba en deuda con el hombre con quien ella vivía, el hombre con quien él se había peleado. Estaba en deuda con Cyprian. Aunque ahora lo lamentara, los votos de matrimonio o la ausencia de los mismos no cambiaban las cosas. Era posible que la unión entre Cyprian y Delphine fuese algo escandaloso, pero no era extraño que dos personas fingieran estar casadas para evitar las habladurías en los pueblos pequeños. Había advertido desde hacía algún tiempo que ya no llevaba alianza. Habían dado una vuelta completa a la manzana hasta hallarse en el punto de partida.

—¿Te has acostado con él? —preguntó sin tapujos.

—No —respondió Delphine—. Sí y no. Él no podía...

Fidelis se detuvo y la observó con una creciente sensación de comprensión. De pronto pensó que lo entendía. Cuando lo asimiló, sacudió la cabeza para apartar cualquier pensamiento referente a Delphine. De modo que ésa era la naturaleza de la herida de Cyprian. Así como la razón de la susceptible y protectora rabia que mostraba hacia Delphine. Fidelis se protegió los ojos con la mano, para no apartarla de su vista. La única pregunta que le quedaba por hacer, concluyó Fidelis, era si Cyprian pensaba volver.

—¿Va a...? —comenzó.

En ese momento, hecha una furia y con la chaqueta refulgiendo en el pecho como un espejo rayado, Tante apareció por las grandes puertas del edificio de piedra y los llamó a voz en cuello. Se precipitó hacia Fidelis con los muchachos a la zaga mientras cruzaba la calle. Fidelis la divisó, se volvió hacia Delphine y le dirigió una mirada angustiada, desesperada y casi suplicante, como si quisiera que ella terminara la frase por él.

—¿Va a qué? —preguntó Delphine.

Pero sin esperar la respuesta, asustada por el tráfico, se apresuró hacia los chicos. Fidelis agarró el brazo de su hermana en el borde de la acera y la empujó a su lado.

—Vamos, Tante, hemos encontrado un buen sitio —señaló con la mano la tienda de comida preparada, abierta y resplandeciente, al final de la calle—. Vamos a entrar y sentarnos.

Tante comenzó a reprenderle por haberlos abandonado allí, y además dónde, quería saber, estaban los bocadillos, porque ella se estaba saltando el almuerzo y eso siempre le producía mareos. Fidelis entró con tranquilidad en el local, que tenía varias mesas pequeñas junto a enormes y modernos ventanales, y la hizo sentarse. Delphine se encargó de los muchachos y los instaló en otra mesa justo detrás de Tante y Fidelis, y les indicó lo que podían tomar, lo que podían elegir de los platos más baratos de la carta. En un momento dado, después de que hubieran pedido, se sentó con ellos y miró hacia la mesa donde Fidelis se enfrentaba al torrente de quejas de su hermana. El hombre asentía a todo cuanto decía Tante, pero observaba a Delphine con gesto serio y pensativo.

El hotel correspondía a lo que se podían permitir, con un único cuarto de baño al final del pasillo y un ambiente deprimente y gris en todo el edificio. Al menos estaba limpio,

los demás huéspedes no resultaban amenazantes y no parecía que hubiera chinches. Los muchachos dormían con Fidelis, y Tante y Delphine compartían otra habitación. Delphine había tenido pavor a esa posibilidad y ni siquiera se había planteado que durmieran en la misma cama.

La primera noche, ambas estaban tan exhaustas que simplemente se tumbaron una al lado de la otra dándose la espalda y consiguieron conciliar el sueño, aunque Delphine se despertó varias veces por culpa de Tante, que levantaba una mano y agitaba en sueños los dedos debajo de su nariz. Le apartaba la mano y volvía a dormirse. La segunda noche, después de haber cenado lo último que les quedaba de la comida, se fueron a la cama temprano, ya que el tren salía a la mañana siguiente.

Al entrar en la poco iluminada habitación, Tante olfateó.

—Alguien ha estado aquí.

Se apresuró hacia sus pertenencias y se puso a comprobar su equipaje metódicamente, enumerando en voz baja sus enseres. Delphine se sentó en la cama y la observó. Tante se arrodilló delante de la maleta de piel de vaca marrón y fue sacando del interior cada prenda como si aquello fuera a explotar. Después, las examinó con recelo. «¿En qué estará pensando? —se preguntó Delphine—. ¿Acaso cree que alguien ha entrado en la habitación, se ha probado su ropa y la ha vuelto a doblar y guardar en la maleta?» No había nada de valor en el equipaje de Tante, excepto la máquina de coser, que había dejado bajo llave con el gerente del hotel. Además, había comprobado que seguía allí antes de retirarse a la habitación.

—Creo que voy a asearme —dijo Delphine.

—Bueno, todo parece estar en orden —sentenció Tante con gesto sombrío.

Con un cuidado infinito, se puso a empaquetar otra vez sus combinaciones raídas y sus bombachos desgastados, sus faldas recién cosidas y sus blusas limpias y almidonadas, todas confeccionadas con la máquina de coser. Delphine cruzó el pasillo hasta el cuarto de baño. No era un lugar espantoso, pero las tuberías apestaban y el agua que caía en el diminuto lavabo gris no era más que un fino chorro helado. Aun así, se tomó su tiempo, se enjabonó, se peinó y se aplicó en la cara y las manos una crema con perfume de almendras. Quería dar tiempo a Tante para que guardara sus cosas y se pusiera el camisón; la noche anterior había dado un tremendo espectáculo, pero Delphine se encontraba demasiado cansada como para darle importancia. Era consciente de que sus frustraciones estaban a punto de desbordarse. No quería explotar. Necesitaba encontrar la manera de tener otra oportunidad de hablar con Fidelis. Se peinó el pelo hacia atrás, se alisó las cejas, se puso un poco de aceite en los labios, hasta que ya no le quedó más remedio que volver a la habitación.

La imagen de Tante con el pelo suelto era aterradora. Había desatado el complejo entramado de trenzas y tirabuzones y ahora se cepillaba la cabellera. El cabello, de un color gris pardo caballuno, le caía por los hombros en enredados mechones transparentes. Se había puesto el camisón: una gruesa columna de lana áspera, casi tan tiesa como una manta. Y se estaba aplicando en la piel una mezcla de manteca de cerdo y vaselina. El preparado estaba perfumado con alcanfor y azahar, pero no ocultaba un

poso rancio. En la diminuta habitación, el aire era pesado, denso y mareante. Lo primero que tuvo que hacer Delphine fue abrir la ventana. Cuando lo hizo, al tiempo que preguntaba a Tante si no le importaba, manó de la anciana un grito horrorizado, ahogado en una bufanda de lana.

—Como coja frío —chilló Tante, espantada—, ¡podría estar enferma por la mañana!

El mejunje que se aplicaba en la piel era, por lo visto, una especie de bálsamo o tratamiento preventivo. Temía contraer en la ciudad alguna infección y, antes de dormirse, llevaba a cabo unos preparativos destinados a defender su salud a capa y espada. Llevaba una bufanda envuelta alrededor de la cabeza y una toalla en la garganta. En los pies tenía unas zapatillas de felpa atadas con cordones como patucos de bebés. En el pecho llevaba el peso de la mayor parte de esa grasa nauseabunda y además un cuadrado de franela, que debía de mantener el calor generado por su cuerpo. Caminó hasta la cama con paso titubeante y la rigidez de Frankenstein, y se tumbó boca arriba con las manos cruzadas sobre el estómago. Cerró los ojos y masculló una larga oración en voz baja, en alemán, y se quedó dormida cuando Delphine se tumbó a su lado en el cargado ambiente de ese espacio tenebroso.

Una hora, quizá dos, después de quedarse dormida, Delphine se despertó de golpe. Los pensamientos anegaban su mente. La pequeña habitación, un rectángulo de ruidos urbanos y oscuros, parecía elevarse más y más en el vacío por encima de la tierra. Fue consciente de lo solos que estaban, lo insignificantes que eran como individuos, hacinados en el hotel como arenques en una caja, unos encima de otros, unos junto a otros. Todo el desasosiego sufrido durante el día la sacudió, y recordó ante todo a la señora de cabellos blancos con ese vestido azul de varias capas, pliegue sobre pliegue, que pretendía sin duda conferirle un aspecto misterioso. Y lo conseguía, desde luego. «Los hombres son artulugios extraños e imperfectos —había dicho a Delphine—, y, luchemos por amarlos o por no amarlos, eso da lo mismo.» Delphine pensó entonces en Fidelis recorriendo las ventosas calles y en su rostro tenso bajo la luz glacial con todo lo que no era capaz de expresar. Pensó que sabía lo que quería decir y lo que había intentado preguntar antes de que surgiera Tante, hecha una histérica, del edificio de oficinas. Pensó que lo sabía, pero, por otro lado, ¿cómo podía saberlo?

Delphine comprendía que no era clarividente, y la profunda mirada que le había dirigido Fidelis mientras comían podría ser una mirada de advertencia. «No te acerques más.» O quizá una mirada para informarla de que todavía sentía pena y no podía pensar siquiera en algo semejante a lo que ella a veces pensaba. Sin embargo, llegó a la conclusión de que las borracheras de su padre la habían inmunizado contra el amor de los hombres adultos, ya que la consideración que mostraba por Fidelis se debía al cariño que sentía por sus hijos: ante esos sentimientos se hallaba desarmada.

Delphine se entumecía en la única postura que podía mantener para dormir si no quería tropezar con Tante. Se movió con sumo cuidado. Intentó acomodar un poco sus extremidades. La mano de Tante se desplomó sobre ella y Delphine volvió a dejarla con cuidado en el estómago de la mujer.

–*Nein* –farfulló Tante –, *gib’ mir deinen Finger*.

Hablaba en sueños y su voz retumbaba a través de la bufanda, pero lo que Tante decía eran las palabras pronunciadas por la bruja a Hansel en el cuento de hadas y a Delphine le parecieron una señal de mal agüero. Se obligó a respirar hondo y relajar los músculos, apagó la mente y esperó a conciliar el sueño.

El muchacho resolvió por sí mismo el problema de cómo contárselo a Tante cuando cayó enfermo repentinamente durante la noche. Fue para Markus un gran y secreto triunfo, uno que ni siquiera había buscado –al menos que él supiera–, aunque en los años venideros se llegaría a preguntar si su yo oculto había vaticinado lo que le habría sucedido de haberse subido a ese tren con destino a Nueva York y luego al barco con rumbo a Alemania. Cuando se despertó la mañana en que se disponían a partir, tenía las mejillas acaloradas y los ojos brillantes. Se agitaba preso de una fiebre tan alta que Fidelis llamó a la puerta de Delphine antes del amanecer para pedirle que se quedara con el muchacho en la habitación mientras él salía a buscar una farmacia. Delphine entró en el cuarto y se sentó al lado de Markus en el pequeño camastro. Adormilados, los gemelos se vestían, poniéndose los calcetines entre bostezos, y Delphine percibía su creciente excitación. Pero Markus estaba lívido con el calor de la fiebre; sus labios eran de un intenso color ciruela magullada. Tenía las sienes blancas y la respiración entrecortada. Le tomó el pulso, acelerado e irregular. Su rostro se contrajo en un rictus de dolor.

Delphine cogió suavemente la palangana de los muchachos y sujetó la cabeza de Markus sobre ella. Cuando el chico se alivió, llevó la palangana al final del pasillo. La lavó a conciencia y vertió un poco de agua fría en el recipiente. Al volver a la habitación, humedeció su pañuelo en el agua y comenzó a refrescarle la frente, los pómulos altos y finos, cubiertos de delicadas pecas, el cuello, las orejas, las delgadas muñecas y los antebrazos. Mientras lo hacía, le miraba con atención y compasión, y en su fuero interno se sorprendía y también temía que su enfermedad pasara tan repentinamente como había comenzado. Pero no fue así.

Cuando la aspirina no surtió más efecto que el de hacer delirar a Markus, Delphine decretó con firmeza que no podía marcharse, y nadie le llevó la contraria. Era inútil, pero a Tante le parecía una barbaridad echar a perder un pasaje y se mostró decidida a hallar la forma de revenderlo. Apenas disimuló su propio alivio al ver que Markus no viajaría con ellos. Alzó la mano delante de su cara y se despidió desde la puerta. Delphine se fundió en un abrazo con los gemelos, se aferró a sus ásperos abrigos durante un instante y respiró el polvoriento olor del cabello de los chicos. Les apretó las rugosas manos mientras le daban un beso y les acarició la frente. Luego, se apartaron de ella con los ojos brillantes de excitación ante la aventura que iban a emprender. Después desaparecieron los dos de su vida.

A primera hora de la tarde, Fidelis aparcó el coche delante de la entrada del hotel y acompañó a Markus, renqueante y ardiendo, hasta el vestíbulo. Delphine iba detrás con

el poco equipaje que tenían, y cargaron los bultos en el maletero. Instalaron al chico en el asiento trasero y le cubrieron con las mantas del coche. El chico se destapó, nervioso, y preguntó con voz angustiada, como no había cesado de hacer, adónde iban.

—Volvemos a Argus. Nos vamos a casa —tranquilizó Delphine a Markus, mientras le arropaba bajo las finas prendas de lana.

Levantó la mirada y le clavó los ojos con una alegría tan luminosa que Delphine se asustó; temía que delirase y que la fiebre hubiese tomado quizá un giro peligroso. Mientras Fidelis dejaba una propina al gerente por permitir que se quedaran más tiempo en la habitación, Delphine examinó a Markus con atención y pensó que quizá ya había pasado lo peor. Tal vez simplemente se sentía como ella, aturdida por el hambre y la sorpresa del indulto.

Fidelis conducía y Delphine lo guiaba para salir de la ciudad. Se encontraron muy pronto en la carretera hacia el norte. No pronunciaron una sola palabra durante horas, salvo para susurrar cómo los campos les recordaban a los de Dakota y, más adelante, cómo el paisaje se parecía más a Minnesota. Lo inmensos que eran los establos y lo bien cuidados que estaban. Parecían haber superado la Depresión por estos lares. Unos nubarrones amenazantes surgieron en el horizonte y ambos los señalaron, especulando sobre una posible tormenta. Cuando no se produjo, desviaron la atención a Markus, se detuvieron varias veces para comprobar si le subía la fiebre y asegurarse de que bebiera un poco de cerveza de jengibre de una botella que había comprado Fidelis. El chico durmió como si estuviese drogado. Durante todo ese día, mientras lucía el sol, consiguieron atenerse a temas de conversación neutrales y seguros. O callaban, se turnaban para conducir y dormían en el asiento del copiloto. En cuanto la luz de la tarde languideció y las sombras se alargaron hasta difuminarse en la oscuridad general, sus esfuerzos fracasaron. El silencio se acumuló y se volvió incómodo. Su calma se transformó en espera, y luego en incertidumbre.

Durante el día, una agitación interior había atormentado a Delphine, una desazón por decir lo que debía decirse. No estaba en su naturaleza no decir la verdad tal y como la veía y sin tapujos, y comprendió que de tanto rehuirlo y de obrar de un modo tan cuidadoso se estaba consumiendo. No le gustaba el estrecho e invisible camino que tomaba cerca de Fidelis. Respiró hondo con decisión y aguantó la respiración hasta que estuvo a punto de reventar. Cuando soltó el aire, el corazón le latía más despacio y estaba tranquila. Había decidido dar una explicación, la quisiera o no Fidelis.

—Mira —soltó—. Cyprian es como un hermano para mí. No estamos casados y no hacemos nada juntos. Él no quiere.

—¿No quiere?

Fidelis dio un pequeño bandazo. Su cerebro se había centrado en una herida de guerra que hubiera desprovisto a Cyprian de su hombría. Le costaba pensar en otra posibilidad que no fuese ésa. ¿No quería? ¿De verdad Cyprian no quería? Delphine podía pensar lo que quisiera, pero él estaba seguro de que Cyprian quería. ¿Qué otra cosa podía decir Cyprian para salvaguardar su dignidad? Fidelis sacudió la cabeza, pero empezar una discusión o conseguir más detalles superaba a la vez sus conocimientos de inglés y su

capacidad emocional. Clavó la mirada en la carretera. No había más coches. Iban a ochenta kilómetros por hora. Buscó algo para hacer avanzar la conversación, pero no se le ocurrió nada.

Delphine cruzó las piernas y luego los brazos, y agachó la cabeza de modo que parecía repantigada en el asiento como un niño enfurruñado. Incómoda por haber contado tanto de forma espontánea, Delphine mantuvo un silencio obstinado. Al cabo de un rato, Fidelis habló.

—¿Qué importa? —dijo con un hilo de voz—. Cyprian salvó la vida de Markus. Arriesgó la suya y le sacó de la tierra.

Delphine meditó aquello durante un momento e intentó entrever la estructura de los pensamientos de Fidelis. Si se reprimía por culpa de Cyprian, significaba que, por la naturaleza misma de su decisión, sentía algo por ella. Y, sin embargo, la existencia de Cyprian también podría ser la excusa que esgrimía Fidelis para no acercarse a ella porque en realidad *no lo deseaba*. Posiblemente, hubiese intuido que ella estaba quizás abierta —aunque ella no lo tuviera claro de verdad— y desechase por completo la cuestión inventándose este supuesto código de honor que los separaba el uno del otro y los libraba de enfrentarse a lo que se agitaba entre ellos.

—Dudo de que vuelva —dijo Delphine—. Y, si lo hace, no será para vivir conmigo.

Fidelis asimiló esas palabras durante varios kilómetros. Los faros hendían la oscuridad en el anochecer. La respuesta de Delphine le dejaba sin red y hacía recaer todo el peso de la situación en él. ¿Significaba eso que estaba abierta a él o que sencillamente había terminado con Cyprian? ¿Sería amarla, en el caso de que Cyprian decidiera no hacerlo, una traición al hombre que había salvado la vida de su hijo? Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. Cuando se presentó ante Eva nada más acabar la guerra, las cosas estaban muy claras. La carnicería y la tristeza habían simplificado, tal vez demasiado, todas las cuestiones del corazón, pero el camino estaba trazado. No había ambigüedades ni dudas. Él había transmitido el mensaje del fallecimiento y ella había caído en sus brazos. Fue a visitarla para ayudarla a superar la conmoción y consolarla y, en ese torbellino de emociones expuestas a la luz del día, había resultado fácil avanzar el uno hacia el otro en línea recta. Aquí, sin embargo, la situación era un laberinto. A Fidelis le parecía que había demasiadas personas involucradas, hasta que de repente cayó en la cuenta de que la situación se repetía, nada más. Aquí estaba Delphine —la mejor amiga de Eva, como él había sido el mejor amigo de Johannes, ambos fallecidos—, y ahora toda la sucesión de acontecimientos se repetía porque Delphine podía salvarle a él y a sus hijos del mismo modo que él había rescatado a Eva y a Franz.

Aquello, en todo caso, podía contárselo a Delphine a modo de fábula. Tal vez, si se lo contaba todo, habría una salida, hallaría una respuesta en la narración.

Se había levantado una fina niebla y el humo se arremolinaba en los altos rayos de luz. Conforme el coche se adentraba en la noche, Fidelis contó todo lo que había sucedido, comenzando, como correspondía, por Johannes.

La primera vez que Johannes le salvó la vida, arrastró a Fidelis lejos de un montón de

cadáveres cuando una bala le había entrado por la mandíbula dejándole inconsciente. La siguiente vez, había dado muerte a un soldado francés que se abalanzaba sobre ellos en el momento en que el fusil de su amigo se había encasquillado. Johannes había salvado la vida de Fidelis en dos ocasiones para terminar muriendo en el estremecimiento de una música ininterrumpida. Aquello había sucedido en los últimos días de la guerra. Durante dos días y dos noches en las elegantes ruinas de una mansión aristocrática, Fidelis había permanecido al lado de Johannes. El lugar representaba un alto en la frenética retirada, donde se abandonaba a heridos y moribundos. Durante todo el día y toda la noche, las paredes temblaron bajo los constantes bombardeos, no muy lejanos. En las diminutas eternidades que separaban cada impacto, los cristales de las ventanas, rotos en mil pedazos y esparcidos por los alféizares, se agitaban con un suave brillo como campanillas bajo el viento.

Permanecieron en la planta de arriba porque abajo, en los sótanos, los heridos se asfixiaban cuando los sanos se dirigían allí para resguardarse, y el hedor era todavía peor, así como los gritos y las blasfemias, los gemidos y los aullidos enloquecidos. Fidelis pensaba que sería mejor que su amigo muriese bajo la lluvia y el viento, al compás de una música aleatoria. Con las tripas fuera y la garganta obstruida, era difícil decir qué había matado a Johannes. La disentería o la herida superficial y sucia o el agotamiento asesino de todos los hombres desesperados que emprendían la retirada. «Cántame, viejo amigo.» En una habitación helada, en un rincón de su destrozado país y acompañado por el tintineo de cristales rotos, Fidelis cantó. Después, extendió el cuerpo de Johannes y envolvió la cara de su amigo con un pañuelo de seda que su madre le había regalado para que le diera suerte, pero no tuvo el valor de quedarse atrás y enterrarle. Fidelis reanudó la marcha. Por donde pasaba, reinaban el caos y la muerte, y pasó de largo con sus botas de tachuelas; y pasó delante de todo lo imaginable hasta que volvió a su cama de niño, a su madre, a su edredón, a sus libros, a su padre, a su hermana y a Eva. Le anunció la muerte del padre del hijo que esperaba y entonces... Dijo a Delphine:

–*Es war einfach. Wir haben verheiratet.*

–Os casasteis –terminó Delphine, con voz ahogada– para que el bebé, Franz, tuviese un padre.

–Sí –admitió Fidelis, porque era la respuesta más fácil.

Y porque pensó que era la respuesta que Delphine necesitaba escuchar, pero no era la única explicación. El cuerpo de Eva y el suyo le dieron la respuesta, antes siquiera de saberlo, en ese primer encuentro, cuando la vio más desnuda de lo que la vería jamás. Ahora, en la penumbra, su rostro se endureció. Al recordar todo aquello, un triste peso le oprimía el pecho y tuvo que respirar pausadamente para relajarse, como si unas cintas invisibles le apretaran las costillas. Desde luego no podía explicárselo a la mujer sentada a su lado. De todos modos, Delphine no pareció darse cuenta. Se había descalzado y puesto los pies en el asiento, acurrucada y ensimismada. Permaneció sentada allí sin moverse, como un animal agazapado. Fidelis notaba cómo la conciencia de Delphine se deslizaba por una profunda corriente que él era incapaz de comprender, y pasó mucho tiempo antes de que ella alcanzara una conclusión y hablara.

—Así que, si nos casáramos, la historia se repetiría.

—¡Sí!

Estaba sorprendido de que Delphine hubiera atado cabos de esa forma. Pero no lo había hecho, no como él se imaginaba, no como el puzle de cuatro personas que, de un modo extraño, encajaba. Delphine caviló que, dado que Fidelis había desposado a Eva no por amor sino por deber hacia un hijo no nacido, no era una historia que él deseara repetir. Y resultaba comprensible, pensó, con un alivio tranquilo. Pues ¿cómo saber si ambos se llevarían bien cuando el niño se hubiera hecho mayor? Ella misma lo ignoraba. No podía leer su propio corazón. No sabía si era sólo a los hijos o a la combinación del padre y los hijos a quienes quería. Pero al menos, durante esa hora en la que se abrían paso en la oscuridad, Delphine admitió la posibilidad de que él estuviese incluido en el lote. Y entonces, desde el asiento de atrás, Markus se despertó y las mantas cayeron a su alrededor en un susurro cuando se asomó al asiento delantero.

—Papá —preguntó con voz ronca y somnolienta, todavía abatido—, ¿me cantas algo?

Delphine no sabía que había momentos en que Fidelis mostraba cierto cariño hacia sus hijos, momentos en que les cantaba. Cuando les costaba dormirse, cuando eran muy pequeños, cuando Eva se lo pedía y cuando estaban enfermos, les cantaba los viejos *lieder* alemanes con una voz contenida que hacía que se sintieran protegidos. Entonó el preferido de Markus, y lo cantó una y otra vez como siempre le pedía su hijo.

—Ich weiss nicht was soll es bedeuten, dass ich so traurig bin. Ein Märchen aus alten Zeiten, das kommt mir nicht aus dem Sinn.

Era la canción de las Lorelei, cargada de imágenes. Las mujeres se sentaban en enormes rocas y se peinaban la rubia cabellera con peines de oro. Al oír su canto, los hombres se acercaban con sus barcos, y sus corazones quedaban traspasados y hechizados por la belleza de las Lorelei, y entonces se veían arrastrados contra los arrecifes asesinos. No era una canción que Delphine conociera y tardó en comprender el sentido, poco a poco, y, cuando ya lo hubo completado, se quedó maravillada ante Fidelis, quien solía empalar gallinas y dejar sin sentido a los patos de un golpe en la cabeza, que fue capaz de matar a una docena de perros callejeros de una sola tacada y los quemó como un montón de basura, que lloró la muerte de su mujer con una frialdad que se sumaba a la impavidez que ya poseía, pero sin decir nada, que transformaba las ya de por sí complicadas relaciones entre ellos en un laberinto indescifrable y que cantaba a sus hijos para tranquilizarlos. Poco a poco, junto con Markus, fue cayendo bajo el hechizo de su canto hasta quedarse dormida en la oscuridad de la noche.

Fidelis dejó que la canción se perdiera a la deriva, oyó cómo respiraban profundamente, asintió despacio a la carretera y tarareó una nueva melodía más sencilla para mantenerse despierto. Era una canción que había cantado con Johannes, borrachos los dos, en un momento de despreocupación que no podía olvidar ahora, conforme las ruedas los conducían cada vez más hacia delante, más lejos de Alemania, hasta las amplias praderas de América donde las guerras no enfrentaban a los mismos viejos enemigos que conocía de siempre sino que ya habían terminado antes de que él

desembarcara allí: la gran matanza había acabado y la tierra ya había absorbido toda la sangre.

La gente serpiente

Cuando Delphine le hacía la pregunta evidente, la respuesta de Roy solía ser: «Bebo para llenar el vacío». Delphine odiaba esa frase. En una ocasión, le empujó sobre una silla y le gritó: «Oye, tengo una noticia para ti. Todo el mundo hace *todo* para llenar el vacío». Verdad o mentira, Roy se sintió reconfortado al pensar que su vacío personal era algo universal. Se sintió menos especial, sobre todo en lo que atañía al enorme y oscuro hueco que le había dejado su amor perdido, pero también sintió una afinidad con las demás almas vacías. Desde ese momento, uno de sus lemas preferidos cuando apuraba un trago era brindar por el gran vacío. Durante el largo periodo de sobriedad que disfrutó tras la muerte de Eva, tomó el comentario de Delphine como una precepto esencial. Todo cuanto hacía en su vida tenía como fin rellenar el vacío. Por desgracia, nada funcionaba tan bien como el alcohol.

–Nada puede colmar el dolor del abismo –declaró una noche a sus compañeros de canto.

Los hombres estaban sentados en viejas cajas de madera y sillas chirriantes bajo los vestigios de una pérgola que una parra había medio tirado abajo con su creciente peso. Fidelis los mantenía siempre ocupados, cantando una canción tras otra y ensayando. Cuando estaba atareado en otra cosa, como en ese momento, los hombres se dejaban llevar por el chismorreo o incluso por ciertos monólogos autocompasivos.

–Nada puede rellenar la nada –prosiguió Roy con su sermón–, salvo el amor o el alcohol o un enorme fervor religioso. Y yo ya no tengo el amor de Minnie ni la ausencia de imaginación para creer en el Dios de los luteranos o los católicos. Tampoco poseo la profundidad suficiente para inventarme mi propia versión cochambrosa del Señor Todopoderoso.

Todos los presentes asintieron, pero nadie respondió por miedo a que se lanzara a otro debate interminable.

–Nada –continuó, mientras se tiraba de la nariz–. Dios ha creado el aguardiente por una sola razón. Dejó un agujero dentro de nosotros. Sí, dejó un agujero cuando nos moldeó con arcilla. Una taza. Y después sintió lástima por todos nosotros y nos dio bebidas espirituosas para verter en la taza. ¿Por qué creéis que se llaman «espirituosas»? –lanzó una mirada virulenta a su alrededor–. Pensadlo bien.

Todos deberían haberse dado cuenta en ese momento de que Roy se encaminaba hacia una recaída.

Poco a poco, primero con pequeños sorbos de cerveza y luego con tragos cada vez

mayores, Roy se propuso llenar de nuevo el vacío con su sustancia favorita. Mentía a menudo a su hija, fingiendo que trabajaba con Paso-y-Medio, cuando en realidad empujaba el codo allá en la selva de los vagabundos o sentado en los escalones de atrás de la sala de billar (ya le habían prohibido la entrada) o estaba en otra parte, en cualquier lugar donde no lo echaran a patadas, poniéndose borracho perdido.

Con la esperanza de poder ocultárselo a Delphine, así como de evitar otra serie de visitas de los indisciplinados muertos, el Roy borracho se mantenía alejado de la granja. Los espíritus de la lastimera familia Chavers le dejaban en paz siempre y cuando evitara el escenario de su desaparición. Todavía era capaz de mantenerse sobrio dos o tres días por semana, y durante esos días se quedaba junto a Delphine y se mostraba quizá demasiado obsequioso. Cocinaba copiosos desayunos y hacía su propia colada. Fregaba suelos. Fueron sus ausencias y luego su celo doméstico, una combinación extraña que Delphine no había visto nunca en él, lo que la mantuvo en la ignorancia tanto tiempo. Sólo descubrió la verdad cuando volvió de Chicago y se puso a buscar trabajo.

Delphine se precipitó a la tienda de Paso-y-Medio a la mañana siguiente. Afuera, en la fina capa de cemento y tierra batida de la entrada, un surtido de mantequeras, cuyas paletas habían sido desgastadas por manos femeninas, yacían escoradas unas junto a otras. Esquivó palanganas y un viejo escurridor de hierro, tarros desconchados y ollas abolladas o deformes. Observó una selección de rastrillos desdentados, azadas romas, escobas usadas hasta el borde de la paja. El despliegue de chatarra en la calle, que Paso-y-Medio no siempre se molestaba en guardar por la noche, estaba destinado supuestamente a atraer a los clientes. Pero la mercancía formaba, al contrario, una barrera en la que tropezaba la gente o que la obligaba a bajar de la acera y sortear el caos. Delphine entró con la esperanza de poder ocupar el antiguo puesto de Tante, pero tuvo que dar un paso atrás cuando la trapera se inclinó sobre la madera ajada del mostrador.

—¿El antiguo puesto de Tante? Le di trabajo porque ese viejo saco de huesos me dio pena. ¿Cómo es que vosotras, las grandes damas de la carnicería, acudís siempre a mí?

Delphine se cruzó de brazos.

—Entonces, ¡olvídelo! Seguro que yo le vendría muy bien aquí, pero no voy a suplicar para vender su casposa porquería.

—¡Eso ya está mejor!

Paso-y-Medio sonrió para sí y se introdujo un palillo en la boca. Los cigarrillos escaseaban y eran cada vez más caros. Con los paquetes de tabaco de liar Bull Durham se hacían cigarrillos muy ásperos y Paso-y-Medio comenzó a masticar palillos en lugar de fumar junto a las valiosas telas, porque las lanas, sobre todo, absorbían el mal olor. Empezó a destrozar el palillo con los dientes. De vez en cuando abría los ojos como platos para observar a Delphine con aire intrigante. Al fin habló.

—No necesitas el trabajo. Sólo tienes que alejarte de ese viejo y maldito borracho. Deja que se pudra en el alcohol. Podrías irte a cualquier sitio, lejos de él. Todo el mundo siente lástima por ti.

—¿Y usted qué sabe? —preguntó Delphine, ahora fuera de sí.

—Yo sé muchas cosas —respondió Paso-y-Medio—. Le eché de aquí a patadas ayer sin ir más lejos, borracho perdido.

—¡Ya no bebe!

—Escondes la cabeza. Es un viejo borracho, Delphine. Ésos no cambian nunca.

—Sí que cambian —replicó Delphine—. Él *ha cambiado* al final. Esta vez ha cumplido su palabra. Debería verle.

—Le he visto y también le he olido.

—¡Y una mierda! —espetó Delphine, aunque sabía que decía la verdad.

La invadió un inmenso y lánguido desánimo cuando cayó en la cuenta de que no había prestado atención a las señales de Roy. ¿Por qué era tan realista en todo salvo en lo que atañía a su padre? Abandonó la tienda sin decir una palabra más, volvió a casa caminando y se metió en la cama para recuperar el sueño perdido en Chicago. Cuando despertó, el nubarrón cayó de nuevo sobre ella. Con la cabeza embotada y todavía aturdida, se dirigió a la cocina con paso titubeante para hacerse un par de huevos fritos.

—Así que el viejo ha recaído —masculló a la espumadera. La preocupación por su padre se transformó rápidamente en la vieja y agotadora ira de antaño—. ¿Y para qué me preocupo, maldita sea? —estalló furiosa, pinchando los huevos con el tenedor directamente de la sartén. Su solitaria avidez y su nerviosismo la incomodaron. Dejó el tenedor para hacerse una promesa—. ¡No iré a buscarle! ¡Mejor echaré un vistazo a Markus a ver cómo está!

Rápidamente y con decisión, preparó una cazuela de la misma sopa de albóndigas que había alimentado a Markus cuando estuvo a punto de morir enterrado. Envolvió la cazuela de sopa en una toalla y se dirigió en coche a la casa de los Waldvogel. Durante el trayecto, se dio cuenta de que sólo le quedaban diez dólares, de que ya no podía contar con que Roy aportara algo de dinero y de que no había manera de llegar a fin de mes. Decidió que, si no encontraba un empleo esa misma semana, vendería el coche. Esa opción aplacó su miedo.

Flotaba un intenso aroma a ajo en el aire de la carnicería. Fidelis debía de estar elaborando un lote de salchichas italianas, pensó Delphine, que después comenzó a reparar en ciertos detalles. La nata no estaba guardada. «Cuidado —señaló cuando Franz surgió de la cámara frigorífica lateral—. Se va a estropear.» Nadie había limpiado las huellas de los dedos en el cristal delantero de la vitrina. Delphine cogió un trapo y lo hizo ella misma, y luego arrojó el paño.

—¿Dónde está Markus?

Franz le señaló las habitaciones del fondo y Delphine abandonó todo lo que estaba tristemente descuidado en la tienda para dirigirse hacia allí, preocupada al encontrar a Markus todavía en la cama, pero aliviada al comprobar que no estaba peor. Por supuesto, no se había quitado la ropa con la que había viajado a Chicago, incluidos los calcetines.

—¡Dios mío, apestan!

Delphine consiguió quitarle los calcetines.

–Me siento bien. ¡Sólo que no me tengo en pie! ¡Me caigo!

Markus se echó a reír. Era un paciente cuya alegría aturdí, feliz de estar en casa. Delphine tuvo la tentación de quedarse a su lado. El chico tenía el rostro impaciente, y su cabello claro de un vivo color melocotón partía en todas las direcciones con encrespados rizos. Delphine hurgó en la escasa reserva de ropa limpia y encontró un pijama limpio, raído y desaparejado. El chico se lo llevó al pecho y caminó, tambaleante y algo mareado, hasta el cuarto de baño para ponérselo. Delphine alisó las sábanas y arregló la cama. Mientras ahuecaba la almohada, notó un objeto puntiagudo en medio de las plumas baratas. Introdujo la mano y sacó un paquete lleno de recuerdos de Ruthie: las cartas y el grillo metálico. Delphine se puso a examinar los objetos y comprendió que eran algo muy íntimo y volvió a guardarlos en la almohada. Markus regresó, se metió en la cama y cerró los ojos para luchar contra el mareo.

–Tómame esta sopa –dijo Delphine. El nombre que aparecía al final de las cartas le azoraba el corazón. Debió de estar enamorado de Ruthie Chavers, como sólo saben amar los niños, para guardar ocultas sus cartas en la almohada. Delphine ayudó a Markus a incorporarse y después intentó darle de comer una cucharada de sopa del tazón de barro cocido que sujetaba.

–No soy un bebé –refunfuñó Markus.

Le quitó la cuchara de la mano, tragó la sopa y alargó la otra mano para coger el tazón. Comió solo, despacio y con cuidado, sorbiendo el caldo y conservando un momento cada albóndiga en la boca, como agradecido, para saborearlas. Mientras le observaba, Delphine respiró hondo y sintió que la paz descendía entre ellos. El aire no se movía y los ruidos de la tienda llegaban amortiguados y remotos. En el suelo, la perra suspiró levemente en sueños. La cuchara tintineó contra el borde del cuenco. El muchacho tragaba con cuidado. Delphine pensó que la ingestión de la curativa sopa por el enfermo y hambriento muchacho, así como la mirada que ella le dedicaba, podían prolongarse indefinidamente y que no le importaría lo más mínimo. Sintió pena cuando el chico se llevó el tazón a los labios para apurar las últimas gotas del caldo y le devolvió la cuchara. Delphine la agitó en el aire.

–¿Más?

Con un somnoliento gesto negativo de la cabeza, tendió también el cuenco a Delphine y se deslizó otra vez bajo el agujereado edredón. Cerró los ojos con un enorme suspiro de placidez. En cuestión de segundos respiraba profundamente. Su tez clara se sonrosó de oreja a oreja. Sus pestañas eran largas y levemente rojizas, y su pelo claro se erizaba contra la desgastada almohada. Delphine permaneció sentada en la silla, contemplándole, con el tazón vacío en el regazo. Le alisó el pelo hacia atrás, pero no se atrevió a darle un beso o arrojarle hasta que no estuvo dormido.

Cuando se disponía a salir, Delphine oyó a unos clientes comentar que había quedado vacante un puesto de contable en el aserradero. Sería agradable trabajar con el aroma a serrín fresco en lugar del de la sangre cruda, se dijo mientras salía. Roy todavía no había vuelto cuando entró en casa, y tal vez fuese mejor. Cerró la puerta con llave, apagó las luces y se durmió. A la mañana siguiente, se puso su vestido de trabajo, un sombrero

algo raído y su viejo abrigo. No quería mostrarse con sus mejores galas —aquellas prendas que le había regalado Cyprian—, dado que no sería adecuado. Fuese lo que fuese lo que habían oído contar en el aserradero, Delphine quería dar la imagen de una mujer absolutamente respetable, pero no una que, digamos, no pudiera permitirse un sombrero con una pequeña pluma verde. Una persona sencilla, que inspirara confianza. No una persona que tuviera por mejor amiga a una asesina o que hubiera convivido con un acróbata de una compañía de variedades o cuyo padre fuera un viejo borracho que se iba de la lengua. Delphine quería que la gente dijera de ella que era lista como una ardilla, pero también sería y responsable.

El viento primaveral era un quejido suave y continuo que hacía revolotear trozos de papel y caer al suelo las agujas de aguanieve. Los cielos mostraban un color malva claro y los árboles se asomaban con un delicado gris y sin hojas. La luz matinal estaba impregnada de una frescura húmeda. Delphine se fue animando conforme caminaba, puesto que siempre le había gustado esa época del año, antes de que empezaran a brotar las hojas nuevas, cuando el viento soplaba sin sentido. Clarisse, con sus ademanes teatrales, tenía la reacción opuesta. Siempre se había sumido en un misterio grave y paradójico y acudía al colegio vestida de negro. Se perfilaba los ojos con el hollín de una cerilla quemada y se ponía colorete en las mejillas, a veces dibujando círculos de tal modo que le daban un grotesco aspecto de tísica. Para Delphine, la vacilación de marzo era reconfortante. Marzo era pura expectación y concentración de fuerzas. Todavía fresco pero más caluroso día tras día, era un mes pródigo en esperanza. Mientras caminaba por la calle casi desierta, los pensamientos de Delphine se volvieron serenamente optimistas. Y eso le vino muy bien, porque, cuando la criatura surgió tambaleante ante ella, de alguna manera estaba preparada para lo que vio.

Grisáceo, desnudo y calvo, más fantasmagórico y animal que humano, la silueta salvaje dobló la esquina del autoservicio como una exhalación. Después, salió súbitamente del callejón, chillando, y se tiró al suelo, aferrado al barro helado. Por el grito ronco que soltó, Delphine reconoció a su padre. Se arrastraba hacia ella de rodillas y luego se puso en pie de golpe como si lo movieran unos hilos. Voló contra un escaparate como una bola de cardo ruso. Cayó en remolino desde el peldaño de entrada hasta estrellarse en el canal de un desagüe. Delphine echó a correr hacia él, pero su padre la vio y, con un sobresalto aterrado, retrocedió titubeante. Después, dio media vuelta y echó a correr como un loco de un lado al otro de la calle. Sus piernas y brazos estaban en los huesos, pero su barriga asomaba redonda y blanca como la de un sapo. Sus genitales eran diminutos adornos morados que colgaban debajo. No se molestaba en ocultarlos ni parecía ser consciente lo más mínimo de que iba totalmente desnudo. Sólo deseaba correr. No importaba adónde. Y cuando sufría los delirios del alcohol, Delphine sabía que era rápido y astuto. Siempre resultaba muy difícil atraparlo.

Delphine persiguió a su padre por la calle principal hasta que el hombre atajó por detrás de la iglesia luterana. Lo persiguió alrededor del edificio, con la intención de atraparlo en el patio del pastor. Al pasar por el medio de un arriate de resplandecientes forsítias, estuvo a punto de chocar con la señora Orlen Sorven, que levantó los brazos pidiendo

socorro. Sus bramidos quedaron atrás. Roy saltó por encima de una cancela amarilla y aceleró hasta el pequeño parque junto al río. Allí, saltó por encima de las mesas del merendero y rodeó los columpios a toda velocidad. Por suerte no había niños en edad de quedar impresionados, aunque una mujer tapó los ojos de un crío y se quedó boquiabierta.

—Es inofensivo —gritó Delphine.

Con la lengua fuera, Delphine subió la serpenteante colina tras él. Desde allí, Roy se lanzó como una flecha hasta el parque de bomberos y giró hacia el norte, seguramente para trepar al depósito de agua. Delphine le pisaba los talones. Tenía juventud y resistencia, pero sus respetables tacones de buscadora de empleo dificultaban sus movimientos. Cuando, de vuelta a la calle principal y mientras lloraba aterrorizado ante lo que le mostraba su cerebro, Roy la esquivó de nuevo corriendo alrededor de los surtidores de gasolina, Delphine se quitó los zapatos de mala gana. Los dejó junto a un surtidor y se lanzó tras su padre con los pies descalzos, disgustada ante la idea de estropear su último par de medias. Delphine se abalanzó sobre su padre cuando éste se precipitaba hacia la escuela primaria del pueblo. Lo aplastó contra el suelo y entonces el profesor de educación física salió corriendo con una toalla alrededor del cuello y logró sentarse encima de Roy después de soltar la toalla. Las piernas de Roy estaban cubiertas de suciedad y heces. Una vez capturado, Roy se volvió manso como un corderito. Delphine se quitó el abrigo. Con la ayuda del profesor de educación física, deslizaron los brazos de Roy por las mangas y le abrocharon el abrigo. Los niños y los maestros observaban la escena atónitos desde las ventanas, mientras Roy se levantaba oscilante y se dejaba llevar, pasito a pasito, hasta su casa.

Una vez en casa, Delphine dio de beber a su padre un poco de agua con azúcar y una pizca de sal, y le metió en la cama. Lo envolvió en una sábana y, aunque el hombre odiaba estar encerrado, le ató la tela por detrás con un imperdible y tumbó a su padre de costado. Llamó al doctor Heech, que aceptó ir a verle después de atender a sus pacientes. Cuando estuvo segura de que Roy estaba profundamente dormido, regresó a pie al aserradero para descubrir que el puesto «acaba de ser cubierto esta misma mañana, lo sentimos muchísimo. Por cierto, ¿podría usted asegurarse de que su padre no vuelva a dormir sobre la pila de madera? Nos da miedo que arroje una cerilla encendida a las plataformas y prenda fuego. Es un riesgo, entiéndalo usted».

—Si cogiéramos un buen cuchillo muy afilado y te abriéramos en canal —declaró el doctor Heech, dibujando una línea con el dedo a lo largo del estómago de Roy desde la entrepierna hasta el esternón—, y si apartáramos tu estómago y tus tripas para sacar tu hígado... digamos que si lo arrancáramos para enseñarte el pobre, maltratado y palpitante órgano, sin duda descubriríamos que le has causado unos daños tremendos.

El doctor Heech sacudió sus débiles y plateados rizos, se palpó las cejas y, por respeto hacia el hígado, casi susurró. Continuó dirigiéndose a Roy con un tono sombrío y etéreo.

—Este lastimoso, inocente y fiel compañero. Lo que le has hecho es imperdonable. Licuado en algunas partes, hediondo seguramente, aquí petrificado, allí confitado. Con

tan sólo palparlo suavemente... –frunciendo el ceño con expresión ausente, Heech hundió los dedos en el costado de Roy y los cerró sobre un bulto en el fondo del abdomen, provocando un chillido en Roy y luego un sollozo—. Puedo notar que este hígado tuyo está *kaput*.

–Deja mi hígado en paz –gimió Roy, apartando la mano del médico—. Dios sabe que lo he intentado.

El doctor Heech suspiró con desdén y se volvió hacia Delphine.

–He oído que te echaste una carrera de cincuenta metros esta mañana.

–Más bien quince kilómetros –corrigió Delphine—. ¿Vivirá?

–Desafía todas las leyes de la física –respondió Heech–, de modo que sería un necio si me atreviera a hacer un pronóstico. La verdad es que no sé cómo mantiene la llama encendida en semejante naufragio –Heech bajó los ojos hacia Roy. De pronto su contemplativa paciencia se transformó en rabia y rugió–: ¡Por Dios que vas a vivir! He dedicado demasiados esfuerzos a tus viejos y malditos huesos como para que te mueras antes de mostrar verdadera bondad hacia Delphine –amenazó al rostro demacrado de Roy con el dedo—. ¡No te vas a morir ahora! ¡Eso sería una falta de respeto! No lo consentiré.

»Retírale la bebida poco a poco –le dijo a Delphine—. No necesito decirte cómo hacerlo. Y dale esto para la tos –le entregó un frasco con un jarabe de un intenso color cereza. Después, le puso la mano en el hombro durante un momento y le dijo, asegurándose de que Roy lo oyera–: Cuando palme por fin, entiérralo en una simple caja de madera. No te esmeres con su funeral. Gástate el dinero en ti.

«No es que la gente no sea amable –reflexionó Delphine–, pero cuando dicen que no, ¿lo dicen porque realmente no hay trabajo o porque soy yo?» No lo sabía y siguió buscando, y al final, para su gran alivio, porque ya no le quedaban más que dos dólares en el bolso, consiguió un empleo temporal. Tensid Bien, el puntilloso anciano que probaba las galletas Sunshine y que debía de saber que a menudo Delphine le daba una loncha más de mortadela por sus diez centavos, intercedió por ella. La contrataron para archivar documentos en el juzgado, en las oficinas del condado. Por tanto, sus días se tornaron tan mustios como el viento que soplaba fuera. Trabajaba en el cuarto de los archivos en la parte trasera del edificio, junto a un cúmulo de cajas repletas de viejos acuerdos territoriales y una multitud de denuncias. Nadie venía a alterar realmente el tedio; una secretaria respondía a las llamadas de teléfono y preparaba los documentos en curso en la elegante máquina de escribir negra. Dado que la mujer se consideraba demasiado importante como para tomarse las molestias de conversar con una simple administrativa, Delphine apenas le dirigía la palabra y, al cabo de un tiempo, fue incapaz de recordar siquiera el nombre de la secretaria. Delphine veía raras veces a algún funcionario del condado en carne y hueso –por lo visto estaban demasiado ocupados en los asuntos del condado en otra parte–. Era un trabajo soporífero. Cuando llegaba a casa, administraba a Roy el jarabe y el aguardiente de las botellas que llevaba consigo y que no dejaba nunca al alcance de su padre. Cuando Roy dormía, se calmaba su tos y su

respiración se volvía tan suave que ya no roncaba. Delphine preparaba algo de cenar y se iba a dormir a su vez.

El sueño lo envolvía todo, suave y monótono. La pelusilla blanca caía de los álamos y se amontonaba en la hierba. Delphine caminaba despacio por el agradable viento y el silencioso verdor de la primavera, adormilada como su padre. Notó cómo se alejaba del tedioso trajín cotidiano conforme abandonaba su cálido lecho y cruzaba la asombrosa claridad para internarse en las oscuras habitaciones llenas de papeles secos donde trabajaba. Era una especie de hibernación que podía durar –llegó a pensar– toda la vida. Cogió gusto al hastío y la monotonía, y no habría renunciado a ello por nadie en el mundo. Pero estaba Markus; y detrás de él, o delante, no sabría decirlo, imponente en el trigo nuevo y rebosante de la fuerza de muchos hombres, estaba también Fidelis.

Solía corresponder a Markus la tarea de trocear el repollo en la enorme trituradora, una gruesa tabla de madera con forma de paleta, equipada con una afilada hoja, fácil de colocar sobre la palangana de madera que Fidelis utilizaba para mezclar y fermentar el *chucrut*. Había obligado a Markus a trocear el repollo durante horas después del colegio, pero, al advertir la palidez de su rostro y la lentitud de sus movimientos, incluso un mes después del viaje a Chicago, Fidelis se apiadó de su hijo y lo envió a la cama. Después de cenar, Fidelis terminó la tarea. Sacó una cabeza de repollo de una caja y comenzó a cortarla despacio contra el filo de la cuchilla. Utilizando exactamente la presión adecuada, la fue reduciendo rápidamente bajo su mano hasta que no quedó de ella más que el grosor de una hoja entre su mano y el metal. Desechó la hoja a un lado, cogió otra cabeza, muy prieta y de un verde blanquecino, se puso a la faena, paró a la mitad del camino, detenido por la súbita sensación de haber recordado una tarea importante que había dejado a medias. Ésa era al menos la convicción que tenía de lo que le preocupaba. El problema era que no conseguía recordar de qué se trataba. Cogió de nuevo el repollo, pero esa impresión no hizo más que acentuarse en su mente. Al final, se desazonó tanto que terminó arrojando el delantal y salió a la calle.

Allí, en el prado cubierto de escarcha primaveral, delante de la casa y bajo la luna creciente que refulgía en un cielo negro y fresco, recordó que no se trataba de ninguna tarea, pero desde luego sí de algo que había dejado inacabado. La cuestión era, se preguntaba ahora, si sería posible terminarlo o no. Si lo retomaba, ¿duraría para siempre? Además, ¿tendría el valor de hacerlo? ¿Se atrevería a ir a verla?

Delphine estaba leyendo, un tanto traspuesta, una voluminosa novela del Club del Libro del Mes que había sacado de la pequeña biblioteca que dirigían algunos profesores en el sótano del juzgado. La trama era intimista, británica y de un romanticismo inofensivo, una novela de ésas que estaba segura que no la dejarían triste durante días. Siempre le había gustado leer, sobre todo desde que había perdido a Clarisse. Pero ahora se había vuelto una lectora compulsiva. Desde que había descubierto el fondo de libros en el sótano de su lugar de trabajo, permanecía enganchada a una sucesión de personajes

y acontecimientos. Leyó a Edith Wharton, a Hemingway, a Dos Passos, a George Eliot y, para confortarse, a Jane Austen. El placer de este estilo de vida –de ratón de biblioteca, podría decir, una vida dedicada a la lectura– había convertido su aislamiento en algo enriquecedor e incluso subversivo. Habitaba un personaje reconfortante o aterrador tras otro. Leyó a E. M. Foster, a las hermanas Brontë y a John Steinbeck. El hecho de dejar a su padre drogado sobre la cama junto al hornillo de la cocina, de no tener hijos ni marido y de ser pobre revestía menos importancia en cuanto leía un libro. Sus frustraciones se diluían entre las páginas. Vivía con una energía inventada.

Cuando llegaba al final de una novela, y la soltaba y abandonaba ese universo de mala gana, se consideraba a sí misma a veces como un personaje en el libro de su propia vida. Examinaba todos los entresijos, las posibilidades y la extrañeza de su relato. ¿Qué haría después? ¿Marcharse del pueblo? Su padre moriría sin ella, un cabo fallido y suelto de la trama. La vida de los Waldvogel continuaría tranquilamente en ausencia de su mirada, sin el interrogante de su presencia. Arrancaría una nueva historia: la historia de Delphine. ¿Podría soportarlo? Tal vez viviera su propia peripecia aquí mismo, después de todo. Algo iba cambiando en ella según leía esos libros. Una serie de vidas desfilaba ante sus ojos y, sin embargo, ella se mantenía a salvo de la zozobra. El deseo de interpretar las situaciones en un escenario podría satisfacerse de forma poco costosa, en casa, sin las molestias generadas por los demás miembros de la compañía. Su afán de hacer las maletas se fue desvaneciendo y se instaló en ella una especie de conformismo. No había temido exactamente la palabra «conformismo», pero siempre la había asociado con un confuso sentimiento de fracaso. Ser inconformista siempre había parecido mucho más enriquecedor. Ser ambiciosa y luchar. Suponía una visión romántica de la vida. En realidad, estaba descubriendo que la vida era mejor si se vivía de un modo tranquilo. Siempre y cuando pudiera leer, no se cansaba nunca del devenir de sus días. No le importaba vivir con el pobre y decrepito Roy en los confines dejados de la mano de Dios de un pueblo olvidado, bajo un cielo que castigaba o bendecía a su antojo. Conformismo. En su mente, la mismísima palabra parecía tan rotunda y sólida como la pequeña casa de Roy, que consideraba suya. El horizonte se extendía en todas direcciones. Podía divisarse la suave y antigua línea al asomarse al umbral. Al oeste se reflejaba, cada noche más tarde, una llamarada en las nubes grávidas. Madejas de fuego e infinitos campos negros.

Después de observar la puesta de sol, encendía las lámparas y se entregaba a la lectura de su último libro. Antes de sumergirse en las palabras, se sentaba y contemplaba las paredes de su habitación silenciosa. Era su pequeño ritual nocturno: leía, cabeceaba, se espabilaba, se refrescaba y, todavía un poco aturdida, se preparaba una taza de té bien cargado y empezaba de nuevo. A veces, leía hasta las tres o las cuatro de la madrugada, porque sabía que al día siguiente podría echar una cabezadita detrás del archivador. Cada noche, contemplaba con detenimiento lo que la rodeaba, encantada con los detalles del marco de su vida. La luz rosácea de la lujosa lámpara que Paso-y-Medio le había regalado de forma inexplicable destellaba en las paredes de un tono dorado claro. Delphine había colgado fotografías de bosques recortadas de calendarios, que había

enmarcado con fragmentos de madera de abedul. Cuando hundía la mirada en esas frondosas reproducciones, entraba en un estado de sosegado y familiar abandono. Una radio, que Roy había adquirido a Paso-y-Medio y arreglado, emitía una música de orquesta relajante y metálica. No tenía calefacción, pero se tapaba hasta la cintura con el edredón que Eva le había confeccionado. Recorría a veces con el dedo los puntos ceñidos que su amiga había cosido y pensaba extrañamente que esos puntos bien podían haber sido dados en su propia piel mientras Eva tiraba de la aguja. El recuerdo de Eva le sobrevinía varias veces al día. Conservaba todavía la huella de la personalidad de su amiga y, de ese modo –otro consuelo–, le gustaba pensar que la mantenía viva en la memoria.

«A Eva le gustaría esta habitación», pensaba. Había un pequeño escritorio de madera tallada, muy femenino, donde Delphine pagaba las facturas. Un enorme baúl de marinero de pino amarillo, un tanto combado y cerrado con un candado, reforzado con herrajes, guardaba otros dos edredones que sólo sacaba en las noches más gélidas. Una pequeña alfombra ovalada de retales proporcionaba calor, según creía, al centro del sencillo suelo de tarima. No había decidido si la figurita de un perro, colocada en una mesa desvencijada y situada bajo una ventana, era fea o elegante. No importaba. Todos esos viejos trastos se bañaban en la suave luz de la lámpara de pantalla rosa. Bajo esa luz, Delphine los contemplaba con una cálida satisfacción y cerraba los oídos al crujido helado y subterráneo de la tierra.

Sí, allí abajo seguían los Chavers. No sus huesos, sino algún vestigio de su desesperación. Medio dormida, Delphine hablaba a veces con ellos e intentaba explicarles: «No lo sabía. Nunca lo habría consentido. Lo siento tanto. Marchaos».

Cuando oyó que alguien llamaba a la puerta, se sobresaltó y pensó enseguida en Ruthie. Después se recompuso. Nunca recibían visitas. Aunque el pueblo crecía, pocos se aventuraban en esa dirección, y desde luego ninguno de noche. Delphine miró por la ventana antes de abrir la puerta y descubrió a Fidelis encorvado en su gabán de lana. Estaba envuelto en gruesas bufandas para resguardarse del cortante viento primaveral y calzaba botas para protegerse del barro. Por alguna razón, había venido caminando. El corazón de Delphine dio un vuelco, temiendo que le hubiese pasado algo a Markus, y se precipitó a abrir la puerta. Fidelis entró con una ráfaga de aire nocturno y Delphine cerró rápidamente la puerta tras él.

–¿Markus? –preguntó.

–Está durmiendo –respondió Fidelis mientras se desabrochaba las gruesas botas–. No está enfermo, *er ist sehr müde*.

Dejó las botas detrás, encima de unos papeles de periódico junto a la puerta.

–Papá duerme en la cocina –explicó Delphine–, así que pasa, vamos a sentarnos aquí.

Obediente, se dirigió hasta la silla con sus calcetines de lana. Eran grises, con talones y puntas de un rojo vivo, con un aspecto infantil que habría gustado a Delphine si ésta no hubiese reprimido ese pensamiento antes incluso de que cobrara forma. Sin preguntarle si quería o no, Delphine puso agua a calentar para preparar una infusión de menta y regresó para sentarse con él mientras esperaba a que hirviera. Fidelis le contó que había recibido

una carta de Alemania. Los chicos habían comenzado el colegio y formaban parte de un grupo juvenil del Gobierno, en el que, según afirmaba Tante, resultaba muy difícil entrar. Su hermana le daba a entender que había tenido que emplear parte del dinero que Fidelis había mandado con ella para sobornar a varios agentes del Gobierno con el fin de que aceptaran a los muchachos, a pesar de las rigurosas pruebas que habían logrado superar con éxito. En cuanto a Tante, había empezado por realizar demostraciones con su máquina de coser americana. Hasta que se dio cuenta de que era inferior al modelo alemán.

—Ya es suficiente —interrumpió Delphine—. No me interesa tu hermana.

Comenzó a bombardearle con preguntas sobre los chicos en casa. Si comían bien, si se lavaban. Y el negocio. Si la gente a la que había concedido crédito pagaba sus deudas. Algunos. No lo suficiente. Si los proveedores le hacían buenos precios. Por sus respuestas era patente que no tenía tiempo para conseguir arañarles unos mejores márgenes de beneficio. Delphine arrugó el ceño.

—Un uno o un dos por ciento por aquí o por allá significaría nuestra salvación o nuestra ruina —lanzó—, ¡ya lo verás!

Dio una palmada en el brazo de la silla para disimular su desliz. «¿Nuestra?» ¿Qué estaba diciendo?

—Una infusión; no hay otra cosa, ya sabes —dijo, riéndose del gesto decepcionado de Fidelis, y añadió—: además, bebes demasiado.

Se levantó, fue a la cocina, sorteó a Roy, que dormía, y puso una hojas de menta en el agua que hervía en la pesada tetera marrón. Sacó dos tazas y echó un terrón de azúcar en el fondo de cada una. Trajo la tetera y las dos tazas en equilibrio a la sala de estar y las dejó junto al perro de porcelana.

—¿Habías visto alguna vez un perro como éste? —preguntó a Fidelis.

Tenía unas largas orejas negras que caían, manchas negras y blancas, un hocico puntiagudo y estaba sentado al acecho sobre un cojín de porcelana verde.

Fidelis levantó el perro y lo giró en todas direcciones, casi jugueteando.

—No creo que exista en el mundo otro perro igual —sentenció al final, dejando el objeto en su sitio.

Delphine no dijo nada. Estaba asombrada por el tono frívolo de su voz. Había un aire torpe y seductor en él. Le resultaba perturbador oírle hablar de algo que no estuviese relacionado con el negocio. Abordó temas de conversación menos arriesgados y, durante un tiempo, consiguieron deslizarse por una superficie cómoda para ambos. Hasta que Fidelis preguntó sin previo aviso si sabía ya si Cyprian iba a volver.

—¡No! —exclamó Delphine, con voz ahogada al verse arrojada contra su voluntad a un terreno tan personal.

Fidelis se recostó y la miró a los ojos. La luz rosada suavizaba sus rasgos y confería a todo su ser una incongruente dulzura. Había colgado la chaqueta en el respaldo de la silla y estaba ahora en mangas de camisa. La luz resaltaba el tono cobrizo del vello de sus antebrazos y Delphine contempló algo turbada sus muñecas de fuertes huesos. Fidelis echó un vistazo al suelo oscuro de la cocina y acercó su silla un poco más a la de ella.

—Le he dado a Cyprian tiempo suficiente —declaró con voz ronca.

La declaración sonó ridícula. Pero cuando se inclinó hacia delante, Delphine percibió el aroma a especias que desprendía: pimienta blanca y roja, un poco de jengibre y comino. Y su olor viril, la lana y el lino de su camisa. El intenso tónico para el afeitado. Sabía que se frotaba los dientes con ceniza de puros para blanquearlos y luego los cepillaba con bicarbonato. Sabía que se enjabonaba las patillas con las antiguas pastillas de jabón francés y perfumado a lila de Eva, fabricadas a mano. Conocía todos estos detalles suyos porque había cuidado de su hogar mientras su esposa agonizaba. Después, había cuidado de sus hijos. Se había repetido a sí misma durante todo ese tiempo que todas esas cosas nada tenían que ver con él, con Fidelis, pero ahora estaba ahí, lejos de la intimidad de su familia. Y, sin embargo, conocía todas sus costumbres mientras que él apenas había visto el interior de su casa. Sabía muy poco de ella. Nada tan personal como el tipo de jabón que utilizaba. ¿Y cómo debía interpretar aquello de darle tiempo a Cyprian?

—¿«Dado»? ¿Qué quieres decir con que le «has dado»?

—Tiempo —dijo Fidelis— para volver.

—Pues sí —admitió Delphine.

Comenzó a entrever lo que quería decir. Unas enormes ganas de buscarle las cosquillas y contrariarle se apoderaron de ella. Quería poner las cosas difíciles a Fidelis. ¿Por qué no? ¿Por qué podía presentarse en su casa y adueñarse tan fácilmente de la pequeña habitación dorada, su nido íntimo, así por las buenas? De modo que se echó a reír, como si hubiese dicho algo sumamente gracioso, y después se serenó y tomó un sorbo de té.

—¿Acaso pensaste que me había abandonado? —jamás desvelaría el motivo de su separación. Nunca confesaría que se había marchado mucho antes de lo que se imaginaba la gente—. Típico de un hombre pensar eso.

Es posible que estuviera bajo la influencia de una de sus novelas románticas, en las que los personajes discutían acaloradamente sobre cuestiones como el amor, pues de pronto se sintió encandilada de estar en la situación en que se hallaba: tener a Fidelis ante ella, intentando abrir su corazón mientras estaba convencida de que al fin ella sabía leer su mente. ¡Así que la había estado esperando!

—Fidelis.

Sacudió la cabeza y los rizos de su cabellera morena azotaron sus hombros. Levantó los ojos hacia los de él con una lenta comprensión. Sin embargo, cuando le clavó la mirada, Fidelis mostraba una pasión tan desesperada que Delphine olvidó su pequeña artimaña.

Después, durante meses, parecía que se había producido una enorme colisión, como si dos glaciares, movidos por una fuerza lánguida, impactaran al fin el uno contra el otro hasta fundirse. Ambos estaban aturdidos, se comportaban con lentitud con los demás, con cierto atolondramiento. Delphine continuó con su trabajo en el juzgado, pero redujo el número de horas y regresaba a la tienda todas las tardes para atender a los clientes. Volvió para estar cerca de Fidelis. Como antes, atendía la cocina y, si le quedaba tiempo, se encargaba de la colada de los chicos, no de la de Fidelis. Desde que Delphine se había

marchado, el carnicero se había puesto a planchar sus propias camisas con precisión de soldado.

Le encontró una tarde en plena faena cuando llegó a la carnicería. Ese día, toda la casa estaba en silencio por alguna razón. Entró en el lavadero helado de suelo de cemento, donde el agua que salía de un grifo en la pared caía en una doble pila de lavar de esteatita. Fidelis estaba allí de pie, helado en la curva de su camiseta interior, moviendo los brazos sobre la tabla de madera cubierta de un paño acolchado. Había comprado una moderna plancha eléctrica y hacía un pliegue en el hombro almidonado y chisporroteante de una manga.

Contemplantelo con toda su fuerza mientras realizaba una tarea de mujer llenaba a menudo a Delphine de una leve energía eléctrica, y le rozó el brazo por encima del codo. Su mano todavía llevaba puesto el guante. Fidelis dejó la plancha. Tomó su mano en la suya y fue quitándole el guante, dedo a dedo, mirándola a los ojos con una serena gravedad. Cuando le hubo quitado el guante, levantó la mano de Delphine en sus dos manos y la observó intensamente. Acarició los nudillos, cubiertos de cicatrices blancas y, al fin, tímidamente, llevó la mano a sus labios. Apoyó la boca en el pliegue donde los dedos se unían con la palma.

Después, se movió con demasiada brusquedad, de un modo que a Delphine no le gustó, con un amplio y arrogante movimiento del brazo para intentar atraerla hacia él. Esquivó su torpe gesto y salió de la habitación, percibiendo todavía el embriagador olor a chamuscado de la ropa recién planchada. Era la primera vez que se tocaban, o se besaban, aunque fue algo más que un beso y, sin embargo, no había llegado a ser un beso. Más tarde, de camino a casa, Delphine volvió a pensar en sus ojos mientras le quitaba el guante hasta que se encontró de pronto en casa. Se dio cuenta de que había recorrido a pie toda la larga carretera como en trance, sin ver nada de lo que había a su alrededor. No recordaba cómo había llegado hasta la puerta. En cambio, aunque no podía dejar de pensar en él de esta nueva forma, le evitaba. Pues, cuando estaban cerca el uno del otro, el escenario aparecía desnudo, los decorados desmontados y no quedaba más que la fuerza de su mutua atracción. Era demasiado para dejar que todo sucediera de golpe. Se fueron acercando mediante una serie de imperceptibles movimientos sucesivos.

Unas semanas más tarde, aún no se habían besado ni habían dejado que sus bocas se rozaran. Pero un día en el despacho polvoriento y atestado de papeles, Fidelis se arrodilló ante Delphine y acarició el interior de sus muslos hasta la parte de arriba de las gruesas medias de seda, palpó el punto exacto donde estaban enganchadas a unas ligas metálicas y recorrió con la punta de los dedos las franjas de tela hasta arriba, debajo de la falda. Le apartó las piernas tanto que Delphine se sintió incómoda, sentada en la silla de cuero; y después Fidelis le besó el interior de las rodillas. Delphine le agarró del pelo con las dos manos y tiró con tanta fuerza que debió de dolerle, pero se limitó a mirarle y a contemplar su rostro inmóvil entre sus piernas. Lo apartó con todas sus fuerzas y se ajustó la falda.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿En qué estás pensando?

—No lo sé.

Fidelis se levantó de un solo movimiento brusco y contenido y se limpió el pantalón con grandes e inútiles palmadas.

—Cuando estoy cerca de ti, se me ocurren estas cosas.

Intentó recobrar la dignidad, se cruzó de brazos y luego los descruzó, se sentó y hurgó por todo el escritorio en busca de un cigarrillo. Al no encontrar ninguno, levantó las manos como queriendo decir: «¿Lo ves? No consigo nada de lo que yo quiero». Y Delphine terminó por echarse a reír.

Muchos días eran incapaces de soportar la tensión que existía entre ellos y se ignoraban por completo. Fijaron una fecha a cuatro meses vista para casarse. Al principio, pensaban que era una espera muy larga y luego a Delphine le pareció un tiempo demasiado corto y se planteó aplazar la boda. Fidelis compró la licencia de matrimonio en el juzgado, le enseñó los papeles como si tal cosa y ambos rubricaron sus nombres con una presteza desapasionada, como si estuvieran firmando unos documentos del banco. Trabajaban bien juntos —rápidos, respetuosos y eficientes—. Delphine se hizo cargo de nuevo de la contabilidad y los pedidos, y comenzó a poner orden en el despacho polvoriento y atestado de papeles.

Una tarde en que Markus y Franz comían en la cocina, Delphine arrastró a Fidelis y le empujó en el hombro.

—Díselo —le ordenó.

Franz se detuvo, petrificado, con la mano delante de la boca, esperando la noticia de su padre. Markus siguió comiendo, masticando tranquilamente. Asintió con la cabeza y dijo:

—Ya sé lo que vais a decir —tomó otro bocado e hizo la otra pregunta importante—. ¿Significa eso que Emil y Erich van a volver a casa?

—Les he escrito y enviado dinero —declaró Fidelis con seguridad—. Tante se hará cargo de los preparativos.

—Díselo —insistió Delphine, sacudiéndole el brazo.

Fidelis reunió fuerzas, pero, antes de poder abrir la boca siquiera, Franz se le adelantó.

—Ya lo entiendo —dijo Franz—. Os vais a casar —pinchó con el tenedor media manzana asada y se la llevó a la boca antes de morderla—. Pues, ya que estamos anunciando cosas, voy a entrar en el ejército del aire. Me voy a alistar.

—¡Si no hay ninguna guerra! —la voz grave de Fidelis casi chirriaba, tal era su vehemencia. Todavía mantenía esperanzas. Pero Franz no pareció darse cuenta.

—Pero la habrá —sostuvo Franz—. Espera y verás. La estoy viendo venir y cuando estalle, yo...

Hizo un gesto con la mano como si pasara rozando sobre la mesa, igual que un avión que despegara. Con un zumbido, propulsó la mano en la lejanía salvaje y azul y después sonrió a todos, asintiendo con la cabeza para promover el consentimiento de los demás. Afligido, Fidelis se encogió de hombros y salió de la cocina.

—¿Tienes que alegrarte tanto? —preguntó Delphine, molesta con Franz por estropear el anuncio de su matrimonio y también aterrada de repente por sus ansias bélicas.

–Pues yo me alegro –dijo Markus–. Es como si ya vivieras aquí.

–Ah, eso –comentó Franz–. Que haga lo que quiera.

–¿Sabes a lo que me refiero! –apremió Delphine–. ¿Puedes ir a sentarte un momento con él, al menos?

–Papá no querrá eso –Franz cogió una nuez del cuenco que había sobre la mesa y la partió con los dedos, como hacía Fidelis. Lanzó el fruto al aire y lo atrapó con la lengua–. ¡Pilotaré un Spitfire! No nos acercaremos nunca a territorio alemán. Lucharé contra otros pilotos, no contra el pueblo de papá. Él lo sabe.

–¡No tienes ni idea de lo que significa la guerra! –Delphine intentaba no alzar la voz para que no se marchara. Pero la deliberada ignorancia del chico la enardecía–. Olvídate de que me caso con tu padre. Sé realista, Franz. Podrían mandarte a infantería.

–¿A mí? –dirigió una mirada incrédula y compasiva a Delphine–. A un bombardero, tal vez. Pero no. Seré piloto de caza.

Hizo unos ruidos con la boca, fingiendo ametrallar a Markus, que chasqueó los labios en defensa propia.

–¡Dios mío! ¡Qué desalmado eres! –exclamó Delphine, vencida.

–¿Qué quieres? El matrimonio es cosa vuestra –dijo Franz. Se enfurruñó–. Lo que yo piense no importa.

–Claro que importa –dijo Delphine, con tono conciliador.

–Pues, entonces, creo que me marcharé –dijo Franz–. No te lo tomes a mal, pero no quiero pensar en ello.

Se levantó y se alejó con paso indolente y las manos en los bolsillos de su pobre y raída cazadora de piloto de imitación. Cuando salió de la vista de Delphine, soltó un sonoro exabrupto y levantó el polvo de una patada. Se le humedecieron los ojos. Después, se mofó de sí mismo con sarcasmo. Nunca se había sentido tan infeliz en toda su vida.

Cada vez que Franz pasaba delante del lugar donde Mazarine y él solían desviarse de la carretera para adentrarse en su rincón particular debajo del pino, recordaba aquel árbol. Una mortificación le oprimía el corazón. Después, pensaba durante horas en el pino; sus costillas se tensaban y su pecho se cerraba al aire exterior. Le costaba respirar. Sin embargo, su respiración surgía de pronto en enormes, profundos y sorprendentes suspiros. La comida se le quedaba seca en la garganta y fue perdiendo peso a toda velocidad. Los huesos le sobresalían de las muñecas y sus pómulos se volvieron más afilados. Tampoco conseguía dormir bien. Sus sueños no eran más que temerarias pesadillas. Torrentes de agua le arrastraban lejos de Mazarine o la arrojaban a ella por unos acantilados o unas alcantarillas, fuera de su alcance. Las cosas no hicieron más que empeorar cuando se hizo patente que el rechazo de Mazarine Shimek iba en serio y que se negaba a volver con él. Mazarine, con su ropa nueva, que él no había tocado nunca.

Llevaba ahora en clase una suave falda escocesa de un color tostado; incluso Franz era capaz de constatar que estaba cosida perfectamente. El dobladillo envolvía sus piernas y hacía un perfecto frufnú al andar; el vuelo oscilaba suavemente cuando se giraba. Los

tonos de la falda plisada eran los mismos marrones y dorados de la luz que antes caía sobre ellos debajo del enorme pino. Llevaba blusas impecables, que conseguían tensarse, de algún modo, en su cuello de cisne. La tela se cerraba en su pecho con preciosos y lustrosos botones de nácar. Ahora llevaba el pelo recogido en una trenza, anudada con una gruesa cinta de raso —a veces azul, a veces amarilla—. No podía evitar hacer una lista con todos esos detalles: era lo único que le quedaba de ella. Pero Mazarine no le devolvía esa atención. No le hablaba y menos aún permitía que él le llevara los libros para atarlos en la bicicleta y llevarla a dar una vuelta, como si fuera una muchacha mucho más joven. Aquello era lo que más echaba de menos. Incluso más que tocarla, lo que más anhelaba era sentir su peso tambaleante entre sus brazos sobre la bicicleta. Cuando él pedaleaba y ella se reía mientras procuraba mantener el equilibrio. Cuanto más se alejaba de él, más seguro estaba de que amaba a Mazarine. Hasta la muerte, pensó con locura, más allá de la muerte.

¡Qué necio! Se golpeaba las sienes con los puños. Por la noche imaginaba y descartaba distintas maneras para obtener su perdón, para volver a atraerla junto a él. Se abandonaría a su merced. La acecharía. Le suplicaría. Le compraría una rosa de invernadero y se la dejaría sobre su cama por la noche. Ella le necesitaba, ¿no? Todo el mundo podía darse cuenta de lo desdichada que era. Bastaba con fijarse en lo reservada que se había vuelto, cruzando los pasillos del colegio con rostro serio. Con ver cómo su fina elegancia se había convertido en una preocupante delgadez. Cómo se peinaba el pelo que siempre había llevado suelto y ondulado en cada uno de sus movimientos, y que ahora encerraba en una rígida y gruesa trenza.

Lo único que le distraía de verdad era el campo de aviación. Franz observaba a veces a los otros hombres que trabajaban a su alrededor y se preguntaba si también ellos habrían tenido ese tipo de sentimientos alguna vez. Lo dudaba mucho: ninguno de ellos tenía aspecto de haber estado enamorado de algo que no fuesen sus aparatos. Al principio sintió desprecio por tales limitaciones. Después, le parecieron lógicas. A decir verdad, arreglar un motor quisquilloso suponía un alivio. Y por ello, cada vez que Fidelis le dejaba escapar de la tienda, Franz trabajaba en aeroplanos. Y como pago, Pouty Mannheim empezó a enseñarle a volar.

Cada vez que se elevaban en el cielo, Franz experimentaba la misma exultante liberación física de la tierra que le había seducido la primera vez que, desde el prado de detrás de su casa, había contemplado el despegue de una avioneta y su elevación por encima del cortavientos. Sólo que era todavía mejor estar dentro del aeroplano. Y mejor aún ahora que sabía exactamente cómo manejar el aparato, interpretar el viento y las señales de las nubes pequeñas y grandes. En su octavo vuelo, Pouty le dio la oportunidad de tomar los mandos. Durante semanas, practicaron el despegue y el aterrizaje, y poco a poco fueron añadiendo el repertorio de un aviador ambulante y principiante con desplomes, tirabuzones, sencillos toneles y suaves rizos. Cuando Pouty le dejó al fin pilotar solo la avioneta, Franz experimentó una liviandad asombrosa. El aeroplano voló en un equilibrio delicado y emocionante con él solo a bordo. Apuntó hacia el silo del pueblo, una imperceptible señal en el horizonte, mantuvo el morro del aparato en esa

dirección y realizó un lento tonel por fases. A continuación, un tonel más complejo, un rizo y un complicado tirabuzón. La tierra se inclinó sobre él. «Concéntrate o muere.» Las cosas resultaban sencillas del revés. Cuando aterrizó, se sentía totalmente en paz. Después de aquello, pensó que tal vez fuera capaz de sobrevivir a la pérdida de Mazarine, siempre y cuando pudiera pasarse la vida en el aire.

No hubo invitados, ni tarta, ni flores. Después de casarse con Fidelis y de que Franz se marchara a pasar las primeras pruebas para ingresar en el ejército del aire, Delphine continuó repartiendo su tiempo entre la carnicería y su casa, donde cuidaba a Roy. Conservó parte de su trabajo en el archivo, siguió leyendo novelas y procuró mantener la misma rutina de siempre todo cuanto pudo. Aun así, el pasado con sus horrores, complejidades y situaciones inconclusas se inmiscuía en su vida. A pesar de estar casada, el telón de fondo de su nueva vida parecía inacabado, como un decorado caótico. Ojalá pudiera archivar su pasado de la misma manera que archivaba papeles en el juzgado. Fue entonces cuando Cyprian regresó.

Estaba sentado en las escaleras principales de la casa de Delphine una tarde, con un sombrero en la cabeza. Fijaba la carretera con los ojos entrecerrados y asintió con la cabeza, tranquilo y contenido, cuando el coche de Delphine entró en el patio. Después, se quitó el sombrero y Delphine observó que estaba totalmente calvo. Resultaba todavía más atractivo y exótico, como un ser salido del mundo prehistórico y enfundado en un pantalón, una camisa y unos zapatos. Su cabeza invitaba a imaginarle desnudo. A Delphine le dio un vuelco el corazón al verle. Para serenarse, tomó una profunda y jadeante inspiración al tiempo que detenía el coche y asimilaba su presencia detrás del parabrisas. De modo que estaba aquí. Delphine sonrió, un reflejo involuntario, antes de acordarse de Clarisse, y entonces cayó en la cuenta de que podría averiguar lo que había sido de su amiga. La sonrisa se torció pero no desapareció de su rostro. A pesar de todo, se alegraba de ver a Cyprian.

Mientras abría la puerta del coche, bajaba de un salto y casi corría hacia él, Delphine experimentó con sorpresa una repentina y desagradable punzada. ¿Estaría observando Fidelis? Miró en derredor de manera irracional. Intentó sacudirse esa incómoda sensación de encima, como si fuese una capa, pero el malestar persistía. Su recibimiento fue tímido y se detuvo delante de Cyprian bajo los oblicuos rayos del sol en el albor del atardecer, balanceándose de una pierna a otra, con la esperanza de que no entrara en casa con ella. De nuevo, la invadió el sentimiento de que estaba haciendo algo malo, aunque no hubiese nada de malo en ello, pero tenía la intimidante certidumbre de Fidelis. Ser consciente de que ahora era sensible a los celos de un hombre la irritó. Debajo del porche y entre las inmóviles hierbas, los mosquitos empezaron a zumbar. Cyprian ladeó la cabeza y espantó a los insectos con el sombrero. Se sentaron en los escalones del porche.

—Enciende un cigarrillo, anda, para alejar a los chupasangres —aceptó un cigarrillo de Cyprian y dejó que se fuera consumiendo entre sus dedos—. No pienso hablar contigo —aseguró Delphine con un hilo de voz al fin— hasta que me cuentes lo que ha pasado con Clarisse.

–No sabía lo de Hock –explicó Cyprian.

–Yo sé lo que le pasó al maldito Hock. Te he preguntado lo que le ha pasado a ella.

–*Lo único que me dijo fue: «Iré donde mi trabajo sea necesario, y donde me valoren».*

–*Eso suena muy de Clarisse –observó Delphine–. Apuesto a que se fue al Sur, a Nueva Orleans... no, más lejos. Al Yucatán o incluso más al sur, a Brasil. Me lo imagino.*

Suspiró y se estremeció. No podía imaginarlo. Echar de menos a Clarisse seguía siendo un hábito cotidiano, como tomar café o encender la radio. Ya no se paraba para sufrir o preguntarse por Clarisse, ni para darle vueltas. Simplemente la echaba de menos y luego se le pasaba y se dedicaba a otra cosa. Se dijo que eso se debía a la benevolencia del paso del tiempo. Miró fijamente a Cyprian.

–*Así que no sabías lo de Hock. ¿Hasta cuándo?*

–*Hasta que me lo contó.*

–*¿Y eso cuándo fue?*

–*Enseguida, en el trayecto a Minneapolis.*

–*¿No se te ocurrió entonces que alguien os podría relacionar a los dos y pensar que eras cómplice?*

–*Por supuesto que sí –admitió Cyprian–, y ése es uno de los motivos por los que la dejé.*

–*¿Por qué has vuelto?*

Cyprian giró el sombrero en la mano varias veces: era un fedora de fieltro blando y color arcilla con una ancha cinta marrón de enorme grosor. De aspecto caro. Apretó el ala entre los dedos, con cuidado, y buscó las palabras adecuadas.

–*Sólo estoy de paso –dijo al fin–. Pero tenía que saber si le amas.*

–*Claro que le amo.*

–*¡Y un cuerno!*

Se volvieron el uno hacia el otro de golpe, y sus fieras miradas se cruzaron; se quedaron mirándose fijamente a los ojos. La exasperación de ambos era tan similar que les pareció ridícula a los dos al mismo tiempo. Apartaron los ojos; ninguno estaba dispuesto a que el otro le viera suavizarse o sonreír. Delphine jugueteó con el cigarrillo, afilando la ceniza en las tablas de madera de los escalones y agitándolo lentamente a su alrededor para levantar una barrera de humo.

–*Así que has vuelto sin saber si te detendrán por asesinato y sólo para comprobar si amo a Fidelis.*

Cyprian tardó en responder, después inclinó la cabeza.

–*Como he dicho, tengo otros motivos.*

Se encogió de hombros y enarcó las cejas. Sus ojos eran bruscamente hermosos.

–*Pasa, entonces –dijo Delphine al fin–. Roy está en la cama. Le vendrá bien una buena carcajada.*

Cyprian se caló el sombrero antes de quitárselo de nuevo y siguió a Delphine por el porche vacío hasta la casa. Dentro de la vivienda, sujetó el sombrero sobre su abdomen

mientras entraba en la cocina donde dormía Roy. Cyprian se sentó junto a la cama y esperó a que Roy se despertara. Durante un largo tiempo, Roy permaneció inmóvil, con las manos quietas encima del edredón y los ojos cerrados. Al fin, entreabrió los ojos, asimiló la presencia de Cyprian y los cerró de nuevo con un estudiado pestañeo. A Delphine le sorprendió alegrarse de esa triquiñuela, ese atisbo de lo que había sido Roy, y acercó una silla a su vez.

—Oye, papá —murmuró con suavidad—. Tienes visita.

Roy no abrió la boca, mientras decidía si abandonaba el estado consciente o comulgaba con los vivos. Frunció el ceño y movió las mandíbulas en leves movimientos, como si masticara. Al fin, se sobresaltó con toda intención y abrió los párpados para desvelar unos enormes ojos redondos de un tono azul lechoso que los escudriñaban.

—¡Cyprian! ¡Cyprian el Calvo!

Cyprian cogió la mano, huesuda, espectral y cubierta de manchas por la edad, de Roy. Una vez que hubo decidido unirse a los vivos, Roy recobró la vitalidad ante las perspectivas.

—Ah, si pudiéramos tomarnos una cerveza —exclamó—. Un sorbito de aguardiente. ¿Podrías arreglártelas para mojarme el gaznate?

—Papá...

—Sí, sí, sin duda, sé que hay pruebas concluyentes de que podría matarme —Roy hizo aspavientos con la mano como si quisiera apartar cualquier advertencia—. Pero una minúscula cantidad de nada podría resultar beneficiosa, funcionar como una vacuna, si quieres.

—Hemos reducido a una o dos cucharaditas cada dos o tres horas —explicó Delphine—. Supongo que no te hará daño tomarte tu cucharadita ahora.

—¡Así se habla! —exclamó Roy. Dio unas palmadas en el brazo de Cyprian—. ¿Te gustaría acompañarme? ¡Ofrécele una cucharadita a este hombre! —Roy señaló el pequeño cajón de los cubiertos con un amplio movimiento del brazo.

—Puede tomarse un vaso, papá.

Desenganchó un juego de llaves de su cinturón y llevó un vaso hasta el coche. Abrió el maletero con una llave y, con otra, una caja de herramientas cerrada con candado, que guardaba allí. Sacó de la caja una botella de brandi rosa. Llenó el vaso hasta la mitad, lo dejó en el techo del coche, cerró todo de nuevo con llave y llevó el vaso de brandi junto a la cama de Roy. Vertió un pequeño chorro del vaso en el tapón de una botella y luego en una cucharilla.

—¡Salud!

Roy abrió la boca y la cerró sobre la cuchara.

Cyprian inclinó el vaso hacia el anciano.

—¿En qué andas metido ahora? —el tono de Roy era cordial, pero sus ojos brillaban, repletos de repentinas lágrimas—. ¿Andas buscando un empleo y una esposa? ¿Has venido aquí como un perro que vuelve al lugar que le dio de comer una vez?

Cyprian tomó un largo trago de brandi y Roy continuó con sus especulaciones.

—Siempre hay mucho trabajo en las granjas de por aquí, claro, pero eso es a la vez un

trabajo despiadado y temporal. Y hablo por experiencia. Está la próspera calle principal, con todas esas tiendas pegadas unas a otras y con dinero a porrillo. Trabajar de empleado. Tal vez puedas aprender el oficio de barbero. Oly Myhra se está haciendo viejo. Su poste necesita una mano de pintura. ¡Ja ja! ¡Su poste necesita una mano de pintura! Mi poste... –dio un codazo a Cyprian– lleva sin pintar veintiséis años. ¿Y el tuyo?

Cyprian miró a Delphine. La mujer enarcó las cejas, pero mantuvo un gesto impasible.

–El mío está recién pintado –dijo Cyprian–. ¿Qué sabes del resto del coro?

–Mannheim sigue en el aire –dijo Roy–. Y Fidelis se ha casado con la mujer que abandonaste, es decir... –y señaló a Delphine con la cabeza con gesto cariñoso–, su Real Obstinación. Una vez más, me ha traído de vuelta del borde del abismo a base de cuidados. Me había arrojado de cabeza al alcohol, ¿sabes?, y me había vuelto un motivo de vergüenza para ella. Aun así, quiere a su anciano padre. Y consiguió que dejara la bebida. ¿Qué tal otra cucharadita?

–¡Hala, a darse la gran vida! –dijo Delphine.

Roy cerró los ojos y abrió la boca. Delphine introdujo la cucharilla.

–No la abandoné –aclaró Cyprian, mientras dirigía una mirada elocuente a Delphine–. Le regalé un anillo de compromiso. Uno muy bonito, pero lo rechazó.

–¡Cuidado! –advirtió Delphine–. Sé muy bien dónde fue a parar ese anillo.

–Ah –suspiró Roy. Había quitado la cuchara de la mano de Delphine y la relamía como un niño feliz–. Los desengaños amorosos se vuelven más difíciles de superar con los años. El tiempo, a pesar de las quimeras del filósofo, no cura todas las heridas. Cuando me caí, me desplomé duramente –precisó Roy con orgullo–. Caí hasta el centro de la Tierra.

–Ya te has aprovechado lo suficiente de tu martirio amoroso –cortó Delphine–. Estoy harta. Era mi madre, ¿sabes?, yo soy la que se ha llevado la peor parte en todo esto. ¡Y la que ha acabado cuidándote, maldito borracho, todos estos años!

–¡Y anda que no hemos tenido nuestros buenos ratos! –exclamó Roy. Siempre se mostraba alegre y de buen ánimo cuando Delphine le acompañaba en sus bromas–. Creo que el amor sagrado que he sentido todos estos años es un amor que me ha arrastrado directamente al vórtice, al ombligo del universo, y allí he visto cosas, amigos míos. ¡Qué cosas!... –Roy arrastró la voz con la mirada perdida, como si experimentara de nuevo esa visión–. Sobre todo... –sacudió la cabeza, sobresaltado–. He visto desaparecer mucha bebida.

–Papá ha confundido el ombligo del universo –corrigió Delphine– con el hoyuelo del culo de una botella de aguardiente.

–Bueno, en cualquier caso, estoy aquí –dijo Cyprian con gesto de aclarar las cosas de una vez por todas– para cumplir con un compromiso.

–¿Un qué?

Roy abrió la boca de par en par, entusiasmado.

–Eso es –prosiguió Cyprian–. En realidad no estoy buscando un empleo. Formo parte de una gira cultural. Ahora viajo con el Hombre Serpiente –metió la mano en el bolsillo y

sacó un fajo de entradas de cartón rosa—. ¿Cuántas queréis?

—¿El Hombre Serpiente? —preguntó Delphine, un poco dolida, incluso tal vez algo celosa—. Podrías haber escrito. ¿También hace de mesa humana?

—No producía el mismo efecto —explicó Cyprian— con dos hombres, aunque hemos preparado otros números de equilibrismo. Tiene una pitón y la saca al escenario en una maleta de cuero con ruedas. Tiene toda una colección de reptiles —Cyprian hizo una pausa—. Y un arácnido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Delphine.

—Tom el Coloso.

—Un buen nombre para un artista.

—No, ése es el nombre de la araña. Mi compañero se llama Vilhus Gast.

«Así que se trata de eso», pensó Delphine.

—¿Cómo es? —preguntó.

—Bueno, se parece mucho a mí —respondió Cyprian—. Un artista, ya sabes. Viene de Lituania y es judío. Yo supuse una enorme curiosidad para él al principio. Me lo llevé a casa —Cyprian se echó a reír—. Menuda sorpresa que se llevó.

—Y eso ¿por qué?

—Quiero decir que lo cierto es que no hay judíos en la reserva. Nunca había conocido a ninguno cuando era niño, como tampoco él había conocido a ningún indio. Sólo que él sabía de nuestra existencia y dijo que creía que éramos una de las tribus perdidas de Israel, condenada a errar, al igual que su pueblo. Siempre en el filo de las cosas. Acosados y perseguidos, decía. «Vale, de acuerdo —le respondí—. Pues recorramos los caminos juntos.» Así que montamos este espectáculo y desde entonces lo estamos representando.

Delphine y Markus llegaron temprano al gimnasio de la escuela a la noche siguiente y se sentaron en primera fila, en chirriantes sillas de madera plegables. Habría rumores. Reconocerían a Cyprian y comentarían con asombro y tal vez burla lo de su cabeza afeitada. La gente, los clientes, las viejas compañeras de colegio, todos volverían la cabeza para mirar a Delphine. Si se sentaba atrás del todo, tendría que soportar su disimulada o explícita curiosidad. Al sentarse en primera fila, les daba la espalda. Podrían mirarla boquiabiertos y cuchichear a placer. Delphine los ignoraría. Tenía la intención de disfrutar del espectáculo.

El telón se abrió. Cyprian y su compañero aparecieron descalzos y enfundados en unas ajustadas mallas negras sobre unas inmensas pelotas de goma de color rojo. Mientras movían las piernas, daban vueltas el uno alrededor del otro; luego, aceleraron hasta que, bajo una lluvia de aplausos, saltaron muy alto e intercambiaron el sitio en los balones que no cesaban de girar. Vilhus Gast tenía una estatura y una complexión muy parecidas a las de Cyprian, aunque mostraba unos rasgos anodinos y llevaba un tupé de muy mala calidad que se deslizaba al compás de sus movimientos.

De pronto, Gast se detuvo y permaneció totalmente inmóvil y en equilibrio, con las manos levantadas como una bailarina, y Cyprian comenzó a botar con la pelota entre sus

pies. Con el gigantesco esfuerzo de un felino, Cyprian tomó impulso sobre el balón y saltó en el aire, hasta descender boca abajo en la posición exacta para cerrar sus manos sobre las de Vilhus. Los dos hombres se balancearon, cada uno de sus poderosos músculos bien delineado, y estuvieron a punto de volcar. De forma sorprendente, lograron enderezarse y recobrar el equilibrio.

Gast comenzó a mover el balón de delante hacia atrás y viceversa por todo el escenario. Bajo los vítores y aplausos, fingió tener dificultades para sostener a Cyprian en lo alto. Ambos se mantuvieron en equilibrio sobre un brazo, una pierna, y, después, ocurrió algo maravilloso y terrible a la vez. El poco atractivo tupé que llevaba Vilhus Gast fue resbalando poco a poco de su cabeza. Para delicia de los niños y ante los gritos de las mujeres, el espantoso peluquín resultó ser una araña gigante. Con cautela, la criatura aterradora fue subiendo despacio por el brazo de Gast, se abrió camino hasta el codo de Cyprian y entonces, conforme éste bajaba, la araña fue ocupando su cráneo desnudo para permanecer allí. Los hombres se pusieron en pie, hicieron una cabriola y extendieron los brazos para recibir los aplausos enloquecidos, los gritos y silbidos del público. Después, Gast soltó de una caja colocada en un pequeño atril otra araña más pequeña pero igual de peluda. El público enmudeció. Gast la hizo subir por su brazo acariciándola con una pluma y después la ayudó a pasarse al cuello de Cyprian. La criatura avanzó delicadamente por la barbilla de Cyprian y luego por la boca. La araña se arremolinó en el labio superior para formar un espeso bigote negro, bajo el cálido sople de su nariz.

Junto con las arañas, Cyprian se atavió también con un chaqué y unas lustrosas botas de cuero negro. Sus piernas mostraban todavía una cómica desnudez. Era Adolf Hitler aquejado de múltiples flatulencias. Cada vez que tronaba una tuba entre bastidores, el musculoso trasero de Cyprian asomaba entre la cola de su elegante chaqueta, se meneaba, se retorció y actuaba con vida propia, distinta al gesto absurdamente severo e hipnotizante del *führer*, cuyos intentos por animar al público que no paraba de rugir fracasaban siempre. Cada vez que exigía el saludo nazi, la tuba soltaba un rugido y su trasero se meneaba de forma explosiva. Las arañas permanecían agarradas a la cabeza de Cyprian de algún modo. El público descubrió que podía hacer que el *führer* se tirara un pedo al realizar el saludo ellos mismos. Extendían el brazo entre carcajadas hasta que la tuba no fue más que un largo bramido y Hitler salió disparado por todo el escenario como una pulga en una plancha ardiendo. El telón se cerró entre los gritos y aullidos. El primer número había terminado.

Las risas no se habían apagado cuando el telón volvió a abrirse. Una maleta de cuero de dos metros y medio o tres con varias asas aparecía apoyada sobre cuatro caballetes. Cyprian y Gast aparecieron en el escenario con turbantes ornados de gemas en la cabeza y vestidos con extrañas y finas gasas transparentes que se hinchaban alrededor de sus piernas, flotaban en el aire bajo sus brazos y ondeaban tras ellos al andar. Un disco de una sonoridad metálica emitía una música exótica y sensiblera mientras los dos hombres abrían la maleta y mostraban algo vivo, cubierto de manchas y muy quieto, pero con una vibrante energía que cortó el aliento del público. Los hombres atrajeron suavemente la

serpiente fuera de la maleta hasta sus brazos y anunciaron la Danza de la Muerte. Enroscaron y desenroscaron la serpiente alrededor de ellos conforme el reptil iba despertando e intentaba atraparlos con su cola y atraerlos hacia él. El baile era improvisado, elegante y de una serena sensualidad. Cada persona del público, convencida de que la pitón pretendía devorar a los dos artistas, observaba fascinada. Cyprian y Vilhus Gast hicieron bailar a la pitón hasta el pasillo central. El público fue autorizado a tocar la seca y tersa piel. Todos contemplaron la cabeza incongruentemente pequeña, un maléfico gajo de músculos. Sus ojos brillantes, gélidos y asesinos, les provocaban escalofríos, por lo que se alegraron cuando Cyprian y Vilhus guardaron de nuevo la serpiente en la maleta de cuero, echaron los cierres y sacaron dos afilados y relucientes serruchos con los que se disponían a convertir la pitón en rodajas.

—¿Hay algún carnicero en la sala? —gritó Cyprian.

Entregaron los serruchos a Pete Kozka para que los comprobara. Éste aseguró que estaban afilados y a punto. Los artistas serraron a la pitón. El animal se meneaba de forma espantosa en el interior de la maleta y la cola se agitaba nerviosamente por el extremo que había quedado abierto. A continuación, prendieron fuego a una sustancia olorosa y se pusieron a salmodiar unas sílabas solemnes, realizaron algunas señales sobre un tarro de cola escolar y pegaron los trozos de la pitón. El espectáculo continuaba. Guardaron la serpiente e hicieron malabarismos con lagartijas. Mostraron una enorme iguana inmóvil, que pestañeaba tanto como una escultura de piedra. De nuevo sacaron a Tom el Coloso, el talentoso arácnido, que había interpretado el papel de tupé de Vilhus Gast. Lo pasearon por el pasillo dentro de un enorme tarro redondo de cristal para que todos pudieran contemplarlo con ojos horrorizados y maravillarse. Sostuvieron en equilibrio en la nariz y en sus calvas tazas, platos y sus zapatos de punta encorvada. Realizaron unas acrobacias más antes de salir dando brincos, ante los frenéticos aplausos y gritos de «¡Otro! ¡Otro!». Aparecieron de nuevo convertidos en supuestos hermanos gemelos de Hitler montados en dos monociclos que pedaleaban a la vez que expelían ventosidades y saludaban, y de los que a punto estuvieron de caerse cuando sus sonoras flatulencias se tornaron en algo realmente escandaloso. Hicieron juegos malabares con esvásticas incendiadas, hachuelas, cuchillas de carnicero y cuchillos; también con manzanas a las que daban grandes bocados hasta que no quedaron más que los corazones. Tuvieron un éxito monumental.

Durante semanas después de que Cyprian y el Hombre Serpiente se hubieran marchado, Markus no hablaba de otra cosa. La gente paraba a Delphine por la calle. La trataban con una tímida admiración. Le mostraron la deferencia debida a alguien que conoce o tiene acceso a un gran artista. Se dirigían a ella con respeto. Querían saber todos los detalles y secretos.

«La pitón, ¿se ha comido a alguien alguna vez?»

«¿La araña de debajo de la nariz de Cyprian le ha hecho estornudar alguna vez? ¿Y qué pasaría entonces?»

«¿Dónde aprendió a hacer esos malabarismos? ¿Y a montar en monociclo?»

«¿Volverá? ¿Algún día?»

Delphine no podía responder a ninguna de esas preguntas, salvo a la última. Y sólo contestó por instinto, aunque resultó que tenía razón.

—No —respondió—, no volverá.

Y jamás volvió.

Roy parecía conforme con la idea de pasarse la mayor parte del día en la cama al lado de la estufa, coqueteando con el sopor, impregnado de sueño y bañado en el agradable deber que eso representaba. Dado que el doctor Heech le había prescrito un prolongado descanso a fin de aliviar el hígado e impedir que la tos se convirtiera en una neumonía, al principio tanto Roy como Delphine consideraban que cada hora de su pérdida de conciencia tenía un poder sanador. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Delphine comprendió que se trataba de algo más. Supo que ese sueño era diferente para Roy; no era reparador sino una forma de preparación final. Dormía con gran seriedad. Como si estuviese ensayando. Delphine comenzó a temer que muriera mientras estaba en el trabajo, y lo primero que hacía al volver a casa todas las tardes y todas las mañanas al levantarse era poner la mano en su rostro. Además de ese apabullante sueño, apenas comía. Tragaba unas pocas cucharadas de sopa, se recostaba y dejaba que el sueño se apoderara otra vez de él. Tenía que vigilarle. El hombre menguaba. Se volvía cada vez más débil y callado. Pidió las fotografías de Minnie, su madre, y las colocó en la estantería donde se alineaban las especias y la harina para poder verlas desde la cama.

Delphine pidió a Roy que le hablara de Minnie, pero sorprendentemente su padre poseía muy poca información para ser un hombre que existía de forma tan extravagante en un prolongado estado de sufrimiento autodestructivo. Delphine ni siquiera tenía una tumba que poder visitar, y Roy se negaba a explicar por qué era así o dónde estaba enterrada. Sólo se avenía a decir que Minnie era la única que había quedado para contar la historia.

«¿Qué historia?», preguntaba siempre Delphine, pero Roy mantenía la boca cerrada.

Ahora que la codeína le había soltado la lengua de algún modo y se aburría, Delphine pensó que podría tener más suerte con sus preguntas. Se sentó una noche junto a su cama y alimentó el fuego de la estufa en silencio, un tanto ensimismada. Poco a poco fue tomando conciencia de que estaba esperando algo, sin saber exactamente qué. Tal vez Roy fuera a morir esa noche. Sus pensamientos se habían vuelto un tanto indolentes y miraba a su padre con un cariño displicente. Pobre Roy. Tenía un aspecto agotado y su piel se había vuelto frágil, flácida y casi translúcida. Le habían aparecido manchas amoratadas en los antebrazos, hematomas que parecían haber emergido provocados por profundos e invisibles golpes internos. Era como si por fin mostrara todos los embates que la vida le había dado. Delphine decidió de pronto que no permitiría que se llevara a la tumba todos los secretos que ella tenía todo el derecho del mundo a conocer.

—Está bien, quiero respuestas. ¿De dónde era? —preguntó Delphine mientras señalaba la fotografía de Minnie.

—Era de por allí —indicó el sur con un confuso movimiento de la mano—. Después vino aquí.

Como siempre, se dijo Delphine, no le diría nada. Pero cuando ella lo miró fijamente y le dijo «Más, quiero saberlo todo», su padre pareció pensárselo mejor y habló con más energía.

—A decir verdad, al principio era de *muy, muy* allá arriba.

Roy levantó los ojos hacia el norte hasta ponerlos en blanco; después, observó a su hija detenidamente, frunciendo el ceño. Era posible que se percatara de que tenía en Delphine en ese preciso momento a una audiencia perfecta. Su gesto embotado por el sueño se disipó en su rostro. Como si un cable eléctrico acabara de conectarse, el viejo Roy volvió a ser el mismo que contaba historias en los bares y que ayudó a morir a Eva Waldvogel al hablarle del lenguaje secreto de los lobos. Delphine se inclinó para oírlo todo y aguantó la respiración hasta que Roy comenzó a hablar con una intensidad tan ferviente que supo que por fin conocería la verdad.

—¿Quieres saber? Por supuesto que quieres saber. Voy a contártelo. Así que, adelante, toma nota. Escribe estas cosas para la posteridad o posterioridad, como prefieras. Minnie... No era una mujer corriente ni común. No era una persona con la que te cruzabas y nada más. Era inolvidable, Minnie. Tenía algo... La sangre de sus antepasados también, y esa sangre tampoco era una sangre cualquiera, sino que descendía de la gran nación de los indios del norte llamados crees o ojibwes, que se mezclaron con los franceses, de cuyos reyes provenía. Eso es. Su bisabuelo era hijo bastardo del mismísimo Rey Sol, o eso decía. Y había huido al otro lado del océano para llevar una vida honesta curtiendo pieles. Mientras que por el sur era prima segunda por adopción del viejo Caballo Loco, o podría haberlo sido, aunque estuvo a punto de ser eliminada de forma trágica. Te pongo en antecedentes para que veas que, por todos lados y en todas direcciones, cocían, hervían y se agolpaban linajes reales en la sangre de esta mujer, tu madre. Y no empieces, no, a distraerme con preguntas. Deja que continúe con el relato. Déjame hablar. Pues no he contado nunca a nadie lo que vas a escuchar ahora, y por una buena razón. Es una historia tan triste y tan increíble que ni siquiera a mí me gusta pensar en ella. Es mejor olvidarla. Es la historia de la persona en que se convirtió tu madre a los ocho años de edad y de por qué, desde ese día, se transformó en alguien que nunca pudo ser domesticada por personas como el viejo Roy Watzka, ¡desde luego yo no pude!

Roy se incorporó, pidió con un gesto más almohadas para sujetarse la espalda y bebió un sorbo de agua en el que Delphine había mezclado un poco de jengibre para aliviar el dolor de estómago y ayudar a que la sangre fluyera más veloz hacia el corazón.

—Imagina una misa de Navidad en una pequeña y acogedora iglesia construida en el corazón de la región de las praderas —Roy separó los dedos ante él. Entrecerró los ojos y clavó la mirada en el dorso de la mano como si fuese esculpida en una bola de cristal—. Una banda de indios lakotas de Minneconjou, a los que los profanos llamarían sioux, desharrapados, hambrientos y ateridos, llaman humildemente a la puerta de aquel lugar de culto cristiano. Están huyendo, son en su mayoría mujeres y niños, y algún que otro guerrero extenuado y medio enloquecido tras tantos esfuerzos y derrotas. El jefe se muere en un carromato que arrastran dos caballos famélicos, antaño ponis de guerra.

Han visto cómo Toro Sentado ha sido traicionado y cómo la supervivencia diaria de su pueblo ha sido enviada al infierno con balas de fusiles. Tienen la convicción de que pueden resucitar a los muertos con danzas y cantar a los muertos hasta que éstos los oigan y se levanten para vivir de nuevo. Son gente extremadamente solitaria, desde luego, y yo sé mucho de soledad. Puedes creerme. Quieren ver los rostros de sus seres queridos. Es Navidad en las praderas, no lo olvides. Estas pobres gentes llegan pidiendo limosna, un poco de misericordia. ¿Y la consiguen? –Roy revivía la escena en su cabeza con una mirada ausente–. ¿Tú que crees?

–Bueno, tal y como lo presentas –respondió Delphine–, no.

–No –dijo Roy–. Ésa es la pura verdad. Los echaron a patadas –se le aceleró la respiración, su lengua de contador de historias ardía–. Entre ellos se encuentra una muchacha de los indios que te he mencionado antes, aquellos indios del norte que se habían mezclado con los franceses. Su padre era un cree que había sido enviado por su gente para aprender esa nueva danza que trae de vuelta a los muertos. Debía regresar después y contar a los ancianos de su tribu si funcionaba: hasta entonces no había constatado ninguna resurrección. En ese periplo, había llevado consigo a su hija favorita, la más pequeña. Dejó a los demás atrás. Esta muchacha y su padre viajan primero al campamento lakota de Hunkpapa, de donde la gente se trasladaba al poblado del jefe Hump, más al sur. Se unen allí a un grupo de Minneconjou y se adentran más en las tierras baldías con los que quedan de sus partidarios, que, llegados a este punto, no pretenden más que volver a casa. Muy pronto se quedan sin nada, sin comida ni otros pertrechos para resguardarse salvo los escarpados riscos de un lugar llamado Medicine Root Creek. Es allí donde reciben a un comandante del ejército del célebre y vergonzante Séptimo de Caballería: el comandante Samuel M. Whitside. En Porcupine Butte, éste les convence para que le sigan bajo la bandera blanca de la rendición hasta un campamento militar próximo a un lugar con un nombre en lengua lakota impronunciable para mí y llamado en inglés Wounded Knee.

Roy hizo una larga pausa con los ojos clavados en el rincón más oscuro de la habitación y se pasó la lengua por los labios como si buscara alguna palabra que se hubiera quedado atrapada allí como una miga de pan. En un sobresalto de energía, se espabiló y continuó.

–Acampado en aquel lugar hacia el que se dirigen, hay un ejército de hombres que se ha declarado a sí mismo un refugio para los lakotas, los sioux si lo prefieres, en caso de que la desesperación los llevara a acercarse allí. Con su jefe, el viejo Bigfoot, muriendo de neumonía en el camastro de ese carromato y sin nada para comer, muerto de hambre, este pequeño grupo pide protección. Entregan las armas y montan el campamento allí donde les indican. El padre de Minnie tiene un reseco trozo de pan *bannock* en el bolsillo, su último alimento, y lo comparte con una mujer que los ha acogido en su carpa. Lleva a un bebé atado a su cuerpo y no hay ningún hombre a la vista. Después de comer el pan, ya no les queda nada. Pero la mujer había recogido algo que les había lanzado un miembro de la congregación en aquella iglesia. Se trata de un muñeco de pan de jengibre de una sola pierna, duro como una piedra. Se ofrece a compartirlo con ellos. Lo reparte,

migaja por migaja. Lo comen y se quedan dormidos en la carpa. A la mañana siguiente, la mujer llena un cazo con nieve y lo pone a calentar sobre un pequeño fuego de ramitas. La mujer saca del corpiño un puñado de raíces y pone a cocer una en el recipiente de nieve derretida. Se ocupa del puchero con la raíz como si fuese algo especial, lo vigila con gran mimo mientras hace callar a su bebé, comprueba la intensidad de la infusión con el dedo, saca la raíz y la examina de vez en cuando. Por fin retira la cazuela del fuego y deja que la infusión se enfríe lo suficiente. Después, indica a Minnie que se la beba. Y justo cuando la niña bebe la infusión, suena un disparo fuera de la carpa.

»Bueno, puedes leer sobre ello en los libros de Historia si lo deseas, aunque raramente se ha relatado o creído la magnitud de esta barbarie. El padre de Minnie sale corriendo de la carpa y es abatido en el acto, pues aquel disparo accidental desencadena el estruendo. ¡Un enorme fogonazo que se extiende como el fuego! ¡Humo y azufre! Las balas desgarran la lona y Minnie sale disparada de la carpa con esta mujer que le tira del brazo hasta la bandera blanca de la paz y de la rendición. Se quedan debajo mientras las balas pasan silbando a su alrededor. La mujer todavía lleva el bebé aferrado a su pecho, mientras sigue mamando, envuelto en un chal anudado a su cuerpo. ¡De nuevo retumba aquel estallido! Son los cañones de Hotchkiss que apuntan directamente contra el campamento de mujeres y niños y de la bandera blanca de la rendición. Esta señora sigue amamantando, incluso tras recibir una bala mortal y derrumbarse con el bebé, que sigue bebiendo y que se halla ahora cubierto con la sangre de su propia madre. Minnie se acurruca junto a su padre justo a tiempo de oír sus últimas palabras, un mensaje, y notar cómo la vida se desvanece de su cuerpo. Minnie se levanta y camina de frente, en medio del caos, desconcertada. Baja con dificultad por un barranco donde ve imágenes que jamás podrá borrar de su memoria. Presencia cómo soldados adultos a caballo arrollan a mujeres y luego les disparan a bocajarro mientras éstas sujetan en alto a sus hijos. Se arrastra fuera del cauce seco del río y debajo de una alambrada. Desde allí observa cómo otro soldado persigue a caballo a un escuálido niño que se tambalea llorando. Otro arranca a una niña muerta su blusa bordada. Los soldados dejan a Minnie en paz, tal vez porque lleva un vestido y un abrigo de granjera y no una manta, o quizá porque reparan en su cabello castaño o su tez más clara que la de los lakotas o porque advierten sus ojos franceses. Abandona aquel infierno y avanza dando tumbos detrás de otros que también huyen. Camina por la nieve, siguiendo las huellas de los demás hasta que queda demasiado rezagada como para poder distinguirlos. Sus huellas la salvan. Las va pisando y no deja de caminar hasta que alcanza una misión dirigida por un viejo sacerdote llamado Jutz. Eso es todo lo que sucede. No puedo contarte nada más.

Delphine miró a Roy fijamente, en un arranque de escepticismo. De pronto sonó un enorme ruido en su cabeza. Era demasiado, y muy típico de Roy ofrecerle esta extraña y espantosa información para después dejarla a medias en cuanto la escena se hubiera desplegado en su cabeza. Le sonaba haber oído hablar del lugar que había mencionado, pero había olvidado desde hacía mucho tiempo el cómo y el porqué de lo que allí había sucedido. No había conocido a ningún indio en persona, salvo a Cyprian, con quien, si

debía creer a Roy, podría estar emparentada.

El recelo con que Delphine acogió el relato de aquellos acontecimientos decepcionó a Roy, que esperaba alguna muestra de reconocimiento por sus esfuerzos, y se desinteresó del asunto cuando Delphine continuó mirándole parpadeando y dándose golpecitos en los labios con el dedo, mientras decidía si creer o no la historia. Roy calló, se volvió y contempló la fotografía desenfocada de Minnie. Se le humedecieron los ojos y su rostro se distendió.

Al cabo de un rato, Delphine comprendió que era inútil retomar el asunto y preguntarle nada más. Unas cuantas preguntas importantes quedaban sin respuesta. Sencillas y poco dramáticas. ¿Cómo era Minnie? ¿Se había alegrado de tener una hija? ¿La había amado? ¿Había amado a Roy? ¿Había conocido él, de verdad, una felicidad tan plena con Minnie? ¿Por qué había utilizado la pérdida de su alegría como pretexto para destrozarse la vida de su hija, sin hablar de la suya propia? ¿Moriría ahora feliz, al vivir de los recuerdos, o se debía al alcohol? ¿Decía la verdad?

No le contó nada más. Cuando Delphine le preguntó por qué había amado tanto a Minnie, qué era lo que la convertía en un ser tan maravilloso como para contemplar aún sus fotos borrosas después de tantos años, o incluso cómo era su carácter, sus respuestas se tornaron tan evasivas y generales que no le desvelaron nada. O tal vez se mostraba egoísta, quizá esos recuerdos eran todo lo que le quedaba y era incapaz de renunciar a ellos, ni siquiera para dárselos a ella.

No obstante, había cosas que Roy necesitaba contar.

Día tras día, a medida que se iba deteriorando, su voz se fue debilitando hasta no ser más que un inaudible murmullo. Para oírle, Delphine tenía que inclinarse hacia él, en el círculo de su aliento que ya no desprendía el hedor agrio a alcohol al que había estado acostumbrada toda su vida sino un olor infantil, a leche fresca. Tenía la mirada grave de un búho apabullado. Quería hablar todo el tiempo y su discurso resultaba a menudo confuso: los tiempos colisionaban, faltaban los datos principales y los personajes cobraban verdadera importancia pero de forma inconexa. Parecía haber perdido la capacidad de mantener el hilo de un relato, como si su vida entregada a la bebida hubiera aniquilado una de cada dos células en su cerebro y su mente saltara como un disco rayado. Pero en algunas ocasiones muy puntuales, se expresaba con absoluta lucidez desde un rincón ignoto de su mente. Delphine nunca sabía predecir con seguridad lo que se avecinaba de una frase a la siguiente.

—Deja de mirarme —le gruñó una tarde con el ceño fruncido.

Delphine le daba la espalda y se volvió para mirarle.

—Bueno, quiero decir —suspiró— que dejes de hacer como si me estuvieras mirando. No sé cuál de las dos cosas. Nunca he cantado tu partitura, ¿sabes?, Chavers. ¡Cierra el pico, maldita sea! —suspiró despacio y después pareció reconocer a Delphine—. Estoy harto de que dé golpes en el suelo. Nunca ha dejado de hacerlo, ¿sabes? De dar puñeteros golpes. Supongo que me está esperando al otro lado. Él y toda su maldita familia. ¡Yo no sabía que estaban allí!

La voz de Roy sonaba como el lloriqueo asustado de un niño de cuatro años.

—Ya sé que no lo sabías, papá, estabas borracho perdido —dijo Delphine, algo molesta.

No quería que su padre se deslizara por el camino mental de la autocompasión y del reproche fácil. Ya había oído sus lamentaciones muchas veces. Pero entonces dijo algo diferente. Su gesto se volvió muy serio y luego astuto y confiado a la vez.

—Habría podido justificar a Porky, aunque me hubiese llevado la vida entera.

—¿Qué? —Delphine clavó la mirada en el azul difuso, vidrioso y desvaído de sus ojos—. ¿Justificar?

Roy le agarró la mano y habló con voz apremiante.

—Le pedí que subiera la cerveza de jengibre del sótano. Y, mientras lo hacía, que buscara una bebida de la buena. ¡Y que se llevara un par de velas para poder leer las etiquetas en francés! Es posible que el viejo Chavers buscara el vino de los reyes.

Incómodo, Roy se removió, hizo una mueca de dolor, cerró los ojos y siguió hablando con los ojos cerrados, tal vez para no ver el efecto que surtían sus palabras en Delphine.

—¿Quién iba a saber que la mujer y la cría estaban allí abajo con él?

Delphine se inclinó y le sacudió levemente, pero el cuerpo de su padre se desplomó como el de un perro viejo. Delphine le soltó y el hombre siguió lloriqueando.

—Ruthie, la chiquilla, no recuerdo lo que pasó, pero es posible que yo cerrara la trampilla. *¡Es posible que yo cerrara la trampilla!* Recuerdo lo que le grité allí abajo. «¡Oye, Chavers, podrás salir cuando dejes de tapar mi voz en los ensayos!» Sabes, siempre estaba sacando pecho y ganando terreno poco a poco sobre mi voz.

Roy se calló y observó, embelesado, el aire que los separaba.

—Desapareciste durante tres semanas. Una larga curda —observó Delphine con gesto severo. La invadió poco a poco una oleada de nauseabunda incredulidad.

—Más —dijo Roy con un hilo de voz.

Enmudeció durante un largo tiempo, en que el viento retumbó en los arcos americanos y los cristales de las ventanas temblaron levemente. Después, soltó una fuerte y áspera tos y habló con voz clara.

—Volví para coger el alcohol del sótano y fui a buscarlo. Los vi. Después de aquello, estuve siempre borracho hasta que llegasteis. Tú y Cyprian.

Levantó la mirada hacia ella con ojos llorosos, en una llamada desesperada; después, los cerró al ver el gesto de su hija y desvió el rostro. Se tapó la cabeza con la manta.

Delphine se levantó y salió de la casa al porche delantero. Se sentó en el primer escalón y se abrazó a sí misma. De vez en cuando, espantaba a los mosquitos de un manotazo o sacudía la cabeza para quitarse las semillas que caían de los árboles como una suave nevada. Eran diminutas y delicadas perlas encerradas en una vaina marrón y transparente, fina como el papel. Se limpió las semillas de la falda. De vez en cuando notaba el zumbido de un mosquito que acababa de picarla, pero no quería entrar en casa otra vez. Decidió que, en cuanto Roy muriera, vendería la casa. Abandonaría la carnicería y a Fidelis, y se iría a vivir a la ciudad. A Chicago. Buscaría un empleo en el teatro aunque sólo fuese vendiendo entradas. «¡No pensaré en Markus! ¡Ni en Ruthie!» Se llevó los dedos a la sien, apretó los puños y se masajeó la frente con los nudillos. Se imaginó el apartamento en el que viviría, pequeño y funcional, cerca de un parque donde

podría dar pequeños paseos, de una biblioteca y tal vez de un museo de arte. Lo aprendería todo, se atiborraría el cerebro de conocimientos y se convertiría en profesora. Escribiría en un periódico. Se imaginó delante de una máquina de escribir con un cigarrillo consumiéndose cerca de su codo. Llevaba una impecable blusa blanca y una ajustada falda gris, y tacones. O no, se le había caído un zapato. Estaba meditando.

Se imaginó en plena reflexión.

«Nunca lo haré –se dijo–. Nunca lo pensaré en serio. Ahora mismo no estoy pensando. Sólo estoy fantaseando. Es algo muy diferente a jugar en la libre extensión de tu propia mente.» Tuvo la aguda percepción de que algo se le escapaba, claro como la plata. No logró recordar el último pensamiento que había tenido en mente, sólo su agudeza. «¿A quién le importa, de todos modos? –continuó–. A lo hecho, pecho. Roy es su propio castigo. No debo sentirme culpable por sus pecados de borracho. Y sí, soy una mujer casada. Se me dan bien los negocios y cumplir mi parte del trato. Se me da bien cuidar a niños que ni siquiera son míos.» Notó cómo su mente tartamudeaba, buscando una manera de escapar del sentimiento de culpa y horror. Cerró los ojos y vislumbró los esqueletos en el sótano. Uno desapareció y se transformó en una niña pulcramente vestida con una boca astuta y unos ojos vivarachos. Llevaba un pequeño sombrero redondo y aguardaba de pie con los puños en las caderas y el ceño fruncido. Entreabrió los ojos, como si reparara en que Delphine la estaba observando. Con la barbilla alzada, la niña soltó una risa burlona, un tanto desagradable. Su risa rezumaba un sarcasmo agrio y, cuando se apartó, Delphine descubrió sinuosas serpientes que le caían de los hombros y por los brazos y en la parte de atrás de sus piernas.

–Déjame sola –masculó Delphine.

«Estás sola –se mofó la niña serpiente–. Más sola de lo que te imaginas. Tu marido viene de un país extranjero y no tienes hijos. Tu padre se muere y no conoces el rostro de tu madre. Eres diferente de todos los que viven en este pueblo. Crees que eres más lista que ellos, que lees más. La verdad es que sólo sientes lástima por ti misma. Pobre Delphine. Pobre niña polaca. ¡Pobre mujer de un carnicero!»

«Pobrecita yo, pobrecita yo.» Delphine se echó a reír y le sentó tan bien que no dejó de reírse, ni siquiera cuando Roy llamó con voz alborozada para reclamar su cucharadita de whisky.

La enfermera a domicilio del condado encontró a Roy Watzka muerto, sentado y con los ojos abiertos y clavados en las fotografías borrosas e indescifrables de Minnie, que se hallaban delante de él en la encimera, debajo del armario donde guardaba la harina. La mujer dejó el maletín en el suelo de la cocina, lo abrió, se colocó el fonendoscopio y buscó algún latido del corazón. No encontró ninguno, de modo que se quitó el instrumental y lo guardó en el maletín. Retiró el capuchón de un bolígrafo y escribió la hora precisa del día y un par de frases sobre el estado del cuerpo y sus propias conjeturas respecto a las causas del deceso. Anotó la mirada fija, espeluznante y serena del difunto, que acrecentaba la legendaria naturaleza de su amor. La enfermera le colocó las piernas y los brazos, le cerró los ojos y lo recostó antes de ponerse en contacto con

Delphine. Mientras esperaba, utilizó el teléfono para propagar la noticia de la mirada fija de Roy por todo el pueblo.

El entierro fue muy concurrido. Acudieron las mujeres de los banqueros y los terratenientes, aquellas que tal vez anhelaban una devoción semejante hasta la muerte. En la iglesia hubo delicados ramos de flores, muchos vaivenes de pañuelos y un chasquido general de la lengua ante las fotografías colocadas bocabajo en el ataúd sobre el corazón de Roy, tal y como él había dispuesto. Se sirvió después una cena en el salón parroquial, un gimnasio que la noche anterior había sido el escenario de un partido de baloncesto.

Delphine se presentó en el local en cuanto enterraron a Roy y permaneció en una esquina del gimnasio. La sala olía ligeramente a excitación rancia, sudor antiguo y palomitas de maíz. Las mesas dispuestas para la cena del funeral estaban adornadas con pequeñas macetas de flores –violetas africanas, helechos, brotes de boniatos–, tomadas prestadas de los alféizares de los hogares de las parroquianas. Se sirvió pollo en salsa de nata, maíz y espinacas con nata, puré de patatas con mantequilla y nata y un poco de nata corriente para el café. Pasteles y galletas se ofrecían en pequeñas blondas de papel blanco. La cena fue servida por un grupo interconfesional, que por primera vez pareció a Delphine más amable que curioso, más dispuesto a agradar que a papar moscas, motivado de algún modo por un sentimiento un poco más sincero. Aun así, sus solícitas atenciones abrumaron a Delphine con una simple claustrofobia.

En medio de ese torbellino de comida y compasión, Delphine se encontró de repente con Mazarine Shimek.

–Ven conmigo –dijo a la muchacha. Y abandonaron la iglesia para detenerse en una pequeña y esponjosa parcela de césped detrás de la cocina de la parroquia.

–Si todavía fumara, me fumaría algo ahora –confesó Delphine mientras se apartaba el pelo de la cara.

Había ido a la peluquería a cortarse las puntas y a peinarse, pero los rizos se mofaban del cepillo y asomaban por doquier. Algo más que tenía en común con Mazarine, cuyo cabello insumiso poseía vida propia.

Mazarine le dijo que lo sentía mucho.

–Yo también –murmuró Delphine, pero en realidad se hallaba muy cansada, y desesperadamente enfadada. Estaba furiosa por el modo en que su padre había desperdiciado por completo tanto su vida como el cariño que ella sentía por él. En cuanto Roy falleció, Delphine revivió el estúpido y desesperado amor que había sentido por él cuando era niña. Las lágrimas la habían sofocado de repente e intentó contenerlas. Se había preparado durante años para perderle y, cuando la sacaba de quicio, incluso había deseado que llegase ese día. No sabía explicar por qué sentía una conmoción tan profunda y ciega que la removía por completo. «No es dolor –se dijo–, no es miedo a la soledad, ni siquiera es agotamiento o alivio. Es algo existencial.» Y tras sostener esa idea, enderezó la espalda y sacó valor de esa palabra. Mazarine aguardaba a su lado con una mano en el muro de ladrillo, paciente y humilde.

–Quiero contarte algo –declaró Delphine, recobrando la voz. Sin saber qué era lo que

deseaba decirle, se dio cuenta de que tenía algo importante que comunicar a la joven, algo que la muerte de su padre, por muy adornada que estuviese con florituras románticas, hacía evidente—. Todos terminamos muriendo —se sorprendió diciéndole a Mazarine—. Franz te quiere. Tú le quieres. ¿Por qué no le escribes? ¿Por qué no se lo dices?

Mientras arreglaba la casa unos días más tarde, Delphine oyó unos pasos familiares y abrió la puerta. Un haz de luz iluminó la hierba y Fidelis dio un paso adelante, arrastrando los pies y golpeando la suela de los zapatos en el suelo al entrar. Delphine sacó unas cervezas y se sentó con Fidelis, el cual cogió la mecedora de madera que estaba delante de su butaca de lectura.

—Voy a quedarme con la casa —anunció Delphine—. Algunos días vendré aquí.

Fidelis abrió y cerró el puño, sin decir nada. Permanecieron así sentados en silencio durante un tiempo, mientras escuchaban el susurro del viento en los aleros de la casa. Tres ramas se entrechocaban y golpeaban el tejado. De pronto, Fidelis se puso de pie y de un solo movimiento levantó a Delphine de su silla y la llevó en brazos hasta el dormitorio.

Con el talón cerró la puerta con cuidado y depositó a Delphine sobre la fría y resbaladiza colcha dorada. No se había imaginado que la llevaría allí y ahora la mujer estaba tumbada ante él, bañada por la luz de la lámpara de la mesilla, y le observaba con la serenidad de una gata, con los ojos del mismo color que el tejido que tenía detrás. El pequeño reloj de cristal encima de la cómoda hacía tictac con una simple insistencia. Sobre la cama colgaba una pintura de torpe factura que representaba unas olas rompiendo contra las rocas. Un pañuelo de terciopelo naranja cubría la mesilla de noche. La sangre rugía en los oídos de Fidelis. La madera de la cama había sido repasada recientemente con cera de abeja. Cuando se inclinó sobre ella, Fidelis percibió un aroma a sol en las sábanas. Respiró un olor a tierra en su piel cálida cuando Delphine se acercó a él, apenas una fracción de segundo, pero enseguida se apartó con brusquedad. Se sentó en el borde de la cama.

—Mira —dijo Delphine, y entonces notó cómo el corazón le latía demasiado deprisa—. Tengo que decirte algo —su boca se secó y sabía a óxido. Buscó algo más que decir, nerviosa, deseando de pronto no haber tomado la decisión de contarle lo de Roy. Lo había meditado, lo había imaginado todo y escrito en su mente. Se estremeció y se obligó a soltarlo sin ambages; le daba lo mismo que sonara como una réplica de teatro mal interpretada—. ¡Soy la hija de un asesino!

Desconcertado por este repentino giro, Fidelis se incorporó un poco aturdido, pensando que quizá se había dejado embrollar y engañar por los vericuetos fonéticos de la lengua inglesa. Tal vez había dicho algo totalmente diferente. Esperó y escuchó mientras Delphine proseguía con la dramática explicación y recreación de lo que Roy había reconocido antes de morir, y de cómo había reaccionado ella a su confesión. Conforme hablaba, atormentándose por lo que su padre tuviera o no en la cabeza y asumiendo toda la culpa y luego rechazándola, Fidelis no pudo evitar que irrumpieran sus propios

fantasmas.

Uno tras otro, Fidelis vio los rostros de los hombres a los que había destruido, como en las páginas de un álbum o de un libro funerario de recuerdos. No podía detener su mente y dejar de pasar las páginas, como tampoco podía detener el viento que soplaba en las praderas. Conforme la voz de Delphine le rodeaba más y más, se tumbó en la cama y cerró los ojos ante el banal protocolo, pero las imágenes invadieron la oscuridad y se fueron perfilando con más y más detalle. Abrió los ojos y fijó la mirada en el semblante de Delphine, pero ya no oía una palabra de lo que decía. Vio al quinto hombre que había matado. Un soldado rubio, que se parecía mucho a Pouty Mannheim, había alargado la mano encima de un saco terrero para ¿qué?... una taza de té, tal vez... una taza de hojalata en la mano de un amigo. Después, había abierto la boca e inclinado la cabeza hacia atrás como si se dispusiera a entonar el principio de una canción. La bala le había alcanzado en pleno rostro y Fidelis vislumbraba ahora esa cara, como tantas veces le sucedía. Cabello rubio, un agujero oscuro y rojo, un vacío. Orejas. Vio esa *no cara*. Seguía viva. La *no cara* le conocía y no moría nunca. Los demás, lo mismo. Los veía a todos en cuanto se abría el álbum.

A veces, en su cabeza, si se ponía de pie sobre la cubierta y mantenía el libro cerrado bajo las mismas botas de tachuelas que había llevado entonces, funcionaba. Intentó cerrar el libro, ahora también, concentrándose hasta el punto de sudar. El fango embarraba sus botas. Percibió un olor a descomposición y muerte. Había sido despiadado e implacable, y había atraído sobre él y todos los que le rodeaban el fuego vengativo y personal del enemigo. No era de extrañar que los demás hombres le hubieran odiado y temido, salvo Johannes.

—¿Estás bien? —preguntó Delphine, conmovida.

Fidelis sabía que Delphine le había contado algo que para ella era tremendamente importante, pero era incapaz de recordar gran cosa de lo que había dicho. Debía distraerla. Fidelis cogió el rostro de Delphine entre las manos y se concentró intensamente en sus rasgos.

—*Es macht nichts* —dijo en alemán, con la esperanza de que Delphine supiera interpretar sus palabras del modo más reconfortante para ella.

Después, serenó su corazón, su respiración y sus pensamientos, y se hundió en ella hasta que su corazón latió con fuerza, su respiración le arrancó los pulmones y sus pensamientos se convirtieron en colores cambiantes que se desgarraban suavemente en un sinfín de fragmentos que caían como gotas de lluvia a su alrededor, semejantes a una luz natural.

Mucho más tarde, mientras se alejaba de la pequeña casa a pie en el corazón de la noche y en el centelleante aire azul, Fidelis supo que algo había cambiado. De arriba abajo por el centro de su cuerpo, sentía la circulación de la sangre por primera vez en su vida, como si agitadas moléculas hirvieran lentamente de la cabeza a los pies. Como si estuviera ebrio, más de una vez estuvo a punto de perder el equilibrio. Le invadieron, en un momento dado, unas extrañas ganas de gritar y voceó al viento lóbrego y retumbante,

con infinitos y oscuros rastros de paja extendiéndose a su alrededor. El trigo nuevo que crecía. No había nada que le devolviera la voz, ningún eco, tan sólo un horizonte difuso. Se imaginó que el sonido daba la vuelta al mundo y que las apagadas vocales reverberaban en sus hombros antes de que se moviera, y se echó a reír. Fue el grito, el sonido, lo que le reveló más tarde, mientras alcanzaba las afueras iluminadas del pueblo y se acercaba a su propia casa, lo que le había sucedido. Había perdido la quietud, la capacidad de estar absolutamente inmóvil, el don que había poseído antaño de ralentizar los latidos del corazón y de no respirar apenas. Todo estaba trastocado. Ya no podía hacerlo. Se había acabado. Sin embargo, no le importó. Se dijo que ya no necesitaba ese tipo de quietud, de inmovilidad, de ausencia, para sobrevivir.

Las paredes del dormitorio que Fidelis había compartido con Eva estaban enyesadas en un tono arce claro. Al morir Eva, Tante se había llevado su ropa para repartirla entre los necesitados. Había reclamado para sí las figuritas de porcelana de Eva y sus joyas, y había empaquetado todo lo que carecía de valor o era demasiado personal o incluso macabro: los peines de carey de Eva, cartas de su familia, algunos libros acompañados de notas personales intercaladas y estampas de ángeles, vírgenes, santos y mártires católicos. Una vez que todo había sido recogido, Fidelis durmió en la alcoba. Pero era evidente que no hacía más que soportar ese espacio y sólo lo utilizaba porque no tenía otro sitio donde dormir. Allí se quedaba inconsciente y volvía en sí prestando poca atención a lo que le rodeaba. El único y alargado alféizar estaba repleto de piezas mecánicas, botellas de cerveza, tazas desconchadas, ceniceros atestados y plantas muertas.

Un día que había poco trabajo en la tienda, Delphine limpió el dormitorio. Dividió los trastos en varios montones que colocaría en el lugar adecuado o tiraría a la basura. Todavía quedaban algunas pertenencias de Eva: una chaqueta, un zapato olvidado, unos polvos y un cajón con combinaciones que Delphine guardó con cuidado en una caja de cartón. Fidelis había llevado la vieja cama que había compartido con Eva al dormitorio de los muchachos y había adquirido una nueva, de un estilo más sencillo, y una cómoda a juego, ambas teñidas de un intenso color cereza. Delphine había comprado una colcha para la cama, que ahora extendía sobre el lecho. Estaba tejida con hilos de un intenso rojo y violeta, unos tonos hermosos y profundos. Dio un paso atrás y contempló la cama que resplandecía en la habitación. Frotó un poco de aceite de almendras en la madera de la nueva cómoda y sacó brillo al espejo. Cuando sus ojos se cruzaron con su propio reflejo, sin embargo, tuvo que parar y sentarse en el borde de la cama. Respiraba muy rápido, de pánico y no de agotamiento. El miedo le agarrotó el corazón y le oprimió el pecho. ¿Amaba demasiado a Fidelis o en realidad no le amaba en absoluto? Sus ojos parecían atenazados por el deseo. No saldría nada bueno de todo aquello. No tenía ningún control sobre lo que él pudiera hacerle ni tampoco dónde acabaría toda su historia. ¿Y qué pasaría si se muriera algún día? ¡Eso sería el colmo! Le ardía la garganta. Las lágrimas le laceraban los ojos. Hundió el rostro entre las manos y respiró hondo la oscuridad detrás de las palmas. Cuando alzó la mirada, pensó en decirle que no

deberían haberse casado. Todavía podía marcharse. Sí, ¡podía salir de su vida! Pero lo único que hizo fue salir del dormitorio a un pasillo algo más largo y recorrerlo hasta la tienda.

Mientras caminaba sobre las baldosas marrones y blancas hacia la puerta de pino teñido que separaba la tienda del resto de la vivienda, tuvo la extraña sensación de que las paredes se habían estrechado levemente y el pasillo era más profundo de lo que recordaba. A lo largo de las paredes colgaban de ganchos de hierro o estaban guardados en armarios todos los objetos que servían para llevar el negocio: delantales manchados, toallas, recipientes de madera repletos de tornillos, pernos y clavos de más. Herramientas para arreglar las cámaras frigoríficas y fabricar nuevas estanterías. Catálogos, folletos y listas de precios. Muestras y marcas de prueba. Impresos de facturas y rollos de papel encerado. A mitad de camino del pasillo, en la zona menos iluminada, Delphine se detuvo y respiró profundamente el aire que olía a sangre seca y papeles viejos. Especias, aceite para el pelo, leche fresca y suelo limpio. Todo estaba allí. Respiró la paz del orden que había logrado establecer. Una fuerte bocanada de placer la embargó. De pronto sonó la campanilla de la puerta en la tienda y Delphine apuró el paso para ocupar su puesto detrás del mostrador.

Los Schmidt ya habían cambiado su apellido a Smith y los Bucher eran ahora el señor y la señora Book. Los alemanes colgaban banderas americanas en la puerta o en las ventanas de sus casas, y se expresaban en el escaso inglés que sabían. En la jocosa cofradía de cantantes se instaló cierto malestar. Detrás de la cocina de Fidelis, los hombres estaban sentados a una tosca mesa de madera en el pisoteado césped debajo del tendedero. Una cubeta de hojalata galvanizada contenía hielo y cerveza fría, mientras la cerveza tibia se guardaba en un barril poco profundo. Fidelis creía que la cerveza fría dañaba el estómago y sólo se tomaba la suya después de que el sol hubiese acariciado largamente la botella. Abrió una mientras escuchaba. Chester Zumbrugge estaba preocupado por si cantar en alemán pudiese interpretarse como un acto de traición.

—No es que pueda considerarse como un verdadero delito. ¡Ni que nos vayan a llevar a los tribunales! No obstante, tenemos que pensar en el sentimiento del pueblo.

—¡Esos boches están machacando a los malditos polacos! —declaró Newhall—. Me da igual lo que digas, son una máquina de guerra.

—Son una banda de malditos carniceros —dijo Fidelis, y los hombres se echaron a reír.

Fidelis intentó partir una nuez con los dedos, pero se le resbaló. Hizo tres intentos hasta conseguir romper la cáscara y lanzarse el fruto a la boca. Partió otra, esta vez con un rápido movimiento. Pero no dijo nada más. Pete Kozka entró en el patio.

—¡Mirad quién está aquí! —exclamó Pouty.

Tendió una cerveza a Kozka con una mano y le estrechó la mano con la otra. Sal Birdy le dio una palmada en la espalda. Newhall asintió con la cabeza, con alegría, y sacó una silla. Habían perdido a Chavers y después al sheriff Hock. Y no hacía mucho a Roy Watzka. Su número iba menguando, por lo que se alegraron cuando uno de sus antiguos compañeros reapareció. Los hombres se aclararon la voz, buscaron el tono y allanaron

con un trago de cerveza el camino para cantar. Se inclinaron unos hacia otros, muy concentrados, y se dejaron llevar por la música.

Aguardaba junto a la ventana una mañana
Indolente y despreocupado
Saludé al cartero que sonrió sin avisar
Y me dijo que haría un día soleado

El aire caliente refulgía en el césped
Me entregó el correo sin miramientos
Y desapareció sin sospechar
Que traía una carta con un ribete negro

Ay, madre, madre, ya voy...

—¿Tenemos que cantar esa canción? Me parece macabra y creo que deberíamos cantar cosas más alegres —declaró Newhall.

—¿Como, por ejemplo? —preguntó Zumburugge—. Dime una sola canción alegre que no sea una soez canción de borrachos.

—Canciones americanas —explicó Fidelis, al tiempo que abría otra botella de cerveza.

Entonaron todas las canciones patrióticas que conocían, y éstas ya se tornaban aburridas ahora que las cantaban una y otra vez en cada reunión. Normalmente les salvaban las canciones que habían heredado de Roy, aprendidas en la selva de vagabundos, y ahora empezaron a cantar la que comenzaba con «Cuando era soltero, tenía los bolsillos llenos de dinero», y enlazaron con una serie de baladas de chicas asesinadas, que interpretaban con una armonía conmovedora y lúgubre a la vez, que les producía una enorme satisfacción y siempre hacía reír a Delphine. Las endechas sobre la Gran Guerra que Roy les había enseñado se agotaron mucho antes que la cerveza y tuvieron que pasar a lo que Kozka llamaba el himno nacional polaco, pero que se había convertido en una canción americana, la canción favorita de las tropas que marchaban: «Saquen un barril». Después, continuaron con una canción que habían aprendido de Cyprian, un vals méti llamado «La canción de la botella», que siempre interpretaban con exagerados ademanes alzando los ojos al cielo con falso estilo francés.

*Je suis le garçon le moins heureux dans ce monde.
J'ai ma brune. Je ne peux pas lui parler.
Je m'en irai dans un bois solitaire finir mes jours à l'abri
d'un rocher
Dans ce rocher avec une haie, claire fontaine...
J'avais bon Dieu, j'avais bon.*

*Ah! mon enfant, j'aimerais ton cœur si je savais être aimé.
Ah! amis, buvons. Caressons la bouteille.
Non. Personne ne peut prédire l'amour.*

Soy el muchacho más infeliz del mundo.
Tengo a mi morena, con quien no puedo hablar.
Me marcharé a un bosque solitario donde acabaré mis días
Al abrigo de una roca
Con un seto y una fuente de agua clara...
Dios mío, allí estaré bien.
Ay, hija mía, amaría tu corazón si supiera ser amado.
Ay, amigos, bebamos. Acariciemos la botella.
No. Nadie puede predecir el amor.

Después de que los hombres se marcharan, Fidelis se quedó sentado solo en el patio. A medida que iba cayendo la noche, terminó la cerveza y cantó para sí, ensayando viejas melodías que nadie más conocía, todas en alemán. Salió la luna, como un iridiscente disco dorado que se fue marchitando hasta adoptar un tono plateado antes de recobrar la luminosidad conforme se elevaba en el cielo. La voz de Fidelis se fue difuminando hasta convertirse en un canturreo apagado. El jardín, el jardín lleno de maleza de Eva que Delphine cuidaba a medias, susurraba y crujía a su alrededor. La música de los saltamontes surgía y se apagaba en oleadas. En algún lugar, una rana croaba con voz ronca de deseo. Los cerdos chillaban en el corral del matadero. Pensó en Franz, Markus, Erich y Emil, y recordó el momento en que había estrechado en sus brazos a cada uno de sus hijos. Se dejó llevar. Unos sollozos le atenazaron el pecho y le ardían los ojos. Su voz tembló cuando entonó la canción llena de reproches del enemigo, «Lili Marleen», y sintió una intensa rabia. Eran sus enemigos, y sus hijos lucharían contra ellos y salvarían a sus hermanos. «Lili Marleen.» Incluso la melodía de esa vieja y sensiblera mamarrachada le llenó de vergüenza. Se apoderó de él una necesidad imperiosa de contemplar la cara de sus padres y reprimió ese sentimiento con un largo trago de cerveza.

El ejército de los abetos blancos

Delphine siempre había sabido que su cuerpo no estaría dispuesto a darle hijos, no después de lo que había visto en el sótano de la casa de su padre. Sufría esa carencia menos que otras mujeres, tal vez porque había ayudado a criar a los hijos de Eva. Sobre todo Markus soportaba el peso de sus cuidados maternos. Delphine había observado que, tras su resurrección de la tierra, Markus se había convertido en un muchacho muy diferente del que excavaba túneles y libraba frenéticas guerras infantiles, se estampaba contra los árboles a bordo de carretas caseras y se caía de los trineos. Haberse quedado atrapado bajo la tierra había serenado su mente y enfriado su sangre. Se transformó en un gran lector, desarrolló una inteligencia de concurso radiofónico y se compró un tocadiscos. De su habitación manaban chillidos de cuernos, gruñidos humanos de saxofón y suaves volutas melódicas que se enrollaban hacia atrás. Algunos de sus profesores enviaban a casa notas elogiosas y otros afirmaban que era arrogante y deslenguado y que alborotaba la clase con tantas críticas y preguntas.

Cuando Markus era un niño, Delphine le regañaba por perder las manoplas y luego le tejía otras nuevas. Diseñaba estrategias alimenticias para combatir su delgadez, que no funcionaron. Conforme fue haciéndose mayor, Delphine le ayudó a estudiar y celebró los premios que conseguía en el colegio. Le consoló cuando tuvo que llevar gafas y le obligó a ponérselas, con la secreta esperanza de que gracias a ellas se libraría de alistarse en el ejército. El chico hizo trampas en la prueba de agudeza visual (ella estaba convencida de eso) y se las arregló para que le aceptaran a pesar de todo.

El día en que se lo anunció, Delphine estaba preparada.

—Markus, siéntate conmigo.

Ilusionado, se sentó a la mesa de la cocina, confiado y exultante, para complacerla. Delphine ya sabía que no iba a hacerle caso ni a creerla, pero estaba decidida a amedrentarle.

—Markus, esto no es como en las películas, donde te disparan en el hombro o, incluso si te matan, mueres limpiamente. De una bala en el corazón. Los hombres son despedazados, una extremidad arrancada tras otra. Rotos en mil pedazos como una hoja de papel. Y la mitad de las veces se debe a algún error y es el propio bando el que mata a los suyos por accidente. Hagas lo que hagas, Markus, te lo ruego, por el amor de Eva y por tu padre y, aunque yo no sea tu madre de sangre, también por mí. Que no te manden a primera línea de fuego. Nadie les dice a los hombres jóvenes cómo es de verdad, Markus. Nadie dice que los muchachos terminan mutilados.

—¡Mutilados! —Markus la miró con condescendiente asombro—. ¿De dónde has sacado eso?

—Leyendo, y del sentido común —notó cómo se apoderaba de ella una ira desesperada por la actitud arrogante del muchacho—. ¿Qué te crees que hacen las bombas? ¿Que pueden distinguir a los alemanes y a los japoneses? ¿Que saben discriminar cuando caen cerca de nuestras líneas? ¿Y que luego te eliminan limpiamente, sin dejar huella? ¡Son trituradoras de carne!

—Mamá —dijo Markus, como si hablara con una loca—, tranquilízate.

—¿Es que somos una panda de pobres imbéciles? —estalló Delphine con vehemencia.

No era siquiera la guerra lo que la sacaba de quicio, era la hipocresía, la alegre fachada, las mentiras. Cogió una revista y pasó las páginas hasta detenerse en el anuncio de un dentífrico que animaba al lector a que enviara un tubo del producto a los muchachos que estaban en el frente.

—¡Como si lo peor que te pudiera pasar fuera un dolor de muelas! ¡Y mira éste!

Un anuncio de una goma de mascar que daba a entender que un chicle en cada carta combatiría la soledad e incluso aguzaría la capacidad de observación de las tropas.

—¡Así somos en este país! —vociferó—. ¡La destrucción es una manera de vender chicle!

Soltó la revista, casi llorando.

—Lo sé, mamá —Markus puso las manos en los hombros de Delphine y le dio pequeñas palmadas. Habló despacio sin el tono engreído de antes—. Tendré cuidado. No dejaré que nadie me mate ni me mutile. No soy como Franz, ¿sabes? Él era un piloto entrenado cuando se alistó. A mí... lo más seguro es que no me manden al extranjero.

Pronunció esas palabras con cariño para tranquilizarla. Pero, aunque Delphine se lo agradecía, se dio cuenta de que el chico pensaba y deseaba también que fuese de otro modo.

Hundió el rostro entre sus manos al tiempo que Markus continuaba dándole torpes palmadas en la espalda. Delphine sabía que el chico deseaba estar en otra parte. Notó cómo se le desgarraba el corazón en el pecho.

—Anda, vete. Es tu última noche aquí —dijo al final mientras se limpiaba la cara con el delantal—. Ve a divertirte.

—Aquí ya no tengo a nadie con quien divertirme —observó—. Voy a dar una vuelta y comprar el periódico.

Los ejércitos de soldaditos de sus hermanos seguían alineados por toda la habitación, a lo largo del tocador y el alféizar. Con los años, Markus se había desapegado de la colección, pero no la había llegado a quitar de allí. De hecho, al volver de su paseo, como no conseguía conciliar el sueño, pasó su última noche en casa poniendo la batalla a punto. Aunque fuese un gesto estúpido y sentimental, Markus enderezó los diminutos caballos y derribó a los tenientes, reorganizó una ofensiva y reforzó una posición. Conforme maniobraba, se quedó absorto en el juego. Rodeó a un variopinto grupo de reconocimiento con rocas y árboles de madera que los gemelos habían serrado de restos

de vigas y pintado con los colores crudos del bosque años atrás. Colocó los blindados, equipados con verdaderas orugas de caucho y banderas de hojalata. Los soldados llevaban minúsculos cascos que se les podían caer de la cabeza. Y los caballos –la caballería–, que evidentemente no podían rivalizar con ellos, fueron derribados y alcanzados, cuando, en un momento de fascinación, Markus alineó sus nidos de ametralladoras caseras ante ellos e hizo un barrido del terreno antes de mandar a los tanques. Cualquiera era capaz de ver que era una locura romántica enviar a hombres a caballo contra divisiones acorazadas, tal y como habían hecho los polacos cuando el Octavo Ejército de Blaskowitz avanzó hacia el este sobre Lodz, pero Markus colocó con gran esmero los soldados en sus monturas, encabezados por el oficial montado en su caballo en corveta.

Cuando Delphine y su padre se casaron, Markus se escondió detrás de la puerta del despacho para escuchar a su padre hablar por teléfono. Por las conversaciones apenas disimuladas entre Fidelis y Delphine, comprendió la verdad y supo que sus hermanos no volverían a casa. Fue entonces cuando tomó la decisión de no retirar los soldaditos de juguete. Nunca los guardaría. Tendría que tener preparados los juguetes de sus hermanos. Y, por tanto, como si los apasionados juegos que les habían entretenido durante horas, ensimismados en la minuciosa operación de colocar las piezas, fueran a atraer por su propia inercia, e incluso por su aspecto, a sus hermanos a casa, Markus había limpiado el polvo de la infantería y la había ordenado en una nueva y más rigurosa formación. Los mantenía a punto desde entonces. Dio un paso atrás y arrugó el ceño; acto seguido, tumbó unos cuantos soldaditos con el dedo de modo que apuntaran con sus fusiles hacia el techo. Su gesto le asustó de pronto. Preso de la superstición, enderezó de nuevo los soldados.

Al día siguiente, Markus subió al autocar con destino a Fort Snelling y Delphine hizo galletas hasta la medianoche. Después, se sentó a la mesa, leyó de manera distraída una pila entera de novelas baratas que había llevado a cuestas hasta casa desde la biblioteca municipal y comió la mitad de las galletas que pensaba mandar en su primer envío. A las dos de la madrugada, horneó una nueva bandeja y, cuando por fin se quedó dormida, soñó, por primera vez en muchos años, con los muertos del sótano, con Ruthie, que se levantaba y se acercaba a ella escupiendo nubes de polillas blancas.

Cuando se despertó en medio de la luz que entraba a raudales, Delphine supo que debía tomar medidas extraordinarias para preservar su salud mental y contener su angustia y su pena. Se imponía llevar a cabo una minuciosa evaluación. Debía mostrarse muy estricta consigo misma. Tenía treinta y cinco años y el muchacho al que consideraba hijo suyo ya era mayor y se había marchado. Desconocía la suerte que habían corrido los gemelos en Alemania. Su marido había logrado arrancarle una especie de amor. No una aventura romántica, después de todo. El peso de todo ello, una vez que sus sentimientos se habían apaciguado, era inmenso, como una mullida alfombra bajo la que dormir en lugar de un edredón de plumas. Se trataba de un amor trufado de afanes cotidianos, repleto de ventas y matanza de animales, y de remendar pantalones. Dormían

a pierna suelta, profundamente, y seguramente ambos roncaban. Fidelis seguía planchando sus camisas. Delphine se compró un intenso perfume francés e incordió a su marido por su delicada digestión. El suyo era un amor soportable y funcional, que Delphine atesoraba porque no ejercía sobre ella la influencia que había temido.

Delphine disfrutaba cada vez más vendiendo ultramarinos y productos cárnicos y llevando las cuentas. Mantener al día el inventario de la tienda satisfacía la tendencia obsesiva que mostraba por el detalle. Y también estaban las obligaciones oficiales que correspondían a su posición. Para su gran asombro, el mero hecho de casarse, seguir un horario cotidiano, cuidar todos los pormenores y atenerse a sus asuntos la convirtió en una de las damas más estables y respetadas del pueblo. Incluso le pedían consejo. Se ponía como ejemplo su forma de resolver los problemas. Todo el mundo admiraba su buen criterio a la hora de elegir cortes de carne económicos, así como su capacidad de ahorro. Sabía cuándo gastarse una moneda en publicidad o en un nuevo material y cuándo ahorrarla o comprar un bono de guerra. Y además leía: eso también era algo importante. La gente seguía sus recomendaciones o sacaba libros de la biblioteca que llevaran su prolija y sincera firma en las tarjetas guardadas en un pequeño sobre de cartón en el interior de la contracubierta.

Últimamente tenía menos tiempo para leer, menos tiempo para todo. La guerra transformaba el negocio en una frenética carrera. En cuanto querían darse cuenta, tenían pedidos atrasados. Los clientes surgían de la nada. Sinagogas de Minneapolis fueron a buscar a Fidelis para encargarle trabajos de carnicería que siguieran la tradición *casher*⁴. A la vez que el negocio prosperaba, los azotaba la penuria de la guerra. Aunque Fidelis poseía la codiciada pegatina «C» para la furgoneta de reparto, siempre andaban cortos de gasolina. El café desapareció. El Gobierno requisó la mantequilla de las lecherías, por lo que Delphine vendía barras de margarina con pequeñas porciones de colorante amarillo. Su proveedor sólo podía proporcionarle las conservas de peor calidad, y luego ya ni esas. No había huevos. Al parecer, todos se convertían en polvo para los soldados, según escribió Markus cuando les contó que su desayuno habitual consistía en huevos. Sólo vivía gracias a las golosinas en barritas Clark y cualquier fruta fresca que pudiera conseguir, y estaba muerto de aburrimiento. Delphine compró doce libros de bolsillo de la librería Modern y se los envió por correo en paquetes de dos. Dos Passos, Faulkner, Cather. Delphine parecía más atareada que nunca y, sin embargo, el desasosiego que la había embargado tras la marcha de Markus perduraba.

Delphine discutía con los proveedores, argumentaba en contra del racionamiento, inventaba ingeniosos anuncios en los que aparecían bromas, como el dibujo de una vaca con el lema: «Nuestra única clienta descontenta». Trabajó jornadas muy largas en la tienda, con la esperanza de terminar agotada. A pesar de ello, se despertaba cada noche a las cuatro en punto sin poder calmar su ansiedad. A veces notaba que Fidelis estaba despierto a su lado, pensando en los gemelos. «Son demasiado jóvenes», le repitió ella miles de veces. Esperaba hasta que su marido volvía a dormirse y, en cuanto su respiración se tornaba más profunda, comenzaba a dar vueltas en la cama. Intentó escribir, llevar un diario, pero sus tentativas la irritaron primero y la cansaron después.

Durante un tiempo, se dedicó a coser, pero luego las costuras y los patrones la pusieron nerviosa. Al final, comenzó a dar paseos nocturnos antes de irse a la cama.

Mientras Fidelis se preparaba para dormir escuchando la radio y dándose un caliente baño de pies con sales de Epsom, que su mujer le preparaba después de que él se tomara su primer whisky con soda, Delphine recorría las calles del pueblo. Al pasar delante de las casas iluminadas serenamente en el relente nocturno, se preguntaba si había adoptado los andares de garza de Paso-y-Medio. Quizá resultaba igual de excéntrica. Tal vez, por la noche, la gente en su casa la oía pasar y decía: «Ahí va la buena de Delphine».

Al pasar junto al cementerio donde yacían su padre y Eva, a menudo abría la cancela para hacerles una visita. Incluso de noche, el cementerio con sus cuadradas y contundentes lápidas de piedra resultaba un lugar sencillo y acogedor sin nada de la gloria ni el caos de la muerte. Todo era ordenado y prolijo, medido al centímetro. La tumba de Hock con su austero reborde de granito negro (lo había elegido previamente mucho antes) no era más que una triste curiosidad. La sepultura de Roy olía levemente a aguardiente. Eva había elegido ser enterrada en Argus y no enviada de vuelta a Alemania. Pero a veces le había entristecido la idea de quedarse para siempre en un país tan nuevo, lejos de las tumbas de su madre y su padre, sin la compañía de sus antepasados. Delphine había plantado un pequeño pino detrás de la sepultura de Eva con suficiente espacio para que pudiera crecer. Hallaba cierto consuelo en imaginar cómo las raíces se habrían abierto camino bajo la tierra para mecer a su amiga. Una noche, a pesar de la frialdad del suelo, Delphine se envolvió en el abrigo y se sentó debajo del pino. Escuchó el suave murmullo del viento entre las agujas y se imaginó que ese sonido recorría las alargadas raíces de tal modo que Eva también podía percibir la belleza de esa música.

—Si no te hubiese conocido —le confesó a Eva—, tal vez habría continuado mi camino. Pero lo curioso es que te llevaste contigo mis ambiciones y me dejaste con tu vida. Ahora yo tengo tu vida. Me he hecho cargo de todo esto.

Fidelis había comprado una parcela funeraria, en la que él yacería junto a Eva. Delphine había solicitado el otro lado, pero ahora pensaba que preferiría que Eva estuviese entre ambos. Más allá estaba Roy. «Al menos tendré a Roy a mi lado para toda la eternidad —se dijo Delphine—, contándome al oído chistes escabrosos.» Pero en esa oscuridad fresca y ventosa, también sintió la infinita soledad que sólo pueden experimentar quienes han padecido una gran pérdida en la niñez. La muerte de su madre había hecho de Delphine una mujer muy fuerte, pero también la había llevado a vivir como una persona malherida, arrojada a una búsqueda desesperada, una mujer práctica proclive al abatimiento. Incluso ahora que podía considerarse próxima a la mediana edad, echaba de menos a su madre. Mientras acariciaba las gélidas briznas de hierba en la sepultura de Eva, se apoderó de ella una súbita y apremiante necesidad de tumbarse y escuchar la tierra, como si fuera a sentir bajo sus oídos el latido de un inmenso corazón y a quedarse hipnotizada igual que un bebé que oye latir la sangre de su madre.

Al entrar en la cálida cocina, Delphine descubrió a su marido leyendo el periódico, sentado en una silla y con los pies en remojo. La mujer había calentado el agua todo lo

que él era capaz de soportar, pero ahora se había enfriado. Delphine le miró: se había dejado bigote y éste crecía totalmente cano, aunque su pelo mantenía el mismo tono ruano que cuando le conoció, salpicado aquí y allá por huellas de la edad. Delphine se palpó su propio cabello, un poco más apagado y menos abundante, a pesar del generoso champú de nogal negro que compraba a su proveedor. Aun así había mantenido su belleza; lo sabía por la exasperación de las clientas que se mostraban celosas y después – suponía Delphine– se marchaban profiriendo palabras de condescendiente compasión por su incapacidad para procrear, que le permitía mantenerse así de joven, pero que, según ellas, no valía la pena considerando las alegrías que proporcionaban los hijos.

Delphine se sentó en un pequeño taburete delante de Fidelis y le envolvió los pies en su regazo. Tenía los pies blancos y pesados como la loza de un lavabo. La indefensión del carnicero residía en la delicada piel, la sorprendente curvatura y la geométrica fragilidad de los dedos. Delphine se echó en las manos un poco de linimento de eucalipto de una botella grande y marrón y masajeó los pies de su marido para activar la circulación. Después, le cortó las uñas y cubrió los pies con sal marina gruesa y frotó de nuevo para limarle las callosidades. Por último, se echó un poco más de linimento en las manos y friccionó con más ahínco. Fidelis soltó el periódico y gruñó aliviado conforme las manos de Delphine le masajeaban, y le dio las gracias con voz avergonzada. Estos cuidados siempre le hacían sentirse incómodo, pero era incapaz de resistirse a ellos. Nunca se había curado de sus viejas heridas de guerra por congelación, y últimamente había comenzado a sufrir calambres y cierto entumecimiento en los dedos de los pies.

Cuando sus pies estuvieron a buen recaudo, enfundados en unos calcetines de lana, Fidelis se sirvió otro trago, pero esta vez de ron. Intentaba acostumbrarse, ya que el whisky del otro lado del Atlántico escaseaba. Delphine guardó la palangana para los baños de pies y se sentó a su lado. «Me he perdido a Dios –pensó–. Pero no me he engañado a mí misma. Sigo pensando que Dios es un canalla borracho que no ha vuelto a pensar en el mundo desde que lo creó. Antaño un genio, vale, se lo concedo, pero un artista soberanamente descuidado que ha arrojado al infierno sus pinturas y sus esculturas más extraordinarias y ha dejado que el diablo se cague en ellas.»

–Hay que leer entre líneas –dijo Delphine a la vez que daba un golpe a los titulares del periódico de Fargo: Guadalcanal. Stalingrado–. Ninguna presencia divina consentiría tan funesto espanto. ¿Qué clase de Dios es éste? –preguntó a Fidelis.

Fidelis no respondió porque se había acostumbrado a su ruidosa lectura del periódico, cuando lanzaba angustiadas respuestas ante las listas de los caídos de Dakota del Norte. Nunca le había molestado que le bombardeara con ideas estrafalarias, historias curiosas, penas variopintas u opiniones exaltadas sacadas de quién sabe dónde. Además, en lo que se refería a Dios, estaba de acuerdo con ella aunque rezara todas las noches por sus hijos, al igual que había rezado bajo el fuego enemigo, a sabiendas de que era inútil pero sin más alternativa que pedirle ayuda a Dios. Se inclinó en el espacio que le separaba de Delphine y la besó en la frente. Era un gesto de cariño poco habitual en él. Sus manos bajaron por el cuello de la mujer. Ladeó la cabeza y volvió a besarla, despacio, y después se apartó. Delphine le miró a los ojos y los hoyuelos en punta de cuchillo se hicieron más

profundos a cada lado de su sonrisa. Se levantaron. Solemnemente, con la perra a la zaga, procedieron a comprobar toda la casa y la tienda, para asegurarse de que las puertas estaban cerradas y las luces apagadas. En algún lugar de la parte delantera de la tienda, Fidelis le tomó la mano. Agrietadas, cuarteadas y cubiertas de cicatrices, sus manos se unieron y encajaron como los fragmentos de una vieja cerámica. Cogidos de la mano, cruzaron el pasillo hasta el dormitorio y cerraron la puerta tras de sí.

Afuera, la perra blanca avanzó por el pasillo con pesados dolores de perro anciano y se detuvo en la penumbra de la tienda, medio ciega y con el hocico levantado, comprobando que todo estaba en orden. Cuando quedó complacida, regresó por el mismo pasillo, traqueteando con las garras por las baldosas de linóleo. Ante la puerta del dormitorio, el animal hizo una breve pausa y sus orejas, unas puntas provistas de un suave pelo en el interior, se erizaron hacia delante con preocupada atención antes de relajarse. Dio dos vueltas y se tumbó en un rincón fresco que le gustaba particularmente, se giró sobre un lado y alargó las patas como si se hubieran detenido en plena carrera.

La guerra de Emil fue muy corta. No tuvo que mentir sobre su edad porque el ejército necesitaba refuerzos con urgencia y alistó a toda su clase de la *Adolf Hitler Schule*, incluidos los profesores y los jefes de sección. Tanto Emil como Erich fueron merecedores de grandes elogios y destacaron en el campamento de selección para servir como oficiales. Habían planeado su ingreso en la división de las juventudes hitlerianas de las Waffen SS para pasar así toda la guerra el uno junto al otro. Pero, nada más empezar, Emil pisó una mina enterrada en un prado de ovejas. Su flamante uniforme voló en pedazos antes siquiera de poder mancharlo o ensuciarlo. Un torbellino verde pasó delante de sus ojos y se dio cuenta con asombro de que se hallaba boca abajo en el aire, mirando la hierba. Murió antes de aterrizar en ella. Una fotografía de Tante se empapó de sangre en su bolsillo y un trozo de caramelo de miel se quedó frío en su boca. Su abuela le había obligado a llevarse caramelos de miel. Recordaba cómo el padre del chico había sobrevivido a la Gran Guerra gracias a la miel y esperaba que protegiera del mismo modo al hijo.

Erich siguió adelante, aunque andaba medio perdido, tras la brutal separación de su hermano gemelo. Había jurado luchar hasta la muerte, y esa fórmula jamás decayó, pero descubrió que, cuando los bombardeos se hicieron continuos, no le obedecían los intestinos. Sus manos abrazaban paralizadas los sacos terreros. Sus dedos se quedaban agarrotados y apretaba los puños. El juramento sagrado que había pronunciado y la *Kameradschaft* a la que se aferraba no le protegían de la lluvia de sangre, vísceras, sesos e indistintos jirones de carne ni tampoco siquiera, en una ocasión, del prodigio de un muchacho convertido en una explosión de vapor rojo. Estuvo sin dormir cuatro días con sus noches cuando cayó prisionero, pero aun así, por una especie de instinto de supervivencia, se contuvo de mascullar una respuesta en inglés cuando los GI que le habían desarmado afirmaron:

—Éste no es más que un crío, apuesto a que todavía no tiene ni pelusilla en los huevos.

Pero, además, ¿qué podía haber contestado, se preguntaba, si el soldado más bien

tenía razón?

Más tarde, hizo un vago intento por coger el fusil del GI y se acurrucó en el acto cuando fue apartado violentamente con un insulto.

—Odio a estos mocosos de las tropas de asalto. Son una panda de malditos renacuajos.

—Son un jodido veneno —escupió otro soldado—. Deberíamos matarlos. Ahorrarnos las molestias. Además ¿adónde coño vamos a llevarlos?

El primer soldado dio un paso atrás, alzó su M-1 y, en el momento en que parecía estar dispuesto a disparar, Erich se horrorizó al oírse gritar:

—¡Por el amor de Dios, señor, por favor no me mate!

—¡¿Qué coño?!

—Nací en Dakota del Norte —balbuceó Erich con voz entrecortada—. Mi padre todavía vive allí.

—Hay que joderse. ¿Qué haces aquí, mocoso de mierda?

—Me enviaron aquí antes de la guerra.

—Entonces ¿qué coño eres? ¿Un puto nazi o un puto americano?

Erich se quedó todavía más anonadado por su súbito alarido:

—¡No tengo ni puta idea de lo que soy, señor, pero no tengo pelos en los huevos!

Los americanos estallaron en una enorme carcajada y sus compañeros de clase de la *Hitler Schule* —los dos que quedaban— miraron a Erich con perplejidad e indignación, mientras decidían si el muchacho poseía una inteligencia superior, desconocida hasta ese momento, o si, bajo la presión de la batalla, había perdido el juicio por completo.

Tal vez aquello había funcionado. Quizá los ejércitos de plomo que Markus había ordenado con sumo cuidado antes de marchar llevaron a Erich a casa. Por supuesto, Erich no podía saberlo. Pensaba en sus juguetes de la misma manera que pensaba en su infancia, mientras el vagón totalmente vaciado del tren americano en que viajaba junto a otros doscientos presos se dirigía hacia el norte, como pudo distinguir con dificultad porque era de noche, con destino a alguna parte cerca de los Grandes Lagos, tal vez Wisconsin o Michigan. No recordaba nada de la geografía del país; había olvidado todo lo que había podido de los Estados Unidos. Tras la odiosa infamia de su rendición, Erich ocultó que entendía y hablaba perfectamente inglés. En su grupo había fervorosos nazis que habían jurado castigar a todo prisionero que colaborase con el enemigo. Por ello continuó mostrando un receloso y retraído mutismo. Durante toda la travesía del país, se había quedado mudo además ante lo que descubría al otro lado de las ventanas del tren. Lo mismo les sucedía a los demás prisioneros. Todos esperaban el momento de regodearse ante la visión de kilómetros y kilómetros de ciudades bombardeadas, campos devastados, cultivos calcinados y granjas arrasadas, como aseguraban los reportajes radiofónicos en Alemania. Sin embargo, se habían adentrado más y más en una tierra extraña, alegre, bulliciosa y sorprendentemente intacta. Los prisioneros quedaron trágicamente asombrados y desconcertados. Más tarde, algunos se sentirían traicionados. Otros buscarían excusas de su propia invención. Erich no hizo ninguna de esas dos cosas, pues su cerebro estaba demasiado atareado, angustiado y grávido de recuerdos

emocionados y desesperación.

Continuaron avanzando más y más hacia el norte, hasta internarse en los bosques de pinos. Allí, los oriundos del sudoeste de Alemania se sintieron como en casa y señalaron, asintiendo con la cabeza, a la inmensa y oscura masa de abetos que se arremolinaban, balanceaban y erizaban en la azulada luz del amanecer. El tren giró y penetró entre los árboles, el bosque pareció cerrarse sobre ellos. En una pequeña estación, les esposaron las manos a una cadena y bajaron de los vagones en una larga fila antes de caminar durante kilómetros por unas carreteras embarradas. Era el principio del verano y las moscas negras hacían estragos. Cuando uno de los hombres levantaba la mano encadenada para espantar a una mosca, toda la cadena tintineaba y las manos de los demás prisioneros se agitaban, pero las moscas eran tan agresivas que los hombres no podían evitar intentar aplastarlas.

—Pero ¿adónde coño van a ir? —gritó un soldado americano que los vigilaba. Eran seis guardias en total—. ¡Quitadles las cadenas!

—No —respondió el oficial, pero sin mucha convicción. Los prisioneros de guerra alemanes no escapaban en este país, encontraban a sus primos o a antiguos vecinos de su pueblo. Trabajaban en las granjas y les pagaban bien. Nadie debía hablar con ellos ni hacerles fotos, ni darles de comer, ni siquiera darse cuenta de que estaban ahí, pero mucha gente lo hacía.

La hilera de prisioneros continuó avanzando entre tintineos y sacudidas bruscas, pero los hombres caminaron en silencio hasta que alcanzaron un recinto cerrado en medio del bosque. Había una empalizada que rodeaba todo el campamento, profundamente afianzada en la tierra, y numerosas hileras de alambrada de distintos grosores clavada en los troncos de pinos. Bobinas de alambradas con púas descansaban en el suelo a ambos lados. Sin embargo, debido a los árboles circundantes y al azul del cielo, el lugar no parecía tan inhóspito. Vivirían en sencillos barracones de madera. A pesar de la confusión y el poso de los recuerdos, Erich entró allí con un sentimiento de ligereza que casi le ahogó. Formaron una fila para recibir el uniforme de trabajo azul con el escudo «PW»⁵. Les dieron sobretodos, zapatos, cuatro pares de calcetines, camisetas interiores, calzoncillos e incluso una camisa de lana y un impermeable. Les proporcionaron dos mantas, cepillos de dientes, jabón y una pequeña toalla a cada uno. Erich aceptó cada artículo y frunció el gesto ante la involuntaria satisfacción que sentía. Tal vez se debiera al aire fresco, se dijo, que le afectaba al cerebro. O al hecho de que iban a desempeñar trabajos de leñador: un buen trabajo duro para no pensar en nada, algo que su cuerpo ansiaba. Y luego la comida, servida sin más demora con cucharón desde grandes calderos ardiendo en las escudillas de hojalata en la cabaña central, le resultaba dulcemente familiar. Había alubias guisadas; no había probado el sabor fuerte de la melaza, el picante de la mostaza en polvo, la grasa ahumada de cerdo en esta particular combinación desde que era niño. De pronto, pensó en Delphine. Aunque estaba hambriento, comió despacio, con una mezcla de respeto y vergüenza, rebañando el plato con un pan blanco cortado en forma de una página cuadrada y tierna.

No había carne salvo el escaso tocino, pero cada hombre recibió un montoncito de

maíz en salsa blanca y una enorme patata asada. En cada plato pusieron con un suave golpe un trozo de manteca de cerdo. Tenían derecho a una pieza de cinco centímetros cuadrados de pan de maíz blanco en el que vertieron un poco de jarabe de maíz Karo. Cada hombre recibió la comida con los ojos clavados en ella como si fuera a esfumarse. Algunos se guardaron la patata en el bolsillo, respiraron el olor dulce del pan de maíz o dejaron los platos limpios antes de llegar siquiera a la mesa. En el interior de la inmensa sala reinaba un silencio absoluto. Sólo se oía el chirrido de las cucharas metálicas. La humedad animal de la masticación. Permanecían en silencio no sólo porque estaban hambrientos sino porque comprendían, por la calidad y la cantidad de la comida, y por el hecho de que era transportada de una manera u otra a ese lugar tan remoto para alimentarlos a ellos –la escoria, los prisioneros–, que Alemania había perdido la guerra.

Utilizaron sierras circulares para tronzar los árboles más gruesos y sierras suecas para cortar las ramas en los senderos. Emplearon rastras de cadenas, un par de camiones pesados y, para los árboles más alejados, disponían de dos mulas a las que llamaron Max y Moritz. Uno de los soldados encargados de la vigilancia hablaba un alemán aceptable y era el responsable de censurar el escueto periódico que los hombres elaboraban con una imprenta manual. Si bien en el pasado siempre se había creído que ninguno de los hijos Waldvogel había heredado la voz del padre, Erich desarrolló la suya en cuanto alcanzó la adolescencia. Había abierto la boca un día para canturrear de forma poco melodiosa y cerró enseguida la mandíbula muy sorprendido cuando un profundo y rico sonido manó de su boca. Para matar el tiempo en aquel hermoso lugar, comenzó a cantar, y pronto otras voces se unieron a la suya; las canciones sustituyeron a las palabras y convirtieron el canto en un acontecimiento de cada noche con el fin de romper la monotonía.

Las canciones influían en sus emociones y penetraban en sus sueños. Por las noches, en los barracones, los hombres gritaban dormidos, tosían, se tiraban pedos, roncaban, resoplaban y a veces gruñían de forma poco melodiosa en la oscuridad. Erich los oía cada noche, ya que era insomne, mientras escuchaba los ruidos en el exterior. El suave susurro de los pinos, el ulular de los búhos, extraño y ahogado. Soñaba con regresar a Ludwigsruhe, se preguntaba si volvería a ver a su abuelo, a quien adoraba, o a comer las salchichas que solía robar por la noche para compartir con Emil en la cama. Pensó en su hermano, pero sin emoción. Había adormecido su corazón. Evitó y luego apartó todo pensamiento acerca de su familia en América. Dar a conocer los detalles de su identidad o sacar provecho de su educación americana podría costarle la vida. Corrían rumores acerca de prisioneros de guerra alemanes cortados en pedazos y calcinados, cuyos restos eran esparcidos en el bosque por los *Heiligen Geist*. Desaparecían si se volvían demasiado amables con los americanos, según se murmuraba. En realidad, nadie conocía ni había visto o hablado con nadie que lo supiera a ciencia cierta. Pero algunos de los presos más antiguos sembraban el terror en el corazón de aquellos que no se mostraban lo bastante leales a Alemania. En cuanto a Erich, durante su implacable y feroz entrenamiento y sus años de formación, se había convertido, en lo más hondo de su ser, en un auténtico alemán. Es decir, que había sustituido su infancia por una nueva capa de

pureza. Convicción, lealtad hasta la muerte y odio hacia los débiles. Vivía simplemente, según un único, inmenso y arrollador juramento.

Mazarine salió detrás de la casa, vació el orinal de su madre, volvió con paso lento y dejó el recipiente galvanizado en la desvencijada escalera de atrás. La madera sin pintura de la humilde casa seguía combada y grandes matas de cardos y bardanas habían crecido alrededor del retrete exterior. No importaba. Las malas hierbas estaban repletas de gorjeantes pájaros: minúsculas currucas de pecho dorado, verdecillos, gorriones comunes. «Que la casa se venga abajo», pensó Mazarine. ¿A quién le importaba? Desde luego no a su madre, que la llamaba ahora con un hilo de voz desde la cama para reclamarle un vaso de agua. Mazarine no le hizo caso. Junto a los escalones destartalados crecía una lila, que había plantado ella misma de un esqueje algún tiempo atrás, y que desprendía un gran cono perfumado. Mazarine atrajo la rama hacia su cara y respiró el aroma dulce que siempre la inundaba de una profunda nostalgia. El rocío de la lila se deslizó por su cuello. El sol ya calentaba en la hierba. Mazarine era un tanto torpe con un martillo y unos clavos en la mano, pero había encontrado ambas cosas la víspera y ahora se volvió para ajustar las tablas deterioradas por las nevadas y procuró arreglar lo mejor que pudo los daños ocasionados durante el invierno. El ruido de los martillazos tapó los incesantes gritos y las quejas de su madre, cuando ésta se levantó para ir a la cocina a sacar agua de la bomba instalada en la casa y tal vez incluso a encender un pequeño fuego para prepararse unas gachas.

Mazarine había asistido a la escuela de Magisterio de Moorhead y poseía ahora un diploma. Había regresado cuando Roman resultó herido en la guerra y recibió sus medallas. Su madre se metió en la cama y no había vuelto a levantarse, así que Mazarine se quedó. La escuela de Argus la necesitaba además para ocupar temporalmente el puesto y, por tanto, se había hecho cargo de una clase de cuarto de primaria. Habían transcurrido ya seis meses y Mazarine llegó a la conclusión de que su madre seguramente permanecería en la cama hasta que la casa se derrumbara a su alrededor. Ya se lo imaginaba: los ratones royendo las endebles paredes y las lilas creciendo hasta invadir su lecho; golondrinas y pájaros carpinteros anidando justo encima de la cabeza de su madre e imitando, en lugar de aprender sus gorjeos de pájaro, los gemidos de su madre: «¿Mazarine? ¿Mazarine?», mientras la luz se filtraba por las tablas de madera en mal estado.

Estabilizó el peldaño de abajo con una roca arrastrada desde un lateral de la casa y, después, se sentó de nuevo en la madera erosionada por el tiempo. El olor del sol en la madera le recordó el aroma salado, polvoriento y estival del cabello de su hermano. Atrajo hacia ella un ramo de flores y respiró hondo. La lila se había beneficiado de la desidia de su madre, que vertía el agua sucia por la ventana en vez de salir por la puerta. Conforme se elevaba en el cielo el sol primaveral, la fragancia se volvía más intensa. Mazarine palpó el costado de su falda y despertó el crujido de la carta en el bolsillo.

Delphine me ha dicho que has vuelto al pueblo y que todavía no has encontrado a nadie en este

vasto mundo con quien casarte, de lo cual me alegro. Yo tampoco. Vuelvo a casa muy pronto y tendrás que verme, te guste o no, porque yo no he podido olvidarte ni un solo minuto y te sigo queriendo.

Franz

«No debería volver a verle –se dijo Mazarine–. Le perdí una vez y no quiero pasar por ello de nuevo.» Pero Franz debía de haber escrito algo a Delphine sobre sus intenciones y sentimientos, porque esa tarde, a la hora de la salida de clase, Delphine aparcó la furgoneta de la carnicería junto al colegio. Bajó del coche y se dirigió al patio donde se encontraba Mazarine, con el vestido y el cabello revueltos, riéndose con los juegos de los niños.

–Bueno, estará aquí mañana o pasado mañana –anunció Delphine–. Hasta hemos recibido una llamada de teléfono.

Mazarine no fingió un solo momento de ignorancia, aunque nunca habían hablado de Franz desde el día del entierro de Roy Watzka, años atrás.

–Tienes buen aspecto –dijo Delphine, con ojo un poco crítico, como si estuviera examinando a la joven por cuenta de su hijastro.

Después, se echó a reír y apartó de un gesto su minucioso escrutinio. Se sentía un poco avergonzada por tener que evaluar a cada chica en que se fijaban los muchachos: no le había gustado aquella joven Zumbrugge de antaño. Gracias a Dios no sabía nada de las mujeres a las que Franz sin duda habría conocido durante sus permisos. Además, siempre le había gustado Mazarine, aunque todavía tenía esa persistente sensación de que debía rescatar a la joven de la situación que vivía con su madre. Aunque Delphine admitía que ella misma había sido más bien incapaz de encontrar el modo de manejar a su padre cuando éste vivía. Y Mazarine daba la impresión, sin lugar a dudas, de arreglárselas bastante bien. No se había cortado el pelo ni hecho una permanente, como era el caso de tantas jóvenes ahora, y una espesa melena le caía todavía por los hombros, aclarada por el sol durante las horas transcurridas en el patio del colegio. Era una de esas maestras que enamoran a los alumnos. Tenía las mejillas sonrosadas de tanto correr con los niños, y sus ojos castaños, siempre vivaces y expresivos, habían perdido esa expresión hambrienta que tenían cuando era una niña escuálida. Aunque le preocupara la difícil recuperación de Roman, pensó Delphine, y probablemente estuviese agotada de cuidar a su madre.

«¿Cómo está la vieja babosa?», tuvo ganas de preguntar Delphine. En cambio dijo:

–He oído que tu madre está otra vez en la cama.

Mazarine asintió con un frío y aséptico movimiento de cabeza. Se mostraba muy susceptible en lo que concernía a la reputación de su madre. Preguntó si Franz viajaría en tren o en autocar. Delphine contestó que en tren y que, si ella fuese Mazarine, estaría atenta a la furgoneta de Fidelis con Franz al volante nada más oír el silbido del tren.

–Si no antes –puntualizó Delphine con voz divertida y cara de póquer–. Parece dispuesto a saltar del tren en marcha y partir con ventaja.

El sol caía con fuerza sobre la ribera del río y calentaba los troncos grises y cuarteados que se balanceaban por encima de la fuerte corriente primaveral. El aire era seco y la vieja hierba que quedaba, aplastada por la nieve, formaba en el suelo una especie de polvoriento relleno de paja. Mazarine se acomodó y estiró un enorme y viejo abrigo de lana marrón sobre sus rodillas. Franz, con la ropa de su padre que le había tomado prestada pero con el pesado abrigo de Navidad que había recibido de Alemania tanto tiempo atrás, se sentó a su lado sobre la dura y seca hierba. Estaba lo bastante cerca de ella como para rozarle la mano, pero no lo hizo. Además, Mazarine no tardó en deslizar los dedos en los pliegues de las mangas y apartó la mirada para fijarla en la otra orilla.

Al otro lado del borboteo del agua, los árboles cargaban las frágiles enredaderas de pepinos silvestres del año anterior: los zarcillos y las ventosas caían de las ramas como cabello. Aquí y allá, en las recientes heridas de la orilla donde un árbol había sido arrancado por el estallido de la primavera, o donde el hielo había desprendido limpiamente un buen trozo de tierra, permanecían algunos montones de nieve sucia. Los cuervos, los primeros pájaros en volver, revoloteaban con estridentes graznidos entre la delgada capa de ramas. Se entrecruzaban a toda velocidad como cruces y estrellas negras, y su gritos parecían impregnados de un sentido febril.

—Supongo que deberíamos hablar —dijo Franz al fin.

—De acuerdo —respondió Mazarine.

—No es que sepa exactamente por dónde empezar —prosiguió con una risa incómoda.

Había olvidado lo reservada y serena que era. Le recibió con la misma gravedad con que se habían separado. No se removía nerviosamente, ni jugueteaba con el pelo ni retocaba el carmín de sus labios ni hablaba de cosas triviales, y él se lo agradecía. Sin embargo, echaba de menos esas cosas que hacían las demás mujeres. Esos gestos le ayudaban a mantener una conversación superficial. Prestarse atención a sí mismo resultaba una tarea incómoda. Le habían sucedido tantas cosas. De regreso de la guerra, se sentía terriblemente extraño, dislocado, incluso amenazante, como un fantasma que surge para espiar a los vivos.

—He pensado en ti todo el tiempo —confesó, sin poder contenerse.

Mazarine asintió, sin quitar los ojos de los árboles velados y los estridentes cuervos.

—¿Y qué pensabas?

—Te hice daño.

Se mostraba indeciso, pues pensaba que debía abordar primero su antigua fechoría y pedirle perdón, por si acaso era lo que se esperaba de él.

—No, no lo hagas —sacó una mano de la manga, la agitó y volvió a guardarla—. Nada de eso importa ahora, ya no.

Franz sabía muy bien que era verdad, que ambos sin duda habían superado esos tiempos, pero creía tener que rendir cuentas por haberla hecho sufrir en el pasado. Esperaba incluso que le exigiera alguna forma de humillación. Cualquier otra mujer lo habría hecho, pensó, y posiblemente cualquier hombre también. Pero se dio cuenta de que a Mazarine no le importaba eso y, aunque admiraba su indiferencia respecto al pasado, también le desconcertaba. ¿En qué punto se encontraban, entonces, si no podían

poner el reloj a cero y arreglar las cosas?

—Has escrito —dijo Mazarine—, pero no has contado lo que te ha pasado de verdad. Has estado en todas partes. Te han pasado muchas cosas —se volvió hacia él; sus ojos eran muy claros, por lo que resultó muy fácil mirarla directamente—. Crees que no quiero saberlo. Pero sí quiero saberlo —dijo—. No lo puedo saber si tú no me lo cuentas, y si no lo sé... —se detuvo, con la voz un poco temblorosa en el límpido aire primaveral y el rostro invadido no de lástima sino de una íntima serenidad que a él le dejó sin aliento—. ¿Adónde vamos?

Habían alcanzado el meollo de la cuestión y Franz experimentó un ataque de pánico. En un primer momento fue incapaz de responder.

—De todos modos, ya no voy a estar en primera línea en la guerra —empezó al fin en voz tan baja que se fundía con el murmullo del río helado—. Voy a soltar paracaidistas o remolcaré planeadores hasta desengancharlos. Ya no soy piloto de caza, ni tampoco pertenezco a una unidad de bombardeo pesado. Piloto un C-47. Es un avión de carga. Evacuo a los heridos, llevo abastecimiento: comida, ropa, medicamentos, cosas así.

Mazarine asintió, dejando que el silencio se instalara entre ambos y deseando que continuase.

—Me han reasignado —retomó Franz—. Estaba... —buscaba la palabra, pero en realidad no había ninguna—. Agotado, supongo.

Mazarine permanecía callada, sabiendo que se trataba de otra cosa. Respiró más despacio y se le encogió el corazón dolorosamente; le ardía la piel y no podía evitar imaginarse arrojándose hacia él algo aturdida. Tuvo que cerrar los ojos y apartarse. Sabía que no debería haber accedido a verle. Su presencia resquebrajaba las barreras que había levantado y despertaba en ella desdichados deseos, pensamientos y esperanzas.

—Quiero oír lo que te ha pasado —pidió al cabo de un momento con voz impasible. Señaló la carnicería, río abajo—. Es que no hay otro sitio por donde empezar —dijo suavemente—. Ninguno de los dos es el mismo. Pero yo soy diferente por cosas pequeñas, buenas y manejables. Tú lo eres por... cosas que yo ignoro.

Le miró tan largamente con ojos tranquilos y cálidos que Franz se volvió hacia ella. Mazarine abrió los brazos y le sacudió suavemente con una exasperada ternura. Franz estaba jadeando, con la respiración entrecortada por el esfuerzo que le suponía no recordar. Tenía mucho frío. Avergonzado de sus manos temblorosas, juntó los dedos entre las rodillas. Se mordió el labio, del mismo gris que la corteza de los árboles, e intentó controlar las absurdas ganas que le invadieron de arrancarse la ropa y tirarse de cabeza al río, crecido por la nieve derretida. Mazarine se dio cuenta de que el chico sentía un irrefrenable deseo de huir y lo besó para disipar su miedo, si es que podía hacerlo tan sólo con un gesto.

—Me derribaron —confesó Franz de pronto, como si el beso le hubiese soltado la lengua—. Aquélla fue la primera vez. La siguiente, el motor del avión me dejó tirado. Lo peor de todo fue ver morir a mis amigos. Vi cómo Schumacher se arrastraba en un arrecife negro en la costa de Córcega. Había saltado en paracaídas. En otra ocasión, vi desaparecer a Tom Simms... Su paracaídas había sido destrozado por el fuego antiaéreo

pero no se percató de ello hasta que se abrió y se desintegró encima de su cabeza. Dio dos pequeñas patadas, como si quisiera impulsarse en el aire, y luego simplemente se rindió. Me imagino que debió de ser algo parecido a un sueño. No lo sé.

Mazarine deslizó la mano de Franz en la manga de su abrigo para calentársela. Con la otra mano, el chico recorrió el brazo de Mazarine y la metió en la otra manga de su abrigo; después, se arrodilló ante ella sujetándola por los codos y la miró a los ojos.

—Espero que haya sido parecido a un sueño —dijo Mazarine.

Un enorme velo de tristeza envolvió a Franz. Odiaba sentirse al borde de las lágrimas y consiguió reprimir un sollozo de ronca ira. Obligó a su boca a moverse y habló de forma atropellada con voz neutra.

—Distinguía haces de luz justo debajo, la segunda vez, pero no me llegaba el sonido de los disparos, por lo que comprendí que me había quedado sordo. Me flaquearon las piernas y seguramente no habría tenido la fuerza necesaria para desabrocharme el arnés si no hubiese... —pero Franz tuvo que luchar por encontrar las palabras y calló.

—Si no hubieses ¿qué?

La respiración de Franz se aceleró, e intentó serenarse el pulso. No se atrevía a contárselo ni siquiera a Mazarine. Había oído la voz de una mujer que le llenó de una poderosa seguridad. La voz de Eva. Extendió los brazos y no se sorprendió al sentirla delante de él. Cerró los brazos y abrazó la cintura de su madre. Cuando dio un paso al vacío, tenía los ojos inyectados en sangre. Ciego, la sujetó firmemente. Mientras caía, oyó cómo contaba con una voz suave y melodiosa, en alemán, como hacía cuando era niño, primero en los dedos de él y luego en los suyos, hasta que el paracaídas se abrió y la tierra viró bruscamente para ir a su encuentro.

—Parte del diseño —dijo cansado, desplomándose.

Mazarine volvió a besarlo y lo envolvió cuidadosamente a su lado entre los enormes pliegues del abrigo que la cubría como una espesa manta. Se recostaron contra una inmensa raíz que sobresalía de la tierra como un pie herido.

Abrazado a Mazarine, Franz respiró el viejo aroma a agujas de pino, la inocencia de la cocina del desayuno. «Nunca me cansaré de su olor —pensó—, nunca.» Olió su perfume a maestra de escuela, a ceras de colores y a papel nuevo y rígido, al mismo jabón en polvo azul que siempre había caído en finos hilos de los dispensadores metálicos encima de los lavabos del colegio de Argus. Olía a cartones de leche, polvo de tiza y tulípanes. Le recordaba las normas de urbanidad: manos limpias y buenos modales con el vecino. Franz se sintió flotar en un duermevela hipnótico. Se relajó contra su cuerpo mientras Mazarine le estrechaba entre sus brazos, acariciándole el pelo y con la mirada fija en el cielo, escuchando su dificultosa respiración, el impaciente flujo del río y las agrias disputas e intimidantes bravatas de los cuervos que revoloteaban por las fustas y mayales de las ramas de la primavera.

Por la manera en que Franz y Mazarine se movían el uno junto al otro, era evidente a los ojos de Delphine que eran amantes. Nada que la mayoría de la gente hubiese notado: todavía se mostraban demasiado tímidos como para cogerse de la mano delante de sus

padres. Se trataba más bien de una sensación, como si fueran dos bailarines dibujando líneas en lugares corrientes. Se inclinaban el uno hacia el otro, fuese cual fuese la tarea que desempeñaran. Embelesados y electrizados, se echaban a reír con demasiada facilidad, se quedaban sin aliento y gesticulaban con una inesperada torpeza. Al día siguiente de la marcha de Franz, Mazarine hizo una visita a Delphine. Las dos mujeres trabajaron codo con codo, moviendo las manos con desesperación. Apenas hablaron. No podían dormir. Tardaron varios días incluso en poder pronunciar el nombre del joven.

Delphine sintió un alivio que la dejó algo aturdida cuando recibió una carta de Markus anunciando que había suspendido las pruebas de visión y que seguramente le destinarían a trabajos de oficina en la OCS⁶ durante el tiempo que quedaba de la guerra. Delphine estaba eufórica –le parecía que el destino les había concedido alguna forma de reparación en el diseño de todas las cosas– y por fin comenzó a dormir. Markus escribía diez o veinte veces más cartas que Franz, y más tarde pudo hablarles de su trabajo, que comportaba escribir otras cartas. Cartas fantasma, escritas por un fantasma para fantasmas y sobre fantasmas. Así eran las cartas que él redactaba. Delphine no comprendió una sola palabra hasta que regresó a casa.

Markus se había convertido en un joven enjuto, pensativo y con ademanes de profesor. Aun así, tenía la risa fácil y un talento travieso para las imitaciones. Por supuesto, Delphine esperaba que estuviese cambiado. Estaba impecable. Un paquete de tabaco cuadrado formaba un bulto en el bolsillo de la pechera y el chico estaba perfectamente arreglado. El almidón no había desaparecido de los pliegues del pantalón y de la camisa. El rostro parecía más delgado y cansado, pero sus ojos seguían siendo los de Eva, grávidos de una penetrante tristeza y un generoso buen humor. Caminó hacia su padre y, sin abrazarse, ambos hombres se sentaron para beber cerveza. De vez en cuando, intercambiaban unos sonidos breves y medio carentes de sentido. Estaban tan incómodos conversando juntos que se sentían perdidos sin la presencia de Delphine. De modo que la mujer se unió a ellos, con su propia cerveza, y preguntó a Markus de qué trataban las cartas que escribía.

–De tipos muertos, mamá –explicó–. Se me dan bien las condolencias y los comandantes me entregan listas de nombres para que escriba cartas de pésame a los padres. Por supuesto, yo jamás he conocido a esos tipos. Nunca he sabido cómo vivieron ni quiénes eran ni cómo murieron. Me he vuelto un maestro en el arte de crear obras de ficción, supongo que podría decirse así, pero lo odio.

Bebió un largo sorbo de la fría cerveza y los tres dejaron que creciera un leve silencio alrededor de la mesa. Después, Markus dejó bruscamente la botella y dijo:

–He venido por otra cosa... No sabía si contároslo, porque podría no ser más que una historia descabellada. Pero veréis... –Markus enderezó los hombros y se cruzó las manos. Después las soltó, tamborileó con los dedos en sus rodillas y se dirigió a la encimera de la mesa con el ceño fruncido, como si no estuviese seguro de decir lo que se disponía a decir–. Hay un tipo –empezó al fin–. Me topé con él y nos fumamos un cigarrillo juntos porque era del Medio Oeste, de Illinois además, en fin, y le acababan de trasladar. Bueno, intercambiamos nuestros nombres y cuando oye mi apellido, me lo

hace repetir dos veces y cambia de cara, como si le recordara algo. De pronto, chasquea los dedos y me dice: «Ya sé por qué me suena tu cara... y el nombre también. Hay un tipo que se parece un poco a ti y tiene ese mismo apellido Waldnosequé en el campamento donde yo estaba destinado como centinela allá en el norte». ¿Su nombre de pila? No lo sabía. Era un prisionero de guerra.

Fidelis dejó la cerveza lentamente y con gran precisión. Corrigió la posición del vaso en la mesa y levantó la cabeza. Lanzó una mirada interrogante a Markus y, cuando su hijo le devolvió la mirada mordiendo el labio y asintiendo levemente, Fidelis hundió el rostro en las manos. Durante un largo tiempo, ninguno habló. En la cocina reinaba un confuso silencio hasta que se oyó el irritante chirrido y luego el zumbido de los generadores de las cámaras frigoríficas al otro lado del patio, debajo de la parra silvestre. Schatzie apareció en la puerta y Delphine se levantó para dejarla pasar. Todos observaron a la perra mientras cruzaba la habitación tranquilamente hasta ocupar su lugar en el pasillo. Markus tomó otro sorbo de cerveza y habló de nuevo:

—El tipo dijo algo más... que os tengo que contar. Dijo que ese prisionero nunca hablaba, sino que cantaba. «Canta bien este Waldvogel.»

Fidelis se juntó los dedos y empezó a asentir con la cabeza con la mirada perdida delante de él.

—He conseguido una autorización. No ha sido tarea fácil, pero tengo los papeles aquí mismo —Markus se palpó el bolsillo de la pechera—. Así que mañana mismo subiré al norte —anunció con voz muy suave.

—Iré contigo —declaró Fidelis—. ¿Podemos conseguir que lo liberen de ese sitio? *Er ist ein Junge*.

—Lo sé —dijo Markus—, pero dudo de que lo suelten. La verdad es que sé que no lo harán, papá, pero podemos ir a verle. Eso ya es algo. Algo enorme, papá. No sabes el trabajo que me ha costado ni los hilos que he tenido que mover.

Juntos y sin mediar palabra, ambos hombres se dirigieron a cerrar la tienda. Trabajaron codo con codo, limpiando el material, comprobando los frigoríficos y contando y guardando el dinero de la caja.

Delphine los dejó marchar y se quedó en la cocina. Se puso a ordenar y fregar cacharros con gran estruendo. Como siempre hacía cuando algo le preocupaba, se dedicó a cocinar. «Galletas», pensó de forma distraída, mientras mezclaba los ingredientes y tamizaba la harina. Galletas de jengibre. Medir las cantidades y ligarlas le ayudaba a aclararse las ideas. Subir al norte: no quería ir, era una pura intuición. No quería ver derrumbarse a los hombres si el chico no era Erich o Emil, y tampoco quería verlo si se trataba de uno de ellos. Habría demasiado que responder en demasiado poco tiempo. Cómo habría cambiado y cómo habría sobrevivido. Cómo entró en la guerra, en primer lugar, siendo tan joven. ¿Y tendría noticias de su hermano gemelo? Quizá sólo buscaba protegerse a sí misma, pensó al tiempo que introducía la bandeja de galletas en el horno. Y volvió a pensar lo mismo a la mañana siguiente mientras miraba a Markus y a Fidelis que se alejaban del patio por la carretera. Protegerse a sí misma. Tal vez su lugar fuese en realidad estar sentada al lado de su marido, sujetarle la mano en el coche mientras

viajaban. Pero no podía hacerlo. Por todas esas razones. Y también porque había una voz en su interior que había planteado una pequeña y terrible pregunta, una pregunta silenciosa, una que no era capaz de pronunciar en voz alta. Porque se hablaba de ello en todas partes, rumores y horrores salían a la luz, y no le quedaba más remedio que preguntarse, a la vista de lo que leía en las revistas y los periódicos, si habían matado a... en su cabeza dijo «gente inocente» o «civiles», pero en su corazón pensó «judíos».

A medida que abandonaban las llanuras de Dakota del Norte y se internaban en los arenosos bosques de pinos y en la ondulante pradera del centro de Minnesota, que atravesarían durante todo el día, Markus sintió el deseo infantil de pedirle a su padre que le cantara en el coche. Su padre tenía abierta la rejilla de ventilación lateral y fumaba, pero dejaba que el humo se desvaneciera en las volutas de aire. Markus se habría puesto a cantar él mismo, como una manera de comenzar sin tener que pedirselo directamente a su padre, pero se avergonzaba de la poca calidad de su voz áspera, carente de armonía, nada melódica, un talento que le habría gustado haber heredado. En cambio, poseía la mente curiosa de su madre –suponía–, su energía para aprender cosas nuevas y su naturaleza hipersensible. Lo habría pasado mal durante la instrucción militar si además no hubiese aprendido de Delphine a ser ocurrente y a tener respuesta para todo, y a no dejar que le tomaran el pelo. Si no hubiese aprendido de los amigos de su padre a jugar bien al póquer... Gracias a Dios jugaba a las cartas, sabía apañárselas en un juego de hombres; si no, le habrían pisoteado.

La carretera era estrecha, plagada de baches y algún derrumbe, y los dos hombres se dirigieron lentamente hacia el norte antes de girar hacia el este, adentrándose en un bosque cada vez más profundo. El antiguo guardia de la prisión había dibujado un mapa del lugar, algo que tal vez no debería haber hecho, pensó posteriormente. De todas maneras, Markus sabía más o menos lo que andaba buscando. No sería un secreto de Estado. El campamento estaba situado en la linde de unos terrenos forestales del estado, que sí estaban señalizados. Y no había más que una vía férrea bastante visible que la carretera bordeaba durante mucho tiempo.

Llegaron al lugar a última hora de la tarde, recorrieron el simple surco de un camino forestal y aparcaron el coche delante de la entrada de troncos y alambradas. Sólo había un centinela, demasiado indolente y con el uniforme arrugado. Los detuvo, comprobó la documentación de Markus y les hizo algunas preguntas. Asintió con intrigada sorpresa al descubrir que uno de los prisioneros podía haber nacido en América en realidad.

–Tienen que esperar; están fuera, quemando rozas –les explicó.

Markus y Fidelis se quedaron en el coche con las puertas abiertas, mientras respiraban el aire fresco de los pinos y comían alguna de las chocolatinas que Markus había comprado en el economato del ejército. No eran de las que podían adquirirse más o menos en cualquier parte y guardaron una. Después, intentaron no fumar demasiados cigarrillos ni decir demasiadas veces: «Me pregunto si será uno de ellos» o «Lo más probable es que no sea él». Intentaron mantener una conversación inteligente, pero, sin la presencia de Delphine, se hacían un lío y al final resultaba más cómodo quedarse

sentados, sin más, en silencio, dejando que sus pensamientos divagaran, encendiendo y apagando cigarrillos.

Procuraron no saltar de golpe cuando los hombres regresaron, pero no pudieron contenerse y se pusieron de pie junto al coche mientras escudriñaban con detenimiento a los hombres conforme se acercaba el grupo de trabajo por la carretera. Enseguida reconocieron a Erich. Todavía era un hombre fuerte, rubicundo y con el pecho de un toro, y tenía las mismas mechas rubias en su pelo castaño. Vestía una vieja y raída chaqueta de uniforme, el traje azul de prisionero de guerra y un desgastado peto. Él también los vio enseguida, sobresaltado por sus gritos. Se dieron cuenta de que los había reconocido por el involuntario fogonazo de furia que vieron en sus ojos, una conmoción que consiguió disimular apartando la vista de ellos. Erich fijó la mirada ante él, en la puerta de entrada, mantuvo un rictus inflexible cuando ambos se precipitaron hacia él y ni siquiera se volvió cuando los guardias americanos los retuvieron. Cuando Erich pasó delante de ellos, le hablaron, le gritaron nombres y preguntas angustiadas. Pero Erich contrajo el gesto, entrecerró sus ojos pétreos y hundió las manos en los bolsillos cuando le empezaron a temblar.

Algo en la cabezonería infantil de su hijo, tan parecida a la suya, propulsó a Fidelis más allá del resbaladizo límite de la preocupación y el alivio, a un violento arrebató de rabia. Su acceso de cólera fue tan repentino que abrió la boca y rugió en la espalda de su hijo, que se alejaba, una vieja amenaza que solía emplear cuando Erich era niño. Después, soltó su invectiva completa, que siempre paralizaba a todos los que le rodeaban y hacía retroceder a los niños hasta dejarlos petrificados.

–HeilundKreuzmillionenDonnerwetternocheinmal!

Algunos de los otros prisioneros se detuvieron, y un par de ellos sonrieron, sorprendidos, al pensar que oían blasfemar a su propio padre, pero Erich no volvió la mirada. Siguió caminando. Apretó las manos con más fuerza y torció la boca en un gesto de escarnio. Se recompuso y ordenó sus pensamientos. No estaba dispuesto a poner su vida en peligro por una simple cuestión de sentimientos. Además, no era quien creían que era, en absoluto. Su padre era un anciano ahora, arruinado, perdido, estúpido por haber viajado hasta allí en busca de alguien que él creía que era Erich. Este hombre que había viajado hasta Dakota del Norte para vender sus salchichas tenía ahora un aspecto enclenque y derrotado. En absoluto heroico, ni siquiera fuerte. Los motivos que le habían llevado hasta allí no representaban nada, del mismo modo que el hombre tampoco significaba nada, se dijo Erich. Y qué amenazas más ridículas, como si pudiera hacerle daño a un soldado entrenado, mucho más fuerte en cuerpo y más astuto en mente de lo que –Erich estaba convencido– había sido Fidelis Waldvogel en toda su vida. Como si cualquier cosa que bramara Fidelis pudiese afectar a Erich. Casi se echó a reír al recordar la verga de toro colgada de un clavo detrás de la puerta, que antaño le asustaba. Ahora parecía una tontería, casi inofensiva. El brazo de su padre había sido un hierro candente. La mirada azul y furiosa de su padre le había dominado. Y la dulzura que su padre mostraba en raras ocasiones había convertido a sus hijos en esclavos de esa eventualidad. Nada más. Erich continuó caminando, ni siquiera se volvió cuando gritaron

otra vez el nombre de Emil. ¡Así que aún no lo sabían! «*Ist gestorben*», pensó con ira. «Lo mató una de vuestras minas terrestres. *Leck' mich am Arsch*», deseaba gritar. Habían matado a su hermano, a su otra mitad. ¿Qué querían ahora? Pero después de todo, lo habían entrenado para no mostrar sus reacciones y se recordó a sí mismo que todavía estaban en guerra. A diferencia de la mayoría de los prisioneros a su alrededor, Erich no se había tragado la derrota de Alemania por la abundancia de comida ni por la amabilidad de los vecinos de la zona, ni siquiera por los guardias americanos con quienes hablaban en alemán. El fanatismo de Erich era el de un muchacho culturalmente inseguro. Había luchado arduamente para ser alemán, y ni siquiera el cautiverio lograría destruir lo que había soportado cuando lo enviaron a Ludwigsruhe. El nuevo padre de Erich era una frontera en un mapa, el gusto por una canción determinada, un trozo de bosque, una calle. Era un amor tan imperecedero como la derramada sangre de su hermano o la nostalgia de Fidelis o los sufrimientos de esta guerra. Era una idea que le hizo traspasar sin vacilar las puertas de la cárcel.

Fidelis permaneció callado mientras Markus daba marcha atrás en el coche hasta la carretera, dio la vuelta y enfiló el camino de regreso a casa. Condujeron hacia el sur a través de los pinos y, posteriormente, de una maraña de abedules, arces y un pequeño monte de álamos de segunda y tercera repoblación. Atravesaron pequeños pueblos, cada uno con su calle principal bien ordenada con la iglesia, la oficina de correos, la tienda de ultramarinos, la ferretería y la cafetería. Markus abrió la boca en una o dos ocasiones para decir algo a su padre, pero enseguida perdió las ganas y continuó sumido en un estado de introspectiva tristeza, hasta que les quedó poca gasolina en el depósito del coche.

Se detuvieron en una pequeña gasolinera de mala muerte que se encontraba pegada a una taberna. El empleado apareció para llenar el depósito, y Markus y su padre echaron un vistazo hacia la puerta del bar. Era una puerta roja y cochambrosa, rodeada de unas vistosas cornamentas de ciervos. El local no tenía ventanas.

–Vamos a tomar algo –propuso Fidelis.

Markus aparcó el coche y los dos hombres entraron por la extraña puerta con cornamentas en una pequeña y oscura sala de mesas de madera. Una luz ámbar iluminaba la tranquilidad de la última hora de la tarde mediante unos pequeños apliques con forma de velas en las paredes. Ambos pidieron un whisky caro. Fidelis lo apuró de un solo trago y alargó el vaso para que se lo rellenaran. Markus pidió un sándwich de jamón e indicó al camarero que le llevase otro a su padre, que miraba la barra con el ceño fruncido al tiempo que apuraba un segundo whisky y se tomaba después un tercer trago, esta vez una cerveza más económica, más despacio. Todavía no habían dicho una sola palabra acerca de la visita. Quizá no lo harían, pensó Markus. La apacible oscuridad del bar los envolvió. No había más clientes y no se oía más que el relajante y apagado tintineo de platos y vasos que alguien fregaba en la cocina. Markus miró fijamente a su padre y apartó la vista enseguida. Las manos de Fidelis, que sujetaban el vaso, reflejaban una palidez sobrecogedora a la luz del bar, y Markus se dio cuenta de que, bajo todos los

cortes, cicatrices y callosidades, esas manos escapaban del control de Fidelis. El hombre se cuidó mucho de no mostrar la menor señal de torpeza y apoyó los dedos firmemente en la mesa. Aun así estuvo a punto de volcar el vaso en un momento dado. Luego, ensimismado, intentó agarrar el vaso pero no atinó; aquello sobrecogió a Markus y le llenó de desazón, por lo que se alegró cuando los bocadillos llegaron para ocupar sus manos y sus bocas.

Eran unos maravillosos sándwiches de antes de la guerra. El pan era fresco y denso, recién horneado. Pan de pueblo untado con una suntuosa capa de auténtica mantequilla dulce. El jamón estaba ahumado en su punto, curado y cortado en una gruesa y generosa loncha. Venían acompañados de un plato de crujientes pepinillos en vinagre de eneldo, troceados en delgadas rodajas verdes. Comieron con una lenta gratitud. Fidelis observó:

–Debió de pensar que se había vuelto loco cuando nos vio a los dos allí.

–Seguro –asintió Markus.

–Deberíamos escribirle, para que se vaya haciendo a la idea –prosiguió Fidelis, animándose conforme el whisky y la cerveza serenaban sus pensamientos–. Para que sepa que vamos a volver.

–¿Vamos a volver?

–Es un cabezota, pero acabaremos con su cabezonería.

Ahora que sabía a qué atenerse, Markus se echó a reír.

–Cree que puede hacerse el cabezota. Muy bien. Nosotros también nos haremos los cabezotas.

Fidelis pidió otra cerveza y esta vez la bebió con un gesto tranquilo y amistoso; habló a su hijo en tono conspirativo.

–Vamos a secuestrar a ese maldito hijo de puta.

–Sí, señor –asintió Markus.

Su padre apuró la cerveza de un suave y largo trago, y luego se levantó para dirigirse a los servicios y orinar. Tuvo que sostenerse en la mesa cuando se alejó. Markus se dio cuenta de que su padre se iba aferrando con la mano a los respaldos de las sillas al pasar entre las mesas y que, cuando llegó al final de la barra, se tambaleó y enderezó antes de continuar con una solemne laxitud, que casi disimulaba el hecho de que estaba borracho.

–Franz ha escrito más de una página, lo cual demuestra que está loco por ti –dijo Delphine a Mazarine, que había ido a visitarla a la tienda–. De hecho, ha escrito seis páginas enteras.

–En realidad, son siete –corrigió Mazarine, un poco intimidada.

La curva del bebé asomaba ahora sus siete meses de embarazo por encima de los muslos, bajo un ridículo y florido vestido premamá decorado con un lazo de un blanco resplandeciente. Había impartido clases en la escuela hasta la semana anterior y había quien afirmaba que no debía dejarse ver en su estado para no influir en los niños. Al menos no pudieron decir todo lo que les habría gustado añadir a las habladurías. Enseguida, en cuanto Mazarine le contó lo del bebé, Delphine se hizo cargo de todo. Fue a una joyería de Fargo y compró una alianza de la talla del dedo de Mazarine y se lo dio,

diciéndole: «Esto les cerrará el pico». Después, Franz le envió un anillo de compromiso con un diamante, de modo que tuvo uno para cada mano. Llevó ambos y dejó que la gente especulara, aunque Mazarine se decía que a quién le importaba eso cuando había una guerra. ¿No era suficiente que una nueva vida estuviera de camino?

Delphine arqueó las cejas.

—Y te has guardado la última página en el bolsillo.

Mazarine le había llevado la larga carta de Franz —toda salvo la última página, en la que se concentraba todo lo que era íntimo entre ellos—. El chico sabía que sus padres y Mazarine compartían todas las cartas que recibían de él porque no podía escribir muy a menudo. Todos vivían en un estado de incertidumbre que se alargaba con los meses y se dejaba notar sobre todo en los ojos de Mazarine.

—Pronto todo habrá acabado —dijo Mazarine—. Lo presiento. Sólo hay que leer entre líneas.

Ahora que Delphine se sentó a su lado ensimismada en la lectura de la última carta, la joven se colocó la mano en la tripa. La capacidad de su delgado cuerpo para expandirse de un modo tan asombroso resultaba a la vez emocionante y fastidiosa. Las mujeres le contaban historias horribles sobre sus propios embarazos y se alegró de padecer sólo las habituales molestias: tediosas náuseas, escozor en los pezones, insomnio, dolor de espalda. Más difícil que las alteraciones físicas era soportar los repentinos cambios emocionales. Cuando se veía atrapada en una de esas grandes redes de sentimientos, rompía a llorar. Avergonzada de esas lágrimas incontenibles, salía corriendo para estar sola y encontraba alivio caminando por la linde del pueblo, donde se hallaba ante una enorme extensión de cielo protector. Observaba sus fluctuantes metamorfosis. Gruesos y negros nubarrones de tormenta se habían amontonado en el horizonte esa misma mañana, pero, aunque alcanzó a ver las cortinas de lluvia que se abatían como un humo difuso en el oeste, todavía no había caído ni una sola gota en el pueblo.

Mazarine tanteó la hoja de papel en el bolsillo. Franz existía detrás de cada pensamiento y cada acontecimiento. Intentó disciplinarse para no ceder a sus emociones extremas más de dos veces al día. Por la mañana y por la noche, se concedía poder vivir en la exacerbada realidad del recuerdo. Después, apartaba sus pensamientos enfermizos sobre la seguridad de Franz. Hacía el amor mentalmente con él o intercambiaba una y otra vez sus primeras palabras verdaderas o revivía sus absurdas discusiones o evocaba de nuevo su angustiada despedida sexual. El resto del tiempo en que Franz se asomaba a su cabeza, procuraba concentrarse en otra cosa: en las tareas domésticas o en su madre o en la clase que tenía ante ella o, como ahora, en permanecer sentada a la luz del sol con Delphine. Mientras ésta leía, Mazarine se alisaba lentamente con las dos manos las flores del estampado de su blusa. El bebé se mecía y oscilaba bajo sus dedos, y le dio un pequeño puñetazo en el corazón.

Al fin, Delphine dobló la carta y la guardó en el sobre; después, se levantó y se acercó al frigorífico, sacó una botella de leche y volvió al lado de Mazarine. Dejó la leche en la mesa entre ellas y la señaló. Mazarine quitó el tapón y sonrió a Delphine antes de levantar la botella en un gesto de brindis burlón.

—¿Y tú? —preguntó, refiriéndose a la leche, por supuesto, pero entonces atisbó una leve sombra oscureciendo fugazmente los ojos color miel de Delphine, y comprendió sobrecogida que la mujer se había sentido herida, se había repuesto y había continuado como si nada en una fracción de segundo. Mazarine podía no haber reparado en ello, si no hubiese estado en perfecta sintonía con ese momento y con las emociones de Delphine. Percibió un fogonazo de oscuridad, de íntima confesión.

—Siempre he odiado la leche —apuntó Mazarine

Delphine se limitó a asentir, viéndola beber, emocionada por la satisfacción de proporcionarle alimento y presa de la tristeza por no haber necesitado nunca hacer tales sacrificios.

Franz fue asignado a la 439.^a unidad de transporte de tropas. Los combatientes llevaban insignias bordadas con águilas, lobos, leones, rayos y cadenas rotas. El grupo de transporte de Franz se reunía detrás de la señal de un castor enfurecido. Escribió:

Uno se pregunta quién coño inventa estas insignias; tal vez alguien como Markus. A pesar de todo, me gusta el castor, tiene cara de malo y le salen de los omoplatos alas de transportista. Volamos bajo el signo del castor que vuela en sus colores naturales, furioso (sujetando un misil en la pata derecha). Mazarine, pienso una y otra vez en ese momento de hace tanto tiempo, tú ya sabes cuál. No consigo comprenderme. Ella no significó nada para mí, pero tú ya lo sabías. Fue mi debilidad lo que no pudiste soportar. Supongo que podrías decir que este hombre se ha hecho un poco más duro, pero lo más hermoso de todo es que contempla el mundo desde arriba y es un mundo tranquilo y no atormentado. Admite que su corazón se ha rendido. Es como el amor inocente de un niño. Era un crío cuando te conocí por primera vez. Pilotar siempre está entremezclado con esas horas misteriosas.

Ahora tendremos un hijo o una hija a quien contar que nos hemos amado desde los tiempos del colegio.

Aquí la guerra ha terminado y nos dedicamos a tareas de limpieza, así que no te preocupes. El mayor peligro al que nos enfrentamos es a las quemaduras de sol.

Delphine lo supo primero a través de un cliente que lo había oído por la radio esa misma mañana. Al llegar la noche, tenían la edición vespertina llegada de Fargo, cuyo titular anunciaba: «BOMBA ATÓMICA ARRASA JAPÓN». Extendieron el periódico sobre la mesa de la cocina y leyeron detenidamente todos los artículos de la portada. «El misil del terror es dos mil veces más potente que una bomba de demolición.» «La energía solar es la clave del explosivo.» «Churchill afirma que los alemanes estaban en posesión de varios secretos.» «La cocina de sus sueños ya es una realidad: el combinado lavadora-lavavajillas-pelador-de-patatas llegará en 1946.» «El soldado de primera clase James Wilson, amputado en cuatro ocasiones, utiliza miembros artificiales.» «Marido mata a su esposa y se suicida mientras bailan.» Delphine leyó:

—«Truman ha desvelado hoy este gran logro científico y ha advertido a los japoneses de que se enfrentan ahora a una lluvia de destrucción desde el aire como nunca se ha visto en la Tierra.»

Fidelis se inclinó hacia delante en su silla.

—Léelo todo —solicitó—. Todo lo que pone en la página.

De modo que Delphine continuó:

—«El presidente Truman ha declarado que, a pesar de la enorme potencia de la bomba, “El tamaño físico de la carga explosiva es extremadamente reducido. Es una bomba atómica —anunció—. Domestica la fuerza esencial del universo”». Y aquí —prosiguió Delphine—, justo al lado de ese artículo, mirad lo que pone: «El sueño de toda ama de casa, un combinado de lavadora, peladora de patatas y lavaplatos completado por una mantequera y una sorbetera, estuvo a punto de cumplirse hoy».

—¿Sólo a punto? —exclamó Mazarine. Anonadada, mecía el bebé de delante atrás en el vigoroso vaivén que adquieren automáticamente las futuras madres—. ¿Quieres decir que hemos domesticado la fuerza del universo y no hemos logrado perfeccionar un pelador de patatas?

—Eso parece —respondió Delphine—. Y escuchad esto: «Amigos contaron a la policía la tragedia ocurrida en el poco iluminado sótano del señor Michael Wocjik y su esposa, cuando celebraban una fiesta de bienvenida para su hijo Edwin, un sargento del ejército que regresaba de Inglaterra. Otros invitados relataron cómo tres parejas estaban bailando cuando sonaron dos disparos en el apartamento. “¿Te han dado, cariño?”, oyeron que preguntaba Rzeazutko. “Sí”, contestó su mujer. “Pues entonces será mejor que acabe el trabajo”, dijo, y se voló la cabeza con una tercera bala».

—Por el amor de Dios, vuelve a leer lo de la bomba —pidió Fidelis.

—«Cada bomba equivale a 560 kilos de TNT por cada habitante de Fargo, hombre, mujer y niño» —leyó Delphine.

—No leas más —interrumpió Mazarine.

—La guerra ha terminado —dijo Fidelis, con voz muy suave y cargada de emoción, algo que sorprendió a las dos mujeres.

Delphine dejó el periódico y los tres permanecieron absortos en sus pensamientos, aguzando el oído. El frigorífico zumbaba y una mosca se estrelló contra el mosquitero de la puerta de entrada. El agua goteaba al caer en el filtro del fregadero. Unos gorriones se peleaban en la parra, gorjeando nerviosos. Esos sonidos corrientes conmocionaron profundamente a Delphine. Era como si encerraran algún significado oculto y representaran el código en clave de objetivos cotidianos. La escritura simbólica de un diseño superior. Si tan sólo fuese capaz de descifrarlo, de descubrir más cosas, de obligar a su mente a establecer las conexiones. Pero sus pensamientos fluctuaban distraídamente entre el horror y el alivio. Pensó que le vendría bien llorar. Deseaba gritar. Dejó a los demás, salió fuera y se puso a trabajar durante largo tiempo bajo el calor y puso un poco de orden en el caos del jardín, arrancando puñados de bledos y ambrosías que iba amontonando hasta que su mente se impregnó del fresco y ácido aroma de los tallos partidos y las hojas machacadas. Mientras hundía los dedos para arrancar las raíces de un resistente diente de león, rozó la protuberancia de lo que —enseguida supo— era un hueso. Seguían allí abajo los huesos que había escondido la perra, los que había enterrado Eva, los ratones, los caracoles, los pájaros que morían allí de manera natural, las muertes pequeñas y las enormes, el torbellino y la complejidad de la vida misma, unos alimentando a los otros. «Para siempre jamás, amén», pensó, mientras arrastraba un hueso con la raíz. Ambos eran gruesos, manchados, robustos y pardos. Los arrojó a

la pila de malas hierbas y prosiguió hasta que le dolieron las manos y sus pensamientos no fueron más que un débil zumbido. «Ahora ya estarán a salvo. Pronto volverán a casa.»

De niño, Franz siempre se había imaginado que moriría de forma heroica, si es que tuviese que morir, en un Spitfire tras un emocionante combate a muerte, derribado por un Focke-Wulf 190 alemán, su avión enemigo favorito –azul marino como una tormenta portadora de rayos y claro como un amanecer, con el capó de un color amarillo virginal, asesino, limpio y hermoso—. Por supuesto, él también derribaría al Focke-Wulf, prefiriendo enfrentarse a una vengativa inmolación en una última ráfaga de fuego. Se saludarían el uno al otro mientras fueran cayendo en barrena al mismo tiempo. En algún rincón de su mente, a lo largo de los momentos de aburrimiento, terror y hastío de la supervivencia cotidiana en la guerra real, se aferraba a una visión infantil del triunfo. Le habría asombrado que se redujera a un estúpido error de sincronización. A un mecánico con resaca. A un cable roto.

Franz entraba en un depósito de suministros, una especie de enorme armario metálico, cuando el avión despegó a sus espaldas. Un miembro del personal de tierra había olvidado desenganchar el pesado cable de acero, que salió detrás del avión cuando éste despegó. Los demás hombres se agacharon y se alejaron rápidamente. Si Franz hubiera caminado un poco más deprisa, o incluso más despacio, se habría encontrado fuera de su alcance cuando el cable chasqueó como un látigo. Con el último coletazo antes de ser arrastrado por el aire, alcanzó a Franz de lleno en un lado de la cabeza. Le golpeó como un dedo que le acariciara la sien. Su mano continuó abriendo la puerta, pero el resto de su cuerpo no pudo franquearla. No tuvo el menor pensamiento. Ni un momento de sorpresa. No se enteró de nada. Todavía tenía la mirada puesta en la rayada puerta metálica.

Mazarine siempre había odiado el olor de los hospitales. No era diferente en el estado de Nueva York. Cuando entró en el vestíbulo, flotaba el olor rancio a humo de tabaco y también el siniestro y opresivo efluvio a alcohol de noventa grados. La enfermera apareció y Mazarine se levantó demasiado rápido, sosteniendo la bolsa neceser de bebé mientras el niño se removía en sus brazos. Se le cayó el bolso, pero sólo contenía una barra de labios, un billete de tren, una pequeña y bonita cartera y la cartilla con los cupones de racionamiento enganchados entre los dientes de un peine. Mazarine habría deseado que hubiera más cosas que recoger. Intentaba mantenerse entera, pero diversos miembros de su cuerpo se pusieron a temblar por turnos: manos, rodillas, corazón. Delphine la había acompañado en el tren que cruzaba el país para ayudarla con el bebé, pero, cuando se encontraron delante de la doble puerta de la sala donde se hallaba Franz, se apartó y se quedó en el vestíbulo.

–Deberías verle tú primera –sugirió Delphine, cogiendo el bebé de los brazos de Mazarine. La tensión le atenazaba el pecho. Apenas podía respirar—. Yo entraré más

tarde.

Empujó a Mazarine hacia delante y la joven entró por las puertas, detrás del vaivén del voluminoso trasero blanco y profesional de la enfermera. Se dirigió hacia Franz. A la mitad de la hilera de heridos, algunos rodeados de cortinas, otros un tanto apáticos y algunos más con la mirada fija en ella, Mazarine se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración. Mareada, resopló y tomó demasiado aire. El hedor era peor aquí porque incluía además todo lo que los desinfectantes y el alcohol germicida no conseguían erradicar: el olor dulce a caza de carne que cicatriza lentamente, el acre vaho a orina vieja, el sudor de la desesperación, el avinagrado desconsuelo de la resignación. Y, sin embargo, sabía –pues ésa era la razón por la que se encontraba en ese lugar– que estos hombres eran los que se habían salvado. Éstos eran los que probablemente sobrevivirían. Luego, la enfermera examinó una gráfica y se detuvo delante de una cama. Abrió una cortina que colgaba de un aro alrededor de la cama para dejar entrar a Mazarine en la improvisada habitación.

Cuando pasó entre los pliegues de la cortina que rodeaba la cama de Franz, Mazarine supo que estaban abandonando un «antes», donde Franz existía en su memoria e imaginación, para adentrarse en un «después». Hasta que lo mirara directamente, hasta que sus ojos asimilaran los daños, él seguiría siendo perfecto, un muchacho, un joven, y no habrían entrado en el mundo del amor adulto, con todos sus terribles compromisos. «No puedo hacerlo», pensó. Pero sabía que lo que pudiera o no pudiera hacer no tenía la menor importancia. El hombre que yacía en la cama estaba sumido en un sueño medicamentoso. Sus ojos se posaron en la parte de abajo de la sábana que le cubría y recorrieron lentamente la silueta envuelta debajo, anotando cada detalle hasta que ya no pudo evitar mirar su rostro.

El hombre tumbado en la cama seguía siendo Franz mientras dormía, de modo que se sentó a su lado saboreando aquella ilusión hasta que se tornó insoportable. Aun así, no era capaz de despertarlo. Franz respiraba tan lenta y suavemente que no vio la menor oscilación en su pecho. El lado dañado de su cabeza estaba vendado, y oscuros hematomas le recorrían todo el cuello. Era imposible saber lo que pasaría y hasta qué punto podría recuperarse, había dicho el médico. Mazarine cogió la muñeca de Franz, apretándola y soltándola como si pudiera infundirle su propia fuerza. Permaneció sentada allí un tiempo infinito. A su alrededor, las cortinas blancas formaban una pantalla cerrada en la que se derramaba su futuro, más desgarrador y más complejo que la propia muerte.

El coro de los maestros carniceros

El monumento a las víctimas del bombardeo de Ludwigsruhe se inauguraba esa misma tarde, y todos los maestros carniceros se habían congregado para cantar, procedentes de los pueblos más apartados y las ciudades aún más lejanas. Corría el año 1954 y toda la carne de los muertos durante la guerra se había convertido en polvo. Durante el mes en que visitaron su pueblo natal, Fidelis había ensayado con los que quedaban, aquellos pocos hombres que habían sobrevivido al conflicto. Mientras ensayaba, Delphine recorrió los cementerios del pueblo, famosos por su belleza, o dio largos paseos por las calles sin encanto, repletas de edificios y comercios cuadriculados levantados gracias al plan Marshall, o entró y salió de joyerías donde se podían conseguir a muy buen precio medallones de oro de imitación pero de exquisita factura, y por último se dirigió al parque donde su marido jugaba de niño y donde se erigía ahora una estatua envuelta en una sábana y atada con cuidado con una cuerda para que las autoridades del pueblo pudieran destaparla de un solo tirón.

Tomó asiento entre el público al lado de Tante, que estiraba el cuello rígidamente hacia los altavoces sin hacerle el menor caso. Lo único que Delphine distinguía de ella era un pie, todavía elegante, calzado en un delicado y fino zapato de tacón de cuero claro. Al otro lado de Tante estaban sentados el hermano y la cuñada de Fidelis y sus dos hijos ya mayores, y a su lado Erich con su flamante esposa. Cuando Fidelis y Delphine planificaron esa visita, tenían previsto que fuera una especie de luna de miel muy retrasada, pero el viaje acabó siendo algo muy diferente. Fidelis había sufrido misteriosos dolores durante la travesía y una radiografía había desvelado una hipertrofia del hígado y un corazón en peligro. Ambos habían padecido un estreñimiento crónico, a pesar de los cubos enteros de fresas que comían para encontrar algo de alivio. Delphine no entendía nada del idioma que oía en rápidas oleadas. Le dolía la boca de tanto sonreír y estaba cansada de asentir amablemente. Su aislamiento la agobiaba. Sin embargo, algunos parientes, por lo visto, se desvivían por ellos: personas del pasado de su marido organizaban meriendas campestres y acampadas, largos paseos por el bosque, fastuosas degustaciones de caza mayor y de setas de la zona, o les regalaban objetos hechos a mano y besaban y abrazaban a Fidelis con una exultante alegría.

Sin embargo, Delphine se sintió desconcertada, presa de una oscura impotencia. ¿Qué clase de gente era ésta? Delphine miró en derredor a la multitud sentada, que aguardaba expectante, y la observó conforme los discursos iban desfilando como olas del idioma, sonido sobre sonido. Las mujeres llevaban pequeños sombreros y trajes grises o

marrones sin la menor gracia y pasados de moda, tacones gruesos, medias que parecían de goma y sin guantes. Llevaban vestidos confeccionados con desabridos estampados de flores –morados y marrones–. Sujetaban los bolsos en el regazo, el cuero levemente cuarteado, los colores apagados y relucientes. Delphine se puso la mano por encima de los ojos para observar la escena. El sol aparecía y desaparecía detrás de esponjosas nubes. Todo el mundo proyectaba una sombra afilada y recortada. Las sombras cruzaban el rostro de las mujeres, se posaban con fuerza debajo de sus manos y formaban charcos a sus pies. Había sombras alrededor de sus bolsos y sombras que se deslizaban a lo largo de las patas de las sillas. Proyectadas por el dorso de los banderines de papel, las sombras dibujaban líneas sobre las autoridades del pueblo. Alemania no era más que oscuridad y luz, flores vivas y apagadas gabardinas de verano. Delphine respiró el aroma dulce de una gardenia de invernadero en el pecho de alguna mujer y el olor de la grasa chisporroteante de un puesto móvil de salchichas justo detrás del público. Bajo la recia lengua germana que se derramaba sobre la concurrencia, alcanzó a entender matices y aguzó el oído para escuchar lo que parecía un continuo zumbido, el singular canto de alguna otra multitud.

Ese suave murmullo se volvió casi atronador y entonces los carniceros, perfectamente ordenados, abandonaron sus asientos en la primera fila para subir al estrado, se pusieron en formación y entonaron sus canciones. La mayoría de ellos eran hombres corpulentos, pero no todos. Algunos eran delgados y enjutos. Sus voces estallaron sobre el público. El sonido manaba de sus enormes pechos y estómagos. La música brotaba de los cantores con los músculos tensos como un chorro de energía. Aquellos instrumentos –sus voces– levantaban un muro de melodía palpable. Delphine los observaba mientras sus pensamientos divagaban. Muy pronto dejó de oír el canto y sólo percibió las bocas de los hombres que se abrían y cerraban al unísono, en un rugido, a la manera de una reunión de animales en un zoológico. Por alguna razón, vio la fotografía borrosa de su madre, ampliada y parpadeante, que se superponía a esa escena alegre. Pensó en todo lo que había sucedido en ese lugar, los incendios y los desfiles militares, una barbaridad que la superaba, una espantosa extrañeza en la que se habían cometido atrocidades inimaginables. Y, sin embargo, aquí mismo, estaban cantando ahora aquellos carniceros. Y sus canciones resultaban maravillosas al oído. La propia voz de su marido se elevaba en el aire alemán.

La visión de Delphine se desvaneció y la mujer pestañeó, mareada. Un sentimiento de irrealidad se apoderó de ella, un tintineo donde todos los sonidos se fundían hasta no ser más que uno. Después, levantó los párpados de golpe. Vio lo que estaba sucediendo en realidad. Conforme el velo caía, la estatua de madera quemada aparecía bañada por la agradable luz del sol y los maestros carniceros separaban los labios para cantar, humo y cenizas salían de sus bocas como si fueran chimeneas. Perduraban los rescoldos en sus corazones, pensó Delphine, desconcertada. Sus entrañas estaban en llamas. Sus pulmones eran fuelles candentes. Sin embargo, seguían cantando como si no pasara nada. Nadie señalaba con el dedo, ningún niño lloraba. Volutas de oscuridad continuaron manando en espiral de los pechos-hornos de los hombres. El humo se arremolinaba y las

cenizas volaban, llevadas por el viento. El canto terminó al fin. Toda la oscura nebulosa que los hombres habían vomitado se desintegró y se esfumó, salvo los residuos rezagados de las sombras. La gente a su alrededor sonrió y asintió con la cabeza. Aplaudió con un estruendo generoso y convulsivo, que se prolongó indefinidamente. Por eso –pensó Delphine, muy cansada, aplaudiendo a su vez con el resto del público–, era normal que las volutas negras se elevaran de las gargantas de los maestros carniceros en el aire resplandeciente del parque. Aquí era un espectáculo muy corriente.

En sueños, Delphine oyó golpes. Sonoros, susurrantes y raudos. Después, hubo golpes más apremiantes, como si hubieran sido asestados justo al otro lado de una pared. Golpes impacientes. Cuando despertó, todavía en Alemania y acostada al lado de su marido en un estrecho colchón de suave lana de oveja, Delphine reconoció enseguida ese sonido. Comprendió que Eva estaba reclamando a Fidelis. Delphine tendría que devolverlo muy pronto. Supo que los golpes eran de Eva porque ya había oído ese mismo sonido antes. Hacía mucho tiempo, esos mismos golpeteos habían retumbado en otro sueño de Delphine y, cuando había despertado, en aquel entonces, en Argus, había comprendido que Eva se moría.

Ahora, conforme Delphine se despertaba por ese rápido traqueteo, supo que Fidelis ocultaba su enfermedad. El tiempo era un ejército que avanzaba a semejanza de los carniceros en el escenario. El tiempo era un coro cuya música se componía de humo y cenizas. Delphine se acercó a Fidelis, le abrazó mientras dormía y sintió el compás regular de su respiración, el flujo de la sangre y el agitado latido de su corazón.

En su última carta desde Europa a Dakota del Norte, Delphine escribió a Markus:

No se encuentra muy bien y creo que deberíamos llamar al médico para que le examine a fondo. Por favor, vigila al nuevo personal y toma nota de la hora a la que llegan al trabajo. Nos dan de comer demasiado bien (*Sauerbraten* adondequiera que vayamos, o carne de venado y dulces como los que nunca había imaginado) y estoy ansiosa por volver a casa. Dile a Mazarine que le dé un beso a Johannes, si se está quieto el tiempo suficiente, y que le dé a su madre pastillas de carbón para los gases.

Cuando desembarcaron del USS *Bremen* en medio de la bulliciosa muchedumbre de Nueva York, Fidelis padeció ese nuevo agotamiento contra el que había luchado durante toda la travesía, durmiendo doce, catorce horas seguidas, y echándose siestas también por la tarde. El cansancio resultaba apabullante: le había invadido progresivamente y ahora estaba fuera de su control. Él lo desconocía, pero su corazón había empezado a fallar diez años atrás. Cuando su hijo pasó delante de él en el bosque de Minnesota, tras preferir la puerta de una cárcel a su padre, Fidelis había padecido los primeros síntomas de la enfermedad debilitante que acabaría por obstruir y, posteriormente, destruir su corazón. Cuando recibió el telegrama en que le anunciaban la herida de Franz, y después la carta acerca de Emil, sintió cómo se le desgarraba el corazón. Rompió las hojas en mil pedazos con un enorme rugido. Cuando Franz volvió a casa, tan sólo para despedirse de la vida, una parte de Fidelis se apagó con él, gritando furiosa con una ira perpleja. Pero

para una persona nacida en el fenómeno de la fuerza, la debilidad es una mentira desconocida. Fidelis se negaba a aceptar el hecho de que estaba enfermo. Ignoraba su cuerpo, despreciaba sus necesidades y mantuvo sus viejas costumbres como si fueran a devolverle su fuerza.

Ahora, aunque los pulmones le oprimían y le dolían, encendió un cigarrillo turco, de los que había comprado en Alemania. Mientras exhalaba el humo y aguardaba delante de la aduana para cumplir con los trámites, avanzando lentamente detrás de Delphine, recordó el día en que se encontró haciendo la misma cola muchos años atrás. Rememoró cómo en ese momento le había sobrevenido el recuerdo de su padre: hirviendo las salchichas en el enorme caldero de cobre y hundiendo y sacando las ristras entre el vapor con sus fuertes antebrazos pelirrojos. Fidelis vislumbró de nuevo el gran rostro de su padre encima de todo aquello, sereno, disciplinado y sudoroso. Se secó la frente con un pañuelo de grueso algodón y afianzó los pies a fin de mantenerse de pie sobre sus titubeantes piernas, sintiéndose cada vez más pesado y aturdido. El abrigo hecho a medida que había comprado en Ludwigsruhe resultaba demasiado caluroso para este clima. El pasado y el presente colisionaban. Los días transcurridos entre la primera vez que pisó América y esta última semejaban una infinita baraja de naipes extendida sobre una gran mesa, cada una de un palo y un color predecibles. De pronto desaparecían, recogidas por una mano severa que las juntaba con suaves golpes hasta formar una asfixiante pila. Los días se desplomaron, uno tras otro.

El cigarrillo cayó de sus dedos entumecidos. Siguió con la mirada su curiosa trayectoria mientras, todavía encendido, rebotaba en su zapato. Después, y sin saber cómo, percibió el intenso humo que se consumía justo debajo de su nariz y contempló un suelo de linóleo tostado, manchado y sucio, que se extendía a su alrededor hasta el infinito. Al igual que aquella primera vez que había vuelto a casa tras la guerra, experimentó de nuevo el extraño canto de la luz. Relucía en las notas de una profunda canción en los rincones más alejados del suelo, allí donde no se admitía a nadie y las baldosas todavía conservaban el brillo original de la mañana. Fidelis se maravilló de la música y del suave y familiar canturreo de voces. Se hallaba a cuatro patas, arrodillado en el suelo como un animal. Ésa era la postura en que los animales se desplomaban, pero pensó, con un inmenso cansancio, que aquello era una puerta de llegada y no un matadero. Notó cómo se incorporaba y se limpiaba el polvo del abrigo, dando unos pasos adelante, por lo que fue una sorpresa para él darse cuenta de que no se había movido en absoluto y que seguía con la mirada clavada en el suelo.

Durante toda su vida, el día de la matanza se había repetido cada semana, y Fidelis nunca había faltado a esa cita para afrontar sus tareas de muerte. Ahora había llegado su hora; lo supo en cuanto observó el torbellino del mugriento suelo. ¿Quién estaba allí para actuar del mismo modo con él? Extendió los brazos, tensó las piernas y cayó de bruces. Alguien le dio la vuelta y le puso de costado. Alguien le cogió la mano. Trémulo, el rostro de Delphine apareció en su campo de visión y se inclinó sobre él, y, agachada, la mujer le miró y movió los labios de un modo que le resultaba familiar. Sabía lo que decía y quería responder, pero no podía. Para su sorpresa, su boca se negaba a abrirse. Sus manos no

se movían. Nada en él obedecía a sus órdenes. Su corazón se detuvo. Sobrecogido, abrió los ojos estremecidos con una pasmosa y desgarradora angustia. El semblante de Delphine se desdibujó. La luz se fue atenuando y el canto cesó.

Paso-y-Medio

Cuando Paso-y-Medio se convirtió en una anciana, se volvió muy hermosa, del mismo modo que son hermosos los huesos blanqueados de un ciervo o una roca erosionada por el viento. La crudeza de los años desveló la simetría oculta de las superficies planas de su rostro, el antiguo, pero macizo, marfil de su dentadura, sus manos elegantes y sus piernas y brazos rectos. Incluso su cabello se volvió de una blancura de inusual pureza y conformó dos majestuosas ondulaciones que saltaban de su frente lisa. La edad, el hecho de ser dueña de una tienda de viejo y el insomnio que seguía padeciendo Paso-y-Medio la arrojaban a menudo a un estado de meditación que había conseguido eludir mientras se había mantenido en movimiento. Antes de llegar a Argus, había deambulado por las carreteras de Dakota del Norte. Había dormido en zanjás y al abrigo de árboles a lo largo de los ríos, en algún que otro establo o porche ocasional. Había caminado. Nadie sabía cuánto; tampoco ella lo sabía. Sus largas zancadas la llevaban a recorrer de treinta a cincuenta kilómetros diarios; las distancias resultaban sencillas y el espacio de una fascinación tranquilizadora. En cuanto llegaba a algún lugar, a menudo era incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí. La llegada en sí encerraba su propio enigma. ¿Cómo sabía que había llegado cuando no tenía adónde ir? Sin embargo, hacía mucho tiempo que Argus se había convertido en un destino. Y como acabó por ir cada vez con más frecuencia y, posteriormente, por quedarse en ese pueblo, comenzó a recopilar sus verdades.

Cuando contemplaba ahora las calles y la gente de su alrededor, los veía desde los ojos de una trapería. Los veía desde las callejuelas donde quemaban su basura y desde los porches traseros de sus casas, donde dejaban harapos, no desde las escaleras principales, tan cuidadas y ordenadas. Los conocía no por lo que se ponían ni por la fachada que exhibían ante los demás, sino por lo que tiraban, desechaban y consideraban sin valor. Los conocía por sus desechos, y sus desechos contaban su historia.

Las botellas en el cubo de basura de Gus Newhall revelaban el secreto a voces del origen de sus ingresos durante los tiempos de la Ley Seca. Los Bouchard tenían la costumbre de lanzarse platos cuando discutían, y suponían una fuente de fragmentos que a menudo podían pegarse con más éxito que su matrimonio, que en realidad terminó por hacerse añicos. Pouty Mannheim tiraba los dos calcetines cuando se agujereaba uno solo; en su condición de soltero, nunca los remendaba, ni tampoco conservaba el calcetín desparejado, motivo que le valió el respeto de Paso-y-Medio. Sin embargo, esa orgullosa y derrochadora manía con los calcetines también hizo que la mujer supiera que algún día

su negocio quebraría. En cuanto a la madre de Mannheim, los envoltorios de golosinas le descubrieron su vicio oculto. Aunque se mantuvo bastante delgada, se le cayeron los dientes. A Paso-y-Medio no le sorprendió. Encontró cosas espantosas en medio de la basura: cadáveres de animales, cartas de amor rotas en mil pedazos, ropa de cama impregnada de muerte, sangre, enfermedades y heces. También halló cosas buenas: libros y partituras de música, que guardaba a pesar de no saber leer, juguetes que algún niño había perdido por accidente, que Paso-y-Medio limpiaba y dejaba en las ventanas. Se topó con una mano ortopédica de madera y un ojo de cristal. Con una lata repleta de extrañas semillas azules, que plantó en un bote de café lleno de tierra y de la que brotó una flor blanca con una cómica forma de casco de soldado y que olía a sexo y canela. Con hojas de afeitar que necesitaban ser afiladas, neumáticos que podían arreglarse, piezas de motores y montones de ropa cuya reventa como trapos le pagaba el trigo con que preparaba el pan y a veces un poco de grasa para untar en él. Había hallado un reloj de bolsillo de oro, una radio, una caja de música que emitía unos compases de una melodía inaprensible que, según le había explicado Eva, había sido compuesta por Mozart. Incluso llegó a encontrar un estofado en perfecto estado, una caja con bombones envueltos en papel de aluminio y seis pastillas de jabón, rosas y perfumadas, recién compradas. Halló caramelos de menta, galletas saladas y mullidas almohadas de primera calidad que sólo tenían un poco de moho. Encontró todas estas cosas en los montones de basura y los incineradores de jardín, a lo largo de la ribera y en las cunetas, en la calle y en todas partes. No le cabía la menor duda, no obstante, de que su mayor hallazgo había sido lo que pescó en la letrina del excusado exterior de la señora Shimek.

Fue un hallazgo que determinó su vida, un descubrimiento que restringió sus andanzas, moldeó sus pensamientos y le procuró una emoción que nunca admitió del todo, pero en nombre de la cual actuó una y otra vez. Si bien aquello había sucedido hacía más de cuarenta años, la tragedia seguía habitándola, así como sus consecuencias, que había visto expuestas ante sus ojos como en un escenario misterioso.

Aquella noche tan remota, el aire era silencioso y gélido. La luna dibujaba una esfera lejana, pulida y brillante. Aquel mes de octubre, un áspero y precoz frío flotaba en el ambiente, pero las temperaturas extremas nunca habían molestado a Paso-y-Medio. Caminar resolvía el asunto. Ella generaba su propio calor y sabía cómo envolver su cuerpo para mantener la temperatura y protegerse del viento. Había permanecido en Argus el tiempo suficiente como para conocer todos los hábitos del pueblo. Cuando las tabernas echaban el cierre, las puertas del pueblo descorrían los cerrojos, los fuegos de las estufas se apagaban, las cortinas se cerraban y los perros enmudecían, ella caminaba. A la hora de siempre, pasó por detrás de la casa de los Shimek, un lugar donde raramente se detenía, ya que no era más que una fuente de huesos hervidos, pelotillas de pelo y periódicos manchados. Aquella noche, habría pasado de largo como de costumbre, si no hubiera sido porque oyó, procedente del excusado exterior cerrado y desgastado por el mal tiempo, un único gemido. Ese ruido la detuvo. Le sonaba familiar. Esperó. El sonido la puso tremendamente incómoda, aunque era incapaz de alejarse. Sonó cuatro veces

más y con una intensidad creciente y animal que la convenció de que esa persona necesitaba ayuda. Acababa de tomar la decisión de violar la intimidad de la choza cuando la señora Shimek, en aquellos tiempos una recién casada corpulenta e inocentona, un tipo de mujer bovina e inofensiva, con las mejillas sonrosadas y carente de la más mínima curiosidad, salió disparada por la puerta del excusado y se alejó dando tumbos como un granjero borracho.

Entre las sombras de las marañas de arces americanos, Paso-y-Medio observó a la mujer mientras entraba en su oscura casa, y habría continuado su camino también si no hubiera oído, procedente del interior del retrete, otro sonido: un único, agudo y furioso berrido. Cuando abrió la puerta, se deslizó un rayo de luna que le permitió advertir que el asiento y el suelo del excusado estaban resbaladizos con una oscura mancha de sangre. El hecho de que el marido de la señora Shimek fuese un vago y que no hubiera excavado una nueva letrina para el invierno ni trasladado el excusado, según las costumbres de otoño, resultó ser algo providencial aquella noche. Pues el brazo de Paso-y-Medio tenía la longitud suficiente, tras extenderlo, forzarlo contra la madera de la letrina y palpar en medio de los excrementos no congelados, para poder alcanzar el talón del recién nacido. El bebé había arrastrado consigo su propia placenta junto con el cordón umbilical y Paso-y-Medio cortó el cordón con sus propios y afilados dientes. Con un dedo limpió la boca del bebé. Le sopló un poco de aire a la cara; después, se abrió el abrigo, levantó la chaqueta de punto que tenía debajo y se desabrochó los tres vestidos que llevaba formando capas uno encima de otro. Apretó la convulsa criatura contra su piel y dentro de sus ropas, la cubrió con los vestidos y la chaqueta de punto, y la sujetó firmemente. Había oído su único llanto antes de que el bebé se hundiera en los dos centímetros adicionales que le habían tapado la boca después. Y siempre era ése –pensaba después, mientras observaba cómo crecía Delphine– el margen exacto por el que la muchacha se libraba de un espantoso destino detrás de otro.

Esos pensamientos, sin embargo, surgieron más tarde, después de que Paso-y-Medio tuviese tiempo para arrepentirse y preguntarse por la elección del lugar donde dejó a la criatura. Evidentemente se llevó el bebé con ella al lugar que consideraba su guarida, lo mismo que un lobo errante se resguarda por un tiempo. Desde sólo unas semanas antes, había ocupado el establo y luego había llamado a la puerta de un granjero soltero en las afueras de Argus. Sacaba a Roy Watzka casi quince centímetros, pero aun así el hombre se había enamorado de Paso-y-Medio. Declaró que se casaría con ella. Hizo todo tipo de proyectos. Compraría una vaca lechera y un anillo de oro. Le regalaría un carromato y un fuerte caballo gris para tirar de él. Un gallinero, que él mismo construiría, con una bonita pila de paja para los polluelos y las gallinas. Aprendería a tocar el órgano para entretenerla en las noches de invierno. Pero ella tendría que renunciar a deambular por ahí. Tendría que instalarse allí con él.

Las cualidades sedentarias que él reivindicó en aquel momento la habían engañado. Había sabido desde el principio que llevaría allí al bebé. Según se echó a andar y notó cómo se movía el recién nacido, al principio apretado y silencioso, y luego aspirando de algún modo un poco de aire en sus diminutos pulmones, la criatura soltó un grito más

breve, hondo y desgarrador, que parecía saber, como lo sabía Paso-y-Medio, que ahora estaba condenada a vivir.

Para cuando Paso-y-Medio llegó a casa –unas tablas de madera y tela asfáltica, pero de una construcción sólida y minuciosa–, el bebé estaba totalmente vivo y buscaba un pezón desesperadamente. Roy tenía una cabra, cuya suave leche, decidió, tendría que servir. Llamó con vigor a la puerta y, cuando el hombre la dejó pasar, le pidió que avivara el fuego y buscara leche de cabra. Le había despertado, por supuesto, y el hombre se quedó mirándola, desconcertado, con sus calzoncillos largos y holgados de color crema mientras la mujer se desabotonaba el abrigo, levantaba la chaqueta y hurgaba entre sus tres corpiños. Los hallazgos de Paso-y-Medio interesaban a Roy, pero a veces le violentaban. Éste le asustó.

–¡Dios santo! –exclamó, con grandes aspavientos y luego retorciéndose las manos–. Llevas ahí un bebé, Minnie.

Tanto el bebé como la mujer que lo sujetaba le dirigieron una mirada feroz. El bebé estaba cubierto de manchas de una sustancia seca y fétida y comenzó a temblar y gemir en la fría habitación. La mujer, a la que en un arrebató romántico Roy había apodado Minnie, apoyó rápidamente al recién nacido contra su pecho y lo tapó.

–Rápido, está mal.

Roy echó dos leños en el barril de la estufa, se enfundó el peto y salió disparado por la puerta con el pequeño cubo. Sorprendió a la cabra que, adormilada, comenzó dándole cabezazos antes de rendirse y dejarse ordeñar cansinamente. Cuando Roy entró de nuevo en la casa, encontró a Minnie hirviendo calderos de agua. En uno de ellos, esterilizaba un trapo. El otro caldero que calentaba era para lavar al bebé. Tras alimentarlo con el trapo retorcido hasta convertirlo en un pezón y empapararlo en la leche una y otra vez, en un proceso tedioso, Minnie aseó a la niña, cerró una pinza de ropa sobre el muñón del cordón umbilical y la envolvió bien apretada en una rota funda de almohada de franela.

–Déjamela –pidió Roy.

Si bien se sintió un poco tonto al principio, intentando colocarse en la postura adecuada para sujetar al bebé contra su cuerpo, todo salió bien. Incluso tenía una mecedora, aunque había que pegar de nuevo las juntas. Conforme se balanceaba de adelante atrás, sentado allí, la mecedora chirriaba y las tablas de madera bajo sus pies soltaban un crujido más suave, observó a Minnie bajo la luz de la lámpara de queroseno mientras ésta se quitaba la chaqueta de punto y dos capas de vestidos hasta ponerse a lavar los pliegues del vestido más pegado a su piel.

Procedió de forma muy metódica, enjabonándose, restregándose y luego enjuagándose. Se lavó la cara, el cuello y la nuca, y después enrolló el trapo para limpiarse las orejas. Se lavó el escote y debajo del cuello del vestido. Después, escurrió el trapo y lo enjabonó de nuevo, y dejó caer un poco el vestido de sus hombros, se volvió para desabrocharlo y se lavó los pechos, que Roy no había visto todavía y que nunca llegaría a ver. Se abrochó de nuevo y, a continuación, todavía de espaldas a él, apoyó una pierna en una silla y se quitó la media. Se lavó el interior de ese muslo y luego la

entrepierna, antes de levantar la otra pierna, quitarse la media y lavarla por completo también. Añadió el agua caliente que quedaba a la palangana que había en el suelo, se sentó en la silla frente a él y puso los pies en remojo. Se quedó allí sentada sin moverse, mirando cómo acunaba a la niña. Sus ojos penetrantes y rasgados no pestañearon, tan quietos como los de un águila. Roy se preguntó en qué estaría pensando, pero no se atrevió a preguntar porque tenía miedo de que fuera en volver a los caminos.

Y así fue. No lo entendió; nadie lo entendió. Paso-y-Medio consideraba a los demás como una especie distinta a la suya. Tenía la certeza de que no sentían en su fuero interno lo mismo que ella, y que vivían un día tras otro sin la imperiosa necesidad de dejar atrás sus pensamientos al andar. Si se detenía mucho tiempo, corría el riesgo de vislumbrar la confianza del recién nacido mamando apaciblemente, con los ojos cerrados, del pecho de su madre asesinada. Podría ver al niño que se tapó la cara con las manos, un crío que daba sus primeros pasos, convencido de que ese gesto lo volvería invisible. Los disparos le partieron en dos. Más tarde, oyó contar que un bebé había sobrevivido tres días, tras superar una tormenta de nieve y ser rescatado, aunque aterido, en un manto de la sangre de su madre. Llevaba un gorro minúsculo, bordado con una resplandeciente bandera americana. ¿Quién no buscaría, durante toda su vida, huir de semejantes recuerdos? A eso se reducía todo y por eso lo hacía: caminar era la única manera de poner distancia entre ella y todo lo que recordaba y no recordaba, y el espacio que recorría a pie resultaba vacío de toda crueldad humana de una manera reconfortante. Podía aceptar un cielo despiadado, un viento brutal, un frío intenso y el indiferente ardor del sol. Las rachas de viento en sus oídos ahogaban los sonidos de aquel idioma lakota, siseante y fluido, y del otro idioma, su primera lengua, que había hablado con su padre. A su avanzada edad, todavía veía su sonrisa estupefacta, cuando se miraron a los ojos tumbados en aquel duro suelo de nieve bajo un techo de balas. Oía sus palabras: «Vete a casa, *gewehn, n'dawnis*. Diles que todo ha terminado». El rugido de las nubes ahogó entonces el silencio de su padre, así como el silencio de los cuerpos sin vida, que yacían tendidos en los resbaladizos barrancos, donde el viento tronó durante días hasta que su voz también se fue apagando poco a poco por la nieve.

¿Quién no caminaría? ¿Quién podría permanecer anclado en un mismo lugar?

Desde aquel día, había recorrido la tierra. Roy no podía pretender que renunciara a caminar. Ella sabía que tarde o temprano los dejaría a él y a la niña, pero ignoraba que se sentiría obligada a regresar, una y otra vez, que le daría dinero para mantener a salvo a la pequeña y que, de vez en cuando, intentaría cuidar de la niña que crecía con pequeñas y torpes maneras. No sabía que Roy había sacado una fotografía suya. Apenas si sabía lo que era una fotografía. Tampoco comprendía que era hermosa, en aquellos tiempos, como lo sería de nuevo cuando fuese una anciana y lo recordase todo.

Ahora, en la exigua habitación detrás de la pequeña tienda en un callejón de Argus, raras veces lograba reunir las fuerzas necesarias para recorrer el terreno que se extendía debajo de sus ventanas. Sólo en algunas ocasiones deambulaba por los caminos, y entonces los kilómetros que derretían su carne todavía aliviaban su viejo tormento y

acallaban sus pensamientos. Descansaba cada vez más. Todas las tardes, subía las escaleras para echarse una siesta en una cama con unas mantas de retales confeccionadas con las mejores telas que había podido encontrar: gruesos terciopelos labrados, pesados rasos y delicadas sedas. Antes de quedarse dormida bajo esa colcha de retazos, suma de sus hallazgos y andanzas, se dibujaron varias escenas. Su mente la devolvía desdichadamente a los vívidos y sobrecogedores momentos que ya había sufrido y con los que creía haber terminado para siempre en sus recuerdos.

De nuevo, pasó delante de Fidelis, el carnicero. Pensó que su maleta estaba totalmente vacía a juzgar por la forma en que la balanceaba de una mano a otra mientras se adentraba en el pueblo en busca de trabajo. Descubrió más tarde que contenía sus mejores cuchillos. La maleta volvería a llenarse, aunque no de cuchillos ni tampoco de salchichas. La maleta viajaría de nuevo a Alemania. Vio la tierna retahíla de los hijos de Eva, y revivió el estupor y el dolor por el fallecimiento de su amiga. Vio cómo sacaban al muchacho del montículo de tierra y también al chico que subió entre las nubes y se enamoró de la hermana pequeña de Delphine. Vio a Roy, y se alegró de que se llevara con él a la tumba esas fotografías suyas, de modo que no quedara nada de ella sobre la tierra. Recordó cómo el hombre había alegado, desde siempre, que bebía para demostrarle que no podía vivir sin ella. A lo que ella había respondido: «Eso es una estupidez monumental». Y salió por la puerta.

Paso-y-Medio recordó el día en que Delphine jugaba en la tierra polvorienta, amontonándola en un remolino cuando pasó a su lado, y la niña, demasiado pequeña para poder recordarlo, caminó detrás de ella con paso inseguro y la llamó, sólo aquella única vez:

—¿Mamá?

Paso-y-Medio se acordó de cómo había interrumpido su zancada al oír esa palabra y se había arrodillado para poder mirar a la niña a la cara, cuyos ojos eran demasiado bonitos para poder fijarlos y cuyas mejillas eran frescas y despejadas, resplandecientes de pureza. El corazón de Paso-y-Medio se estremeció de miedo y oyó cómo decía a la niña:

—Tu madre está muerta.

El pequeño rostro, que sólo empezaba a atisbar lo que significaba la muerte, se cerró bruscamente, se recompuso y miró a Paso-y-Medio con unos ojos atrevidos e inteligentes de superviviente nata, similares a los suyos. Delphine alargó entonces rápidamente su diminuto puño y le golpeó la frente con los nudillos, lo más fuerte que pudo. Paso-y-Medio se frotó la cabeza y añadió:

—Bien, los duros sobreviven.

—Mi madre volverá —aseguró Delphine, como si la muerte fuese un lugar igual que el paraíso o la carretera, y se hubiese convencido de que su madre regresaría.

Bueno, la muerte es un lugar a la vuelta de la esquina, pero no tenía que convencerse de nada, se dijo Paso-y-Medio. La madre de Delphine nunca se había marchado. Persistía al final del camino que conducía a la casa de Delphine, incluso ahora. Podría vivir para siempre, desordenada como un pajar, en su choza que se recortaba contra los

enormes y bajos nubarrones. Delphine también viviría para siempre. Paso-y-Medio disfrutaba de la estampa de Delphine y su hermana en la tienda de plantas que habían renovado. Dos ancianas de cabello rizado, rodeadas de árboles de invernadero, flores refrigeradas y plantas para arriates cultivadas en la rica tierra del corral del ganado. El sueño arrastraba a Paso-y-Medio bajo los acolchados jirones de los días y los años transcurridos en Argus. Se rindió y se entregó a la implacable avalancha de sueños. Desde la ventana podía divisar un pequeño cuadrado de cielo. Paso-y-Medio relajó poco a poco el peso de su cuerpo en el colchón y se dejó llevar por todo ese azul. La colcha resultaba reconfortante y familiar junto a su rostro. Uno de los retazos cosidos a la colcha consistía en un trozo de la deshilachada camisa que aquella mujer sioux le había dado, tantos años atrás, para que llevara debajo de su abrigo.

Paso-y-Medio había guardado desde entonces un fragmento de esa camisa de los espíritus, un trozo de gasa amarillenta con flecos hechos jirones. Palpó el desgastado dibujo de un cuervo, con los ojos brillantes y el pico abierto, y apoyó la mejilla en la luna blanca con forma de cuerno. Algunas personas afirmaban que quienes bailaban la danza de los espíritus creían que esas camisas los protegerían de las balas, pero Paso-y-Medio sabía que los indios no eran ni estúpidos ni ingenuos. Simplemente sabían algo que todos olvidaban de tanto en tanto, salvo el viento: lo cerca que están los muertos. A tan sólo una canción de distancia de los vivos. Había oído a los soldados berreando sus canciones de borrachos la noche anterior al estruendo de los grandes fusiles. Unas veces zafias y otras suaves como el whisky, las armonías de voces masculinas habían sonado melodiosas y ovaladas en el gélido aire de diciembre. *Aura Lee. Auld Lang Syne. Calpurnia, the Faithful. Desde el fondo de la carpa, había oído la dulzura profundamente triste de la nana que la madre había canturreado con el rostro hundido en los suaves rizos negros de su bebé. No, quienes bailaban simplemente comprendieron lo que sucedía. Se lo habían dicho. El tejido de la camisa permitía a quien la llevase visitar a los muertos y hallar consuelo en su canto.*

Bajo la colcha de retazos, Paso-y-Medio los oía afuera. El lamento furioso de las mujeres. Los hombres ensayando sus voces. Subiendo y bajando las escalas. «La-la-la». Sirenas de niebla de acordes. Adeline est morte. Elle est morte et enterrée. Ina'he'kuwo Ina'he'kuwo. Ich weiss nicht was soll es bedeuten. El aire erosionaba los campos, luego golpeaba los cables telefónicos y los árboles. Entraba en Argus como en un embudo, y recorría y envolvía las calles y los edificios. El canto fluía sobre los tejados y descendía por las chimeneas, quedaba atrapado en los callejones o doblaba las ramas de los árboles en un apagado y desafinado rugido. ¡A veces era todo alegría y bravuconadas! Baladas necias, ásperos cánticos, canciones alemanas de marineros, canciones de canoas de tramperos y canciones patrióticas americanas. Otras veces, nanas crees, llamamientos de las cabañas de sudación, olvidadas canciones de la danza de los espíritus, poemas de contar y cánticos a la nieve. Nuestras canciones recorren la Tierra. Nos cantamos unos a otros. Jamás se pierde una sola nota y ninguna canción es realmente original. Todas provienen del mismo lugar y se remontan a un tiempo en el que sólo las piedras aullaban. Paso-y-Medio canturreó en sus sueños

y se hundió más profundamente en su propia melodía, el montón de una trapería donde se acumulan deshilachados versos galantes, voces sabias de cazador, letanías de vendedor ambulante o palabras surgidas de una brizna de hierba, de una mota de nube o del profético codillo de un cerdo, en un mundo donde los carniceros cantan como los ángeles.

Agradecimientos

Gracias a Diane Reverand, Andrew Wylie, Trent Duffy, Terry Karten, Lisa Record, Jen Mundt y muy especialmente a Ralph Erdrich, mi padre.

En el relato oral de la matanza de Wounded Knee, se ha contado que dos personas de la tribu cree u ojibwe llegadas del norte murieron junto a la población de Bigfoot. Sieme he preguntado quiénes eran.

Mi abuelo Ludwig Erdrich luchó en las trincheras en el bando alemán durante la Primera Guerra Mundial. Sus hijos sirvieron en el bando americano en la Segunda Guerra Mundial. Esta novela es una obra de ficción, excepto en lo que se refiere a la ensalada de morro, la verga de toro y el breve periodo de tiempo en que mi abuela interpretó el papel de mesa humana en un espectáculo de variedades.

Notas

¹ Alcohol de 95°, elaborado a partir del grano del maíz. (*N. de los T.*)

² Agencia estatal de empleo público, creada en noviembre de 1933 dentro del *New Deal*, para contratar directamente a los parados. (*N. de los T.*)

³ Pan de Navidad típico alemán. (*N. de los T.*)

⁴ Alimentos que respetan los preceptos de la religión judía. (*N. de los T.*)

⁵ *Prisoner of War*, prisionero de guerra. (*N. de los T.*)

⁶ *Officer Candidate School*.; Escuela militar. (*N. de los T.*)

Créditos

Título original: *The Master Butchers Singing Club*

Edición en formato digital: enero 2012

© Louise Erdrich, 2003

All rights reserved

© De la traducción, Susana de la Higuera Glynne-Jones, 2011

© Ediciones Siruela, S. A., 2011, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-872-9

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Índice	3
EL CORO DE LOS MAESTROS CARNICEROS	4
La última ristra	7
El equilibrista	17
Los huesos	29
El sótano	41
La mujer del carnicero	58
El jardín nocturno	88
El corazón de papel	107
La hoguera de los perros callejeros	134
La habitación excavada en la tierra	159
El mal de la tierra	181
El sol de Navidad	186
Traumfeuer	212
La gente serpiente	230
El ejército de los abetos blancos	267
El coro de los maestros carniceros	293
Paso-y-Medio	298
Agradecimientos	306
Notas	307
Créditos	308